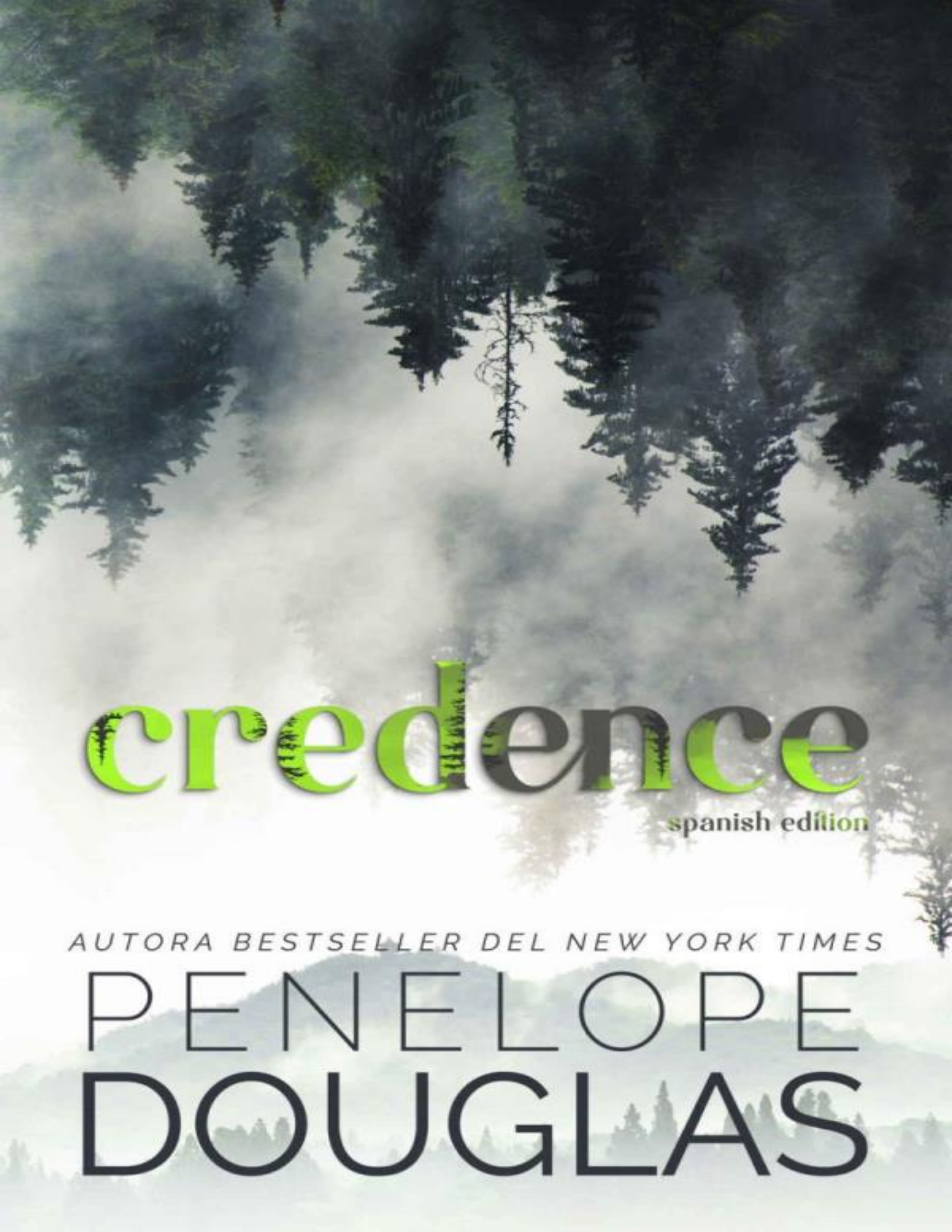
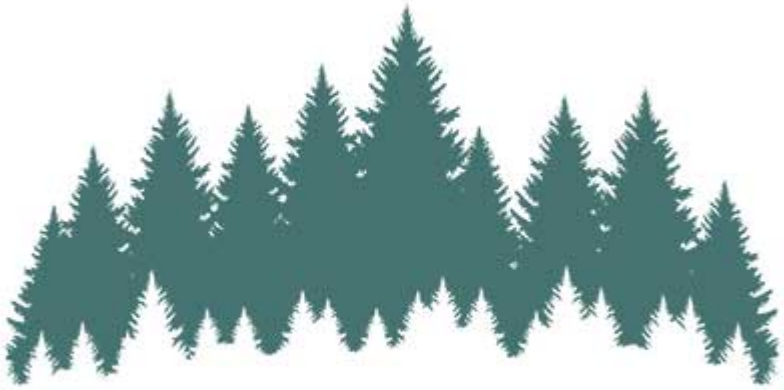

credence
spanish edition
AUTORA BESTSELLER DEL NEW YORK TIMES
PENELOPE
DOUGLAS

credence



PENELOPE
DOUGLAS

Penelope Douglas
Copyright © 2020 Penelope Douglas
Diseño de portada © 2022 Opulent Swag and Designs

Todos los derechos reservados. Salvo lo permitido por la Ley de derechos de autor de EE. UU. De 1976, ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, distribuirse o transmitirse de ninguna forma o por ningún medio, ni almacenarse en una base de datos o sistema de recuperación sin el permiso previo por escrito del autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Traducción: Daisy Services for Authors

Capitulo 1
Capitulo 2
Capitulo 3
Capitulo 4
Capitulo 5
Capitulo 6
Capitulo 7
Capitulo 8
Capitulo 9
Capitulo 10
Capitulo 11
Capitulo 12
Capitulo 13
Capitulo 14
Capitulo 15
Capitulo 16
Capitulo 17
Capitulo 18
Capitulo 19
Capitulo 20
Capitulo 21
Capitulo 22
Capitulo 23

Capitulo 24
Capitulo 25
Capitulo 26
Capitulo 27
Capitulo 28
Capitulo 29
Capitulo 30
Capitulo 31
Capitulo 32
Capitulo 33
Capitulo 34
Capitulo 35
Capitulo 36
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la Autora

The Fall Away Series
Bully
Until You
Rival
Falling Away
Aflame
Next to Never

The Devil's Night Series
Corrupt
Hideaway
Kill Switch
Conclave
Nightfall
Fire Night

Standalones
Misconduct
Punk 57
Birthday Girl
Credence
Tryst Six Venom

Blue Blood — by LAUREL
Break up with your girlfriend, I'm bored — by Ariana Grande
Dancing Barefoot — by U2
Devil in a Bottle — by Genitorturers
Do You Wanna Touch Me (Oh Yeah) — by Joan Jett
Fire It Up — by Thousand Foot Krutch
Give You Hell — by the All-American Rejects
I Found — by Amber Run
Kryptonite — by 3 Doors Down
Look Back at it — by A Boogie wit da Hoodie
Nobody Rides for Free — by Ratt
The Hand That Feeds — by Nine Inch Nails
Way Down We Go — by KALEO
Wow. — By Post Malone

—No es luz lo que necesitamos, sino fuego; no es la lluvia suave, sino el trueno. Necesitamos la tormenta, el torbellino, y el terremoto.
—Frederick Douglas

Tiernan

Es extraño. El columpio de llantas en el patio es lo único que hace que parezca que un niño vive aquí. Nunca hubo dibujitos en la casa. Ni en el refrigerador ni en las paredes. Nada de libros para niños en los estantes. No se permiten zapatos en la puerta principal ni flotadores en la piscina.

Es el hogar de una pareja. No de una familia.

Miro por la ventana, viendo la llanta balancearse hacia adelante y hacia atrás con la brisa mientras cuelga del roble, y distraídamente froto la cinta roja en mi cabello entre mis dedos, sintiendo la comodidad de la superficie lisa.

Él siempre tenía tiempo para empujarla en el columpio, ¿no? Él tenía tiempo para ella.

Y ella para él.

Los walkie-talkies emiten pitidos y ruido blanco en algún lugar detrás de mí, mientras pisadas golpean las escaleras y las puertas se cierran de golpe sobre mí. La policía y los paramédicos están ocupados arriba, pero estoy segura de que pronto querrán hablar conmigo.

Trago, pero no parpadeo.

Pensé que el columpio de llanta era para mí cuando él lo instaló hace diez años. Se me permitió jugar en él, pero mi madre fue a quien realmente le encantó. Solía verlos por la ventana de mi

habitación a altas horas de la noche, mi padre la empujaba y la magia de su juego y su risa me hacía querer estar en el medio. Pero supe que tan pronto como me vieran, la magia cambiaría. Desaparecería.

Entonces, me quedé en mi ventana y solo miré.

Como todavía lo hago.

Me muerdo los labios, viendo una hoja verde revolotear más allá del columpio y aterrizar dentro de la llanta en la que mi madre se sentó innumerables veces. La imagen de su camisón blanco y su cabello claro moviéndose en la noche mientras se columpiaba sigue siendo tan vívida, porque la última vez fue ayer.

Una garganta se aclara detrás de mí, y finalmente parpadeo, bajando los ojos.

—¿Te dijeron algo? —Mirai me pregunta con tristeza.

No me doy la vuelta, pero después de un momento, sacudo lentamente la cabeza.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ellos?

No puedo responder eso. No estoy segura.

Detrás de mí, la siento acercarse, pero se detiene a cierta distancia mientras el ruido metálico de la primera camilla de la ambulancia resuena, crujen las escaleras y la sacan de la casa.

Levanto la barbilla, armándome de valor ante la lejana conmoción exterior cuando los paramédicos abren la puerta principal. Las llamadas y preguntas, los bocinazos a medida que llegan más personas, más allá de las puertas, donde los medios de comunicación sin duda pueden ver el cuerpo siendo sacado.

¿Cuándo hablé con mis padres por última vez?

—La policía encontró algunos medicamentos en el baño —dice Mirai con su voz suave—. Tienen el nombre de tu padre, así que llamaron al médico y se enteraron de que tenía cáncer, Tiernan.

No me muevo.

—Nunca me dijeron nada —me dice—. ¿Sabías que tu padre estaba enfermo?

Niego de nuevo con la cabeza, todavía observando el balanceo de la llanta.

La escucho pasar saliva.

—Aparentemente, intentó tratamientos, pero la enfermedad fue agresiva —dice—. El médico dijo que… no iba a durar ni un año, cariño.

Afuera se levanta una ráfaga de viento que agita el columpio, y veo cómo la cuerda hace girar la llanta mientras se retuerce.

—Parece… Parece que ellos… —Mirai se apaga, incapaz de terminar su pensamiento.

Sé lo que parece. Lo supe cuando los encontré esta mañana. Toulouse, el terrier escocés de mi madre, estaba arañando la puerta y pidiendo entrar en su habitación, así que la abrí. Era extraño que no se hubieran levantado a esas horas, pero dejé entrar al perro de todos modos. Pero justo antes de volver a cerrarla, los vi.

En la cama. En los brazos del otro. Completamente vestidos.

Él usaba su traje favorito de Givenchy y ella lucía el vestido de Oscar de la Renta que usó en el Festival de Cine de Cannes en el dos mil trece.

Tenía cáncer.

Se estaba muriendo.

Ellos lo sabían, y mi madre había decidido no dejar que se fuera sin ella. Decidió que no había nada más sin él.

Nada más.

Algo arde en la parte posterior de mis ojos, pero desaparece casi de inmediato.

—La policía no ha encontrado una nota —dice Mirai—. Encontraste…

Pero giro la cabeza, la miro a los ojos y al instante se queda en silencio. Qué pregunta más estúpida.

Aprieto mi mandíbula, tragando las agujas en mi garganta. A lo largo de todos los años de niñeras, internados y campamentos de verano en los que me mantenían ocupada y me criaban todos menos ellos, había encontrado poco dolor en todo lo que hacían mis padres. Pero parece que todavía hay partes de mí que siguen sintiéndose heridas.

No me dejaron una nota. Incluso ahora, no había nada que quisieran decirme.

Parpadeo para eliminar las lágrimas y me doy la vuelta, tratando de mirar fijamente el columpio de nuevo mientras se retuerce y se desliza de un lado a otro con el viento.

Escucho a Mirai sollozar y lloriquear en silencio detrás de mí, porque lo sabe. Ella sabe lo que estoy sintiendo porque ha estado aquí desde el principio.

Después de otro minuto, la veo fuera de la ventana, pasando junto a mí, y ni siquiera me había dado cuenta de que había abandonado la habitación.

Lleva unas tijeras en la mano y carga hasta el columpio de la llanta, y mientras levanta las tijeras hacia la cuerda, aprieto los puños debajo de mis brazos y la veo presionar las manijas juntas, trabajando a través de la cuerda hasta que la llanta cuelga de una cuerda y finalmente cae al suelo.

Por fin cae una sola lágrima y, por primera vez desde que he estado en casa todo el verano, siento algo parecido al amor.

Horas más tarde, el sol se ha puesto, la casa está en silencio de nuevo y me he quedado sola. Casi sola. Los reporteros siguen merodeando más allá de las puertas.

Mirai quería que volviera a casa con ella, al dormitorio en el que ciertamente le pagaban más que suficiente para no tener que vivir. Pero como siempre había estado aquí día y noche y viajando a donde fuera que fuera mi madre, tenía más sentido no mantener un apartamento, y mucho menos alquilar uno más grande. Lo rechacé cortésmente.

Se llevó a Toulouse, ya que ese perro se lleva conmigo tan bien como lo haría con un gato mojado, y ella dijo que volvería a primera hora de la mañana.

Debería haber sido más amable con ella. Cuando se ofreció a quedarse aquí, pero quería que todos se fueran. El ruido y la atención me pusieron nerviosa, y no quiero escuchar todas las llamadas telefónicas que Mirai tiene que hacer esta noche, que serán

un recordatorio de cómo se está desatando el infierno en el mundo y en las redes sociales.

Están diciendo cosas sobre mis padres.

Están especulando sobre mí, sin duda.

Las predicciones de cuándo seguiré a mi mamá y a mi papá, ya sea por sobredosis o por mi propio suicidio. Todos tienen una opinión y creen que lo saben todo. Si pensé que antes vivía en una pecera…

Camino de regreso a la estufa, dejando escapar un suspiro. Mis padres me dejaron para lidiar con esta mierda.

Sale vapor de la olla, apago el fuego y vierto el ramen en un cuenco. Froto mis labios secos y miro el caldo amarillo mientras mi estómago gruñe. No he comido ni bebido nada en todo el día, pero no estoy segura de tener ninguna intención de comer esto cuando finalmente entré a la cocina esta noche para prepararlo. Siempre me gustó el proceso de cocinar cosas. La receta, el procedimiento… Sé qué hacer. Es mecánico.

Envuelvo mis manos alrededor del cuenco, disfrutando el calor que recorre la cerámica y sube por mis brazos. Un escalofrío recorre mi cuerpo y casi trago, pero luego me doy cuenta de que necesitaré más energía de la que tengo.

Ellos están muertos y no he llorado. Simplemente estoy más preocupada por el mañana y por manejar todo.

No sé qué hacer, y la idea de forzar una conversación con ejecutivos de estudio o viejos amigos de mis padres durante las próximas semanas mientras entierro a mi madre y a mi padre y trato con todo lo que he heredado hace que la bilis aumente en mi garganta. Me siento enferma. No puedo hacerlo.

No puedo hacerlo.

Ellos sabían que no tenía las habilidades para lidiar con situaciones como esta. No puedo sonreír o fingir cosas que no siento.

Saco los palillos del cajón, los meto en el cuenco, lo recojo y lo llevo arriba. Llego a la parte de arriba y no me detengo mientras me alejo de la puerta de su habitación y me dirijo a la izquierda, hacia mi propia habitación.

Llevo el cuenco a mi escritorio, hago una pausa, el olor del ramen me hace revolver el estómago. Lo dejo y me muevo hacia la pared, deslizándome hacia abajo hasta que me siento en el suelo. La madera fresca me calma los nervios y estoy tentada de acostarme y apoyar la cara en ella.

¿Es extraño que me quede en la casa esta noche cuando murieron al final del pasillo esta mañana? El forense calculó la hora de la muerte alrededor de las dos de la mañana. No me desperté hasta las seis.

Mi mente se acelera, atrapada entre querer dejarlo ir y querer procesar cómo sucedió todo. Mirai está aquí todos los días. Si no los hubiera encontrado yo, ella lo habría hecho. ¿Por qué no esperaron hasta que yo regresara a la escuela la próxima semana? ¿Recordaron que estaba en la casa?

Dejo que mi cabeza caiga hacia atrás contra la pared y coloco mis brazos sobre mis rodillas dobladas, cerrando mis ojos ardientes.

No me dejaron una nota.

Se vistieron elegante. Sacaron al perro. Programaron que Mirai llegara tarde esta mañana, en lugar de temprano.

No me escribieron una nota.

Su puerta cerrada se cierne frente a mí, y abro los ojos, mirando a través de mi habitación, a través de mi puerta abierta, por el largo pasillo y hacia su habitación en el otro extremo del pasillo.

La casa suena igual.

Nada ha cambiado.

Pero en ese momento, un zumbido se escucha desde alguna parte, y parpadeo ante el débil sonido, el miedo me devuelve a la realidad. ¿Qué es eso?

Pensé que había apagado mi teléfono.

Los reporteros saben cómo responder a las solicitudes de comentarios a través de los representantes de mis padres, pero eso no impide que los codiciosos, la mayoría lo son, busquen mi número personal.

Levanto la mano y busco el teléfono en mi escritorio, pero cuando presiono el botón de encendido veo que todavía está apagado.

El zumbido continúa, y justo cuando me doy cuenta, mi corazón da un vuelco.

Mi celular privado. El que está bien guardado en mi cajón.

Solo mis padres y Mirai tienen ese número. Es un teléfono para que me contacten si algo es urgente, ya que saben que apago mucho el otro.

Sin embargo, nunca usaron ese número, así que nunca más lo guardé.

Empujándome de rodillas, busco en el cajón de mi escritorio, saco el viejo iPhone de su cargador y caigo al suelo, mirando la pantalla.

Colorado. No conozco a nadie en Colorado.

Sin embargo, este teléfono nunca recibe llamadas. Podría ser un reportero que de alguna manera rastreó el teléfono, pero luego no está registrado a mi nombre, así que lo dudo.

Contesto—: ¿Hola?

—¿Tiernan?

La voz del hombre es profunda, pero hay un toque de sorpresa en ella, como si no esperara que yo respondiera.

O está nervioso.

—Es Jake Van der Berg —dice.

Jake Van der Berg…

—Tu *tío* Jake Van der Berg.

Y luego recuerdo.

—¿Eres el…?

—Hermano de tu padre —termina por mí—. Hermanastro, en realidad.

Lo olvidé por completo. Rara vez se había mencionado a Jake Van der Berg en esta casa. No crecí con ningún familiar, por lo que había ignorado por completo el hecho de que tenía uno.

Mi madre creció en hogares de acogida, nunca conoció a su padre y no tenía hermanos. Mi padre solo tenía un hermanastro menor que yo nunca he conocido. No tuve tías, tíos ni primos mientras crecía, y los padres de mi padre estaban muertos, así que yo tampoco tuve abuelos.

Solo hay una razón por la que me llama después de diecisiete años.

—Esto… —murmuro, en busca de palabras—. La asistente de mi madre se encargará de los preparativos del funeral. Si necesita los detalles, no los tengo. Te daré su número.

—No voy a ir al funeral.

Me quedo quieta por un momento. Su voz está al límite.

Y no ha ofrecido sus condolencias por mi pérdida, lo cual es inusual. No es que las necesite, pero ¿por qué llama entonces? ¿Cree que mi padre lo incluyó en su testamento?

Honestamente, podría haberlo hecho. No tengo ni idea.

Pero antes de que pueda preguntarle qué quiere, se aclara la garganta.

—El abogado de tu padre me llamó antes, Tiernan —dice—. Como soy tu único pariente vivo y tú todavía eres menor de edad, tus padres *aparentemente* te dejaron a mi cuidado.

¿A su cuidado?

Aparentemente. Parece que esto también es nuevo para él.

No necesito el cuidado de nadie.

Continúa—: Sin embargo, cumplirás dieciocho en un par de meses. No te voy a obligar a hacer nada, así que no te preocupes.

Bueno. Dudo por un momento, no estoy segura de sí me siento aliviada o no. No he tenido tiempo de procesar el recordatorio de que no soy un adulto legalmente, y lo que eso significa ahora que mis padres se han ido, antes de que me asegure que no significa nada. Mi vida no cambiará.

Está bien.

—Estoy seguro de que, al crecer en esa vida —dice—. Eres muchísimo más sabia que nosotros y puedes cuidarte bien a estas alturas.

—¿Nosotros? —Murmuro.

—Mis hijos y yo —dice—. Noah y Kaleb. En realidad, no son mucho mayores que tú. Quizás unos años.

Entonces, tengo primos. O… primos adoptivos.

Lo que sea. Básicamente no es nada. Juego con el hilo azul claro de mis pantalones de dormir.

—Sólo quería extender la mano para decirte eso —dice finalmente—. Si quieres emanciparte, no me voy a oponer. No tengo ningún interés en hacerte nada más difícil arrancándote de la vida que conoces.

Miro fijamente el hilo, pellizcándolo entre mis uñas mientras lo aprieto. Bien entonces.

—Bueno… gracias por llamar.

Y empiezo a apartar el teléfono de mi oído, pero luego escucho su voz de nuevo.

—¿Quieres venir aquí?

Me llevo el teléfono a la oreja.

—No quise sonar como si no fueras bienvenida —dice—. Tú lo eres. Solo pensé…

Su voz se apaga y yo escucho.

Se ríe.

—Es solo que vivimos una vida aislada aquí, Tiernan. No es muy divertido para una jovencita como tú, especialmente para una que no tiene idea de quién diablos soy, ¿sabes? —Su tono se vuelve solemne—. Tu papá y yo… nunca nos llevamos bien.

Me siento ahí, sin decir nada. Sé que sería de buena educación hablar con él. O tal vez espera que le haga preguntas. ¿Qué pasó entre él y mi padre? ¿Conocía a mi madre?

Pero no quiero hablar. No me importa.

—¿Te dijo que vivíamos en Colorado? —Jake pregunta suavemente—. Cerca de Telluride pero en las montañas.

Respiro profundamente y lo suelto, enrollando el hilo alrededor de mi dedo.

—Podemos ir al pueblo sin problemas cuando hace buen tiempo, pero nos neva durante meses —continúa—. Muy diferente a la vida a la que estás acostumbrada.

Alzo los ojos, dejándolos vagar lentamente por la habitación estéril en la que casi nunca he dormido. Estantes llenos de libros que nunca terminé de leer. Un escritorio lleno de bonitos diarios que me gustaba comprar pero en los que apenas escribía. Pensé en decorar, pero como con todo lo demás, nunca hice nada, porque nunca pude decidir. No tengo imaginación.

Sí, mi vida…

El peso de la puerta de mis padres se cierne frente a mí, al final del pasillo.

Neva, él dijo. *Durante meses.*

—Sin cable. Ningún ruido. A veces no hay WiFi —menciona—. Solo los sonidos del viento y las cataratas y los truenos.

Me duele un poco el corazón y no sé si son sus palabras o su voz. *Solo los sonidos del viento y las cataratas y los truenos*.

Suena asombroso, de hecho. Todo suena bien. Nadie va a acercarse a ti.

—Mis chicos están acostumbrados a la reclusión —me dice—. Pero tú…

Tomo el hilo de nuevo y lo giro alrededor de mi dedo. *¿Pero yo…?*

—Vine para acá cuando no era mucho mayor que tú —reflexiona, y puedo escuchar la sonrisa en su voz—. Tenía las manos suaves y la cabeza llena de mierda, que no sabía qué hacer con ella. Apenas estaba vivo.

Las agujas me pinchan la garganta y cierro los ojos.

—Hay algo que decir sobre el sudor y el sol. —suspira—. Trabajo duro, consuelo y estar ocupado. Hemos construido todo lo que tenemos aquí. Es una buena vida.

Quizás eso es lo que necesito. Huir como lo hizo él a mi edad. Sumergirme en algo diferente, porque lo único que siento es cansancio.

—¿Has tenido una buena vida? —casi susurra.

Mantengo los ojos cerrados, pero siento como si tuviera un camión en mis pulmones. He tenido una gran vida. Tengo un armario lleno de toda la ropa y bolsos de diseñador que todo el mundo espera que luzca la hija de una estrella famosa. He estado en dos docenas de países y puedo comprar lo que quiera. Mi casa es enorme. Mi refrigerador está lleno. ¿Cuántas quisieran estar en mi lugar? Que suerte tengo.

—¿Quieres venir aquí, Tiernan? —pregunta de nuevo.

Tiernan

Me quito los audífonos y los dejo descansar alrededor de mi cuello mientras echo un vistazo alrededor del lugar. Su área de reclamo de equipaje solo tiene dos carruseles. Es como un baño en LAX.

¿Está aquí? Me doy la vuelta, tratando de reconocer a alguien que nunca he visto, pero probablemente me reconocerá antes de que yo sepa quién es de todos modos. Las fotos de nuestra familia son bien fáciles de encontrar en línea en este momento.

Siguiendo a la multitud, me dirijo a la segunda cinta transportadora y espero a que bajen el equipaje. Probablemente, traje demasiado, especialmente porque hay una buena posibilidad de que no me quede mucho tiempo, pero honestamente, no estaba pensando. Él me envió un boleto por correo electrónico, me dijo que podía usarlo o no, y simplemente agarré mis maletas y comencé a cargar. Estaba demasiado aliviada para tener algo que hacer.

Reviso mi teléfono para asegurarme de que no perdí una llamada de él diciendo dónde encontrarnos, y veo un mensaje de texto de Mirai, en su lugar.

> Solo te aviso... El forense confirmará la causa de la muerte antes del fin de semana. Será noticia. Si necesitas hablar, sabes que cuentas conmigo. Siempre.

Inhalo profundamente, pero me olvido de dejarla ir mientras deslizo mi teléfono en mi bolsillo trasero. *Causa de la muerte*. Sabemos cómo murieron. Todos los chiflados religiosos en Twitter actualmente están condenando a mis padres como pecadores por quitarse la vida, y yo no podía ni leer eso. Si bien podía decir lo que quisiera sobre mis problemas con Hannes y Amelia de Haas, no quería escuchar tonterías de extraños que no los conocían.

Debería apagar mi teléfono. Yo debería…

Frunzo mis cejas. *Debería ir a casa*.

No conozco a este tipo, y no me gusta la gente que conozco.

Pero anoche, nada sonaba mejor que salir de allí.

El carrusel comienza a girar, sacándome de la cabeza, y observo cómo comienzan a aparecer el equipaje. Una de mis maletas negras se mueve hacia mí y me agacho para agarrarla, pero de repente aparece otra mano, levantándola por mí. Me levanto como un resorte y me encuentro cara a cara con un hombre.

Bueno, no cara a cara exactamente. Me mira fijamente y abro la boca para hablar, pero no puedo recordar… nada. Sus ojos están casi congelados y no parpadea mientras estamos allí, bloqueados.

¿Es él?

Sé que el hermanastro de mi padre es de ascendencia holandesa, al igual que mi padre, y este tipo ciertamente tiene el aspecto atlético de un metro con noventa centímetros, cabello rubio oscuro muy corto y ojos azules cuya leve diversión traiciona su actitud severa, mandíbula y presencia intimidante.

—¿Eres Jake? —le pregunto.

—Hola.

¿Hola? Su mirada no me deja, y por un momento tampoco puedo apartarme. Sabía que él y mi padre no eran de sangre, pero por alguna razón, pensé que se verían parecidos, no sé por qué.

Sin embargo, mis expectativas están completamente fuera de lugar y no se me ocurrió que había una diferencia de edad entre ellos. Jake debe tener al menos diez años menos que Hannes. ¿Treinta y tantos, tal vez principios de los cuarenta?

Quizás eso tuvo algo que ver con que no se llevaran bien. En dos lugares totalmente diferentes, ¿así que no hay mucho en común al

crecer?

Nos quedamos allí por un momento, y siento que este es el punto donde la mayoría de la gente se abrazaría o algo así, pero doy un paso atrás, y me alejo de él, por si acaso.

Sin embargo, él no viene a recibir un abrazo. En cambio, sus ojos parpadean hacia un lado y gesticula.

—¿Esta también?

Su voz es profunda pero suave, como si tuviera un poco de miedo de mí, pero no de nada más. Mi corazón se acelera.

¿Qué me preguntó?

Ah, el equipaje.

Miro por encima del hombro y veo que mi otra maleta negra se arrastra hacia aquí.

Asiento una vez, esperando a que llegue hasta nosotros.

—¿Cómo supiste que era yo? —le pregunto, recordando como él solo agarra mi maleta sin una palabra para confirmar mi identidad.

Pero se ríe para sí mismo.

Cierro los ojos por un momento, recordando que probablemente haya visto fotos mías en alguna parte, así que no fue difícil averiguarlo.

—Correcto —murmuro.

—Disculpa —dice, pasando por delante de mí para agarrar la segunda maleta. Tropiezo hacia atrás, su cuerpo rozando el mío.

Lo saca del carrusel y agrega—: Y tú eres la única aquí con equipaje de Louis Vuitton, así que…

Le lanzo una mirada y me doy cuenta de los jeans con las rodillas manchadas de tierra y la camiseta gris de siete dólares que lleva puesta.

—¿Conoces a Louis? —pregunto.

—Más de lo que me importa —responde y luego me mira fijamente—. Yo también crecí en esa vida, ¿recuerdas?

Esa vida. Lo dice como si las etiquetas y el lujo negaran cualquier sustancia. Las personas pueden vivir realidades diferentes, pero la verdad es siempre la misma.

Me aclaro la garganta y me acerco a una de las maletas.

—Puedo llevar algo.

—Está bien. —Él niega con la cabeza—. Estamos bien.

Llevo mi mochila en la espalda y sostengo el asa de mi equipaje de mano, mientras él agarra mis dos maletas con ruedas.

Estoy lista para moverme, pero él me está mirando, algo tímido, pero también asombrado en sus ojos.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada, lo siento —dice, sacudiendo la cabeza—. Te pareces a tu madre.

Bajo mis ojos. No es la primera vez que escucho eso, y es un cumplido, sin duda. Mi madre era hermosa. Carismática, escultural…

Sin embargo, nunca me hace sentir bien. Como si todos la vieran primero.

Ojos grises, cabello rubio, aunque el mío es del tono arena natural mientras que el de ella estaba teñido para lucir más dorado.

Sin embargo, mis cejas más oscuras son mías. Una pequeña fuente de orgullo. Me gusta cómo hacen que se me salten los ojos.

Él inhala profundamente.

—¿Algo más? —pregunta—, y asumo que está hablando de mi equipaje.

Niego con la cabeza.

—Está bien, vamos a agarrar camino

Él se abre paso hacia la salida, y yo lo sigo de cerca, mientras caminamos a través de la poca gente que hay alrededor.

Tan pronto como salimos al sol, inhalo el aire denso de fines de agosto, oliendo el asfalto y los árboles que bordean el estacionamiento más allá. La brisa me hace cosquillas en el vello de los brazos, y aunque el cielo está despejado y todo es verde, siento la tentación de quitarme la chaqueta atada a la cintura y ponérmela. Cruzamos la acera, sin necesidad de buscar carros, porque el tráfico es peor para el valet en el club de campo de mis padres los domingos por la tarde. Me gusta. No hay cláxones sacudiendo el pavimento.

Se detiene detrás de una camioneta negra, pero en lugar de abrir la puerta trasera, tira mi maleta por el costado y la mete en la cajuela. Estirándose hacia atrás, toma mi otra maleta y hace lo mismo.

Agarro mi equipaje de mano para ayudar, pero él rápidamente agarra esa también, los músculos apretados en su brazo se flexionan y brillan bajo el sol.

—Debería haber viajado más liviana —pienso en voz alta.

Se da la vuelta.

—No es solo una visita.

Sí, quizás. Todavía no estoy segura, pero pensé que era mejor traer lo suficiente para el viaje largo si decido quedarme.

Subimos a la camioneta y me pongo el cinturón de seguridad mientras enciende el motor. Por reflejo, alcanzo mis audífonos alrededor de mi cuello. Pero me detengo. Sería grosero ignorarlo, habiéndolo recién conocido. Mis padres nunca se opusieron, pero me pidieron que no los usara con otras personas.

Suelto los audífonos y me quedo mirando la radio. Por favor, deja que la música suene.

Y tan pronto como la camioneta cobra vida, la radio se enciende, suena *Kryptonita* a todo volumen y, por un segundo, me siento aliviada. Hablar con alguien ahora sigue siendo doloroso.

Sale del estacionamiento y yo pongo las manos en mi regazo y asomo la cabeza por la ventana.

—Estuve averiguando —dice sobre el ruido de la radio—. Tenemos un bachillerato en línea que puede encargarse de ti.

Vuelvo mis ojos hacia él.

Él explica—: Tenemos muchos chicos aquí que se necesitan en los ranchos y demás, por lo que es común educar en casa o completar clases en línea.

Oh.

Me relajo un poco. Por un momento, pensé que esperaba que yo asistiera a la escuela. Me había preparado para vivir en un lugar nuevo, pero sin acostumbrarme a nuevos maestros y compañeros de clase. Apenas conocía a aquellos con los que había estado durante los últimos tres años.

De cualquier manera, no debería haberse molestado.

—Puedo quedarme en Brynmor —le digo, volviendo mis ojos a la ventana—. Mi escuela en Connecticut estaba feliz de trabajar con

mi… ausencia. Mis profesores ya me han enviado mis planes de estudio por correo electrónico y podré completar todo en línea.

La carretera comienza a dar paso a las casas esporádicas a los lados de la carretera, casas de campo estilo años ochenta con alambradas oxidadas, todos arropados por las agujas oscuras de los altos árboles de hoja perenne alrededor de sus patios.

—Bien —dice Jake—. Eso es bueno. Pero avísales que puedes estar desconectada por ratos ya que el WiFi en mi casa es irregular y se apaga por completo durante las tormentas. Es posible que deseen enviar sus tareas a granel, para que no te atrases durante ese tiempo de inactividad.

Lo miro, lo veo apartar la mirada del camino para encontrarse con mis ojos. Asiento.

—Pero quién sabe… —reflexiona—. Podrías querer salir pitada después de una semana en la cabaña.

¿Por qué…?

Ladea la cabeza, bromeando—: No hay centros comerciales ni macchiatos de caramelo cerca.

Vuelvo a mirar por la ventana, murmurando.

—No tomo macchiatos de caramelo.

Es razonable que él anticipe que tal vez no me sentiré cómoda con ellos o que extrañaré mi vida en casa, pero sugerir que soy una señorita fifí que no puede vivir sin un Starbucks es un poco tonto. Supongo que podemos agradecer a la televisión que el resto del mundo piense que las chicas de California son todas idiotas del valle con crop tops, pero con sequías, incendios forestales, terremotos, deslizamientos de tierra y una quinta parte de los asesinatos en serie de la nación que ocurren en nuestro territorio, somos fuertes, también.

Conduce por un rato y, afortunadamente, no habla más. El pueblo aparece más adelante, y puedo distinguir estatuas de madera tallada y una calle principal de edificios cuadrados, todos unidos entre sí a ambos lados. La gente merodea por las aceras, hablando entre sí, mientras que las macetas con flores cuelgan de los postes de luz, lo que le da al lugar un ambiente pintoresco y cuidado. Los

adolescentes se sientan en la acera, y yo observo los negocios, todo, es tan diferente.

Miro hacia arriba y veo la gran pancarta que cuelga justo antes de pasar por debajo.

¡Festival de Verano de Chapel Peak!
26-29 de agosto

—Esto no es Telluride —digo, volviendo mis ojos hacia él.

—Dije que estaba fuera de Telluride —corrige—. Muyyyyy fuera de Telluride.

Aun mejor. Telluride es un famoso destino de esquí: muchas tiendas de lujo. Esto será diferente, quiero diferente

Veo pasar las tiendas. *Grind House Café. La oficina de correos de Porter. La heladería Cheery Cherry. Los…*

Giro la cabeza para ver el lindo toldo de rayas rojas y blancas cuando pasamos por una pequeña tienda y casi sonrío.

—Una tienda de dulces…

Me encantan las tiendas de dulces. No he estado dentro de una en años.

Rebel's Pebbles, leo el cartel. Me parece haber retrocedido en el tiempo, estoy en el salvaje oeste.

—¿Tienes tu licencia? —me pregunta.

Vuelvo la cabeza hacia el frente y asiento.

—Bien. —Hace una pausa, y puedo sentirlo mirándome—. Siéntete libre de usar cualquiera de los vehículos, solo asegúrate de que sepa a dónde vas.

Cualquiera de los vehículos. ¿Se refiere a él y a sus hijos? ¿Dónde están, por cierto?

No es que esperara que ellos también estuvieran en el aeropuerto, pero me pone un poco nerviosa que no les entusiasme que vaya si no estuvieran allí para saludarme. Algo más que no había considerado. Tenían una cueva de hombres cómoda e infundida con testosterona, y aquí viene la chica que creen que tendrá que protegerse de sus bromas sucias ahora.

Por supuesto, es jueves. Tal vez solo están en el trabajo.

Lo cual me recuerda…

—¿A qué te dedicas? —le pregunto.

Me mira.

—Mis hijos y yo personalizamos motos de motocross —me dice —. Cuatrimotos, carritos para ir a las dunas…

—¿Tienes una tienda aquí?

—¿Eh?

Me aclaro la garganta.

—¿Tienes una… una tienda aquí? —repito, más fuerte.

—No. Tomamos pedidos, las construimos en nuestro garaje en casa y luego enviamos el producto terminado —explica, y no puedo evitar mirarlo de nuevo. Ocupa el asiento del conductor, los músculos bronceados por el sol en su antebrazo se tensan mientras sostiene el volante.

Tan diferente de mi padre, que odiaba asolearse y nunca iba sin una camisa de manga larga, a menos que se fuera a la cama.

Jake me mira a los ojos.

—Pronto recibiremos muchos pedidos —dice—. Nos mantiene ocupados durante el invierno y luego los enviamos en la primavera, justo a tiempo para que comience la temporada.

Así que trabajan desde casa. Los tres.

Estarán alrededor todo el tiempo.

Me froto distraídamente las palmas de las manos mientras miro al frente y escucho que el pulso se me acelera en los oídos.

Incluso en el internado, mis padres habían hecho arreglos para que yo tuviera una habitación individual sin compañera de cuarto. Prefiero estar sola.

No soy una ermitaña. Podría hablar con mis maestros y tener discusiones, y me encanta ver el mundo y hacer cosas, pero necesito espacio para respirar. Un lugar tranquilo para descomprimirme, y los hombres son ruidosos. Especialmente los jóvenes. Todos estaremos uno encima del otro todo el tiempo si trabajan desde casa.

Cierro los ojos por un momento, de repente me arrepiento de haber hecho esto. ¿Por qué hice esto?

Mis compañeros de clase me odiaban, porque tomaron mi silencio por esnobismo.

Pero no es eso. Es que necesito tiempo. Eso es todo.

Desafortunadamente, no muchos son lo suficientemente pacientes como para darme una oportunidad. Estos chicos me van a ver como grosera, al igual que las chicas en la escuela. ¿Por qué me pondría a propósito en una situación en la que me obligarían a conocer gente nueva?

Aprieto la mandíbula y trago saliva, viéndolo por el rabillo del ojo. Me está mirando. ¿Cuánto tiempo ha estado observándome?

Instantáneamente obligo a mi rostro a relajarse y a mi respiración a ser más lenta, pero antes de que pueda enterrar mi rostro en mi teléfono para cubrir mi casi ataque de pánico, está desviando la camioneta hacia la izquierda y completando el círculo, volviendo en la dirección que acabamos de venir.

Genial. Me lleva de vuelta al aeropuerto. Ya lo asusté.

Pero cuando vuelve a toda velocidad por la calle principal, y agarro la correa del cinturón de seguridad que me cruza el pecho para estabilizarme, observo cómo pasa de nuevo a través de dos semáforos y gira el volante a la izquierda, deslizándose en un lugar de estacionamiento al costado de la calle.

Mi cuerpo se tambalea hacia adelante cuando se detiene en seco, y antes de que tenga la oportunidad de considerar lo que está pasando, apaga el motor y salta de la camioneta.

Eh…

—Vamos —me dice, mirándome antes de cerrar la puerta de golpe.

Miro por el parabrisas delantero y veo *Rebel's Pebbles* grabado en oro en el letrero negro de estilo victoriano.

Estamos frente a la tienda de dulces.

Con mi pequeña bolsa de viaje colgada del pecho, salgo de la camioneta y lo sigo hasta la acera. Abre la puerta, suena el tintineo de una campanita y me hace pasar al interior antes de seguirme.

El aroma embriagador de chocolate y caramelo me golpea, e inmediatamente empiezo a salivar. No he comido desde el puñado de arándanos que me obligué a bajar esta mañana antes de mi vuelo.

—¡Hey, Spencer! —Jake grita.

Escucho el ruido de una sartén en algún lugar de la parte de atrás, y algo, como la puerta de un horno, se cierra.

—¡Jake Van der Bong! —un hombre sale de detrás de una pared de vidrio, limpiándose las manos mientras se dirige hacia nosotros—. ¿Como estás?

¿Van Der Bong? Lanzo mis ojos hacia Jake.

Me sonríe.

—Ignóralo —dice—. Nunca fumé. Quiero decir, ya no fumo. Eso es cosa del pasado.

Le sonríe al otro chico.

—El viejo yo. El yo malvado.

Ambos se ríen y se dan la mano, y miro al hombre que acaba de salir, se ve bien fuera de la misma edad que Jake, aunque unos centímetros más bajo, y vestido con una camisa de franela roja y azul con cabello castaño descuidado.

—Spence, esta es mi sobrina, Tiernan —le dice Jake.

El señor Spencer me mira, termina de limpiarse la mano y me la ofrece.

—Sobrina, ¿eh? —Su mirada se vuelve curiosa—. Tiernan. Ese es un nombre bonito. ¿Cómo estás?

Asiento una vez, tomando su mano.

—Puede comprar lo que ella quiera —le dice Jake.

—No, está bien. —Niego con la cabeza.

Pero Jake arquea una ceja y me advierte—: Si no llenas una bolsa, él la llenará por ti, y será regaliz negro y palitos de menta.

Arrugo la nariz por reflejo. El otro hombre resopla. El regaliz negro sabe a mierda.

Jake se aleja, agarra una bolsa de plástico y comienza a llenarla con caramelo mientras yo estoy allí, mi orgullo me mantiene plantada en el lugar. Siempre es el chip más pesado en mi hombro. No me gusta darle a la gente lo que quiere.

Pero luego huelo el azúcar y la sal, y el cálido aroma a chocolate de las estufas golpea la parte posterior de mi garganta y va directo a mi cabeza. Me encantaría una probada.

—¿Qué estás esperando, De Haas? —Escucho a mi tío gritar.

Parpadeo.

Tapa el tarro de caramelo y se mueve hacia los gusanos de goma mientras me lanza una mirada. Miro hacia atrás. Llamarme por mi apellido parece que debería sentirse divertido. Con él, es… brusco.

Dejo escapar un suspiro y me muevo hacia las bolsas, tomando una para mí.

—Pagaré por esto —le informo.

Él no me mira.

—Como quieras.

Abro la bolsa, instintivamente paso los chocolates y me desvío hacia los dulces gomosos menos calóricos, cargando algunos anillos de melocotón, gajos de sandía y tiburones azules. Agrego algunas gominolas y Sour Patch Kids, sabiendo que no comeré nada de esto.

Pasando distraídamente al siguiente recipiente, excavo en la pala y saco un montoncito de rojo.

Los pescaditos están llenos de jarabe de maíz, colorantes y aditivos, dijo una vez mi madre. Miro hacia abajo a los dulces, una vez amando la forma en que se sentían entre mis dientes, pero no he probado desde que tenía trece años. Antes, cuando comencé a estar dispuesta a renunciar a cualquier cosa para que ella me valorara. Tal vez si comiera como ella, me maquillara como ella, comprara bolsos de Prada y Chanel como ella y usara cualquier monstruosidad chillona diseñada por Versace, ella…

Pero niego con la cabeza, sin terminar el pensamiento. Cargo dos cucharadas colmadas de caramelos en mi bolsa. Jake aparece a mi lado, hundiendo su mano en el frasco.

—Estos también son mis favoritos —dice y se mete dos en la boca.

—¡Ey, basura! —Oigo gritar a Spencer.

Pero Jake solo se ríe. Vuelvo a mirar hacia abajo, volviendo a tapar el frasco y cerrando mi bolso.

—La bolsa cuesta siete noventa y cinco, no importa qué, así que llénala —me dice Jake y se mueve a mi alrededor, por la línea de contenedores de dulces.

Siete noventa y cinco. Casi tan caro como las botellas de agua suiza en las que se bañaba mi madre. ¿Cómo terminó siendo tan diferente a ellos?

Me arrastro por los dos pasillos, pasando la caja de dulces de chocolate y mi boca se hace agua un poco por lo bien que sé que todo sabe.

—¿Lista? —Jake pasa junto a mí.

Lo sigo hasta la caja registradora y tiro mi bolso en el mostrador, temerosa de que intente ir primero y pagar por mí.

Inmediatamente saco mi dinero, y el hombre, Spencer, parece entender, porque me llama sin más que un momento de vacilación.

Pago y retrocedo, dejando espacio para Jake.

Llama a Jake, pero me mira.

—¿Te vas a quedar… en el pico mucho tiempo? —pregunta, sonando vacilante de repente.

¿El pico?

Pero Jake responde por mí.

—Sí, posiblemente hasta el próximo verano.

Los ojos del hombre se fijan instantáneamente en Jake, una mirada de aprensión cruza su rostro.

—No te preocupes. —Jake se ríe y le entrega dinero al tipo. —La protegeremos de los elementos grandes y malos.

—¿Cuándo has podido controlar a Kaleb? —Spence responde y le arrebata el dinero a Jake.

Kaleb. Uno de sus hijos. Miro a Jake, pero él solo me mira a los ojos y niega con la cabeza, restándole importancia.

Jake toma su cambio y sus dulces, y empezamos a irnos.

—Gracias —le digo a Spencer.

Él asiente y nos observa mientras nos vamos, haciéndome sentir más nerviosa que cuando entré.

Volvemos a subir a la camioneta, y mi tío sale, volviendo en la dirección en la que íbamos originalmente.

Los pétalos de las petunias rosadas revolotean con el viento contra el cielo azul mientras cuelgan en sus macetas, y los jóvenes con camisetas sin mangas transportan sacos de algo del andén de carga de la tienda de alimentos y los suben a su camioneta. Apuesto a que todos conocen los nombres de los demás aquí.

—No es Telluride —dice Jake—. Pero el pueblo más grande que te vas a encontrar aquí.

Me quedo en silencio. Al menos un rato.

Pasamos el último de los negocios, sobre algunas pistas, y comenzamos a serpentear por un camino pavimentado lleno de árboles de hoja perenne, que asciende lentamente en elevación.

La carretera se estrecha, miro a través del parabrisas y veo que los árboles se hacen más altos y bloquean cada vez más la luz de la tarde a medida que avanzamos, dejando atrás la civilización. Unos cuantos caminos de grava y tierra brotan del camino principal, y trato de mirar por la oscuridad. Caminos, pero no puedo ver nada. ¿Conducen a otras propiedades? ¿Casas?

Subimos por un rato, el motor zumba mientras Jake serpentea y gira en cada curva y ya no puedo ver nada de la ciudad de abajo. Los rayos del sol brillan a través de las ramas, y parpadeo contra ellos, sintiendo que la camioneta sale de la carretera pavimentada hacia un camino de tierra mientras me balanceo en mi asiento con los baches.

Sostengo el tablero con una mano y observo el camino bordeado de abetos. Subimos durante otros veinte minutos.

—Es un buen viaje —me dice mientras el cielo se oscurece—. Así que, si quieres ir al pueblo, asegúrate de que uno de mis hijos o yo estemos contigo.

Asiento en respuesta.

—No quiero que te quedes atrapada sola en este camino después del anochecer —agrega.

Sí, yo tampoco. No estaba bromeando cuando dijo aislado. Es mejor que tenga lo que necesita, porque no es un viaje rápido a la tienda si necesita leche, azúcar o jarabe para la tos.

Gira a la derecha y sube por un empinado camino de grava, las rocas crujen bajo los neumáticos cuando empiezo a ver estructuras que vuelven a aparecer. Las luces brillan a través de los árboles, fáciles de ver, ya que está casi oscuro.

—Todo ese camino que acabamos de recorrer se entierra en invierno —me informa, y lo veo mirándome—. Y con un terreno empinado y helado, hace que sea imposible llegar al pueblo durante meses con las carreteras cerradas. Te llevaremos a la tienda de

dulces para que compres todo lo que quieras antes de que empiece a nevar.

Me volteo para ver por la ventana, ignorando la broma, tratando de ver los edificios a los que nos acercamos a través de los últimos restos de la luz del sol, pero con los árboles por todas partes, no puedo ver mucho. Algo que parece un establo, un par de cobertizos, algunas otras estructuras más pequeñas enterradas en la espesura, y luego…

Finalmente, detiene la camioneta en un terreno uniforme y estaciona justo en frente de una casa con enormes ventanas y algunas luces encendidas en el interior. Muevo mis ojos a izquierda, derecha, arriba y abajo, observando el enorme lugar, y aunque no puedo distinguir ningún detalle en la oscuridad, es grande y hay tres pisos, así como cubiertas superiores e inferiores en expansión.

Una punzada de alivio me golpea. Cuando dijo cabaña, inmediatamente pensé en algo como *listo para el día del juicio final con lo esencial para sobrevivir* pensando más en la soledad y el espacio lejos de Los Ángeles, que en la choza potencial en la que podría haber accedido a vivir. Llego aquí que comienzo a preocuparme por mi decisión precipitada y por lo que realmente me había inscrito. No necesito internet, pero espero, como mínimo, plomería interior.

Y, observo la casa, todavía sentada mientras él sale de la camioneta, *creo que estamos de suerte*.

Solo dudo un momento más antes de abrir la puerta y salir de la camioneta, llevándome la mochila. Quizás exageré. Tal vez no había mucho por lo que estar nerviosa. Está tranquilo como esperaba, e inhalo el aire, el aroma fresco del agua y las rocas me generan escalofríos por los brazos. Me encanta ese olor. Me recuerda a la caminata Vernal Fall en Yosemite con mi campamento de verano hace años.

Lleva mis dos maletas y, aunque hace un poco de frío, mantengo mi jersey atado a la cintura y lo sigo por los escalones de madera. El frente de la casa está lleno de ventanas en el piso de abajo, así que puedo ver el interior. La planta baja parece una gran sala grande con techos altos, y aunque hay mucho de un color (madera café, cuero

café, cuernos y alfombras… todo igual), también distingo algunas cosas hechas de piedra.

—¡Hola! —Jake grita, entra a la casa y deja mis maletas—. ¡Noah!

Lo sigo, cerrando suavemente la puerta detrás de mí.

Dos perros se precipitan, un labrador café y otro flacucho de pelo gris y negro y ojos negros y vidriosos. Jake se inclina, dándoles a ambos unas buenas caricias mientras mira alrededor de la casa.

—¿Hay alguien aquí? —grita de nuevo.

Inmediatamente miro hacia arriba y veo las vigas, aunque el techo cae hacia la izquierda y también donde está la cocina a la derecha. No hay muchas paredes aquí abajo, ya que la sala, el comedor, la sala y la cocina se fusionan, sin dejar mucha privacidad.

Es espacioso.

—¡Sí, estoy aquí! —la voz de un hombre grita.

Un chico joven sale de la cocina empuñando dos botellas de cerveza y sacude la cabeza hacia Jake.

—Dios. El maldito Shawnee volvió a salir —dice.

Se acerca a nosotros, como si estuviera a punto de darle a Jake una de las cervezas, pero luego me mira y se detiene.

Su cabello rubio oscuro está peinado hacia atrás debajo de una gorra de béisbol, y no parece mucho mayor que yo, tal vez veinte o veintiún años. Sin embargo, su cuerpo… Sus fuertes brazos están bronceados bajo su camiseta verde, y es ancho. Sus ojos azul cristalino se abren como platos y su boca se curva en una media sonrisa.

—Este es Noah —nos presenta Jake—. Mi hijo menor.

Me toma un momento, pero levanto mi mano para estrechar la suya. Sin embargo, en lugar de tomarlo, simplemente pone una de las botellas y dice—: Aprende a que te guste. Bebemos mucho aquí.

La botella mojada cubre mi palma, y le echo una mirada a Jake. Me lo quita y mira a su hijo.

—¿Y tu hermano?

—Adentro —responde Noah, pero no me quita los ojos de encima.

—Correcto.

¿Adentro? Empiezo a preguntarme qué significa eso, pero lo sacudo, limpiando mi mano mojada en mis jeans, todavía sintiendo sus ojos en mí. ¿Por qué está mirando?

Lo miro a los ojos de nuevo, y él muestra una verdadera sonrisa. ¿Debería decir algo? ¿O él debería decir algo? Supongo que esto es raro. Somos esencialmente primos. ¿Se supone que debo abrazarlo o algo así? ¿Es de mala educación no hacerlo?

Lo que sea.

—¿Cuánto tiempo buscaste el caballo antes de rendirte? —Jake le pregunta, un suspiro que no dejará escapar engrosando su voz.

Noah sonríe brillantemente y se encoge de hombros.

—Mi lógica es que, si no la encontramos, no volverá a huir.

Jake arquea una ceja mientras me mira y explica—: Tenemos una yegua que siempre parece encontrar una forma de salir de su establo. —Y luego vuelve a mirar a su hijo como si fuera un tema cansino—. Pero los caballos son caros, así que hay que encontrarla.

El chico levanta su cerveza y retrocede.

—Acabo de regresar por combustible. —Y luego me mira a los ojos mientras camina hacia la parte trasera de la casa—. Si te duchas, guárdame un poco de agua caliente.

Lo observo pasar junto a la gran chimenea de piedra, por un largo pasillo y, finalmente, escucho que una puerta mosquitera se cierra de golpe en algún lugar de la parte trasera de la casa. ¿Va a encontrar un caballo esta noche?

—Está oscuro, así que te mostraré la propiedad por la mañana —dice Jake, caminando hacia la derecha—. Pero aquí está la cocina.

Se arrastra alrededor de la isla en el gran espacio, pero me quedo atrás.

—Por supuesto, sírvete de lo que sea —explica, mirándome a los ojos—. Haremos muchos viajes al pueblo antes de que comience el clima en los próximos meses, para que podamos abastecer la despensa con cualquier alimento que desees. También haremos algunas conservas. —Cierra la puerta del refrigerador que supongo que su hijo dejó abierta y me informa —: Tratamos de cultivar y cazar la mayor cantidad posible de nuestra comida.

Tiene sentido por que vi un establo y un invernadero entre las otras estructuras. Con nevadas durante períodos de tiempo tan largos, es inteligente confiar lo menos posible en las tiendas de comestibles y en la ciudad.

Me hace un gesto para que lo siga, y me uno a él mientras abre una puerta al costado de la cocina.

—Si necesitas la lavadora y la secadora, están aquí en la tienda —me dice, encendiendo una luz. Baja las pocas escaleras y veo otra camioneta estacionada en el garaje brillante, es roja.

Jake recoge una cesta de mimbre para la ropa del suelo de cemento y la arroja de nuevo sobre la parte superior de la secadora, pero cuando doy un paso, algo me llama la atención y me detengo en lo alto de las escaleras. Un ciervo cuelga de sus patas traseras a la derecha, un pequeño charco de sangre se acumula alrededor del desagüe sobre el que cuelga el ciervo muerto. Sus astas flotan a un pie del suelo, balanceándose ligeramente.

¿Qué diablos? Quedo boquiabierta

De repente, Jake está parado a mi lado en las escaleras.

—Como dije… cultivar y cazar. —Suena divertido por lo que sea que ve en mi cara—. No eres vegetariana, ¿verdad?

Él se ha ido antes de que tenga la oportunidad de responder, y me alejo del garaje, vuelvo a entrar en la casa y cierro la puerta. No soy vegetariana, pero se me ocurre que nunca conocí mi carne antes de que fuera carne.

Trago un par de veces para humedecer mi boca seca.

—Sala, baño, TV —señala mientras lo sigo—. No tenemos cable, pero tenemos muchas películas, y puedes bajar lo que sea mientras aguante el internet.

Lo sigo por la gran sala y veo sofás de cuero de aspecto rústico, una mesa de café y sillas. La chimenea es lo suficientemente grande como para sentarse, y la chimenea se extiende a través de las vigas. Madera y cuero por todas partes. Huele a Home Depot aquí con un toque de tocino quemado.

—¿Quieres la clave del WiFi? —Jake me pregunta.

El recordatorio de que puedo permanecer conectada aquí me hace detenerme por un momento.

Pero si lo rechazo, se preguntará por qué.

—Claro —respondo.

—Aparece como Cobra Kai.

Lanzo una mirada hacia él. *Lindo*.

Buscando en las redes disponibles, encuentro que Cobra Kai es la única.

—¿Contraseña?

Se queda callado por un momento y luego dice—: Un hombre te confronta, es el enemigo. Un enemigo merece…

Me detengo antes de que pueda negar con la cabeza y escribir Sin Piedad. Se conecta en segundos.

Jake viene a mi lado y mira hacia abajo. Cuando ve que tengo la contraseña correcta, asiente, impresionado.

—Puedes quedarte.

Se para cerca, y tomo aire y doy un paso lejos, mirando alrededor del lugar en busca de lo que sigue. Pero él se queda clavado en su lugar, mirándome, y algo cruza sus ojos que no dice. Como yo, probablemente se esté preguntando qué diablos estoy haciendo aquí y qué va a hacer conmigo durante una semana o un año, hasta que me vaya.

—¿Tienes hambre? —me pregunta.

—Estoy cansada —respondo.

Asiente para sí mismo como si acabara de recordar que mis padres murieron hace dos días y yo había viajado por cuatro estados hoy.

—Por supuesto.

Pero no estoy pensando en eso. Necesito estar sola.

Recoge mis maletas y lo sigo escaleras arriba. Me detengo por un momento y giro en un círculo, observando las siete u ocho puertas alrededor de todos los lados, girando fácilmente en este nuevo lugar.

—Mi habitación. —Jake señala directamente frente a nosotros hacia una puerta de madera de color castaño oscuro y luego, en rápida sucesión, alrededor del rellano a medida que pasamos por otras habitaciones—. El baño, la habitación de Noah, y aquí está la tuya.

Deja mi equipaje en una puerta en la esquina del rellano, la tenue luz del candelabro de hierro forjado de arriba apenas me permite entender el terreno aquí, pero no me importa en este momento.

Pero luego se me ocurre que solo señaló su habitación, la de Noah y la mía.

—Tienes otro… hijo —le digo—. ¿Me diste su habitación?

Hay más puertas. No estoy infringiendo su espacio, ¿verdad?

Pero él simplemente gira la cabeza y mueve la barbilla hacia la derecha. A la única puerta en la pared trasera. La única puerta entre el baño y yo.

—La habitación de Kaleb está en el tercer piso —explica—. Es la única habitación allí arriba, así que no es necesario hacer un recorrido. Pero tiene una vista preciosa. Mucho aire y espacio. Le gusta el espacio.

Sus palabras están cargadas de frustración, mientras abre la puerta de mi habitación, ambos perros entran corriendo delante de nosotros.

—Ten eso en cuenta cuando lo conozcas y no te tomes nada como algo personal.

Me detengo un momento, curiosa de lo que quiere decir, pero la gente dice lo mismo de mí. Miro hacia su puerta de nuevo, suponiendo que hay escaleras detrás de ella, ya que Jake dijo que su habitación está en el tercer piso. ¿Está Kaleb ahí arriba? Su hermano dijo que estaba adentro.

Jake abre mi puerta y lleva mis maletas al interior, y yo lo sigo, escucho el clic de una lámpara y veo el brillo de la bombilla llenando de repente la habitación.

Mi pecho se calienta instantáneamente, y casi sonrío.

Es agradable.

No es que esperara mucho, pero es acogedor y ordenado, e incluso tengo mi propia chimenea. Hay puertas dobles al otro lado de la habitación, una cama, una cómoda y una silla acolchada, todo hecho en colores amaderados que dejan mucho espacio para caminar y estirarme en el piso si quiero sentarme como lo hago a menudo.

Un bostezo tira de mi boca, y mis ojos se humedecen un poco.

—Las toallas están aquí —me dice Jake desde el pasillo—. Hazme saber si necesitas algo.

Da un paso atrás en la habitación, llenando la puerta, y me quedo en medio del espacio.

—¿Está bien? —me pregunta.

Asiento, murmurando—: Es agradable.

Siento que me mira, y mis músculos se tensan.

—No hablas mucho, ¿verdad?

Lo miro.

Su boca se arquea en una sonrisa.

—Vamos a cambiar eso. —*Buena suerte*.

Jake agarra la manija de la puerta y comienza a cerrarla.

—Odiabas a mi padre— Vuelvo mis ojos hacia él, deteniéndolo—. ¿No es así?

Se endereza y me mira.

—¿No será incómodo para ti tenerme aquí… tío Jake?

Si odiaba a mi papá, ¿no le recordaré a él?

Pero sus ojos en mí se vuelven penetrantes, y dice en un tono uniforme—: No veo a tu padre cuando te miro, Tiernan.

Todavía no estoy segura de lo que eso significa o si debería hacerme sentir mejor.

Te ves como tu madre. Había dicho en el aeropuerto que me parecía a mi madre. ¿Él la ve cuando me mira, entonces? ¿Es eso lo que quiso decir?

Sus ojos se oscurecen, y observo mientras frota su pulgar por el interior de su mano antes de cerrarla en un puño.

Estoy arraigada, mi estómago se cae un poco.

—Y no tienes que llamarme tío —dice—. No lo soy de todos modos, ¿verdad?

Pero antes de que pueda responder, chasquea la lengua para llamar a los perros, lo siguen y cierra la puerta, dejándome sola.

Me quedo allí, quieta, pero mi piel se enciende. Una llamada telefónica, un asiento de clase económica y cuatro estados después, finalmente se me ocurre… No conozco a estas personas.

Tiernan

Bostezo, el cálido olor a café recién hecho flota en el aire mientras arqueo mi espalda en la cama y estiro mi cuerpo para despertarme.

Maldita sea. Dormí fatal.

Me acerco a la mesita de noche para tomar mi teléfono para ver qué hora es, pero mi mano no aterriza en nada, solo cae a través del espacio vacío.

¿Qué?

Y ahí es cuando lo noto. La aspereza de las sábanas nuevas. El gemido de la cama debajo de mi cuerpo. La almohada que no es la de plumas a la que está acostumbrada mi cuello.

Parpadeo para despertarme, viendo la tenue luz de la mañana atravesar el techo desde donde se derrama a través de las puertas dobles de vidrio de mi habitación.

No es mi habitación.

Me levanto sobre mis codos, mi cabeza da vueltas y mis párpados apenas pueden permanecer abiertos mientras bostezo de nuevo.

Y todo me golpea a la vez. Lo qué ha pasado. Donde estoy. Cómo me escapé, porqué fui imprudente y no estaba pensando. La incertidumbre que me revolvía un poco el estómago, porque nada me es familiar.

La forma en que no me gusta esto y cómo había olvidado que no me gusta el cambio.

La forma en que él me miró anoche.

Entreno mis oídos, escucho el crujido de las ramas de los árboles que se doblan con el viento y cómo ese viento queda atrapado en la chimenea mientras sopla.

No se escuchan las charlas distantes provenientes de la oficina de mi padre y las seis pantallas planas que usaba mientras se preparaba para su día. Ningún séquito de estilistas y asistentes subiendo y bajando las escaleras, preparando a mi madre para la suya, porque nunca salía de casa a menos que estuviese peinada y maquillada.

No hay teléfonos que suenen ni paisajistas con sus cortadoras de césped.

Por un momento, siento nostalgia. Imágenes espontáneas pasan por mi cabeza. Ellos yaciendo sobre frías losas de metal en este momento. Ser deslizados en féretros fríos. La piel azulada de mi padre, y el cabello de mi madre mojado y sin maquillaje. Todo lo que eran, todo lo que el mundo reconocería, ahora se ha ido.

Me quedo allí, congelada y esperando que llegue el ardor en mis ojos. El escozor de las lágrimas. El dolor en mi garganta.

Deseando que las lágrimas vengan.

Deseando que vengan.

Pero no lo hacen. Y eso me preocupa más que la muerte de mis padres. Hay un nombre para las personas que carecen de remordimiento. Personas que no pueden empatizar. Personas que demuestren fuertes actitudes antisociales.

No soy una sociópata. Quiero decir, lloré durante la Batalla de Winterfell en Game of Thrones. ¿Pero no lloro, ni una sola vez, cuando mis padres mueren?

Al menos nadie en esta ciudad se preocupará por mí o por cómo estoy lidiando con sus muertes. La única persona en casa que lo entendería es Mirai.

Y luego parpadeo, me doy cuenta.

—Mirai…

Mierda. Aparto las sábanas y salgo de la cama, dirigiéndome a la cómoda donde se está cargando mi teléfono. Lo agarro, lo enciendo y veo una lista de notificaciones perdidas, en su mayoría llamadas de la asistente de mi madre.

Ignorando los mensajes de voz, llamo a Mirai, notando que son antes de las seis en la costa oeste mientras sostengo el teléfono en mi oído.

Ella responde casi de inmediato.

—Mirai —digo antes de que ella diga algo.

—Tiernan, gracias a Dios.

Ella respira con dificultad, como si hubiera corrido al teléfono o simplemente se hubiera despertado.

—Lo siento, mi teléfono estaba en silencio —le explico.

—¿Estas bien?

—Estoy bien.

Los escalofríos se extienden por mis brazos, así que abro la parte superior de mi maleta y saco mi sudadera negra, haciendo malabarismos con el teléfono mientras intento ponérmela.

—Entonces… ¿vas a quedarte? —ella pregunta después de una pausa—. Sabes que no tienes que hacerlo. Si la casa no es cómoda o te sientes rara…

—Estoy bien —le digo—. La casa es linda y él es…

Me interrumpo, buscando mi siguiente palabra. ¿Qué es él?

—Hospitalario.

—Hospitalario —repite ella, claramente desconfiada.

Me aclaro la garganta.

—Entonces, ¿cómo está el mundo? —pregunto, cambiando de tema—. ¿Alguien que me necesite?

—Cuídate —dice, y no extraño la forma en que me interrumpe—. No te molestaré de nuevo. Llámame si quieres, quiero que lo hagas, pero me ceñiré a los mensajes de texto para ver como estás de vez en cuando. Quiero que te olvides de todo aquí por un tiempo, ¿de acuerdo? Lo tengo controlado.

Miro alrededor del dormitorio en el que dormí, agradecida de tenerlo para mí sola, porque al menos tengo un lugar aquí que es mío donde puedo ir a estar sola.

Pero la idea de salir de esta habitación y enfrentarme a gente nueva me revuelve el estómago y yo…

Resérvame un vuelo de regreso a casa, Mirai. Quiero decirle eso.

Pero yo no lo hago.

Jake parece estar dispuesto a dejarme en paz y no presionar demasiado, pero Noah es amigable. *Demasiado* amigable.

Y todavía tengo que conocer a Kaleb, así que viene otra persona nueva.

Camino hacia las puertas dobles, necesitando un poco de aire.

La menor de mis preocupaciones debería ser lo que la gente piense o diga sobre mi ausencia en casa, y lo que piensen y digan sobre mis padres, pero no puedo evitarlo. Siento que lejos y fuera del circuito es de repente el último lugar en el que debería estar en este momento. Especialmente cuando tontamente colgué mi sombrero en medio de la nada, con un tipo al que mi padre odiaba, y en una tierra que huele a mierda de caballo y cadáveres de ciervos muertos y podridos.

Sujeto el teléfono entre mi oreja y mi hombro mientras abro las puertas.

—Debería estar allí para…

Pero me desvanezco, las puertas se abren de par en par y la vista asomándose frente a mí.

Abro la boca. De repente, mido una pulgada de alto.

—Deberías hacer lo que tienes que hacer —responde Mirai.

Pero apenas entiendo lo que dice. Miro hacia adelante, pisando distraídamente mi gran plataforma de madera mientras observo la extensión que tengo ante mí y que no noté en la oscuridad la noche anterior.

Mi corazón golpea contra mi pecho.

Así que ese es el pico. No se me pasó por la cabeza le dijeran así por alguna razón.

A lo lejos, en perfecta vista entre los árboles más allá de mi balcón, se alza una montaña, su pico de granito gris y amenazador, bordeado de pinos verdes y coronado por nubes blancas que hacen que la escena sea tan hermosa que dejo de respirar por un momento.

Santa mierda.

Está justo ahí. Una catedral, sentada frente a un cielo azul, y antes de que pueda detenerme, levanto mi mano, extendiéndola como si quisiera tomarla en mi puño, pero todo lo que puedo sentir es la brisa del aire de la mañana entre mis dedos.

Inhalo, el olor de la tierra y la piedra flotando incluso desde aquí, olvidando el recuerdo del olor del animal muerto de anoche. El olor del agua flota en el aire, fresco pero mohoso donde empapa el suelo y las rocas, y vuelvo a inhalar, cerrando los ojos.

Los vellos de mis brazos se erizan.

Tengo que irme ahora. No quiero acostumbrarme a ese olor, porque dentro de poco dejará de ser especial.

—Si quieres estar aquí para el funeral, entonces ven —continúa Mirai como si todavía me importara todo lo que estamos discutiendo —. Si no vienes, no creo que nadie cuestione a la única hija de Hannes y Amelia de Haas si está demasiado angustiada por la muerte repentina de ambos padres para asistir al funeral.

Abro los ojos, una parte de mí queriendo sonreír y otra decepcionada de mí misma, porque sé que no me iré. No hoy, de todos modos. Levanto los ojos y miro al pico, no queriendo dejar de mirar esa vista todavía.

Trago saliva, recordando a Mirai.

—Gracias —le digo—. Me tomaré unos días y pensaré en lo que haré.

El funeral no es hasta dentro de cuatro o cinco días, por lo menos. Personas de todo el mundo necesitarán tiempo para llegar a California, así como todos los arreglos que debían hacerse. Tengo tiempo.

—Te amo, Tiernan —me dice.

Hago una pausa Ella es la única que me dice eso.

Todos los recuerdos regresan, excepto que ahora capto cosas que antes no notaba.

Todas las veces que ella, no mi madre ni mi padre, me llamaba a la escuela para ver si necesitaba algo. Todos los regalos debajo del árbol que sé que ella, no ellos, compró para mí y las tarjetas de cumpleaños que firmó por ellos. Todas las películas clasificadas R en

las que me metió a ver y que de otro modo no podría haber visto, y todos los libros de viajes que dejaba en mi bolso, porque sabía que eran mis cosas favoritas para leer.

El primer par de aretes colgantes que tuve fue un regalo de ella.

Y asiento a través del teléfono, porque eso es todo lo que hago.

—Respira, ¿de acuerdo? —agrega.

—Adiós.

Cuelgo, agujas pinchan mi garganta y sigo mirando la hermosa vista, mi cabello ondeando en la suave brisa y el olor salvaje del aire como una droga. Embriagador.

Un pájaro carpintero ahueca un árbol en la distancia, y el viento barre los álamos y los pinos, el suelo del bosque se oscurece a medida que se profundiza el bosque hasta que ya no puedo ver nada.

¿Hacen caminata? ¿Jake, Noah y Kaleb? ¿Alguna vez se aventuran más adentro del bosque? ¿Se toman el tiempo para explorar?

Una motosierra atraviesa el silencio, fuerte y zumbando, y parpadeo, el hechizo se ha roto. Dándome la vuelta, dejo caer mi teléfono en la cama y camino hasta una de mis maletas, sacando mi neceser. Camino hacia la puerta, aprieto la manija, girándola lentamente.

Rechina y me estremezco. A mis padres no les gustaba el ruido por la mañana.

Avanzando suavemente hacia el pasillo en penumbra, los pisos de madera oscura y los paneles iluminados solo por el brillo de los dos candelabros de pared, paso de puntillas por la habitación que Jake me dijo que era suya anoche y me dirijo a la puerta de al lado, alcanzando la manija.

Pero antes de que pueda agarrarlo, la puerta se abre, la luz se derrama en el pasillo y una mujer joven está allí, casi desnuda. Su cabello castaño alborotado abraza su rostro y cuelga justo por encima de sus pechos desnudos.

Dios… Aparto la cabeza. ¿Qué demonios? ¿Es la esposa de mi tío? No mencionó estar casado, pero tampoco dijo que no lo estaba.

Lanzo otra mirada rápida a ella, viendo su sonrisa y cruzar sus brazos sobre su pecho.

—Disculpa —dice ella.

Vientre plano y tenso, piel tersa, sin anillo en el dedo: no es su esposa. Y definitivamente no la madre de los chicos. No tengo idea de cuántos años tiene Kaleb, pero Jake dijo que Noah era el más joven y ella no tiene la edad suficiente para tener hijos adultos.

En realidad, parece unos pocos años mayor que yo. ¿Una de las novias de los chicos, tal vez?

Ella se queda allí por un momento, y mi sorpresa comienza a convertirse en ira. *¿Muévete o algo así?* necesito entrar.

—La diferencia entre la pizza y tu opinión es que yo pedí pizza —recita.

Titubeo y giro la cabeza para mirarla, pero ella está mirando mi sudadera. Dejo caer mis ojos, viendo lo que me había puesto y que ella leyó lo que dice enfrente de la misma.

Ella se ríe de las palabras y luego se desliza a mi lado, fuera del baño. Entro corriendo y estoy a punto de cerrar la puerta, pero luego lo pienso mejor y vuelvo a hundir la cabeza en el pasillo. Desafortunadamente, sin embargo, solo escucho una puerta cerrarse. Se ha ido antes de que pueda ver en qué habitación desapareció.

Cierro la puerta, me ocupo en lavarme la cara, cepillarme los dientes y quitarme la cinta que uso para quitarme el cabello de la cara todas las noches. Hace años, mi madre empezó a hacer eso, porque le dijeron que era más saludable que las gomas elásticas.

Así que empecé a hacerlo también, por alguna razón.

Después de cepillarme el cabello, abro la puerta tan silenciosamente como la de mi dormitorio y miro con cautela hacia el pasillo en caso de que haya más extraños desnudos alrededor. Supongo que es bueno saber que no estoy imitando su estilo.

Al no ver a nadie, me lanzo a mi habitación de nuevo, oliendo el café que me despertó subiendo desde abajo. Hago mi cama, me visto con un par de jeans y una blusa de manga larga, y empiezo a desempacar mis maletas, pero luego me detengo justo cuando estoy sacando una pila de camisetas.

Puede que no me quede. Guardo las camisetas y cierro mi maleta, decidiendo esperar.

Permanezco plantada en el medio de la habitación durante otros ocho segundos, pero por mucho que me demore, no puedo pensar en nada más que hacer aquí para posponer mi aparición. Salgo de la habitación, respiro y cierro la puerta detrás de mí, sin detenerme antes de zambullirme de cabeza y bajar las escaleras para terminar con esto.

Pero cuando entro en la sala y miro a mí alrededor, mis hombros se relajan un poco. No hay nadie aquí abajo. Un par de lámparas iluminan la espaciosa habitación, giro la cabeza hacia la izquierda y veo la cocina, débilmente iluminada por unas pocas luces que cuelgan sobre la isla central, también vacía. Sin embargo, veo la luz roja de la máquina de café y me acerco con los pies descalzos, buscando a uno de los chicos.

Encontrando una taza en un estante para platos, me sirvo una taza.

—Buenos días.

Salto, la taza casi se me cae de la mano cuando el café se derrama por el borde. Gotas abrasadoras aterrizan en mi pulgar y siseo.

Miro por encima del hombro y veo a Jake entrar en la cocina y abrir el refrigerador.

—Buenos días —murmuro, sacudiendo el líquido caliente de mi piel.

—¿Cómo has dormido? —me pregunta.

Lanzo otra mirada, lo veo sacar una bebida, el sudor ya brilla por todos sus brazos, cuello y espalda mientras su camiseta cuelga de su bolsillo trasero. Son solo alrededor de las siete. ¿Qué tan temprano se levantan?

—Bien —murmuro, tomando una toalla de papel y limpiando el café. De hecho, dormí fatal, pero eso conduciría a más preguntas, por lo que es más fácil mentir.

—Bien —responde.

Pero él simplemente se queda allí, y puedo sentir sus ojos en mí.

Tomo otra toalla de papel y limpio un poco más la encimera de madera.

—¿Suficientemente caliente? —insiste.

¿Eh? Lo miro interrogante.

—¿Tu habitación anoche? —dice—. ¿Estaba lo suficientemente caliente?

Su cabello claro, húmedo por el sudor, se le pega a la frente y las sienes cuando me mira, y yo asiento y me doy la vuelta otra vez.

Pero él no se va.

Él se queda allí, y siento que quiero suspirar, porque esta es la parte en la que la gente suele esperar que haga un esfuerzo para mantener una conversación.

La cocina se hace más pequeña y el silencio más ensordecedor, excepto por el graznido de un pájaro en la distancia. Busco en mi cerebro algo que decir, los incómodos segundos se estiran y me dan ganas de salir corriendo.

Pero luego se acerca de repente, y me enderezo, alerta cuando su pecho casi toca mi brazo. Estoy a punto de alejarme, pero luego se estira frente a mí y observo mientras apaga la cafetera.

—Lo estaba manteniendo caliente para ti —dice, su aliento roza la parte superior de mi cabeza.

Mi corazón comienza a latir más fuerte. *¿Manteniéndolo caliente…?* Ah, el café. Me lo dejó encendido.

—Tienes unas manos bonitas —señala.

Los miro envueltos alrededor de la taza.

—Tu papá también las tenía —agrega, y puedo escuchar la burla.

Pellizco mis cejas juntas. ¿Fue eso un insulto?

—Mi papá tenía unas manos bonitas —reflexiono, tomando un sorbo sin mirarlo

—¿Entonces los hombres de verdad usan motosierras y camionetas en lugar de Mont Blancs y teléfonos celulares? —pregunto.

Giro la cabeza, lo miro, y él entrecierra sus ojos azules en mí.

—Bueno, ahora él está muerto —le digo a Jake—. Tú ganas.

Baja la barbilla, su mirada fija en la mía, y veo que su mandíbula se flexiona. Me doy la vuelta y tomo otro sorbo de mi café.

Independientemente de la mala sangre que haya entre él y mi padre, el huérfano es la última persona a la que debería dirigirse con sus insultos. Los modales son una cosa en todas partes. Este tipo es un idiota.

Sin embargo, a pesar de eso, mi estómago se calienta y tomo un sorbo de café para cubrir mis nervios.

Lo siento. La necesidad de engancharse.

Después de la tristeza, la ira fue mi compañera constante cuando era niña. Y luego la ira se fue, y no había nada. Olvidé lo bien que se sentía. La distracción de mis emociones.

Me gusta que no me guste.

—Está bien —llama alguien, y escucho sus pasos entrar en la cocina—. Me voy.

Miro por encima, todavía sintiendo los ojos de Jake en mí, y observo a la mujer desnuda, ahora vestida, caminando hacia Jake con una mochila de cuero colgada del hombro mientras envuelve un brazo alrededor de su cuello. Ella se inclina y él duda un momento, todavía mirándome, antes de que finalmente se gire hacia ella y la deje besarlo.

Ella es suya, entonces. Observo la piel suave de su rostro, en la sombra debajo de su gorra de béisbol, y su cuerpo firme y tonificado. Ella no está ni cerca de su edad.

Los chicos no están tan aislados de la civilización como pensaba. Hasta que empiece el buen tiempo, de todos modos.

La punta de su lengua sale disparada y se desliza dentro de su boca por una fracción de segundos antes de que ella se aleje, y yo vuelvo a mi café, una extraña irritación se abre camino a través de mí. ¿Habrá mucha gente yendo y viniendo?

—¿Te veo esta noche? —ella le pregunta

—Quizás.

Hay una pausa y luego se repite.

—Quizás.

Ella debe haber estado haciendo pucheros.

Ella le da otro beso y se va, y yo exhalo, un poco contenta de que no me haya presentado a otra persona.

—¿Quieres darme una mano? —pregunta Jake.

Lo miro, pero olvido lo que iba a preguntar. Se parece mucho a su hijo.

Más de lo que me di cuenta anoche.

La cabeza llena de cabello rubio, recién dormido. La media sonrisa perezosa. La broma constante que puedes ver jugando detrás de sus ojos. ¿Qué edad tiene Jake, de todos modos? Mi padre tenía cuarenta y nueve años y Jake es más joven. Eso es todo lo que sé.

Con hijos que tienen al menos veinte años, ¿diría que probablemente tenga poco más de cuarenta años?

Por supuesto, podría ser mayor. Parece recibir mucho sol y se mantiene en forma. Mi padre no tenía sobrepeso, pero no se parecía a este tipo.

Vuelvo a mirar hacia adelante y tomo un sorbo de mi café.

—¿Ayuda con eso?

—Ya verás —él me dice—. Ponte los zapatos.

Se aleja, llama a Danny y Johnny, y después de un momento, los perros lo siguen hasta la tienda. Abro mis ojos. ¿Sus perros se llaman Danny y Johnny? Otra referencia a *Karate Kid*.

Tomo un par de tragos más del café enfriado, tiro el resto y me doy la vuelta, volviendo a mi habitación.

Después de ponerme unos zapatos, agarro mi teléfono y lo deslizo en mi bolsillo trasero, pero luego me arrepiento.

Lo miro, vacilando solo un momento antes de apagarlo y enchufarlo para cargarlo.

Cierro la puerta detrás de mí, salgo de la habitación y me dirijo a las escaleras, entrenando brevemente mi oído en la puerta del hijo, el que conocí, de todos modos, y preguntándome si ya se habrá levantado.

Pero no escucho nada.

Saliendo de la casa, disminuyo la velocidad cuando llego al porche, disfrutando de la vista completa a la luz del día y girando mi mirada a la derecha para ver la punta del pico a través de los árboles desde este nivel bajo.

Respiro profundamente, cierro los ojos por un momento y me entretengo en disfrutat de este aroma a tierra mojada y pino. Los

vellos de mis brazos se erizan por el frío del aire de la mañana, pero no me molesta. Los árboles rodean la casa, observo los gruesos troncos y miro hacia el bosque a lo lejos, el suelo oscuro bajo el dosel. Tengo una repentina necesidad de caminar. Apuesto a que puedes caminar durante horas sin ver ni escuchar a nadie.

La terraza delantera es enorme, tan ancha como el interior de la casa, con un voladizo que da sombra a la mitad y sillas mecedoras de madera y un columpio que adornan el espacio. Un par de camionetas se sientan en el frente antes de que la tierra se derrame hacia un vasto bosque con la ciudad en la distancia.

Al menos creo que lo es. El camino de ripio hacia la propiedad viene de esa dirección. Todavía no he visto detrás de la casa, pero supongo que me lleva más adentro del bosque.

Mirando a la derecha, veo a Jake caminando por la entrada y se detiene frente a las escaleras. Se ha vuelto a poner la camisa.

—¿Sabes montar? —me pregunta.

¿Caballos o…?

Asiento, asumiendo que se refiere a los caballos.

—¿Sabes disparar?

Niego con la cabeza.

—¿Sabes cómo responder con algo que no sea asentir con la cabeza y oraciones de una palabra?

Lo miro. No estoy desacostumbrada a esa pregunta.

Cuando no respondo, simplemente se ríe, niega con la cabeza y me hace un gesto para que lo siga.

Salgo de la cubierta y atravieso un pequeño patio escasamente verde con manchas de barro y charcos aquí y allá. El rocío de la hierba crecida empapa la parte de abajo de mis jeans y moja la parte superior de mis pies mientras lo sigo hacia el establo. La madera gris está agrietada y en descomposición cerca de los cimientos, miro hacia arriba y veo que la puerta del heno se abre cerca del techo del establo, pero las puertas principales en la parte inferior aún están cerradas. Antes de que lleguemos a la entrada, gira a la izquierda y abre la puerta corrediza de una estructura anexa más baja, lo sigo hasta el umbral e inmediatamente huelo el olor de los animales. Es un establo.

Se dirige hacia el tercer puesto y yo me quedo atrás mientras lo abre, sacando una yegua zaina con algunas marcas en el hocico y en las piernas desde las rodillas hasta los cascos. Ya está ensillada, y miro mis zapatos, escarchados con barro alrededor de la suela de los zapatos. Tengo tenis deportivos en mi habitación, pero si me quedo, tendré que comprar unas botas de trabajo en la ciudad.

Y pronto.

Tomando las riendas, saca al caballo del establo, y lo sigo, viendo a Noah caminar hacia nosotros y tirar un par de palas en una pila al lado del establo.

—Oh, Dios mío, ¿estás bien? —espeta, mirándome preocupado—. ¿Hubo un ataque animal del que no sabía?

¿Qué?

Y luego veo caer su mirada desconcertada, y la sigo, viendo las rasgaduras y los jirones de mis jeans ajustados que el comprador personal de mi familia puso en mi armario hace unas semanas.

Pedazos de mi piel se asoman entre el material oscuro, y Jake se ríe por lo bajo cuando miro hacia atrás para ver una sonrisa torcida en la cara arrogante de Noah.

Cierro la mandíbula y miro hacia otro lado.

Está bromeando. La cosa es que no estoy de humor.

Por supuesto, no he estado de humor durante años, así que supongo que esto es lo que soy.

Me meto el cabello detrás de la oreja y finalmente pasa, con los labios apretados por la risa que está conteniendo.

—Tiernan —me llama Jake.

Me acerco a dónde está mi tío, al otro lado del caballo, y sigo su ejemplo mientras sostiene el estribo hacia mí. Me estiro, empuño las riendas con una mano y agarro la silla de montar con la otra, deslizando mi pie izquierdo en el estribo. Levantándome, balanceo mi pierna y me monto a horcajadas sobre el caballo. Es un ajuste perfecto. No he preguntado qué vamos a hacer o a dónde vamos, sabiendo que en realidad no importa. No discutiré.

Miro a mí alrededor en busca de su caballo, pero luego, de repente, se levanta y se deja caer justo detrás de mí.

¿Qué está haciendo?

—Dije que sé montar —le digo.

Pero se estira frente a mí y toma las riendas, obligándome a soltarlas. Agarro el cuerno de la silla de montar con ambas manos, arrastrándome lo más que puedo, porque él está justo ahí y yo estoy prácticamente en su regazo.

Mi corazón comienza a latir un poco más fuerte mientras la irritación se arrastra debajo de mi piel.

—No necesito ayuda —le digo.

Solo chasquea la lengua y espolea al caballo, así que nos movemos alrededor del establo. Rodeamos la cerca de madera y galopamos hacia el bosque mientras el caballo sube la empinada colina, enviándonos bajo la sombra de los árboles, y aprieto mis puños alrededor del cuerno para tratar de evitar deslizarme hacia atrás.

Pero por mucho que lo intento, todavía siento su cuerpo allí.

El día se oscurece a medida que los árboles nos protegen del sol y el aire se enfría, pero algo placentero se agita al sentir al animal debajo de mí. Sus músculos trabajando contra mis piernas para subir la colina. Mi pulso comienza a acelerarse un poco, pero no lo odio. Un poco refrescante, en realidad. Él es sólido detrás de mí y me siento segura. Por el momento.

—¿Estás incómoda? —me pregunta.

Su voz vibra contra mi espalda.

Pero no respondo.

—¿Estás cómoda? —insiste.

Aun así, me quedo en silencio. ¿Qué importa de todos modos? Se impuso a pesar de mi protesta. ¿Importará si me siento cómoda con él en el caballo o no?

A él no le importa. Sólo quiere una respuesta.

Su suspiro golpea mi oído.

—Sí, tu padre también podría enojarme sin decir mucho.

Pero no puedo escucharlo. Sus piernas descansan contra cada centímetro de las mías mientras me siento acurrucada entre sus muslos.

Querida. Protegida.

¿Estás incómoda?

No lo sé, pero soy consciente de que tal vez debería estarlo, esto es raro. No deberíamos estar sentados así.

Seguimos subiendo la colina, la roca y las patas del caballo levantan tierra mientras miro alrededor, viendo la casa detrás de nosotros, camino abajo. El terreno se nivela y Jake espolea al caballo para ir un poco más rápido mientras me relajo, ambos saltando arriba y abajo en la silla.

Sopla un par de veces, como algo en su cara, y luego sus dedos rozan mi cuello. Me tenso, el toque me hace temblar.

—Hazme un favor, ¿de acuerdo? —él dice mientras desliza mi cabello sobre mi hombro derecho—. Mantén tu cabello recogido hacia atrás tanto como sea posible. Tenemos muchas máquinas que pueden engancharlo.

Me hago cargo, alisando mi cabello sobre mi hombro y fuera de su rostro.

Nos detenemos en la cima de la colina.

—Torre de agua, establo, tienda… —grita, señalando mientras giramos y miramos por encima del acantilado hacia su propiedad.

—También hay un invernadero sobre esa colina.

Sigo su mirada hasta donde se encuentra la casa a través de los árboles en la distancia debajo de nosotros, toda la propiedad se ve en la distancia. La casa está felizmente situada en el centro, la parte trasera está frente a nosotros, con el garaje adjunto a la izquierda, o tienda, supongo que se refiere, y luego un establo al otro lado de eso. A la derecha hay una torre de agua. La colina rocosa en la que nos asentamos se encuentra detrás de la casa, y me imagino que hay un tanque de propano y un generador en algún lugar de la propiedad.

Las hojas bailan con la brisa de la mañana, y algo bate sus alas a mi derecha mientras un sonido constante y suave golpea en la distancia. ¿Agua, tal vez?

Jake se aparta del borde y seguimos adelante, aún más lejos de la casa y más adentro del bosque, y miro hacia abajo, veo sus dedos alrededor de cada correa de las riendas, casi descansando sobre mis muslos. Sus brazos me encierran y, a pesar del clima de la mañana, no tengo frío.

—No puedes usar la camioneta aquí arriba, pero los caballos y las cuatrimotos van bien —me dice—. Haz que Noah te muestre como funcionan los vehículos de cuatro ruedas antes de usar uno, ¿de acuerdo?

Asiento. Hice un campamento de deportes extremos un verano, pero probablemente querrá que su hijo me muestre las cuerdas de todos modos.

Seguimos adelante, y aunque tengo un poco de hambre después de tanto tiempo sin comer y con antojo de otro café, porque los párpados me pesan con el balanceo relajante del paseo, me quedo quieta. No estoy pensando en nada aquí, y es agradable.

Cierro mis ojos.

Pero después de unos momentos, el torrente de agua se hace más fuerte y el caballo se detiene. Abro los ojos y veo que estamos al borde de un acantilado. Miro a lo lejos.

El pico.

Mi corazón late con fuerza y dejo de respirar por un momento mientras observo la vista.

Dios mío.

Un valle angosto corre debajo de nosotros entre dos montañas, una larga cascada se precipita sobre una de ellas y desemboca en el río. Entre las dos montañas, en la distancia, se encuentra el pico. Roca gris oscuro, bordeada de vegetación. Es bonito.

—¿Te gusta? —pregunta Jake.

Asiento.

—¿Te gusta? —insiste con voz severa, y sé que quiere que use mis palabras.

Sigo mirando al frente, sólo capaz de susurrar.

—Me encanta.

—Puedes volver tanto como quieras, ahora que conoces el camino. —Lo siento moverse detrás de mí y la silla se menea un poco—. Pero necesitas llevar protección contigo cuando salgas de la casa, ¿entiendes?

Asiento de nuevo, apenas escuchando mientras miro boquiabierta la vista.

Pero toma mi barbilla y gira mi cabeza para mirarlo.

—Esto es muy importante —insiste—. ¿Lo entiendes? Esto no es Los Ángeles. Ni siquiera es Denver. Tenemos osos negros, pumas, coyotes, alguna que otra serpiente de cascabel… Hay que tener los ojos bien abiertos. Estás en su territorio ahora.

Me alejo de su agarre y vuelvo a mirar hacia adelante, pero luego lo veo traer algo detrás de mí, y desvío mi mirada del pico nuevamente para ver que sostiene un arma.

O un rifle.

Deslizando el cargador para abrirla, me muestra las largas y afiladas balas doradas y luego tira del seguro hacia atrás, metiendo una bala y asegurándose de que estoy mirando mientras lo hace.

—¿Ves el puente de cuerda que cuelga allí?

Miro al otro lado del río y veo los restos de un puente de cuerda de madera colgando de la pared de roca.

Dios. Mi corazón se salta un latido, tomando la caída de abajo. ¿Fue ese puente realmente una cosa en algún momento?

Él pone el rifle en mis manos.

—Apunta a ello.

Agarro el arma de fuego larga, el cañón de acero metido en una carcasa de madera oscura, y estoy agradecida. Al menos no quiere hablar.

¿Le disparó a ese ciervo con esto?

Dejo escapar un suspiro.

No es probable. El hombre de la montaña probablemente tiene un gabinete completo de estas cosas.

Dudando un momento, finalmente levanto el rifle, posiciono la culata contra mi hombro y envuelvo mi mano alrededor del protector con mi dedo en el gatillo. Cierro el ojo izquierdo y miro a lo largo de la línea de visión, hacia el cañón.

—Está bien —me dice—. Ahora calma tu respiración. La bala ya está en la recámara, así que mira hacia abajo y alinea…

Aprieto el gatillo, la bala sale disparada del cañón, resuena en el aire, y un estallido golpea la pared de roca por el lado opuesto, levantando polvo de roca y cortando la tabla por la mitad. Ambas partes caen y cuelgan de sus respectivas cuerdas contra el acantilado.

Una brisa levanta un poco mi cabello, y bajo el rifle, abriendo ambos ojos mientras el trueno del disparo desaparece en la distancia y el sonido pacífico de la cascada llena el aire nuevamente.

Jake se sienta detrás de mí, quieto, y le devuelvo el arma y vuelvo a centrar mi atención en el pico, viendo una especie de pájaro grande pasar volando por mi línea de visión.

Se aclara la garganta.

—Bueno… iba a sugerir que los chicos vaciaran algunas botellas de cerveza para ti esta noche, pero… parece que no necesitas practicar. Creí que habías dicho que no podías disparar.

—No puedo dispararles a los animales —le digo—. Pensé que eso era lo que estabas preguntando.

El pico es enorme. Pero se ve tan cerca. Un sentimiento tan extraño, algo tan grande, recordándote que eres pequeño, pero también recordándote que eres parte de un mundo lleno de cosas magníficas. Qué gran cosa poder ver, y volver a aprender, todos los días.

Jake desmonta el caballo y yo me recuesto en el asiento, que aún está caliente por su cuerpo.

—Voy a revisar algunas trampas, así que caminaré a casa —dice.

Miro hacia abajo, encontrando sus ojos mientras tomo las riendas ahora.

—Empieza el desayuno cuando regreses a la casa —me dice—. Después de desensillar el caballo, por supuesto.

Entrecierro los ojos sin pensar. *¿Cocinar?*

No tengo ningún problema en ayudar, pero ¿por qué?

Aparto la mirada.

—Aportaré, pero no me quedaré en la cocina. —No estoy segura si tengo un problema con la cocina o porque ahí es donde él me quiere.

Pon a la chica en la estufa, porque claro que no sabe montar a caballo ni disparar, ¿no?

—¿Sabes cómo cuidar los cultivos? —me pregunta.

Enderezo mi columna, ya sabiendo a lo que se refiere.

—¿Hierba, agua, fertilización? —sigue—. ¿Airear la tierra? ¿Plantar? ¿Sabes cómo prepararte para almacenar algunos de esos

cultivos para alimentar a los caballos y al ganado durante los meses de invierno?

Todavía no lo miro.

—¿Vacas lecheras? —continúa, divirtiéndose—. ¿Entrenar caballos? ¿Encender una motosierra? ¿Despellejar un ciervo?

Sí, vale.

—¿Enlatar frutas y verduras? ¿Maneja un tractor? ¿Construir una motocicleta desde cero?

Cierro la mandíbula, pero no respondo.

—Así que preparar el desayuno, eso es —gorjea—. Todos hacemos nuestra parte, Tiernan. Si quieres comer.

Haré mi parte y algo más, pero él podría preguntar en lugar de dar órdenes.

Vuelvo la cabeza hacia él de nuevo.

—Tú no eres mi padre, ¿sabes? Vine aquí por mi propia voluntad y puedo irme cuando quiera.

Pero en lugar de alejarse o ignorarme, una pizca de picardía aparece en sus ojos y sonríe.

—Tal vez —se burla—. O tal vez decida que te beneficiarías de pasar un tiempo aquí y que no puedes irte, después de todo.

Mi corazón se acelera.

—Al menos hasta que te vea reír —añade—. O gritar o chillar o llorar o pelear o bromear, y todo en más que asentimientos y respuestas de una sola palabra.

Lo miro y siento que mis ojos arden de ira.

Él arquea una ceja.

—Tal vez decida honrar los deseos de tus padres y mantenerte hasta que seas mayor de edad.

—Seré mayor de edad en diez semanas.

—Estaremos cubiertos de nieve en ocho. —Y se ríe, alejándose de mí.

Siento el fantasma de un gruñido en mis labios.

—Quema el tocino, Tiernan —instruye mientras se aleja—. Nos gusta así.

Tiernan

Cuelgo la silla de montar sobre el banco del establo, sin importarme si es ahí donde se supone que debo ponerla o no.

No me mantendrá aquí si no quiero quedarme, ¿verdad?

Ya sea que tenga la intención de hacerlo o no, en realidad me asusta menos que saber que puede hacerlo. Vine aquí pensando que era una invitada y que él tenía un poder que ni siquiera se le ocurriría usar.

Bueno, lo hizo, supongo. Quizás cree que puede sacarme algo de alquiler.

¿O tal vez cree que ser mujer me convierte en una buena cocinera? No lo soy.

Salgo del establo y me dirijo a la casa, tomo un atajo a través de la tienda adjunta y camino hacia la puerta que me llevará directamente a la cocina.

Niego con la cabeza a mí misma, *no puedo ir a casa.*

Y no quiero volver al internado. Dios, la idea de ver a alguien que conozco… Cierro los ojos. *Ni oliendo esa casa.*

No puedo enfrentarlo. Las paredes completamente blancas. Sentada en aulas llenas de gente con la que no sé cómo hablar.

Se me revuelve el estómago y me detengo, apoyando la frente en algo que cuelga del techo de la tienda. Envuelvo mi brazo alrededor de un saco de boxeo y cierro los ojos.

No puedo ir a casa.

Agarro el cuero, lo aprieto en mi puño, y todo, mi nueva realidad, comienza a asimilarse.

No importa a dónde vaya, cómo cambie mi entorno o huya de todos los lugares y personas que no quiero ver. Sigo siendo yo. Corriendo, marchándome, escondiéndome…

No hay escapatoria.

Mientras el calor líquido se esparce por mi brazo, aprieto mi palma y golpeo la bolsa, mi mano apenas abolla el cuero. Lo hago una y otra vez, mis patéticos puñetazos cada vez más fuertes, porque estoy jodida, cansada y confundida… No sé cómo sentirme mejor.

Aspiro aire a través de mis dientes, finalmente retrocedo y balanceo mi puño dentro de la bolsa. Las cadenas crujen cuando intenta balancearse, pero todavía tengo mi otro brazo alrededor.

Tal vez decida honrar los deseos de tus padres y mantenerte hasta que seas mayor de edad.

Aprieto los dientes, un repentino estallido de energía me inunda, y suelto la bolsa, doy un paso atrás y golpeo de nuevo, plantando mi puño derecho en la bolsa.

Al menos hasta que te vea reír. La ira calienta mi cuerpo y lanzo otro puñetazo. *O gritar o chillar o llorar o pelear o bromear, y todo en más que asentimientos y respuestas de una sola palabra.*

Golpeo mi puño de nuevo.

Y otra vez.

Gruño.

—Estaremos cubiertos de nieve en ocho —me burlo de sus palabras en un susurro.

Meto mi puño dentro de la bolsa dos veces más y luego doy un paso atrás, balanceando mi pierna trasera dentro de la bolsa una vez. Luego dos veces. Y otra vez.

Y luego lo dejé irse y no dije nada, incluso cuando me instruyó sobre cómo le gusta cocinar su maldito tocino. Quiero decir, si alguien está haciendo algo bueno por ti, ya sabes, como preparar el desayuno, no te resistes a cómo se cocina. Te lo comiste.

Dios, desearía tener un poco de tocino vegano para realmente alegrarle el día. La diversión tira de mis labios, pero la obligo a regresar.

Sigo golpeando y pateando la bolsa, un ligero sudor me roza la frente mientras pienso en todas las cosas con las que podría haber respondido. ¿Por qué me molesta tanto que no dije la última palabra?

¿Por qué dejo que todo fluya y nunca digo nada?

Lanzo mi puño dentro de la bolsa y de repente alguien está ahí, sosteniéndola desde el otro lado.

—Hola —dice Noah, mirando alrededor de la bolsa hacia mí.

Parece divertido, y me detengo, poniéndome derecha. ¿Me estaba mirando? ¿Estaba hablando conmigo misma?

Sus ojos se arrugan un poco más, y veo una sonrisa satisfecha asomándose.

—No pares —me dice.

La camiseta azul oscuro realza el color de sus ojos, y la misma gorra de béisbol sostiene su cabello hacia atrás donde se sienta hacia atrás en su cabeza. Él y su padre se parecen mucho.

Bajo los ojos y retrocedo, respirando con dificultad. Los músculos de mi estómago arden.

Pero él sigue incitándome.

—Vamos. —Palmea la bolsa donde aterrizó mi último golpe—. Él puede cabrear a un santo. ¿Por qué crees que colgué este saco de boxeo en primer lugar?

Presiono mis labios, aún sin moverme.

Él suspira y se pone de pie.

—Okey. ¿Vas a preparar el desayuno?

Frunzo el ceño, incapaz de detenerme, y giro mi cuerpo, moviendo mi pierna con toda su fuerza hacia el saco de boxeo. Se aparta de la bolsa justo antes de que mi pie aterrice y retrocede con los ojos muy abiertos y las palmas hacia arriba. Observo cómo la bolsa se balancea de un lado a otro.

No estaba tratando de golpearlo. Habría sido una feliz coincidencia.

Pero mis piernas todavía se sienten cargadas, y casi desearía que mi tío entrara ahora mismo, para poder pedirle que sostuviera la bolsa en su lugar.

Estoy enojada.

Estoy realmente enojada.

Y se siente bien.

Todavía estoy aquí.

Noah se echa a reír y se adelanta, pasando un brazo alrededor de mi cuello.

—Tienes agallas.

Estoy demasiado agotada para apartarme y dejar que él me guíe, llevándome a la casa.

—Vamos. Ayúdame a preparar el desayuno —me dice.

Coloco el tercer plato sobre la mesa y dejo caer un tenedor y un cuchillo de mantequilla junto a él, moviéndome hacia el gabinete para guardar el cuarto plato.

—No, no —dice Noah, cerrando el refrigerador de una patada y tirando la mantequilla y la mermelada sobre la mesa—. Deja el cuarto plato. Kaleb puede aparecer en cualquier momento.

Miro la mesa y luego me vuelvo hacia el gabinete, deslizando el plato extra hacia atrás en el interior. Kaleb tiene un plato en la mesa.

—¿No vas a comer?

—Sí, que va a comer —dice Jake de repente, entrando en la cocina.

Se dirige al refrigerador y saca una jarra de jugo y la coloca en el centro de la mesa, sirviéndose una taza de café antes de sentarse.

—No tengo hambre —le digo.

Moviéndome al fregadero, enjuago el cuchillo y la espátula con los que Noah acaba de terminar.

—No cenaste —señala Jake—. Siéntate.

—No tengo hambre.

Y antes de que diga algo más, salgo de la cocina y subo las escaleras. Siento sus ojos en mi espalda, y cuanto más me alejo de

ellos, más me preparo para una confrontación.

Pero él no me persigue.

Me deja ir, y en un momento, estoy en mi habitación, cerrando la puerta detrás de mí.

La verdad es que me muero de hambre.

Los dolores me golpean el estómago y los huevos revueltos que preparé, mientras Noah estaba ocupado quemando el tocino, se veían increíbles.

Afortunadamente, Noah no presionó mucho para conversar mientras cocinábamos, pero si como con ellos, tendré que hablar con ellos. Esperaré hasta que vuelvan a salir y luego buscaré algo.

La luz verde de mi teléfono parpadea desde donde está en la cama, me acerco y lo recojo.

Al desbloquear el teléfono, veo mi pantalla de inicio con mi correo electrónico y aplicaciones de redes sociales, todas llenas de docenas de notificaciones. Solo Twitter tiene más de noventa y nueve alertas.

Un nudo se aprieta en mi estómago.

Rara vez uso Facebook, Twitter parecía una forma eficiente de seguir las noticias y obtuve Instagram debido a la presión de mis compañeros para mantenerme al día con mis compañeros de los campamentos de verano a quienes ya no recuerdo.

Mi pulgar se cierne sobre Twitter y sé que no debo mirar. No estoy lista para enfrentar las cosas.

Pero toco la aplicación en mi pantalla de todos modos, la fuente de notificación se actualiza.

Condolencias por tu pérdida… dice una persona.

Me desplazo por las notificaciones, algunas de ellas son tuits directos de simpatías y otras en las que me etiquetan en la conversación.

Chica valiente. Mantente fuerte, escribe RowdyRed.

Y otra directamente a mí. *¿Cómo decide una madre abandonar a su hijo por su marido? Lo siento mucho. Te merecías algo mejor.*

¡Cállate! viene la respuesta de otra persona a ese tuit. *No tienes idea por lo que estaban pasando…*

Reviso tuit tras tuit, y no me toma mucho tiempo perder el poco interés que tenía en revisar mis DM.

La gente me grita, porque no pueden gritarles a mis padres. Gente gritándose unos a otros en una conversación.

El suicidio es auto-asesinato. El asesinato es el más grave de los pecados.

Tu cuerpo pertenece a Dios. ¡Quitarle la vida es robar!

Al menos tu madre hizo su contribución al mundo, escribe un imbécil, subtitulando una foto de mi madre casi desnuda de una de sus películas anteriores.

Cierro los ojos y no los vuelvo a abrir hasta que ha pasado.
Y se vuelve más feo a medida que continúan con su conversación, ya sea sin darse cuenta o demasiado insensibles para preocuparse de que me etiqueten en todo lo que dicen.

Ella ni siquiera ha hecho una declaración. Creo que tiene como Asperger o algo así.

Sí, ¿has visto fotos de ella? Es como si la emoción no se registrara.

Y luego, 'Deep State', Tom interviene con su joya de la sabiduría: *Asperger es la excusa del gatito moderno para lo que en mi época llamábamos ser una perra fría.*

No soy fría.

Y, por supuesto, otros están preocupados por los proyectos inconclusos de mi padre: *¿Quién está terminando la trilogía de Sun Hunter ahora que De Haas se ha ido?*

Siento que debería decir algo. Un tweet o lo que sea, aunque no creo que sea importante que estas personas me escuchen, pero me siento obligada a recordarles que hay un humano aquí, y yo…

Niego con la cabeza, cerrando los ojos de nuevo.

No quiero que piensen que no amaba a mis padres.

Aunque no estoy segura de haberlo hecho.

Trago saliva y empiezo a escribir un tuit.

Gracias por todo el apoyo, a todos, yo estoy…

¿Estoy qué? ¿Llorando su pérdida? Me detengo, mis dedos se ciernen sobre las letras antes de retroceder y borrar lo que escribí.

Lo intento de nuevo. *Gracias por los pensamientos y oraciones durante este difícil…*

No. Borro de nuevo. Todo lo que escribo se siente poco sincero. No soy emocional, especialmente en público.

Ojalá pudiera expresarme. Ojalá esto fuera más fácil. Desearía ser diferente y…

Ojalá… escribo.

Pero no llega nada.

Dudo un momento, las ganas de hablar están ahí pero no el coraje, y descarto el borrador, cerrando la aplicación.

Presionando mi pulgar en el ícono de Twitter, lo arrastro a la papelera y hago lo mismo con mi Facebook, Instagram, Snapchat y correo electrónico. Al entrar en la tienda de aplicaciones, desinstalo cada una y me desconecto. Quiero hablar, pero no estoy lista para

lidiar con la respuesta a lo que sea que diga, así que elimino la tortura. Las cuentas todavía existen, pero no mi acceso inmediato a ellas.

Vuelvo a conectar mi teléfono al cargador y lejos de mí, paso la siguiente hora desempacando mis maletas y reorganizando la habitación, a mi pesar. En realidad, nunca decidí que me quedaría, pero sé que no me iré hoy y necesito hacer algo que me mantenga alejada de ellos.

Ropa interior en el cajón superior, luego ropa de noche, ropa deportiva y camisetas. Cuelgo todo lo demás: chaquetas, blusas, camisetas, pantalones, jeans… De izquierda a derecha, de oscuro a claro.

Coloco todos mis zapatos en el suelo del armario, sabiendo que mis tacones no verán la luz del día aquí, pero lo esperaba. Nada para vestirme suena bien para mí.

Coloco las pocas revistas y libros que había traído en la estantería empotrada vacía y dejo mis estuches de maquillaje, secador de cabello y plancha cuidadosamente al lado del escritorio y luego llevo mi champú y acondicionador al baño. Dejo mis jabones en el borde de la tina antes de sacar mi cepillo de dientes y pasar un poco de pasta de dientes por las cerdas.

Terminando mis dientes, aseguro mi cepillo de dientes dentro de su tubo de viaje y tomo eso y mi pasta de dientes de regreso a mi habitación, colocándolos en la mesita de noche. Siempre guardaba mi cepillo de dientes en el baño de mi casa, pero solo porque yo era la única que usaba el baño.

Pero los hombres son asquerosos. Dejan el asiento del inodoro levantado y, según un estudio que leí una vez, la materia fecal se rocía en el aire cuando se tira de la cadena. Las bacterias pueden llegar a todo. No gracias.

Me cepillo el cabello, me lo recojo en una cola de caballo y luego miro alrededor del dormitorio limpio en busca de algo. Cualquier cosa.

No quiero salir de la habitación, y podría estar re empacando mañana, pero si nada más, al menos no pensé en mis padres

mientras estaba desempacando. O mientras estaba enojada con Jake antes.

Exhalando un suspiro, salgo de la habitación, cierro la puerta detrás de mí y bajo las escaleras. Un taladro zumba en el taller y escucho golpes en el frente de la casa, así que salgo, sabiendo que no sé una mierda sobre la construcción de motocicletas.

Jake se para a mi izquierda, plantando su brazo contra la casa y martillando un trozo de revestimiento.

—¿Puedo ayudar? —pregunto a regañadientes.

Pero no lo miro a los ojos.

Deja de martillar, y por el rabillo del ojo veo que me mira.

—Ven y sostén esto —instruye.

Bajo del porche.

Avanzando por la hierba, me acerco a su lado y coloco mis manos junto a las suyas, haciéndome cargo de sostener la tabla por él. Señala con un clavo el tablero y clava ese clavo antes de agregar dos más.

Se agacha para recoger otro trozo de madera, y yo sigo su ejemplo, ayudándolo, pero luego veo algo en su cintura. Su camiseta está metida de nuevo en su bolsillo trasero, y trato de distinguir el tatuaje.

Mi México. Está escrito en azul oscuro, un arco sobre su cadera izquierda, en el costado de su torso, justo por encima de la línea de sus jeans.

Sostengo la siguiente tabla para él mientras clava un clavo en el centro, luego veo otro martillo en la caja de herramientas cercana y lo saco con un clavo de la lata de café.

Coloco la punta en la madera y Jake golpea el espacio a una pulgada de donde yo la tengo. —Justo ahí —instruye y desliza su mano hacia arriba, mostrando la línea de clavos en todas las tablas anteriores. —Sigue el patrón—.

Asiento, moviendo el clavo. Toco, toco, toco, consciente de sus ojos en mí.

—Aquí, así —dice y se acerca a mí.

Pero retiro el martillo y el clavo, viéndolo inmediatamente retroceder.

Poniéndolo de nuevo en su lugar, martillé el clavo en la casa, golpeando accidentalmente el borde y doblando la pieza de metal. Aprieto los dientes y saco el clavo, reemplazándolo con otro e intentándolo de nuevo.

Él todavía me está mirando.

—No aprenderé nada si no me das una oportunidad —le digo.

Él se mueve, un toque de humor en su voz. —No dije nada—.

Continuamos trabajando en silencio, ambos levantando tabla tras tabla, golpeando clavo tras clavo. Mi ritmo se acelera y él me mira cada vez menos, probablemente porque ya no lo estoy frenando, aunque este es un trabajo de dos personas. ¿Por qué Noah no lo está ayudando? Está en el garaje, pero habría sido mucho más rápido que tratar de hacerlo solo.

Las palabras de Noah de esta mañana vuelven a mí, y el significado detrás de ellas finalmente me llega ahora, horas después.

No se llevan bien, ¿verdad?

Y casi sonrío un poco. De repente siento una ligera medida de camaradería con Noah.

Jake toma una tabla y yo tomo mi extremo, los dos colocándolo justo debajo de la pieza anterior de revestimiento, pero cuando deslizo mi mano a lo largo para sujetarla mejor, algo afilado se clava en mi piel y siseo.

Dejo caer el extremo de la tabla y levanto la mano, y veo un trozo de madera largo y grueso incrustado en la palma de mi mano.

Haciendo una mueca, tiro suavemente de la mitad que aún sobresale, aumentando la fuerza cuando no se mueve. Un aguijón atraviesa mi mano y necesito más luz.

Pero antes de que pueda darme la vuelta para entrar en la casa, Jake toma mi mano e inspecciona la astilla.

Trato de alejarme. —Lo tengo—.

Pero me ignora.

Centrándose en mi mano, presiona mi piel donde está incrustada la astilla, manteniéndola en su lugar antes de romperla por la mitad, rompiendo la holgura.

Me sacudo, aspirando aire entre mis dientes.

—¿Quién te enseñó a disparar? —pregunta, hurgando en el resto de la astilla. —No puedo imaginar a Hannes realizando ninguna actividad al aire libre que no incluya un yate o un carrito de golf—.

Disparo mis ojos hasta su cara. Son dos burlas hoy.

Los ojos de Jake parpadean hacia mí por un momento como si estuviera esperando que dijera algo. —No estás triste por la mención de él—.

Es una observación, no una pregunta.

Mis hombros se tensan, un poco cohibidos, porque sé lo que espera.

No estoy actuando bien, y él se ha dado cuenta.

Aparto la mirada y escucho los sonidos débiles y agudos de los motores de las motocicletas cada vez más cerca. —No quiero hablar de mi padre—.

—Sí, yo tampoco—.

Clava su pulgar debajo de la astilla, tratando de empujarla hacia arriba y hacia afuera, y yo trato de sacar mi mano de un tirón. —Para—.

Pero él aprieta su agarre y jala mi mano hacia él. —Deja de moverte—.

Mientras él sigue trabajando en la astilla, tratando de sacarla, escucho el zumbido de los motores cada vez más fuerte y veo un equipo de motos todoterreno acelerando por el camino de grava. Unos cinco tipos llenan el área detrás de la camioneta de mi tío y se detienen, se quitan los cascos y se ríen entre ellos. Todos están vestidos con atuendos coloridos, luciendo muy Motocross. O Supercross o lo que sea que hagan aquí.

Noah sale trotando de la tienda y se acerca a uno de los chicos. —Hey hombre—.

Se dan la mano y él sigue limpiándose la grasa de los dedos mientras camina alrededor de las motos, echando un vistazo a lo que conducen los chicos.

—¿Hey cómo te va? —saluda a otro. —¿Corriste hoy?—

Hablan, y Jake aprieta su agarre en mi mano antes de darse la vuelta y empujarme detrás de él hacia la tienda.

Dirigiéndose a un banco de trabajo, enciende una lámpara y sostiene mi palma debajo para ver mejor.

—Lo siento —dice.

—¿Qué?—

Vuelvo mis ojos hacia él.

—La burla sobre tu papá— explica, todavía inspeccionando mi astilla. —Soy un imbécil. Estoy seguro de que arruiné a mis propios hijos de diez maneras diferentes hasta el domingo, así que no tengo espacio para hablar—.

Giro la cabeza y veo a Noah hacer la ronda con sus amigos, uno de ellos todavía montado en su motocicleta y encendiendo un cigarrillo. Me mira.

—Eres diferente de lo que pensé que serías —dice Jake en voz baja.

Miro hacia él.

—Complicada —explica. —Difícil de leer. E incluso si pudiera leerte, no estoy seguro de poder ser un consuelo para ti—. Él da una sonrisa débil. —No estoy molesto por sus muertes, Tiernan, pero lamento que tú lo estés—.

Aparto la vista de nuevo, hacia los chicos de afuera. —No estoy molesta—.

El chico del grupo de amigos de Noah con el corte de cabello de chico de fraternidad y ojos de cristal todavía me está mirando, con una sonrisa traviesa jugando en sus labios mientras fuma. ¿Ese es Kaleb?

Siento los ojos de Jake sobre mí también.

—No quiero hablar de mi padre —vuelvo a decir antes de que tenga la oportunidad de continuar.

Pero el dolor me corta la mano como la picadura de una araña, y siseo, mirándolo a los ojos de nuevo.

¿Qué demonios? ¡Eso duele!

Pero cuando lo miro, la astilla se olvida y dejo de respirar por un momento.

El calor se extiende por mi cuello cuando su mirada se cierne sobre la mía, dura y enfadada, pero… también un poco perpleja. Como si estuviera tratando de entenderme.

Sus ojos no son azules. Pensé que lo eran. Como los de Noah. Son verdes. Como hierba de verano.

Una brisa sopla a través de las puertas abiertas de la tienda, la charla y la risa afuera a millas de distancia mientras un mechón de mi cabello, suelto de la cola de caballo, sopla sobre mis labios.

Sus ojos se posan en mi boca, y dejo de respirar, todo se calienta.

Un hilo de sudor se desliza por su cuello, y el vello de mis brazos se eriza, consciente de su pecho desnudo.

Estamos demasiado cerca.

Yo…

Trago, mi boca arenosa y seca.

Finalmente parpadea un par de veces y luego lleva la palma de mi mano a sus labios, el calor de su boca tratando de chupar la madera de mi mano.

Mi boca se abre un poco mientras sus dientes muerden y juguetean con la astilla, y mi piel es succionada y me hace cosquillas.

Las yemas de mis dedos rozan la piel de su mejilla.

Yo puedo hacer eso. No necesito tu ayuda.

Pero no logro decirlo en voz alta.

—Oh, mierda —escucho a alguien decir afuera.

Alejando mi atención de mi tío, miro afuera para ver a Noah revisando la motocicleta de alguien.

El chico de portada de revista vuelve a poner sus ojos en mí. —¿Quién es esa? —le pregunta a Noah.

Noah sigue su mirada y me ve, pero lo ignora.

—Mantente alejada de los chicos locales, ¿entiendes? —Jake me dice.

Lo miro.

Continúa—: Si consigues un novio, no podrás verlo una vez que estemos cubiertos de nieve de todos modos. Además, no son tu tipo —.

—¿Cómo lo sabes?—

—Porque te digo que no son tu tipo —responde. —Te avisaré cuando haya uno—.

Que Neandertal. Por el amor de Dios.

Me quedo callada, sin ganas de discutir con él. No estoy buscando un chico, pero puedo cuidarme sola. Sus hijos crecieron con él en la cara. Estoy acostumbrada a tomar mis propias decisiones.

—Están aburridos —me dice. —Y cuando estás aburrido, solo quieres dos cosas, y la cerveza no dura para siempre—.

Entonces son diferentes de otros chicos de mi edad, ¿cómo? Sé lo que les gusta a los adolescentes. Sé lo que los hombres quieren de las mujeres. No soy un frágil pétalo de rosa.

Sus dientes trabajan en mi palma, y los aleteos golpean mi estómago.

Lo miro, el hecho de que ahora vivo con tres hombres sanos, semi-jóvenes, todos los cuales también son parte de los —chicos locales— sobre los que me está advirtiendo.

—¿No te aburres aquí durante el invierno? —Me burlo, bajando mi voz justo entre nosotros. —¿Cuándo se acaba la cerveza?—

Sus ojos se aprietan en las esquinas, captando mi significado. ¿Son él y sus hijos diferentes? ¿Habrá más mujeres desnudas dando vueltas por el baño?

Finalmente agarra la astilla y la saca, pero no desvío la mirada, incluso cuando me pica.

Baja mi mano, frotando su pulgar sobre la pequeña herida.

—Está bien—. Lo retiro, limpiando cualquier poca sangre que haya allí.

—¿Te arrepientes de haber venido? —me pregunta

Sorprendentemente, la pregunta no me toma por sorpresa. Probablemente porque no tendría miedo de ser grosera si la verdad fuera negativa.

—No lo sé —le digo honestamente.

No soy feliz, pero no sería feliz en casa ni en Brynmor ni probablemente en ningún otro lado. No esperaba ser feliz viniendo aquí, así que no importa.

Miro fuera de la tienda, todos los muchachos aceleran sus motores y giran sus motocicletas para irse. Noah retrocede, obviamente sin unirse a ellos.

—¿Te gusta estar aquí? —Jake insiste.

—No lo sé —le digo de nuevo.

—¿Dónde preferirías estar?—

No sé. ¿Por qué quiere saber? Yo no…

Finalmente lo miro a los ojos, mordiéndome la comisura de la boca.

—No quiero estar…— Me interrumpo, tratando de encontrar las palabras. —No quiero estar…—

Pero la frase sale sonando completa. Como esa es mi respuesta. No quiero estar.

Sus ojos se vuelven cautelosos mientras me mira.

—No quiero estar en ningún lado —digo rápidamente.

Es posible que haya tenido algunas ideas erróneas sobre qué esperar aquí, pero al menos pensé que tres hombres solteros no desearían tener muchas conversaciones delicadas. Este tipo parece querer conectarse, y me está irritando.

Me doy la vuelta y empiezo a salir de la tienda, justo cuando las motos todoterreno se alejan a toda velocidad.

—Haz unos sándwiches, por favor —me llama Jake. —Simplemente ponlos en el refrigerador para agarrar y llevar. No importa de qué tipo. No somos exigentes—.

No somos exigentes.

Entro en la casa, me dirijo a la cocina y abro las dos puertas del refrigerador. Luego abro los cajones para verduras y el congelador de abajo mientras hago un balance de todo lo que tengo para trabajar.

Él me mantiene ocupada. Debería estar agradecida. Y me está dando una tarea en la que no tengo que hablar con nadie. Me gusta cocinar. Puedo escuchar música y quedarme sola.

Y los sándwiches no son difíciles.

Golpeo mis dedos en la manija de la puerta mientras abro el refrigerador. No sé. Simplemente me molesta, como si estuviera disfrutando demasiado de su tutela. A mis padres no les habría

importado si hubiera tenido orgías en mi habitación mientras nada terminara en Snapchat.

Este tipo, sin embargo…

Ya está mostrando su dominio. Eso sí, no tengo ningún interés en las orgías, ni en los hombres en este momento, de todos modos, pero me he estado criando durante años, y ahora tengo que reducir la marcha. Es demasiado pedir. Puede que solo tenga diecisiete años, pero eso es solo en el papel.

¿Por qué diablos quiere almorzar ahora de todos modos? El desayuno fue hace una hora.

Y ante eso, mi estómago gruñe. Titubeo un momento, llevándome la mano al estómago.

No desayuné.

O cualquier cosa desde las bayas en el desayuno de ayer.

Saco las carnes frías, los condimentos y un poco de lechuga, me pongo a trabajar, preparo algunos sándwiches, muerdo uno para que me entre algo, y luego los corto en diagonal y coloco los triángulos en un plato grande. Encuentro la envoltura Saran en un cajón en la isla y envuelvo la bandeja, colocándola en el refrigerador.

No estoy segura si ese es su almuerzo, pero eso es todo lo que están sacando de mí. Veré si necesita que vaya a la ciudad por algo. Me vendría bien manejar.

Pero justo cuando voy a cerrar la puerta del refrigerador, veo que una gota de agua golpea el vidrio justo encima del cajón de las verduras. Agachándome, meto la mano en un pequeño charco de agua.

Está goteando.

Mirando en la parte trasera del refrigerado, trato de calcular de dónde viene y veo el motor cubierto de escarcha y cubierto de hielo.

Me pongo de pie y me muerdo la comisura de la boca. ¿Debería decirle? Estoy segura de que él lo sabe.

Veo su iPad en el mostrador, lo agarro y lo enciendo. Aparece un mensaje de contraseña y de inmediato ingreso —sinpiedad — arriesgando una suposición. Inmediatamente se desbloquea.

Me dirijo a YouTube, reviso el modelo del refrigerador y abro algunos videos. Durante la siguiente hora, vacío el refrigerador y lo

alejo de la pared, poniendo todo mi peso en sacarlo y desconectarlo de la corriente eléctrica. Luego, tomo algunas herramientas del taller y me pongo a trabajar siguiendo las instrucciones del video, quitando y descongelando el motor, reparando la fuga en el tubo y volviendo a armar todo. No estoy segura de si funcionará o de lo enojado que se pondrá si lo empeoro, pero eso es una ventaja de ser rico. Le compraré uno nuevo.

Dejo de girar el destornillador y me doy cuenta de repente. ¿Puedo comprarle uno nuevo? Es decir, los menores no pueden heredar dinero. Sus tutores tienen poder notarial hasta que sean mayores de edad.

Entonces, técnicamente, mi herencia está completamente en sus manos. A menos que mis padres pongan algo en un fideicomiso, que su abogado podría haber tenido la previsión de hacerlo, pero…

¿Debería estar preocupada? El dinero nunca importó, pero eso es solo porque siempre lo tuve. Hablo mucho, pero si no puedo pagar la universidad, eso cambia las cosas. ¿Mis padres confiaron en él conmigo y mi bienestar, o… simplemente no había nadie más? No sé si puedo confiar en él, pero definitivamente no confiaba en que hicieran lo correcto para mí. Este tipo tiene mi futuro en sus manos.

Durante las próximas diez semanas de todos modos.

A pesar de que se me acelera el pulso, sigo adelante, perdida en mis pensamientos, vuelvo a poner la cubierta del motor y busco detrás del aparato, enchufándolo de nuevo. El motor ronronea suavemente y el aire frío comienza a respirar de nuevo en la máquina. Hasta aquí todo bien.

—¿Tu hiciste eso? —Escucho a alguien preguntar.

Giro la cabeza y veo a Noah parado en la isla, sin camiseta, sudoroso y sin aliento, mientras mira el video en el iPad que tengo apoyado en el mostrador.

Mirando hacia donde estaba la fuga, ve que ahora está seca.

—Buen trabajo —dice. —Teníamos la intención de abordar eso—.

Me doy la vuelta, pero no antes de echar otro vistazo rápido, notando que su torso y sus brazos están completamente libres de cualquier tatuaje. No sé por qué eso me parece extraño. Tal vez como su padre tiene uno, pensé que él también tendría.

Poniéndome a trabajar, vuelvo a cargar toda la comida en el refrigerador, escucho débilmente algún tipo de máquina funcionando afuera y supongo que debe ser Jake.

—Entonces, ¿cuándo cumples dieciocho años? —pregunta Noah.

No me detengo mientras él simplemente se apoya contra la isla, mirándome.

—El primero de noviembre—.

—¿Te vas a ir entonces?—

Lo miro, tomándome un momento para darme cuenta de lo que quiere decir.

No tengo que quedarme ahora. ¿No le dijo su padre que me dio a elegir por teléfono?

—Yo me iría —él ofrece. —Yo me iría en un santiamén. Estás aquí y no tienes que estarlo. Tengo que estar aquí, pero no quiero estar —.

—Es un lugar tan bueno como cualquier otro —respondo suavemente, colocando algunos condimentos en el estante de la puerta.

—¿Por qué?—

—Porque sigues siendo tú, no importa a dónde vayas —respondo.

Me detengo y lo miro, su cabello sudoroso cae sobre sus ojos y su gorra colgando de sus dedos. Todavía se ve desconcertado.

—Hay tanta gente feliz en Cleveland como en París —explico. —Y otros tantos tristes—

—Sí, bueno, prefiero estar triste en una playa—.

Resoplo, sonriendo a mi pesar. Me río un poco, pero rápidamente me doy la vuelta, empujando hacia abajo la diversión.

Pero en un momento, él está a mi lado, poniendo la salsa Heinz en el estante de la puerta.

Me mira fijamente y mi estómago se hunde.

—Tienes una bonita sonrisa, prima —me dice. —Si te quedas, te haré sonreír un poco más—.

Oh, caray. ¿No es encantador?

Ignorándolo, termino de poner todo, sin importarme que nada esté organizado. Se ríe disimuladamente y me ayuda, los dos

terminamos el trabajo en unos minutos.

Jake entra y se dirige al refrigerador, y me hago a un lado para dejarlo entrar.

Recojo las herramientas que usé y comienzo a alejarme para devolverlas a la tienda donde las encontré, pero escucho la voz ronca de mi tío.

—¿Dónde está la salchicha? —pregunta.

Me vuelvo hacia él, lo veo examinar todos los estantes, donde la dejó ahora.

—Había moho creciendo allí —le digo.

Lo tiro, junto con algunas otras cosas.

Pero él solo me mira, y me endurezco. —Se puede cortar —dice.

¿Cortar?

Asqueroso. Hay niveles de descomposición. El moho simplemente hace que sea más fácil ver las partes realmente malas.

—No pierdes el tiempo, ¿verdad? —se queja, apartando las cosas del camino, pareciendo buscar algo más. —Todo está reorganizado —.

—Papá…—

Noah intenta intervenir, pero su padre simplemente se endereza y mira a su hijo.

—¿Y adónde diablos fuiste? —pregunta Jake.

Se había ido antes. ¿No se suponía que debía hacerlo?

Pero la mandíbula de Noah simplemente se tensa y, en lugar de responder, niega con la cabeza y se va. No sé si envidio a Noah o qué. Tampoco se lleva bien con su padre, pero al menos tiene su atención.

Bajo los ojos y toco la pantalla del iPad, cierro YouTube y el video de reparación del refrigerador que usé.

—Mira —dice Jake, se volvió hacia mí y ahora su voz es más baja. —No vayas más allá, ¿de acuerdo? Tenemos una máquina bien engrasada aquí, así que solo haz lo que te pido. No es necesario reorganizar el refrigerador o los gabinetes o decorar, nada de eso es realmente apreciado, para ser honesto. Si necesita ideas para las tareas del hogar, puedo darte muchas—.

Asiento.

Y dejo las herramientas en el mostrador y salgo de la cocina.

Esa noche, horas después de una tormenta eléctrica que había estado rugiendo desde después de la cena, me despierto de golpe, cada músculo de mi cuerpo está tenso y caliente. Aprieto las sábanas a mi lado, mi pecho sube y baja con respiraciones rápidas, y el sudor gotea por mi cuello.

Jadeo, tratando de respirar, pero no puedo moverme. Trato de tragar, pero me toma cuatro veces antes de que pueda humedecer mi garganta seca.

Pongo los ojos en blanco alrededor de la habitación, el miedo persiste en mi cerebro, pero no estoy segura de por qué mientras hago un inventario de mi entorno.

La habitación está oscura, la tormenta sigue meciéndose contra mis ventanas, y escucho las gotas golpear la terraza fuera de mi habitación.

Lentamente, estiro mis dedos, sacando mis manos de las sábanas, y me siento, haciendo una mueca por el dolor en mis hombros y cuello por haber estado encerrada demasiado tiempo.

¿Soñé? Cierro los ojos, las lágrimas que no recuerdo haber llorado se filtran y se unen a las que ya humedecen mi rostro.

No recuerdo nada, pero debo haber estado llorando o gritando, porque me arde la garganta y me duelen los nudillos de tanto apretar los puños. Rápidamente miro a mi puerta, aliviada de ver que todavía está cerrada. Gracias a Dios no fui lo suficientemente fuerte como para despertar a nadie.

Tiro las cubiertas y camino hacia la cómoda para recuperar mi teléfono.

Cuando era niña, tuve episodios terribles de gritos y llantos, una manía absoluta de medianoche, en los que me despertaba y continuaba, pero estaba completamente dormida. Dijeron que eran terrores nocturnos, y cuando terminó, cuando Mirai o la niñera que sea me tranquilizó para que volviera a dormir, nunca recordé nada. Solo sabía que sucedió, porque mis músculos estarían drenados, mi

garganta estaría seca y me despertaría con los ojos ardiendo por las lágrimas.

Tomo mi teléfono y lo enciendo.

1:15 a.m. Las lágrimas pinchan mi garganta, pero las empujo hacia abajo.

Siempre era alrededor de la 1:15 a. m., habían dicho mis padres. Una especie de reloj interno.

Pero mis terrores nocturnos terminaron. No he tenido uno desde… ¿cuarto grado, tal vez?

Dejo caer mi teléfono sobre el tocador, apoyando mis codos en la parte superior y sosteniendo mi cabeza entre mis manos.

Soy una adulta. Estoy sola.

Miro hacia la puerta de nuevo. No quiero que me escuchen gritar como una loca.

Finalmente noto una picadura en mi brazo y miro hacia abajo para ver tres medias lunas rojas en mi antebrazo, e instantáneamente sé lo que son, el recuerdo regresa como si fuera ayer.

Me había arañado mientras dormía.

La bolsa de dulces todavía está en mi tocador, y tiro mi brazo, tirando la bolsa del tocador y en el bote de basura a un lado. ¿Qué demonios estaba haciendo en mi sueño? ¿Cómo podría no despertarme? ¿Qué sucede si estoy sola en Los Ángeles o cuando voy a la universidad y debo tener una compañera de cuarto?

No debería estar sola.

Pero no estoy segura de que deba quedarme aquí con ellos. La muerte de mis padres podría estar desencadenándolo.

O podría ser algo más.

Jake

Ella no debería estar aquí. Esto es un error.

No puedo hacerle ningún bien a Tiernan. Apenas puedo mantener a mis propios hijos bajo control. Noah está a diez segundos de hacer la maleta e irse cualquier día, y Kaleb…

Dios, Kaleb… Nunca he podido imaginar el futuro de ese chico, porque los hombres como él no viven mucho tiempo. Hacen demasiados enemigos.

Aparto las cobijas, dormí fatal a pesar de todo el espacio que tengo en la cama sin Jules en ella.

Tengo que empezar a cerrar las puertas por la noche. Quiero decir, qué tipo no quiere despertarse a las dos de la mañana con una pelirroja desnuda de veintitrés años encima de él, pero está convirtiéndolo en un hábito.

Y el sexo no es muy bueno.

Me froto la cara. *No lo sé*. Tal vez sea bueno y solo esté aburrido. No puedo hablar con ella. O con las tres que vinieron antes que ella.

Ciertamente no debería tener otra responsabilidad bajo mi techo ahora mismo.

Ni nunca.

Soy un padre terrible, y demasiado viejo para más sorpresas como una adolescente viviendo en mi casa. Hannes puede irse a la mierda, dondequiera que esté en el infierno.

Sentado, bajo mis piernas a un lado de la cama y me levanto, agarrando mis vaqueros de la silla.

Ese hijo de puta. No había hablado con mi hermanastro, ni con nadie de esa familia, durante más de veinte años, pero me menciona en su testamento… ¿Realmente no había nadie más que la conociera y la hubiera aceptado con gusto?

Pero no, la llamé esa noche, escuché algo en su voz que me agarró, y hablé antes de tener la oportunidad de pensar.

La niña tiene problemas.

Por supuesto que eso no la hace diferente de mis propios hijos, pero Hannes y Amelia la jodieron. Es muy diferente de lo que pensé que sería. Tranquila, rígida, asustada. No tengo ni idea de cómo lidiar con ella. No soy lo suficientemente inteligente para esto. La gente como ella, que no muestra emoción, encuentra otras formas de liberarla.

Entonces, ¿qué hace? ¿Drogas? ¿Alcohol? ¿Se corta?

¿Sexo?

Me detengo, con una imagen de Tiernan en el asiento trasero de un coche, con sudor en su cara, el cabello pegado a su mejilla, los ojos cerrados y jadeando que aparece en mi mente.

Dejo salir un respiro y tomo mi camiseta de la silla, metiéndola en mi bolsillo trasero para después. *Espero que no*. No voy a suministrarle a esta ciudad un nuevo coño. Giro el cuello de lado a lado, escuchando cómo cruje un par de veces.

Hannes y Amelia nunca deberían haber tenido hijos. Nunca entendí lo que sus padres veían o en el otro, pero la mierda se mantiene unida, supongo. Lo mejor que le pudo haber pasado a Tiernan fue perderlos, y solo lamento que no haya pasado antes.

Camino hacia la puerta de mi habitación, la abro y cruzo el pasillo hacia su habitación.

Llamo a la puerta.

—Tiernan.

Son solo después de las cinco, y me froto los músculos doloridos del cuello. No quiero despertarla, pero no tuve oportunidad de disculparme ayer porque se quedó en su habitación el resto del maldito día.

Pero no voy a dejar que se esconda aquí solo porque fui un imbécil. Cuando no hay respuesta, llamo de nuevo.

—¿Tiernan?

La casa está en silencio, aparte de la débil música con la que Noah duerme, que emana por debajo de la puerta de su dormitorio.

Vacilante, abro su puerta, lentamente en caso de que se asuste, y asomo mi cabeza hacia el interior.

—Tiernan, soy Jake —digo en voz baja. Su olor me golpea, y hago una pausa. Huele a…

A piel, mojada por la lluvia. Un *déjà vu* me invade de repente, e inhalo más profundamente. Piel con el más leve indicio de perfume. Como ese lugar suave y escondido detrás de la oreja de una mujer que huele a ella, pero también un poco a su perfume y champú y sudor.

Y de repente puedo saborearlo. Solía ser mi lugar favorito para besarla.

Dios, lo había olvidado.

Me aclaro la garganta, enderezando mi columna vertebral.

—Tiernan —llamo, pero sale cortante. No estoy seguro de por qué me siento molesto ahora.

Entro un paso en la habitación pero, al ver la cama, veo que ya está hecha, y ella definitivamente no está en ella. Mi corazón salta un poco y abro la puerta de par en par, mirando alrededor de su habitación.

No se iría…

Las luces están apagadas, pero la tenue luz de la mañana atraviesa las puertas de su balcón y veo que la habitación está tan ordenada como cuando llegó, aunque se han movido algunas cosas. Sus objetos personales están sobre su escritorio y su cómoda, y veo un par de chanclas junto a la mesita de noche.

Vale, entonces no se ha ido. No estoy seguro de cómo podía hacerlo, ya que estamos en el mismo sitio, pero no me extrañaría que lo intentara.

Saliendo de la habitación, cierro la puerta detrás de mí y le doy a la puerta de Noah dos duros golpes al pasar y bajar las escaleras. Él

también necesita levantar el culo, y el hecho de que todavía tenga que ser el despertador de mi hijo de veinte años es ridículo.

Sin embargo, tan pronto como llego a la sala de estar, huelo el café y sé que no soy el único levantado. Tiernan trabaja en algo en la mesa y la miro, tratando de ver qué está haciendo mientras camino hacia la cafetera.

Tiene el cabello amontonado en un desordenado moño en su coronilla mientras parece pegar pedazos de algo.

Me sirvo una taza de café, tragando con fuerza.

—Gracias por arreglar el refrigerador —digo, sin mirarla.

Me sentí como un imbécil ayer cuando Noah me dijo que todo en el refrigerador estaba desordenado por lo que tuvo que vaciarlo para arreglarlo.

Soy un completo idiota.

Y, después de la sorpresa, estuve impresionado. Una gran parte del mundo simplemente reemplaza cosas o hace que las arreglen otros, sin querer molestarse en aprender. Incluso con la cantidad de ayuda que hay en internet.

Es autosuficiente.

Cuando todavía no me ha respondido, me doy la vuelta, bebiendo de mi taza mientras me acerco lentamente.

Recompone un plato que parece haberse roto, pegando cada pieza a las otras con cuidado.

Es uno de los nuestros, los verdes. La comisura de mi boca se levanta con una pequeña sonrisa.

No tenía que molestarse. Es un plato barato, y son fáciles de romper.

Regreso mi mirada a su cara; a su mirada centrada, los labios cerrados y su respiración uniforme y controlada como si no estuviera aquí.

—¿Tiernan? —sigo.

Pero todavía no responde. Dios, es como hablar con mis hijos. ¿Son todos los adolescentes así?

Colocando la última pieza en su lugar, la sostiene unos momentos y luego toma una toalla de papel para limpiar cualquier burbuja de pegamento que quedara.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudar? —pregunta de repente, mirándome al final.

¿Eh?

Me mira; mechones sueltos de cabello caen alrededor de su cara y en sus ojos, y de nuevo, me toman por sorpresa. Me había preparado para una confrontación después de la forma en que había actuado ayer, pero… está lista para seguir adelante. ¿Debo impulsar una conversación o dejarla sola?

Me paso la mano por el cuero cabelludo. Lo que sea. Si me lo va a hacer fácil, no me quejaré.

—Sí —le digo, dejando escapar un suspiro de alivio.

Se levanta de su silla y se para justo en frente de mí, pero sus ojos se posan inmediatamente en mi pecho y rápidamente aparta la mirada.

Aprieto los labios y saco mi camiseta del bolsillo trasero para ponérmela. Hannes, que nació llevando traje, y Brynmor, una educación compuesta por compañeros de clase del mismo sexo, supongo que no está acostumbrada a esto. Ya se acostumbrará a estar aquí.

—¿Dónde me necesitas? —pregunta, pareciendo lista para estar en cualquier lugar que no sea la cocina.

Escondo mi sonrisa.

—Tengo que… esto, ordeñar a Bernadette —le digo mientras me doy la vuelta para tomar una taza de café.

Su mirada vacila.

—La vaca —le explico—. Los caballos necesitan ser alimentados, y debemos limpiar los establos. Noah te mostrará cómo se hace.

—¿Y entonces?

¿Y entonces?

Agarro mi taza, apoyado contra el mostrador.

—Tenemos trabajo en la tienda, así que si quieres hacer el desayuno… sería de gran ayuda.

Debería habérselo pedido amablemente ayer. Ella simplemente asiente.

Comienzo a caminar, pero me detengo y la miro.

—El tocino exactamente como lo hiciste ayer —le digo—. ¿Entendido?

Ella mantiene sus ojos plantados en el suelo otro momento, pero luego levanta la vista y se encuentra con mi mirada.

—Entendido.

La miro fijamente.

Desearía que sonriera. No lo espero, dado lo que le sucedió, pero tengo la sensación de que no sonríe mucho en todo caso.

Pero es bonita. Buena genética, puedo reconocerlo. Piel perfecta que se parece casi de porcelana. Pómulos altos, rosados. Cejas un poco más oscuras que su cabello, enmarcando largas pestañas y los tormentosos ojos grises de Amelia, más penetrantes que los de su madre porque tiene el mismo anillo oscuro alrededor del iris que su padre.

Sin embargo, es más como su madre. El cuello delgado, la curva de la cintura, su espalda y los hombros que la hacían parecer escultural a veces. En Amelia, parecía fría. En Tiernan… te hace preguntarte cómo se curvaría y movería en los brazos de alguien.

De alguien.

Mi cuerpo se calienta y sostengo su mirada un momento. Amelia y Hannes. La diversión tira de las comisuras de mi boca, pero no dejo que se vea.

No necesito que se quede. Me da igual si se va. Pero puedo prohibirle que se vaya si quiero.

Si no por otra razón que no sea quemar mi exceso de frustración con su padre. Para hacerla trabajar hasta saldar su deuda conmigo.

Para joderle la vida un poco. Para hacerle… Se humedece sus rosados labios, y mi respiración se corta un momento.

Si fuera un hombre peor…

Dejo mi taza, me dirijo al armario y saco mi gorra de los Rockies del perchero, ajustándola sobre mi cabeza. Necesito salir de aquí. No estoy seguro de adónde diablos van mis pensamientos, pero no está bien. Es mi responsabilidad. No es mi oportunidad para vengarme. Sin mencionar que es callada, aburrida y un poco patética. No puedo torturar a alguien que no se defiende.

Un momento después, escucho los pasos de Noah en las escaleras y lo veo dirigirse hacia la cafetera con la camiseta colgada al hombro y sin zapatos ni calcetines.

—Tenemos mucho que hacer hoy —le advierto, sabiendo que le toma al menos veinte minutos salir por la puerta después de despertarse.

Tengo dos hijos y ninguno de ellos está completamente presente. Kaleb era más fácil. Cuando estaba aquí. Y Noah siempre estuvo aquí, pero nunca fue fácil.

—Muéstrale a Tiernan cómo hacer los establos y alimentar a los caballos.

Asiente sin mirarme mientras un bostezo se extiende por su rostro.

Me pongo las botas y regreso a la cocina, transfiriendo mi café a una taza para llevar para llevarme afuera.

Escucho la voz de Noah.

—¿Tienes una camiseta debajo?

Los miro a él y a Tiernan, y veo que ella asiente. Lleva vaqueros y una blusita, no muy elegante, pero es blanca.

—Quítate la blusa —dice, tomando un trago. Ella frunce sus cejas.

—Te voy a dar una nueva —explica, arrojando la camisa franela sobre su hombro al respaldo de una silla—. Y quítate los zapatos.

Se dirige a través de la cocina, abre la puerta de la tienda y metiendo la mano en el interior. Le tira un par de sus fangosas botas viejas de lluvia de cuando tenía trece años y se las arroja al suelo.

Es una buena idea. No querrá arruinar su ropa cara.

Dirijo mis ojos hacia ella, esperando que parezca insegura, pero solo duda un momento antes de comenzar lentamente a desabrocharse la blusa.

Me aclaro la garganta otra vez y aparto la mirada. Debería estar haciendo eso en la privacidad del baño. Por el rabillo del ojo, la veo quitarse la blusa y doblarla sobre el respaldo de una silla. Tiene algo más blanco debajo, y veo a Noah acercarse a ella, pero mantengo mis ojos desviados mientras agarro una manzana para llevarme.

Un gancho invisible sigue tirando de mi barbilla, tirando para que la mire, pero solo parpadeo un par de veces y salgo de la habitación, mordiendo con fuerza la manzana.

Esto es una mierda.

Una hora después, estoy llegando a los establos con un vehículo todoterreno cargado con algunos fardos de heno cuando suena mi teléfono.

Al sacarlo, miro el número y veo que es el mismo código de área que Tiernan.

—¿Hola? —respondo. No quiero ninguna mierda, pero podría ser la llamada del abogado de sus padres, así que…

—Hola, señor Van der Berg? —dice una mujer con un ligero acento—. Soy Mirai Patel. Asistente de la señora de Haas.

Me llevo el teléfono a la oreja y me pongo los guantes de trabajo.

—¿Cómo tiene una mujer muerta todavía asistente?

Pero no responde, y casi sonrío, porque he logrado ser insensible.

—¿Qué quieres? —pregunto, arrastrando un fardo con mis manos y apilándolo al lado del establo—. Tiernan tiene teléfono, si quieres hablar con ella.

—Esto… quería hablar con usted.

Por el amor de Dios, ¿por qué?

La señorita Patel permanece en silencio un momento y luego pregunta

—¿Cómo está?

¿Como está ella? ¿Por eso me llama?

—Está bien —gruño, sacando otro fardo de heno del todo terreno.

Está callada de nuevo y, después de unos momentos más, tomo el teléfono con la mano, casi listo para colgar. No tengo tiempo para esto.

—Mira, no sé cómo decir esto de una manera que no sea incómoda —me dice finalmente—, así que solo voy a decirlo.

Bien. Miro a través de la puerta del establo, y veo las cabezas de Noah y Tiernan sobre la parte superior del establo mientras agitan el heno.

—Me gustaría que volviera a casa —dice Patel.

Tiernan puede irse cuando quiera. No la hice venir aquí.

Pero al mismo tiempo, ¿quién es esta mujer para decirme qué hacer con mi sobrina?

Mirai Patel continúa:

—No puedo obligarla, y probablemente se enoje porque esté hablando contigo, pero…

—¿Pero?

—Estoy preocupada por ella —dice finalmente—. Tiernan no habla de cosas, y con sus padres fallecieran como lo hicieron no tendrá la oportunidad de resolver cualquiera de sus problemas con ellos. Quiero estar ahí para ella. Me preocupa que todo lo que se acumula dentro de ella eventualmente se desborde.

—¿Desbordarse?

¿Quién es esta mujer? ¿Qué arrogancia pensar que no puedo lidiar con esto? Quiero decir, no puedo, pero no tiene que saber eso.

—Estoy segura de que te has dado cuenta de que es callada —me dice Patel.

¿Y? Si una niña callada es todo con lo que estoy lidiando, entonces tal vez tenga toda la experiencia necesaria para manejar esto.

—¿Y crees que tú puedes criarla mejor? —pregunto.

—Creo que no la conoces. Yo sí.

Aprieto el puño alrededor del teléfono.

Una extraña a la que nunca conocí o de la que escuché hasta hoy reclama a la hija de mi hermano y pensó que esta conversación iba a salir bien.

—Y yo creo que, si te entrego la tutela de Tiernan —le digo—, te pone a cargo no solo de su apoyo emocional, sino también de sus finanzas. ¿Tengo razón, señorita Patel?

Se calla, y sonrío para mí. ¿Por qué otra persona que no tiene obligación para con un huérfano menor de edad querría esa responsabilidad, a menos que ese huérfano menor de edad esté tenga dinero?

Pero luego habla, con tono firme.

—He tenido acceso a sus finanzas desde que empecé a trabajar para sus padres hace diez años —dice—. Soy de fiar. ¿Qué hay de usted?

Estrecho los ojos.

—Piense en lo que todos esos millones van a hacer por su negocio, señor Van der Berg —dice ella.

Y aprieto los dientes con tanta fuerza que un dolor me atraviesa la mandíbula como un rayo. ¿Es eso lo que piensa? Preferiría tirar ese dinero por el maldito baño.

—Su lugar… —le digo finalmente—, está con su familia.

—Su lugar es con alguien que la ama.

—Esta conversación ha terminado.

Y empiezo a alejar el teléfono de mi oído.

Pero luego escucho su voz otra vez y me detengo.

—Solía despertarse todas las noches alrededor de la una de la mañana —dice Patel—. Como un reloj y sin alarma. ¿Sabía eso, señor Van der Berg?

Permanezco en silencio, sin saber si está diciendo la verdad y odiando que sepa algo que yo no, si es que lo sabe.

—¿Sabes por qué? —se burla aún más.

Echo un vistazo al establo, a Tiernan, observándola salir de uno de los puestos con el brazo cubriéndose la nariz y la boca mientras se guarda del olor. Noah la palmea en la espalda, riéndose silenciosamente detrás de ella, pero luego ella le da un manotazo y él se ríe más fuerte.

—Uno pensaría que su familia sabría eso de ella —se burla Patel —. Adiós, señor Van der Berg.

Y entonces la línea está muerta.

Miro mi pantalla un momento y luego vuelvo a Tiernan. Ella y Noah están bromeando, él con una gran sonrisa en el rostro y alejándole el rastrillo mientras ella trata de recuperarlo. Finalmente lo agarra y regresa al establo.

Sonrío para mis adentros. Es más fuerte de lo que esa mujer cree. Mirai Patel puede preocuparse por Tiernan, pero la ha tenido durante diez años. ¿De qué le sirvió a la niña? Esa mujer tuvo su oportunidad.

Saco un paño del bolsillo trasero, me dirijo al establo, lo sacudo y combino las dos esquinas para formar un triángulo. Encontrando a Tiernan en un establo, la veo inclinada, revolviendo el heno con su cola de caballo que sobresale de la parte posterior de una de las gorras de Noah.

—Oye. —Le toco la espalda.

Ella se levanta y gira, chocando con mi pecho. Levanto la tela, señalándole la cara.

—Está limpio —le digo— Ayudará con el olor.

Me muevo para atarlo alrededor de su nariz y boca, pero ella sacude la cabeza.

—Estoy bien.

Me río entre dientes, esperando esto.

—¿Por qué eres tan testaruda?

Y me muevo alrededor de ella, atándolo sobre su nuca antes de que tenga la oportunidad de pelear conmigo.

Mirándola de frente, solo veo sus ojos asomándose por debajo de la gorra y el resto cubierto con el pañuelo.

Parece un ladrón de bancos y casi resoplo, pero en este momento no parece feliz, así que me guardo la broma.

—No tienes que ser tan dura —bromeo, golpeando su gorra—. Aquí apesta. Sin embargo, te acostumbrarás.

Pero en lugar de decir gracias se da vuelta y continúa trabajando.

Me quedo allí un momento, mis músculos tensos con una ligera frustración. *Estoy segura de que se ha dado cuenta de que es callada*.

Sí, señora, es callada. Lentamente me giro para irme, pero la miro por encima del hombro una vez más.

Pero, cuando lo hago, me está mirando. Ha dejado de rastrillar.

Sus ojos, oscuros bajo la sombra de la gorra, hacen que mi corazón dé un vuelco y me detengo.

Pero rápidamente, como si no fuera nada, vuelve a bajar la cabeza y comienza a trabajar de nuevo. Me quedo allí, mirándola.

Todo lo que se acumula dentro de ella eventualmente se desbordará, dijo Mirai.

Una leve sonrisa tira de mis labios. Tal vez eso es exactamente lo que necesita la niña.

—¿Terminaron? —pregunto cuando Noah y Tiernan se dirigen a mí.

Estoy de pie en la parte trasera de la camioneta, empujando la escoba y los últimos restos de heno, tierra y mierda que he tenido que transportar esta semana.

—No te preocupes —interviene Noah—. Lo hicimos bien. Pero ella tiene una misión.

—¿Tienes más? —Tiernan me mira expectante, con mi pañuelo alrededor del cuello.

¿Más?

Respira con dificultad y saco mi teléfono, verificando la hora.

Terminaron con eso mucho antes que cuando lo hacen Noah y Kaleb.

Me meto el teléfono en el bolsillo.

—Quita la ropa de la cuerda —le digo—. Y necesito agua fresca y jabonosa. Caliente. Y luego el desayuno.

Ella asiente y se da la vuelta, apresurándose de regreso a la casa. Noah la mira.

—Recuerdo cuando era nuevo en las tareas —dice con nostalgia—. Fue algo divertido. Durante unos minutos.

Sacudo la cabeza; no creo que Tiernan encuentre esto divertido.

—Si la entrenamos, será como si ni siquiera me hubiera ido —me dice.

Le echo un vistazo, pero no me detengo mientras empujo otro montón de escombros de la parte trasera del camión.

—No me cabrees hoy —le advierto.

No se va a ir, y Tiernan no está aquí para tomar su trabajo. Puedo verlo mirándome por el rabillo del ojo, queriendo esta conversación, pero no la tendré. Hemos hablado de esto antes y he terminado. No se va a ir. Tiene veinte malditos años. No sabe lo que quiere. O lo que necesita.

Cometer un error lleva segundos. Vivir con ellos lleva toda una vida, y no quiero que mis hijos sufran así.

Antes de que pueda tratar de pelear conmigo otra vez, me bajo de la camioneta y me dirijo a la casa para traer mi agua con jabón.

Tiernan

—¿Está bien si tomo la camioneta para ir al pueblo y comprar algo de comida? —Me siento en el desayunador, jugando con el tocino quemado y retorciéndolo como una papa frita en un plato—. Puedo comprar cualquier cosa que necesites, también, mientras estoy fuera.

Jake me mira, masticando su comida, y miro justo entre sus ojos, centrándome para no distraerme por su estúpida camisa. Lo digo enserio.

¿Estos hombres se visten completamente alguna vez? Las mujeres sobreviven al calor y al sudor todo el tiempo sin tener que desnudarnos.

—¿Qué necesitas comer, aparte de tocino? —pregunta.

Pero mantengo mi expresión, sin caer en su broma.

Finalmente se ríe.

—Por supuesto que puedes tomar la camioneta.

Metiendo la mano en su bolsillo trasero, abre su billetera y saca algo de efectivo, tirándolo al centro de la mesa mientras Noah se acaba su leche.

—Tengo dinero —insisto—. Puedo pagar por mis cosas.

Pero él solo responde:

—Yo también —dice—. No necesitamos dinero de los de Haas en esta casa.

Dinero de los de Haas.

Vuelve a meterse la billetera en el bolsillo y miro los cien dólares que dejó sobre la mesa, mucho más de lo que necesito.

Pero creo que lo sabe. Solo quiere que vea que puede sustentar mis gastos, como lo hacía su hermano.

Lamentablemente, no puedo evitarlo.

—No tomarás dinero de Haas, pero ayudas a un de Haas. — Levanto la mirada otra vez, fijándola en la suya. Si le molesta el dinero de mis padres, entonces seguramente también le moleste yo.

—Eres de los nuestros —afirma claramente—. Pagamos por lo que necesites.

Lo miro fijamente otro momento, y luego Noah extiende la mano hacia el centro de la mesa, agarrando el efectivo.

—Iré con ella. Necesito algo.

Ambos nos levantamos, recogemos nuestros platos y cargamos el lavavajillas.

—Tira las bolsas de plástico en el barril cuando desempaques lo que traigas —nos dice Jake, que sigue comiendo—. Quemaré la basura esta tarde.

Me detengo y miro la parte de atrás de su cabeza.

—¿Quemar basura? —repito, buscando que me escuche—. Por favor… no lo hagas. Es malo respirarlo y es realmente malo para el planeta.

Doy vueltas a la mesa para mirarlo.

—Es ilegal por una razón.

Quemar hojas es una cosa. Pero plástico y…

Su tenedor golpea el plato y recoge su taza de café.

—Los camiones de basura no suben aquí, cariño.

—Lo resolveremos — respondo—. No se puede quemar plástico o papel entintado, o…

—Las chicas de California se preocupan del medio ambiente, ¿no? — Noah se ríe desde el fregadero—. No usan pajitas de plástico, tienen que llevar sus propias bolsas al supermercado. escuché que solo vacían el inodoro cada dos veces, también.

Alzo mis cejas tanto que duele.

—Sí, a veces incluso nos duchamos juntas para conservar agua. Es impresionante.

Oigo a Jake resoplar y vuelvo a bajar la mirada, arqueando una ceja. No estoy segura de dónde vino mi nuevo sarcasmo, pero endurezco mi mandíbula, sin permitirme disfrutarlo.

Me giro para irme, pero me detengo y miro a Jake de nuevo.

—Y ese dinero de Haas se ganó con esfuerzo —digo—. Mis padres hicieron contribuciones al mundo. Las personas valoran lo que hicieron, te gustaran o no. Me gustaran o no.

Parpadeo ante las palabras que salen de mi boca, sorprendiéndome. Pero, tenía tuve problemas con mis padres, me doy cuenta por primera vez de que soy un poco protectora con su legado.

—El mundo los recordará —señalo.

—Y yo también. —Jake se recuesta en su silla y me mira con una mirada divertida—. Especialmente contigo.

Dudo, sus palabras me ponen nerviosa por alguna razón. La sensación de permanencia en su tono. Como si estuviera aquí para quedarme.

—Puede que no me quede —suelto de repente

Pero me arrepiento de inmediato. Me acogió cuando no tenía que hacerlo. Y vine aquí de buena gana. Debería estar más agradecida.

Pero… ayer amenazó con mantenerme aquí contra mi voluntad.

—A veces eres un imbécil —le digo.

Noah mueve la cabeza, con los ojos muy abiertos mientras nos mira a ambos.

Pero Jake no se mueve, solo se sienta allí y me mira con la misma diversión en su rostro.

—Soy un oso de peluche, Tiernan. —Se pone de pie, con los dedos en el mango de su taza de café—. Espera a que conozcas a Kaleb.

Escucho a Noah reírse detrás de él, ambos entendiendo una broma que claramente yo no. Me giro y me dirijo a mi habitación para arreglarme.

—¡Ponte una camisa adecuada antes de salir! —me grita Jake. Gruño, pisoteando un poco más fuerte de lo que pretendo.

Le hago la comida. Realmente no es inteligente provocarme.

Me ducho rápidamente, quitándome de encima el calor pegajoso, así como la suciedad y el olor del granero. Estoy segura de que tendré que volver a ducharme más tarde, solo para poder lavarme el cabello. Pero no tengo tiempo ahora mismo.

Después de peinarme, me pongo la misma gorra de béisbol que Noah me prestó esta mañana y salgo corriendo de la habitación con mi pequeño bolso cruzado y vaqueros y una camiseta.

A decir verdad, Jake está abastecido de comida, especialmente cosas frescas, pero con la prisa por venir aquí, me había olvidado de organizar algunas… otras cosas que necesitaría.

Cuando salgo, Noah ya me está esperando. Está sentado en una moto con un casco en la cabeza y otro en la mano.

Dudo un momento, mirando la camioneta detrás de su moto. ¿Vamos a ir por separado o…?

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, bajando los anchos escalones de madera.

—Vamos al pueblo.

Me extiende el casco de repuesto y le devuelvo la mirada, viendo mechones de su cabello rubio colgando sobre su frente debajo del casco.

Alzo las cejas. ¿Vamos a ir en una moto al pueblo?

—¿Dónde se supone que van ir las compras? —le pregunto.

Pero él solo se ríe por lo bajo, enciende la moto y gira la manija, acelerando el motor.

—Súbete. No muerdo —me dice. Y luego me lanza una mirada traviesa—. Por lo menos no a mis primas.

Casi pongo los ojos en blanco. Tomando el casco, lo coloco sobre mi gorra de béisbol, pero la parte delantera golpea la punta de la gorra, haciendo que sea incómodo. Tanteo un momento, finalmente me quito el casco y luego la gorra…

Pero Noah toma mis brazos y me detiene.

—Así —dice. Y toma la gorra, me la pone hacia atrás en la cabeza, y luego deja caer el casco sobre ella.

Oh.

Quiero usar la gorra el pueblo, ya que mi cabello es un desastre ahora mismo, así que esto funciona.

Sujeta la correa debajo de mi barbilla y trato de evitar sus ojos, pero tiene una media sonrisa perezosa en los labios que hace que mi cuerpo zumbe. Y unos ojos azules detrás de sus pestañas negras, junto a su camiseta gris recortada para mostrar unos brazos dorados y musculosos, con unos vaqueros desaliñados, le dan aspecto de nunca tener que esforzarse demasiado para impresionar a alguien.

Estoy celosa. No tiene ningún plan.

Podría haber sido una alegría tener primos de pequeña. Tal vez habría sido divertido si hubiera pasado mis veranos aquí, creciendo bajo el sol, las bromas y la suciedad junto a él.

También me pondría menos nerviosa con Jake.

Sus ojos se encuentran con los míos y aparto la mirada, tomando el control y alejando sus manos cuando termina de apretar la correa.

—¿Alguna vez has estado en una motocicleta? —pregunta

—No. —Me subo detrás de él, colocando mi bolso a mi lado mientras cuelga de mi cuerpo.

—Voy despacio —me asegura—. Pregúntale a cualquier chica.

—No soy cualquier chica — le digo, deslizando mis brazos alrededor de él y entrelazando mis manos al frente—. Si me lastimas, todavía tienes que volver a casa conmigo y lidiar conmigo.

—Buen punto.

Baja la visera de su propio casco y arranca, haciendo que me quede sin aliento.

Dios. Instintivamente aprieto mi agarre y mis muslos a su alrededor mientras mi estómago cae hasta mis pies. La motocicleta se tambalea más que una camioneta, me muevo de un lado a otro, tratando de mantener el equilibrio, pero él no disminuye la velocidad, todo lo que realmente puedo hacer es agarrarme fuerte. Puede que él sepa lo que está haciendo, pero esto es nuevo para mí. Parpadeo largo y fuerte y luego simplemente bajo la mirada, manteniendo mis ojos fuera del camino.

Estas colinas eran empinadas al subir en la camioneta con Jake. No creo que tenga miedo de bajar con una motocicleta. ¿Es legal conducir así?

Me aprieto a él, solo mirando su camiseta para no mirar nada más, pero después de un momento trato de aflojar mi agarre un poco. Estoy pegada a su espalda. Probablemente lo esté incomodando.

Pero él quita una mano del mango y vuelve a apretar mis brazos alrededor de él, forzando mi pecho contra su espalda.

Gira la cabeza y levanta la visera.

—¡Sujétate fuerte! —grita.

Está bien. Vuelvo a poner mis manos a su alrededor.

Recorremos todo el camino de grava y llegamos a la carretera pavimentada, giramos a la izquierda y estoy en el mismo camino por el que subí hace dos días; la gravedad obliga a mi cuerpo a estar pegada a Noah todo el tiempo.

Una vez estamos en el asfalto y el terreno está un poco más nivelado, levanto la vista y miro los árboles a ambos lados, así como las densas áreas boscosas que nos rodean. Laderas, acantilados y cascadas, veo la tierra que nos rodea con mucha más claridad que cuando llegué en la oscuridad de anteayer.

Jake no miente. Incluso con todos los árboles que se quedarán sin hojas en el invierno, hay muchas coníferas que bloquean la visibilidad en las nevadas fuertes. La tierra cambia, las hondonadas se elevan repentinamente en empinados acantilados, y los laterales del camino están decorados con montones espaciados de rocas que se derramaron de tierras inciertas. Es lo suficientemente peligroso estar aquí cuando hace buen tiempo. No habrá camiones que quiten la nieve y despejen el camino en invierno.

Lo cual, supongo, es exactamente lo que quiere mi tío. ¿A Noah le gusta esto? Sus palabras de ayer se reproducen en mi cabeza. *Yo me iría. Me iría en un instante. Tú estás aquí y no tienes que estarlo. Yo tengo que estar aquí, pero no quiero estarlo.*

Entonces, ¿por qué se queda? Jake no puede obligarlo. Es un adulto.

Giramos y giramos, bajando por el camino mientras se convierte en una carretera, y tardamos unos veinte minutos antes de que el pueblo sea visible. Un par de campanarios se asoman desde las copas de los árboles, y los edificios de ladrillo bordean las calles sombreadas con abundantes arces verdes que sé que serán de color naranja y rojo en octubre.

Llegamos a nuestra primera señal de stop, y él levanta la visera ahora que estamos disminuyendo la velocidad.

—¿Tienes otros? —pregunto—. ¿Primos, quiero decir?

No sé por qué me importa.

Pero él solo sacude la cabeza.

—No. —Y luego se lo piensa mejor—. Bueno, quizás. No lo sé.

Soy la única por parte de su padre, así que eso deja a su madre.

¿Dónde está? Hace poco tiempo que conozco a Jake, pero es difícil imaginarlo sentando la cabeza. ¿Estaban casados?

Durante un momento es fácil pensar bien de él, criando a dos niños por su cuenta, pero también es fácil entender cómo alguien podría huir de esta rocosa y fría montaña.

Está en la punta de mi lengua preguntarle a Noah por ella, pero si me dice algo triste, como que está muerta o los abandonó al nacer, no sabría cómo responderle. Mi simpatía simplemente sale falsa.

Agarra las manillas, con las venas de sus antebrazos sobresaliendo de su piel, y aprieto mi agarre mientras arranca de nuevo, entrando en la calle principal del pueblo con todas las tiendas que la bordean.

Nos detenemos frente una tienda y estacionamos, y Noah retrocede hasta un espacio y apaga la motocicleta.

—Te enseñaré a montar si quieres —ofrece Noah mientras nos bajamos y nos quitamos los cascos—. Si te quedas.

Sigo su ejemplo, dejo mi casco en el otro manillar y me giro la gorra, siguiéndole por la acera.

—Apenas me conoces, y no soy amigable —murmuro—. ¿Por qué quieres que me quede?

—Porque nada cambia en el pico. Nada, nunca.

¿Qué significa eso?

Entro en la tienda sin responder, porque no estoy segura de qué está hablando.

—¡Hola, Sheryl! —grita, y la señora tras el mostrador le devuelve la sonrisa mientras le entrega su bolsa a una cliente.

Miro alrededor y veo que la tienda es muy pequeña. Por el amor de Dios, hay como seis pasillos. Más vale que tengan ramen.

—Toma lo que necesites —me dice Noah—. Te veré en la registradora.

—Y se va, desapareciendo por un pasillo a la derecha.

Tomo una cesta de la pila, agradecida de que se dirija en la dirección opuesta, y voy hacia la parte de atrás, a la farmacia.

La tienda es pequeña, pero es linda. Tiene cierto ambiente de fin de siglo con una caja registradora antigua y madera pulida en todas partes. Paso una barra con una vieja fuente de soda y un menú de helados y otras delicias. Un par de clientes sentados en taburetes disfrutan de unas malteadas.

Deteniéndome en el mostrador, en la parte de atrás de la tienda, busco rápidamente a Noah antes de dirigirme al farmacéutico.

—¿Puedo ayudarla? —dice con una sonrisa.

—Si —le respondo en voz baja—. Me gustaría transferir una receta médica aquí, si es posible. ¿Qué debo hacer? ¿Solo darle el número de mi farmacia en casa?

—Oh, sí. —Saca un bolígrafo de su chaqueta blanca y me acerca un block de papel—. Eso es fácil. Llamare a su farmacia. Podemos recargarlo hoy.

Genial.

—El número, por favor

Le dicto el número mientras miro como lo escribe.

—Dos trece cinco cincuenta y cinco treinta y uno cero cero.

—¿Su nombre?

—Tiernan de Haas. Fecha de nacimiento, primero de noviembre del dos mil uno.

—Y, ¿para qué es la receta? —me pregunta

Miro a mi alrededor en busca de Noah nuevamente.

—Um, es la única receta que tengo con ellos. Él levanta los ojos, riendo un poco.

—Solo necesito el nombre, para saber lo que debo confirmar con ellos. Muevo el pie.

—Tri-Sprintec —respondo rápidamente sin mover los labios.

Él asiente, como si nunca hubiera tenido un primo demasiado entrometido y juguetón al que le encantaría saber porque tomo anticonceptivos y por qué los necesitaría, encerrada en una montaña todo el invierno sin acceso a los hombres.

Lo veo hacer la llamada, ingresar cosas en el computador y finalmente colgar.

Me mira.

—Dame diez minutos —dice antes de darse la vuelta para dirigirse hacia la parte de atrás.

Estoy tentada de pedirle que llene varios meses con anticipación, pero aún no sé si me quedaré así que, si necesito más para pasar el invierno, volveré. Con la camioneta y sin Noah la próxima vez.

Honestamente, ni siquiera necesito tomar la píldora, mucho menos durante todo el invierno, pero es más fácil seguir la rutina que he tenido desde que tenía catorce años que parar y tener que empezar de nuevo.

Me muevo por la tienda, encontrando algunas cosas de mi lista aquí y allá. Algunos bocadillos que me gustan, más protector solar, las vitaminas que olvidé y algunas velas. Agarro un par de auriculares de repuesto, algunos bolígrafos y papel, y encuentro el ramen en el último pasillo. Es del barato, cuarenta y siete centavos, pero lo quiero.

—Oye —dice una voz femenina detrás de mí. Me giro y veo a una mujer de mi edad mirándome.

—Hola —le respondo retrocediendo un paso porque está demasiado cerca.

Lleva vaqueros ajustados y botas de trabajo, y tiene un cabello largo y oscuro que le cuelga en rizos sueltos. Sus manos están metidas en una sudadera de camuflaje y sus labios rojos, gruesos, están ligeramente fruncidos.

—Bonita gorra —dice ella.

¿Lo es? Creo que ni siquiera leí lo que decía antes de que Noah me la diera y me la pusiera. Pero sé que no es nueva.

—Gracias.

Sus labios rojos están apretados y sus ojos se estrechan sobre mí.

¿Sabe quién soy? Aún no he conocido a nadie.

Continúo rodeándola, avanzando por el pasillo.

—¿Eres una de las novias de los corredores? —pregunta, siguiéndome mientras camino.

La miro mientras tomo una esponja y un gel de baño. ¿Las novias de los corredores?

Oh, cierto. Aquí arriba hay carreras de motos de cross. No estoy segura de por qué pensaría que eso tiene algo que ver conmigo.

—No, lo siento —le digo mientras avanzo por el pasillo, pero todavía me sigue.

—Entonces ¿de dónde sacaste esa gorra?

Mi gorra… Me detengo y giro la cabeza hacia ella, y abro la boca para responder pero luego la cierro de nuevo. ¿He hecho algo mal? ¿Quién es?

—¿Si no estás con los de cross? —pregunta de nuevo—. ¿Cómo conseguiste esa ropa?

—Alguien me lo dio —respondo firmemente, y me muevo hacia la caja registradora, agarrando una bolsa de granos de café en mi camino—. ¿Algún problema?

—Sólo pregunto —responde ella—. No vives aquí, ¿verdad?

Casi resoplo. Suena muy esperanzada.

Pero me quedo con la boca cerrada. No estoy segura de si esto es algo de un pueblo pequeño, pero de donde yo vengo no ofrecemos información personal solo porque alguien es un chismoso. Puede que piense que soy grosera, pero en Los Ángeles lo llamamos instinto de supervivencia.

—En realidad, vive aquí —le responde Noah, acercándose a mi lado—. Vive con nosotros.

Luego arroja un montón de cosas en el mostrador y me rodea con el brazo, sonriéndole a la mujer, como si estuviera molestándola con algo.

¿Qué está pasando?

Pero algo llama mi atención y bajo la mirada hacia la pila de cosas que va a comprar. Entrecierro mis ojos mientras cuento. Uno, dos, tres…

Ocho cajas de condones. Ocho.

Le lanzo una mirada, arqueando una ceja.

—¿Estás seguro de que no necesitas el tamaño económico que venden en línea?

—¿Puedo conseguirlos para esta noche? —responde, mirándome.

Pongo los ojos en blanco, pero siento que quiero sonreír… o reír, porque es un idiota.

Pero lo contengo.

Aparto la mirada, porque no puedo responder nada ingenioso, y él solo se ríe. Su comportamiento se enfría cuando vuelve a centrar su atención en la mujer.

—Sal de aquí —le advierte.

Ella mira entre él y yo, y finalmente se va mientras Sheryl empieza a pasar nuestra compra. Saco un par de bolsas reutilizables del estante más cercano y también las dejo en el mostrador.

Supongo que tenía razón. Estaba siendo grosera, porque Noah pareció quedarse sin paciencia con ella en el momento en que llegó.

—Cici Diggins —me dice, sacando el dinero que su padre puso sobre la mesa—. Se vuelve realmente insegura cuando algo más bonito llega a la ciudad.

¿Se refiere a mí?

—No estará feliz de que vivas con nosotros —añade Noah.

—¿Por qué?

—Ya lo descubrirás. —Se ríe y toma las bolsas de la compra—. Me voy a divertir mucho viendo este juego.

¿Viendo qué juego? Frunzo el ceño. No me gusta el drama.

Dejo que Noah lleve las cosas afuera mientras corro de vuelta a la farmacia para recoger mi prescripción. Tiro la bolsa y me meto las píldoras en mi bolsillo trasero y salgo de la tienda.

A medida que me acerco a la moto, veo una enorme mochila asegurada delante del manillar, y suspiro aliviada de no tener que tratar de llevar estas cosas *y* aferrarme a él de camino a casa.

Volteo mi gorra hacia atrás de nuevo y levanto mi casco, viendo a Noah mirando hacia el otro lado de la calle con su casco todavía en la mano. Una leve sonrisa juega en sus labios.

Sigo su mirada.

Un tipo, creo que el mismo que vino ayer a la casa con el grupo de motociclistas, está sentado en una mesa de un café con un montón de otros tipos. Él y Noah se miran fijamente.

Pensé que podría ser Kaleb, pero no parece que creciera ordeñando y limpiando establos. El tipo va vestido con el tipo de vaqueros que usan los hombres que condicionan profundamente su cabello; parece que su nombre es Blaine y su tipo favorito de chicas se llaman Kassidee.

—Lo conoces, ¿verdad? —me vuelvo hacia Noah. Él asiente.

—Terrance Holcomb. La prometedora estrella del motocross. —Luego me lleva contra su cuerpo, y un jadeo se aloja en mi garganta mientras me sujeta la correa en la barbilla—. Y él no está mirándome a mí, Tiernan.

Noah se acerca, su pecho roza el mío y hace que un hormigueo se extienda por mi vientre, y de repente me quedo en blanco. ¿De quién estábamos hablando?

Se inclina, su aliento cae en mi cara, y me fijo en una cicatriz de unas tres pulgadas en su mandíbula mientras me da una pequeña sonrisa malvada.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto. ¿Por qué está tan cerca? Pero solo sonríe de nuevo.

—Metiendo el dedo en la llaga —responde. Luego sus ojos van detrás de mí, hacia el tipo que está cruzando la calle, mientras aprieta mi correa—. Eres intocable para él.

Pero ¿por qué? ¿Soy tuya? Qué asco.

—Eres repugnante —me quejo.

Él solo se ríe, empujándome juguetonamente y poniéndose su casco.

Subimos de nuevo a la moto y no perdemos tiempo volviendo a casa. Estaba segura de que intentaría estar con sus amigos o novia, pero corre por el pueblo como si tuviera prisa.

O prisa para llevarme de vuelta.

Empiezo a juntar piezas en mi cabeza. El pequeño espectáculo que acaba de montar para ese tipo en el pueblo. El consejo de Jake de que me mantenga alejada de los chicos locales. La orden de que se pusiera una camisa adecuada antes de que salir hoy. Padre e hijo no se llevan bien, pero parecen tener eso en común, al menos. Los dos son sofocantes.

No es del todo horrible. Me habría gustado ver a mi padre actuar de esa manera de vez en cuando. Ser realmente sofocante es malo. Un poco sofocante… No sé. Siento que a alguien le importa, supongo. Quizá me habría gustado tener más reglas mientras crecía.

Desafortunadamente para Jake y Noah, he aprendido a vivir sin ellas, así que es un poco tarde.

Me aferro a Noah mientras sube los caminos hacia las montañas, pero por suerte va mucho más lento ahora, porque siento que la gravedad me empuja hacia atrás y temo caerme de la moto.

Aprieto las manos, con mis músculos ardiendo mientras me sostengo.

Cuando llegamos a un punto donde el terreno se nivela, aflojo mi agarre para relajar los brazos un momento y él se aparta al costado del camino, con la moto descansando al borde de un precipicio.

Mi estómago da un vuelco, pero entonces me fijo en la vista a través de los árboles de abajo. El pueblo se extiende ante nosotros en un valle con las montañas, los árboles, y la tierra a la distancia de telón de fondo. La gran extensión de todo, en una imagen, hace que mi corazón se hinche.

—Vaya —digo en voz baja.

Nos sentamos allí varios momentos, contemplando la vista, y Noah se quita el casco y se pasa una mano a través del cabello.

—No hablas mucho, ¿verdad? —pregunta

Parpadeo, volviendo a la realidad. Mis padres acaban de morir.

¿Debería hablar como un perico?

Pero me trago las palabras antes de poder decirlas. Su muerte no es la razón de que sea como soy, pero no me voy a explicar solo porque todos los demás tengan su idea de lo que debería ser normal.

—Mi padre cree que estas resentida con tus padres y por eso no está triste por su muerte —dice Noah, aún mirando hacia el valle —. Yo creo que estás triste, pero no tanto como enojada, porque en realidad era al revés, ¿no? Ellos te resentían a *ti*.

Aprieto la mandíbula. ¿Él y su padre hablaron de mí? ¿Quién dice que no estoy triste? ¿Cómo sabrían algo así? ¿Acaso hay alguna lista que controla el comportamiento específico aceptable cuando los miembros de tu familia mueren? Algunas personas se suicidan después de la muerte de un ser querido. ¿Eso prueba que estaban más tristes que yo?

Dejo caer mis brazos de su cuerpo.

—También tenemos internet aquí, ¿sabes? —dice—. Hannes y Amelia de Hass. Estaban obsesionados con el otro.

Gira la cabeza para que pueda ver sus labios mientras habla, pero estoy congelada.

—Y tuvieron una hija, porque es lo que pensaban que debían hacer, y luego se dieron cuenta de que la paternidad no era lo que esperaban. Criarte los alejó —continúa.

Me obligo a tragar las agujas en mi garganta, sintiendo que las lágrimas empiezan a acumularse, pero no las dejo caer. ¿Cómo sabe todo eso?

—Así que te entregaron a quien pudieron tan pronto como tuviste la edad suficiente —me dice—. Internados, campamentos de verano, niñeras…

Mi barbilla tiembla y la dejo, porque sé que él no puede verme.

—No estabas resentida con tus padres —dice finalmente—. Los amabas.

Horas más tarde, mucho después de irme a la cama, escucho sus palabras de nuevo. *Criarte los alejó. Ellos te resentían. Los amabas.*

No.

Intento retroceder, pero algo sostiene mi mano, y me duele. Tiro y tiro, pero el dolor se hace más fuerte y sigo dando pasos hacia atrás pero, sin importar, cuánto lo intente no puedo ir a ninguna parte, y no puedo liberar mi mano.

¿Qué me tiene? Suéltame. Suéltame.

Los amé una vez. Lo hice. Pero…

Fracturo mi mano, tratando de soltarla de lo que sea que la sostiene, pero no puedo darme la vuelta, y no puedo correr.

Los amé una vez. Pero no ahora. No lo sé. No lo sé.

Mis ojos se abren de golpe y siento mi pulgar frio contra la piel desnuda de mi estómago. Parpadeo y me siento, con el dolor palpitando en mi mano mientras hago una mueca. Bajo la mirada y veo mi mano atrapada en mi camiseta; el pequeño agujero con el que me fui a la cama es ahora con un agujero enorme en la camisa.

Libero mi mano, agitándola para que la sangre vuelva a fluir.

—Mierda —siseo. Luego extiendo mi otra mano, golpeando mi despertador en la mesita de noche, con un gruñido.

Vine aquí para conseguir espacio. Para escapar, pero en todo caso estoy más jodida que cuando llegué. Tres días y estoy teniendo pesadillas y terrores nocturnos por primera vez desde cuarto. No necesito esta mierda. Noah no tenía por qué hablar conmigo de cosas personales, mucho menos con respecto a una situación de la que no sabe nada. Si quiero hablar, lo haré.

Limpiándome el sudor del labio superior, aparto las mantas, enciendo la lámpara y golpeo el suelo buscando debajo de la cama mi maleta. No tengo que ir a casa, pero tampoco tengo que quedarme aquí. No les caigo bien. Ellos no me gustan. Hay un montón de lugares donde la gente me dejaría en paz. Siempre he querido ir a Costa Rica. Alquilar una casa en un árbol. Caminar con arañas y serpientes. Vivir entre insectos de tamaño inusual. Todo suena mucho mejor que aquí.

Saliendo de la habitación, bajo las escaleras y veo cada luz apagada y escucho el antiguo reloj marcando el tiempo.

Jake se levantará en unas horas. Debería irme antes de que despierte. No estoy segura de lo lejos que llegaré. Probablemente

me lleve dos días caminar de vuelta al pueblo con mi equipaje.

Girando alrededor de la barandilla y entrando en la cocina, abro la puerta del garaje y recorro los cinco escalones hasta la lavadora y la secadora. Escalofríos se extienden por mis piernas, desnudas, y abro la secadora, sacando la pequeña carga de ropa que había metido antes, incluyendo la camisa franela de Noah.

Saco una camiseta nueva y limpia, y me quito la rasgada para cambiarme rápidamente.

Pero el pomo de la puerta de repente se mueve.

Muevo la cabeza hacia la izquierda y dejo caer la camisa nuevamente.

Mi boca se abre y mil pensamientos pasan por mi cabeza mientras agudizo mis oídos en caso de que haya oído mal. Jake y Noah están arriba dormidos, ¿verdad? Es más de la una de la mañana.

Menos de un segundo después, la manija se mueve de nuevo y un golpe aterriza al otro lado de la puerta. Salto y tomo una barra de acero oxidada de la mesa de trabajo. Me quedo congelada un momento antes de dar marcha atrás y decidir volver corriendo a la casa en busca de mi tío.

Pero, antes de que pueda darme la vuelta, la puerta se abre de golpe. Respiro hondo mientras las hojas soplan con el viento, y veo un desastre de animales y sangre mientras tropiezo de nuevo con la barandilla y caigo. Aterrizo de culo y extiendo las manos detrás de mí. Me quedo sin aliento.

¿Qué demonios?

Un hombre cruza el umbral de la tienda, con vaqueros y sangre del cadáver de un animal que cuelga de su cuello corriendo por su pecho desnudo. Miro, con la boca de repente seca y mi corazón alojado en mi garganta, mientras camina hacia la larga mesa de madera y lanza al ciervo muerto, con cuernos largos y todo. Se da la vuelta para volver a cerrar la puerta de una patada.

Me quedo boquiabierta, horrorizada. Chorros de sangre corren por su espalda, cubriendo su columna vertebral, y lanzo mi mirada hacia el animal, viendo cómo su cabeza cuelga de la mesa. Aparto la mirada un momento, controlando la bilis de mi garganta.

¿Él es de donde vino el ciervo que estaba aquí cuando llegue hace unos días?

Dándose la vuelta, sus ojos se encuentran con los míos mientras se dirige al fregadero junto a la secadora. Aparta la mirada y abre el agua.

Trato de mojarme la boca, generar saliva, pero la sangre sobre él… Dios. Cierro las manos detrás de mí.

¿Quién…?

Y finalmente me doy cuenta. Este es Kaleb. El hijo mayor.

Levanta la manguera y se inclina sobre el fregadero, pasando el agua sobre su cabello oscuro y bajando por su espalda, limpiando el desastre de su cuerpo. Cuando se endereza nuevamente, veo cómo frota el agua por su nuca y me fijo un delgado y tenue tatuaje que corre verticalmente desde la parte inferior de su cráneo hasta el hombro. Algún tipo de escritura.

Sus manos bajan sobre su estómago, haciendo que sus músculos se flexionen y el agua empape sus vaqueros. La bombilla del techo se balancea por el viento que dejó entrar, la luz lo golpea y luego la oscuridad se lo traga de nuevo.

Pero lo veo volver la cabeza de nuevo, mirándome. Sus ojos oscuros bajan por mi cuerpo y se detienen, centrándose y tensando la mandíbula; mi estómago da un vuelco y cae, con cada vello de mi cuerpo erizado. La habitación de repente parece muy pequeña.

Respiro hondo.

—Esto… eres, uh… —digo, poniéndome de pie—. Eres… Kaleb, ¿verdad?

Vuelve a mirarme a los ojos, y veo que los suyos no son realmente oscuros. Son verdes.

Pero parece enojado.

Sus cejas negras se fruncen, proyectando una sombra sobre su mirada, y se da la vuelta como si no estuviera aquí, terminando de lavarse. Cierra el agua y toma un paño de la tienda, secándose la cara y el cuello y luego lo pasa por su cabeza, peinándose hacia atrás y absorbiendo el agua de los mechones empapados.

—¿Hola?

¿Cuál es su problema? ¿Por qué no me responde?

Sin embargo, cuando se vuelve hacia mí y arroja el paño de la tienda en el fregadero, se encuentra con mi mirada de nuevo, sosteniéndola, y luego ladea un poco la cabeza. Casi me río. El gesto le hace parecer inocente. Como un cachorrito curioso.

Pero entonces sus ojos cargados caen sobre mi estómago de nuevo, su pecho sube y baja pesadamente, y aprieto los muslos. Instintivamente pongo mis manos donde están sus ojos, y lo siento.

La piel desnuda de mi estómago.

Mi aliento se me atasca en la garganta y bajo la mirada, viendo que todavía llevo mi camiseta rasgada, con la tela rota exponiendo mi vientre. Me estremezco. Todo este tiempo…

Pero, mientras muevo la mano, mis dedos rozan la parte inferior de mi maldito pecho y dejo de respirar por completo. Me bajo la camisa tanto como puedo y retrocedo, lista para huir hacia las escaleras.

Tan pronto como me muevo, él también, caminando hacia mí. Se acerca, con gotas de agua colgando de su piel, y me lanzo hacia las escaleras pero él extiende la mano, me agarra y me empuja contra la pared en su lugar.

¿Qué…?

Jadeo, con el miedo asentándose en mi estómago.

Presiona su cuerpo contra el mío, toma mi cintura con una mano y planta la otra en la pared sobre mi cabeza y baja su frente hacia la mía, mirándome a los ojos. El abrazo es íntimo y siento como si me fuera a besar, pero no lo hace. Abro la boca para decir algo pero su aliento roza mis labios, caliente y embriagador, y la habitación gira.

Está frio, pero me siento cálida por dentro. Como si estuviera a punto de sudar.

Levantando la mano, toma el lazo que llevo y lo pasa por sus dedos antes de llevarse un mechón mío a su nariz y olerlo.

Luego se inclina hacia un lado, pasando su nariz sobre mi oreja, subiendo por mi cabello y a través de mi frente. Inhalándome.

Oliéndome.

Es raro, pero no puedo moverme. Me estremezco, y el placer por el gesto hace que mi cuerpo reaccione. Mi piel se tensa, la carne

de mis pezones roza contra mi camiseta y cierro los ojos un momento, encantada con la corriente eléctrica que fluye bajo mi piel.

Debería alejarlo.

Sin embargo, por alguna razón, no puedo levantar los brazos.

—Yo, esto… —me ahogo—. No creo que debas…

Pero él mete una mano entre nosotros, con su frente descansando sobre la mía con fuego en sus ojos mientras empieza a abrirse el cinturón y a desabrocharse los vaqueros.

Vaya, ¿qué? Mi boca se abre.

—Espera, para. —Pongo las manos en su pecho—. No puedes… ¿Qué estás…?

Pero se presiona contra mí, respirando más fuerte con los dientes al descubierto, y siento su dura cresta entre mis piernas.

Exhalo con fuerza, con mis párpados revoloteando.

Desliza sus manos por la parte trasera de mis pantalones cortos, apretándome el culo mientras me levanta con sus brazos y nos gira. Mi estómago da un vuelco y solo puedo agarrarme a él cuando me pone en el capó de un auto, llevándome hacia adelante, y se ubica entre mis piernas.

—Kaleb —le digo, tratando de alejarlo—. Kal…

Empuña el cabello de mi nuca y presiona su cuerpo contra el mío mientras cae sobre mi boca, hambriento y salvaje, besándome y callándome. Su lengua se sumerge en mi boca y yo gimo por lo bajo.

¡Para!

Mierda.

Gira sus caderas hacia mí, más y más rápido, respirando con dificultad mientras me muerde los labios antes de chuparme la lengua con fuerza; me arden los muslos.

¿Qué demonios está haciendo? Mierda. ¿Nos conocemos o algo? Finalmente trago.

—¡Para! —grito, con mi pulso zumbándome en los oídos—. Para. ¡Para!

Pero cae encima de mí, obligándome a regresar, y su boca caliente encuentra mi estómago.

Sacudo la cabeza, con lágrimas formándose en las esquinas de mis ojos, porque se siente bien y no quiero que lo haga. No quiero que baje más. No quiero envolver mis piernas alrededor de él. Nada de esto es correcto, y nada de esto me hace sentir bien por dentro, como si pudiera devolverle el beso.

Cierro los ojos mientras sus labios succionan y mordisquean mi estómago, y siento el aire que golpea mi seno izquierdo, sabiendo que de nuevo se salió por la camisa desgarrada. Siento que se detiene y clavo mis uñas en el auto, porque sé que lo ve.

Espero, queriendo sacudir la cabeza para detenerlo, pero ni siquiera lo intento, y entonces… él atrapa mi pezón entre los dientes, y su cálida boca envía calor sobre todo mi cuerpo. Dejo salir un fuerte gemido, oyendo mis uñas chirriar sobre el capo del auto.

—Por favor, para —murmuro, pero sé que me oye. Gruñe y tira de mí, de nuevo, hasta el final del auto, volviendo a descender por mi estomago mientras empieza a quitarme mis pantalones de dormir.

Aprieto los dientes.

—Para —vuelvo a murmurar.

Pero no lo hace. Sus besos solo bajan, arrastrándose sobre los huesos de mi cadera mientras me devora, y el calor se acumula entre mis piernas, casi ardiendo de necesidad por sentir algo allí.

—Para —digo en voz baja.

Me baja mis pantalones cortos y las bragas por el trasero, y baja chupando mi vientre, solo unos centímetros por encima del clítoris, cuando me levanto, gruñendo mientras lo abofeteo en la cara.

—¡Para! He dicho que pares.

Se congela, mirándome a los ojos, asombrado. El sudor brilla en su cuello y su respiración es irregular mientras me clava los dedos en las caderas, cerrando las manos.

—Cuando alguien te dice que pares, paras —ladro—. ¿No lo entiendes? ¿Eres estúpido o algo?

Él gruñe, agarrándome los brazos y frunciendo el ceño. Se me escapa un gemido, pero también frunzo el ceño de inmediato.

Su pecho se agita, y puedo sentir el calor en su aliento y todavía ver el deseo en sus ojos, y yo también lo siento, aunque odio

admitirlo. Durante un momento, quizás más, quise hacer esto. Durante un momento, fui blanda otra vez.

Fue difícil parar.

Pero esto es su culpa. Le dije que se detuviera como seis veces, y ciertamente no pedí la atención, por lo que tener las bolas azules es culpa suya. No tengo que amar a la primera persona con la que folle, pero tampoco quiero tener miedo. Él es como una máquina.

Me mira fijamente, sin soltarme, y yo le devuelvo la mirada.

—Ya, hombre, oye —dice alguien, corriendo hacia el garaje—. ¡Para! Hombre, quítate de encima de ella.

Noah se acerca, quita los dedos de Kaleb de mis brazos y lo empuja.

—Hermano, no es una del pueblo —le dice a Kaleb, sosteniéndolo por los hombros y mirándolo a los ojos.

Pero la mirada de Kaleb sigue sobre mí. Rápidamente bajo del capó del auto y arreglo mis pantalones cortos cuando veo cómo cae su mirada de nuevo por mi cuerpo. ¿No es una del pueblo? ¿Cómo si estuviera bien tratar a alguien así?

—Mírame —le grita Noah.

Lentamente, Kaleb aleja su mirada de mí y finalmente se encuentra con la de su hermano.

—Es la hija del hermano… de papá —explica Noah, y escucho humor en su tono—. ¿Recuerdas? ¿El hermanastro que odia? Esta es su hija.

Noah me hace un gesto.

—Es familia. Se quedará con nosotros un tiempo. No puedes follártela.

Entonces Noah lo suelta, riendo por lo bajo.

—¡Esto no es gracioso! —me quiebro. Y luego miro a Kaleb, ahora finalmente capaz de encontrar mi maldita voz—. ¿Qué diablos te pasa? ¿Eh?

—Déjalo estar —dice Noah—. Siempre se muere de hambre cuando regresa de estar tanto tiempo en el bosque.

—Entonces que coma.

—Eso es lo que estaba haciendo —responde Noah, mirándome.

Comiendo.

Comiéndome.

Oh, qué listo, ¿no? Idiotas.

Kaleb me mira, ladeando la cabeza un poco de nuevo y luego extiende su pulgar, limpiándose la comisura de su boca como lo haces después de una comida.

En el bosque. A eso se referían. Kaleb desaparece en el bosque a temporadas.

Tal vez debería desaparecer de nuevo.

—¿Por qué no paras de responder por él? —le pregunto a Noah.

—Porque no habla.

—¿Qué?

—No habla, Tiernan. —Noah gira su cabeza lo suficiente para que vea sus labios moverse—. No ha hablado desde que tenía cuatro años.

Miro a Kaleb, y no estoy segura de como procesar la información. Un toque de lastima me atraviesa pero creo que lo ve, porque me mira fijamente mientras reajusta sus vaqueros y libera su cinturón, que hace un sonido en el aire con su ira.

Flexiono la mandíbula.

—¿También es sordo? —espeto—. Le dije que se detuviera.

—Puede oírte bien. —Noah suspirar—. Es que no está acostumbrado… a las mujeres…

—¿Qué dicen que no?

—Mujeres como tú —responde Noah.

¿Como yo? Hay muchas chicas como yo en el pueblo.

Kaleb me lanza una mirada más antes de darse la vuelta y subir las escaleras, de vuelta a la casa. Noah me mira, y sus ojos observan mi ropa. Me bajo rápidamente la camisa, pero estoy demasiado enojada como para sentirme avergonzada.

No puedo recordar por qué vine a la tienda.

¿Mudo? ¿Es mudo? Puede hablar. Noah dijo que no ha hablado desde que tenía cuatro años, no que perdiera la capacidad de hablar cuando tenía cuatro años. ¿Por qué no habla?

¿Y qué hace solo en el bosque?

Todavía veo sus ojos, mirándome, cuando me empujó contra la pared y apoyó su frente contra la mía. La forma en que me miraba…

Su boca en mi… Se me calientan las mejillas.

—No lo volverá a hacer —me dice Noah, dándose la vuelta para mirarme con expresión divertida—. No sabía quién eras, Tiernan. Lo siento.

Se queda un momento más y luego se da la vuelta para irse, siguiendo a su hermano.

Me quedo de pie en el garaje, mirando los arañazos en el capó del auto donde rayé la pintura hace tan solo un momento. Durante varios minutos, me quedo perdida pensando hasta dónde habría ido si Noah no hubiera entrado. Si no me hubiera obligado a alejar a su hermano.

Y cuánto podría no haber sido culpa de Kaleb.

Tiernan

A la mañana siguiente, unas risitas atraviesan el aire y abro los ojos, parpadeando para alejar el sueño.

Esa era una chica.

Levantándome sobre mis codos, afino a mis oídos, escuchando el regular movimiento de algo que viene del dormitorio de Noah y luego un gemido seguido de algo golpeando la pared.

Pongo los ojos en blanco y caigo de nuevo sobre la cama. Realmente están viviendo su mejor vida, ¿cierto? Debe ser agradable que tus compañeras de cama vengan a ti. A primera hora, todas las mañanas.

Las puertas se abren y cierran en la casa y reviso mi teléfono, viendo que solo son pasadas las cinco y media. Girando la cabeza, veo mi maleta abierta sobre el suelo junto a una pila de ropa limpia que traje anoche.

No terminé de empacar. Y no me cambié de ropa. Todavía llevo puesta la camiseta rota con la que Kaleb me encontró anoche.

Los recuerdos regresan a mi mente rápidamente y mi pecho comienza a subir y bajar más rápido mientras todo lo que sucedió en el garaje me inunda.

¿Quién sabía que cedería tan fácilmente? Estaba lista para envolver con mis piernas a cualquiera que me mostrara al menos un poco de atención.

Cierro los ojos, todavía sintiéndolo. La necesidad de que bajara más. Mis manos encuentran mi estómago debajo de las mantas y, durante un momento, finjo que es su mano. ¿Se sintió bien?

Pero parpadeo, sacudiendo la cabeza. *No*. *No.*

Retiro las mantas y me enderezo. Su comportamiento fue ridículo. Lo que es incluso más ridículo es que no habría intentado ir a por todas con una completa extraña si no le hubiera funcionado en el pasado. No le gustó lo que sintió. Estaba cachondo, y yo podría haber sido cualquiera.

Poniéndome de pie, me quito la camiseta, fijándome unas cuantas marcas rojas alrededor del borde, y solo me toma un momento darme cuenta.

Sangre.

La sangre del ciervo.

Todavía tenía algo sobre él cuando estuvo… sobre mí. Gruño por lo bajo y lanzo la camiseta hacia la cesta de la ropa sucia, con la mitad atorándose en el borde y colgando sobre el costado.

Sacando una nueva, tomo mi cepillo de dientes y pasta, abriendo la puerta de mi dormitorio, y me dirijo hacia el baño. Gemidos, gritos y "Wow" de *Post Malone* salen de la habitación de Noah hacia el pasillo, así que me apresuro y abro la puerta del baño, viendo a mi tío ahí de pie en el lavabo, con una toalla envolviéndole la cadera.

Me detengo, su torso mojado y su cabello brillan ante la tenue luz, y aparto la mirada rápidamente. Esta es una casa grande. Habría sido prudente añadir un segundo baño.

Abro la boca para disculparme por irrumpir, pero la puerta está equipada con una cerradura. No es mi culpa que no la utilizara.

La otra puerta del baño, la que da hacia su dormitorio, se abre, y veo aparecer a la misma mujer que estuvo ahí el otro día. Lleva puesto un ajustado vestido rojo atado al cuello, con su largo cabello castaño levantado en una cola de caballo y tacones altos negros. Lo besa en la mejilla, quedándose el tiempo suficiente para mordisquearle la mandíbula un momento, y luego sale, pasando a mi lado sin apenas una mirada. La observo bajar por las escaleras y desaparecer, y luego giro la cabeza, mirando por instinto hacia la escalera oscurecida que lleva hacia la habitación de Kaleb.

—¿Ducha? —pregunta Jake finalmente.

Me doy la vuelta, encontrándome con su mirada en el espejo mientras se limpia la pasta de dientes de la boca. Una gota de agua baja por su espalda.

—No, yo… solo quería cepillarme los dientes. —Me giro para irme—. Esperaré.

—Cuatro personas y una ducha —dice, deteniéndome—. No seas tímida.

—¿Serías tímido si fuera yo caminando por todas partes en toalla? —respondo rápidamente.

En serio.

Se encuentra con mi mirada, con un inclinación divertida en sus labios, y asiente.

—Intentaré crear el hábito de traer mi ropa conmigo cuando me duche, ¿está bien? —Y luego aclara—: Lo *intentaré*. No hemos tenido una mujer en casa en un largo tiempo.

Le arqueo una ceja. *Hay mujeres en esta casa constantemente.*

—Sabes a lo que me refiero —dice Jake, sabiendo exactamente lo que estoy pensando.

Lo que sea.

—No tienes que cambiar tus hábitos —le digo—. Si no me voy a quedar…

Me mira de nuevo y luego toma una lata de crema para afeitar, sin decir lo que sea que estoy segura de que quiere decir. Entro, sacudiendo la cabeza un poco antes de humedecer mi cepillo de dientes y ponerle pasta. No voy a esperar a que termine. ¿Qué tipo de hombre enorme no se deja crecer la barba?

Vuelvo a cerrar la pasta de dientes y la dejo detrás de los grifos.

—Te duchaste ayer después del trabajo —murmuro, llevándome el cepillo de dientes a la boca—. ¿Normalmente te bañas de duchas en la mañana?

—Cuando también me ensucio por la noche —replica.

Titubeo, levantando la mirada rápidamente para verlo frotar crema de afeitar sobre su mandíbula y cuello sin perder ni un segundo, porque ¿de qué otra manera un hombre se ensuciaría en

su propia cama por la noche? Pienso en la mujer de muslos tonificados y labios rojos que acaba de salir de aquí.

Parpadeo y comienzo a cepillarme los dientes.

—Hiciste un buen trabajo en los establos ayer —dice él.

¿En serio?

—Los chicos lo han estado haciendo toda su vida y simplemente no les importa. Fue bueno verlo hecho cómo yo lo haría.

Asiento una vez, pero mantengo la cabeza agachada mientras me cepillo. Me está aplacando.

—¿Tienes novio, Tiernan? —me pregunta.

Levanto la mirada hacia él. Me mira, afeitando la espuma cubriendo la mitad inferior de su rostro mientras se enjuaga las manos.

—¿En casa, en Los Ángeles? —aclara—. ¿Tienes novio?

Escupo la pasta pero, en lugar de responder, regreso a cepillarme.

—¿Has tenido a *algún* hombre? —me pregunta más directamente cuando no respondo—. ¿Cualquiera?

Ralentizo mis movimientos, con mi respiración volviéndose superficial. ¿Está preguntando si alguna vez he tenido relaciones sexuales?

Cada centímetro de mi ropa toca mi piel y mi sangre corre caliente por mis venas. Aprieto el cepillo de dientes con la mano.

Escupiendo una vez más, me enjuago la boca y finalmente levanto la mirada, mirándolo en el espejo. ¿Qué quiere de mí?

—Todavía eres una chica —dice, adivinando la respuesta sin que la dijera—, y necesitas crecer.

Lo observo reclinar la cabeza y deslizar la cuchilla por su cuello, a contrapelo.

—Deberías quedarte —me dice—. Es agradable tener a una mujer en la casa.

Lo miro, intentando no hacerlo. La piel suave y bronceada de su cuello revelada con cada pase. El agua todavía presente en sus hombros y pecho musculosos. La forma en que la toalla abraza la V de sus caderas, y parpadeo y aparto mis ojos, pero no puedo evitar echar otro vistazo, porque me gustar mirarlo.

La forma en que puede que él y Kaleb no se parezcan en cuanto a sus rostros, pero puedes totalmente ver que están emparentados a medio vestir.

Tal vez debería decirle lo de anoche. Cómo su hijo me arrinconó e intentó follar en el capo de su auto y cómo tal vez este no sea el lugar más seguro para mí, después de todo.

No nos llevamos bien. Noah me molesta cada vez que puede, y duermo incluso peor desde que llegué aquí.

Tal vez debería decirle que me voy.

Pero, en cambio, tomo la crema para afeitar, me pongo algo de espuma en la mano y comienzo a esparcirlo por mi rostro mientras él deja de afeitarse para observarme.

Tan pronto como mis mejillas están cubiertas y parezco Santa, tomo de nuevo mi cepillo de dientes para usar el mango como cuchilla.

—No tienes idea de cómo criar chicas —le digo. Me sonríe en el espejo.

—¿Quieres que haga un hombre de ti, entonces?

—Puedes intentarlo. —Y sostengo mi cepillo listo. Tal vez entonces me dejará hacer algo del trabajo de los hombres.

Resopla y se inclina sobre el lavabo y lo sigo, aceptando que me guíe.

Paso a paso, imito su técnica, a contrapelo en el cuello, en sentido descendente por la mejilla y mentón y por encima del labio superior. Estamos de pie uno junto al otro, mirando al espejo y deteniéndonos periódicamente para enjuagar nuestras cuchillas antes de continuar.

Encuentra mi mirada y sonríe antes de guiarme por los últimos movimientos, pero su brazo rozando el mío hace que mi corazón lata más fuerte mientras el olor limpio de su cuerpo llena el baño.

Cuando terminamos y solo quedan unos cuantos rastros de espuma, toma una toalla de la pila y limpia mi rostro y, durante un minuto, me siento como una niña pequeña y quiero reírme, por alguna razón.

Pero cuando quita la toalla me mira, y mi sonrisa oculta se hunde hasta el fondo de mi estómago, y también la suya. Está cerca.

Su mirada sostiene la mía y nos quedamos ahí parados, con el calor llenando la habitación, está tan caliente que…

Trago, viendo a su manzana de Adán levantarse y luego caer.

—Parece que he fallado —dice, con su voz apenas por encima de un susurro—. No hay manera de ocultar lo que eres.

Una chica.

Suena casi arrepentido de ese hecho.

Se gira, limpiándose lentamente su propio rostro.

—Tengo hambre. ¿Panqueques?

Pero apenas lo escucho, ahí parada y observándolo, y las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas.

—Puede que nunca sea un hombre —le digo—. Pero tampoco seré una chica para siempre.

Hago una pausa lo suficientemente larga para verlo vacilar y su rostro caer, y no puedo evitar la pequeña sonrisa que se asoma mientras me doy la vuelta y salgo del baño.

Claro que puedo tomar más responsabilidad. Cuando sea una mujer.

Vierto un poco de masa de panqueques en la plancha, escuchando cómo chisporrotea mientras relleno el cucharón y vierto otro círculo, uno tras otro. Veo la masa burbujear contra el calor, frotando la superficie lisa de mi uña pulgar.

Por una vez, estoy realmente feliz de estar haciéndoles el desayuno. Jake y Noah están fuera, haciendo sus tareas matutinas, pero aún no he visto a Kaleb y, en lugar de esconderme en mi habitación y temer encontrarme con él, puedo mantenerme ocupada.

¿Por qué demonios no está hecha mi maleta?

Después de dejar a mi tío aturdido en el baño, me vestí e hice mi cama, dejando mi equipaje vacío abandonado en el suelo, pero incluso si el episodio con Kaleb anoche no hubiera ocurrido, no estoy segura de haber seguido adelante con la maleta entonces.

Coloco el cucharón en el bol y agarro la espátula, dándoles la vuelta a los panqueques y haciendo que la masa salpique.

Tal vez por eso siempre venía a casa en las vacaciones escolares.

Demasiado desesperada por no estar sola.

Me doy la vuelta para agarrar el plato y veo a Kaleb.

Me detengo. Está inclinado contra el refrigerador, me mira fijamente y mi corazón salta mientras aprieto los muslos. ¿Cuánto tiempo lleva ahí de pie?

Sus ojos verdes me miran con la misma expresión curiosa que usó anoche y ni siquiera puedo oír las ramas de fuera soplando contra la casa porque el pulso me late en los oídos.

¿Qué está mirando?

Cerrando la mandíbula, tomo el plato de la isla y me giro, poniendo los panqueques en el plato. Sigue vestido con vaqueros, pero estos están limpios y parece que se ha duchado, aunque su cabello esté despeinado como si se acabara de levantar. Supongo que Jake no mantiene el mismo estándar que con Noah y conmigo, despertándonos a las cinco y media.

Sus ojos me queman la espalda, pero después de un momento oigo la nevera abrirse y cerrarse y luego lo siento acercarse a mi lado. ¿Se va a disculpar? ¿Y si no hubiera sido su prima adoptiva? ¿Y si hubiera sido presa de verdad cuando decidió ignorar mis protestas de anoche?

Lentamente, limpio la plancha y reparto cuatro cucharadas más de masa mientras él se sirve un vaso de jugo pero, aunque mis ojos están en mi tarea, todo lo que puedo ver es a él a mi lado. Huele…

A el cuero. A gel de baño almizclado. Debe haberse duchado, entonces. Anoche era… lluvia, árboles, leña y sudor. Olía al bosque. El calor se reúne entre mis piernas al recordarlo.

Sacudo la cabeza. *Por el amor de Dios.*

—Deja el jugo fuera —le digo. Pero no me escucha.

Se da la vuelta como si no me escuchara y toma el jugo, metiéndolo de nuevo en el refrigerador.

—¿Te gusta el arándano? —pregunto—. ¿Dulce de leche?

Me importa una mierda lo que le guste. Solo quiero que me haga subir y hacer la maleta.

—¿Trozos de chocolate? —Sigo adelante, presionándonos a ambos—. ¿Calabaza? ¿Cereal?

Coge su vaso de jugo de naranja y se acerca a la mesa, bebiéndolo como si yo no existiera.

Aprieto mi puño alrededor de la espátula mientras les doy la vuelta a los panqueques, respirando fuerte por la nariz.

—¿Cuántos quieres? —sigo de forma monótona—. ¿Tres? ¿Cuatro?

Miro para ver si asiente o sacude la cabeza o levanta los dedos para decirme cuántos quiere, pero deja el vaso sobre la mesa y saca una silla.

Desconecto el enchufe de la plancha y añado los panqueques nuevos a la pila del plato, agarrando el jarabe y los tenedores. La puerta principal se abre y el suelo cruje con los pasos de Jake y Noah. ¿Cómo saben cuándo está listo el desayuno?

Llevo los panqueques a la mesa, poniendo el plato en el medio mientras Noah agarra un vaso de leche y Jake se lava las manos. Ambos inmediatamente van a la mesa.

El vapor de los panqueques de arándanos se eleva en el aire mientras los chicos se sientan, y me giro para recoger los platos de la isla; mi ira sigue aumentando.

Coloco un plato delante de Jake, otro delante de Noah, y el último delante de mí, sintiendo los ojos de Kaleb sobre mí, porque no le di uno.

No cocino para ti.

Noah y Jake deben darse cuenta de que algo está pasando porque dejan de moverse. Levanto la mirada, viendo sus ojos moverse entre Kaleb y yo, y sé que Noah puede entender la tensión entre nosotros, pero no sé si Jake lo sabe todavía. Noah probablemente no hablara sobre lo de anoche por miedo a meter a su hermano en problemas.

Sin embargo, sin pestañear, Kaleb toma el plato de tortitas en medio de la mesa, le da tres a Jake, tres a Noah, y luego se detiene un momento, sosteniendo mi mirada, antes de dejar caer el plato de

nuevo sobre la mesa, justo delante de sí mismo y tomar el resto de las tortitas. Recoge el jarabe y lo vierte en su pila sin dejar nada para mí.

Imbécil.

Noah se aclara la garganta pero puedo oír la risa mientras Jake suspira, toma su plato y lo deja delante de mí. Al llegar a la isla, agarra otro y usa su tenedor para coger un par de tortitas del sobrecargado plato de Kaleb.

—Veo que ya se han conocido —se queja Jake.

Pero nadie responde cuando los chicos empiezan a comer.

—Esto tiene buen aspecto, Tiernan —dice Jake, tratando de aliviar la tensión—. Los panqueques de arándanos son lo único que tu padre y yo…

—No me importa —escupo, y aparto el plato.

Todo el mundo se calla, y me levanto y agarro una manzana de la cesta de frutas. Dando un mordisco, me acerco para llenar mi botella de agua del refrigerador.

Sé que estoy siendo grosera, y lo siento.

Tal vez vaya a dar una caminata. Estirar las piernas, darles un poco de espacio.

La cocina está tranquila unos momentos más, pero escucho a Noah hablar.

—Voy a terminar la motocicleta de Lawrence hoy —le dice a su padre, supongo—. Los chicos van a venir. Voy a llevarla a Ransom's Run. A probarla.

—No tomes todo el día —le dice Jake, y su tono es un poco más fuerte ahora—. Tenemos más trabajo que hacer.

Su paciencia de hace un momento ha desaparecido, y sé que lo he hecho enfadar.

Miro y veo que se vuelve hacia Kaleb mientras apuñala su plato con el tenedor.

—Y no desaparezcas tú tampoco —le ordena a su hijo mayor.

Todos los hombres se callan, apurando su desayuno, y la tensión en la habitación es ahora más espesa que el barro.

Vuelvo a poner la tapa y me preparo para dejarles los platos a ellos pero, cuando me doy la vuelta para irme, veo a Kaleb

mirándome otra vez. Excepto que sus ojos están en mis piernas.

Llevo pantalones vaqueros cortos, no mucho, y una camisa de franela abotonada hasta el cuello.

Dirijo mi mirada alrededor de la mesa, fijándome que llevo más ropa que cualquiera de ellos. Jake y Kaleb no llevan camisa, y la camiseta de Noah tiene los lados recortados, dejando ver el suave y bronceado pecho que hay debajo.

El cabello negro de Kaleb contra su cara besada por el sol.

Los hombros tonificados de Jake y su estrecha cintura. Las venas de los antebrazos de Noah y…

Me enderezo, trago y me doy la vuelta, saliendo rápidamente de la habitación.

Tengo que salir de aquí.

Piso el acelerador y llevo la camioneta por el camino hasta llegar a la cima de la pendiente, sintiendo la grava debajo de mí. Apagando el motor, tomo los guantes de trabajo del asiento del pasajero y salgo de la camioneta, dirigiéndome a la parte trasera mientras me los pongo.

—¿Encontraste bien el camino? —Jake se acerca, dejando caer el portón trasero para mí.

Asiento.

—¿Fueron los chicos de ayuda?

—Sí.

Los dos nos subimos a la cama de la camioneta para empezar a descargar el heno.

Después de desayunar, me pidió que fuera al pueblo a recoger unos fardos de heno y acepté con gusto una vez que supe que podía ir por mi cuenta. Un poco de aire. Un poco de espacio. Era tan bueno como una caminata y, oye, pude ir a mi primera tienda Tack & Feed. Afortunadamente no tenía estantes con revistas a la venta, así que pude evitar las noticias de casa.

La música y las risas vienen del garaje y miro, viendo un grupo de motos estacionadas a un lado. Deben ser los amigos de los que

hablaba Noah cuando dijo que iba a sacar la moto hoy.

Un par de mujeres están cerca mientras otras hablan en el garaje, y las veo con sus vaqueros y camisetas de verano, alegres y sonriendo.

¿Cuánto tiempo más será el clima lo suficientemente bueno para andar en motocicleta? Parece divertido.

Jake y yo descargamos el heno, agarramos los cables y llevamos cada bala al establo. Una de las chicas sonríe cuando paso. Ninguna de ellas lleva maquillaje, ni manicuras elegantes, ni ropa con estilo, pero no lo necesitan. Son guapas, vestidas para jugar y, por un momento, quiero ser una de ellas.

Cargo un fardo al granero y lo llevo a un puesto. ¿Va Kaleb con ellos?

¿Cómo se lleva bien con amigos sin hablar? ¿Tiene amigos? Si es así siendo mudo, ¿te imaginas lo que saldría de su boca si hablara?

Sacudo la cabeza. La curiosidad se arremolina en mi mente sobre lo que le pasó a los cuatro años que le hiciera dejar de hablar, pero alejo el pensamiento. Todos tenemos problemas.

—Quiero oírte —jadea alguien.

Voy más despacio cuando llego al puesto.

—Muéstrame lo que quieres que haga —susurra ella. Casi se me cae el heno.

Su voz es apenas audible, tan suave como si estuviera colgando de un hilo.

Dejo el heno, dando un paso atrás. Podría ser cualquiera. Hay mucha gente aquí ahora mismo, y no quiero avergonzarme. Lentamente, me retiro.

Pero entonces oigo un gruñido, el arrastre del heno y un pequeño grito. Me detengo.

—Voy a hacerte gemir —le dice—. Te va a gustar mucho.

No sé por qué, pero doy un suave paso adelante. Siguiendo los sonidos hasta el puesto lejano al final del establo, llego a la puerta con la mitad superior parcialmente abierta y vuelvo a escuchar atentamente.

—Vamos… —gime ella.

Aguanto la respiración y miro a través de la grieta de la puerta. La piel y las manos llenan mi vista mientras él pasa sus dedos por su largo cabello negro, y ella se arrodilla entre sus piernas y le chupa la…

Aparto la mirada un segundo y el calor sube a mis mejillas.

Pero sus suaves y pequeños quejidos vuelven a llamar mi atención.

Su cabeza se mueve sobre él, sus manos suben por sus muslos cubiertos de tela vaquera y agarran su cinturón, bajándole más los pantalones, de modo que veo sus caderas y la curva de su trasero.

No puedo ver su cara, y no puedo ver lo que le está haciendo, pero lo sé.

Subo la mirada, examinando sus músculos, su piel, brillante con el sudor, y antes de llegar a su cara, sé quién es.

Kaleb tiene la cabeza reclinada, los ojos cerrados, y respira con fuerza mientras tira del cabello de ella, forzándola a subir y bajar sobre su polla. Los músculos de sus antebrazos se flexionan y su cabello casi cuelga de sus ojos, pero le miro a la cara, con la mujer olvidada. El sudor humedece las puntas de su cabello, pegado a su piel, y sus labios se tensan periódicamente, porque…

Le gusta. La oigo gemir, incluso con él en la boca, y él la baja otra vez mientras frunce el ceño.

Y entonces sus ojos se abren.

Su cabeza se inclina de nuevo hacia adelante, y su mirada me clava en el lugar a través de la grieta como si supiera que estaba aquí todo el tiempo.

Mierda.

Dejo de respirar otra vez. Mi cuerpo se tensa, y la vergüenza me quema la piel, pero él empieza a moverse más rápido, ahora empujando dentro de su boca mientras sus ojos hacen un agujero a través de mí.

Mi boca se abre, porque es lo único que se mueve. Ya ni siquiera la veo cuando se inclina hacia ella, una mano aún en el cabello y otra agarrada a un aparador mientras le folla la boca. Sus caderas se mueven cada vez más rápido, sus ojos me perforan de repente como lo hicieron anoche cuando me empujó contra la pared y me olió.

Una gota de sudor cae en mi estómago bajo mi camisa, y casi me encuentro empezando a moverme con él, en trance.

Me inclino hacia la puerta, absorbiendo los pocos centímetros que me quedan.

Ella gime, él y yo nos miramos fijamente, y todo lo que veo es cómo se habría movido conmigo anoche.

Si no lo hubiera detenido.

Pero entonces un gemido se escapa, y no me doy cuenta de que salió de mí hasta que veo la esquina de su boca doblarse con una sonrisa. Tomo un aliento, y finalmente me doy cuenta de qué demonios estoy haciendo.

Joder. Me doy la vuelta, pongo la mano sobre mi boca y cierro los ojos. Mierda.

Detrás de mí, lo oigo gruñir en voz baja, y luego silba, con una respiración rápida y pesada que entra y sale de sus pulmones mientras me apoyo en mi lugar, escuchándole llegar.

Me estremezco, ella gime, y corro, saliendo del establo hacia el aire de la mañana.

¿Por qué lo hice? ¿Qué demonios estaba haciendo? Una ligera capa de sudor cubre mi espalda, y desearía tener una camiseta sin mangas debajo de esto para poder quitarme la de manga larga.

Es malvado. Jake tenía razón. Él y Noah no son nada comparado con eso.

Y apuesto a que lo disfruta, cosechando todos los beneficios de jugar a ser el alma misteriosa y torturada que no habla pero es seductor y dulce, porque las mujeres quieren salvarlo.

No me importa lo que le pasara cuando tenía cuatro años.

Y no hice nada malo. Escuché un grito. Fui a mirar. El shock me impidió moverme una vez que vi lo que era. Eso es todo.

Me quito la gorra de Noah y le doy la vuelta, con el pico protegiéndome del sol mientras me dirijo a la camioneta, donde Jake estaba barriendo la parte trasera.

—¡Oye, Tiernan! —escucho a Noah llamarme.

Me pongo tensa, preguntándome si me vio observando a su hermano. Dándome la vuelta, veo a todo el mundo subiéndose a sus

motos, con las dos chicas que vi antes subiéndose a otras, y a Noah sonriendo desde la suya.

Levanto las cejas.

—¿Quieres venir con nosotros? —pregunta.

Miro detrás de él, reconociendo al tipo del pueblo de ayer.

Terrance. El que aparentemente no le cae bien, pero supongo que se mueven en los mismos círculos, y es un pueblo pequeño, así que… Se pone el casco, con una sonrisa en los ojos mientras me mira.

Miro a Jake para buscar una salida.

Salta de la camioneta, sacudiendo su barbilla hacia mí.

—Tengo que ir al pueblo de todos modos. Adelante —me dice —. Diviértete, pero quédate con Noah.

Mi estómago se hunde. No me gusta estar cerca de gente que no conozco. No me gusta estar rodeada de gente.

Pero, cuando me doy la vuelta, veo a Kaleb saliendo de los establos, poniéndose la camisa con la chica que tenía en el establo siguiéndole.

La chica de la tienda de ayer. La que trató de meterse en mi espacio personal.

La miro fijamente: vaqueros ajustados, camiseta verde holgada, cabello largo y negro, y un ladrillo se sienta en mi estómago.

—Vamos. —Noah me tiende un casco—. Monta conmigo.

Y, por alguna razón, ahora quiero hacerlo. Mis pies se mueven sin pensar.

Camino hacia Noah, encontrándome con los ojos de Terrance Holcomb durante un momento al pasar.

Pero, tan pronto como me detengo en la moto de Noah, doy la vuelta a mi gorra y tomo el casco, otra mano sale disparada y lo aparta antes de que pueda llegar a él.

Levanto la mirada, viendo a Kaleb. Sólo vacila un momento, mirándome fijamente antes de tirar el casco al suelo y alejarlo de mí. Tomándome del brazo, me aparta de las motocicletas, y tropiezo y me enderezo justo a tiempo mientras él camina hacia mí, forzándome a retroceder.

Mi corazón golpea en mi pecho mientras me mira, y luego sacude la barbilla hacia la casa. No tiene que decir una palabra para que sepa que me está ordenando que entre.

Lejos de ellos. Lejos de él.

—Kaleb —escucho a Noah regañarle.

Pero las risitas y resoplidos se esparcen por el grupo y, a pesar de la punzada de ira que siento, mis ojos empiezan a arder.

Entra. Me mira, sacudiendo su barbilla de nuevo. *Entra*. *No vas a ir.*

Jake está en la parte trasera de la camioneta, de repente se da cuenta de que algo está pasando, y aprieto la mandíbula para luchar contra las lágrimas. De repente, no quiero más que estar lejos. Donde no me puedan ver, mirar u odiar.

—No, está bien —le digo en voz baja a Noah, ahogándome con las lágrimas de mi garganta.

Y me alejo, regresando hacia la casa.

—Tiernan —llama Jake. Pero le interrumpo.

—No quería ir, de todos modos —le digo, con los ojos llorosos. Suena aburrido.

Subo las escaleras y entro en la casa, escucho el rugir de los motores y, después de un momento, su zumbido se aleja.

Me dirijo a la escalera, pero me detengo en medio de la sala, dándome cuenta de que tampoco hay nada ahí arriba para mí. Otra puerta cerrada. Otro lugar donde esconderme. Otra habitación donde pasar el tiempo hasta que agacho la mirada, y las lágrimas me pican en los ojos.

Hasta que no tenga que preocuparme de que me vean.

Me tiembla la barbilla y cae una lágrima. La aparto.

No quiero pensar, porque entonces estaré jodidamente sola, y eso es todo lo que soy.

La camioneta hace ruido afuera y cierro los ojos, pensando que debería estar aliviada de que mi tío también se vaya. Debería estar agradecida de que no haya venido a buscarme. Ninguno de los dos somos de los que tienen conversaciones profundas, ¿verdad?

Me está dando espacio.

Pero se va, el sonido de su motor desaparece en la carretera, y me quedo ahí menos de un minuto antes de subir y abrir la puerta de mi habitación.

Evito mi maleta, todavía vacía en el suelo, y agarro mi mochila, compruebo que mi pequeño botiquín de primeros auxilios esté dentro y agarro mi protector solar, metiéndolo en el bolsillo delantero. Desconectando el teléfono del cargador, salgo de la habitación y bajo las escaleras, lleno una botella de agua y preparo algunos bocadillos.

Camino hacia la puerta principal, pero luego me detengo, recordando. Protección.

Vuelvo a la cocina y abro la puerta del garaje, bajo las escaleras y miro la fila de rifles en el estante.

Desearía no tener que cargar uno. Parecería una idiota o una terrorista caminando por Ventura con un arma de fuego colgada al hombro. Pero mi tío tiene razón. Esto no es la ciudad. Podría tener problemas.

Me muerdo los labios, no tengo ni idea de lo que estoy mirando. No sé si es precisa o fácil de usar, así que tomo la que sé usar y abro el cajón de abajo, buscando las balas. Cargando el arma, coloco la correa del rifle sobre mi hombro.

Rápidamente, reviso las herramientas de mi tío, encuentro una linterna y luego agarro una toalla limpia de la cesta encima de la secadora. Pongo todo en mi mochila, la cierro y tiro de ella, lista para salir.

Saliendo de la tienda y dándole la vuelta a la casa, me dirijo al bosque, subiendo la empinada cuesta por la que Jake me llevó a caballo el otro día. Creo que recuerdo el camino. Es un camino recto alrededor de algunas rocas, y luego sigo adelante, adentrándome en los árboles. Debería haber un camino desgastado… creo.

Debería enviarle un mensaje a mi tío y hacerle saber adónde voy.

Pero, en vez de eso, mantengo mi teléfono escondido en mi bolsillo.

Al llegar a la cima de la colina, sigo el sendero alrededor de algunas rocas, manteniendo los ojos abiertos y los oídos atentos pero, después de unos minutos, el dolor de cabeza que siempre

parezco tener en la nuca se desvanece, y respiro profundamente, oliendo las agujas de los árboles de hojas siempre verde y la tierra húmeda bajo mis zapatos.

Tal vez debería regresar y ponerme las viejas botas de Noah que me prestó ayer, pero no me importa que mis zapatillas tengan cero agarre ahora mismo. Mi estómago se está desanudando, y todo lo que puedo oír es el crujido de los árboles y el agua, que viene de alguna parte.

Después de un tiempo, ya no presto atención a lo que me rodea. Sigo el sendero que no estoy segura de que sea un sendero real, pero serpentea a través de los árboles, guiándome más profundamente hacia la tranquilidad y la soledad, y miro a lo lejos para ver si puedo ver el pico en la distancia. Pero es demasiado frondoso.

Me quito la gorra de Noah y sacudo mis rizos; el viento se siente bien en mi cuero cabelludo y me despeja la cabeza. Cierro los ojos.

Pero, de repente, escucho una roca caer detrás de mí, rebotando en una roca o algo así, y me asusto, examinando el bosque por el que acabo de pasar.

El pulso en mi cuello palpita mientras la luz del sol atraviesa los árboles hasta el suelo del bosque y centro mis ojos, tratando de ver por de los troncos y las rocas. Extiendo la mano, agarrando la culata del rifle.

Si es un animal, no lo veré hasta que él quiera. Trago, tratando de ver algo.

Pero no hay nada. No hay movimiento.

Me quedo quieta unos momentos más, asegurándome de que no haya nada, y me doy la vuelta, mirando de vez en cuando por encima del hombro y manteniendo los ojos abiertos por si acaso. Probablemente no sea nada. Los árboles caen, las rocas caen, los animales se mueven…

Llego a la cima de otra pendiente empinada, el terreno se nivela, y miro el sendero que hay delante, tratando de recordar cuánto falta.

Pero entonces miro a la izquierda, mirando de nuevo, y lo veo. Sonrío. Sonrío de verdad.

Me dirijo al estanque que Jake y yo pasamos el otro día, aliviada de no haberme perdido. Bajo por las rocas y llego a la pequeña playa, y miro las paredes de roca que rodean el agua. El exuberante follaje abraza los lados y los árboles se elevan por encima, pero hay suficiente luz solar para brillar sobre las aguas tranquilas.

Está vacío. Sin gente, sin ruido, y el calor del sol se siente bien.

Debato un momento si debo desnudarme, mirando a mi alrededor como si alguien estuviera mirando, pero decido dejarme la ropa puesta. O la mayoría de ella.

Dejo el rifle y dejo caer mi mochila antes de desabrocharme la camisa de Noah. Con un sujetador deportivo debajo, me quito la camisa y la dejo caer al suelo con mi sombrero, e inicio mi lista de reproducción Spotify en mi teléfono y lo coloco en el suelo antes de entrar al agua con las zapatillas puestas. Me secaré en el camino de vuelta. Preferiría no estar en ropa interior por si alguien aparece. O sin zapatos si lo hace un animal.

Camino y luego salgo disparada, con "Look Back at It" sonando mientras nado hacia el medio del pequeño estanque. Otra sonrisa que no puedo contener se extiende por mi cara.

Con esto me siento bien. El agua fría me da escalofríos en el cuerpo, dándome una repentina explosión de energía, y me sumerjo y luego vuelvo a subir, con el cabello ya empapado y brillante.

Acostada, floto; la ingravidez y el agua en mis oídos me hacen sentir sola.

Pero por una vez no me siento sola.

Deslizo mis dedos bajo el agua, con mi cabello flotando a mi alrededor, y vuelvo a sonreír, porque es la primera vez desde que estoy aquí que el mundo parece como un gran lugar. Ayuda ir al exterior. Perderse un poco.

Siempre lo olvido.

Un leve estruendo golpea mis oídos y levanto la cabeza, flotando en el agua mientras veo una moto de cross llegar a la playa.

El agua cae por mi rostro y mi cuerpo se tensa. ¿Quién es ese?

Él se quita el casco, y una cabeza rubia oscura salta a la vista mientras su cabello aparece, un poco desordenado, y me lleva

menos de un segundo reconocer a Terrance Holcomb. A quien aún no he conocido.

—Hola —grita, bajándose de su motocicleta.

No respondo. ¿Qué está haciendo aquí? Miro y escucho. ¿Van a venir todos?

Se dirige al agua, se quita las botas y los calcetines, y me doy cuenta de que viene. Con los vaqueros puestos entra en el estanque, se quita la camisa y la tira a las rocas.

Se agacha y toma un poco de agua, salpicándose la cara, pasándosela por el cabello y por la nuca, y mojándose el pecho.

Me encantan los tatuajes tribales. *Me pregunto a qué tribu pertenece*. Casi resoplo.

Inclina su barbilla hacia mí.

—¿Cómo está el agua?

—Fría.

Se zambulle, sumergiéndose completamente y dirigiéndose directamente hacia mí. Aparece, salpicando y alisándose el cabello hacia atrás, sonriendo.

Empiezo a moverme a un lado para poder nadar alrededor de él y salir.

—Relájate —me dice—. No todo lo que tiene un pene es una amenaza.

—Lo que es exactamente lo que diría alguien con un pene.

—Tú eres Tiernan, ¿verdad? —dice. Y entonces se da un golpe en la cabeza—. Terrance Holcomb.

Hago una pausa, flotando en el agua.

—Creí que todos iban a montar en motocicleta. —Él sonríe.

—Ellos fueron a montar. Yo hui.

—Me has seguido.

Debió oírme decir que quería ir de excursión cuando estábamos todos en casa y adivinó que acabaría aquí. Empiezo a nadar hacia la orilla.

—Si te vas —dice—, no sé si podré volver a tenerte a solas.

Giro la cabeza, mirándolo.

—Son muy protectores con su propiedad.

Me detengo y lo enfrento, con mis pies tocando el suelo ahora.

—No soy su propiedad.

—Todo lo en su propiedad es de su propiedad. —Me rodea, con el agua subiendo hasta nuestros hombros—. Aquí arriba viven con reglas diferentes, Tiernan.

Por mucho que me gustaría discutir con él, creo que Jake, Noah y Kaleb estarían de acuerdo con él. Jake me advirtió sobre los tipos locales. Kaleb me envía de vuelta a la casa en lugar de dejarme unirme a ellos en las motos. Noah y su posesividad en el pueblo ayer.

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunto, cambiando de tema.

—Eres el nuevo y brillante juguete de Chapel Peak —me dice—. Sólo te estoy mirando.

Levanto las cejas.

—Sí, eso sonó más cursi de lo que pensé —murmura—. Lo siento.

—¿Por qué? —respondo—. Los juguetes son para jugar.

Su boca se abre y nos miramos fijamente mientras las cargadas palabras cuelgan entre nosotros.

Y entonces, como si fuera una señal, ambos comenzamos a reírnos al mismo tiempo.

—Eso era extra cursi —bromea.

Sí.

Pero tu pareciste un poco esperanzado un segundo.

Ninguno de los dos hace un movimiento para salir, solo continuando flotando en el agua y dando vueltas sobre el otro lentamente.

—¿Has visto algún cocodrilo? —pregunta. Entrecierro los ojos.

—¿Eh?

—En el estanque —explica—. Tenemos algunos aquí, ¿sabes?

¿Oh?

—No, en realidad, se fueron —le digo—. Aunque vi algunos unicornios. Se ríe, sabiendo que necesitará más que eso para molestarme.

—Muy bien —dice—. Mi ex se creyó totalmente esa. Era tan tonta que pensó que el Distrito de Columbia era un nuevo estado.

Deslizo mis manos a través del agua, con mi cuerpo a la deriva en el estanque, y él se acerca cada vez más.

Sus ojos se acercan, intensos mientras me miran con calma, y mi estómago da vueltas. Sé lo que quiere. ¿Se sentirá como Kaleb?

—¿Tienes novio? —pregunta, con su voz profunda casi un susurro.

—¿Te importa? —Él sonríe.

—Creo que necesitas uno.

Por favor. A juzgar por su mirada, no le importaría que estuviera casada.

Y no estoy buscando apegarme. Tal vez los Van der Bergs tengan razón en cómo viven. Consiguen lo que necesitan cuando lo necesitan, y no tienen que rendir cuentas, porque bien podrían vivir en el lado lejano de la luna durante seis meses al año. Ninguna mujer, ninguna persona cuerda, quiere esa vida. Una situación perfecta para ellos.

Tal vez para mí también.

—Van a la ciudad todos los viernes por la noche —me dice Terrance, acercándose cada vez más—. Para divertirse un poco. Sonrío para mí. No necesitan ir a la ciudad para eso. El pueblo viene a ellos.

—Siempre se llevan a las más bonitas, también —continúa—. Hasta ahora. La más bonita la guardarán en casa y para ellos mismos, ¿no?

Estoy tensa. Se acerca, pero no me alejo.

—¿Y si yo subiera aquí el viernes por la noche cuando estés sola? —dice bajo—. ¿Me dejarías entrar en la casa?

Su cuerpo está muy cerca, y meto mis manos en el agua, porque hay un dolor en la parte baja de mi vientre que no se va, y tal vez debería actuar. Tal vez debería hacer algo que nunca haría, porque quiero sentir y porque el dolor ha estado ahí desde mi primera mañana aquí y la cabalgata.

—¿Quieres divertirte un poco por tu cuenta? —se burla Terrance.

Trago, dejando que mi imaginación vague durante una fracción de segundo. Podríamos hacerlo ahora, supongo. Aquí mismo, en la

playa. Probablemente durante horas antes de que alguien viniera a buscarme.

Los chicos se divierten. ¿Por qué no debería hacerlo yo?

Nunca veré a este hombre después de que me vaya, de todos modos.

Nada hacia mí, haciéndome retroceder, y choca conmigo. Cuando el agua me llega hasta la cintura, me rodea con un brazo y me empuja.

Pongo mis manos contra su pecho. No.

Su mirada baja, y sonríe ante lo que ve, y yo bajo la mirada, fijándome mis pechos visibles a través de mi húmedo sostén, mis pezones duros, pequeños puntos.

Levanto los brazos, cubriéndome.

A diferencia de anoche, cuando ni siquiera pude invocar la voluntad de detener la boca de Kaleb.

Terrance me toma la cara y me atrae pero, antes de que pueda alejarme, las motos zumban desde algún lugar en los árboles, y ambos sacudimos nuestras cabezas hacia el sonido.

Kaleb y Noah corren y se detienen justo encima de las rocas; Noah inmediatamente saca con el pie la pata de la moto y salta.

—¡Sal de ahí! —me gruñe—. ¡Ahora!

Noah se dirige hacia mí, y miro, viendo a Kaleb bajarse de su motocicleta con…

¿Un… arma?

¿Está de joda?

Kaleb está de pie junto a su motocicleta, mirando a Terrance con la cabeza inclinada y su expresión tranquila. Una escopeta cuelga casualmente a su lado en su mano.

Una escopeta. Están todos locos.

Salgo del estanque, empapada mientras agarro mi mochila y mi camisa del suelo. Pero, cuando me lanzo a buscar el rifle, Noah lo agarra y me toma de la muñeca, tirando de mí hacia él. Me tropiezo con las rocas.

—Dios todopoderoso —se queja Terrance detrás de mí, y miro atrás para verlo salir del agua con los brazos extendidos a los lados como desafío a mis primos—. ¿Qué vas a hacer con eso, Kaleb? ¿Eh?

Sonríe mientras Kaleb carga una bala. Mierda.

Noah me lleva a su motocicleta para que me suba detrás de él.

—Súbete, ahora.

Pero Terrance carga de nuevo, y dudo.

—No van a ser capaz de mantenerla para sí —les dice a Kaleb y a Noah—. Es la cosa más bonita que hemos visto en mucho tiempo, y estoy tratando de entrar ahí antes de que todos los perros empiecen a ladrar frente a su puerta por un pedazo.

Hago una mueca, y Kaleb carga su arma.

—¡Ahora, Tiernan! —ladra Noah.

Y me subo, sosteniendo mi mochila y mi camisa con una mano y agarrando a Noah con la otra.

Noah arranca la motocicleta y da la vuelta mientras escucho la voz de Terrance detrás de mí.

—Hasta pronto, Tiernan.

Y Noah sale a la carrera, llevándonos de vuelta a la montaña.

Pero, mientras nos alejamos, miro detrás de mí una vez más y veo a Kaleb todavía en el mismo lugar. Mirando a Terrance mientras sostiene el arma a su lado.

Tiernan

Volvemos a la casa, Noah se detiene chirriando junto a la camioneta de su padre. Choco con él cuando la rueda trasera se levanta del suelo.

¿Qué demonios les pasa? Tan pronto como la motocicleta se estabiliza, salto para bajarme y me dirijo a la casa.

Pero Noah va rápido detrás de mí, agarrando mi muñeca nuevamente. Me alejo bruscamente.

—Ni te me acerques.

—¿Dónde estabas? —exige Jake, caminando hacia nosotros.

Pero sigo caminando, volviendo a ponerme la camisa de franela para cubrirme.

—Necesito darme una ducha. No hice nada malo.

Sin embargo, Jake no me deja pasar. Agarra la parte superior de mi brazo, exigiendo una respuesta.

—Necesito una ducha —le digo de nuevo, girándome lentamente para soltarme de su agarre.

Se cierne sobre mí y lo miro.

—¿Qué demonios habría pasado si no te hubiéramos encontrado? —dice Noah bruscamente.

—¿Qué crees que habría pasado?

—Ambos parecía muy cercanos —señala. Luego mira a su padre —: Estaba en el lago con Holcomb.

—Te dije que te mantuvieras alejada de los chicos locales —me dice Jake.

Sacudo la cabeza, con mi mochila apretada en mi puño.

—Fui a caminar —explico con voz dura—. No lo invité. Apareció ¿Terminamos?

Y luego miro a Noah.

—¿En serio, Kaleb y la escopeta? ¿En serio?

Me doy vuelta, caminando hacia la casa otra vez.

—¡Dejaste el rifle en la playa! —me gruñe Noah—. Te dejaste desprotegida.

—¿Qué crees que iba a hacer? —pregunto, dando vueltas—. ¿Atacarme?

La mandíbula de Noah se flexiona y no puedo evitarlo.

—Puede que no haya tenido que hacerlo —digo, poniéndome la mochila sobre el hombro—. Me estaba gustando.

Avanza como si fuera a venir detrás por mí, pero Jake extiende las manos y lo detiene, conteniéndolo. Casi sonrío.

Mi tío se da vuelta, su paciencia ha desaparecido.

—Ve a darte tu ducha —me ordena.

Me doy la vuelta y subo las escaleras, oyendo el grito de Noah detrás de mí:

—Aquí eres una Van der Berg —vocifera—. Si le dejas a ese imbécil tocarte, juro por Dios que me aseguraré de que no te sientes durante una semana.

Noah.

El tranquilo, agradable y siempre feliz Noah. Qué sorpresa. Y qué idiota.

La yegua cambia su peso de pie mientras cepillo su pelaje de color óxido. Es mecánico, como cocinar, me ayuda a pensar. Los movimientos largos y suaves. Mis auriculares están puestos, pero no suena música, porque olvidé encender mi lista de reproducción cuando entré al granero hace una hora.

Cepillo con una mano y la sigo con un movimiento de la otra, prestando mucha atención a la chica. Me gustan los animales.

Y Colorado. En realidad hoy fue agradable. Salir al bosque.

Ni siquiera fue tan malo cuando apareció Holcomb. Por supuesto que fue un idiota. No estaba delirando. Me follaría y presumiría y nunca volvería a hablarme a menos que quisiera más, pero… No lo sé.

Bromeó conmigo y yo le respondí a las bromas. No había ilusión sobre lo que quería. No tuve que jugar o fingir.

Y una parte de mí quería que fuera así de fácil. No necesitar conexión. Sí, estuve tentada.

No puedo hablar bien o decir las cosas correctas, pero tal vez pueda ser amable, dulce y feliz en la cama. Tal vez podría ser encantadora allí.

Mis ojos pican por las lágrimas, pero parpadeo para apartarlas mientras cepillo la melena de Shawnee.

Me odian, me odio y los odio.

No, me detengo y pienso, no los odio. Pero sé que fracasaré. No puedo conectarme.

Dejando el establo, arrojo el cepillo sobre la mesa con las otras herramientas de aseo y camino de regreso hacia la casa, a través de la tienda. Me quito las lodosas botas de lluvia pero me quedo con mi sudadera negra puesta mientras abro la puerta de la cocina y entro. La tarde se está enfriando y siento la lluvia en el ambiente.

Escucho un siseo cuando entro.

—Ese maldito idiota…

Me giro para cerrar la puerta, pero echo un rápido vistazo. Kaleb está plantado en la mesa, con la nariz ensangrentada y su padre tratando de limpiarlo, pero le arrebata el trapo de la mano a su padre y se lo lleva a la nariz. Sus labios se fruncen en un gruñido.

¿Le hizo eso Terrance Holcomb? Estaba un poco preocupada por la escopeta que tenía Kaleb, pero sospechaba que todo era para amedrentar. No había policías ahí, después de todo.

Noah abre y cierra el refrigerador, sacando una bolsa de hielo, y camino por la cocina hacia las escaleras.

—Comienza con la cena —me dice Jake cuando paso.

—No tengo hambre.

—Nosotros sí —gruñe.

Me detengo y giro la cabeza, con los dos cernidos alrededor de Kaleb, y me fijo la variedad de otros rasguños, la suciedad y sangre en su mandíbula, hombro y cadera. Una punzada de culpa me golpea, el otro tipo probablemente tenga peor aspecto, pero nunca le pedí a Kaleb que hiciera esto por mí.

—Ese no es mi problema —respondo, mirando a mi tío—. Si quieres una sirvienta, contrata una.

Él niega con la cabeza.

—Y, dado que no haré lo que me dicen —agrego—, envíame a casa.

No pertenezco aquí. Por eso estoy mejor sola. No tengo que sentir todas estas cosas todo el tiempo. Pena, vergüenza, culpa… Si no te expones, no te duele.

Noah y Jake solo se quedan allí un momento y miro a Kaleb, incapaz de detenerme.

—No me siento mal por ti un poco —le digo—. Obtuviste lo que merecías, porque me usaste como una excusa para comenzar una pelea. No estabas defendiendo mi honor.

Me mira furioso.

—Como cualquier macho troglodita, te mueres por golpear algo. Lo disfrutaste.

Salta de la mesa y me reta con los ojos mientras da un par de pasos hacia adelante como si fuera a venir hacia mí.

Pero Jake avanza primero.

—No nos conoces —afirma—. No vienes aquí y a faltarle al respeto a mi casa.

—He estado aquí tres días y me han intimidado, amenazado y se han burlado de mí. Han actuado como matones —les digo—. ¿No es esto lo que querías? ¿Que gritara? ¿Que peleara? ¿No es eso lo que dijiste?

—Dije que te beneficiarías de algún tiempo aquí, ¡y tenía razón! — contraataca Jake—. No tienes idea de cómo trabajar dentro de una unidad. Ser parte de un equipo. De una familia.

Él avanza y yo regreso a la sala de estar mientras él cierra la distancia entre nosotros.

—Déjame educarte, niña —gruñe—. Tú eres la niña. Yo soy el adulto Haces lo que te dicen y no hay problema. Ese sistema funciona para nosotros. —Se cierne sobre mí—. ¡Haz. Lo. Que. Se. Te Dice!

Me encojo un segundo, pero luego sacudo la cabeza, murmurando:

—Eres imposible.

—Y tú eres una malcriada.

Dejo caer la cabeza, cerrando los ojos fuertemente contra su ataque. Nunca me han gritado antes. Jamás. Ese hecho se me ocurre, y mis manos tiemblan.

Es degradante. Me siento como una mierda

—No hay sirvientas aquí —continúa—. No hay mayordomos.

Mi espalda golpea la pared mientras aprieto los dientes y la ira arde en mi estómago.

—No hay asistentes para limpiar tu maldito trasero. ¡No hay acceso fácil a tu psiquiatra para obtener las píldoras que necesita para mitigar el dolor de lo superficial que es tu vida! —continúa.

—¡No me eches a mí la culpa! —grito, finalmente mirándolo y respondiéndole—. ¡Tus problemas con mi familia no son mi problema!

¿Qué me importan las criadas, los mayordomos o las píldoras? Está metiendo su mierda personal en esto.

—¿Te pasa algo? —responde—. ¿Te importa una mierda cualquiera que no seas tú misma? No nos haces preguntas sobre nuestras vidas. Apenas comes con nosotros. No te sientas con nosotros. ¡No tienes interés en lo que somos!

—¡Porque siempre estoy en la cocina! —Me acerco a él de golpe, y mi pecho casi roza el suyo.

—Eres una niñata —exhala, hirviendo—. ¡Una niñata egoísta, esnob y egocéntrica!

—No lo soy. Solo soy…

Me detengo, frunciendo el ceño y apartando la mirada. Maldita sea.

Maldito sea. No soy una niñata. Soy…

—¿Eres qué? —exige—. ¿Qué es lo que eres?

No soy una niñata. Las lágrimas me queman los ojos, y mi barbilla tiembla. No me importa el lujo. O el dinero. No soy antipática porque vivan aquí y de forma diferente. No es eso. Nada más quiero…

—¿Qué? —grita de nuevo—. Ahora estás muy callada, ¿no?

—Papá… —dice Noah en algún lugar de la cocina.

Pero no puedo mirarlo. Mi tío me agobia, y no puedo evitar que las lágrimas se acumulen.

—No…

Trago, no tengo idea de qué decir. Ni idea de cuál es mi problema. Tiene razón, ¿verdad? Cualquier persona normal y educada sería capaz de conversar de manera informal. Hablar de cosas banales. Hacerles preguntas. Sonreír, bromear…

Sacudo la cabeza, más para mí que para él, murmurando:

—No estoy acostumbrada a…

—¿A qué? —dice—. ¿Reglas? ¿Un límite de gasto? ¿Un espacio pequeño en el armario?

Una lágrima cae, y necesito toda mi compostura para mantener el sollozo embotellado en mi garganta.

—¿Tareas de cualquier tipo? —continúa—. ¿Qué es tan terriblemente diferente en esta casa en comparación con la tuya? ¿A qué no estás acostumbrada?

—A la gente —digo de golpe.

No sé cuándo me di cuenta, pero simplemente sale. Tiene razón. No tengo idea de cómo estar con gente.

Las lágrimas caen, derramándose por mi cara mientras miro al suelo.

—No estoy acostumbrada a la gente —susurro—. No me hablan en casa.

No habla, y tampoco puedo oír a los chicos haciendo ningún movimiento; el silencio hace que la habitación parezca más pequeña.

Levanto los ojos, sin importarme que pueda verlos rojos y mi cara húmeda.

—Nadie me habla.

Y, antes de que pueda decir nada, subo las escaleras, desesperada por entrar en mi habitación y alejarme de sus ojos. Cierro la puerta y caigo en la cama, cubriéndome los ojos con los brazos para detener las lágrimas.

Dios, ¿por qué hice eso? Qué jodido caso perdido. Me va a enviar a casa ahora porque soy una llorica y doy demasiado trabajo.

Lloro en silencio contra mi brazo.

No debería haber hecho eso. Nunca me peleo con nadie, pero me pelearía antes de llorar. Es la táctica de una persona débil para terminar una discusión. No es una pelea justa cuando alguien empieza a lloriquear.

Ay, mira a la pobre niñita rica. Su mami y su papi le dejaban tener lo que quisiera, pero no la tomaban de la mano ni la besaban y abrazaban todos los días. Pobrecita.

Ahora creerán que soy incluso menos que antes. Frágil. Fácil de romper. Un problema con el que lidiar con cuidado.

¿Cuántos niños habrían vivido felizmente con mis padres si eso significara que los alimentaran y los vistieran todos los días? Lo tengo todo, y me rompí delante de ellos por nada.

Todos deberían ser tan afortunados como yo.

—¿Puedes creerlo? —escuché a mi madre gritar.

—Oh, vamos —se rio mi padre—. Sabíamos que iba a pasar. Lentamente entré en el estudio de mi padre, viendo a mi padre y a Mirai sonriendo y a mi madre con sus manos juntas delante de su pecho mientras se reía.

Entonces extendió los brazos y rodeó a mi padre. Sonreí.

—¿Qué está pasando? —pregunté en voz baja, entrando en la habitación.

Pero solo se miraron el uno al otro. Mirai me miró y sonrió más.

—Tu madre…

Pero la voz de mi padre interrumpió.

—Tengo que llamar a Tom —le dijo a mi madre, dándole la vuelta a su escritorio—. Hay que cambiar todo lo promocional para la nueva película.

Miré entre ellos, viniendo a quedarme frente al sofá, para que me vieran.

—La actriz nominada al Oscar Amelia de Haas —recita mi padre como si estuviera leyendo un cartel.

Mi boca se abrió, y sonreí mucho.

—¿Oscar?

¿En serio? Es increíble.

—Bueno, no. —Mi madre hizo una mueca, todavía centrada en mi padre—. ¿Y si gano? Entonces es "la actriz ganadora del Oscar". Será mejor que *esperes.*

Mi padre se rio de nuevo y volvió a la mesa, besándola.

—Mi esposa.

Se miraron, con los ojos iluminados con emoción y felicidad, y me acerqué, tratando de captar sus ojos mientras me acercaba.

Quería abrazar a mi madre y felicitarla. Quería que supiera que estaba orgullosa de ella

—Mamá…

—Ve a hacer algunas llamadas —le dijo ella a Mirai, sin escucharme—. Ya sabes qué hacer.

Los ojos de Mirai se encontraron con los míos, con la compasión siempre presente todavía allí, y luego lanzó una mirada de arrepentimiento a mis padres antes de salir de la habitación en silencio.

—Felicidades —dije mientras me acercaba, manteniendo la sonrisa en mi cara.

Pero mi madre ya se había movido.

—Muy bien, vamos a la oficina de Jane —le dijo a mi padre—. Tendré que hacer una declaración.

—Estoy muy orgulloso de ti, cariño —dijo.

Y ambos se fueron, llevándose el ruido y la emoción con ellos. Como si yo fuera una sombra. Un fantasma que caminaba por sus pasillos pero que no era visto ni oído.

Me quedé allí, observándolos mientras caminaban por el pasillo y desaparecían a la vuelta de una esquina. Junté mis manos frente a mí, tratando de alejar el bulto que se alojaba en mi garganta.

Me alegraba por ella. Quería que supiera que era impresionante, y me encantaban sus películas.

Quería que lo supiera.

¿Por qué nunca quería compartir conmigo las cosas maravillosas que pasaban en su vida? Porque ella era el primer lugar al que yo quería correr de niña para contarle que me había pasado algo maravilloso.

Antes de que dejara de intentarlo.

Me quedé allí, mirándolos fijamente. No pasa nada.

No trataba de mí. Este era su día. No tenía derecho a exigir atención.

Escuché el portazo al cerrarse la puerta delantera, con la casa, y todo lo que había en ella, quedándose quieto y en silencio.

Como si nada viviera aquí.

Como si, cuando se van, nadie viviera aquí.

Parpadeo mientras despierto, viendo borroso por las lágrimas. Me siento y bajo las piernas hacia un lado, inclino la cabeza y respiro hondo.

Es temprano por la mañana. Me doy cuenta por el tono azul de la luz que entra por las puertas de mi balcón.

Se me cae una lágrima en el labio y me la limpio con la mano. Todavía recuerdo muchas cosas pequeñas, de crecer junto a ellos, que nunca parecerían malas por sí solas, pero después de años de conversaciones sentí que siempre estaba interrumpiendo, había ocasiones en las que no era invitada o bienvenida mientras el afecto entre ellos era tan fácil pero no llegaba hasta mí… Todo dolía. Todo dolía y seguía acumulándose, año tras año, hasta que dejó de importarme.

O dejé de mostrar que me importaba.

Suelto un suspiro y reclino la cabeza, pero luego algo me llama la atención y levanto la mirada, viendo una fundita blanca encima de mi mesita de noche. Estrecho los ojos y me acerco, recogiendo el papel desgastado que ya no parece fresco y nuevo.

¿Es…?

El paquete en el fondo de la bolsa cabe en la palma de mi mano, y puedo oler los restos de canela incluso antes de abrirlo.

¿Cómo volvió esto aquí? Tiré toda la bolsa de dulces.

Pero ahora una escritura negra cubre el frente, y lentamente abro la bolsa y encuentro un rayo de luz cerca de mí, leyendo las palabras.

Tus padres nunca te dieron nada dulce. Por eso no lo eres.

Miro hacia la puerta de mi habitación, fijándome en que está abierta.

La cerré con llave cuando me fui a la cama.

Los pensamientos se apoderan de mí, pero mi corazón no late rápido. Debería estar enojada. Alguien entró aquí mientras dormía. Alguien revisó mi basura.

Alguien se burla de mí con una bolsa de papel.

Pero no se equivoca. Froto mi pulgar sobre las letras.

La forma en que está escrito. *Por eso no lo eres*. Es infantil, simple.

Poniéndome de pie, vuelvo a tirar el contenido a la basura pero guardo la bolsa, aplanándola y poniéndola en mi cómoda. No sé si culpar a mis padres es una razón suficiente para ser una persona tan miserable, pero alguien en este mundo me entiende, y ni siquiera me ofende que hayan dicho que no soy dulce. Sé que no lo soy, y alguien entiende por qué.

Saliendo de la habitación, me dirijo abajo, con el viento en los árboles que rodean la casa como una cascada perpetua en el fondo. Me dirijo a la cocina, caminando en silencio hacia el fregadero para llenar un vaso de agua.

Miro por la ventana; las plumas de las gallinas del gallinero revolotean con la brisa de la mañana.

No quiero irme a casa. Pero tampoco quiero quedarme aquí y estorbar, porque su mundo es un poco peor conmigo. No quiero ser un problema para Jake Van der Berg.

Ni siquiera me doy cuenta de que he comenzado a poner el filtro de café en la máquina hasta que una mano se extiende y suavemente me quita el paquete levantando la mirada, veo a mi tío. Se para a mi lado, vaciando café molido en el filtro, y espero que siga tenso, de mal humor, al menos, porque tengo demasiados problemas.

Pero está tranquilo. Muy tranquilo. Saca el café de la bolsa y lo vacía en la máquina, cierra la tapa en silencio y enciende la cafetera.

Un sonido de gorgoteo comienza cuando comienza a prepararse, y él toma una taza de café del estante y la coloca frente a sí.

—Voy a irme a casa —digo en voz baja.

—Estás en casa. —Pone una taza delante de mí. Mi barbilla tiembla un poco.

Giro la cabeza, no queriendo que me vea llorar de nuevo, pero luego siento sus dedos rozar mi cabello detrás de mi oreja, y el gesto hace que se me cierren los ojos. Me siento tan bien que quiero llorar de nuevo.

Sin esperar otro segundo, me atrae hacia él, me abraza y me sujeta la cabeza contra su pecho.

Vacío mis pulmones; mis brazos cuelgan sin fuerzas a mis costados, porque no puedo devolver el abrazo, pero tampoco me alejo. Su pecho cubierto por una camiseta es cálido contra mi mejilla, y su olor familiar flota en mi cabeza, calmando mis lágrimas.

Me han abrazado mucho. Más de lo que me gusta, en realidad. Parece ser algo común ahora. Las mujeres, completas extrañas, se abrazan para saludarse. Los conocidos se abrazan. Las personas con las que uno se encuentra en la calle se acercan como si fueran amigos cercanos, a pesar de que apenas las hayas visto.

Odio el afecto falso. Pero esto es diferente.

Me está sosteniendo. Como si, de no hacerlo, me fuera a caer.

Músculos que no conocía comienzan a relajarse, sus labios tocan mi coronilla, y un cálido hormigueo se extiende sobre mi cuerpo. Es cálido como algo a lo que quisiera arrimarme y simplemente irme a dormir.

¿Por qué fue tan difícil para mis padres demostrarme amor? Era natural para mí querer esto de ellos. Querer compartir mi vida con personas que me aman. Reír y llorar y hacer recuerdos juntos.

Porque la vida solo es feliz cuando se comparte.

Las lágrimas cuelgan de mis pestañas, y la repentina urgencia de aferrarme a él comienza a atravesarme.

Ya no quiero estar sola.

No quiero ir a casa, donde estoy sola.

Su susurro me hace cosquillas en el cuero cabelludo.

—Todo el mundo pasa por alguna mierda, Tiernan. —Hace una pausa mientras el constante ascenso y caída de su pecho me arrulla —. No estás sola. ¿Entiendes eso?

Levanto la barbilla y lo miro, casi perdiendo el aliento ante sus cálidos ojos que me miran.

—No estás sola —susurra de nuevo.

Mis ojos se posan en sus labios y, por un momento, estoy respirando con él y mi sangre corre caliente bajo mi piel mientras miro su cara bronceada, su boca suave y la barba incipiente en su mandíbula.

Tengo un impulso repentino de envolver mis brazos alrededor de él y esconderme en su cuello, pero pasa su pulgar sobre mi mandíbula. El calor debajo de mi piel se extiende más abajo, y la pequeña sonrisa que tenía en sus labios se desvanece mientras me mira.

Finalmente parpadea, rompiendo el hechizo mientras deja caer su mano.

—Vístete, ¿de acuerdo? —me pide—. Pantalones y una camisa de manga larga. Estás conmigo esta mañana.

Soltándome, él sirve el café mientras el frío de la mañana me golpea, y todo lo que puedo desear es que me siguiera abrazando.

Pero mi corazón se calienta de todos modos. *Estoy con él esta mañana*.

Subo las escaleras y me pongo unos vaqueros limpios y unos calcetines.

Después de sujetarme el cabello, dudo un momento y luego llamo a la puerta de Noah. La última vez que me habló amenazó con azotarme.

Después de unos golpes, escucho sus pisadas duras en el suelo.

Abre la puerta, me mira con pereza y apoya una mano en el marco de la puerta como si estuviera tratando de sostenerse.

No me voy a disculpar pero tampoco espero que él lo haga, no de verdad.

—¿Me prestas una camisa de manga larga? —pregunto.

Él asiente y se da la vuelta, cerrando los ojos mientras bosteza.

—Sí, adelante.

Entro y encuentro su armario, con la puerta abierta y una camisa franela ya frente a mí.

—Qué pronto, joder —se queja—. ¿Ya me quiere levantar?

—No me dijo nada.

—Genial —murmura, y cae de nuevo sobre su cama.

Todavía lleva sus vaqueros de ayer, y miro alrededor de su habitación, viendo una gran variedad de ropa, zapatos y otras cosas desechadas. Desordenado pero no muy sucio.

Tomando la camisa, salgo de la habitación, cierro la puerta detrás de mí y la envuelvo alrededor de mi cintura, atándola. Girándome para bajar las escaleras, escucho algo detrás de mí y veo a Kaleb bajando la escalera del tercer piso.

Se desvía hacia el baño y, aunque estoy a menos de tres metros de distancia, finge que no me ve y desaparece en la estancia, cerrando la puerta detrás de él.

Me quedo quieta un momento. Apenas pude ver las heridas de ayer en su rostro en el pasillo oscuro, pero definitivamente puedo ver la que tenía en el labio.

No es mi culpa que se haya peleado. Pero, aun así…

Caminando hacia la puerta, levanto la mano para llamar, pero luego me detengo. Acerco la oreja, pero no escucho nada y lucho por alejarme.

Tengo ungüento… para sus heridas… si lo quiere.

Yo…

Oh, no importa. Cierro el puño y finalmente dejo caer la mano, girándome para irme.

Bajo las escaleras, veo a Jake fuera, en el porche, y salgo, reuniéndome con él. Me entrega una taza de café y contempla el bosque y la niebla que cuelga de los troncos.

—Me gusta levantarme temprano —me dice—. Es la única vez que la casa y la naturaleza están en silencio, y tengo la energía para disfrutarla.

Lo miro. A mí también me gusta. Tomando un sorbo de mi café, fuerzo las palabras a salir, aunque mi instinto me dice que me

calle. Quiero hacer un esfuerzo

—Me gusta que todos trabajen en casa —le digo, al verlo mirarme por el rabillo del ojo—. Siempre hay gente aquí.

Gente que es un poco exasperante, grosera y exigente, pero yo también tengo un par de esos defectos.

Me sonríe a medias y bebo un poco más de mi café antes de dejar la taza en la barandilla.

—Vamos —dice, dejando la suya también.

Caminando a mi alrededor, me conduce por las escaleras hacia el granero, tomando un cinturón de herramientas de la mesa de trabajo en la tienda cuando pasamos. Caminamos más allá del establo, hasta el corral donde Bernadette y Shawnee ya están deambulando y tomando aire fresco.

Le miro la nuca mientras lo sigo y él se abrocha el cinturón de herramientas.

Preguntas. Me preguntó por qué nunca le pregunto nada.

No es que no tenga preguntas, sino que las preguntas inician conversaciones.

—Sujeta esto —me dice, levantando un pedazo de la cerca de alrededor del corral.

Entro y me agacho, levantando el tablero para que quede nivelado mientras él se desliza por la abertura de la cerca hacia el otro lado. Sacando un martillo y un clavo, clava la tabla en su lugar mientras yo ayudo a sostener.

—¿Por qué Kaleb no habla? —pregunto.

No me mira mientras saca otro clavo y comienza a golpear.

—No estoy seguro de que deba hablar de eso, si Kaleb no lo hace primero.

—¿Tiene que ver con su madre? —Sus ojos buscan los míos.

—¿Qué sabes de su madre? —Me encojo de hombros.

—Nada, realmente —le digo—. Pero los chicos obviamente vinieron de algún lugar y no de mujer de veinticinco años que sale de tu habitación todas las mañanas.

Él se ríe, golpeando el clavo.

—No *todas* las mañanas, gracias.

Pero tiene veinticinco. O es más joven, porque no me corrigió en la edad.

El silencio cuelga en el aire, y su expresión se vuelve pensativa mientras ajusta a otro clavo.

—Su madre está en prisión — afirma—. De diez a quince en Quintana.

¿Diez a quince… años?

Miro fijamente a mi tío, que no está haciendo contacto visual, con un montón de preguntas ahora listas para salir. ¿Que hizo? ¿Estuvo él involucrado?

¿Noah y Kaleb hablan todavía con ella?

Se mueve, y lo sigo, fijándome en otra tabla que se ha arrancado.

¿Cuándo fue sentenciada? ¿Cuánto tiempo ha estado criando a los chicos él solo?

Suavizo mis ojos, mirándolo. Eso debe haber sido difícil. Es un dolor diferente, estoy segura. Que te quiten a alguien comparado con que alguien quiera dejarte.

—¿La amabas? —pregunto.

Pero luego bajo la mirada, avergonzada. Por supuesto que la amaba.

—Me aferré en ella —explica en su lugar—. Porque no podía dejar de amar a alguien más.

Estrecho los ojos.

Se detiene y saca su billetera, abriéndola y sacando una fotografía. Me la da.

Lo miro, reconociéndolo al instante y sonriendo un poco.

En realidad no es una fotografía. Es una Polaroid con un pliegue afilado en el medio y caras descoloridas que me devuelven la mirada.

Él yace allí, sobre una manta de picnic, sin camisa y con pantalones cortos de color caqui, abrazando a una chica de ojos oscuros contra su cuerpo, con su cabello de medianoche extendido detrás de ella.

Está pálido y mucho más escuálido de lo que es ahora, pero tiene esa misma sonrisa que parece que se está riendo de ti por dentro, o

pensando cosas que sólo son adecuadas para hacer a puerta cerrada. Pero con un corte de pelo sofisticado y una cara de bebé que lo hace parecer un mariscal de campo con un ego enorme de esos programas de adolescentes.

—¿Eres tú? —Lo miro, tratando de ocultar mi diversión. Me arrebata la imagen, frunciéndome el ceño.

—Era todo un rompecorazones, ¿sabes?

¿Era? Parece que todavía lo es.

Agarra una pala y comienza a meter tierra en el agujero donde se encuentra el poste de la cerca.

—Tu abuelo tenía una casa en Napa Valley —dice mientras le sostengo el poste en posición vertical—. Íbamos ahí en verano, jugábamos al golf, nos emborrachábamos, hacíamos el imbécil…

Nos… ¿Mi padre también?

Apenas recuerdo a mi abuelo, ya que murió cuando tenía seis años, pero sé que se divorció de su primera esposa, la madre de mi padre, cuando mi padre tenía unos doce años, y eligió a otra mujer holandesa como segunda esposa. Ella ya tenía un hijo, Jake.

—Tenía dieciocho años cuando conocí a Flora —continúa mi tío—. Dios, era jodidamente hermosa. Su familia trabajaba en un viñedo. Inmigrante. Pobre….

Me mira.

—Y, por supuesto, nuestras familias no podían ni verse.

Casi tengo ganas de reír, no porque sea gracioso, sino porque lo entiendo. Por primera vez, me doy cuenta de que Jake y yo somos parte de la misma familia, y los conoce tan bien como yo.

—Ella no tenía traje de baño —reflexionó—. Todo el verano, lo recuerdo. Ni siquiera se me ocurrió que no podía pagar uno, porque me encantaba que nadara en ropa interior y camiseta cuando íbamos al lago. Su cuerpo era hermoso, la forma en que la ropa mojada se le pegaba.

Lo imagino, con sus hormonas y emociones furiosas. ¿Cómo era cuando estaba enamorado?

Él suspira.

—Era más sexy que cualquier bikini. Nunca quise que ese verano terminara. No podíamos mantenernos separados del otro. Me

enamoré totalmente de ella.

Pero ella no está aquí ahora.

—Una noche, tu madre…

—¿Mi madre? —Dirijo mis ojos hacia él.

Pero está evitando mi mirada, y tiene los labios apretados.

—Tu madre era una estrella en ascenso, y tus padres acababan de empezar a salir —explica—. Sacó a Flora y la emborrachó y, cuando Flora despertó, estaba en la cama con otro hombre.

Finalmente me mira, parando de trabajar.

—Otro hombre que no era yo.

Mi madre la sacó, la emborrachó, y…

—Mi padre —le digo, juntando las piezas. Jake asiente.

—Tu abuelo sabía que no iba a dejarla ir, así que tus padres lo ayudaron a deshacerse de ella.

Parpadeo, fuerte y duro. No puedo creer que los defendiera, ahora entiendo todo.

—Se sentía culpable, pensando que había tenido relaciones sexuales con otro hombre —continuó Jake, llevándome al establo para llenar la comida de los caballos—, que fue pan comido para la familia convencerla de que nuestra relación había terminado a menos que ella quisiera que descubriera lo que había hecho. "Y, oye, aquí van cincuenta mil dólares para cubrir los gastos de mudanza. Desaparece. No lo llames nunca".

—¿Nunca trataste de encontrarla?

—Lo hice —me dice—. La encontré en un apartamento en San Francisco.

Se queda en silencio un momento mientras se pone los guantes.

—Ni siquiera me dejó cruzar la puerta —dice—. No podía mirarme a los ojos. Dijo que ya no podía verme y que no quería que la llamara.

Abre el heno, y tomo un rastrillo y empiezo a extenderlo por todo el lugar.

—¿Cuándo descubriste lo que realmente le hicieron? —le pregunto. Permanece callado un momento y, cuando finalmente habla, su voz es casi un susurro.

—Aproximadamente una semana después de que saliera de su departamento y su hermana llamara para decirme que había muerto.

¿Murió?

Me detengo.

—¿Suicidio?

Él asiente y continúa trabajando.

—Oh, Dios mío.

—Y, seis horas después de eso, empaqué una bolsa y nunca miré hacia atrás —me dice, dándome una sonrisa tensa—. Me marché, planeé dirigirme a Florida, pero llegué aquí y… no quise irme nunca.

Sus ojos se suavizan, y las cosas que creía saber comienzan a desvanecerse cuando las piezas del rompecabezas se unen.

—Me mudé a esta tierra con un remolque deteriorado y sin agua corriente. Ahora tengo una casa, una tienda, un negocio y mis hijos. Las cosas me salieron mucho mejor de lo que merecía.

¿Por qué pensaría que no merecía lo que tenía? No fue culpa suya.

Trató de encontrarla. Si la querían, iban a llegar a ella.

Mis padres. ¿Habrían intervenido así si yo me hubiera enamorado de alguien que no encajaba en la imagen?

—Lo siento —me apresuro a decir—. Lamento que hicieran eso.

—Fue culpa de tus padres, Tiernan —dice, interrumpiéndome y mirándome a los ojos—. No tuya.

Sé que es difícil entenderlo. Mi madre no era muy diferente a Flora. Igual de pobre, pero al menos Flora tenía familia. Mi madre había sido una niña huérfana sin nadie. ¿Cómo no ponerse del lado de la chica?

Dejo caer los ojos sobre la cintura de Jake, el tatuaje que luce en el costado está cubierto por su camiseta ahora, pero recuerdo las palabras. *Mi México*. Dijo que Flora era inmigrante, ¿es el tatuaje para ella? ¿O por cómo escaparon los vaqueros por la frontera, y Colorado es ahora su hogar? Su México.

—Tenemos que divertirnos un poco —dice alegremente, aligerando el estado de ánimo con una sonrisa—. Vayamos todos al lago mañana.

¿Al lago? ¿No al estanque?

—Con algo de música y cerveza —continúa—. Y a saltar de acantilados.

—¿Salto de acantilado?

Sus ojos caen brevemente por mi cuerpo.

—Tienes traje de baño, ¿verdad?

Pero la pregunta suena más como una advertencia, porque no quiere que nade con ropa como la de ayer.

O con mi ropa interior como Flora.

Sí, tengo un… bikini. El miedo se enrosca en mi estómago. Usualmente uso lo que nuestro comprador personal compre sin importarme, pero creo que mañana sí va a importarme.

¿Por qué no tengo uno de una sola pieza? Mierda.

Durante las próximas dos horas soy un demonio, corriendo de una tarea a otra, contenta por la distracción. Jake, Noah y yo terminamos las tareas de la mañana, yo preparo el desayuno y Noah limpia, y luego los ayudo en la tienda, escribiendo respuestas a correos electrónicos que mi tío me dicta mientras trabaja.

Jake y yo llevamos las dos motocicletas a la parte trasera de la camioneta, atándolas antes de que vuelva a ponerse la camiseta y se saque las llaves del bolsillo. Sé que tiene que llevarlas a la ciudad para enviarlas a donde sea que vayan, pero de repente se detiene y mira por encima de mi hombro.

Sigo su mirada.

Kaleb está en el otro extremo del granero, con pantalones sueltos colgando de sus caderas, sin camisa y el sol brillando sobre su pecho desnudo, que está húmedo por el sudor mientras baja el hacha y corta un tronco en dos.

Se frota la mandíbula con el hombro, y la sangre de sus heridas abiertas se extiende por su mejilla.

—Ve a buscar el botiquín de primeros auxilios —me dice Jake mientras comienza a caminar hacia el lado del conductor—. Kaleb necesita ayuda.

—Sí, ayuda profesional —gruño—. Él…

Está en la punta de mi lengua contarle lo de la otra noche en la tienda. Y lo del granero ayer.

Pero… no puedo culpar a Kaleb, supongo. Es mejor no mencionarlo.

—Amenazó a ese tipo con una pistola ayer —le digo, en cambio. Kaleb me da miedo.

Pero Jake se da la vuelta y se acerca a mí.

—Ese tipo —me dice—, tiene una casa club en el pueblo para orgías, ahí tiene un tablero en la pared con un marcador, calificando a cada chica en una escala del uno al diez. Él y sus amigos son unas verdaderas fichitas, no muchas mujeres han escapado a esa jugarreta.

Y luego señala mi rostro y retrocedo un poco, frunciendo el ceño.

—Tienes suerte de que Kaleb te hubiera encontrado a ti y no yo porque no habría esperado a que te fueras para matarlo.

Levanto una ceja, pero no protesto más.

—Ahora mueve tu trasero —ordena.

Se da la vuelta y sube a la camioneta, y yo arrastro mis pies un minuto más después de que se vaya antes de entrar en el granero y sacar el maldito botiquín de primeros auxilios del armario.

No quiere mi ayuda. No más de lo que yo quiero ayudarlo.

Y todavía no creo ni por un segundo que él o Noah estuvieran tratando de mantenerme a salvo. Aunque, asumiendo que lo que dijo Jake es cierto, es bueno que aparecieran, en realidad.

Pero no. Creo que Terrance podría haber tenido razón en esa evaluación. Son territoriales. Podría haber sido cualquier tipo con su primo bebé allí, y se habrían enojado y comenzado una pelea.

Caminando hacia donde trabaja Kaleb, me detengo, sin querer establecer contacto visual.

Le llevo el equipo.

—Estás sangrando.

Me mira fijamente un momento y luego usa su hombro para limpiarse la sangre de nuevo antes de recoger otro tronco, ignorándome.

Abriendo la caja, saco el ungüento.

—El ungüento evitará que se extiendan —digo, calmando mi voz e intentándolo—. Ponte la pomada.

Se detiene, y sus ojos vacilantes van de mí al tubo en mi mano. Relajo los hombros, obligándome a relajarme. Hoy no quiero pelear.

—Siéntate —le digo en voz baja—. Por favor.

Sus ojos se estrechan, pero decide quedarse quieto.

Hago un gesto hacia el tronco del árbol, suavizando mi voz hasta que es casi un susurro.

—Por favor, siéntate.

Espera unos segundos, mirándome fijamente, pero luego… se sienta. Dejando la caja, saco una toallita antibacteriana y me acerco a él, evitando su mirada mientras estoy de pie sobre él.

Limpio la sangre de su rostro, también limpiando suavemente los arañazos, pero siento sus ojos observando cada movimiento que hago. Me siguen mientras me inclino, recolecto la sangre seca y luego me levanto de nuevo para destapar el ungüento. No es como la otra noche cuando me deseaba. Ahora es como si me tuviera miedo. Está buscando un movimiento en falso.

Paso saliva.

—Mantenerlo húmedo evitará que se forme una costra y sanará más rápido —le digo, frotando un poco de ungüento en su mandíbula—. Sigue reaplicando esto, ¿bien?

Cubro generosamente toda la longitud de la herida, parpadeando cuando el olor de la tierra, la madera y el aire húmedo me golpea. Siempre parece oler así.

No dice nada; su pecho sube y baja con respiraciones demasiado perfectas y controladas, como si cada una fuera un esfuerzo para mantener la calma.

Tiene las manos en puños descansando en su regazo y lo miro, nuestras miradas se encuentran. Un escalofrío me atraviesa. Me gusta que esté asustado.

Me acerco más por despecho, echando más ungüento del que necesita.

—No le disparaste a ese tipo ayer, ¿verdad? —bromeo. Levanto la mirada y él sigue mirándome en silencio.

Pero, para mi sorpresa, hay diversión en su mirada.

Mi corazón salta y siento las entrañas como un charco caliente. No es una sonrisa, pero es suave. Como la que sentí con él la otra noche durante unos segundos. Como si alguien pudiera entenderme.

Me aclaro la garganta y me levanto.

—Está bien. —Recojo el tubo y se lo entrego—. Toma.

Lo agarra sin pestañear ni una sola vez mientras me mira fijamente.

—Vuelve a ponértela antes de acostarte —le digo.

Pero no asiente ni hace nada que me diga que me ha oído, excepto seguir embobado.

—¡Almuerzo! —llama Noah.

Me sobresalto, mirando al otro lado del patio para verlo dirigirse a la otra camioneta.

—¿Quieres ir conmigo? —pregunta—. Voy a por hamburguesas con queso.

No estoy segura de si está hablando conmigo o con su hermano, pero miro a Kaleb y veo que sigue mirándome.

Y no estoy segura de que me dejen aquí sola con él. Debería ir con Noah.

—Voy —digo, sosteniendo la mirada de Kaleb mientras me alejo, con la mirada que me dedica diciéndome que tengo razón.

No debería quedarme aquí a solas con él.

Noah

Ella extiende el brazo, golpeando las piezas de mi tablero de ajedrez de Harry Potter, con algunas cayendo al suelo.

Me estremezco.

—¡Noah, levántate! —oigo a mi padre gritar al otro lado de la puerta de mi habitación. Sus pisadas se desvanecen cuando baja las escaleras.

Mierda. La chica encima de mí se inclina, agarra la cabecera y mueve sus caderas sobre mi polla. *Vamos…* La dura carne late, cálida, pero parece que no puedo llegar allí. Agarro sus caderas, guiándola cada vez más rápido.

—¿Soy más sexy? —jadea ella.

—Sí.

—¿Y mis pechos? —Acuna mi nuca, empujando su pecho contra mi rostro—. ¿Te gustan más?

Me las arreglo para medio poner los ojos en blanco, pero le doy un mordisco a su pezón por si acaso. Sí tiene mejores pechos que Rory, pero al menos Rory sabía lo que era el juego previo. Que esta chica intentara saltar sobre mi polla a las seis de la mañana y esperara que estuviera inmediatamente lista y en busca de atención es simplemente ofensivo.

Afortunadamente fui capaz conjurar un sórdido recuerdo para prepararme.

Reclinándose, pasa sus manos sobre su cuerpo, apretando sus senos mientras su cabello rubio cae a su alrededor. Luego golpea la pared junto a la cama con la mano y gime de placer.

Joder. Si Tiernan no estaba despierta, ahora lo está.

Quito la mano de Remi de la pared y me siento, besándola para callar sus gemidos. Ser ruidoso por la noche es una cosa. Ruidoso por la mañana les recuerda a todos que llego tarde al trabajo, porque estoy follando a la hermana de mi ex, quien tiene dieciocho años.

—¡Noah! —grita mi papá de nuevo desde abajo.

Sí, sí… Vente ya. Vamos…

Me nada la cabeza. No estoy disfrutando esto.

Pero tampoco quiero salir de la habitación y lidiar con mi padre. Muevo mi cuerpo más rápido, besándole el cuello, tirando de su cabello y follándola desde abajo, y sus gemidos se hacen más fuertes.

Vamos, nena. Vente.

—Me encanta follarte —canturrea ella. Asiento. *Sí, claro.*

—Me alegro haber tenido mi turno aquí. Tu turno…

—Hazlo fuerte —jadea ella—. Soy la pequeña puta de mi papi.

Puaj. ¿Qué mierda? Cierro los ojos, mi estómago se revuelve.

—No me lastimarás, Noah —dice ella. *Shhhhh… cierra la boca*.

—Te reto a que lo intentes.

Eso es todo. Aprieto los dientes y le rodeo la cintura, dándonos la vuelta y colocándola boca arriba. Cubro su boca con mi mano mientras separo sus rodillas, abriéndola.

La follo duro y rápido mientras mi cama se mece, las tablas del piso crujen y miro por la ventana detrás de la cabecera. Solo quiero que esto termine.

Aprieto la mandíbula; la sensación de su sudor me hace sentir como si las paredes se estuvieran cerrando. Lo quiero lejos de mí.

Cierro los ojos.

Necesito salir de esta habitación. De esta casa.

Del bosque.

De la montaña.

No me importa si nunca veo otro árbol en mi vida, porque tal vez ahora que he follado a todas las mujeres en un radio de ochenta kilómetros y ya no puedo mirarme en el espejo, he llegado al final de mi cordura y no seré tan cobarde como para no poder hacerle frente a mi papá.

Las noches son mejores. Cuando estoy cansado y solo quiero follar antes de irme a la cama, pero por la mañana… no me despierto con ganas de estar donde estoy y con ganas de hacer cosas que no quiero hacer. Estoy aburrido.

En otro minuto, siento que sus gemidos vibran contra mi palma, su coño se contrae, apretando mi polla, y gruño cuando la hago terminar, forzando fuertes respiraciones contra su oído, para que piense que yo también terminé.

Me pica la piel donde la toca. Aparto la mano.

—Me encanta la sensación de tu semen dentro de mí —exhala. No me vine. *Y llevo un condón, cabeza de chorlito*.

—¡Noah! —Y escucha al bate de béisbol golpear la columna de madera abajo—. ¡Levántate!

Me limpio el rostro con las manos y me retiro de Remi.

Maldito idiota. Un sudor frío cubre mi cuerpo y me levanto y me quito el condón, desechándolo. Me pongo los vaqueros mientras le tiro su camiseta, pero puedo sentir sus ojos sobre mí mientras se sienta. Necesito un poco de aire y algo de espacio para revolcarme en mi vergüenza.

Si no puedo venirme ni una sola vez, es inaceptable. Soy bueno en la cama, maldita sea. Las mujeres salen felices de mi habitación.

No como el *Boulevard de los Sueños Rotos* que es la cama de mi padre cuando se dan cuenta de que sólo busca sexo y no una relación, o *Skid Row* en la habitación de Kaleb donde las mujeres tienen suerte de salir con vida.

A mí, por otro lado, se me da realmente bien en esta mierda.

Remi me mira con una sonrisa coqueta en los labios como si debiéramos hacer planes para la próxima vez o algo así, pero solo me inclino y le doy un rápido beso en los labios que con suerte dice adiós.

Y, por favor, por favor, vete para cuando regrese de la ducha.

Me doy la vuelta, agarro una cerveza de mi refrigerador y salgo de la habitación, cerrando la puerta detrás de mí.

Retiro la tapa y me la meto en el bolsillo. Voy a necesitarla esta mañana.

Llevando la cerveza al otro lado del pasillo, escucho pisadas a mi derecha y miro para ver a Tiernan subiendo las escaleras.

Se sorbe los mocos, sin parecer realmente triste sino frustrada.

—Qué desagradable —gruñe para sí misma, su voz espesa con un sollozo—. Tengo… como mierda de pollo debajo de las uñas. Qué asco. ¿Por qué es tan raro? Simplemente puedes comprar tu pollo en la tienda como todos los demás, ¿sabes?

Mi resoplido casi se escapa, pero me quedo callado. Todavía no se ha fijado en mí y no quiero que lo haga. Es demasiado malditamente graciosa y me gusta verla enojarse. Mi único rayo de sol en este gran hoyo de mierda.

Aunque simpatizo con ella. Limpiar los gallineros no es agradable.

—Y es mejor que esté lo suficientemente bien para él, porque no voy a… —Hace comillas en el aire— "hacerlo quince veces hasta que lo haga bien".

Imita la voz profunda de mi padre y las tontas órdenes de alfa.

Me río para mí, completamente encantado. Alguien que lo odia tanto como yo.

Bueno, bueno. No lo odio. La cosa es que… me odio a mí mismo.

Ella se dirige al baño y no puedo detenerme mientras me apresuro y agarro la manija de la puerta antes de que ella pueda hacerlo.

—Hay otro baño abajo —bromeo, incapaz de evitar joder su mañana un poco más.

—Necesito la ducha. —Me mira con el ceño fruncido, con los ojos rojos pero la boca apretada. Lleva lindas trenzas francesas a ambos lados de su cabeza y trata de quitarme de la manija.

—Vamos a ir a pescar —argumento, empujando mi cuerpo frente al de ella en nuestra batalla por la puerta—. Vas a ensuciarte de nuevo.

Me pega en la mano.

—¡Llegué aquí primero! —Y luego tira de mis brazos y me empuja el pecho—. Si tienes que orinar, entonces hazlo abajo.

—También necesito una ducha.

—¿Por qué? —se burla, repitiendo mis palabras contra mí—. Vamos a pescar.

—Porque me ensucié más que tú esta mañana —me rio, burlándome de ella.

Me mira mal, diciéndome que sabe exactamente cómo me ensucié, pero ninguno de los dos se rinde. Tiro de una de sus trenzas, ella me da un codazo, y me vuelvo a carcajear, viendo que una pequeña sonrisa sale de ella también mientras luchamos.

Finalmente abro la puerta para que se meta delante de mí para intentar entrar en el baño primero. Le piso el pie y tropieza, pero le rodeo la cintura con el brazo y la llevo hacia atrás mientras se agarra al marco de la puerta, sin ceder.

La risa me atraviesa con el repentino impulso de llevarla al suelo y de hacerle cosquillas para que pare de arañarme. Muero de ganas de llevarla al lago. No estoy seguro de haber jugado alguna vez con una mujer con la que no me preocupara acostarme.

La saco del marco de la puerta y grita, pero se convierte en una risa cuando sus piernas desnudas por los pantalones cortos me dan una patada y sus apestosas Vans chocan con la pared.

—Mierda, apestas —le digo—. ¿Te revolcaste en la mierda o algo así?

—¡La pisé! —gruñe.

Me rio. Es como tener una hermanita. Tal vez el día no termine tan mal, después de todo.

Pero, justo cuando termino de pensar, otra voz atraviesa el silencio.

—¿Noah? —dice alguien.

Mi estómago se hunde y me detengo, mi sonrisa cae lentamente. Tiernan y yo nos quedamos en silencio y la suelto, ambos de pie mientras giramos la cabeza hacia la puerta de mi habitación.

Remi está de pie en la puerta, mirándonos.

Y claramente no captó la indirecta de irse ya que va vestida con una de mis camisetas en lugar de su propia ropa.

Me señala con el dedo, y preferiría cortarme la bola izquierda. Empujo a Tiernan al baño, la sigo, y cierro la puerta de un portazo, encerrándonos. La bajo al retrete.

—¿Qué demonios estás haciendo? —Me mira fijamente.

—Siéntate y ya —le ordeno, buscando detrás de la cortina de la ducha y abriendo el agua—. Siéntate… siéntate hasta que se vaya, ¿de acuerdo?

—¿Por qué?

Porque necesito algo que me dé un escape. ¿Por qué crees, idiota? Si me ducho solo, Remi podría tratar de unirse a mí o alguna mierda.

—Haz lo que digo —le digo en su lugar.

Las cejas de Tiernan se fruncen por la confusión, y sacudo la cabeza.

Siento como si el sudor de Remi estuviera asentado en mis pulmones con las otras mil mañanas de despertarme con caras como la suya. No soy nada y, cuanto más tiempo no esté borracho, más tiempo tendré que enfrentarme a ese hecho. Tomo un trago de la cerveza.

Pero, mientras bebo, Tiernan se levanta del asiento del inodoro y salta hacia la puerta.

Agarro la parte trasera de sus vaqueros y la arrastro de vuelta, con su cuerpo chocando con el mío.

—¡Noah! —regaña.

Pero de todas formas la rodeo con mis brazos, alejándola de la puerta.

—No me dejes. Quiere mi cuerpo otra vez.

—Asco.

La sostengo, tomando otro gran trago.

Pero entonces un golpe llega contra la madera dura, y nos quedamos quietos.

Nooooo…

—¿Noah? —escucho a Remi llamarme a través de la puerta—. ¿Vienes al bar esta noche?

—¡Si! —grita Tiernan—. ¡Va a i…!

Pongo mi mano libre sobre su boca. Y entonces otro grito suena desde abajo.

—¡Noah!

Me estremezco. ¿Qué coño? ¿Están todos obsesionados conmigo hoy?

Gracias a Dios que Kaleb no puede hablar.

Tiernan me golpea los brazos y, no sé por qué, pero la aprieto más fuerte mientras me alejo de la puerta cerrada, cerrando los ojos.

—¡Noah! —grita de nuevo.

—¡Estoy en la ducha! —le grito finalmente a mi padre, abajo. Dios mío.

Pero justo entonces Tiernan me golpea el talón con la pierna, y tropiezo hacia atrás, cayendo con ella en mis brazos.

La parte trasera de mis rodillas golpea la bañera, pierdo el equilibrio, y ambos caemos de nuevo en la bañera; Tiernan sigue en mis brazos mientras se estrella contra mi pecho.

Grita, arrancando la cortina de la ducha un par de anillas mientras mi columna golpea la porcelana y su cabeza golpea mi barbilla.

Gruño.

—Dios mío —grita, escupiendo agua mientras la ducha le empapa la ropa y el pelo, e intenta sentarse—. Estás loco. ¿Qué demonios?

Pero le pongo una mano sobre la boca y la recuesto.

—Necesito que te quedes.

El agua se esparce como olas de vapor en el aire, y afino mis oídos, escuchando a la gente de la que me escondo mientras se me hace un nudo en el estómago porque obviamente soy una maldita chica.

—¡Noah! —brama papá de nuevo.

Reclino la cabeza, dejando escapar un suspiro.

—¿Por qué no se calla?

Le quito la mano de la boca pero, cuando intenta huir, la agarro de la nuca y la vuelvo a tirar hacia mí.

—Se irán si estamos muy en silencio —le digo.

—¿Has visto a tu padre? —me escupe—. Es más grande que la puerta, Noah. Todo lo que tiene que hacer es empujar muy fuerte con la mano y, si entra aquí, me hará hacer más tareas, ¡y ya hice mis cosas de la mañana!

—¡Shhh! —Le cubro la boca con la mano otra vez—. Se callarán si estamos muy, muy callados.

Murmura detrás de mi mano, algo que suena como "eres un idiota".

Sonrío. Es como ser un niño, escondiéndonos de nuestros padres. Como jugar al escondite. Nunca tuve mucho de eso. Kaleb dejó de hablar cuando yo tenía tres años, demasiado joven recordarlo, así que no tengo ningún recuerdo de nosotros jugando juntos.

Pero hubo algunas veces con mi padre. Algunos buenos recuerdos antes de que se hiciera mayor y se enfadara más.

Miro a Tiernan.

Ayer me enfadé con ella. Pero luego no lo estuve.

No me hablan. Nadie me habla.

Quise retorcerle el cuello un minuto, pero al siguiente quise abrazarla. Lo entendía. Sabía lo que le pasaba.

Aspira rápidamente, respira repentinamente, y le pellizco la nariz antes de que pueda estornudar.

Se suelta de todos modos cuando escupe contra mi mano, y resoplo ante el pequeño gemido que deja salir. Me enjuago la mano y la envuelvo de nuevo con mi brazo.

—¿Cómo era Los Ángeles? —le pregunto—. Cuéntame algo sobre tu vida.

Cualquier cosa. Quiero ir a algún sitio, aunque no podamos dejar la bañera.

Pero permanece en silencio.

Vuelvo a reclinar la cabeza, mirando al techo.

—¿Alguna vez te sientes como si estuvieras en una caja? —murmuro—. Y todo lo que ves son tus cuatro paredes, sin importar lo que hagas… No importa cuán lejos camines, la vista nunca cambia…

—No puedes preguntarme qué hacer para ser feliz —dice—. Vine a Colorado.

Sí, eso no funcionará para mí.

¿Pero para ella…?

—¿Funcionó? —pregunto, tirando suavemente de su trenza cuando se queda quieta—. ¿Por qué?

Aparta la cabeza y me dedica un ceño fruncido, pero veo que la sonrisa se asoma.

—Me gusta la vista un poco más, sí.

Pero luego me mira otra vez.

—Te sangra la nariz.

Lo limpio, apartando la mano y viendo la sangre en mis dedos. Lo enjuago con agua unas cuantas veces, limpiando la sangre.

—No tienes que ser tan violenta —le digo mientras la golpeo en el costado por darme un cabezazo.

Ella se retuerce.

—No, para —argumenta mientras le doy más golpes—. No soy fan de las cosquillas.

Me río y sigo clavando mis dedos en sus costados. Ella grita, tratando de escapar, pero no hay ningún lugar adónde ir.

—¿Noah? —Un golpe cae en la puerta—. ¿Vas a salir? Tengo que irme.

Tiernan me mira, y la pincho una vez más.

—Noah no está aquí —le digo lo que tiene que decir. Se quita mi mano de encima.

—No.

—Dilo.

—¡No! —susurra-grita.

La golpeo de nuevo, y retrocede.

—Dilo.

—Es mezquino —responde con los labios apretados—. ¡No!

Le agarro el brazo.

—Te morderé como una serpiente.

Me abofetea cuando otro golpe cae en la puerta.

Voy por ello. Le doy un puñetazo en el antebrazo con ambas manos, veo que sus ojos se abren de miedo, y me retuerzo,

viéndola patalear y gritar.

—¡Ay!

Nos peleamos, con el agua volando por todas partes, y ella patea y golpea y su codo casi aterriza justo en mi entrepierna.

—Para —balbucea, pero se ríe incontrolablemente, y finalmente la suelto.

—Te estás riendo —le digo.

—No me rio. —Se sienta, enderezándose.

Mi respiración se calma, y el latido de mi corazón disminuye otra vez mientras ella se aparta el cabello suelto de la cara pero no hace ningún movimiento para salir de la ducha todavía.

Me reclino, con ambos brazos apoyados en los lados de la bañera y ella apoyada en la pared, las piernas levantadas y sus Vans colgando sobre el lado de la bañera.

—¿Por qué no quieres sonreír? —pregunto.

No pide nada, no parece querer nada. Actuó como si no la hiriera ayer cuando Kaleb la excluyó.

Extiendo la mano, rozando con mi pulgar la piel de su entrecejo.

—Las arrugas están siempre aquí arriba —le digo, y luego muevo mi mano a la comisura de su boca, donde deberían estar sus líneas de expresión—. Pero no aquí.

Me mira. El agua se derrama a nuestro alrededor, y veo gotas que caen por su cara y se quedan entre sus labios. Labios llenos y rosados que parecen goma de mascar, suave y masticable.

Por reflejo, aprieto los dientes.

—¡Noah! —Mi padre golpea la puerta.

Pero apenas parpadeo, no puedo dejar de mirarla. Sus piernas mojadas, el agua deslizándose por la esquirla de pecho visible, por el botón perdido de mi camisa…

Tiernan me sostiene la mirada.

—Noah no está aquí —grita.

Y sonrío. Extiendo la mano, le hago cosquillas en el cuello, y ella intenta morderme antes de que me aleje, riéndose en voz baja.

Los pasos de mi padre se alejan, y no estoy seguro de si le cree a Tiernan o no, pero al menos se retira.

Con suerte, Remi también está en camino. Solía sentirme mal por tratar de sacar a las chicas de mi casa después de que termináramos, pero no puedo hacer el esfuerzo de preocuparme.

Sin embargo, no es culpa de Remi. Ya lo sé. Sólo es un recordatorio de lo barato que gasta mi tiempo.

Tiernan excava detrás de ella y saca mi botella de cerveza, que perdí en algún momento.

Me levanta las cejas.

—Nos vamos de pesca —le digo—. Es el día de beber.

Y se la arranco de la mano, sintiendo que aún está medio llena antes de tomar un trago. Sacude la cabeza, pero veo la sonrisa en sus ojos. Nos quedamos en silencio unos segundos, y siento que ella tampoco quiere salir.

—Me encanta la playa —murmura finalmente. Le dirijo la mirada.

—En Los Ángeles —aclara, sin mirarme—. Era mi única cosa favorita, creo.

Oh, claro. Le pregunté sobre su vida en California. Me mira, y una sonrisa se asoma.

—Puedo verte allí —musito.

—Claro que puedes. Encajo en todas partes. —Se detiene mientras se queda mirando a la nada—. Cuando tenía catorce años, estaba obsesionada con la música vieja. No sé por qué.

Escucho, me gusta tener a alguien con quien hablar en la casa.

—Descubrí que Surf City, en Estados Unidos era en realidad Huntington Beach, California. Así que una mañana lluviosa tomé el Ford Woody del 47 de mi padre —continúa, y se ríe un poco—, lo único que tenía que me gustaba, y conduje hasta Surf City. Mis padres seguían en la cama, y yo estaba de vacaciones de primavera de la escuela. Nunca había tomado uno de sus coches. Ni siquiera tenía licencia. Solo tomé una mochila llena de libros y… conduje hasta ahí.

Sus ojos caen, con algo que no puedo leer arrugándole las cejas. Estrecho mi mirada mientras la veo jugar distraídamente con el dobladillo de mi camisa que lleva.

Algo sucedió ese día.

Cuando vuelve a hablar, su voz es casi un susurro.

—Todavía era temprano cuando llegué allí. Me senté en la playa, mirando las olas de la mañana. —Una mirada melancólica llena sus ojos—. Era hermoso. A la gente le encanta mirar el mar al amanecer o al atardecer, pero a mí me encanta mirarlo justo antes de que salga el sol o justo después del atardecer.

Un destello de emoción ilumina sus ojos grises cuando me mira.

—Todo está tranquilo, y el agua tiene un tono azul- grisáceo, como nubes de tormenta. Un océano de nubes de tormenta —reflexiona—. El sonido de las olas en armonía a través de tu cuerpo. Las gotas salpicadas golpeando tus hombros. El horizonte infinito y el sueño de ir y perderse en algún lugar ahí fuera. No hay nadie allí. Es pacífico.

Una mirada solemne la toma, y sostengo mi cerveza con ambas manos, mirándola.

—Después de un rato —continúa—, finalmente me levanté, tomé mi mochila y me la até. Era tan pesada por los libros que casi se me doblan las rodillas.

Traga.

—Pero me mantuve fuerte —murmura—. Y caminé hacia el agua. Aprieto mi mano alrededor de la botella. *Caminé hacia…*

—Caminé hasta que el agua llegó a mi cintura —dice en voz baja, mirando fijamente—. Y luego hasta mis hombros.

Con un paquete de libros a la espalda como peso.

—Y, cuando el agua llegó a mi boca, empecé a nadar —me dice —. Luchando como pude en el agua tan rápido y fuerte como pude, porque no era fuerte, y sabía que en cualquier momento el peso de la mochila me derribaría, pero quería ir más lejos. Necesitaba que fuera más profundo.

Duda, y susurra sus palabras como si estuviera pensando en voz alta.

—Tan profundo que no *pudiera* regresar. Tan profundo que no podría volver. Mis pies ya no rozaban el fondo. Me iba. Más y más lejos.

Conozco esa sensación. El borde sobre el que bailamos cuando queremos llegar al punto de no retorno, para no tener más remedio

que seguir adelante, pero siempre me acobardo. Siempre temo hacer cosas que no puedo deshacer.

—Recuerdo ese último momento —dice, con gotas que brillan en su ahora curtida piel—. Cuando mis músculos quemaban, porque había usado cada gramo de fuerza para mantenernos a flote a mí misma y al paquete. El último momento, sabiendo que estaba a punto de hundirme. El peso me tiraba hacia abajo. —Sacude la cabeza suavemente—. Me dejé llevar. Deja que suceda, me dije. Hazlo. Decídete. Déjate ir.

Puedo verla, en algún muelle cercano mientras lucha por mantener la cabeza en alto y sabiendo que no hay casi nada salvándola de las profundidades.

—Dejé caer el paquete. —Parpadea—. Ni siquiera me hundí.

Lógicamente, lo sabía. Todavía está aquí, ¿no?

Pero, aun así, me alegra saber que no fue una decisión difícil quedarse.

—¿Por qué no te dejaste ir? —pregunto.

—No lo sé. Tal vez no fuera en serio.

Extiendo la mano y le rozo la mandíbula con el dorso de los dedos.

—O tal vez sabías que lo tenías controlado y que ibas a estar bien.

Todo el mundo contempla el suicidio en algún momento, aunque sea sólo un minuto.

Y una cosa es generalmente la causa principal. La soledad.

Debería haber estado con nosotros. ¿Por qué no estableció contacto mi padre para invitarla a pasar los veranos? Sus padres la habrían dejado. Probablemente habrían estado felices de deshacerse de ella.

Y yo también habría estado feliz con alguien con quien hablar. No me habría sentido tan solo.

—¿Alguna vez se dieron cuenta de que te escapaste? —pregunto. Asiente.

—Alrededor de un mes después. Cuando recibieron la factura de todos los libros atrasados de la biblioteca que tiré al fondo del mar.

Una risa brota de mí, y tiro de su trenza de nuevo, viéndola sonreír ella también. Primera lección para robar el coche de papá, cariño, cubre tus huellas.

Tomo otro trago y le paso la cerveza.

—¿Vuelves alguna vez a esa playa?

—Cada vez que llueve —responde, volviéndose para mirarme —. Excepto que ahora traigo un libro y mis auriculares.

Toma un gran trago y me devuelve la botella.

Me gusta esto. No puedo recordar la última vez que esta casa se sintió tan bien.

—Lo tienes controlado —la oigo decir. Levanto la vista para verla mirándome.

—Y vas a estar bien —termina.

Me repitió mis palabras.

Y mejor aún… no tuve que decírselo. Si mi padre pudiera ver algo más allá de la punta de su nariz….

—Enjuágate —dice, poniéndose de pie—. Y date prisa.

Dejo el resto de la cerveza, dejándola en la jabonera, y me levanto, cambiando de lugar con ella. Nuestros pechos se rozan mientras ella pasa, y yo reclino la cabeza, dejando que el agua corra sobre mi cuero cabelludo. Inmediatamente se vuelve hacia la parte de atrás de la bañera para darme privacidad.

—Puede que quieras salir. —Tiro de su trenza dos veces—. Para poder desnudarme.

—Estoy empapada. Como quieras.

Me quito los vaqueros y los escurro, los tiro lejos la ducha y veo que sus ojos me siguen. Su espalda se endereza mientras se agarra las manos detrás de la espalda en una calma forzada.

Me lavo y froto los músculos de mi cuello, pero no puedo quitarle los ojos de la espalda en todo el tiempo.

Necesita muchas cosas, y todas son cosas que no se pueden comprar. Necesita reírse y emborracharse. Necesita que le hagan cosquillas, la acaricien, la lleven en brazos y se burlen de ella. No quiero verla llorar pero, si lo hace, quiero que sepa que hay consuelo.

Tiene un hogar.

Empujo el cabezal de la ducha hacia la pared, para no mojarme, y tomo una toalla del estante, envolviéndola alrededor de mi cintura.

Acercándome, me paro justo detrás de ella, disfrutando de su nerviosismo. Apenas respira.

Y entonces se me ocurre qué más podría necesitar una joven, y mi sonrisa cae.

¿Cómo se siente cuando se deja llevar?

Tomo su trenza, frotando el cabello entre mis dedos mientras me lamo mis repentinamente secos labios.

Ella me mira, con sus ojos muy abiertos por una vez, y parpadeo, sacándome de ahí.

Tiro suavemente de su trenza otra vez.

—¿Tortitas de arándanos? —pregunto.

Bato mis pestañas, haciendo mi mejor puchero.

—¿Con arándanos extra? —ruego.

Ella frunce los labios y se cruza de brazos, apartando la mirada.

Pero no dice que no.

—Gracias. —Y luego le planto un beso en la frente y tiro con fuerza de su trenza otra vez, riéndome y saltando de la bañera mientras me da una palmada en la espalda ante mi escape.

Corro la cortina de la ducha para ella y saco otra toalla del estante, secándome el cabello.

Dándome la vuelta, voy hacia la puerta la puerta y giro el pomo, pero entonces veo salir algo de la ducha por el rabillo del ojo y me detengo.

La camisa de franela de Tiernan, la mía, está en el suelo fuera de la bañera, olvidada.

Levanto los ojos, apretando el pomo de la puerta mientras su silueta a través de la cortina blanca de la ducha se mueve. Los pantalones cortos son los siguientes en caer, y aparto la mirada, todavía agarrando el pomo.

Mi cuerpo se calienta.

Ya puedo oírlo. Los vientos invernales que soplarán a través del ático en un par de meses. El olor de la nieve que vendrá este

invierno.

Meses de una casa tranquila y de oscuridad y habitaciones con ella en ellas. Momentos, duchas, rincones, noches silenciosas…

Y, por una vez, podría estar emocionado de estar aquí.

Sin pensarlo, giro la cerradura de nuevo y la miro a través de la cortina.

Casi puedo ver su ropa interior pegada a su cuerpo. La forma de sus pantorrillas y muslos tonificados.

¿Y si le gusto? ¿Y si es solo una vez? ¿Un secreto? ¿Algo que mi padre nunca tiene que saber?

Tal vez no hoy, pero tal vez mañana. O la semana que viene. Aquí, en la ducha, donde nadie tiene que verlo.

Pero sacudo la cabeza y abro la puerta, y me voy rápidamente. Por Dios*. Eso no es lo que necesita.*

Y otra persona en mi lista no es lo que necesito yo.

Necesito que me examinen la cabeza. La pobre chica acaba de perder a sus padres.

—Vaya —dice Tiernan, saltando de la camioneta y mirando la cascada.

Llevó dos horas hacer las tareas, llenar el camión con cervezas, aperitivos y aparejos de pesca, para luego conducir hasta aquí.

Doy un portazo cuando Kaleb empieza a caminar hacia el agua.

—Sí… —Miro a través del pequeño estanque, a la cascada que se derrama sobre el acantilado, golpeando la superficie, y el agua tranquila que fluye de la alcoba hasta un arroyo a la izquierda.

—Puedo ver por qué te quedaste —dice, sonriéndole a mi padre. Él le sonríe, quitándose la camisa.

Miro a Tiernan, y veo que un rubor cruza sus mejillas mientras desvía sus ojos hacia la cascada.

Aprieto los dientes.

—¿Verdad? —respondo sarcásticamente—. Porque el resto del mundo no tiene nada más que ofrecer.

Le echo una mirada a mi padre y veo que sus ojos se estrechan hacia mí.

—Trae la hielera —ordena.

Sonrío para mí mientras hago lo que me dicen. Sacando la hielera de la parte trasera de la camioneta, la llevo hasta el banco de arena y Tiernan me sigue. Me molesta que fuera sola al otro estanque, pero me alegra que la hayamos traído a este por primera vez. Este es más divertido.

—¿Nadie más viene aquí? —pregunta.

Bajo la hielera, viéndola mirar por la pequeña y vacía playa.

—Sí —le digo—. Pero todavía es temprano. Pero en el invierno lo tendremos para nosotros solos.

Me quito la camisa y los zapatos a patadas.

—Un lago congelado —reflexiona—. Para nosotros solos. Fantástico.

Los acantilados se elevan frente a nosotros, y el agua se derrama mientras los árboles y el follaje nos rodean, protegiéndonos de la fuerte luz del sol, pero a la izquierda los árboles se despejan un poco para el río mientras cae sobre las rocas. El granito y el musgo llenan mis fosas nasales, y podría disfrutar de la vista si no hubiera estado ya aquí mil veces.

Miro a Tiernan, y me gusta esa vista más. Lleva un par de pantalones cortos blancos y una de sus propias camisas a cuadros, pero es rosa y azul y ajustada como las más caras. Examino su conjunto. ¿Va a nadar con eso o…?

—¿Estás bien? —le pregunto, al fijarme en que está mirando fijamente.

Pero, cuando sigo su mirada, veo que está mirando a Kaleb. Sube el acantilado junto a la cascada, vestido sólo con vaqueros.

—Sí.

—Vamos a bucear —le digo—. ¿Quieres venir?

—¿Bucear? —Se pone las gafas de sol sobre los ojos—. ¿No asustarás a los peces?

Me río.

—Excusas, excusas.

Y me meto en el agua, sumergiéndome después de unos pocos metros. La cascada salpica, agitando el agua fresca, y no puedo quitarme la sonrisa de la cara mientras alcanzo a mi hermano.

—Es definitivamente una razón para quedarse, ¿no? —le digo, a unos pocos metros por encima de mí—. Me gusta tenerla cerca.

Kaleb sigue adelante, arrastrándose por la pendiente hasta la cima de la cascada.

—Asiente una vez si estás pensando las cosas que yo estoy pensando —digo.

Finalmente me mira, con sus ojos oscuros muertos como siempre, mientras detiene su ascenso.

Pero sigo adelante.

—Sé que lo estás —me burlo—. La otra noche ibas tan fuerte que no pudo decir ni una palabra.

Su mirada se dirige hacia lo lejos, hacia la playa donde está Tiernan. Yo también miro, viendo que se ha quitado la camisa, con un bikini blanco en un cuerpo que esconde muy bien bajo mi ropa. Sus pechos son casi demasiado grandes para la parte superior, pero se queda con pantalones cortos mientras se sienta en una toalla, con los brazos apoyados en las rodillas, y nos mira a través de sus gafas de sol.

—¿Cómo se sintió? —pregunto.

Pero cuando me doy la vuelta Kaleb está subiendo de nuevo, y el sudor hace que su cabello negro se pegue a su cuello y sienes.

—¿Kaleb? —Agarro un guijarro y se lo tiro a las piernas—. ¿Cómo fue?

Me mira con el ceño fruncido pero sigue adelante.

La miro de nuevo. Mi padre está en cuclillas a su lado, mostrándole cómo cebar un anzuelo. Tengo que darle crédito, le sigue la corriente. Yo odio pescar.

—Me pregunto cómo se siente cuando es feliz —le digo—. Cuando se entrega a alguien y se deja quererlo.

Me encantaría ver cómo es cuando está viva.

—Odié eso ayer, ¿sabes? Verla así. —No sé si está escuchando, pero la sigo observando—. Nos necesita.

Yo necesito otra presencia en la casa si voy a pasar otro invierno aquí. Me vuelvo hacia Kaleb, y se ha detenido. Me mira.

—No busques escapar —le advierto—. Lo digo en serio. Si ella se queda, yo me quedo. —Y luego agrego—: Al menos durante el invierno.

Tiernan

—Dijiste que no querías pescar —dice mi tío detrás de mí.

Enrollo el sedal, mirando por encima del hombro y viéndolo acercarse.

Me doy la vuelta. Me encontró.

Mi camisa de franela, atada alrededor de mi cintura, se mueve contra mis muslos mientras la piel de mi espalda y hombros desnudos se eriza.

Se detiene a mi lado, cebando su anzuelo.

Después de que los chicos se lanzaran desde el acantilado hace un rato, Jake intentó hacerme pescar, divagando sobre cómo funcionan el carrete y la caña y cómo sacar los peces, pero apenas escuché. El salto de Kaleb desde la cima de la cascada hizo que mi estómago se hundiera aún más de lo que ya lo había hecho durante mi interacción con Noah esta mañana.

No había querido que saliera de la ducha. Esperé a que me tocara.

—No te gusta recibir ayuda, ¿verdad? —me pregunta Jake.

Respiro hondo. *No.* Es por eso por lo que decidí escabullirme aquí cuando no estabas mirando, para hacerlo por mí misma.

Observo el flujo de agua donde mi sedal desaparece debajo de la superficie. ¿Los peces realmente nadan en arroyos con tanta corriente?

—No la estás pidiendo, ¿sabes? —continúa, tratando captar mis ojos—. Me estaba ofreciendo.

—Soy una solitaria.

Él resopla por lo bajo. La corriente tira del sedal y lo recojo unos cuantos centímetros mientras él lanza el suyo, con el carrete sonando fuertemente.

Se aclara la garganta.

—Entonces, ¿cómo es que puedes disparar, pero no pescas?

—Nunca intenté aprender.

—¿Y ahora?

Le lanzo una mirada.

—No quiero ser la única que no sabe cómo.

No quiero que los chicos hagan todo por mí. Y aprender cosas nuevas me mantiene ocupada. Puedo hacer origami, tocar tres canciones en el ukelele, escribir setenta palabras por minuto y que solo me tomara tres meses entrenarme para hacer el pino.

—Competitiva, ¿eh? —pregunta.

—No, ¿por qué? —Arqueo una ceja—. ¿Es un rasgo de la familia de Haas?

—No, uno de los Van der Berg.

Lo miro. Esperaba un comentario sobre mi familia.

—Ahora eres nuestra —dice y baja la mirada para mirarme a los ojos.

Ahora eres nuestra.

Aquí eres una Van der Berg, dijo Noah*.*

Los suaves ojos de Jake se quedan en los míos y la forma en que me mira hace que haya calor burbujeándome en el pecho y no sé por qué. Noah y Kaleb parecen estar a kilómetros de distancia.

Aparto la mirada, repentinamente consciente de que está medio vestido, pero su mirada permanece en mí. Puedo verlo por el rabillo del ojo mientras giro mi sedal para que retroceda un poco. Su olor me rodea: una mezcla de hierba, café y algo más que no puedo ubicar.

—Estas cosas son como cuerdas —dice, y siento que toma una de mis trenzas.

Aprieta mi gruesa trenza rubia con su puño y la suelta, aclarándose la garganta.

—¿Puedo decirte algo? —pregunta.

Lo miro, con el corazón latiendo rápido.

—Por lo general, los peces se quedan donde hay un cambio en la corriente o un cambio en la profundidad —me dice—. ¿Ves ese remolino de allí? ¿El agua quieta junto a la roca?

Sigo donde está señalando, mirando más allá del pequeño rápido y el agua clara.

Asiento.

—Ahí es donde queremos llevar tu sedal —explica—. Esperarán a que los insectos, los pececillos y todos los otros pequeños muchachos sean arrastrados rápidamente.

Oh.

Tiene sentido. Pensaba que los peces nadaban por todas partes. Dejando su caña, toma la mía, la enrolla y luego toma mi mano, llevándome hacia el arroyo.

Aprieto mi agarre, sintiendo los surcos de su áspera palma en la mía, casi queriendo pasar mis dedos entre los suyos para sentirlo más.

Mis pies golpean el agua fría y mis zapatos se llenan instantáneamente mientras caminamos unos pocos metros y él se pone detrás de mí, tomando mi mano con la suya y poniendo las de ambos en la caña.

Me quedo quieta, su pecho desnudo cubre la piel de mi espalda y cierro los ojos un momento.

Echando nuestros brazos hacia atrás, al unísono, lanza el sedal, dejándolo volar hasta el estanque quieto y haciéndolo retroceder.

—Si no te gusta pescar —dice detrás de mí, con su voz baja y ronca—, hay una cueva detrás de la cascada. No es tan profunda, pero es pacífica.

Lanzamos el sedal de nuevo, intentando llegar un poco más allá.

—Suena como un buen lugar para que los adolescentes hagan cosas malas —bromeo.

—De hecho… —se ríe.

Oh, genial. Ahora me puedo imaginar lo que los chicos hacen allá atrás, creciendo aquí como lo han hecho.

—Si un chico te lleva allí —me dice—, ahora sabrás lo que busca.

—Entonces tal vez deberías llevarme tú.

Él deja de girar el carrete y yo dejo de respirar. Eso sonó…

Oh, Dios mío.

—Estaré más segura contigo —me apresuro a agregar, girando la cabeza para mirarlo—. ¿Verdad?

Me mira fijamente, casi como si él tampoco estuviera respirando.

—Sí —murmura. Termina de volver a enrollar el sedal y se lo quito. Levantando el brazo lentamente para darle tiempo para quitarse de mi camino, lanzo el sedal, presionando mi pulgar en el botón tan pronto como mi brazo se extiende frente a mí. El anzuelo, plateado bajo la luz del sol, destella mientras vuela y aterriza justo en el extremo más alejado del arroyo.

—Bien —dice—. Una vez más.

Su calor cubre mi espalda, haciendo que el resto de mi cuerpo pierda calidez. Enrollo el sedal de nuevo.

Sosteniendo la caña, inhalo por la nariz y finalmente identifico la parte de su aroma que no pude ubicar antes. Madera quemada. Huele a una noche de otoño.

Incapaz de detenerme, me recuesto un poco, encontrando su pecho con mi espalda mientras pone su mano sobre la mía en la caña.

—¿Te estoy molestando?

—No. —Sacudo la cabeza

Aquí estoy, diciendo que no necesito ayuda, pero no quites la mano.

Ajusta su agarre sobre el mío, ambos sosteniendo el mango con mi brazo descansando sobre el suyo.

Retrae mi brazo.

—Atrás —susurra con mi pulgar en el botón y su pulgar sobre el mío. Y luego lo tiramos, sacudiendo nuestras muñecas cuando grita—: Suelta.

Lanzando el sedal lejos, hacia la corriente.

Se mueve por el aire, arrastrado por el peso del cebo, y cae al agua con un golpe.

Su pecho se mueve rápidamente detrás de mí y apenas puedo escuchar su voz cuando dice:

—Eso estuvo bien, Tiernan.

Pero no se mueve.

Un ligero sudor cubre mi frente, mis pechos se agitan y me pregunto si sus ojos están en ellos. Espero que…

—No hemos tenido a una mujer viviendo en la casa desde su madre —me dice—. No tengo un… un gran historial en cuanto a cuidar de mujeres.

Lo miro por encima del hombro. Sacude la cabeza y susurra:

—Sin importar cuánto lo intente.

Su frente está marcada por el dolor mientras se centra en la corriente y mi garganta se contrae.

Su primer amor se suicidó y la madre de sus hijos fue enviada a prisión. Se siente responsable.

—Pensé que estaba protegiendo a Kaleb y Noah, manteniéndolos aquí aislados —dice, observando su sedal—. Pero creo que me rendí. No quería volver a fracasar.

Lo a miro a los ojos y lo jóvenes que aún son. Cómo traicionan todas las cosas que todavía quiere.

—Ni siquiera tenía ganas de intentarlo —murmura. Luego me mira y todo lo demás se detiene.

—Pero ahora te tenemos a ti —me dice.

Su mirada acalorada me mantiene congelada y algo tira de cada centímetro de mi piel, rogando.

Sus manos. Sus ásperas manos.

El calor se acumula en mi vientre bajo y estoy mojada. Lo siento entre mis muslos mientras palpito, y la vergüenza sube por mis mejillas.

La caña de pescar cae de mis dedos, salto, respiro hondo y veo cómo la corriente se la lleva, flotando sobre la corriente.

—Lo siento —digo rápidamente. Mi boca se abre y retrocedo, mirando a Jake—. Yo…

Lucho por mantener el equilibrio en las rocas mojadas. Él sacude la cabeza, con su voz amable.

—Está bien —dice, mirándome—. Tiernan…

—Lo siento de veras —digo de nuevo y me alejo corriendo, volviendo rápidamente a la playa y dirigiéndome al estanque.

Necesito sumergirme. Necesito todo mi cuerpo bajo el agua fría.

Oh, Dios mío. ¿Qué fue eso? ¿Sabía él lo que estaba pensando? ¿Lo vio? Él estaba confesándolo todo, y yo parada ahí, excitándome…

Corro hacia el estanque, los chicos no están a la vista. Dejando caer mis pantalones cortos y quitándome los zapatos, me meto en el agua a unos metros y me sumerjo, con el agua fresca cubriendo mi cuerpo y acariciando mi cuero cabelludo. Mis poros se abren, liberando más calor, y sigo sumergida, sin querer salir y mostrar mi vergüenza.

Cuando mis pulmones están dolorosamente estirados salgo a la superficie, respirando profundamente. El agua de la cascada fluye, protegiéndome de cualquier otro ruido y envolviéndome con una especie de silencio mientras la niebla golpea mi cara.

Jake debe pensar que soy la típica chica. Inmadura. Errática.

Cierro los ojos y me hundo bajo el agua otra vez. *Dios…*

Nado alrededor de la cascada, agarrándome a la roca mientras el agua me golpea la espalda. El sol se ha ido y me levanto, jadeando por aire y alisándome mi cabello.

Miro a mi alrededor, con el agua golpeando detrás de mí y protegiéndome de todo. Veo la entrada de la cueva que Jake mencionó, y sigo el rastro por el saliente de la roca, dirigiéndome hacia ella, porque es un lugar decente para esconderme por el momento.

Mis pies tocan rocas afiladas bajo el agua, parches de agua helada golpean mi piel mientras me levanto ligeramente para apoyarme. El agua fluye en la cueva, con salientes a ambos lados, y el vello de mi nuca se eriza cuando miro alrededor de la negra guarida. Puedo subir por los senderos del lado del túnel y entrar más. ¿Quién sabe cuántas cuevas hay a los lados?

Reclinando la cabeza, siento que las gotas golpean mi cara por el techo que escurre, e inhalo el olor mohoso de la roca húmeda y la tierra oscura que se hunde en mis pulmones.

Hay un pulpo rojo gigante pintado en la pared de mi derecha, astillado y desgastado después de años de erosión. ¿Estaba aquí la última vez que mi tío estuvo?

¿Vienen los chicos aquí?

Mi estómago se revuelve cuando cierro los ojos, dejando que mi corazón se calme y mi cabeza se despeje.

No debería haber tenido esos pensamientos sobre Noah en la ducha.

Debí haber detenido a Kaleb en el momento en que empezó.

No debería sentirme… nerviosa cerca de Jake Van der Berg. Estoy desesperada por atención y confundida.

Se siente bien.

Y, ahora mismo, lo deseo. A la deriva detrás de mis párpados cerrados, me sumerjo profundamente en mi cabeza, en la oscura cueva y rodeada por el trueno del agua, para que nadie pueda oír mis pensamientos excepto yo.

Aquí estoy a salvo.

Él está allí. Cerca. Tomándome de la mano.

Lo sigo mientras me lleva a lo profundo de la caverna, y quiero ir con él. Quiero que me lleve hasta un lugar oscuro y privado.

Me detengo, y él se da la vuelta, acercándose detrás de mí y tirando de las cuerdas de mi top. Mi bikini cae, y mi instinto es cubrirme, pero merodea y levanta mis pechos con ambas manos antes de que tenga oportunidad.

Gimo ante las imágenes en mi cabeza, agarrándome a la roca para apoyarme. El diminuto pulso entre mis piernas palpita, y deslizo mi mano bajo el agua y dentro de mis bragas.

Respiro con fuerza. *Mierda*. Dios, quiero… Quiero…

Él me toca, tirando de mí con fuerza contra su pecho húmedo, y no habla. Esto es un secreto.

Se me endurecen los pezones y se asoman a través de la tela de mi traje de baño. Me froto el clítoris con el dedo medio en pequeños y lentos círculos. Agarrando la roca junto a mi cabeza, lo imagino

detrás de mí. Sacudo la cabeza, intentando imaginarme a alguien más

Podría ser cualquiera.

Pero es el mismo cuerpo duro, bañado por el sol, presionando contra mí, sus dedos ásperos contra mi suave carne, y yo estoy mojada y caliente, y…

Vacía.

Froto más rápido, jadeando y lloriqueando, sola en la cueva, pero necesito algo más. Algo que no puedo darme a mí misma.

Algo sólido dentro de mí y mi boca sobre él y sus ojos mirando un cuerpo que quiere tocar, pero no puede, y me toma con sus posesivas manos, con sus lujuriosos ojos, y hace que me lata el corazón en el pecho.

Odia a mi padre, pero a mí me desea.

Mi clítoris pulsa cuando siento la cresta del orgasmo, y quiero que me haga gritar y venir, sentir todo lo que estoy cansada de no sentir. Quiero estar sin aliento.

Fóllame.

Fóllame.

—¡No! —grita de repente alguien—. ¡Para!

Abro los ojos y saco la mano de mis bragas. El pulso entre mis muslos se acelera mientras el orgasmo duele y se desvanece.

—No, dije… —Pero su voz baja hasta ser un murmullo, y me lanzo a mirar alrededor, buscando a cualquiera.

¿A quién?

Dios, si alguien lo vio…Giro el cuello, examinando la caverna vacía sin ver ningún otro cuerpo en la piscina o junto a la cascada.

—¡Ay! —grita una mujer, y escucho un ruido mientras me alejo.

Nadie más estaba en la playa cuando llegamos, y no vi que nadie más apareciera. ¿Quién…?

Pero justo cuando me sumerjo de vuelta en el agua, preparándome para salir corriendo, una figura emerge de la oscuridad, y me congelo cuando una joven sale de algún túnel o cueva adyacente.

Me ve y se detiene.

Cici Diggins. La mujer de la farmacia un demasiado interesada en quién era yo. Debe haber llegado mientras yo estaba pescando. Lleva un bikini azul, con su cabello largo y oscuro mojado y derramado a su alrededor, y veo un chorro de sangre saliendo de una de sus fosas nasales.

Entrecierro los ojos. ¿Por qué está sangrando…?

Pasa junto a mí, arriba en la cornisa, y se sumerge de nuevo en el agua, desapareciendo más allá de la cascada.

¿Qué demonios? ¿Quién la golpeó?

En ese momento, oigo guijarros que se mueven, y me doy la vuelta a tiempo para ver a Kaleb salir del mismo túnel del que ella acaba de salir.

El agua brilla en sus oscuros ojos cuando se encuentran con los míos, y da un paso adelante, cayendo en el agua y hundiéndose hasta la cintura, vestido solo con sus vaqueros.

Camina hacia mí, y yo retrocedo hacia la cascada, sin pestañear.

¿La golpeó? Escudriño su cara y su cuerpo, sin ver ninguna marca de defensa.

La habitación está oscura, y solo estamos nosotros; su dura mirada se concentra en mí cuanto más se acerca, y mi corazón salta hasta mi garganta.

Pero, entonces… pasa justo a mi lado. Sumergiéndose debajo de la cascada, él también desaparece, y el miedo a lo que me había estado haciendo bajo el agua con ellos justo aquí afortunadamente se ve ensombrecido por lo que estaba pasando en ese túnel.

¿Sobre qué estaba discutiendo con él? No le hizo eso él, ¿verdad?

¿Y cómo diablos se discute con alguien que no habla? ¿Cómo funciona eso?

Salgo de la cueva, nado bajo el agua y vuelvo al medio del estanque.

Mi tío carga la camioneta a lo lejos, Noah le ayuda, y veo a los chicos trabajando; mis mejillas se calientan al recordar mi fantasía. Nunca le puse una cara en el sueño, pero sé quién era.

No pasa nada.

Todo el mundo tiene pensamientos. Todos se tocan. Un terapeuta diría que estoy buscando una salida para hacer frente a

mis problemas. Eso es lo que es, y mejor esto que drogas o alcohol.

La brisa hace que el agua se ondule y me mojo los labios, mojándolos mientras veo a los chicos cargar el camión.

Sin embargo, me sentí bien. La sensación de él a mi espalda, su olor a mi alrededor, el pensamiento de su cama cubierta de ese olor…

—¡Tiernan, vamos! —me grita Noah.

Pestañeo, mirándolo. Se sube a su motocicleta.

—Están organizando una carrera de última hora en Gent —grita —. ¡Vámonos!

¿Una carrera?

Kaleb lanza su pierna sobre la otra motocicleta mientras Jake se sube a la camioneta, y yo asiento rápidamente, nadando hacia la orilla.

No estoy segura de lo que es una carrera de última hora, pero suena ruidoso. Y lleno de gente.

Dos cosas que típicamente odio, pero tal vez Jake no tenga razón esta vez. Tal vez una distracción agradable, no familiar, lejos de la montaña es exactamente lo que necesito, después de todo.

Estoy segura de que los tres tipos más guapos de la ciudad viven bajo mi techo, pero vamos a Gent, ¿no? Una nueva piscina de bombones, como diría Noah.

—¿Qué es una carrera de última hora?

Jake me mira mientras atraviesa la multitud y gira hacia un claro a la izquierda.

Colinas verdes se alzan a ambos lados frente a mí mientras el sol se retrae lentamente y el humo de la hoguera me hace picar los ojos. Petardos, restos del cuatro de julio, probablemente, estallan a lo lejos, e inhalo el olor de la barbacoa.

—Una buena oportunidad para establecer contactos —responde — Es casi la temporada baja. Es solamente un montón de corredores, vendedores y patrocinadores aprovechando unas buenas prácticas finales y algo de dinero.

La camioneta se balancea sobre el terreno de hierba y tierra, y finalmente frena, estacionándola.

—¿Qué voy a hacer aquí? —le pregunto.

—Quedarte bajo nuestra carpa, eso vas a hacer.

Salta, y lo sigo hacia la parte de atrás mientras baja la puerta.

Frunzo el ceño pero lo ayudo a descargar. Noah viene acelerando con Kaleb detrás, y aparto la mirada, tomando el otro extremo de la tienda para Jake.

¿Cómo consiguió Cici una nariz ensangrentada? Necesito hablar con Jake sobre eso. Estoy viviendo con Kaleb, y Jake no sabe lo agresivo que se puso conmigo la otra noche. ¿Qué pasa si hay más que no sabe?

Miro por encima del hombro a Kaleb de nuevo, con sus vaqueros ahora casi secos y una camiseta negra puesta. Se quita el casco y lo cuelga en el manillar, ignora a las personas que lo llaman y camina para tomar una cerveza de la hielera.

No me mira antes de darse la vuelta y desaparecer entre la multitud.

—Tiernan.

Vuelvo mi atención hacia mi tío y sigo caminando.

Nos lleva a los dos veinte minutos, no hay opción, porque los chicos se fueron, tener todo el equipo, carteles y pantalla preparados. Jake coloca las motos de los chicos en cada extremo de la mesa, y yo saco el altavoz Bluetooth que teníamos mientras pescamos y lo sincronizo con mi teléfono, comenzando una lista de reproducción.

"Nobody Rides for Free" de *Ratt* suena, y él se ríe por lo bajo, lanzándome una sonrisa. Adecuado, supongo.

Levantando mis mangas enrolladas, tomo algunas pegatinas de la mesa y me pongo frente a la carpa, entregándoselas a los transeúntes. Jake me mira y le ofrezco una media sonrisa mientras se dirige a hablar con una pareja mirando una de las motos.

No estoy segura de por qué, pero me siento mal porque Kaleb y Noah lo hagan luchar por cada centímetro de ayuda. No soy de las que están del lado de los padres, pero Jack, tras pasar por lo que

pasó para llegar hasta aquí y construir todo esto, se merece una familia.

Supongo que no me gusta verlo solo en todo.

—Me voy a ir —dice Noah, entrando en la carpa y agarrando su casco.

Lleva puesto el equipo de carreras, pantalones negro y naranja y camisa de manga larga con el número setenta y ocho en la parte delantera y trasera. ¿Va a correr?

Al verme, se detiene y sonríe. Vuelve a dejar el casco y viene detrás de mí, me rodea la cintura, levanta mi camisa y ata las dos extremos. Lo anuda justo debajo de mis pechos, dejando mi estómago desnudo, y luego me guiña un ojo con sus engreídos ojos azules. Yo frunzo el ceño.

—Si te ves así, ellos vendrán —canturrea—, y por venir quiero decir…

Le doy un manotazo. *Asqueroso*.

Él solo se ríe, alejándose para agarrar su casco, y yo toco el nudo, tratando de aflojarlo para bajarme la camisa.

Pero entonces hay un chico de repente frente a mí.

—Hola —dice, extendiendo la mano en busca de una pegatina gratis de Van der Berg.

Él sonríe, y yo tuerzo mis labios hacia un lado mientras le doy una. Bieeeeeeeeeen.

—No hables con ningún patrocinador —escucho la orden de mi tío.

Me giro para ver a Noah meterse algo en la boca desde el refrigerador y alejarse.

—Podría hacerlo si gano —murmura sobre su comida.

—Si la *moto* gana —replica Jake—, asegúrate de que todos sepan quién la hizo.

Algunas personas más pasan a mi lado, haciendo una pausa para tomar una pegatina.

Noah pasa corriendo, saliendo de la carpa, y escucho al locutor acercarse al altavoz, sonando como si tuviera el micrófono metido en la garganta.

Los motores aceleran y la multitud sube corriendo la colina para conseguir una vista mejor, supongo. Miro por encima del hombro, a mi tío sentado en una silla con la cara enterrada en el motor, o el carburador o lo que sea, que trata de actuar como si ese tornillo realmente necesitara ser apretado.

—¿No vas a mirar? —le pregunto.

No responde, y aprieto las pegatinas en mis manos mientras miro la multitud. La pista de tierra pasa por aquí, pero la línea de partida esta fuera de mi vista. Las estrellas salpican el cielo azul de medianoche, y el resplandor de las luces sobre la colina me atrae.

¿Kaleb lo está observando? Parece que alguien debería estarlo.

Mis piernas pican con la necesidad de salir con todos los demás, pero me quedo plantada.

La pista se despeja, y el locutor comienza a gritar por el altavoz. Sé que las carreras normalmente empiezan con un lanzamiento en la entrada, pero no estoy segura de si debo escuchar también un disparo o algo así.

Sin embargo, un momento después la multitud en la colina se comienza a animar y a moverse, y sé que ha comenzado. La dirección de sus miradas cambia, y yo endurezco mi columna vertebral y me muevo un poco, desesperada por ver lo que está pasando.

Le echo un vistazo a mi tío, buscando cualquier reacción, pero está muy concentrado como si ese neumático trasero fuera lo más importante del mundo.

Alguien debería estar mirando a Noah.

Avanzando lentamente, miro la multitud en la colina, observando sus cuerpos moverse lentamente hacia la izquierda mientras sus ojos siguen a los corredores, y llevo mi mirada en esa dirección justo a tiempo para ver un montón de motos de carreras corriendo por la curva. El polvo se levanta, su zumbido se vuelve más fuerte cuanto más se acercan, y doy un paso adelante, viéndolos desaparecer detrás de un salto y reaparecer rápidamente, volando por el aire antes de desaparecer de nuevo.

El suelo vibra bajo mis pies, con el ruido de la multitud y las maquinas pulsando contra mi cuerpo, y sonrío, levantándome de

puntillas para buscar a Noah.

Las motos se acercan y mi estómago cae a mis pies mientras reclino la cabeza, viendo a Noah saltar, con su cuerpo en sus pantalones naranja y negro y la camisa inclinada directamente sobre el manillar antes de volver a bajar. Me río, y mi mano sale disparada hacia mi cabeza mientras lo veo pasar corriendo con su casco.

Tengo un impulso repentino de poner las manos alrededor de mi boca y animarlo.

Pero me detengo a medio camino y aplaudo en su lugar. Es muy bueno.

Es increíble. Y está en primer lugar.

La misma moto verde que vi en casa de Van der Berg hace un par de días lo sigue, supongo que es Terrance Holcomb.

Moviendo mi sonrisa, veo a mi tío todavía absorto en su trabajo.

¿Cómo no puede ver esto?

La envidia me paraliza. Parece que Noah se divierte mucho.

Pero ya no puedo detenerme. Rápido, antes de que Jake tenga la oportunidad de detenerme, me apresuro por la pista detrás de que las motos han pasado y subieron la colina verde.

Miro a mi alrededor, viendo si Kaleb está cerca, pero no lo veo.

Uniéndome a la multitud en la cima, me meto entre dos personas a tiempo para bajar la mirada y ver a Noah corriendo por la línea de meta cabeza a la cabeza con Holcomb.

Acelera su motor, levantándose sobre la rueda trasera, y corre por encima de la línea de meta, sólo unos momentos antes que todos los demás mientras aterriza en ambas ruedas de nuevo.

La voz del locutor retumba, los aplausos suenan, y veo a Noah lanzar su puño en el aire.

Aplaudo suavemente, mi corazón late demasiado fuerte. Bien por él.

Estoy un poco celosa de que sea tan bueno en algo como esto. Yo nunca he sido buena en nada.

Dándome la vuelta, regreso a la carpa, los espectadores se dispersan y la música empieza de nuevo.

Jake sigue ocupado trabajando en algo que estoy segura ya está bien, y me dirijo al puesto de comida que hay al lado de nuestra carpa, tomando unos nachos y queso.

Dando un pequeño mordisco, me acerco a mi tío.

—¿Quieres?

Él me mira a los ojos pero no mira para ver lo que tengo.

—No, gracias.

Lo observo mientras sumerjo otra papa en el queso.

—Él es realmente bueno —le digo. Simplemente asiente, volviendo a su trabajo. Estrecho los ojos. Jake no es como mi padre. Pero es él.

Hannes no me habría mirado, porque no le habría importado. Jake se niega a apoyar a Noah en esto. ¿Por qué?

Caminando hacia él, estoy a punto de dejar mi comida y volver a repartir pegatinas, pero una multitud se dirige hacia nosotros, con la gente alrededor de Noah. Veo cómo se quita la camisa y la arroja sobre nuestra mesa, lanzándome una sonrisa arrogante mientras me quita los nachos. Toma un poco de queso, lo pone en mi nariz, y luego se lo come, chupándolo mientras yo gruño.

—Noah —le reprendo, retorciéndome, pero solo se ríe.

Estaba a punto de felicitarte. Pero… Me limpio el queso y su saliva de la nariz.

Robando mis nachos, se acerca a su padre.

—Sabes, puedo ser mucho más útil para Van der Berg Extreme si salgo en televisión.

—Sí, ¿y luego qué? —Jake mira a su hijo—. ¿Qué crees que vas a hacer después de que pasen tus quince minutos de fama o una lesión te envié a casa en una silla de ruedas?

Noah se burla, sacudiendo la cabeza.

—¿Estabas mirando al menos? —le pregunta—. ¡Gané! Los vencí a todos. Soy bueno y me encanta.

—Las carreras de motocross…

—No es algo con lo que ganarse la vida —termina Noah sarcásticamente, sonando como si ya hubieran tenido esta misma conversación cientos de veces—. Y mantenernos encadenados aquí en la montaña no es vida. Deberías lidiar con eso.

Se da la vuelta, empujando mis nachos hacia mí, y se aleja de nuevo, rodeando la cintura de una mujer joven, con ambos desapareciendo entre la multitud.

Me arriesgo a echar un vistazo a Jake, viendo su mandíbula flexionarse mientras tira de la llave de tubo en el sentido contrario a las agujas del reloj como si fuera la boca de su hijo la que está apretando en lugar de un tornillo.

Así que eso es todo.

No es difícil ver lo que Jake ama y valora acerca de vivir su vida en sus propios términos, lejos del horror de nuestra familia.

Pero Noah tiene hambre de algo más. No es perezoso, descuidado o sin inspiración. Es infeliz.

Bajando mi bandeja, camino y me apoyo en la mesa donde trabaja Jake.

—¿Tiene razón? —pregunto, escuchando al hombre en el altavoz anunciar otra carrera—. ¿Te estas escondiendo aquí?

Me echa un vistazo y luego se levanta para tocar la máquina, jugueteando con alguna cosa.

—Bájate la camisa —gruñe.

Arqueo una ceja, luchando por contener una sonrisa. Arroja la herramienta y se inclina sobre la mesa, dejando salir un suspiro.

—Malditos chicos… —dice sacudiendo la cabeza.

Me mira, dándome una sonrisa triste. Puede que no quiera que Noah salga herido como él, pero si Jake sabe algo es que nuestros padres no siempre saben que es lo mejor. Quiero decir, ¿quién dice que Flora habría sido su felices para siempre?

Pero él habría huido con ella de todos modos, porque queremos lo que queremos. Noah hará lo mismo.

—Hola —dice alguien.

Me giro y veo a Cici Diggins caminando hacia la carpa con las manos en los bolsillos de sus vaqueros mientras me mira.

Me quedo quieta. Ninguna de nuestras interacciones ha sido particularmente agradable. ¿Qué quiere?

Mi tío se aleja, para buscar en la camioneta algo; y yo miro de nuevo a Cici, su nariz no muestra ninguna señal de que estuviera sangrando hoy temprano.

—Hola —respondo finalmente. Ella extiende su mano.

—Cici.

La estrecho.

—Tiernan.

Supongo que no hemos sido debidamente presentadas.

—¿Estas bien? —le hago un gesto a su nariz. Pero ella solo exhala una carcajada.

—Soy la única que me hace daño.

Le libero la mano, sin estar segura de lo que significa eso.

Miro por encima de mi hombro. Jake abre la puerta de la camioneta, buscando algo en la guantera.

—Bueno, ¿quieres bailar?

Me doy la vuelta, mirándola. ¿Qué?

La gente se mueve alrededor de la hoguera y la canción fluye de los grandes altavoces apoyados en camionetas alrededor del estacionamiento. Pero la canción es lenta. Todos están cerca.

Sacudo la cabeza.

—No.

Pero de todas maneras ella me agarra de la mano y me arrastra hacia la hoguera. Me tropiezo siguiéndole el ritmo, tratando de soltar mi mano.

—Oye, para —ladro. No bailo bien.

Dando la vuelta, toma mi cintura y tira, y yo la empujo, pero ella es demasiado rápida. Agarra el nudo que ata mi camisa y tira de ella, y casi me da un latigazo cervical.

Le muestro los dientes, sintiendo mi estómago frotarse contra el de ella donde su camiseta sin mangas blanca se ha subido.

—Está bien —me dice sonriendo—. Sé que eres heterosexual.

Ella se mueve, balanceando sus caderas y frotándose un poco contra mí, y mi corazón late con fuerza en mi maldito pecho mientras mis pies se mueven para evitar caerme.

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—¿Estás diciendo que hay alguna posibilidad de que no lo seas? —pregunta, burlándose de mí.

Pongo los ojos en blanco.

—No deberías serlo —dice—. Soy más segura que un chico. Al menos no puedo dejarte embarazada.

No puedo evitarlo. Se me escapa una risa y me relajo un poco. Pero no demasiado.

—¿Por qué no dejas de actuar? —le digo—. Estás haciendo esto para llamar la atención de Kaleb.

Un poco de acción chica con chica, en la que seguramente se fijará, porque lo está intentando con alguien que vive en su casa.

Echo un vistazo a mi alrededor. Probablemente ni siquiera esté aquí, de todos modos. No lo he visto desde que estacionó su motocicleta. Probablemente fuera a casa con alguien más.

Ella baja sus manos a mi cintura y se acerca, con su nariz casi rozando la mía.

No sé por qué, pero me mantengo firme, inquebrantable.

—Necesitarías mucho más que esto para llamar su atención —amenaza en voz baja—. ¿Estás disponible más tarde?

Aparto la mirada, sabiendo exactamente lo que esta insinuando.

Sacudo la cabeza para aclararme. No voy a dejar que Kaleb me quite la virginidad con un trío. No voy a dejar que Kaleb haga nada nunca más, de hecho.

—Has oído la pelea en la cueva —me susurra al oído—. Estabas escuchando a escondidas.

¿Lo estaba?

—Nos seguiste —se burla—. Porque tú también lo deseas. Estabas celosa.

Esbozo una sonrisa, balanceándome con la música mientras subo los brazos y le rodeo el cuello…

Suficiente.

Me inclino hacia su oído.

—Ni siquiera sabía que estabas allí —susurro—. Me estaba escondiendo, porque me estaba tocando en el agua.

Ella estalla con un resoplido, levantando la cabeza y mirándome, incrédula.

Mi cara se sonroja, y no estoy segura de por qué le dije eso, pero tampoco me importa. No me gustan los juegos, y ciertamente no jugaré al suyo.

—¿En serio? —pregunta, casi con una mirada impresionada en su rostro—. ¿No eres famosita? Podría ir a Twitter y decirle a todo el mundo lo que me estás diciendo ahora.

Podría hacerlo de todos modos. Sea verdad o no.

Trucos como ese no le darán lo que quiere, de todos modos. No estoy en su camino.

—La gente hace lo que quiere. —Aprieto sus caderas, bailando—. Así que no me importa. Nada. Tu comportamiento no es asunto mío.

Entonces miro sobre su hombro, y lo veo. Kaleb.

Está de pie a lo lejos, más allá de la multitud, solo y apoyado en el tronco de un árbol. Me mira fijamente mientras se lleva una botella de cerveza a los labios y bebe, y yo me trago el nudo en mi garganta.

Y, a pesar del nudo que se hace en mi estómago cada vez que me mira, mi corazón bombea sangre caliente a través de mi cuerpo, llenándome con la promesa de anticipación.

La promesa de algo que está a punto de suceder. No puedo detenerme.

—Y, en unas semanas —le digo—. Ni siquiera sabré lo que está pasando en internet, de todos modos, porque estaré encerrada en la montaña durante meses y meses…

Hago una pausa y luego continúo, buscando un efecto adicional.

—Y meses. —*Con él,* no digo en voz alta, pero las palabras cuelgan en el aire.

Quiero que suene como una amenaza, aunque sea una amenaza vacía. No necesita saber que Kaleb me asusta o me trata peor que a los animales que caza. Al menos ellos son de valor para él.

Enderezándome, la miro a los ojos, sabiendo que, de noviembre a abril, tendré ventaja. Si lo quisiera. ¿Realmente quieres hacerme enojar?

—Te reto —amenaza.

—No estoy segura de que tenga que hacer nada.

Y pongo mis ojos detrás de ella, señalando los verdes oscuros de Kaleb que nos mantienen en trance como si no hubiera nadie o

nada más en la fiesta. Ella sigue mi mirada, viéndolo observarnos y, aunque mi amenaza es infundada, mi última frase no lo es.

Después de todo, ya me persiguió una vez.

De repente, una mano me agarra la parte superior del brazo, tira de mí y tomo un respiro, mirando a mi tío.

—Todo lo que tiene una polla las está mirando a ustedes dos —gruñe Jake, acusándome con los ojos.

¿Mirando? ¿Eh?

Me lleva un momento, pero empiezo a mover los ojos alrededor de la hoguera, viendo a la gente que nos mira a Cici y a mí, especialmente a unos cuantos grupos de chicos en las afueras del círculo que sonríen y se susurran.

Lo miro fijamente, liberando mi brazo.

—¿Nos habrías detenido si estuviera bailando con un chico?

—Si hubieras estado bailando con un hombre así en público te habría calentado el trasero.

Le echa un vistazo rápido a Cici y luego vuelve a mí.

—Nos vamos a casa.

Tomando mi mano, me lleva de vuelta a la carpa.

¿Qué demonios? Puede que me importe si hago algo que lo haga quedar mal, pero no estaba haciendo nada malo. Algunos chicos se divirtieron viendo a un par de chicas bailando. Sinceramente, ni siquiera intentaba bailar bien de lo atrapada que estaba en nuestra conversación.

Empuja por la multitud y me quema la muñeca. Me aparto, me libero y camino a pisotones hacia la camioneta. Abriendo la puerta trasera, me subo detrás del asiento del conductor y doy un portazo.

Pueden empacar la carpa ellos solos.

Sacudo la cabeza.

Es la segunda vez que me gritan por llamar una atención que no pedí. Esta obsesión posesiva de proteger mi inocencia es ridícula. Solo porque ellos tengan experiencia no significa que sean más maduros o sabios. Incluso debatiría que lo son menos. Eso ha estado claro desde que llegué.

La camioneta se sacude y se mece mientras él y Noah empacan la carpa, la mesa, las sillas y otras cosas en la parte de atrás, y yo

miro por la ventana, viendo a un tipo irse con la moto de Noah con una chica en la parte de atrás. Me parecen vagamente familiares… tal vez un amigo que pide prestada su motocicleta.

Hay risas resonando fuera de la camioneta al cerrarse el portón trasero y miro, viendo a una mujer que se sube a mi lado.

El olor de su perfume me golpea y ella levanta la mirada, sonriéndome mientras cierra la puerta.

—Hola.

—Hola.

Más risas suenan detrás de mí y, mientras Jake y Noah saltan al asiento delantero, cierro los ojos, y mi ira es tan fuerte que aprieto los puños.

Perfecto. Absolutamente perfecto. No me doy la vuelta para ver cuántos hay en la parte trasera de la camioneta. Solo le disparo a mi tío una mirada en el espejo retrovisor.

Se encuentra con mis ojos, pero luego aparta la mirada mientras arranca la camioneta.

Bailar con alguien me hace parecer una zorra, pero ellos pueden follar con cualquiera todas las noches y no ver la ironía allí.

Jake arranca la camioneta y no tengo ni idea de si Kaleb sigue en la hoguera o en la parte trasera de la camioneta detrás de mí, pero me cruzo de brazos sobre el pecho, demasiado enfadada para que me importe.

La música suena en la radio mientras aceleramos por la oscura carretera, subiendo la montaña de camino a casa. Una ovación se enciende detrás de mí en el viento de la noche y escucho a Noah tomar una cerveza desde el asiento del pasajero de delante.

¿Así que se supone que debo escucharlos a todos toda la noche?

—Calentando el trasero… —repito, mirando a Jake a los ojos en el espejo retrovisor—. Nunca me han pegado en mi vida.

Levanta la mirada, encontrándose con la mía.

—Si quieres sentirlo, sigue así.

La chica de al lado se mueve en su asiento y la tensión en la cabina sube de repente un par de muescas.

Imbécil.

—¿Me pegarías por hacer cosas que no te gustan?

—Se llama corrección —replica, mirando fijamente a la carretera —. Y lo haré porque me preocupo por ti.

Noah me mira por encima del hombro y luego mira a su padre, susurrando:

—¿Qué está pasando?

Jake sacude su cabeza una vez, ignorándolo.

—No puedes impedirme que esté con alguien o que tenga sexo si quiero —le informo—. Se llama doble moral, Jake. Ustedes pueden estar con mujeres. ¿Por qué no puedo yo disfrutar de la compañía de alguien?

—Podemos estar con mujeres porque nadie nos ha reclamado.

—Nadie me ha reclamado a mí.

—Eres una mujer joven en mi casa —me responde—. Te reclamamos hasta que tengas la edad suficiente.

—¿En mi cumpleaños?

Me levanta una ceja oscura, pero no responde mientras se concentra en el camino.

¿Seré lo suficientemente mayor cuando tenga dieciocho años, en cuestión de semanas? ¿Se relajará entonces?

Por supuesto que no. Soy lo suficientemente mayor cuando él lo dice, porque soy demasiado estúpida para no meterme en problemas.

Y si estoy o no lista para el sexo es una cosa, pero la intimidad es otra. Todos queremos ser especiales para alguien. La familia no es lo mismo. Me gustaría conocer a alguien, eventualmente.

—Tu lógica es defectuosa, ¿sabes? —le digo, mirándolo a través del espejo—. Si una mujer te reclama a ti, también hará por ti lo que hacen otras mujeres. Pero si ustedes me reclaman a mí, no harán por mí lo que otros hombres harían.

Noah escupe la cerveza de su boca, atragantándose y goteando alcohol por todas partes mientras mira con los ojos abiertos a su padre y tose contra su mano.

Le devuelvo una sonrisa.

Noah se esfuerza por respirar y limpia el lío en su regazo. Jake me mira por el espejo retrovisor.

Pero él no responde.
Y no soy la primera en apartar la mirada esta vez.

Tiernan

Un gemido resuena en mis oídos, me levanto en la cama, abriendo de golpe los ojos.

Toso, con sudor cubriendo mi frente.

El olor… Dejo salir un sollozo mientras me escuecen los ojos. Mi cabello cae sobre mi cara, moviéndose con mis respiraciones pesadas, y mi estómago duele conforme los nudos se tensan.

¿Qué demonios? Toso de nuevo, incapaz de recuperar la respiración.

Dios. Solo quedan algunas cosas de mi sueño, pero aún puedo oler esa peste. Las intensas velas me hacen dar arcadas…

Siento náuseas mientras pongo el dorso de mi mano contra la boca, y algo se alza en mi garganta. Se escucha conmoción en la casa, pero el dolor azota mi cuerpo, y no puedo soportarlo. Aparto las mantas, salgo tropezando de la cama, cayendo sobre mis manos y rodillas, y me arrastro hacia la basura.

Tomo la que está en mi escritorio y me inclino, jadeando.

El olor inunda mis fosas nasales y me llena la garganta. No recuerdo cuál fue el sueño, pero no podía respirar. Aún no puedo. Jadeo.

La bilis se eleva y me doblo, tosiendo y dando arcadas sobre el cubo mientras agarro ambos costados. ¿Por qué lo huelo todavía? Está sobre mí como estaba sobre cada centímetro de los muebles en

la habitación de mis padres, y empiezo a llorar, intentando quitarme los escalofríos de los brazos mientras la suciedad pesa en mi piel.

Tiemblo y mis sollozos se liberan mientras la náusea se apacigua y la tristeza se apodera de mí. Siento como si estuviera en esa casa de nuevo. No me había dado cuenta de cómo no había sentido eso durante días.

El frío. El silencio estéril y el aire picándome las fosas nasales. La casa donde los muros eran duros y no había nada que no tuviera un filo.

Inhalo profundamente y me pongo el cabello detrás de las orejas; la esencia de madera y árboles afuera lentamente superan los recuerdos de las velas.

Caigo sobre mi trasero, mientras me apoyo contra la pared, abrazo mis rodillas y cierro con fuerza los ojos con lágrimas mojando mis mejillas.

Ah, esa sensación.

No quiero sentirla de nuevo. Sacudo mi cabeza. *No quiero regresar allí nunca.*

Estoy aquí. Estoy en Colorado, con ellos y el viento y el cálido fuego y nuevos olores.

El suelo cruje sobre mí y abro los ojos, alzándolos lentamente hacia el cielo oscuro.

Kaleb. Su habitación está encima de la mía. Un mueble se mueve por la habitación, con otro crujido aquí y un golpe allá, pero entonces escucho un grito detrás de mí y siento algo golpear la pared.

Noah está junto a mí, y apoyo el dorso de la mano contra la pared cerca de mi cabeza, sintiendo su cabecero golpear en el otro lado una y otra vez, con los golpes acelerándose.

Dejo caer la mano, escuchando sus jadeos y gemidos. Las lágrimas se me acumulan de nuevo, pero las dejo caer sin otro sollozo.

Ojalá estuviera solo. Probablemente me dejaría entrar a la cama con él esta noche, si quisiera. Como un hermano mayor

manteniendo los lobos lejos de mí, porque tuve un sueño que me asustó.

No lo intentaría, incluso si estuviera solo, pero…

Es una buena fantasía. Cálida.

Segura. Cómoda. Noah es así.

Me levanto y apoyo la frente en la pared, escuchando a los chicos hacerles el amor a chicas, y el dolor me llena, porque estoy sola aquí, olvidada y… celosa. ¿Por qué estoy celosa?

Cierro los ojos con fuerza, las lágrimas caen sobre mis labios resecos y sacudo la cabeza.

Camino, abro la puerta de mi habitación y me dirijo al pasillo, y el sonido llena con más fuerza la casa. Unas chicas se ríen en la habitación de Noah mientras un grito hace eco desde arriba, seguido de un gemido, y paso por allí, con niebla en la cabeza mientras lentamente bajo las escaleras.

El aire frío golpea mis piernas desnudas, pero es un alivio bienvenido mientras relaja mis músculos. Debería de ponerme una bata, pero me importa una mierda. Tengo mi primera tarea para la escuela para mañana y está lejos de estar terminada, probablemente debería de iniciar sesión en Twitter para ver si la chica cumplió sus amenazas, pero esta noche no puede importarme ni un poco.

Camino por el comedor, el negro vacío de la chimenea manchada con hollín aparece a mi derecha. El reloj marca la hora, pero pierdo la cuenta mientras me dirijo a la cocina, intentando tragar la sequedad de mi garganta.

Llenando un vaso de agua, me lo llevo a los labios y tomo varios tragos, tragando rápidamente y vaciando el vaso. Inmediatamente lo lleno de nuevo y reclino la cabeza, bebiendo hasta que finalmente me siento satisfecha.

Miro hacia la ventana encima del fregadero. En cuestión de semanas la nieve cubrirá el suelo. La casa estará silenciosa, sin mujeres a kilómetros o durante meses.

Son como demonios. ¿Cómo lo hacen año tras año?

¿Cómo lo haré yo este año?

No son mis padres. Interactúan conmigo, y cada vez que lo hacen una inundación de sentimientos con los que no estoy acostumbrada a lidiar viene y hago o digo algo estúpido.

O mi cuerpo quiere responder de maneras en las que no debería.

Enjuago mi vaso y lo pongo de vuelta en el estante de los vasos, me inclino contra el fregadero y miro hacia la ventana, a la nada.

Me volveré loca encerrada con ellos durante meses. Me volverán loca.

Alguien terminará muerto.

Algo que suena como a llaves suena a mi derecha y salto, girando bruscamente la cabeza.

Jake está sentado en la esquina oscura de la mesa y me enderezo, con el corazón martilleando en mi pecho. Me mira.

Su dedo está en el anillo de las llaves de su auto mientras las gira y las atrapa con su puño, hay una botella de cerveza cerca, y me fijo en sus pantalones, va sin camisa.

El calor se alza hasta mis mejillas, cada centímetro de mi piel visible de repente parece mucho más expuesta ahora mientras me mira. Pensé que estaba en su habitación.

No parece que haya estado en su habitación. Aún lleva sus botas de trabajo.

Me aguanto un estremecimiento, pero mis pezones se endurecen como rocas, mostrándose en mi camiseta, y me cruzo de brazos sobre el pecho. No puedo saber si él lo ve, pero un momento después se pasa el dedo sobre los labios.

—¿Qué…? —Me ahogo y carraspeo—. ¿Qué estás haciendo?

La música sube de volumen, "Devil in a Bottle" está sonando, pero Jake permanece sentado, y puedo ver de dónde obtuvo Kaleb su silencio. No hablar y no comunicarse son dos cosas distintas.

Tomo un paso hacia la isla, escudándome.

—¿En dónde está… tu amiga? —pregunto con suavidad.

—En casa.

Todas las mujeres vinieron de la carrera con nosotros, así que debió haberla regresado al pueblo él mismo. Me pregunto qué pudo haber acortado así la noche.

—¿No estás de humor? —bromeo.

Pero, en lugar de sonreír, ladea la cabeza, y hay algo detrás de sus ojos que hace que mi estómago caiga un poco.

No me ha dicho nada. ¿Por qué? Estoy aquí abajo medio vestida solo con mis bragas. ¿Por qué no está ladrándome que me ponga algo de ropa?

¿O que me vaya a la cama?

—Tenía hambre —explico, apenas capaz de mirarlo a los ojos —. ¿Y tú?

De nuevo, solo permanece allí, con sus ojos en mí y solo en mí. Pero no dice que no, y no me dice que me vaya a vestir.

Dime que estoy comportándome mal. Dime que suba mi trasero arriba y me ponga pijama.

Pero no lo hace.

Mi corazón martillea, pero me siento traviesa mientras me giro hacia el refrigerador y saco los huevos. Me reto, segura de que me gritara en cualquier momento.

Lo sigo presionando camino alrededor de la isla para sacar un sartén, esperando a que me diga que suba.

Pero no lo hace, y me queman los ojos. Tal vez esté provocando una pelea.

O quizá me guste que me miren.

Pero no subo.

Me muevo alrededor de la oscura cocina y mantengo las luces apagadas mientras pongo el sartén en la estufa y pongo algo de mantequilla a calentar mientras rompo y revuelvo huevos. Añado algo de ajo y condimentos, consciente de sus ojos en mi espalda y en cada movimiento. No tengo idea de cómo luce mi cabello después de dormir y el ataque que tuve después, pero me encanta cómo se siente cayendo sobre mis hombros y mi espalda. Es como se sentiría si alguien me tocara.

Mis ligeras bragas rosas abrazan mi trasero, la goma descansa justo debajo de mi cadera y deja algunos centímetros de mi piel entre ellas y mi camiseta expuesta. Alzo la mano, guardando las especias mientras los músculos de mis piernas y trasero se flexionan, queriendo que lo vea.

—¿Por qué estás despierta? —pregunta con voz áspera. Revuelvo los huevos en el sartén.

—¿Quién puede dormir con todo este ruido?

Puede que sea capaz de dormir a pesar de Kaleb, pero en definitiva no puedo dormir por Noah.

Miro hacia Jake mientras frota con el pulgar una de las llaves, y la misma furia de Kaleb destella detrás de sus ojos.

Su ruido es diferente al de Noah. Es silencioso pero ensordecedor.

Bajo la mirada de nuevo, y el calor se extiende por mi cara mientras voy de puntillas descalza hasta el frigorífico y tomo el queso, derritiendo un poco sobre los huevos y revolviendo mientras apago el fuego. Sus ojos me están haciendo agujeros en la espalda. Puedo sentirlo, cada centímetro de mi espalda está alerta. Cierro los ojos con fuerza por un momento, y el calor se extiende por la parte baja de mi estómago.

Algo del queso derretido se pega a mi dedo, y siseo por la quemadura. Rápidamente me lamo el dedo y me chupo el pulgar, sirviendo la mitad de los huevos para Jake en un plato.

—Aquí tienes —me las arreglo para susurrar mientras lo alzo.

Pero de pronto está ahí, detrás de mí. Toma el plato y lo pone de nuevo en el mostrador.

Me paralizo.

Su pecho cubre mi espalda, y lo huelo justo como hice hoy cuando pescamos, su piel cálida toca la mía y los escalofríos se extienden por mis brazos y muslos, solo que ahora no pienso en huir.

Quiero sentir esto.

—¿Por qué huiste de mí en el lago? —pregunta.

Permanezco callada.

Pero me cosquillea la piel, y todo lo que puedo sentir es a él mientras la música suena arriba.

—¿Por qué corriste?

Sacudo la cabeza. *No lo sé. Yo…*

—Tiernan —dice con un susurro ahogado.

Como un lamento. Sabe exactamente por qué hui.

—No creo que sea una buena idea, después de todo —dice detrás de mí—. No somos… buenas influencias para una chica.

—No soy una chica.

—¿Alguna vez has tenido a un hombre en tu cama? —pregunta. Mi corazón da un vuelco.

Sacudo lentamente la cabeza.

Se inclina para acercarse a mi oído.

—¿Alguna vez te han besado? —Asiento.

—¿En otros lugares además de tu boca? —Calor inunda mi entrepierna.

—No, tío Jake.

Su cuerpo sube y baja detrás de mí mientras respira contra mi cabello, y no me quiero dar la vuelta porque temo romper el hechizo.

Estira el brazo, deposita su mano sobre la mía en el mostrador y entrelaza nuestros dedos mientras el dedo de su otra mano lentamente recorre mi espalda. Una película de sudor enfría mi piel.

Arriba unas puertas se cierran de golpe mientras unas pisadas recorren una habitación hacia el baño, probablemente, y escucho la ducha correr junto con la risa de una chica.

—Siento que tengas que ver todo esto —dice Jake con voz adolorida—. Cuando va a venir la nieve, nos desquitamos, porque sabemos que no veremos algo bonito en todo el invierno.

Sus dedos recorren lentamente mi espalda.

Todo el invierno…

Bajo la mirada hacia su mano posesivamente sobre la mía, recordando sus ojos en mí hace un momento, y pienso en cómo se siente, como algo apenas contenido, y ni siquiera ha nevado aún.

Este año no estarán encerrados aquí sin una mujer. Tendrán una.

Su aliento caliente pasa por los mechones de mi cabello hasta mi nuca, y la carne de mis pezones se endurece mientras sus manos juegan conmigo de una manera tan dolorosamente gentil.

Todo el invierno…

—Creo que deberías irte, Tiernan.

Entrecierro los ojos pero giro la mano, deseando su toque en mis palmas. Se siente tan bien que me tiemblan los párpados.

—¿Irme de la montaña? —preguntó.

¿O se refiere a irme de la cocina?

No contesto, y mi estómago se hunde un poco cuando finalmente me doy cuenta de lo que me está diciendo.

Siento pinchazos de las agujas en mi garganta.

—Dijiste que era mi casa. —Atrapo su mano a media caricia, entrelazo nuestros dedos y flexiono los míos para agarrar su fuerte mano—. Dijiste que era tuya.

—Este no es lugar para ti.

Las lágrimas se acumulan, pero las alejo. Me convenció de no irme ayer en la mañana, y ahora quiere que me vaya. Quiere que esté sola. *Siempre estoy sola, y tú hiciste me hiciste saber qué era no estar sola, y mentiste.*

—¿Por qué me entregó mi padre a ti? —susurro, mirando hacia la ventana, viendo el reflejo de mío detrás de mí—. Sabían lo que iban a hacer. Podrían haber esperado a algunas semanas hasta que tuviera dieciocho. Podrían haberme entregado a Mirai.

Me apoyo contra él, saboreando su calidez y sus ojos en mi cuerpo.

—Tal vez no pensaron sobre eso —murmuro—. O tal vez sabían que era lo único bueno que podían hacer por mí.

Al menos fui mencionada en el testamento. No estaría sorprendida si no lo hubiera sido.

Alejo mi mano de la suya, me alejo del mostrador y me voy, pero no logro dar dos pasos. Toma mi brazo, presiona mi espalda contra su pecho y yo jadeo mientras me envuelve con sus brazos y fuerza a mi cara a mirarlo.

—¿Sientes esto? —gruñe sobre mis labios mientras me empuja contra el fregadero. Su gruesa, dura polla se empuja contra mi trasero, y gruño—. Esto es lo que me estás haciendo, Tiernan. No está bien. En lugar de estar con las tetas y traseros con los que vine a casa, estoy sentado aquí, intentando convencerme de no ir a tu habitación para darle a la adolescente viviendo en mi casa un largo beso de buenas noches.

Mi clítoris palpita y me muevo, sintiendo la humedad entre mis piernas.

—¿Y me quito mi ropa interior para eso? —exhalo.

Él cierra los ojos con fuerza, gimiendo como si sintiera dolor, y sólo tengo un momento para tomar un rápido aliento antes de que su boca cubra la mía, con un gemido ante el dulce dolor.

Mierda. Mierda…

Mi corazón casi salta de mi pecho cuando se mueve, tomando mis labios, y el calor de su lengua se arremolina en mi vientre, entre mis piernas. Grito, pero se pierde en su boca.

Oh, Dios mío.

Su sabor llena mi cuerpo, y subo la mano, tomando su nuca y sosteniéndolo hacia mí. Tengo hambre. Tanta que no puedo respirar. Mi sangre corre bajo mi piel y se siente bien pero, Dios, necesito más.

Necesito más.

Empiezo a mover la boca y a besarlo, pasando mi lengua por sus labios poco a poco, gimiendo y saboreándolo hasta que creo que nunca tendré suficiente.

Su boca me come, moviéndose sobre mí, besando las comisuras y mordisqueando la carne de mi labio inferior, y pongo mi mano en su estómago y la guío hacia abajo, empujándolo contra la V entre mis piernas.

Su beso vacila mientras jadea, y yo uso el indulto para tratar de recuperar el aliento. Me muerde el labio inferior de nuevo, con nuestras manos masajeando mi coño mientras, y aleja su otra mano de mi rostro y agarra uno de mis pezones, apretándolo.

Gimo.

—Jake.

Dejando mi boca, se arrastra por mi cuello y todo lo que puedo hacer es dejar que mi cabeza caiga hacia atrás y recibirlo mientras baja el tirante de mi camiseta, con el débil sonido de una rotura golpeando mis oídos, pero no me importa. Me mordisquea, muerde y chupa mi cuello, hombros y omóplatos mientras continúa masajeando mi pecho y haciendo que mis bragas se mojen mientras me frota a través de ellas.

—Maldita sea. —Me empuja hacia el fregadero, sosteniéndome por la cintura con ambas manos mientras lleva su boca por mi

espalda, muslos y hasta el trasero, mordiendo con los dientes.

Grito, con las tiras de mi top colgando bajadas mientras agarro la repisa del mostrador.

Volviendo a levantarse, gira mi rostro hacia él y me besa mientras llevo mis manos detrás de mí, encontrando su erección a través de sus vaqueros y frotándola.

El agarra mis manos.

—No, Tier…

—Nunca he tocado a un hombre —exhalo—. Quiero tocarte.

Deja escapar un suspiro pero me suelta, besándome profunda y duramente; su lengua enciende cada nervio de mi cuerpo mientras agarra y toca y pasa sus manos sobre cada parte de mí que puede alcanzar.

Se empuja desde atrás y soy un desastre, un charco en sus brazos, lista para él.

—Llévame a la cama —le ruego.

Me empuja de nuevo extiendo la mano y me agarro a su cuello.

—Llévame a la cama y dame ese beso de buenas noches.

—Sí —gruñe, frotándose contra mí.

Mi cabeza cae hacia atrás, con los ojos cerrados, y estoy demasiada excitada para pensar o preocuparme por nada excepto por hacer que esto dure para siempre.

Me cubre la boca de nuevo, y tomo su mano y la guío hacia abajo, al interior de mis bragas.

Pero de repente aparta la boca y me quita las manos de encima.

—Maldición, para. —Retrocede, respirando con fuerza mientras el frío de repente golpea mi piel—. No. No, no podemos.

Me estremezco, y el dolor de la necesidad casi hace que mis rodillas cedan. Las lágrimas saltan a mis ojos.

—Esto no va a pasar —gruñe—. Soy tu tío. Soy tu tío. Maldita sea.

—Nunca fuiste mi tío —digo entre dientes apretados, dándome la vuelta—. Eres un extraño sin parentesco con el que mis padres me enviaron a vivir.

Su cara está sonrojada, como la mía, estoy segura, y el sudor brilla en sus sienes bronceadas.

—Eres mi responsabilidad —me dice.

—Pero se sintió bien.

El dolor golpea sus ojos, y sé que él también lo sintió.

—Se sintió bien esta noche —dice—, pero será una mierda por la mañana.

Sacudo la cabeza, sin importarme. *Me da igual.*

—Estoy solo y soy un producto emocionalmente atrofiado, y tú eres la primera mujer con la que he estado lo suficiente como para establecer una conexión en los últimos veinte años. —Se endereza, pasándose una mano por el cabello—. Y tú eres solo una huérfana abandonada, desesperada por atención. Eso es todo lo que es.

—Desesperada… —Lo miró fijamente, mi cara se quiebra. No.

No estoy desesperada. He tenido oportunidades, pero nunca las quise.

Hasta ahora. Elegí esto.

Pero él tiene una expresión dura.

—Gritas por la noche —dice—. Mientras duermes. Nunca hablas de ellos. Huyes de esa vida tan rápido como puedes, y no seré tu droga para escapar. Me odiaré a mí mismo.

Me muerdo el labio. ¿Me oye por la noche?

—Esto es rebelarte.

—No lo es. —Sacudo la cabeza, escuchando un portazo en el piso de arriba.

Él se acerca de nuevo, hablando en voz baja.

—Tiraste tus golosinas —dice—. No aceptas las invitaciones de Noah a la pista cuando va a entrenar. No te enfrentas a Kaleb cuando está luchando contigo. Apenas te unes a nosotros para comer o frente a la televisión por la noche.

Bajo la mirada y aprieto los dientes, abrumada. ¿Por qué hace esto?

Todo se sentía bien hace un minuto.

—No te ríes ni juegas ni deseas a nadie ni tienes pasión por algo —continúa—. No tienes hobbies, ni intereses, ni novios en casa… nunca, ¿tengo razón?

Yo aparto la mirada, pero él se acerca y me agarra la cara. Me sacudo, pero me agarra con fuerza, y no puedo evitar que se

derramen. Las lágrimas empiezan a brotar.

—Nunca sonríes —dice en voz baja mientras la música y el ruido rugen en los rincones lejanos de la casa—. Nunca sientes alegría. No tienes sueños. No tienes planes. No tienes ganas de luchar. Apenas estás viva, Tiernan.

Lucho por tomar aire, sollozando mientras me sostiene.

—Pero no siempre fue así, ¿verdad? —pregunta, pero no espera a que le responda—. No pudo haber sido así. Debes haber amado algo. Deseado cosas. Haber tenido cosas que te hacían feliz.

Me besa la frente.

—Eres hermosa —me dice—, y apartar mi cuerpo del tuyo fue dolor más grande que he sentido, pero lo hice, porque era lo correcto.

—No lo parecía.

—Porque sentir cualquier cosa se siente bien —Se echa atrás—. Tienes un montón de grandes emociones pasando por esa joven mente tuya ahora mismo, y necesitabas una liberación. Te rompiste. Podría haber sido cualquiera.

Sacudo la cabeza, alejándome de él.

—Era más que eso.

Pero me mira con severidad.

—¿Por qué tiraste las golosinas, Tiernan?

¿Qué?

—Yo… —Busco palabras—. No lo quería. Tú… me hiciste comprarlo.

—Eso es una mierda. ¿Por qué lo tiraste?

—¡Porque no lo quería!—repito—Solo son golosinas. ¿Qué demonios? ¿Qué importa?

—Lo tiraste porque *sí* importaba —grita.

Empiezo a alejarme Pero me agarra del brazo.

—¿No lo ves? Eso es lo que pasa. —Me da la vuelta, pero giro la cabeza, negándome a mirarlo—. En algún momento empezaste a negarte todo lo que te hacía feliz. ¿Por despecho, tal vez? ¿O por orgullo? ¿Chunches? ¿Juguetes? ¿Mascotas? ¿Afecto? ¿Amor? ¿Amigos?

Flexiono la mandíbula, pero respiro con fuerza mientras me sacude.

—Y lo sé porque yo también lo hice —me dice—. No quieres sonreír, porque si lo haces significa que todo lo que te hicieron no importa. Y tiene que importar o de lo contrario estarán libres de culpa, ¿verdad? Y no puedes aceptar eso.

Sacudo la cabeza, pero todavía no puedo mirarlo a los ojos.

—Necesitan saber lo que te hicieron —dice Jake, actuando como si me conociera—. Mostrarles cómo te han hecho daño les hará daño, ¿verdad? Necesitan ver cómo arruinaron tu vida. No puedes dejarlo pasar como si no fuera nada, porque estés enfadada. Necesitan saberlo. Necesitas que alguien lo sepa.

No. Eso no es…

Tengo hobbies. Tengo cosas que me gustan. Yo…

—Así que desperdiciarás tu vida —continúa—, arruinarás tu futuro, vivirás en piloto automático sumergiéndote en cualquier cosa que te haga sentir bien, aunque sea por un momento…

Sacudo la cabeza, y las lágrimas se acumulan cada vez más. No. Tengo intereses. Me permito disfrutar de las cosas. Yo…

—Y entonces algún día, después de las peleas y el trabajo que odias y los divorcios y los niños que no te soportan…

No dejo de sacudir la cabeza. No me importa lo que hicieron o no. No necesito esto.

Pero el recuerdo de nuestras vacaciones en Fiji cuando tenía once años me viene a la cabeza y cómo me llevaron porque la prensa se dio cuenta de que rara vez estaba con mis padres.

Y cómo una mañana me desperté sola en la suite y los esperé durante dos días, porque se embarcaron en un crucero por todas las islas y se olvidaron de mí.

Estaba muy asustada.

—Vas a mirar en el espejo a la chica de diecisiete años en un cuerpo de cincuenta y te darás cuenta de que perdiste tanto tiempo estando devastada por cómo esos cabrones no te amaron que olvidaste que hay todo un mundo de gente que lo hará.

Me rompo. Mis ojos se cierran, mi cuerpo tiembla, y sollozo, dejándolo ir. Con la rabia, el dolor, el agotamiento ocupando casi

cada gramo de mi cerebro, porque durante mucho tiempo no hubo nada más por lo que vivía que por que se fijaran en mí.

Tiene razón.

Lo miro, con lágrimas en el rostro.

—No me dejaron una nota —digo—. ¿Por qué lo hicieron?

Me levanta, me pone en el mostrador y me envuelve con sus brazos otra vez, con una mano sosteniéndome el cabello mientras entierro la cara contra su cuello.

Lloro tan fuerte que se queda en silencio, y no puedo contenerlo, aunque lo intento.

—Porque eran unos cabrones, cariño —dice, con la voz gruesa —. Eran unos malditos cabrones.

—No sé quién soy —sollozo.

—Tranquila…

Me tranquiliza, frotando con sus dedos mi cabello y sujetándome fuerte. Mis brazos cuelgan flácidos a mi lado mientras cada partícula de energía es drenaba, todo lo que he estado cargando a lo largo de los años y no quería sentir. Me duele.

—Tranquila… —me susurra al oído—. Está bien.

Me abraza, no sé por cuánto tiempo lloro, pero cuando las lágrimas empiezan a disminuir la vergüenza calienta mis mejillas.

Trato de levantarme pero su agarre se mantiene firme, sin dejarme escapar.

Y, así como así, dejo que todo escape. La preocupación, la duda, la vergüenza… Soy un maldito caso perdido, pero él no se va a ninguna parte.

Lentamente rodeo su cintura con mis brazos, entrelazando las manos detrás de su espalda mientras respiro el aroma de su cuello.

Caliente. Es cálido, ellos son cálidos. Todo es cálido aquí. Y, aunque no estemos terminando lo que empezamos, esto se siente igual de bien. Creo que Mirai fue la última en abrazarme. La dejé hacerlo en mi último cumpleaños, pero no creo que la haya dejado darme uno de verdad en años.

Me calmo después de un tiempo y el dolor se desvanece, porque sé la verdad. Mis padres no me querían.

Y eso no era mi culpa.

Pero hicieron una cosa bien, pienso mientras me aferro a mi tío y él se aferra a mí.

—Entonces, ¿quieres que te arrope? —pregunta Jake—. Puedo hacerlo.

No puedo evitarlo. Dejo escapar una carcajada, y siento que su pecho también tiembla con una.

Levanto la cabeza y me limpio los ojos, viendo las lágrimas deslizarse por su pecho.

La limpio.

—Lo siento.

—Está bien

Gimiendo, tomo un paño de cocina y nos limpio a los dos.

—Sabes, estaba tratando de ser feliz —le informo—. Conocer a un chico y todo eso, pero no me dejaste.

—Tenía miedo de que los chicos de ahora fueran solo una rebelión. No quería que hicieras algo de lo que te arrepintieras.

Miro fijamente a sus ojos azules. *Así que, si esto era solo mi actuación, ¿qué era para ti?*

Trago. Todavía puedo sentir sus manos sobre mí.

—Y tal vez también estuviera asustado —me dice, dándome una sonrisa arrogante—. Todos te querrán, y es nuestro tiempo contigo.

Un revoloteo golpea mi vientre. Me gusta cuando dicen cosas así.

—¿Eso te parece bien? —pregunta. Asiento. Tener una familia es agradable.

Me baja del mostrador y me da un golpe en el trasero.

—Ahora vuelve a la cama.

Le doy una débil sonrisa y siento su toque de nuevo mientras intenta ponerme el tirante de nuevo sobre mi hombro. Pero solo cae sobre mi pecho.

—Y probablemente no deberías andar por ahí vestida así —dice, con la voz baja otra vez.

Levanto la mirada, encontrándome con sus ojos. Ladea la cabeza.

—Especialmente este invierno.

Tiernan

Apoyo mi cabeza contra la espalda de Jake, mi rostro mirando hacia el cielo. Pequeñas nubes blancas salpican el azul, y el aire fresco llena mis pulmones con agua y madera. No recuerdo haber estado nunca tan relajada.

No dormí mucho después de que me enviara a la cama anoche, pero no lo extraño. Parece como si me hubiera levantado un peso de la espalda.

—Deja de tomar las riendas —dice Jake, cortante.

Sonrío, con mis brazos apretados alrededor de él mientras agarro las correas de cuero.

—Pero me gusta dirigir.

—Así no es como llevas al caballo —reprende sobre el hombro —. Pensé que sabías montar.

—Yo también pensé que sí, pero no me dejas montar sola —bromeo, apoyando la barbilla sobre su hombro.

Nuestras escopetas me golpean la espalda mientras paseamos por el granero y retrocedemos por el camino a la casa. Después de las tareas esta mañana, Noah llevó a todas las chicas de regreso al pueblo y Jake me llevó al bosque para practicar tiro al blanco. No había visto ni oído a Kaleb desde la noche anterior.

Pero, cuando pasamos junto a la gran pila de grava que Jake había dejado caer para recuperar el camino de entrada esta

mañana, miro y veo a Kaleb, de pie en una escalera y fijando el panel de vidrio en el techo del invernadero.

Él no nos devuelve la mirada.

—¿Tienes hambre? —pregunta Jake.

Se detiene, baja y tomo su mano, dejándolo ayudarme.

—Sí. —He tenido hambre desde el desayuno, y también comí algo en ese momento. Mucho, en realidad. Podría comerme tres…

—¡Hamburguesas con queso! —escucho a Noah gritar de repente.

Giro la cabeza y lo veo salir del granero, sosteniendo los puños en el aire.

Sonrío y luego miro a Jake.

Sacude la cabeza, se saca las llaves del bolsillo y las deja caer en mi mano.

—Ve —me dice.

Me dirijo hacia la camioneta, pero me detengo y giro de nuevo, plantando un beso rápido en la mejilla de Jake.

Se congela y me mira.

Me quito la camisa franela de Noah y me la ato alrededor de la cintura mientras retrocedo, sonriendo.

—Dijiste que debería hacer cosas que me hagan feliz. Me dijiste que encontrara mi felicidad.

—Estoy seguro de que yo nunca diría eso.

Pero veo la pequeña sonrisa jugando en sus labios cuando se da vuelta y agarra un rastrillo para comenzar a esparcir la grava nueva.

Abriendo la puerta de la camioneta, subo, pero Noah está ahí de repente, obligándome a moverme. Cedo mientras me quita las llaves.

Pero, cuando me muevo hacia el asiento del pasajero, esa puerta se abre y Kaleb está allí. Nuestros ojos se encuentran y él menea la barbilla, ordenándome que haga espacio. Mis nervios se disparan.

Ambos muchachos se sientan conmigo en el medio, y Noah enciende la camioneta, con el brazo de Kaleb descansando en el asiento detrás de mí.

Le echo una mirada por encima del hombro a Jake a través de la ventana trasera, tratando de recuperar la tranquilidad que sentía hace unos minutos.

—¡No se tarden! —grita, y se quita la camisa, metiéndosela en su bolsillo trasero mientras levanta el rastrillo nuevamente para mover la grava—. ¡Necesito ayuda con todo esto!

Oigo que Noah se burla cuando enciende la camioneta y, sin decir una palabra, se va, probablemente decidido a demorarse lo más posible.

Nos movemos por el bosque, bajando la montaña por los estrechos caminos mientras la luz del sol atraviesa los árboles y Noah mete la mano entre mis rodillas para cambiar la velocidad.

Sigo pensando en las últimas palabras de Jake anoche.

Especialmente este invierno.

Lo están aprovechando ahora porque saben que no lo tendrán, pero…

Si Jake no se hubiera alejado anoche, no nos habríamos detenido.

Quiero decir, creo que tiene razón. Los dos estamos solos y rebelándonos. Necesito familia mucho más de lo que necesito sexo, y seguir adelante con lo que estábamos haciendo anoche lo habría complicado todo. Hizo bien al detenerlo.

¿Cierto? Todavía pruebo su susurro en mi boca. *Eres hermosa, y apartar mi cuerpo del tuyo fue el dolor más grande que he sentido.*

Froto mis palmas en mi regazo mientras pequeñas mariposas revolotean en mi estómago.

No lo sé. Me sentí muy bien al despertarme hoy, sabiendo que no hice algo de lo que me podría haber arrepentido, pero… Si sucede de nuevo, todavía no creo que vaya a ser yo quien lo detenga.

—Entonces, ¿tú y mi papá están bien? —pregunta alguien. Parpadeo, dándome cuenta de que vino de mi izquierda.

Miro a Noah.

—¿Qué?

¿Por qué no estaríamos bien su padre y yo? ¿Él sabe algo? Él me mira, tratando de mantener sus ojos en el camino.

—¿Lo que pasó… —insinúa—, en la camioneta anoche?

Me lleva un momento, pero luego lo recuerdo. La discusión. Cuando amenazó con azotarme.

—Es como un dolor en el culo —continúa Noah—. En serio. No dejes que te afecte. Continuamente me sorprende que se pusiera lo suficientemente duro como para crearnos.

Y luego se ríe, cambiando a una velocidad más alta mientras la camioneta navega por la carretera y el viento sopla a través de la cabina.

Una sonrisa tira de mis labios y agacho la cabeza, tratando de ocultarlo. *No tuvo ningún problema anoche.*

Me muerdo el labio inferior para evitar que la sonrisa se extienda.

Acercándome, enciendo la música, y "Gives You Hell" suena mientras recibimos la estación de radio local. Noah lo sube, Kaleb lo baja, y yo empiezo a relajarme mientras escuchamos la música.

Las hojas verdes de los árboles muestran tintes amarillos que pronto se convertirán en naranjas y rojos antes de que los violentos vientos del invierno las hagan volar. En los picos más altos del estado ya ha nevado, pero aquí el aire huele a heno, ahumada y terrosa comida cocinada sobre hogueras que me recuerdan a las manzanas caídas que se pudrían debajo de los árboles en Brynmor, el internado al que me mandaron. Es como la anticipación que sientes cuando estás esperando a que algo suceda.

Reclino la cabeza y cierro los ojos mientras Noah canta y la brisa acaricia mis brazos desnudos.

Pero luego la camioneta se detiene repentinamente, me tambaleo hacia adelante y algo golpea mi pecho. Me estremezco por el dolor, y mis ojos se abren cuando un auto se detiene justo frente a nosotros.

—¡Ay, vamos! —ladra Noah, con la camioneta ahí en medio de la carretera.

El auto sale de un camino de entrada y avanza, despegando por la carretera como no hubiéramos estado a punto de estrellarnos contra ellos.

Respiro profundamente, de repente consciente del dolor en mi pecho otra vez.

Bajo la mirada y veo que el brazo de Kaleb salió disparado frente a mí, evitando que mi cabeza hiciera un agujero en el parabrisas. No había cinturón de seguridad para mí en el medio.

Lo miro mientras le frunce el ceño al coche que desaparece por el camino.

Sin mirarme, deja caer el brazo y vuelve a mirar su teléfono.

Noah arranca de nuevo, pero le echo un vistazo a Kaleb cada pocos segundos. Así que sí que sabe que existo.

Nos movemos por la ciudad, girando a la izquierda hacia el autoservicio del restaurante.

La voz de una mujer se escucha por el altavoz, y reviso el menú rápidamente.

—Hamburguesa con queso —le digo mientras él cuelga por la ventana.

—Está bien, siete hamburguesas con queso —grita.

¿Siete?

Noah se vuelve hacia mí.

—¿Quieres tocino en la tuya? —Asiento en respuesta.

—Todas con tocino —le dice a la cajera—. Tres… no, cuatro papas fritas grandes.

—No necesito papas fritas —respondo.

—Me comeré las tuyas —me dice—. Y cuatro malteadas: dos de vainilla, una de fresa y…

Me mira por encima del hombro.

—De fresa para mí —respondo.

—Que sean *dos* de fresa y agrega también una Coca Cola.

Ella le dice su total, y me reclino en el asiento mientras nos detenemos detrás de otro auto, esperando nuestro turno.

Mirando a Kaleb, veo que todavía está concentrado en su teléfono, y bajo la mirada para ver qué tiene toda su atención.

Sonrío.

—He estado allí —le digo, señalando las imágenes en su pantalla —. Es un hotel en Oregón, todo en un árbol. Me encantan las luces en los árboles, es bonito. Es mágico.

Me mira en silencio.

Probablemente esté enojado porque me haya entrometido. Le preparé el desayuno todas las mañanas esta semana, que él devora, pero por alguna razón apenas reconoce mi presencia a menos que quiera… comer.

—¿Alguna vez has estado fuera de Colorado? —pregunto Pero, por supuesto, no responde.

Avanzamos, y escucho una voz alegre.

—Hola, Kaleb —dice alguien.

Una chica guapa con un corte despeinado hasta los hombros y flequillo mira por la ventana, su camisa de uniforme con rayas azules y blancas está adornada con una etiqueta con el nombre Marnie.

Kaleb no reconoce su presencia mientras Noah le paga. Ella abre las ventanas nuevamente para darle su cambio.

—Sabes que la oferta sigue en pie —dice ella, mirando a Kaleb mientras le entrega a Noah las bolsas de comida—. ¿Seguro que no me quieres meterme en tu casa con el resto de las necesidades que necesitas para el invierno? Podría mantenerte caliente.

Puedo decir que está bromeando, tratando de jugar.

Pero Noah se ríe, toma las malteadas y me las pasa, y los sostengo en mi regazo.

—Sí, pero solo si te devuelve a la despensa las veintitrés horas del día que no te está usando.

—¡Noah! —estallo, mis ojos muy abiertos.

Pero la chica está muy adelantada a mí. Ella arroja su mano hacia la Coca Cola en la ventana, y su contenido se derrama sobre Noah antes de que las ventanas se cierren de nuevo, dejándolo ahí. Las salpicaduras caen sobre mí, empapándome en el asiento, y jadeo ante el hielo y el frío mientras Noah gruñe.

—¡Joder! —se queja, sacudiéndose el refresco de las manos—. ¿Qué demonios?

Me río, apenas fijándome en que Kaleb me levanta y me aleja del desastre.

—Te lo mereces —le digo a Noah, pero todavía me río. Él gime, sacando servilletas de la bolsa para secarse.

—Sólo bromeaba.

—Bueno, esa chica me cae bien —bromeo.

Una bocina suena detrás de nosotros y Noah frunce el ceño mientras se aleja, probablemente enojado porque no recibió esa Coca Cola.

Kaleb me limpia el brazo con una servilleta y dejo de reír al darme cuenta de que estoy sentada en su regazo. Miro el asiento rojo y veo una piscina oscura de Coca-Cola donde estaba sentada.

Tira la servilleta húmeda y toma otra, presionándola contra mi muslo para absorber el desastre en mis vaqueros. Se me corta la respiración y pongo mi mano sobre la suya para detenerlo.

—Yo…

Me mira y la última vez que estuvo tan cerca fue cuando me tuvo en el capó del auto.

—Estoy… estoy bien —le aseguro, con mis vaqueros empapados.

Quita la mano, dejándome hacerlo yo mientras me rodea la cintura como un cinturón de seguridad y vuelve a jugar con su teléfono, sosteniéndolo con ambas manos a mi alrededor.

—Puedo sentarme.

Intento alejarme de él pero me detiene, sin apartar los ojos de su teléfono mientras toca el asiento para recordarme que está mojado.

Continuando con el viaje, mantiene sus brazos firmemente a mi alrededor y mi pulso se acelera.

Y, mientras conducimos a casa, todo lo que importa es él. Noah se ha desvanecido. No hay música. A pesar de la brisa, la camioneta está caliente por dentro.

En algún momento lo miro y él levanta su mirada, sosteniendo la mía nuevamente.

Y sé entonces que me equivocaba. Sí existo para él.

—¡No! —bramo, girando mis piernas antes de que él pueda agarrarme bien.

Pero no soy lo suficientemente rápida. Jake me agarra los tobillos mientras yo me agarro al agujero en la colchoneta para sostenerme e intentar patearlo.

Me tira y grito en el garaje, estallando con una risa que no puedo contener.

Han pasado casi dos días desde nuestro episodio en la cocina. Hemos trabajado, cocinado, envasado algunas frutas, abastecido la despensa con suministros para el invierno y embotellado un poco de agua, ya que me han dicho que las tuberías a menudo se congelan.

Me obligaron a ver toda la primera temporada de su programa de karate e hice algunas golosinas que encontré en Pinterest para los caballos y las gallinas por las que Noah se burló de mí, pero a los animales les encantaron. Los observé durante una hora mientras se las comían. Fue muy lindo

—Vamos —ladra Jake, agarrándome con fuerza—. Ya deberías haber aprendido esto.

—¡Han pasado dos días! Dame un respiro.

Dejo de intentar patear y me levanto, llevando mis dos puños directamente hacia su cara. Él retrocede, pero le doy en la nariz.

Me suelta y me pongo en pie, frente a él con una postura lista. Se tapa la nariz y le lloran los ojos.

—Ay —gruñe.

Ayer decidió que necesitaba crecer y aprender, ya que me había encontrado en el lago sola con Terrance hace varios días y quería enseñarme algo de defensa personal. Kaleb está cazando y Noah está viendo la televisión.

Jake resopla y se sacude, levantando las manos para ir por ello de nuevo.

—¿Por qué no me das una pistola? —pregunto—. ¿No es esa la respuesta del hombre de la montaña para todo?

—Claro, una vez dejes tu tostada de aguacate. —Me río, empujándolo del pecho. Típica broma sobre los californianos.

—No como de eso.

Siento su risa mientras me agarra y me hace una llave.

—¿Qué vas a hacer? —se burla, apretando sus brazos a mii alrededor mientras me retuerzo—. Vamos. ¿Qué haces?

Solo duda un momento antes de soltarme y clavar sus dedos en mi estómago, haciéndome cosquillas. Me doblo, tratando de no

reírme mientras los dos caemos sobre la colchoneta y mi espalda se estrella sobre su pecho.

—No, no, no… —Me abrazo contra su ataque, retorciéndome y meneándome mientras me río—. ¡Para!

Finalmente lo hace, colocando sus manos en mi cintura mientras dejo caer mi cabeza contra su pecho y ambos intentamos recuperar el aliento.

—Estoy segura de que todos tendrán acompañarme a todas partes, porque esto es inútil —le digo.

Su pecho tiembla con una risa silenciosa, y en un momento todo está en silencio mientras me quedo acostada allí.

Mi cuerpo comienza a calentarse, y mi sonrisa cae cuando lo siento debajo de mí, consciente de cada cresta de sus músculos. Cada bulto de su… cuerpo.

Giro la cabeza, mirándolo, y veo la vergüenza en sus ojos, porque sabe que lo siento.

Lo puse duro.

Mi piel hormiguea debajo de sus dedos y, mientras acaricia mis caderas con el toque más mínimo, mis párpados se agitan.

Frunce el ceño.

—¿Qué es esto? —murmura.

Y siento sus dedos deslizarse bajo la tira de mis bragas.

Él sigue la tela sobre mi cadera donde sobresale de mis vaqueros hasta la parte posterior donde casi no hay nada.

Sabe qué tipo de bragas llevo usando, y su respiración se vuelve jadeante.

—Compré algunas en el pueblo hoy —le digo.

Me gusta cómo se sienten. Su aspecto. Las chicas de la escuela ya llevaban ropa interior sexy hace años.

Pero me mira como si me tuviera miedo, y me froto la nariz, al ver que su nuez se mueve.

No quise inquietarlo. No se trata de sexo. Simplemente me gusta sentirme diferente y comprar algo que Tiernan de Haas nunca compraría.

Esto es lo que viene al criar a una adolescente, Jake. Las verá en la lavandería en algún momento.

—¿Tiernan? —llama Noah—. ¡Tu teléfono está sonando!

Respiro hondo y me alejo de Jake, escuchándolo aclararse la garganta mientras ambos nos ponemos en pie.

Corro hacia la casa, tomo mi teléfono de la isla y veo que el nombre de Mirai ilumina la pantalla.

—Hola —respondo.

—Tiernan —estalla, sonando aliviada de encontrarme.

¿Cuánto tiempo había estado sonando el teléfono?

—Qué bueno escuchar tu voz —dice—. No he sabido nada de ti. Estaba ansiosa por ver cómo te va.

Jake entra a la cocina, cierra la puerta y me mira a los ojos mientras camina hacia el refrigerador.

Mi pulso sigue acelerado.

—Estoy bien —le digo.

—¿Te gusta estar allí? ¿Todo está bien?

—Sí —Me quedo cerca de la isla mientras Jake abre una cerveza—. Me mantienen ocupada. Mucho sol y aire fresco.

—Eso es bueno —Su voz es suave. Dulce. ¿Siempre ha sonado así?—. Siempre y cuando se porten bien contigo.

—Sí —le digo, sabiendo que Jake está escuchando—. Me tratan muy bien.

Me encuentro con su mirada, sonriendo mientras pone los ojos en blanco y sonríe.

—Escucha, no quería molestarte —me dice—, pero el funeral de tus padres será pasado mañana.

Parpadeo, apartando la vista de mi tío. El funeral. La culpa me alcanza. No había pensado en eso en días.

Realmente no había pensado en el funeral de mis propios padres.

—Lamento mucho la prisa —continúa Mirai—. Con ciertos asistentes, fuimos presionados para trabajar conforme a sus horarios.

Asiento.

—Por supuesto.

Siento que Jake me mira.

—No tienes que venir —me informa—. Todos lo entenderán.

Mi estómago se hunde ante la idea de subir a un avión. La idea de irme de aquí, ir allá… Es lo último que quiero hacer.

Pero no lo dudo.

—Consígueme un boleto, ¿de acuerdo? Esta noche está bien.

—¿Estás segura?

Jake pone su botella en el mostrador, plantando ambas manos mientras me mira.

—Sí —le digo—. Hablamos pronto.

—Está bien —dice ella—. Dame una hora.

Cuelgo, y Noah debe haberlo escuchado, porque se acerca tan pronto como dejo el teléfono.

—¿Te vas? —me pregunta. Pero miro a mi tío.

—El funeral de mis padres es pasado mañana —le digo—. Intentará conseguirme un vuelo esta noche. Odio pedirlo, pero ¿puedes llevarme al aeropuerto?

—¿Estás segura de que quieres ir? —Entrecierra los ojos—. No tienes que hacer nada. Puedes quedarte o podría ir contigo.

—No puedes —le digo—. La personalización de McDougall va con retraso. Estaré bien. Está bien.

Hace una pausa, y las ruedas de su cabeza giran.

Después de un momento, camina hacia la pared y agarra un juego de llaves.

Las empuja sobre el mostrador hacia mí.

—Toma una de las camionetas —dice—. Estaciona en el aeropuerto, para que esté allí cuando regreses.

Miro las llaves.

Habrá cosas con las que lidiar en casa. La casa, las cuentas, Mirai, las condolencias, las obligaciones que tenían con organizaciones benéficas y recaudadores de fondos y…

—No volverás —dice finalmente Jake cuando no tomo las llaves.

Abro la boca, pero no sale nada. Mi garganta se llena con un bulto del tamaño de una pelota de fútbol que me duele mucho. No quiero irme, pero no…

—No sé qué va a pasar. —Finalmente lo miro—. Hay mucho con lo que lidiar allí. No puedo decir cuánto tiempo estaré allá.

Me mira fijamente, y Noah no tiene nada que decir por primera vez desde que llegué aquí.

Jake suspira y toma las llaves, empujando su cerveza hacia Noah antes de irse sin mirar en mi dirección.

—Avísame cuando estés lista para irte.

Tiernan

Pensé que así era como debía ser durante un funeral. Como en el cine. Siempre llueve.

Las sombras de los árboles pasan sobre las ventanas de la limusina negra mientras atravesamos Glendale de camino al cementerio. Me apoyo en la puerta con Mirai sentada frente a mí mientras la procesión lleva a mis padres a la capilla, seguidos por nuestro auto.

Por supuesto que es un día hermoso. El sol nunca dejaba de brillar sobre mi madre.

Pero luego pongo los ojos en blanco detrás de mis grandes lentes negras, dejando escapar un suspiro silencioso. Sí, debería decir eso en la elegía. Haré reír a toda la congregación por la cursilería.

Dios.

Miro por la ventana, frotándome las manos enguantadas, pero aun así no se me ocurre nada. No en las treinta y seis horas desde que regresé a California. No se me ocurre nada que decir que no parezca mentira.

Quiero decir, no carecían de talento y belleza. ¿Por qué no puedo reunir una sola palabra sincera para ofrecer en ese podio y cumplir con mi deber final como hija?

Debería poder hacer eso.

Pero no. Cada dulce mentira azucarada me hace sentir como un fraude, y no puedo pronunciar las palabras porque he perdido el valor para vivir de una manera que no es sincera.

—Estás bronceada —dice Mirai.

Giro mis ojos hacia ella, viendo sus gafas de sol colgando de sus dedos y su cabello recogido en una coleta baja y apretada.

Me encanta su aspecto. Lleva una falda lápiz y una chaqueta negra y un cinturón negro brillante alrededor de su cintura con tacones altos.

Nuestro comprador personal, por otro lado, parece pensar que todavía tengo doce años por el vestido que me prepararon. Lo estoy cubriendo con un largo abrigo negro y, como tengo guantes puestos, Mirai debe estar hablando de mi cara, la única piel visible.

Asiento.

—¿Te gustó allá arriba?

—Sí —murmuro. Me gustaron *ellos*.

El asiento vacío a mi lado pesa mucho, y desearía que Jake estuviera aquí. Se ofreció, ¿no? Tuve que abrir mi gran boca y rechazarlo.

Tampoco he comido mucho desde que llegué. La comida aquí sabe diferente.

—Hablé con él por teléfono mientras estabas allí —me dice Mirai —. Tu tío, quiero decir. Tenía miedo de que fuera un imbécil.

Se ríe un poco.

—Tiene una gran actitud.

Sonrío, mirando por la ventana.

—Sí, la tiene —susurro.

Pero estoy llena de orgullo. Me gusta ser así.

—Los invité —dice ella—. Me ofrecí a traerlos.

—Nunca dejarán Colorado.

Noah, tal vez. Jake, de mala gana. Y Kaleb… no puedo verlo en ningún otro lado.

Mi respiración se vuelve irregular mientras pienso en qué hora es allí y lo que probablemente estén haciendo en este momento. Noah estaría fuera haciendo sus pruebas con las motos, perdiendo

mucho más tiempo del permitido, y Jake le gritará cuando regrese antes de ordenarle que me ayude con el almuerzo…

Pero no. Dejo caer la mirada.

No estoy en la cocina. Noah hará el almuerzo él mismo o irá a la ciudad por hamburguesas con queso.

Me pregunto si quitó esa mancha del asiento. Conociendo a Noah, simplemente la dejó. Es muy descuidado con algunas cosas.

—El reverendo hablará primero —dice Mirai—, seguido por mí, George Palmer, Cassidy Lee y luego Delmont Williams.

Me recuesto en mi asiento y miro por el parabrisas delantero, más allá del conductor, para ver el coche fúnebre que lleva a mis padres. Primero al funeral. Luego al crematorio.

Tengo un nudo en la garganta.

—El reverendo preguntará si a alguien más le gustaría decir algo —continúa con una voz lenta y suave—. Si decides que quieres hablar, no dudes en seguir adelante, ¿de acuerdo?

Su voz es como si le estuviera explicando esto a un niño. Como si tuviera miedo de que me despertaría gritando si es demasiado ruidosa.

—No tienes que hacer eso —le digo—. No tienes que hablar así. No estoy dormida.

Me mira, respirando profundamente mientras sus ojos comienzan a brillar. Y luego se da vuelta, para que no la vea.

—¿Recuerdas tus terrores nocturnos? —pregunta, mirando por la ventana—. Hablamos de ellos cuando eras pequeña

Regresaron en Colorado. No le he dicho eso, y no lo haré.

—Sucedía todas las noches —explica—. Te despertábamos, deteníamos y luego te volvíamos a dormir.

Lo recuerdo vagamente. Era muy joven Ella traga.

—Una noche, solo esperé a que te quedaras dormida —dice ella —, y me metí a tu lado.

Me mira.

—Nada. Sin terrores —me dice—. Y, a la noche siguiente, lo mismo.

No había terrores cuando me quedaba contigo.

Me tiembla la barbilla y aprieto la mandíbula para detenerlo. Una lágrima cae por su mejilla, ya que solo puede susurrar un:

—Necesitabas lo que todos necesitan —me dice—. Un hogar.

Aprieto los puños, tratando de mantener mi respiración estable.

—No es un lugar, Tiernan. Es un sentimiento. —Su voz tiembla—. Incluso cuando superaste los terrores, solo lograbas dormir cuatro o cinco horas por noche en esa casa. Con ellos. Es por eso por lo que no me molesté cuando te enviaron a la escuela cuando tenías once años.

Resopla, y un sollozo escapa mientras aparta la mirada.

—Quizás, finalmente, dormirías.

El auto se detiene y la puerta se abre. Mirai se pone rápidamente sus gafas de sol y se limpia las lágrimas mientras sale.

Me toma un momento mover mis extremidades.

Es un sentimiento.

Un sentimiento. No un lugar.

Cierro los ojos un momento, sintiendo el sol en mi cara. Y abrazo a mi tío, sentada detrás de él en el caballo.

Salgo del auto, apenas fijándome en las cámaras y los gritos de los reporteros mientras sigo ciegamente a Mirai por los escalones de la entrada de la iglesia. La gente me habla, toman mi mano y buscan para abrazarme, pero no puedo pensar.

No me siento bien.

¿Por qué volví? Pensé que tenía que hacer esto. Estar aquí. Es lo correcto, ¿verdad?

Me trago el malestar que me sube por la garganta.

La gente invade nuestro espacio personal, todos ansiosos por algo, y aunque no podía soportar abrir mis redes sociales cuando llegué a la ciudad está claro que el suicidio de mis padres sigue siendo una noticia importante.

Demonios, es probable que algún director ya esté lanzándole la historia a una compañía de producción, para que la muerte de mis padres pueda ser inmortalizada en alguna película de televisión donde serán retratados como perfectos y enamorados desde el momento en que se conocieron. Y yo, su hija que los ama, producto de su tragedia de Shakespeare, seré un personaje importante al

final… de pie sobre su lápida y sonriente porque finalmente están a salvo, juntos por toda la eternidad.

Me siento en el banco delantero con Mirai, y lo único bueno de todo esto es que nadie espera mucho de la triste hija, por lo que puedo sentarme en silencio sin parecer rara por una vez.

Cierro los ojos detrás de mis lentes otra vez. Hace dos días estaba haciendo cosas para los caballos: cartones de leche pegados con zanahorias y manzanas con las que podían jugar para obtener sus golosinas. ¿Ya se han quedado vacíos los cartones? A Kaleb no le importa, y Noah probablemente no se daría cuenta.

No sé cuándo comienza el funeral, pero cuando Mirai me empuja y me susurra al oído que debo quitarme los lentes de sol, abro los ojos y veo los ataúdes frente a mí.

Me quito las gafas, las doblo suavemente y me las meto en el bolsillo.

Los oradores suben uno por uno durante la siguiente hora, contando historias que nunca había escuchado y pintando una imagen de personas que no conocía. Me siento allí, escuchando a Mirai hablar sobre el placer de ser parte de sus vidas y apoyar su trabajo mientras Cassidy (sin doble e) y el señor Palmer cuentan historias de su juventud y el principio de sus carreras, su trabajo benéfico. Gran parte de la narrativa que el publicista probablemente les pidió que siguiera para recordarles a la gente que cómo dejaron este mundo no era lo más importante.

Mientras Delmont, el amigo más cercano de mi padre, se queda allí de pie y habla sobre sus días de fútbol universitario y los veranos en Turquía, Chile o donde sea, Mirai pone su mano sobre la mía para alertarme de que es casi la hora.

Se me revuelve el estómago. Podría hablar de su trabajo, supongo. Cómo fueron una inspiración para mí, y podría mentir sobre todas las tarjetas y regalos con los que me sorprendieron en la escuela, a pesar de que era Mirai, y siempre supe que era ella, a pesar de que ella les daba el crédito.

Podría hablar sobre lo que aprendí de mi tío y primos. Y luego decir que lo aprendí de mis padres.

Ya no quiero estar callada. Quiero demostrarles que no me rompieron.

Que no dejaré que afecten a mi voz y mi capacidad de ser valiente.

Pero mientras trato de estabilizar mis pies debajo de mí para prepararme para ponerme en pie, no puedo.

No quiero mentir

—Las cosas cambian, la vida avanza y el mundo con ella —dice Delmont—. Pero, ¿la muerte? La muerte es tan segura como la noche.

Lo miro, escuchando sus palabras.

—Es parte de todos nosotros. —Mira a su alrededor, a la audiencia, mientras comienza a concluir su discurso—. Lo único que realmente dejamos atrás es el trabajo que hacemos y las personas que nos aman.

Las personas que nos aman…

—Amelia y Hannes no se dejaron nada sobre la mesa —concluye —. Siempre supieron la respuesta a la pregunta más importante en la vida: ¿dónde quiero estar hoy?

Miro los ataúdes de mis padres, cerrados, para que todos los recordemos cómo eran.

Y las lágrimas comienzan a caer por mis mejillas, ahora después de días.

Los odio.

Los odio, y he perdido demasiado tiempo odiándolos. Aquí no es donde quiero estar.

Se amaban. Me limpio las lágrimas, mirándolos, y las palabras que no pude reunir antes finalmente llegan. *Tuvieron más suerte que la mayoría*.

Al menos tenían al otro.

Eran capaces de mucho en lo que respecta al amor. Dejo caer la mirada, mirando mi regazo, con mis puños cerrados en mi abrigo. *Y consideraron cómo sería vivir sin amor, porque decidieron no vivir sin el otro*. *¿Consideraron cómo era para mí, todos estos años, vivir sin ustedes?*

Las lágrimas caen en silencio, y todo está borroso. Cierro los ojos, y todos los años de ira se alzan mientras aprieto los dientes.

Odio su casa, les digo en mi cabeza. *Odio el hedor de su perfume, sus velas y su spray para el cabello. Odio la sensación de su ropa y las paredes, las alfombras y los muebles blancos.* Intento calmar mi respiración*. La biblioteca llena de libros que nunca se han abierto y que nada estuviera nunca caliente.*

Los odiaba.

No puedo recuperar el aliento. El aire simplemente es demasiado espeso. Tengo frío.

Odio no haberles dicho nunca nada de esto. Cómo nunca peleé, dije nada o los regañé. Cómo nunca salí a buscar lo que necesitaba en el mundo. Cómo los deje ganar.

Cómo nunca les hice saber que me devastaron.

Ahí es donde quería estar cuando murieran. En pie. Eso es todo lo que quiero.

Pero soy demasiado cobarde para hablar con ustedes, me digo; mis lágrimas ahora se han ido mientras respiro profundamente. *Los cobardes siempre viven para arrepentirse, porque es demasiado tarde para darse cuenta de que el viaje está lleno de personas con miedo.*

Que no tenían que caminar solos.

Noah

La motosierra gira en el exterior y me siento en la cama, bajando las piernas a un lado. Me paso una mano por el cabello. ¿Peleará conmigo si no quiero salir de esta jodida habitación hoy?

Kaleb nos abandonó y volvió a salir a cazar ayer, y papá apenas me dijo tres palabras en las últimas cuarenta y ocho horas. Qué divertido. Es como en los viejos tiempos.

Sacudo la cabeza y me levanto, poniéndome unos vaqueros antes de salir de la habitación. Me voy de esta casa. De este pueblo. En medio de la noche como un cobarde, porque no puedo lidiar con la confrontación, pero me voy. Tal vez se dé cuenta de lo fantástico que era una vez ya no me tenga alrededor y no pueda controlarme. Porque ciertamente no molestará a Kaleb.

Y tal vez Kaleb finalmente pronuncie palabra, cuando no esté aquí para hablar por él.

No puedo superar otro invierno con ellos. Me volveré loco.

Bajando las escaleras, entro en la cocina y voy directamente a la máquina de café, y veo a mi padre entrar desde la tienda. Agarro una taza y luego la jarra, viendo que está vacía justo cuando él se detiene para llenar la suya también.

Suspiro, y mi dolor de cabeza se intensifica.

—Nada más… —Empuja su taza y se aleja—. Haz otra jarra.

Levanto una ceja pero hago lo que me dice. ¿Cuánto tiempo lleva despierto?

Lanza una hogaza de pan, tocino y un par de cajas de cereal en la mesa con leche y la mantequilla, y tiro el filtro de café usado, reemplazándolo por uno limpio.

Una vez que los granos de café están cargados, lleno el recipiente de agua y empiezo a prepararlo, agarrando una Oreo del paquete en el mostrador.

¿Qué voy a hacer hoy? Más de lo mismo, pero siempre hay cerveza. Tengo eso que esperar, al menos, ahora que perdí mi oportunidad para el patrocinio con DeltaCorps.

Y ahora que la casa está en silencio otra vez, porque… Se sienta, se prepara un sándwich y me dejo caer frente a él, mordiendo la galleta.

Pero, ante el sabor, mi estómago se revuelve de inmediato. Me obligo a tragar pero arrojo el resto de la galleta sobre la mesa.

Me siento como una mierda

—Esto es una mierda —me quejo.

La extraño. Todos la extrañamos. Creo que incluso Kaleb lo hace. Regresó a casa hace veinticuatro horas con algunas aves acuáticas, encontró que se había ido y se fue nuevamente poco después, desapareciendo nuevamente en el bosque durante otro día entero.

Echo de menos bajar las escaleras y ver las luces encendidas. A las chicas les gusta acogedor y cálido. Me gustó ese toque que agregó a la casa. Y verla afuera o en el granero o andando descalza en nuestra cocina… La casa se sentía bien. Incluso su mal humor me divertía.

La puerta principal se abre y Kaleb entra, quitándose la camisa ensangrentada por lo que sea que esté almacenando en nuestro congelador para el invierno. Casi puedo ver a Tiernan llevándose el dorso de la mano a la boca, como si estuviera a punto de vomitar cada vez que lo veía así.

Me duele un poco el corazón.

—Ve a buscarla —le digo a mi padre, pero no lo miro.

Kaleb llena un vaso con agua, y espero la respuesta de mi padre, porque no hay ningún mérito en nada de lo que pienso o digo.

Nunca escucha, solo responde exactamente lo contrario de lo que yo quiero.

—Está lidiando con la muerte de sus padres —dice, tragando su comida—. Es adulta. No puedo decirle qué hacer.

—No es adulta —respondo—. Su lugar está aquí. Es tu opinión. No la de ella.

Se recuesta en la silla y deja caer el sándwich en el plato. Sé lo que está pensando. Sueno loco, joder. ¿Realmente quiero que la traiga aquí a rastras, pateando y gritando?

No.

Tal vez.

—El funeral fue ayer —me dice—. Todavía podría volver.

Sí, claro. Peleamos con ella como idiotas, y ella ni lo pensó dos veces antes de marcharse. ¿Por qué volvería? Yo no lo haría.

Me acerco y levanto el jugo, destapando el recipiente y llevándomelo a la boca.

Pero luego una puerta se cierra de golpe y escucho el crujido de las tablas del piso.

Me congelo, mirando a mi padre. Sus ojos se estrechan.

—¿Trajiste a alguien anoche? —me pregunta.

—No.

Bajo el jugo, con los dos escuchando atentos. Quizás Kaleb trajo a alguien…

Pero, antes de que pueda terminar la idea, escuchamos pasos en las escaleras y todos giramos las cabezas, viendo a Tiernan dar la vuelta a la barandilla, vestida con pantalones cortos y mi camiseta, con el cabello desordenado y gafas de sol que la protegen de la luz de la mañana mientras se abraza contra el frío en el aire.

Qué mierda.

—Buenos días —dice con un bostezo.

Me levanto de la silla, mirándola boquiabierto mientras pasa la mesa y va a la máquina de café.

—¿Buenos días? —suelto—. ¿De dónde vienes?

Ella entró como si nunca se hubiera ido. ¿Esto es un sueño?

—¿Cuándo llegaste? —pregunta mi padre antes de que ella pueda responderme.

Ella se pone los lentes de sol sobre la cabeza, bostezando de nuevo. Kaleb la mira mientras ella se queda junto a él, sirviéndose una taza de café.

—Anoche —responde.

—¿Cómo llegaste aquí desde el aeropuerto?

—Uber —le dice ella.

—Regresaste —digo, todavía aturdido mientras me late el corazón con fuerza.

¿Realmente está aquí? ¿Como si hubiera estado en su habitación todo este maldito tiempo que yo estuve aquí lloriqueando?

Nos mira por encima del hombro como si fuéramos idiotas.

Definitivamente no soportará un abrazo en este momento.

—¿Puede alguien mirar el cambio del tractor? —pregunta, cambiando de tema—. Se está atascando. ¿Y la aspiradora? Es muy, muy ruidosa.

Vierte un poco de crema en su café y revuelve.

—El hecho de que todos construyan motocicletas no significa que todo en esta propiedad deba ser reconectado para que suene como un auto deportivo.

Toma su taza y comienza a salir de la habitación.

—Me encargaré de Bernadette, daré de comer a los caballos y los perros, y recogeré todos los tomates antes de comenzar el desayuno —nos dice—. ¿Le importaría a alguien llevar leña a mi habitación hoy? Hace mucho frío por la noche.

Sale de la habitación, se dirige al piso de arriba y yo miro a mi papá, con la boca un poco abierta.

—¡No les daré de comer hasta que terminen los establos y Shawnee se haya ejercitado! —grita mientras sube las escaleras—. ¡Vamos!

Mi padre abre los ojos como platos y se levanta de su silla, metiéndose el último trozo de tocino en la boca mientras me río, bebiendo un gran sorbo de jugo de naranja antes de salir corriendo de la cocina.

Sí, señora.

Termino de poner una manta sobre la yegua y le paso la mano por su cabeza, entre los ojos, antes de cerrar la puerta y salir corriendo del granero.

Me estremezco. Mierda, hace frío. El sol se escondió detrás del pico hace una hora y, aunque no está del todo oscuro, extraño su calor. Agarrando mi sudadera sobre los troncos, me la pongo, arreglando mi gorra nuevamente.

—¡Tiernan! —grito, viéndola salir del invernadero y dejar la manguera a un lado—. ¡Emborrachémonos!

Me lanza una pequeña sonrisa e inhalo, oliendo los filetes sobre el asador.

Sube los escalones de la casa, sus botas de lluvia están cubiertas de barro seco de la última vez que las usó, y corro tras ella mientras los dos nos dirigimos a la terraza hacia la parte trasera de la casa.

Tomo dos cervezas de la hielera, les quito el hielo y desenrosco las tapas. Le entrego una mientras nos quedamos de pie al lado de mi padre.

—Hace frío. —Salta.

Me quito la sudadera y se la entrego. Ya lleva mi vieja camisa de franela azul y blanca, pero no discute. Tomando la sudadera azul marino, se la pone y toma la cerveza que le ofrezco.

—Nunca hace demasiado frío para hacer carne asada —señala mi padre. Ella sonríe.

—Huele bien. Me muero de hambre.

Carga los filetes en un plato, tomo una mazorca y Tiernan corre al interior para agarrar la ensalada de macarrones y las papas fritas.

Ponemos todo sobre la mesa de picnic en la tienda, las puertas se abren y la música suena a medida que el aire de la tarde se vuelve más fresco. La cerveza me arrulla las venas, y termino la botella mientras extiendo la mano detrás de mí y agarro la botella de Patrón de la mesa de trabajo.

Nos sirvo un trago a cada uno y le doy uno a Tiernan.

—Uh, no —dice ella, poniendo los condimentos en la mesa.

—Sí. —Asiento, colocándolo al lado de su plato—. Vamos a acabar todos jodidos.

Kaleb se acerca, tomando asiento, y tomo mi trago de una, respirando hondo por la quemazón. Golpeo con el vaso y dejo escapar un grito cuando me golpea el estómago; saltando alrededor de la mesa, levanto a Tiernan y la volteo sobre mi hombro.

—¡Porque es nuestra todo el invierno! —Me giro, escuchándola chillar.

—¡Noah! —ladra ella.

Pero me río de todos modos. Gracias a Dios que este día está terminando mejor de lo que comenzó. Realmente podría haber tenido que defenderme y salir de aquí para siempre.

Tenerla cerca hará que esta casa sea soportable. Hace soportable a mi padre.

—Por el amor de Dios, siéntate —ordena papá—. Coman como una familia.

La pongo de nuevo en pie, riéndome y empujándola hacia su silla.

Bebiendo otra cerveza, veo cómo sus ojos se fijan en el tequila y levanta una ceja.

Vamos. Mi padre nunca bebe lo suficiente como para emborracharse, y Kaleb podría beber mi peso en Jack, Jim y José juntos y seguir tan campante.

Ella respira hondo y toma el vaso mientras mi padre reparte el bistec, inclina la cabeza, bebiéndose todo de una.

Y sin ruedas de entrenamiento. *Buena chica*.

Vuelvo a llenar mi vaso y luego el de ella.

—Para. —Extiende la mano—. No tengo que vomitar.

—Te digo qué —le digo mientras sirve la ensalada en nuestros platos—. Te haré una apuesta. Si limpio mi plato de toda mi comida antes que tú, tienes que beber dos más.

Ella mira el bistec en su plato, que es más grande que su cara.

—¿Y si limpio el mío primero? —contrapone.

—Entonces *yo* beberé los dos tragos.

—Ibas a beber los dos tragos de todos modos. —Resoplo, es cierto.

—Te voy a lavar la ropa esta semana —le ofrezco.

—Nadie más toca mi ropa interior, gracias.

—Sí, eso está claro.

Sus ojos se abren, y mi padre estalla en una risa tranquila, con él y ella compartiendo una rápida mirada justo antes de que se calle.

Ella frunce los labios y me mira.

—Está bien, está bien —digo, poniéndome serio—. Si limpias tu plato primero, yo hago el desayuno para el resto de la semana.

Ella reflexiona un momento y luego asiente una vez.

—Trato.

Levanto mi cuchillo y tenedor para la carne, viendo que ambos tenemos lo mismo de carne y ensalada de macarrones.

Sus manos permanecen en su regazo.

—¿Listo? —pregunta ella.

—¿No necesitas utensilios?

Ella niega con la cabeza, con una sonrisa inquietante en su rostro.

—No.

Bieeeen. *Vas a beber esos dos tragos.*

—¡Ahora! —grito.

Tomo en un bocado y miro, viéndola tomar su plato y ponerlo en el suelo.

¿Eh? Me congelo, viendo a Danny y Johnny comer todo de su plato, con uno tomando el bistec y el otro arrancando la mitad mientras ambos escapan a una esquina para saborear su botín.

Qué mierda.

—¡Ese no era el trato! —suelto, y la comida casi se me cae de la boca.

—Dijiste que tenía que limpiar mi plato.

—¡Tú! —reitero—. ¡Tú tenías que limpiar el plato!

—Semántica. —Toma un trago de su cerveza, con una mirada de satisfacción en la cara.

—Esa era tu cena, cariño —le advierte papá. Ella se encoge de hombros.

—Ahorro calorías para el desayuno en la mañana. —Y luego me mira—. Panqueques, por favor. Con salchichas y tostadas.

Ella se ríe, y yo gruño por lo bajo.

Al menos todavía puedo beber sus dos tragos.

Nos sentamos y comemos; Tiernan saca un dulce pepinillo del cuenco y lo muerde.

—La nieve llegará pronto —nos dice papá, levantando su cerveza mientras mira a Tiernan—. Iremos al pueblo un par de veces más, tal vez conseguiremos un atuendo discreto que te quede bien.

—Puede usar mi mierda. —Mastico mi comida—. Tengo mucha.

—Se la está comiendo. —Y luego la mira de nuevo—. Encontraremos unos vaqueros que te ajusten y que no cuesten trescientos dólares.

—Tres. Cientos. Dólares. —Le arqueo una ceja—. ¿Qué demonios?

Ella frunce el ceño y abre la boca para responderme, pero luego se detiene al fijarse en que Kaleb pone un plato nuevo frente a ella con la mitad de su filete, ya cortado en trozos pequeños.

No hace contacto visual y vuelve a comer y beber como si nada hubiera pasado.

—Uh… —Busca las palabras—. Gr… Gracias.

Pongo los ojos en blanco y tomo un trago de mi cerveza. Yo debería haber pensado en eso.

Le lleva un minuto recordar dónde estábamos, pero luego me mira de nuevo.

—En primer lugar —dice—. El comprador personal de mi familia compra mi ropa, o la compraba, y en segundo lugar… son bonitos.

—No necesitas que sean bonitos —interrumpe mi padre—. Lo bonito por aquí termina casándote y embarazada a los dieciocho años.

—Tus hijos definitivamente saben lo que es un condón, y yo también. —Resoplo.

—Además —agrega—, no he tenido un solo novio. Cuando haya tenido tres, entonces puedes preocuparte de que termine embarazada y casada.

—¿Tres? —murmuro sobre mi comida.

Ella vacila, parece que prefiere no explicarse.

—Mi madre dijo que ninguna mujer debería casarse hasta que haya tenido al menos tres…

Agita la mano como si yo supiera cómo terminar esa oración.

—¿Tres…? —Mi padre la incita.

—Amantes —exclama ella—. Novios, lo que sea. Junto mis cejas.

—¿De qué diablos estás hablando?

Ella deja escapar un suspiro, endereza su columna vertebral y parece visiblemente incómoda. Finalmente toma la salsa de tomate, la salsa Heinz y la botella de salsa para carne, dejándolas una al lado de la otra.

—Lujuria, aprendizaje y amor —dice ella, colocando los condimentos y tocando la salsa de tomate—. Mi madre dijo que el primer chico, o hombre, te gusta. Crees que lo amas, pero lo que realmente te encanta es cómo te hace sentir. No es amor. Es lujuria. Lujuria por la atención. Lujuria por el peligro. Deseo de sentirte especial.

Nos mira.

—Estás necesitada con el número uno. Necesitada de que alguien te ame.

Mi padre olvida la comida que está masticando mientras la mira boquiabierto.

—El segundo es aprender sobre ti mismo. —Agarra la Heinz—. Tu primer amor ha sido aplastado. Estás triste, pero sobre todo enojada. Lo suficientemente enojada como para no permitir que vuelva a suceder —explica—. No entregarte tanto esta vez. Para no renunciar a tu control para ser su botín de medianoche y esperar allí cuando decida presentarse.

Nos está describiendo, por lo que entiendo.

—El número dos es donde finalmente aprendes de lo que eres capaz —continúa, llevándose un mechón suelto de la cola de caballo detrás de la oreja—. Empiezas a ser exigente. Te vuelves audaz, no tienes miedo de comenzar a tomar algunas decisiones. Tampoco tienes miedo de ser más codiciosa en el dormitorio, porque se trata de lo que tú quieres y no de lo que él quiere. El número dos es para ser utilizado. En cierto sentido.

Mi papá se aclara la garganta, y me río para mí mientras dejo caer mi tenedor y le presto toda mi atención. Ella dijo *dormitorio*.

—¿Qué demonios te enseñó? —murmura. Pero quiero que ella siga adelante.

—¿Y el número tres? —pregunto, tomando la salsa.

—Amor. —Me arrebata la botella—. Cuando las lecciones de tu debilidad con el número uno y tu egoísmo con el número dos son procesadas y encuentras un punto medio. Cuando sabes quién eres y estás lista para darle la bienvenida a todo lo que él es, y ya no tienes miedo.

Vuelve a colocar la botella en su lugar.

—Es posible que aún no tengas un final feliz, pero estarás en una relación saludable y será de una manera de la que estés orgullosa.

—¿Y crees que tu madre es a la que debes escuchar? —responde papá.

—Fue un fracaso como madre —señala Tiernan—. Pero nada más. Es el único consejo que me dio, en realidad, así que me aferro a eso.

En realidad no es un consejo tan malo. Estoy muy contento de no haberme casado con mi primera. O mi quinta. Las personas aprenden sobre sí mismas a través del sexo. Es verdad. Y a veces puede tomar mucho tiempo convertirte en la persona que quieres ser. Estoy feliz de que mi futura esposa no tenga que experimentar el completo imbécil que era a los diecisiete. Estaba mucho peor. Como, mucho peor.

—Bueno, parece que ya sabes lo que necesitas saber —le dice mi padre—. ¿Por qué pasar por tres hombres para conseguirlo?

—Algunas lecciones no se pueden enseñar —dice ella, mordiendo el filete que Kaleb le dio—. Lo acabo de aprender. ¿No te parece?

Miro divertido como él no puede responder, porque ella tiene razón. A veces las personas tienen que cometer sus propios errores y sentir el dolor.

Ella toma su cerveza vacía y se levanta.

—De todos modos, no hay nada de qué preocuparse —le asegura —. No tengo ningún interés en el drama de relaciones e, incluso si lo

hiciera, estaremos atrapados por la nieve durante meses muy pronto. El cinturón de castidad perfecto.

Se acerca a la basura, tira su botella vacía y mete la mano en el refrigerador para agarrar otra.

Nuestros ojos la siguen, apenas respirando mientras la vemos inclinarse con sus vaqueros de trescientos dólares para encontrar una nueva botella.

Me muevo en mi asiento, y la protuberancia repentina entre mis piernas se hincha.

—Sí —murmuro sarcásticamente mientras levanto mi botella hasta mis labios—. Porque no hay peligro aquí… para nada.

Papá me lanza una mirada de advertencia.

Estoy seguro de que ya sabe que va a ser un invierno muy largo.

Tiernan

—¿Qué es esto? —dirijo mis ojos hacia Noah antes de tomar la bolsa que me está entregando.

Hemos estado yendo al pueblo a cada oportunidad que tenemos en las últimas semanas, anticipando el final de nuestras hamburguesas con queso con malteadas. También necesitaba ir a la farmacia hoy para abastecerme de todo bajo el sol que pueda remediar lo que pudiera afectarme durante mi primer invierno aquí, cuando no pueda ir por lo que me aqueje. Estoy preparada para dolores de cabeza, sinusitis, dolor en las articulaciones, dolor de espalda, calambres, alergias, aunque no es que actualmente las tenga, pero nunca se sabe, y estoy a punto de recibir todas mis pastillas anticonceptivas.

Debatí dejar de tomármelas, pero… supongo que es mejor seguir con mi rutina.

Él se encoge de hombros.

—Nunca le he dado a una chica un regalo de cumpleaños —dice mientras echo un vistazo al interior de la bolsa—. Si no te gusta, no tienes que ponértela.

Meto la mano, sacando una camiseta y una gorra de béisbol. Estamos de pie en la esquina de la tienda, esperando a que llenen mis pastillas, y pongo la bolsa en el suelo, desplegando la camiseta.

Es de color azul claro con el emblema de la ciudad en el pecho, y le doy la vuelta, viendo el mismo logotipo de Van der Berg Extreme cubriendo toda la espalda. Es como la de Noah, solo que la suya es blanca.

Sonrío.

—¿Es esta tu forma de decirme que quieres que te devuelva tu ropa?

—Pensé que te gustaría algo que te quedara un poco mejor… —Hace una pausa, reconsiderando—. En realidad, mi ropa te queda bien. Solo pensé que te gustaría algo que fuera nuevo, es todo.

Sí. Me encanta. No tengo muchas camisetas. Sólo las de la escuela y esas no tienen buenos recuerdos, por lo que esta será divertida de usar. Miro la gorra de color burdeos con la palabra SALVAJE en cursiva.

—Era eso o DIVA —se explica.

Me río y me la pongo en la cabeza, mirándolo desde debajo de la visera.

—Soy una DIVA —expreso—. Pero prefiero ser una diva salvaje.

Me estiro, envolviendo con un brazo su cuello como un abrazo rápido.

—Gracias.

Me alejo, pero su brazo está alrededor de mi cintura, sosteniéndome contra él en busca de un abrazo de verdad. Vacilo, tomada por sorpresa.

Pero luego aprieto mi abrazo.

Se siente bien, abrazar a alguien que no quiera alejarse primero.

—Mi madre me llama a veces —dice, con la voz baja y dolida—. Mi padre no lo sabe.

Retrocedo, soltándolo para poder mirarlo a los ojos.

—No estoy seguro de por qué te lo estoy diciendo. —Su voz es tranquila—. Quiere dinero en su cuenta del economato.

Lo miro, escuchando. Nadie habla de ella. Ni siquiera sé por qué está en la cárcel.

—Y puse el dinero en su cuenta, porque me permití disfrutar un momento de la idea de que me necesite. —Me da una sonrisa triste, pareciendo solemne. Muy serio. Para nada típico de Noah—. Aunque

sé que soy la primera persona de la que supone que puede aprovecharse. Sabe que mi padre no hablará con ella. Que Kaleb no puede hablar con ella.

Noah no puede hablar con Jake. Entendí eso desde mi primera semana aquí.

No tiene a nadie en esa casa con quien conectar de forma real.

Realmente nunca vi eso antes.

—Desearía que estuviera muerta. —Noah mira el suelo, pero luego me mira a mí—. Desearía que estuviera muerta, porque entonces podría amarla.

Lo miro fijamente y él me mira a mí, con los dos apenas respirando pero tranquilos.

Se acerca un paso.

—¿Preferirías ser usada a que nunca piense en ti?

—¿Preferirías que nunca piense en ti a ser usado? —contraataco.

Incluso ahora, no estoy segura. Al menos su madre sabe que existe y puede hacer una demostración de amor, aunque sea falsa.

Pero, por otro lado… al menos mis padres no me mintieron. No jugaron conmigo ni me confundieron. Siempre supe en qué terreno andaba.

¿Quién lo tuvo peor? ¿Él o yo?

—Ponte la camisa antes de irnos —dice Noah. Parpadeo ante el repentino cambio de tema.

Se acerca, con una dureza en sus ojos que no estaba allí hace un momento mientras me hace retroceder contra la esquina.

—No la quiero demasiado ajustada —explica.

Se cierne sobre mí, con su cuerpo a unos poco centímetros del mío mientras me mira.

¿Qué? ¿Aquí? Mis ojos se dirigen a la tienda que nos rodea.

—Noah…

—Estoy muy contento de que estés aquí —susurra, interrumpiéndome—. Me alegro de que hayas regresado.

—¿Por qué me quieres aquí?

—¿Por qué no? —Estudio sus ojos.

—Porque, cuando te vayas, no estaré donde sea que estés.

Se queda callado, pero su mirada no deja la mía. Tiene muchas ganas de irse de aquí y lo hará. Al final.

Finalmente, también yo me iré. Ne necesita. Necesita un salvavidas.

Mirando a mi alrededor y sin ver a nadie a nuestro alrededor, me escudo entre él y la esquina mientras me quito su camiseta vieja que llevo puesta y se la entrego.

Volviéndome a ponerme la gorra, meto mis brazos a través de la nueva, con sus ojos sobre mí haciendo que mi piel hormiguee mientras evito su mirada.

Mi sostén cubre más que un bikini y todavía llevo mis vaqueros. En general, voy mucho más vestida que en el lago hace todas esas semanas, cuando me llevaron a pescar.

Pero con mi cabello colgando de dos trenzas despeinadas, una gorra de béisbol y tierra debajo de las uñas por primera vez en mi vida, nunca me he sentido tan bonita.

Cómo me mira…

Cómo me mira Jake…

Cómo Kaleb se niega a mirarme, pero sé que está al tanto de todos mis movimientos cuando estamos en la misma habitación.

La piel de mis senos, solo medio cubierta por mi sostén rosa intenso, arde con fuego bajo la mirada de Noah y me paso la camiseta sobre la cabeza, sintiendo las manos de Noah rozarme los brazos mientras se estira para ayudarme a bajarla sobre mi cuerpo.

Me arreglo la gorra de nuevo, con sus dedos todavía agarrando el dobladillo debajo de mis caderas.

Tengo miedo de mirarlo a los ojos, pero puedo sentir el calor saliendo

de él.

—Los muchachos locales no hablan contigo —ordena con voz ronca—. Nadie se te acerca esta noche. ¿Lo entiendes?

Asiento, aún sin encontrarme con su mirada. Mi corazón late tan fuerte que duele, pero mi estómago da un vuelco como si estuviera montando una montaña rusa.

Finalmente me libera y retrocede.

—Te sienta bien.

¿Qué?

Oh, la camiseta. Cierto.

—Tiernan —llama alguien.

Y paso junto a él para tomar mi prescripción, cualquier cosa para escapar.

Horas después estoy dando vueltas en mi habitación, sonriendo mientras mi nuevo vestido de verano se abre en abanico junto a mi cabello. Hace demasiado frío para llevar esto esta noche, pero lo haré de todas formas. Después de verlo a la venta en una tienda antes, sentí las ganas de limpiarme las uñas y ponerme algo de maquillaje para mi cena de cumpleaños, ya que esta podría ser la última vez que vayamos a la ciudad. Se acerca una tormenta.

"Dancing barefoot" de U2 suena y me muevo, cerrando los ojos y pasándome las manos por el cabello. Voy desesperadamente tarde con mi tarea, me he perdido llamadas, probablemente felicitaciones de cumpleaños de Mirai y amigos de mis padres, y mi envío de libros de bolsillo para pasar el invierno se ha retrasado en Denver, pero… he borrado todas mis redes sociales y ahora soy una adulta legal, completamente a cargo de adónde puedo ir y qué puedo hacer, así que cualquier peso sobre mis hombros parece mucho más ligero ahora. Estoy realmente emocionada, aunque los chicos están ocupados, temiendo los aburridos meses venideros.

Doy vueltas y vueltas, pero luego veo una figura por el rabillo del ojo y me paro de golpe, viendo a Kaleb de pie en el pasillo. Parece como si acabara de bajar de su habitación y se detuviera en medio de ponerse la camiseta mientras me mira.

Mi pulso se acelera. Es inquietante tener su atención, porque nunca estoy segura de lo que está pensando, pero siempre siento que no es bueno.

Caminando, cierro la puerta de una patada, sonriendo para mí mientras recojo mis tacones y me siento en la cama, poniéndomelos. Me siento genial, y no dejaré que me arruine la noche. Carter, del equipo de seguridad de mis padres, está cuidando la casa en Los Ángeles, Mirai y nuestro abogado están lidiando con todos los negocios de mis padres, y por primera vez en mi vida puedo ser una

niña esta noche. Sonreír, reír, jugar, estar rodeada de gente a la que le importo… Parece raro que finalmente lo consiga el día que me convierto en adulta, pero no lo analizaré. Lo acepto.

Abrochándome los Louboutins, un regalo de Navidad de mis padres el año pasado, cortesía de Mirai, por supuesto, con bonitos cristales y tacones de diez centímetros, tomo un chal de color crema para cubrir mi vestido rosa oscuro y salgo de la habitación.

Kaleb ya se ha ido, y yo llevo el chal mientras me ahueco mis sueltos rizo y aliso mi vestido. Es simple e inocente, pero no es yo en absoluto. Sin espalda y con caída corta hasta medio muslo, tiene un profundo escote y tirantes finos. Mis tacones tintinean en las escaleras de madera y camino por la sala, viendo a los chicos alrededor de la mesa mientras dejo mi chal y el teléfono y voy por mi bolso.

Sacando mi licencia y el dinero, me doy la vuelta y se lo entrego a mi tío.

—¿Llevarías esto en tu cartera? —pregunto—. Me salva de llevar bolso.

Pero él solo me mira, como frunciendo el ceño.

—¿Qué? —digo.

—Estás demasiado arreglada.

Le doy una sonrisa tímida mientras le pongo la tarjeta y el dinero en la mano.

—No existe tal cosa.

Por supuesto que comparada con ellos estoy demasiado arreglada.

Llevan todos vaqueros, y Noah dos Budweisers en las manos.

—La gente no se viste así aquí —señala Jake.

Y realmente no necesitaba decir eso. No es como si no me hubiera dado cuenta.

—No encajo en ningún sitio —le digo—. Estoy acostumbrada a ello. En serio, me siento bien. Deja de hiperventilar.

Levanta una ceja y se da la vuelta, y puedo ver que la mirada preocupada de Noah se dirige a la suya.

Jake finalmente me entrega un gran paquete, exquisitamente envuelto en papel plateado con un gran lazo del mismo color.

Lo tomo.

—¿Qué es esto?

Tiene una forma extraña. Pero todo lo que dice es:

—Ábrelo.

El papel es tan bonito como el de debajo de mis árboles de Navidad de pequeña, y no puedo evitar sentir la sonrisa. Sé que sabe lo que hay dentro. Lo que significa que lo eligió él. Demonios, puede que incluso lo haya envuelto él también.

Arranco el papel en grandes trozos hasta que todo el conjunto está expuesto y miro el arco compuesto con un patrón de camuflaje rosa y seis flechas.

Lo recojo.

—Vaya.

—¿Sabes disparar? —pregunta mi tío.

—Algo. —Tomo la empuñadura y echo la cuerda atrás, apuntando hacia el refrigerador—. No he usado uno en mucho tiempo.

Y nunca he usado un arco compuesto. No tenían de estos en el campamento.

—Noah colocó un objetivo en el granero —me dice—. Puedes practicar antes de que lo saquemos para cazar.

Suelto los brazos y lo miro.

—¿Cazar?

Todos se quedan en silencio y yo los miro como si hubiera una estipulación en mi contrato para vivir aquí que yo no viera.

—No creo que quiera hacer eso. —Pongo el arco sobre la mesa.

Cocinaré la carne. Aunque no seré yo quien la traiga a casa.

Pero Noah solo se ríe, y Jake sacude la cabeza.

—Hablaremos de ello —dice.

Siempre y cuando no sea hoy.

—Bueno, gracias. —Le doy un beso en la mejilla—. Me encanta.

Asiente una vez pero no quiere mirarme a los ojos. Se aclara la garganta.

—Iré a calentar la camioneta.

Agarro mi chal y me lo coloco alrededor de los hombros. Es tejido, traído de las Islas de Arán, Mirai lo me regaló para mantenerme caliente este invierno, una camisa y una gorra para ayudarme a mezclarme con los locales, y un nuevo juguete. Mejor que cualquier cumpleaños hasta ahora.

Pero, mientras me muevo para seguir a Jake, Kaleb se pone delante de mí, deteniéndome.

Levanto la mirada.

Se detiene un momento antes de meter la mano en su bolsillo trasero y sacar una larga correa de cuero café oscuro.

Entrecierro los ojos mientras me la ofrece.

Suena la bocina de la camioneta, pero nos quedamos quietos, con Noah acercándose a mi lado.

—¿Qué es esto? —Lo alcanzo y lo tomo, pasándolo por mi mano y dándole la vuelta.

—Los hace él —dice Noah.

Es un cinturón. Oscuro y curtido con tallas en el cuero y una hebilla plateada de aspecto antiguo. Estudio los grabados. Hay árboles, una cascada, las montañas, la vista desde la ventana de mi habitación, en realidad, algo que parece una trenza, un caballo y un atrapasueños.

Trago. ¿Por qué pondría un atrapasueños ahí? Pero es hermoso. ¿Lo hizo él mismo?

Entonces me doy cuenta de algo más, y me río.

—Las muescas llegan hasta la hebilla —señalo—. Me siento halagada, pero mi cintura no es tan pequeña.

Noah se inclina, susurrando:

—Pero tus muñecas sí.

Mi corazón salta, y lanzo mis ojos hacia Kaleb mientras me mira fijamente.

¿Qué?

Pero Noah solo se ríe, y los dos me dejan allí mientras salen.

Y no me doy cuenta de que estoy mirando de nuevo el cinturón, perdida en mis pensamientos, hasta que Jake toca la bocina de nuevo, haciéndome saltar.

—¡Dámelo! —grito mientras Noah mantiene mi teléfono fuera de mi alcance—. Vamos.

Me pone la mano en la frente y me empuja hacia atrás mientras nos sentamos en la mesa e inspecciona la foto.

—Mierda —dice en voz alta para que todos a nuestro alrededor lo oigan—. ¿Por qué escondes esto?

Me estiro y le quito el teléfono de la mano, dejándolo caer en mi asiento.

—Porque es una foto tonta.

—¿Entonces por qué la tienes en tu teléfono?

—Porque —le digo—. Es la única cosa que he hecho de la que estoy orgullosa.

Voy a salir del enlace del único artículo sobre mí que se ha escrito, junto con la sesión de fotos que la revista insistió en hacer para acompañarlo, pero Jake me quita el teléfono de las manos, tomando su turno para ver la foto.

Me quedo mirándolo, abriendo mi gran boca para protestar, pero decido no hacerlo, echando una mirada preocupada a las otras familias que intentan tener una comida pacífica en el restaurante.

Fue mi culpa por mostrárselo a Noah. La primavera pasada, Vanity Fair hizo una exposición sobre los hijos de estrellas y me presentó en su colección. Desafortunadamente, una sesión de fotos venía con ello, una foto mía en particular con mis trenzas francesas, un sujetador deportivo y algunas prendas de lacrosse. Estaba sudorosa y sucia pero algo sexy y, aunque todo era una mentira inventada por los publicistas de mis padres para hacerme ver y sonar increíble, me gustó mucho la experiencia. Aunque nunca hubiera jugado a lacrosse en mi vida.

Fue la única vez que me sentí mayor.

Sí, el artículo era una mierda sobre lo activa que era en la escuela. Nada era cierto en cuanto a mi activismo y mis aficiones, y solo conseguí el artículo gracias a mis padres. Odié la idea cuando me obligaron a hacerlo.

Sin embargo, la sesión de fotos… me sentí muy bien. Incluso si me sentí estúpida después de que terminara.

—Es una gran foto. La pondremos en la página web —le dice Noah a su padre, y luego levanta los brazos, cuchillo y tenedor en mano mientras recita las palabras en un encabezado imaginario—. La nueva adición a Van der Berg Extreme.

Pongo los ojos en blanco, dirigiendo mi atención a Jake.

—Dámelo.

Se lo pasa a Kaleb, que lo toma y apenas lo mira antes de dárselo a Noah.

—Ahora —digo a través de mis dientes apretados, tratando de mantener nuestras bromas. Solo quería presumir de que me he puesto menos en público que esta noche cuando Jake se puso insolente sobre mi vestido sin espalda otra vez en la cena. Pero no quiero que me miren boquiabiertos en sujetador. En público.

Los vasos y los cubiertos tintinean en el viejo restaurante rústico, y el olor de la salsa BBQ y las patatas fritas llena el aire, haciendo que me pique la nariz de vez en cuando.

El filete estaba demasiado hecho, la Coca-Cola está aguada y el suelo tan grasiento que puedo escribir mi nombre en él con el tacón de mi zapato.

Pero no querría nada diferente para mi decimoctavo cumpleaños. Ya me he divertido más esta noche que en todos mis cumpleaños anteriores juntos.

Noah me devuelve el teléfono y lo tomo, lo apago y me lo meto bajo el muslo, para que no lo vuelvan a agarrar.

—Entonces, ¿qué dices? —pregunta—. ¿Quieres ir así de sexy en nuestra página web?

—Cállate.

Vuelvo a acercar mi silla y tomo un sorbo de mi refresco.

—Es una muy buena idea —argumenta Noah, dirigiéndose a su padre—. Eso es lo que nos falta en nuestro marketing. Algo bonito.

—Noah, joder… —Jake se mueve incómodamente en su silla y se lleva la botella a los labios.

—No, en serio —continúa—. Mira todos los otros sitios. Todos los programas y exposiciones a los que vamos. ¿Qué tienen todos en

común? Chicas sexis. Podríamos llevar un fotógrafo a la casa y hacer una sesión de fotos de ella con las motos. Sería genial.

—Estará nevando por la mañana —dice Jake—. Ningún fotógrafo subirá a la montaña. —Me mira a los ojos—. Y nadie baja.

Hago una pausa y un escalofrío casi me recorre mientras sostengo la mirada de mi tío. No estoy segura de si veo una advertencia o un desafío en relación con los meses venideros, pero levanto mi copa en un brindis, lista para lo que sea.

Jake sonríe, levanta su cerveza y Noah le sigue, bebiendo todos juntos.

Kaleb se come su comida.

—Además —añade Jake, dejando su cerveza—, puede que no la volvamos a ver después de la primavera, de todos modos. No estoy seguro de que queramos añadirla al cartel todavía.

Sacudo la cabeza, sabiendo que no le importaría que me quedara para siempre y ahora mismo le encantaría tener la seguridad de que lo haré.

Me encanta que me quieran.

Pero la universidad está cerca. Tendré que tomar decisiones pronto. Noah me mira.

—No nos dejarás, ¿verdad?

Me río, sin estar segura de cómo responder a eso. En lugar de eso, solo inclino la barbilla hacia mi tío.

—¿Puedo tomar una cerveza con alcohol para mi cumpleaños?

Sabe muy bien que me aprovecho del subsidio en este estado de que cualquier persona menor de veintiuno puede beber en propiedad privada, siempre y cuando esté bajo la supervisión de los padres.

Así que vayamos a casa, a la propiedad privada, para que pueda hacer eso.

Pero Jake tiene otros planes.

—Vamos al bar —dice.

Noah, Kaleb y yo salimos del restaurante mientras Jake paga la cuenta, y Noah me toma de la mano mientras recorremos un largo pasillo, entrando en el ruidoso salón conectado al restaurante. La música country suena desde la máquina, y rompo cáscaras de

cacahuetes bajo mis zapatos mientras caminamos bajo las luces tenues y pasamos las mesas de billar y los taburetes del bar.

Los ojos se dirigen inmediatamente en nuestra dirección, con la gente apiñada en pequeños grupos y la música que suena. De repente me siento demasiado arreglada, como sugirió Jake.

Unos pocos pares de ojos interesados flotaron sobre mi atuendo mientras nos sentábamos en el restaurante antes, porque no he conocido a mucha gente en el pueblo y probablemente se preguntarán quién era, pero ahora… mi piel se calienta bajo sus miradas, y me agarro a la mano de Noah, un poco incómoda. El lugar está lleno de camisetas, vaqueros y barbas, y ¿quién es la idiota que viene aquí vestida para un cóctel en Malibú?

Me encuentro con varios pares de ojos al pasar por mesas de gente bebiendo y fumando. Kaleb arroja algo de dinero en la barra y hace un gesto incluyéndonos a todos para el camarero, pero el tipo ladea la cabeza, mirándome con sospecha.

—Está bien, Mike —oigo a mi tío decir de repente detrás de mí.

Me doy la vuelta y lo veo sonreírle al tipo, y eso parece funcionar, porque el camarero asiente y se agacha para sacar cuatro Buds del refrigerador, quitándoles las tapas para todos nosotros.

—Vamos. —Noah me da un codazo en el brazo.

Los sigo a todos excepto a Kaleb, porque desapareció una vez que apareció su cerveza, hasta el futbolín, y Noah y yo nos enfrentamos a Jake. Ignoro los ojos que siento en mi espalda y tomo un sorbo de mi cerveza antes de ponerla en la mesa con la de Noah y Jake.

—Jugaron a esto en *Karate Kid*, ¿verdad? —Los ojos de Jake se iluminan.

—Muy bien.

Casi me río de su encantada expresión. Parece que todavía hay esperanza para mí.

Jugamos algunas veces, Jake gana siempre a pesar de estar solo, y tengo que echarme el cabello por encima del hombro para quitármelo de encima cuando terminemos el tercer juego, porque estoy empezando a sudar.

La música aquí no es mi estilo habitual, pero la multitud se alimenta de ella, fuerte y feliz, y apenas noto las frías ráfagas de viento que pasan por la puerta cada vez que alguien llega o se va. Algún viejo pasa por aquí, quitándose el polvo de la nieve del sombrero, pero nada perturba el buen momento.

—Voy a por otra —nos dice Jake después del último juego, haciendo un gesto hacia su cerveza.

Recojo la mía aún en la mesa sin tocar, y miro alrededor de la habitación mientras él se va.

Hay algunos corredores sentados detrás, reconozco a algunos de los chicos del grupo en la casa de mi tío un par de veces, y veo a una mujer con un chal barato rodeada de otros en el bar, todos ellos tomando. Su camiseta negra y ajustada dice "La última batalla de Marissa" con joyas que brillan bajo la tenue luz.

La canción de la máquina termina y unas pocas parejas en una pista pequeña en la que están bailando se sueltan y vuelven a sus mesas.

—¿Quieres jugar billar? —grita Noah sobre el ruido.

Miro fijamente la máquina, llevándome la botella a los labios.

—Quiero poner algo de música —le digo, y le muestro una sonrisa de disculpa mientras extiendo la mano, pidiendo dinero—. ¿Por favor?

Pone los ojos en blanco, pero se mete la mano en el bolsillo y saca algo para mí. Jake tiene mi dinero. Noah sabe que puede confiar en mí.

Me da un par de billetes y los tomo.

—Gracias.

Alejándome, me dirijo a la música.

Jake está en el bar, hablando con un tipo, y todavía no he visto a Kaleb desde que llegamos aquí. Me paro junto a la máquina y lo busco. Kaleb apenas me ha echado un vistazo desde que me dio la correa, pero algo en su regalo no para de comerme y no estoy segura de por qué.

Lo hizo. A mano. Para mí.

Sabía que mi cumpleaños se acercaba.

Me encanta que cada uno de ellos pensara en lo que me gustaría, aunque no tuvieran que regalarme nada. Fue bonito abrir un regalo que compraría para mí en lugar de un regalo lujoso que intenta ponerle precio a impresionar a alguien.

Sin embargo, Kaleb puso horas de trabajo. Pesar en él en su taller en el granero, trabajando en silencio, con la cabeza colgando sobre el cuero, ahí fuera solo todo ese tiempo… para mí.

Pero entonces sacudo la cabeza.

Estoy analizando demasiado. Probablemente ya tuviera ese cinturón hecho y tirado por ahí. Lo agarró cuando salía de su habitación y probablemente tiene un trasfondo sexual raro con todas esas muescas, como dijo Noah.

Recorro las selecciones de canciones, finalmente veo algo que no es country y meto un billete, marcando la letra y el número. "Do You Want to Touch Me There" de *Joan Jett* empieza a sonar y de repente se escuchan algunos vítores. Miro sobre mi hombro para ver a la despedida de soltera levantando los brazos y moviéndose hacia mí, ya bailando.

Sonrío, lista para quitarme de su camino, pero empiezan a gritar las palabras, con una de ellas agarrándome de la mano y llevándome consigo. Me río, sin saber qué hacer.

Busco a mi tío o a Noah para que me rescaten, pero en un momento estoy atrapada y no puedo ver a nadie. Todos nos amontonamos en la pequeña área y apenas tengo espacio para moverme mientras todos saltan, se balancean y se mecen, con el piso de madera debajo de nosotros recibiendo una paliza.

Otros cierran los ojos y, después de unos momentos, respiro profundamente y hago lo mismo, dejando que la música y la gente me alimenten.

Me da vueltas la cabeza.

Siempre he estado incómoda con otras mujeres. Siempre. Me preocupa que sientan que tienen que tomarme de la mano en situaciones sociales o que se agraven porque lo hagan. Odio ser un ave colgaba de sus cuellos o ser tratada como una hermana pequeña ignorante a la que tienen que tomar bajo su ala.

Sin embargo, esto no es así. Solo tengo que bailar.

Canto junto con la canción, me peino y muevo mi cuerpo al ritmo de la música, riendo con ellas y sintiendo la energía que zumba en cada centímetro de mi piel. Si tuviera que hablar con estas chicas sería un desafío, pero por ahora puedo disfrutar de la música.

Levantando los brazos, sacudo la cabeza con la letra, sin avergonzarme de parecer loca, porque todos los demás también lo parecen, y me relajo.

Me relajo al fin.

Hasta que abro los ojos.

Jake se para a medio de llevarse la cerveza a la boca, mirándome desde el bar. Sus labios están ligeramente separados y parece que no está respirando. Mi corazón cae hasta mi estómago y me detengo un momento, haciendo un inventario mental para asegurarme de que no esté enojado.

No estoy bailando con un chico local. No estoy desnuda.

Vine con tres parientes varones, así que no estoy desarmada ni desprotegida.

No está enojado, creo. Sólo está… observándome. Un revoloteo golpea mi estómago.

Moviendo mi mirada, veo a Noah en la mesa de billar con algunos amigos, tomando un trago de algo ambarino, y sus ojos inmediatamente giran hacia mí como si hubiera estado vigilando todo el tiempo. Su mirada es suave, pero tiene los labios apretados.

Una sonrisa tira de mi boca, pero no la dejo ir.

La futura novia me rodea con un brazo la cintura, yo cuelgo mi brazo sobre el hombro de otra mujer, y cantamos y bailamos, pero cada sonrisa que llevo es para otra persona. Todo lo que hago espero que lo vea Jake y cada movimiento que hago espero que lo vea Noah.

Me encanta su atención.

Cuando la canción termina, me río con las chicas; todos nos dispersamos cuando empieza una melodía lenta y me doy la vuelta para dirigirme al bar.

Pero tan pronto como me doy la vuelta alguien está allí, y levanto la mirada para ver a Terrance Holcomb.

—Hola, California —dice, deslizando sus manos hasta mi cintura. Empiezo a alejarlo.

—Aléjate.

Jake no mentiría sobre la casa club que tiene este tipo. No quiero tener nada que ver con él.

—¿Conoces a mi amiga? —pregunta.

¿Eh?

En ese momento, alguien se acerca por detrás de mí y giro la cabeza para ver a Cici a mi espalda. También me sujeta las caderas, poniendo su barbilla sobre mi hombro.

¿Son amigos? ¿Cómo funciona eso con Kaleb en sus vidas?

Lucho contra su agarre, tratando de no montar una escena, pero cada vez que me suelto me reclaman de nuevo.

Busco a Jake o a Noah, pero de repente estamos rodeados de gente.

Mucha gente.

Hombres.

¿Qué demonios?

Todas las chicas de la pista de baile se han ido, ahora reemplazadas por los compañeros de motocross de Holcomb.

Me doy cuenta de golpe. Estamos siendo rodeados para que lo cubran, para que Jake y Noah no lo pueden ver.

—¿Y si te dijera que Kaleb me golpeó en la cueva ese día? —dice Cici desde detrás de mí—. ¿Todavía quieres pasar el invierno su casa?

Hago una pausa, aturdida. ¿Qué?

—¿Y si te dijera —continúa Cici, trazando del fino tirante de mi vestido—, que no puede esperar a hacerte sangrar a ti también, y que sólo está esperando su momento hasta que no tengas forma de escapar de él?

Mi boca se seca, y me pica la piel. Kaleb… Kaleb no es así.

Holcomb sacude la cabeza, sonriendo.

—Te advirtieron sobre mí, ¿verdad? —dice—. Deberían haberte advertido sobre ellos. Sólo te quieren porque eres rica y hermosa. Piensa en lo que tu dinero hará por Van der Berg Extreme y lo que tu cuerpo hará en sus camas.

Sacudo la cabeza. *No*.

—Noah no necesitará un patrocinador —continúa Holcomb—. Te tendrá a ti. Más dinero del que el resto de nosotros podría recaudar, y no tendrá que hacer nada loco para conseguirlo, porque lo amas y le dejarás tener todo lo que quiera.

—No.

—¿Ninguno de ellos te ha tocado, entonces? —pregunta Cici.

Aprieto los dientes. Pero las ruedas giran de todos modos, recordándonos a Kaleb y a mí en el capó del coche y a Jake y a mí en la cocina.

—¿No te has sentido amenazada? —presiona Holcomb—. ¿Ni una sola

vez?

Si hubieras estado bailando con un hombre así en público te habría calentado el trasero.

Respiro fuerte y superficialmente, recordando la amenaza de mi tío hace todas esas semanas. Cici probablemente lo escuchó cuando me alejó y se lo dijo a Terrance.

—Y ahora tienes dieciocho años —añade Terrance—. Perfectamente legal en los cincuenta estados, justo a tiempo para la nieve.

Las palabras se alojan en mi garganta, y me libero de ellos con los brazos.

—No les gustas de verdad —me dice Cici—. Eres útil. Como el resto de nosotros que les servimos. —

Frota círculos en mi vientre mientras su cabeza permanece en mi hombro.

—Y cuando te follen y te dejen embarazada, los controlarán a ti y a tu cuenta bancaria para siempre.

No. Son mi hogar. Ellos son mi hogar.

—Quédate con nosotros —susurra Holcomb, acercándose—. Ven a casa conmigo.

Las lágrimas se acumulan mientras me hacen un sándwich y, cuando Holcomb me acerca la boca al cuello, empiezo a gritar.

No.

Pero justo entonces una mano me envuelve la muñeca y me libera de ellos. Jadeo, tropezando con la pista de baile y directamente contra Kaleb mientras me arrastra hacia su cuerpo. Me lleva, mi frente se encuentra con el suyo, y lo miro a través de mis ojos llorosos.

Él presiona sus labios fuertemente contra mi frente, y me quedo quieta un momento.

Kaleb…

Las palabras de Holcomb y Cici se arremolinan en mi cabeza pero, a medida que el calor de Kaleb me envuelve, todo lo que dijeron empieza a desvanecerse más y más hasta que no hay nada más que él.

Exhalo, cerrando los ojos.

No son mis padres. Esto es real. Les importo, y me quieren aquí.

Kaleb se retira y nuestras frentes se encuentran de nuevo mientras me mira a los ojos sin pestañear. Pasando sus pulgares por debajo de mis ojos, me seca las lágrimas.

Voy a asegurarle que estoy bien pero, antes de que pueda, deja caer sus manos, su mirada se vuelve oscura, y me empuja detrás de él antes de lanzársele encima a Holcomb.

Agarrándolo por el cuello, lanza a Terrance hacia la máquina de música, golpeando a otras personas en la pista de baile en el proceso.

Me estremezco, viendo al tipo golpear la máquina, y la vitrina se rompe.

Se desata el infierno. Los tipos del motocross van tras Kaleb, una botella se estrella contra el suelo, y un grupo de mujeres es empujado contra una mesa, con las patas raspando el suelo.

—¡Kaleb! —chillo.

Cici aprovecha su oportunidad mientras está distraído, me empuja del pecho y yo tropiezo, con mis ojos ardiendo de rabia. Noah me agarra la mano y me aleja, con mis ojos ardiendo en los suyos mientras ella desaparece entre la multitud.

Me lleva al otro lado de la barra y miro atrás, a la pelea en la pista de baile, sin ver a Kaleb por ningún lado. ¿Lo tienen en la pista o algo así?

El camarero salta sobre la barra con un bate de béisbol, y Jake me aleja de Noah mientras corre hacia su hermano.

—¿Estás bien? —pregunta Jake.

Asiento rápidamente, demasiado preocupada por los chicos. Ni siquiera puedo decir que alguien más lo haya empezado. Kaleb técnicamente hizo el primer movimiento.

Su beso aún calienta mi frente.

—Sube a la camioneta. —Jake me empuja con sus llaves hacia la puerta.

Doy un paso atrás, la música se detiene y los espectadores observan la pelea. Mi corazón me golpea en el pecho, sintiendo que esto es mi culpa por alguna razón, pero sé que no lo es.

Sin embargo, si no estuviera aquí…

Jake escarba en la refriega, encontrando a sus hijos, y yo me doy la vuelta, corriendo al exterior y hacia nuestra camioneta estacionada en la acera.

La nieve cae, copos grandes golpeando mi cabello y mis hombros desnudos, y me arranco los tacones, corriendo por el helado y húmedo pavimento hacia la camioneta.

Subiendo, tiro los tacones en la parte de atrás y arranco el motor.

Tiemblo, encendiendo los calentadores y arrancando los limpiaparabrisas. Afortunadamente las ventanas aún no se han congelado, y soplo contra mis manos, tratando de calentarlas. Dejé mi chal dentro, maldita sea.

La puerta del bar se abre y miro, viendo a Kaleb salir, seguido rápidamente por su padre y su hermano. Da la vuelta a la camioneta, hacia el lado del conductor.

—¿Estás bien? —pregunto mientras abre la puerta. Pero sé que no obtendré respuesta.

Empujándome, sube y cambia la camioneta a primera mientras Jake se sienta a mi lado y Noah se sube a la parte de atrás.

Yo tomo la indirecta y huyo al asiento trasero para unirme a él.

La puerta del bar se abre de nuevo y los chicos salen corriendo, Terrance lidera el grupo y apenas tengo tiempo de mirar a Kaleb antes de que cambie de marcha otra vez, poniendo la camioneta en marcha atrás esta vez.

—Ay, joder —dice Noah como si supiera lo que Kaleb está a punto de hacer, y yo giro la cabeza justo cuando Kaleb pisa el acelerador. Nuestra camioneta se dirige directamente a una fila de motos, y me agarro del tirador encima de mi puerta, agarrándolo y apretando los ojos para cerrarlos mientras el camión pasa por encima de las motos de cross.

—¡Kaleb! —grita Jake.

Pero es demasiado tarde. Nos balanceamos de lado a lado, arrastrándonos sobre las motos, y mi corazón se aloja en mi garganta, pero casi quiero reírme, también.

Se lo merecían.

—¡Hijo de puta! —escucho a alguien gritar. Y luego un fuerte grito.

—¡Estás muerto!

Miro por la ventana y de repente veo a dos policías al otro lado de la calle, vestidos con chaquetas pesadas y sombreros de invierno cuando salen de su auto policial.

—Oh, mierda —jadeo.

—¡Kaleb, ahora! —grita Noah, viendo lo que yo.

No duda más. Antes de que los oficiales puedan detenerlo, Kaleb acelera y yo miro por la ventana trasera, viendo a los chicos buscar sus motos y a los policías entrar a su auto.

La camioneta corre atravesando la noche, con la nieve azotando a través del parabrisas en la noche negra, y me pongo los zapatos de nuevo.

Kaleb apaga los faros, como si toda la ciudad no supiera adónde vamos, y miro por encima del respaldo de su asiento, tratando de ver lo que él en su espejo retrovisor.

Las luces nos siguen muy por atrás, y oigo los neumáticos girando debajo de nosotros mientras la nieve resbaladiza se convierte en hielo. Jake enciende la calefacción.

—¿Realmente nos persiguen con este clima? —se me escapa, mirando detrás de mí—. Tal vez deberías parar.

Van en motos de cross. Hace mucho frío. Esto podría ponerse mucho peor de lo que ya está si hay un accidente.

Aunque nadie me escucha.

—Más despacio —le ordena Jake.

Pero Kaleb no escucha. La camioneta resbala, y Kaleb gira el volante de golpe, usando la grava para conseguir tracción mientras nos mete más y más en las montañas.

Las motos nos ganan terreno, ya que llevan menos peso, pero entonces veo un par de faros caer como si las motos resbalaran. Los otros siguen el ejemplo de Kaleb y giran de golpe mientras las luces rojas y azules de los policías parpadean detrás.

No, no, no… Esto es malo.

Seguimos adelante, y veo menos luces detrás de nosotros ahora que algunos de los corredores que nos persiguen deciden rendirse ante la gruesa nevada y guardarla para otro día.

¿Pero por qué estamos corriendo? Una pelea en un bar no es gran cosa, pero que Kaleb destruyera propiedad sí lo es. La persecución no terminará una vez que estemos detrás de nuestra puerta principal.

De repente, las luces de la policía desaparecen. Veo sus faros dar la vuelta y volver al pueblo ellos también.

Saben dónde encontrar a Kaleb mañana, supongo.

Los neumáticos resbalan bajo nosotros, y la camioneta comienza a ir hacia atrás. Tomo un poco de aire, clavando mis uñas en la parte trasera del asiento de Kaleb. No deberíamos hacer esto.

—Oh, Dios mío —murmuro, mirando hacia el acantilado a nuestro lado, con el miedo paralizándome de golpe.

Las motos detrás de nosotros luchan por subir la carretera y, justo cuando estoy a punto de sugerir que paremos o salgamos para volver a la casa, ya que estamos a menos de un kilómetro, Kaleb gira el volante a la derecha y nos saca de la carretera. La camioneta cae en una zanja y pisa el acelerador, llevándonos al bosque; moviéndose más firmemente a través de los árboles.

Miro detrás de mí, viendo las motos que se quedan atrás, perdidas en la oscuridad, la nieve y, sin las luces traseras de Kaleb para seguir, no sabrán a dónde ir.

Creo que no respiro en todo el camino a casa.

Kaleb conduce por el bosque, llevándonos a la casa y, cuando detiene la camioneta, todos salimos, buscando cualquier señal de la

policía o de los demás.

—¡Entren, ahora! —ordena Jake.

Entramos en la casa, cerrando la puerta detrás de nosotros, y Noah cae contra la puerta, respirando fuerte.

¿Qué hicimos?

Habrá un castigo por eso. No lo dejarán pasar. Sin embargo, de repente Noah empieza a reírse. Histéricamente.

Me levanto y le frunzo el ceño.

—Esto no es gracioso —gruño—. Alguien podría haber muerto. Nos seguirán aquí arriba una vez que la nieve pare. La policía lo arrestará.

Miro a Kaleb, que está perfectamente tranquilo, yendo hasta la cocina y quitándose la camisa como si se estuviera preparando para ir a la cama o algo así.

La risa de Noah se apaga y él se levanta, viniendo a mi lado.

—La nieve no parará —me dice.

Me encuentro con su mirada mientras me da palmaditas en el brazo.

—Hasta abril —remata.

Y sigue a Kaleb al refrigerador por una cerveza.

Tiernan

Mi balcón está cubierto de blanco. La tormenta de nieve se desata haciendo mucho ruido, grandes grupos de copos brillantes caen al suelo con tal densidad que apenas puedo decir que es de noche. Suelto una risa silenciosa, mirando por las ventanas de mis puertas dobles. La casa está tranquila y los chicos se acostaron hace mucho tiempo, pero no puedo dormir. Quiero ver esto.

Es muy hermoso. Y por alguna razón estoy maravillada, a pesar de las protestas de Noah sobre que no habrá civilización durante los próximos seis meses. Tengo todo lo que necesito aquí mismo.

Jake nos hizo cuidar a los caballos antes de dormir, pero todavía me siento mal por ellos en el establo. La nieve definitivamente está asentándose, lo que significa que la temperatura del suelo es tan fría como el cielo

Me doy la vuelta, temblando mientras meto las manos bajo mis brazos. Debería ponerme la ropa interior larga que compré, pero odio los pantalones debajo de las sábanas. Me acerco, decidiendo quedarme con mis pantalones cortos de seda con botones, y me envuelto con una manta mientras me arrastro hasta la cama.

Pero veo algo que yace a los pies de la cama y me detengo, caminando y tomando la correa de Kaleb.

La que me dio. Lo tiré ahí cuando llegué.

Sosteniendo un extremo lo paso a través de mi puño, estirándolo para ver las figuras talladas.

Es un artista, ¿no es así? Lo imagino trabajando en esto, probablemente en el desván o en una de las habitaciones del granero que aún no he explorado, o en un lugar donde no lo molesten. O tal vez en su habitación.

¿Cómo será su habitación? Nunca me he atrevido a subir, y la única vez que mi tío me pidió que doblara la ropa no había ninguna cosa de Kaleb, así que incluso entonces no tuve excusa para ir a su habitación como con Noah.

Paso el pulgar sobre el atrapasueños.

¿Qué estaba pensando cuando talló todas estas cosas? Debe haber pensado en mí.

Pasó tiempo mirando esto. Mucho tiempo.

Miro fijamente las muescas, caminando distraídamente hacia mi espejo de cuerpo entero mientras paso el extremo por la hebilla y meto mi muñeca por el agujero.

Tiro la correa para que pase el resto por la hebilla y noto que el cuero frío se tensa alrededor de mi piel.

Algo me sube por la garganta, como si fuera vómito, pero también como si mi estómago se estuviera moviendo. Mi pecho sube y baja agitadamente.

Miro en el espejo.

La correa me queda como un brazalete en la muñeca, lo sobrante cuelga, y dejo de respirar, con la imagen de Kaleb agarrándolo y atándolo a su cama sobre la cabeza parpadeando en mi mente.

Tira de la correa, su cuerpo se sacude, y yo gimo.

Jesús. Sacudo la cabeza y me lo quito, arrojándola de vuelta a la

cama.

No soy lo suficientemente mayor para eso. Y… tengo dos muñecas.

Sólo me dio un cinturón.

Tiemblo de nuevo, mirando mi chimenea. Sin leña. Genial.

Dejo caer la manta sobre la cama y corro por el pasillo, escaleras abajo. No voy a entrar en la tienda. Hace demasiado frío.

El fuego en la sala aún crepita, y me apresuro hacia la pila al lado de la chimenea.

Pero no puedo resistirme.

Me doy la vuelta y me doblo un poco, dejando que el calor caliente la parte posterior de mis muslos. También enfrento mis dedos a las llamas, moviéndolas y disfrutando del calor.

Levanto la cabeza y veo a Kaleb sentado en una silla, a menos de tres metros de distancia, mirándome.

Una escopeta descansa sobre su regazo, y sostiene el cuello de una botella de cerveza con sus dedos.

Me enderezo, y el vello de mis brazos se eriza.

—¿Está todo bien?

Se encorva un poco, con sus largas piernas cruzadas mientras la luz del fuego destella sobre su pecho desnudo.

—Sé que me entiendes —le digo—. Sé que puedes asentir o escribir o algo. ¿Por qué no quieres hablar conmigo?

La luz hace que sus ojos brillen mientras observa, y frunzo el ceño. Actúa como un animal. Come, duerme, y…

La puerta se abre y se cierra, y aparto los ojos de Kaleb para ver a Noah, caminando por la sala.

Me mira, él también lleva una escopeta.

—¿Tampoco puedes dormir? —pregunta. Lo veo revisar las cerraduras.

—Hacía frío —respondo—.Vine a buscar más leña.

¿Por qué siguen despiertos? ¿Y armados? Pensé que estábamos a salvo.

—¿Quieres ver una película con nosotros? —sugiere.

—Pensé que habías dicho que no podían subir aquí —respondo, insistiendo en el punto.

Se deja caer en el sofá, apoyando el arma en el brazo del sofá.

—No pueden.

—Entonces, ¿por qué están ambos en vigilia?

—Precaución.

—¿Para qué? —presiono, casi con diversión—. ¿Es su plan realmente disparar contra los oficiales de policía si aparecen?

Noah niega con la cabeza.

—No a ellos.

Le echo una mirada a Kaleb, que mira el fuego mientras toma un trago de su cerveza, y luego regreso a Noah.

Debe ver una expresión perpleja en mi rostro, porque se apresura a explicar.

—Holcomb y sus compinches saben que estamos a salvo de ellos aquí durante el invierno —señala—, pero también, lo que sea y quien esté en el pueblo… también está a salvo de nosotros.

Agarra la cerveza de la mesa auxiliar y gira la tapa, arrojándola al lado de la lámpara.

—Si la nieve no es tan espesa como queremos, podrían emboscarnos esta noche y tratar de bajarte de nuevo de la montaña antes de que despertemos, y perderíamos la oportunidad de seguirte por el clima.

Entonces…

Echo un vistazo entre ellos.

—¿Me están cuidando *a mí*?

Él finge una sonrisa como su única respuesta.

¿Están despiertos a la una de la mañana, armados y alertas, por mí?

—Vaya —digo suavemente, fingiendo ojos llorosos y poniendo mi mano en mi corazón.

—Cállate —se queja Noah.

Me río en voz baja, caminando hacia la cocina y tomando una cerveza del refrigerador.

—Entonces, ¿qué pasará? —pregunto, sentándome con las piernas cruzadas en el sofá junto a Noah—. Cuando la nieve se derrita, ¿estará Kaleb en problemas?

Lo que sucedió esta noche fue culpa de los lugareños, pero sé que si yo no hubiera estado aquí no habría sucedido en absoluto.

—No es tu culpa —me asegura Noah, señalando el control remoto y encendiendo el televisor—. Te estaban buscando por una razón.

—¿Por qué?

Respira hondo y suspira

—Porque para algunas personas su parte no es suficiente —explica—. Lo quieren todo.

Lo estudio mientras se mueve por las opciones de los programas. No estoy segura de saber de qué está hablando, pero al menos parece que esto no comenzó conmigo. Tomo la manta del respaldo del sofá y me tapo las piernas, tomando un trago de mi cerveza.

La sala se queda en silencio mientras vemos las opciones, pero no me estoy concentrando mucho. Noah va vestido con un pantalón de pijama negro y una camiseta blanca, con su piel aún tan bronceada y suave, y quiero poner los ojos en blanco por fijarme. Simplemente no tengo muchas oportunidades de relajarme con ellos. A menudo se quedan despiertos para ver la televisión por la noche, pero al final del día estoy tan cansada que me voy directo a la cama.

Deja una película, algo con Tom Cruise cuando era más joven, y recuesto la cabeza, sosteniendo mi cerveza mientras trato de mirar.

Lo único que sé sobre esta película es que baila en ropa interior, y me encuentro constantemente mirando a Kaleb para ver cualquier signo de entretenimiento. O tal vez que lleve el ritmo de la música con el pie.

Pero su rostro está oculto detrás de la curva del respaldo de la silla, y su cuerpo apenas se mueve durante la película.

Pero tiene una banda sonora decente: *The Tangerine Dream*. Desafortunadamente, Tom (o Joel) es bueno… tratando de perder su virginidad a instancias de sus estúpidos amigos cuando sus padres salen de la ciudad unos días. Entonces, ¿qué hace? Contrata a una prostituta y convierte la casa de sus padres en un burdel. No es más que una fantasía de todo adolescente, y no puedo creer que esta sea la película que lo convirtió en una estrella.

Pongo los ojos en blanco y me cruzo de brazos sobre el pecho.

—Esta película es muy tonta.

—¿Lo es? —pregunta Noah, viendo a Joel y Lana tener relaciones sexuales en público, en un tren—, tus carcajadas me están diciendo lo contrario.

No me he reído.

—Esto fue similar a cómo perdí mi virginidad —dice Noah, tomando un trago de su cerveza.

Levanto una ceja y lo miro.

—¿Con una prostituta?

—Una mujer mayor que sólo quería una cosa.

—¿Tu dinero?

Escucho una risa entrecortada y veo el pecho y el estómago de Kaleb temblar un poco. ¿Acabo de…? ¿Acaba …?

Oh, Dios mío. Se rio. De mi chiste.

Termino mi cerveza y coloco la botella en la mesa de café, siendo el resplandor del fuego lo único que ilumina la habitación oscura.

—Bueno, lamento que las cosas no hayan ido mejor para ustedes dos esta noche.

—¿Qué quieres decir?

—Última oportunidad para recibir visitas —bromeo—. Nada con lo que jugar este invierno.

Noah se sienta allí un momento, como si estuviera contemplando algo.

—Tal vez —dice. Estrecho los ojos. Tal vez…

Asiento

—Tienes razón. Quiero decir, no pueden ser los únicos aquí, ¿verdad? —pregunto—. ¿Tiene que haber otros hombres de montaña?

Me mira.

—¿Disculpa?

—Cuerpos más cálidos —aclaro, manteniendo una cara seria—. Tiene que haber más tipos escondidos en cabañas aquí, ¿verdad? Está bien. Sucede en la cárcel. Hombres con hombres.

Levanta las cejas.

—¿Qué?

Pero antes de que pueda responder se lanza, me agarra de las piernas y me tira del sofá hacia él mientras me hace costillas.

Intento contener mi risa, pero se me escapa un poco.

—Para.

—¿Qué dijiste? —Me toca los muslos internos y yo le doy una palmada en las manos.

—Bueno, eres un poco metrosexual.

—¿Y qué hay de ti?

—¿Qué hay de mí qué? —Me doblo, protegiéndome de sus dedos en mi estómago.

—Te vi bailando con Cici en la carrera. —Se inclina sobre mí y continúa su ataque de cosquillas—. Tal vez una mujer te excite.

Suelto una risa, pero le suplico con los ojos.

—Para. —Alejo sus manos, pero siguen volviendo—. Quiero decir, está bien. Tienes que hacer frente a la reclusión de alguna manera, ¿verdad?

Él gruñe y me agarra los pies, haciéndome cosquillas en la parte inferior. Pateo, riéndome a carcajadas.

—¡Para!

Pero luego, de repente, me agarra por el cuello y me sube a su regazo. Me rodea con sus brazos y me susurra al oído.

—¿Quieres ver cómo hacemos frente a la reclusión?

Mi sonrisa se desvanece, mi risa desaparece, y veo como se desplaza por los archivos del televisor y finalmente hace clic en uno.

Mi trasero está firmemente plantado en su regazo, mi espalda contra su pecho, y todo lo que conozco es su cuerpo debajo del mío, a través de la delgada tela que nos separa.

La pantalla se vuelve negra y toda la habitación se oscurece de nuevo a excepción del fuego, y Noah se recuesta, tirando de mí contra sí.

Me tenso.

Otro suave resplandor ilumina la habitación, pero tengo miedo de levantar la mirada porque sé lo que puso en la televisión.

No puedo mirar.

Pero tampoco quiero irme. Escucho besos y lluvia.

La actuación es mala y mi cara se calienta de vergüenza por ellos, pero… no lo sé.

Me quedo sentada encima de Noah.

Hay un chico y una chica en la película. Adolescentes. Están besándose en su auto, y sé por la conversación que están en el

bosque en una noche lluviosa. Aislados y solos.

O eso creen.

Levanto la mirada, observando, y las ventanas de su auto se empañan mientras la lluvia golpea el techo, pero luego aparecen luces intermitentes y dos policías están tocando su ventana.

Noah me sostiene, frotando con el pulgar el dorso de mi mano mientras observamos.

—No, por favor —ruega el joven de la película a la policía—. No tengo dinero para todo eso. Le pagaré ¿Podemos olvidarnos que esto ha sucedido?

Aparentemente el chico tiene un par de órdenes de arresto por multas sin pagar y un seguro vencido. Quieren llevarlo a la cárcel.

Pero luego, por supuesto, encienden sus luces dentro del auto y miran a su novia.

El primer policía ladea la cabeza y le ofrece al idiota la oportunidad de salvarse del lío.

Observo a los dos oficiales uniformados sacar a la chica del auto y obligarla a cumplir. Su novio puede irse a casa, con las órdenes de arresto perdonadas y su papá no tendrá que recogerlo en la estación esta noche. Si ella les da lo que quieren.

La lluvia empapa su blusa blanca que ella ha atado debajo de sus tetas, sus pezones y piel se ven claramente a través de la tela mojada mientras el policía los mira con hambre. Un dolor se instala entre mis piernas, palpitante.

—Esto es lo que hacemos —susurra Noah en mi oído—. Esto es lo que hacemos para pasar el invierno, Tiernan.

Le echo un vistazo a Kaleb, con la cara oculta, pero veo su pecho y estómago subiendo y bajando mientras su respiración se acelera.

—También es lo que harás tú —dice Noah.

¿Con ellos o…?

Dejo caer los ojos y escucho la ropa de la chica desgarrarse.

La respiración de Noah se vuelve irregular y se mueve debajo de mí, su polla se endurece y frota contra mí.

Respiro hondo.

—Deberías irte a la cama ahora—dice en voz baja.

Suavemente me aleja de su regazo y baja en su asiento, poniéndose más cómodo mientras el oficial empuja a la joven contra la ventana de su novio, con sus tetas desnudas presionando contra el vidrio mojado para que pueda mirar.

Bajo por el sofá, y debería irme. Yo…

Él le baja los pantalones cortos, le arranca la blusa y tira sus bragas a un lado, agarrando su cabello mientras la penetra.

Ella gime, culpable y tímida, pero no protesta cuando la toma de la cámara se mueve hacia su novio, dentro del auto, quien observa cómo sus tetas mojadas rebotan contra el cristal mientras la follan justo en frente de él.

Miro a Noah y veo que no está viendo la película. Me está mirando a mí.

—Última oportunidad —dice suavemente, frotándose la polla a través de sus pantalones—. Deberías irte.

Pero no quiero hacerlo. El calor sube a mis mejillas, pero me pongo la manta sobre las piernas y sostengo su mirada mientras me da unos segundos más para asegurarse de mi decisión.

Una sonrisa juega en su boca, pero el humor que siempre tiene se ha ido. Está hablando en serio. Sus músculos están tensos, sus ojos arden, y sabe que estamos a punto de cruzar una línea.

Sosteniendo mi mirada, mete la mano en sus pantalones negros, acariciándose bajo la tela y mirándome en busca de mi reacción. Pero, cuando no me muevo, la saca.

Mis ojos se centran en lo que sostiene en su mano, y mi estómago inmediatamente comienza a agitarse.

Mierda.

Es grueso y duro, la luz del fuego baila sobre la ancha punta, y veo cómo se quita la camiseta y se lame la mano, acariciándose una y otra vez, sin quitarme nunca los ojos de encima.

—¿Quieres ver? —susurra tan bajo que casi no puedo escucharlo.

Sí. Su hermoso cuerpo brilla y se flexiona mientras se acaricia, y me lamo los labios, deseando esto. Quiero ver.

Esboza una sonrisa y mira de nuevo a la televisión mientras yo los miro a él y a la película, ambos haciendo que mi corazón bombee más rápido y más fuerte. Me siento resbaladiza entre mis

piernas y me recuesto, con los gemidos de la chica, los gruñidos de los policías y la respiración de ambos están llenando el espacio mientras el sudor brilla en el pecho de Noah.

La chica está siendo utilizada con fuerza; el primer policía se viene en su interior y le aprieta las tetas mientras que el segundo la arroja inmediatamente al asiento trasero del auto de su novio, se desabrocha los pantalones y cae sobre ella, listo para tener su oportunidad.

Su novio mira en el espejo retrovisor, con la pierna de ella sobre el asiento delantero para abrirla de par en par cuando el policía se empuja en su interior, moviéndose en su cuerpo una y otra vez.

Exhalo respiraciones cortas y superficiales, y la necesidad entre mis muslos es profundo y palpitante. Me duele el estómago y me muerdo el labio inferior, viendo crecer el bulto en los vaqueros de Kaleb.

Dios.

Bajo, me recuesto en el sofá y aprieto los muslos contra la incomodidad. Noah toma mi pierna y la pone sobre su regazo, apoyando su mano en mi muslo mientras cierra los ojos y continúa masturbándose con la otra.

El policía se sienta, la lleva hacia su regazo y ella lo monta, mirando a su novio a través del espejo retrovisor.

—Eres una puta —le gruñe, pero está excitado. Ella se muerde el labio inferior para ocultar la sonrisa.

Gemidos, gritos, piel golpeando la piel, su cabello mojado pegado a su cuerpo cuando el novio finalmente toma su turno con ella, y apenas puedo respirar mientras cada centímetro de mi cuerpo cobra vida; mis nervios se disparan debajo de mi piel y siento una necesidad tan fuerte que no puedo evitar frotarme el coño.

Gimo.

Mi mano está debajo de la manta, deslizo mis dedos en mis pantalones cortos, dentro de mis bragas, y juego con mi clítoris. Kaleb comienza a frotarse la polla a través de sus vaqueros, y Noah sacude su polla lentamente, tomando aire entre dientes a medida que se excita más.

Levanto mi camisa, la tela de lana de la manta me frota los pezones de la mejor manera, y me bajo los pantalones un poco, para acomodar mi mano más fácilmente.

Cierro los ojos, disfrutando de la fantasía. Disfrutando de ser parte de esto y de ellos, y de cómo nadie está aquí para decirnos que nos detengamos.

Metiendo mis dedos en mi interior, muevo la humedad sobre mi clítoris y froto más y más rápido, imaginando una boca entre mis muslos, lamiéndome y probándome.

Balanceo mi cuerpo de un lado a otro, pensando en su boca. Su cabeza ahí abajo, tomando lo que quiere y diciéndome lo dulce que es mi coño.

Oh, Dios. Froto cada vez más rápido y apenas noto que la manta se ha caído, porque no me importa. No me importa.

Mis caderas giran, la piel de mis pezones se tensa en el aire fresco y arqueo mi cuello hacia atrás, sacando la mitad de mi dedo dentro de mí y temblando de placer.

Dios … se siente tan bien. Muerdo la comisura de mi boca, necesitando más.

Necesito más. *Yo*…

De repente registro que el sonido se ha ido. El sonido de la película. La habitación está en silencio, y ya no la escucho llorar o gemir. Sigo frotando círculos mientras abro los ojos.

Noah y Kaleb ya no están viendo la película. Me están mirando a mí. Respiro rápido, deteniendo mis movimientos.

Mi boca se abre y bajo la mirada, viendo que mi manta se ha ido y ha caído al suelo. Noah sigue en su asiento a mi lado, pero ya no está acariciándose, y Kaleb se ha levantado de su silla y está de pie y mirándome.

Mi camiseta está levantada, mis senos expuestos, y saco la mano de mis pantalones cortos, incapaz de hablar o apenas respirar.

Mierda.

Me levanto pero Noah está allí, inclinándose sobre mí antes de que tenga la oportunidad de huir del sofá.

—No te detengas —susurra.

Sus cejas están fruncidas, vulnerable, casi como si tuviera dolor.

Toma mi mano. Me tenso, pero no me alejo mientras lo veo hundir mis dedos en su boca. Los mismos dedos que yo estaba usando hace un momento.

Los chupa uno por uno y luego bajo mi mano entre mis piernas.

—Hazlo de nuevo. No, yo…

Me besa la frente mientras se mete la polla en sus pantalones.

—Está bien —dice—. Tócate.

Mi cuerpo sigue sacudido por la necesidad, con un hilo de sudor corriendo por mi espalda. Los ojos de Kaleb están fijos en mí, sin pestañear, y tiene todo su cuerpo rígido.

Echo un vistazo entre ellos, nerviosa, pero vuelvo a meter mis dedos en mis bragas y juego como quiere que lo haga. Los ojos de Noah caen lentamente por mi cuerpo, asimilando todo.

—Mira lo que ha estado escondiendo debajo de esta ropa —le dice a Kaleb.

Kaleb se acerca al sofá, sentándose detrás de mi cabeza, y levanto la mirada, encontrándome con sus ojos. Aleja un mechón de mi frente mientras Noah deja dulces y ligeros besos alrededor de mi cara.

Mis dedos comienzan a trabajar más fuerte mientras ambos se ciernen sobre mí, mirándome.

—Eso es todo —dice Noah con la voz tensa, sosteniendo mi rostro mientras besa mi nariz y luego mis labios—. Buena chica.

Siento sus dedos meterse en la cintura de mis pantalones cortos, y comienza a bajarlos.

Lo miro suplicando:

—No.

—Sí.

Me baja los pantalones cortos y las bragas justo por encima de mi trasero, para que puedan ver mis dedos trabajar entre mis piernas.

Los labios de Noah se hunden en mi estómago, cayendo, y por reflejo lo empujo con mi otra mano, o tal vez lo sostengo contra mí, no lo sé, pero Kaleb me agarra de la muñeca y retira mi mano.

Me encuentro con sus ojos, gimiendo por los pequeños círculos húmedos que estoy frotando sobre mi coño.

—Parece que podríamos tener algo con lo que jugar este invierno, después de todo —le dice Noah a su hermano.

Gruño, mi boca lista para dejar escapar una protesta, pero Noah me besa para silenciarme.

—Tranquila —susurra.

Dios, sus labios son suaves. Jadeo contra su boca.

—Tiernan —jadea, viendo mi mano trabajar en mi coño desnudo.

—Joder, hombre —le dice a Kaleb—. Mírala. ¿Has visto alguna vez algo tan bonito? Apuesto que también está muy apretada.

Se inclina, lame mi pezón, y algo me atraviesa como si estuviera a punto de explotar.

—Noah —lloriqueo.

—Tiernan. —Me besa, provocando mi pezón con sus dientes—. Quiero follarte.

Se acerca, flotando sobre mi boca mientras frota su polla sobre mi mano entre mis piernas.

—Quiero follarte. Durante todo el invierno.

Miro su boca, lista para bajarle los pantalones y dejarlo. Levanto la mirada, atrapando la de Kaleb y sosteniéndola mientras beso a su hermano.

—La chica más bonita estuvo bajo nuestro techo todo este tiempo —gruñe Noah, mordiéndome—. Eres nuestra.

Presiona su frente contra la mía.

—Nuestro trocito de cielo. Toda nuestra. ¿Entiendes? —Me besa la frente, la nariz, y alejo la mano, porque me gusta la sensación de su polla—. Nuestra.

Sí. Asiento. No me importa. No quiero a nadie más.

Parece que estamos en la misma página, porque le lanza una advertencia a su hermano.

—No la lastimes. Al menos hasta que se haya acostumbrado a nosotros.

¿Qué? Siento que debería estar asustada, pero miro a Kaleb y veo que levanta la boca con una sonrisa oscura. En ese mismo momento, no me importa lo que me haga. Lo deseo.

—Yo me quedo tu virginidad —susurra Noah sobre mi boca, sonriendo—. Y prometo no tocarte el culo. Él querrá eso.

E inclina su barbilla hacia su hermano.

Aprieto las manos y mi estómago se anuda, pero también se agita de emoción mientras arqueo el cuello hacia la boca de Noah.

Pero entonces una voz severa de aparece de repente.

—Noah.

Me congelo, incapaz de moverme durante un momento. Oh, mierda.

No.

Noah detiene sus besos y abro los ojos, reconociendo la voz de Jake.

Náuseas me atraviesan. Me pongo los pantalones y me acomodo la camisa, cubriéndome.

—¿Qué coño estás haciendo? —gruñe Jake.

Noah se levanta, y puedo ver la tensión y la lucha en su rostro antes de que su mirada se relaje y dé una sonrisa apretada.

Se pone de pie y se vuelve hacia su padre.

—Nada que ella no quiera.

Me siento, Kaleb se pone de pie detrás de mí, y no puedo obligarme a mirar a mi tío. Me concentro en ver sus pies descalzos y la parte inferior de sus vaqueros, él está de pie en el último escalón.

—Vayan a la cama —dice.

Noah duda, pero luego apaga el televisor, toma su camisa y sube las escaleras, y Kaleb lo sigue. No estoy segura de si me miran o si todo esto les resulta divertido, pero rápidamente me levanto y corro para seguirlos.

—Tú no. —Jake me agarra.

Giro la cabeza, sintiendo sus ojos brillar en mí.

—¿Qué habría pasado si no hubiera bajado? —pregunta.

No lo sé. Y no sé por qué no estoy avergonzada. Normalmente debería estarlo. Dados nuestros lazos familiares, esto está mal. Puedo ver cómo la gente lo vería como incorrecto.

Pero no es como si no me hubiera tocado unas semanas él también.

—¿Qué habría pasado?

—No sé —respondo.

¿Por qué no les pregunté eso?

—¿Qué querías que pasara? —me pregunta.

Solo puedo encogerme de hombros y mirarlo a los ojos mientras busco palabras.

—Yo … no sé.

—¿No lo sabes? —Me arranca la manta y la baja, agarrándome de la parte superior de los brazos mientras regresamos a la sala de estar—. ¿Qué querías que pasara?

—¡No lo sé! —chillo—. Yo…

—¿Qué?

—Yo.

¿Por qué soy solo yo la que está en problemas? ¿Está realmente enojado?

¿O simplemente decepcionado?

—¿Qué querías que pasara?

—Todo —pronuncio, y finalmente me vuelvo a mirarlo con lágrimas en los ojos—. No sé qué me pasa. Es que yo… lo siento en todas partes.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Qué sientes en todas partes?

—A ti —susurro, bajando la mirada—. Y a ellos. Este lugar, la casa, la tierra, el viento… Estoy viva.

—Se te puso dura, tú también lo sientes —le recuerdo nuestra noche en la cocina—. ¿No se supone que debo sentirlo yo también?

—¡Tienes diecisiete!

—Dieciocho —gruño en respuesta—. Podría haber follado a cualquiera. A mis padres nunca les importó, pero a mí sí.

Lo miro mientras me acerca, y sus respiraciones calientes y enojadas caen sobre mi frente.

—Nunca nadie lo mereció… antes.

Me abraza, apretando mis brazos e hirviendo.

Sus puños se aprietan, sus dedos se clavan en mi piel, y gimo.

—Jake… Duele.

Me deja caer y me gira, inclinándome sobre un brazo. Apenas tengo tiempo para respirar antes de que su mano aterrice con fuerza en mi trasero, y el sonido de un fuerte golpe que perfora el aire.

Jadeo, cerrando los ojos en estado de shock.

—¿Todavía lo sientes? —pregunta, respirando con dificultad.

No lo miro. La ira hierve mi sangre, y una parte de mí quiere gritar y devolver el golpe, pero otra parte de mí…

Otra parte de mí siente que los nudos se aflojan en mi estómago. Mi corazón salta y la adrenalina corre.

¿Todavía te sientes bien?

Lentamente, asiento.

¿Qué mierda me vas a hacer? Por alguna razón, estoy curiosa. Quiero averiguarlo.

Está en silencio un momento, y luego escucho su amenaza.

—¿Quieres más? —Asiento dos veces.

Todavía me sostiene y me levanto de nuevo, sintiendo los músculos en su brazo apretados y duros y su cuerpo, casi como si estuviera vibrando. No puedo escucharlo respirar.

Es muy fuerte Sé que lo es.

—Quítate los pantalones —dice—. Para que puedas sentir mi mano.

Mi pulso resuena en mis oídos y mis manos comienzan a temblar, pero hago lo que me dice, me paro frente a él con mi camiseta y ropa interior.

Se sienta en el sofá, se reclina y me mira con los ojos clavados en mi cuerpo y entre mis piernas.

—Ven aquí —instruye—. Sobre mi regazo, princesa.

Me tiemblan los nervios, pero aun así mi coño se aprieta cuando dice princesa. Quiero que lo vuelva a decir.

Lentamente, me coloco sobre su regazo y me acuesto sobre mi estómago mientras me pasa un brazo por la espalda para sostenerme.

No quiero su mano. Solo quiero sus dedos.

Me quita las bragas y me corta la respiración, cerrando los ojos por reflejo por la vergüenza.

Pero me gusta. Lo deseo. Quiero que haga lo que quiera. Yo…

Me da una palmada en el culo, el dolor se extiende por mi mejilla derecha mientras me muevo, y gimo.

Él deja escapar un suspiro y juro que casi lo escucho gemir.

Me pega una y otra vez, el fuego corre bajo mi piel, y aprieto la manta en el sofá mientras echo la cabeza hacia atrás y grito.

—Tres —gruñe—. ¿Vas a dejar que esos chicos te toquen de nuevo?

Sacudo la cabeza.

—No.

Me abofetea de nuevo, y yo hago una mueca incluso cuando mi trasero se arquea para encontrarlo.

—¿No, qué? —susurra.

—No, tío Jake —respondo correctamente.

Su mano aterriza en mi trasero desnudo de nuevo.

—Cinco —exhala—. ¿Vas a dejar que vean tu cuerpo?

Otra bofetada.

—No —lloriqueo—. No. Y otro.

—¿Serás buena?

—Sí, Jake. —Me retuerzo, fritando mi coño contra su pierna mientras el sudor me cubre la frente—. Seré buena. Seré buena.

Me pega otra vez y yo empujo hacia adelante, el pulso en mi clítoris palpita. Dios, estoy mojada. Entierro la mano en el sofá. Lo necesito. Necesito su polla.

Otra vez. Otra vez. Otra vez. Más y más rápido, me azota el trasero. Una y otra y otra vez, y siento su polla dura empujando contra sus vaqueros.

Gimo, empujo y me muero de la necesidad, mis bragas se estiran sobre la parte superior de mis muslos mientras trato de ensanchar las piernas, pero joder… Dios, estoy muy mojada.

—¿Serás buena? —Me azota de nuevo y lo siento. Ya casi está ahí. Ya casi me vengo.

—Sí —jadeo—. Sí, sí, sí…

Agarro la manta, respiro con dificultad y espero otro azote. Pero… no viene.

Aprieto los muslos, cada músculo de mi cuerpo está tan tenso como una banda de goma, pero se detiene. *Oh, Dios, por favor*. Me levanta las bragas y se me llenan los ojos de lágrimas, porque me duele. Me duele, y entre Noah, Kaleb y ahora Jake, me estoy volviendo loca.

Me levanta, me baja la camisa y besa mi húmeda frente, mi nariz y mis mejillas.

Se detiene y cierro los ojos para no llorar.

Sus dedos se deslizan entre mis piernas y lo veo levantarlos, brillando con lo que gotea de mí y hasta mi muslo. Se mira los dedos mientras los frota.

—No me obligues a hacer esto otra vez —me dice, con los labios apretados—. Nos hiere a los dos.

Y se aleja de mi con un empujón, con sus pisadas duras en las escaleras resonando por la casa antes de cerrar la puerta de su habitación.

Las lágrimas corren por mi rostro mientras me siento ahí; mi orgasmo se aleja y mi cuerpo grita de necesidad.

No puedo hacer esto.

No voy a sobrevivir al invierno.

Jake

Esta chica.

Su terquedad y cómo me desafía a cada oportunidad, su silencio durante la semana pasada, como un tornillo que se retuerce cada vez más en mi cráneo mientras sus hermosos y tristes ojos tiran de mí como ganchos en mi corazón.

Esto no es mi culpa. Tuvo suerte de que estuviera allí. ¿Es así como quería que le hicieran el amor por primera vez? ¿Dos a la vez?

No la aman.

Claro, se sienten atraídos por ella, probablemente más que por cualquier mujer, pero Noah no es serio con nada y Kaleb no deja que nadie se le acerque. Me alegré mucho cuando volvió después del funeral, pero me preocupaba que un invierno con ella fuera una tentación demasiado grande.

Para mí.

¿Cómo diablos no consideré lo que pasaría con ellos?

Y empeora todo cuando no tiene ni la más mínima vergüenza. Bajó las escaleras a la mañana siguiente, negándose a mirarme o a darme respuestas de más de una palabra, pero por lo demás, no mostrando la más mínima vergüenza. Sonriéndole a Noah cuando le sirvió su maldito jugo y unos huevos y luciendo hermosa con sus trenzas y su gorra de béisbol, sus vaqueros ajustados y el cinturón de Kaleb bien abrochado alrededor de sus caderas.

Dios, qué bonita es.

El único recuerdo de mí de la noche anterior que exhibió en la mesa fue el gesto de dolor en su rostro cuando apoyó el trasero que yo azoté anoche.

Mi polla se hincha solo de pensar en cuánto la deseaba, medio desnuda en mi regazo con el dulce olor de su sudor mientras recibía su castigo.

Gimo, moviéndome mientras me apoyo contra el árbol con el vapor de mi aliento escondido dentro de mi abrigo. Una cola blanca pasa más allá de la duna y lentamente levanto la mano, señalando a Tiernan y a los chicos para que centren su atención en esa dirección. Los chicos han estado cazando durante años, y definitivamente ya habrían atrapado a este ciervo, pero es hora de que Tiernan tenga su primera vez.

Da un paso cuidadoso y silencioso, escondiendo su aliento como le enseñé y levantando suavemente su rifle. Normalmente estaríamos en uno de los puestos que hemos construido a lo largo de los años, pero la caza en el clima frío podría condenarnos a días en un árbol antes de que veamos algo. Tiene que aprender a encontrar a tu presa.

Noah le habla al oído, guiándola en el proceso. *Apunta, respira, decídete por el objetivo, respira*… Y una vez que tu cuerpo esté en sincronía con el animal, dispara.

Pero no lo hace. Baja su escopeta de nuevo y se pone de pie. Aprieto mi mandíbula.

Me dirijo a ella, con cuidado de pisar silenciosamente la fría nieve. La tomo y agarro su barbilla, obligándola a mirarme.

Pero ella se aparta.

—No puedo, ¿ok?

—Si no lo haces, son pepinillos en tarro para el invierno.

—Déjala en paz —murmura Noah—. Yo lo haré.

Pero antes de que pueda girarse para levantar su arma, lo interrumpo.

—Lo hará ella. —Señalo con el mentón para que vaya a pararse junto a Kaleb, quien está agachado contra un árbol—. Ella puede hacer su trabajo.

—Que te den —responde ella.

Noah vacila, retrocediendo hacia su hermano, manteniendo su ceño fruncido mientras me agacho.

—Que te agaches. —La arrastro hacia abajo conmigo.

Bajo mi vientre hacia la nieve, el frío se filtra a través de mi ropa de camuflaje, y le lanzo una mirada de advertencia.

Un pequeño gruñido deja sus labios pero se acuesta a mi lado, centrando sus ojos en el ciervo al final del follaje.

Su gorrito blanco cubre la punta de sus orejas, pero los lóbulos están rojos, al igual que la punta de su nariz. Lleva dos coletas bajas, y puedo ver sus ojos brillando con lágrimas.

Dios mío.

—¿Quieres saber qué era la carne que compras bien empaquetada en el supermercado antes de que llegara allí? —gruño—. Estos animales tienen una vida mucho mejor que la carne que compras, chica, así que date cuenta y alimenta a tu familia.

Su barbilla tiembla mientras mira fijamente al animal, con la mandíbula apretada.

—Te odio.

—No tanto como te encantará la comida en tu vientre.

Levanta el arma, apoyando los codos debajo de sí y mirando a través del foco de la escopeta.

Aprieta el gatillo, pequeños sollozos se le escapan.

Va a perderlo. Fallará, porque no puede ver a través de sus lágrimas, y el ciervo saldrá disparado.

—Tiernan —digo—. Mírame.

El cielo azul sin nubes y el olor a hielo nos rodea, pero incluso ahora, mirando su rostro inocente y sus labios perfectos, siento un ligero sudor enfriar mis poros.

—Nena, mírame —le digo otra vez en voz baja.

Gira la cabeza, y sus pupilas grises se encuentran con las mías. Limpio una lágrima de su mejilla.

—Si algo me pasa a mí o a los chicos, necesito saber que puedes sobrevivir aquí. —Hablo en voz baja, pasando mi pulgar por debajo de su ojo para atrapar otra lágrima antes de que caiga—. Lo que

tenemos en la despensa sólo durará un tiempo. Necesito enseñarte esto, ¿de acuerdo?

Tiembla, pero asiente, pareciendo dulce y vulnerable. Dios, me duele el corazón.

Me inclino, dándole un beso en la sien.

—La idea de que estés desprotegida me mata. Por favor, haz esto.

Pasa saliva y respira profundamente, calmando sus lágrimas y respirando antes de volver a centrar su vista.

—Está bien —susurra.

La observo a ella, no al ciervo, y estoy hipnotizado. Inocente y pura. Intacta y acabando de cobrarse una vida por primera vez. Hay algo grande contenido bajo su superficie, y quiero sentir que todo se desmorona en mis brazos. Tiernan es la vida de la casa.

Ella es la *vida*.

Tal vez estuviera celoso esa noche cuando encontré a Noah encima de ella y a Kaleb mirándola como un animal hambriento. O tal vez tuviera miedo de lo que esto le haría. Todos la deseábamos antes de que comenzara a nevar, y ahora es un recordatorio constante de que estaremos los cuatro solos todo el invierno. Me preocupa que la línea sobre la que camino, incluso si *realmente* tenemos o no que estar sin algo bonito, está empezando a desdibujarse. Si es difícil ahora, ¿cuán difícil será resistirse a ella durante los fríos, oscuros y solitarios meses?

Pero en realidad, creo que todo finalmente se reduce a que la deseo. Y no debería.

Un disparo perfora el aire y parpadeo, volviendo a la realidad. Ella solloza en silencio mientras su cabeza cae y sus ojos se cierran, y agarro mis binoculares, buscando el venado en el terreno.

—¡Lo alcanzó! —grita Noah.

Su respiración se agita mientras llora en silencio, y sé que ha terminado por hoy. No querrá verlo.

—Vayan a traerlo—les digo—Llévenlo a casa. Nosotros los seguiremos.

Los chicos pasan, la nieve cruje bajo sus botas, y mi cuerpo arde con el frío que se filtra hasta mi piel.

—No quería decepcionarte —dice ella, con la cabeza gacha y mirando al suelo.

—No lo hiciste.

Levanta su cabeza hacia mí, con sus ojos feroces atravesándome.

—Lo hice porque no quería decepcionarte —explica—. ¿Por qué me molesto en complacerte? No quiero complacerte.

Aparta la mirada otra vez, quitándose el gorro y pareciendo disgustada consigo misma.

Mechones sueltos caen sobre sus ojos, y quiero apartarlos. Mi voz suena estrangulada cuando susurro:

—Todo lo que haces me complace.

Podría culparla todo lo que quiera. Su belleza, su olor, su risa y su fortaleza, sus ojos cuando sonríe y cómo nos hace felices, la forma en que incluso una bolsa de basura le quedaría bien mientras camina por mi casa, pero honestamente es justo lo que dije. Cada día estoy perdiendo la voluntad de resistir, y me odio por ello.

Y la odio a ella cada vez más por ser algo que no puedo tener.

—Será más fácil la próxima vez —le digo.

—No habrá una próxima vez.

—No a menos que quieras comer.

Se lanza y mueve el puño, golpeándome en la mandíbula mientras gruñe. El dolor sale disparado a través de mi rostro, y lo siguiente que sé es que me está golpeando mientras llora.

Aparto el rostro, tratando de protegerme mientras le agarro las muñecas. Tomando ambas con mis puños, le doy vuelta y me pongo encima de ella, todavía sintiendo su cuerpo a través de las capas de ropa que llevamos.

Mueve sus manos para liberarse, luchando debajo de mí, y la sangre comienza a correr hacia mi ingle mientras se retuerce y se mueve.

—Te odio —jadea, y me golpea—. Te odio.

—Eres una niñata. —Gruño, tratando de atrapar sus puños que se agitan.

—Mis padres me enviaron hasta ti porque me odiaban. —Intenta apartarme de ella—. Querían que sufriera y tú fuiste lo peor que pudieron hacerme.

—Tal vez… —escupo, interrumpiéndola—. Tal vez se sintieran mal por lo que me quitaron, así que te entregaron a mí.

Le agarro la nuca y la acerco a mi boca.

—Un pago de su deuda. Eso es lo que eres, Tiernan. Un maldito pago.

Su cuerpo se sacude mientras me mira a los ojos, con la misma pasión desesperada que vi en la cocina la noche que la besé por primera vez.

Susurra contra mi boca, con lágrimas aún gruesas en su voz:

—Un pago que nunca cobrarás, porque eres demasiado viejo y amargado para gastarlo bien.

Mis ojos se dilatan.

Y mi polla está dura como una roca.

Aplasto su boca con la mía, consumiendo su aliento y chupando sus labios tan fuerte que gime.

Pero ella me devuelve el beso. Joder, sí que lo hace.

Le abro el abrigo, meto mi mano bajo su suéter y luego bajo su camisa, llenando mi mano con su teta.

Gime, girando su cabeza a la izquierda y luego a la derecha, mordiendo y besándome la boca en un frenesí mientras me abre los pantalones de caza y mete la mano en mis vaqueros, agarrándome la polla.

—Ah —gimo, moviéndome contra su mano—. Tiernan.

Me toca, hundiendo su lengua en mi boca para saborear y alimentarme, y el mundo está girando detrás de mis párpados. La quiero en mi cama. Ahora.

Presiono mi frente contra la suya, abrazándola contra mí. Es exquisita.

Y nuestra. Que se joda su padre.

Nuestros cuerpos empiezan a balancearse mientras me muevo en su mano y ella gira sus caderas para encontrarse conmigo, ambos jadeando y besándonos hasta que estoy listo para arrancarle la maldita ropa, pero hace un frío de mierda y no puedo hacer esto aquí. Tampoco quiero detenerme lo suficiente como para llevarla a casa.

—Joder, hombre, ten cuidado —grita Noah, y me quedo quieto.

Ella continúa dejando besos por mi cuello pero luego se detiene, y ambos escuchamos la nieve crujiendo con sus pasos.

Mierda.

Suelto su pecho y le bajo la camisa y el suéter antes de quitar su mano de mi polla.

—Súbete a la maldita camioneta —digo en un susurro.

Me levanto, viendo a Noah caminando detrás de Kaleb, que tiene el ciervo colgado sobre sus hombros, e inmediatamente me doy vuelta, abrochándome los pantalones.

Joder.

Ella debería ser de alguno de ellos. ¿Por qué los detuve la otra noche?

Si los hubiera dejado seguir esto no estaría pasando.

Tiernan se levanta, tomo su arma y recojo la mía, caminando de regreso a las camionetas y sintiendo que ella me sigue.

—Los seguiremos —les digo a los chicos mientras descargan el ciervo en el suelo del Chevy negro—. Empiecen con ese ciervo.

—Sí —dice Noah, abriendo una cerveza mientras se quita la ropa de abrigo.

Arranco la otra camioneta, encendiendo la calefacción mientras Tiernan abre la puerta y frente a mí y se quita el abrigo y los pantalones de caza, arrojándolos al fondo.

Doy un portazo y rodeo la camioneta, quitándome el abrigo y arrojándolo a la parte de atrás con una mano y rodeándola con mi otro brazo.

La aprieto, oliendo su cabello mientras nos escondo al otro lado de la cabina, fuera de la vista de los chicos.

Ella se gira, metiendo sus manos bajo mi camisa y pasándolos sobre mi estómago mientras trato de quitarle el suéter.

—¡Oye, Tiernan! —grita Noah.

Levanto una ceja a través de la puerta abierta, hacia la ventana esmerilada. No puede vernos mientras le quito el suéter, con nuestros cuerpos rozándose mientras se desabrocha la camisa franela.

—Ven con nosotros —grita él—. Tenemos cervezas.

Ella jadea, mirándome fijamente la boca, y agarro sus caderas, aplastando su cuerpo contra el mío.

—Pueden llevarme a casa —susurra sobre mis labios—. Si quieres.

Gimo, y mi maldita polla se tensa dolorosamente dentro de mis pantalones.

Tomándola con mis brazos la abrazo de nuevo, besándola profundamente.

—No —digo sobre sus labios—. Quédate conmigo. Me mira, desesperada, y asiente.

Trabajando en sus vaqueros, los abro y bajo mi mano, acariciando su vagina mientras gime, agarrándome la camisa.

Sonrío un poco.

—¡Pónganse en marcha! —les grito a los chicos—. ¡La llevaré yo a casa!

Mis párpados revolotean ante la piel suave y desnuda y la vagina caliente y apretada enviando calor desde mi mano hasta mi brazo y mi cuerpo.

Dios, es increíble. Rozo con mis labios su frente, besándola mientras la acaricio.

—¡Matar al ciervo no es la única parte de poner comida en la mesa! —ladra Noah—. ¡Tiene que aprender esto!

Gruño mientras ella gime.

—¡Ya ha hecho suficiente por hoy! —grito—. ¡Adelante!

Escucho su suave risa mientras me da besos en el cuello. Cierro los ojos, escuchando a la otra camioneta arrancar.

Joder, sí.

La agarro por la nuca y la levanto, cubriendo su boca con la mía mientras sus coletas cuelgan como una súplica. Me muevo sobre su boca mientras ella, hambrienta, mordisquea la mía, y me asomo, sin apartar mis labios de los suyos, para ver las luces traseras de la otra camioneta desaparecer sobre la oscura colina.

El sol ya se ha puesto. Pronto oscurecerá, pero no me importa.

La camioneta da la vuelta en una curva y luego… se ha ido.

Me quito la camisa de franela y ella me quita la camiseta mientras me lanzo hacia su cuello y le bajo los pantalones.

Los bajo pasando por el montículo de su trasero, llevándome su ropa interior con ellos, y bajo la mirada mientras acaricio su vagina desnuda.

—¿Sin bragas? —exhalo.

Su camisa cae de ambos brazos, y se reclina bajo mi agarre, recostando su cabeza mientras mi boca roza su cuello, hasta sus firmes y hermosos pechos y bajando por su estómago hasta la V entre sus muslos. Lamo y mordisqueo, tirando de su piel, y el calor y el sabor hace que me dé vueltas la cabeza.

Me sostiene la cabeza mientras beso su vagina y trato de bajarle los malditos vaqueros ajustados por los muslos.

—Tengo frío —jadea.

Vuelvo a subir, envolviéndola con mis brazos y besándola.

—No puedo detenerme lo suficiente como para meterte en la maldita camioneta —me río.

Me chupa los labios, comiéndome, pero se aleja después de un momento y salta a la camioneta y al asiento. Se reclina apoyándose sobre sus manos y me mira, dándome una tímida sonrisa mientras estira el pie.

Sonrío y le quito la bota. Luego tomo la otra y las lanzo ambas al fondo. Pero cuando ella retrocede en la camioneta, la agarro por los tobillos y la vuelvo a bajar, con la camisa colgando de un hombro y la vista de sus pezones apretados y duros haciendo que se me seque la boca. Agarro sus vaqueros y los bajo por sus piernas, arrojándolos en el asiento delantero, y ella tira su camisa allí también.

Me subo.

Cerrando la puerta, me inclino sobre ella mientras retrocede hacia el otro lado, dándome espacio. Dejo que mis ojos recorran su cuerpo, la única ropa que le queda son calcetines blancos hasta el muslo con un par de rayas azules y blancas en la parte superior. Se recuesta sus manos pero levanta las rodillas, cruzando las piernas por los tobillos mientras su mirada cae, sintiéndose tímida.

Una coleta le cubre el pecho y yo la tomo, pasándola entre mis dedos.

Por favor, que alguien me detenga. Por favor.

Tomo la parte trasera de su rodilla y aparto su pierna, abriendo sus muslos para mí. Su coño, rosado, apretado y hermoso, está ahí para ser tomado, pero…

Mierda.

Dejo caer la cabeza, perdiendo el aliento.

—Me estoy aferrando a mi cordura con un hilo, Tiernan —digo entre dientes—. Detenme. Por favor, detenme.

Se arquea, dejando pequeños besos provocadores en mi cuello, en toda mi mandíbula y subiendo por mi barbilla hasta mi boca.

Me encuentro con su mirada, viendo lágrimas en los suyos.

—¿Sabes por qué mis padres me enviaron aquí? —pregunta, con su voz apenas un susurro—. Porque no eres nada que alguien deba temer.

Me tenso mientras ella continúa con sus pequeños besos.

—Nunca tomarías mi herencia antes de que tuviera la edad suficiente para reclamarla —dice, con una enferma diversión en su voz mientras sus dedos se deslizan por mi estómago—. Nunca se te ocurriría obligarme a vivir aquí ni, ni tendrías las pelotas para enfrentarme a mí, una de Haas.

Descubro mis dientes, con mi corazón latiendo con fuerza. ¿Perdón?

—Así que no te preocupes. No te tengo miedo. No tomarás nada que quieras. Eres seguro. Débil. Lo dijo mi padre. —Y luego me da una sonrisa condescendiente—. Nunca estuve preocupada.

Se acerca para darme otro beso y aparto mis labios, fulminándola con la mirada.

Él dijo eso, ¿de verdad?

Vuelvo al momento, agarro a la niña de Hannes de Haas y la acuesto, escuchando su gemido mientras se desliza por el asiento.

Me agacho, hundiendo mi boca en su coño y abriendo sus muslos para mí.

—Ah —grita—. Estaba bromeando. Lo siento.

Envuelvo con mi brazo uno de sus muslos y la sostengo mientras arquea su espalda y se retuerce.

—¿Qué? —la desafío, girando mi lengua con círculos firmes y duros sobre su pequeña protuberancia.

—Lo siento —tartamudea—. Lo siento, Jake. Oh, Dios.

Así es, joder. Quiero que ese pedazo de mierda escuche a su niñita gritar mi nombre, dondequiera que esté. Quiero que sepa lo mucho que ama a su *tío* Jake.

Chupo y lamo, mordisqueando y besando todo su coño y los muslos internos y juego con su pequeño agujero con la punta de la lengua. Ella gime cuando hago eso, así que lo hago de nuevo, probando su sabor y su estrechez. Mi polla se mueve y gotea, y sigo comiéndola mientras me desabrocho los pantalones de caza y los vaqueros. *Joder… Solo de pensar en lo apretada que está…*

Se clava las uñas en los muslos y le chupo el clítoris, mordiéndolo suavemente mientras su estómago sube y baja, cada vez más rápido.

Me levanto, frotando su pequeña protuberancia con mi pulgar y viendo sus tetas moverse.

—Estoy muy contento de que hayas venido a vivir con nosotros, cariño —digo—. ¿Quieres que me detenga?

Sus ojos ven mi mano moverse.

—No —dice rápidamente en un susurro—. Por favor, hazlo de nuevo.

Se araña los muslos.

—¿Qué cosa?

—Lamerme.

—¿Lamerte el qué? —me burlo, haciendo que la pequeña perra se coma sus palabras sobre que soy débil.

—Mi coño —dice, mojándose los labios—. Me gusta cuando haces eso. Por favor, hazlo de nuevo.

Se recuesta en el asiento, cerrando los ojos y girando sus caderas contra mi mano, hambrienta de mí.

—Por favor, lámeme ahí abajo otra vez.

Lo que esas palabras me hacen. Deberíamos estar en una cama. Envuelvo mi polla con una mano, acariciándola mientras me agacho para seguir comiéndola, porque le gusta mucho.

Giro y mordisqueo, chupo y lamo, sincronizándome con su respiración y yendo más rápido y fuerte cuando sus pulmones se llenan una y otra vez.

—Sí, sí —respira entrecortadamente, abriéndose más, con una pierna en el hueco entre los asientos delanteros y la otra sobre el asiento trasero—. Mierda, me voy a venir. Oh, Dios.

Tiembla, y sus respiraciones cortas y superficiales se extienden por todo su cuerpo.

—Oh, Dios, Jake, te sientes tan bien.

Contiene el aliento y sé que su orgasmo está en el punto más alto, y…

Me detengo, con mi lengua pausada sobre su clítoris un momento antes de levantar la cabeza.

Sus ojos permanecen cerrados, pero después de un momento el dolor se graba en su rostro y abre los ojos con un parpadeo. Me encuentra mirándola.

—No —ruega—. No te detengas. Por favor. ¿Qué estás haciendo?

Dejo un pequeño beso en su clítoris, sintiendo el pulso interior palpitar como si acabara de correr una maratón, y casi siento lástima por ella.

Me levanto, mirándola.

—Jake —dice, pareciendo como si estuviera a punto de llorar.

Pero entonces sus manos se hunden entre sus piernas mientras intenta acabar ella misma, pero tomo sus muñecas, sujetándolas a sus lados.

—Por favor. —Se retuerce por la necesidad.

Me inclino hacia abajo, dejando pequeños besos en su estómago.

—Nunca tomaría tu herencia, porque tu dinero no me interesa —le digo entre besos—. Nunca se me ocurriría obligarte a vivir aquí, porque no tengo que hacerlo. Te gusta estar aquí.

Sonrío mientras dejo un rastro de besos hasta sus tetas, lamiendo un pezón.

—Así que no te preocupes —me burlo—. No quiero que me tengas miedo. Odiaba a tus padres, pero me dejaron un regalito al que le gusta que le lama el coño.

Pongo la mano entre sus piernas, frotando con mi mano su clítoris, y meto la punta de mi dedo corazón en su vagina.

Sus caderas saltan del asiento.

Empujo su estómago hacia abajo y lo hago de nuevo, haciendo girar algo de humedad a su alrededor.

Lo meto un poco más.

Ella se arquea, agarrándome la muñeca con ambas manos.

—No…

Beso su boca, sus suaves labios respondiendo.

—Lo sé. Todavía eres virgen. Está bien —la tranquilizo, sacando más humedad y arremolinándola alrededor de su vagina—. Te prepararé.

Manteniendo la punta de mi dedo dentro de ella, bajo de nuevo y empiezo a trabajar en su clítoris, trayéndola de vuelta y dándole el orgasmo que le negué en castigo por esa boquita.

—Tío Jake —gime—. No pares. Por favor, no pares.

—No lo haré, nena —le digo—. Es tuyo. Tómalo.

Chupando y lamiendo, acelero mi boca al oír que su cuerpo se excita más, jadeando mucho más fuerte. Meto y saco mi dedo, solo la punta, una y otra vez, y cuando ella empieza a venirse, poniendo su mano en la puerta detrás de su cabeza y moviendo su cuerpo para encontrarse con mi dedo, sonrío, porque está lista para ser llenada. Sabe que es lo que necesita.

Gime, con sus tetas moviéndose de un lado a otro, y mi boca y mis dedos trabajan y me muero, porque su pequeño y apretado coño alrededor de mi dedo está prendiendo fuego a mi cuerpo. Está mojada y suave, y sus pliegues alrededor de mi dedo me dan una pequeña muestra de lo que mi polla sentirá en un minuto.

Su vagina se aprieta, su respiración se entrecorta, se muerde el labio inferior mientras cierra los ojos y gime.

—¡Jake! —grita, y lo siento. Cada vez más húmedo y caliente, me cubre el dedo, y estoy a punto de venirme.

Mierda.

Levantándome, la miro fijamente mientras estiro mi mano hacia la consola central, sacando un condón.

—No —se queja, levantándose y me mira—. Sin nada. ¿Por favor? Quiero sentir todo la primera vez.

Mi polla se mueve, queriendo eso también. No quiero nada entre nosotros.

Pero sacudo la cabeza.

—No seré capaz de salir de ti —le digo—. No la primera vez.

Me da un beso cerca del ombligo.

—¿Sueles usar condón?

Sostengo su cabeza hacia mí, deleitándome con su boca.

—Siempre.

La última mujer con la que me acosté sin uno fue mi esposa, hace dieciséis años.

Me mira.

—Llevo tomando la píldora mucho tiempo —dice—. Fóllame sin nada.

Me lame los abdominales y mi estómago se aprieta.

Una ligera capa de sudor cubre su nuca, y la empujo hacia el asiento, poniéndome sobre ella y cubriendo su boca con la mía.

Sus manos van a mis caderas, con ambos bajando mis pantalones de caza, y tan pronto como mi polla es libre su mano envuelve el largo y duro miembro.

Todo se hincha y se calienta, y mi estómago arde.

—Mierda, Tiernan —murmuro en sus labios—. Mierda.

Me lame los labios mientras me acomodo en su entrada, y me levanto para poder mirarla mientras entro en ella.

—Abre las piernas —le digo.

Ella deja una en medio del hueco entre los asientos delanteros y presiona la otra contra el asiento trasero de nuevo, y yo agarro la puerta por encima de su cabeza con una mano y su cadera con la otra, moviendo mis caderas y metiendo mi polla dentro de ella.

—¡Ahhh! —grita, clavándome las uñas en el pecho. Mis brazos casi no resisten.

—Tiernan —gimo, cerrando los ojos ante el placer. Es caliente y apretado. Mierda, está mojada.

Ella se sacude, con su boca abierta por la sorpresa o por el dolor, no lo sé.

Me inclino para besarla.

—Lo estás haciendo bien. Agárrate de mí.

Su respiración se calma, y odio tener que hacer esto, pero es mejor no decírselo, de todas formas. Salgo casi por completo y

luego empujo, hundiéndome dentro de ella, esta vez hasta el final.

Su espalda se arquea, alejándose del asiento, una mirada de dolor cruza su rostro y gime, cerrando los ojos con fuerza.

Le beso los labios suavemente.

—Buena chica.

—Oh, Dios.

Sus ojos tardan un momento en abrirse, pero en cuanto su respiración se calma y su cuerpo se relaja, desliza sus manos por mi espalda y me besa.

—Esa fue la parte difícil. —Muerdo sus labios y me acomodo entre sus muslos—. Ahora viene la parte divertida.

Me muevo, metiendo mi polla dentro de ella, agradable y profundamente como le gusta. Sus piernas se abren cada vez más y me sostengo, mirando su cuerpo abierto para mí y tomándome.

Sus bonitos pechos se mueven y paso mi mano libre por su cuerpo, apretando su seno, su cuello y sosteniéndole la cara.

—Dios —gime—. Cuando vas así de profundo…

Sonrío y bajo, penetrándola mientras le chupo el cuello y la oreja, y luego la boca.

—¿Te gusta? —me burlo.

Ella asiente. Y luego agarra mi cintura, guiándome hacia sí mientras gira sus caderas para encontrarse conmigo.

Joder, sí. *Eso es todo*. El calor líquido baja por mi cuerpo, y me muevo con más fuerza.

—Sí —respira entrecortadamente, agarrándose a mí mientras se arquea para besarme el cuello—. Te sientes bien. No pares. —Une sus labios con los míos, su aliento caliente y húmedo—. No pares. No pares.

Los nervios bajo mi piel se disparan, y siento su calor envolverme mientras levanto sus muslos y me estrello contra ella.

—Tiernan…

La beso profundamente, lamiendo su sudor, disfrutando del calor dentro de la cabina y saboreando mi vida hace todos esos años cuando habría muerto feliz haciéndole esto a alguien durante el resto de mi vida.

Miro a Tiernan, su cuerpo tomando todo lo que le doy, y juro que quiero tragármela entera. Había olvidado como se sentía esto.

Querer hacer feliz a alguien.

Ella se levanta, con enredos en el cabello pegado a su rostro, y hunde su lengua en mi boca, con su cuerpo tenso y tembloroso mientras su gemido sale de mi garganta.

Su vagina se contrae, y sé que no tengo que aguantarlo más.

Deja salir un grito y empujo, reclinando la cabeza y entrando en ella una y otra vez, cada vez más fuerte.

El calor me llena la ingle, la sangre se precipita hacia ahí y me corro, derramándome en lo profundo de su interior con una última embestida.

Mis pulmones se vacían y casi me desplomo, dejando caer mi cabeza sobre su hombro.

—Mierda —murmuro, respirando con dificultad.

Sus brazos me rodean, sus muslos se tensan alrededor de mi cintura, y subo mi mano por su pierna, por sus bonitos calcetines y sus sexis muslos, por la curva de su trasero y por su torso.

Levantando la cabeza, la miro fijamente.

—No hables —dice de inmediato—. Arruinarás esto. Siéntete culpable después.

Me río, besándole la frente y los labios antes de inclinarme para tomar su pezón en mi boca.

—No quiero irme —le digo—, pero si nos quedamos sin gasolina nos quedaremos sin calefacción.

—Está bien. —Arquea su pecho hacia mi boca, gimiendo—. Ya estoy sudando.

Arrastra sus uñas por mi espalda y le beso el cuerpo antes de inclinarme para mirarla.

Brilla y resplandece, bellamente destruida en el asiento trasero de mi camioneta.

Sentándose, abre un poco los muslos y se pasa una mano entre las piernas, tratando de mirar hacia abajo como si estuviera tratando de ver algo.

Me sorprendo con una sonrisa.

—¿Esperando que algo sea diferente?

Sonríe para sí, ruborizándose un poco. Luego me mira, con los ojos bien abiertos.

—¿Podemos hacerlo de nuevo?

Mi boca se abre, ya estoy duro otra vez. Por Dios.

Diablos, sí. Bien. Lo que sea. Cuanto más tiempo estemos en esta camioneta, más tiempo puedo dejar de mirarme en el espejo.

—¿Alguna vez has montado un toro mecánico? —le pregunto. Asiente.

—En una feria, una vez.

Me siento y la pongo en mi regazo, a horcajadas.

—Esto es igual.

Y la beso, entrando en ella una vez más.

Jake

Estamos a menos seis grados y estoy sudando. Levanto a Tiernan entre mis brazos, sus brazos y piernas me rodean mientras subo los escalones de la casa, con nuestros labios juntos, besándonos mientras nos dirigimos a la puerta.

—No te caigas —murmura entre los besos.

—No me voy a caer.

Justo entonces me golpeo la espinilla contra una silla en el descansillo y tropiezo, gruñendo.

Joder.

Nos tambaleamos, pero ella se ríe en voz baja de todos modos.

Sus vaqueros siguen abiertos, su camisa apenas abotonada y la mía está toda abierta. Hace mucho calor ahora mismo. Llegamos a la puerta y la levanto más, mirándola a los ojos.

—¿Ya te sientes mal por algo de esto?

No me refiero a físicamente, solo… no sé.

Soy demasiado viejo. Ella es casi una niña. Esto fue un error. Pero sé muy bien que lo haría de nuevo si tuviera media oportunidad.

No ha sido tan bueno para mí en mucho tiempo.

Me toca el rostro, su mirada llena de ternura.

—No —responde finalmente—. Me alegro de que hayas sido tú.

La miro fijamente.

Ella se inclina y yo cierro los ojos mientras me besa la frente, la mejilla y la boca.

—Nadie más lo habría hecho tan perfecto —me dice, su frente pegada a la mía—. Fuiste despacio y me hiciste sentir bien. Me alegro de que hayas sido tú.

Mi garganta aprieta, y la agarro por la nuca y la atraigo, besándola. Todavía me siento culpable, pero… al menos ella no, gracias por eso.

Y parte de lo que dice me calma un poco los nervios. A los imbéciles como Holcomb no les habría importado asegurarse de que ella lo disfrutara, ni habría alguien de su edad tenido mucha experiencia para saber cómo asegurarse de que lo disfrutara. Yo ciertamente no lo sabía a los dieciocho. Al menos pude darle eso.

¿Pero fue especial?

Su dulce boca y sabor y el calor entre sus piernas que calienta mi estómago me bañan, y me aferro a ella, sintiéndome drogado y queriendo sonreír por primera vez en mucho tiempo. Es como…

Como Flora.

Excepto que con Tiernan parece más fácil, de alguna manera. Como si no pudiera lastimarla. Es fuerte.

—Aunque esto no puede volver a suceder —le digo.

Ella asiente, con diversión en sus ojos mientras me mira.

—Está bien.

Pero su tono es demasiado complaciente. Como si no me creyera.

—Lo digo en serio —le interrumpo—. Vas a ir a la universidad. No pienses en enamorarte de mí.

—No lo haré.

No me está tomando en serio.

—Liberamos algunas frustraciones reprimidas, y espero haberte dado una experiencia digna para alcanzar la edad adulta —digo—. Pero eso es todo. Esto se acaba ahora.

—Entendido.

Agarro la manija de la puerta y la pongo de pie, con los dos tratando de contener nuestras sonrisas. Sabe que tiene meses de noches frías y solitarias para emboscarme con su hermoso cuerpo.

—¿Tienes más de esos calcetines hasta el muslo? —pregunto, abriendo la puerta.

—¿Qué te importa? —se burla.

Me río y los dos entramos en la casa, pero vemos a los chicos sentados en la sala, e inmediatamente sus ojos y sus cabezas giran hacia nosotros. Nuestras risas son sofocadas y los dos nos detenemos, encontrándonos con sus miradas.

Los ojos de Noah me recorren de arriba a abajo, y me doy cuenta de nuevo que mi camisa está abierta y parece como si su cabello hubiera quedado atrapado en un huracán.

Mierda. Mi sonrisa desaparece.

Kaleb está sentado en la silla junto al fuego con su mirada dirigida hacia nosotros mientras Noah nos mira por encima del hombro y un sonido como el de barajar las cartas me golpea, pero no puedo ver lo que tiene en las manos.

Tiernan se pone tiesa, mirándome.

—¿Por qué no vas a la cama? —le murmuro.

Ella asiente, lanza una mirada en dirección a los chicos y sube las escaleras, manteniendo su camisa cerrada.

Sin girarme para ver a los chicos, me quito la camisa y cruzo la cocina hacia la tienda, escuchándolos levantarse de sus asientos y seguirme.

Abriendo el grifo del lavabo, meto la cabeza bajo el agua fría y mis músculos y nervios se relajan bajo el baño helado.

El agua se derrama sobre mi cabello y cae en cascada sobre mi cuello, y tomo un trago rápido antes de cerrarla y agarrar la toalla de la secadora.

Veo a Kaleb todavía en las escaleras, apoyado en la pared, mientras Noah está cerca, mirándome.

—La he cagado —digo, secándome la cara y el cuello.

¿Qué demonios va a pensar de todo esto en veinte años?

—Sé que la he cagado.

Noah se queda allí como un muro, quieto como una piedra, pero luego ataca. Mueve el brazo, tirando todo lo que hay en la parte superior de la secadora.

Cubetas y una cesta de ropa se estrellan en el suelo, y él agarra un cubo de pintura y lo lanza hacia la puerta del garaje. Se estrella y golpea el suelo, tambaleándose unos segundos antes de dejar de moverse.

Respira con fuerza.

—¿Y si yo también la quiero?

—No la quieres. —Sacudo la cabeza, tirando la toalla—. Te estás aferrando a cualquier cosa que te retenga aquí.

—¿Y tú? No te vas a casar con ella y mantenerla aquí arriba. Tener bebés y toda esa mierda —ladra—. Se va en primavera. Irá a la universidad y seguirá adelante con su vida. Puede que yo me vaya con ella.

Flexiono la mandíbula y me acerco a él, con sus ojos un pelo por debajo de los míos.

No voy a compartir una mujer con mis hijos.

—Qué conveniente —escupe en respuesta—. Después de que nos la arrebataras la otra noche. Nosotros la tuvimos primero.

—No, no lo hiciste. La noche de la última carrera, cuando ambos estaban arriba con quién sabe quién… Estuvimos aquí abajo en la cocina. Tuve que… —Aparto la mirada, con la vergüenza calentándome la piel—. No fuimos muy lejos, pero algo comenzó esa noche.

—Kaleb ya había estado con ella aquí, la noche en que regreso de la cabaña, hace semanas —responde Noah.

¿Qué? Le lanzo una mirada a Kaleb, y levanta lentamente los ojos para que su mirada se encuentre con la mía.

Esto tiene que ser una broma.

—Pero tú te llevaste su virginidad, así que… —añade Noah con ironía.

Lo miró fijamente. Sé que tiene razón. Serían mucho más adecuados para ella que yo.

Pero…

—Me gusta —dice Noah, con la voz inusualmente suave—. Hay momentos en los que sólo quiero estar cerca de ella.

Me encuentro con su mirada.

—No voy a detenerme a menos que ella me detenga —me advierte.

¿Y qué se supone que debo decir? "Es mía. Retrocede. No puedes llevártela, porque… ¿por qué?" ¿Por qué no puede tenerla?

No la voy a reclamar. Ella se irá y esto terminará, porque tiene que hacerlo. No tomaré su vida y la atraparé aquí.

No debería haberla tocado. Lentamente, empiezo a asentir.

—Hazlo bien —le digo—. Es libre de tomar sus decisiones. Hazlo bien.

Una sonrisa curva sus labios y se aleja, Kaleb y él desapareciendo de nuevo en la casa.

Es lo correcto, ¿verdad? En primer lugar no tenía nada que hacer con ella. No quiero que piense que no la quiero, pero tampoco quiero que se encariñe. Es mejor detenerla ahora que después.

Me quito las botas y me dirijo a la casa, agarro una cerveza del refrigerador mientras al pasar veo a los chicos viendo la televisión, atrapando la mirada de Kaleb mientras subo las escaleras, y me la sostiene mucho más tiempo que antes. Lo bueno de mi hijo mayor es que su ira nunca es verbal. Lo malo es que normalmente termina con él desapareciendo en las montañas durante semanas. Tendré que hablar con él mañana. No me gusta cuando se mete en la nieve, pero siempre es lo suficientemente estúpido para hacer exactamente lo que quiere.

Ninguno de mis hijos ha querido quedarse conmigo y, después de esta noche, no los culparía por odiarme. Tampoco se van a casar o a enamorarse, pero no tengo derecho a detenerlos.

Tomo un trago de mi cerveza, me dirijo a mi habitación y veo la puerta de Tiernan cerrada, sin luz por la rendija. Se metió en la cama rápidamente. No escuchó nuestra conversación, ¿verdad?

Me quito la ropa en el dormitorio y me pongo unos pantalones de franela, me lavo y me cepillo los dientes.

Debería ducharme. Aunque me gusta el olor de ella en mi cuerpo. Frotándome la nuca, trato de caminar hacia mi cama. Estoy cansado y mañana será otro largo día de trabajo agotador, tareas y reparaciones para prepararme para la próxima tormenta, cuando llegue.

Pero no me voy a la cama. Abro la puerta de mi habitación, cruzo el pasillo hacia la suya y llamo. Solo quiero asegurarme de que esté bien. Si está llorando, me suicidaré.

—Entra —responde.

Mi corazón empieza a latir más fuerte. Abro la puerta.

La habitación está oscura, iluminada solo por el suave resplandor del radiador, y me apoyo en el marco de la puerta y la encuentro en la cama.

Se sienta, y la manta cae a su cintura mientras me mira.

Muevo mi mirada por su pequeña camisa blanca, y se me seca la boca de repente al ver sus bragas asomando por la sábana.

—¿Te duchaste? —pregunto. Ella asiente.

No puedo verle muy bien los ojos, pero cuando endereza su columna, estirando su cuerpo y llevando mis ojos hacia su estómago desnudo, siento que mis brazos me duelen por estar vacíos.

—¿Tienes hambre? —Lucho por mantener mi tono de voz estable. Ella sacude la cabeza.

Tomo un trago de la cerveza, mirándola.

—¿Hace el calor suficiente?

Sacude la cabeza juguetonamente.

Sonrió, incluso a través del malestar en mi estómago. Realmente desearía haberme sorprendido y haber sido más fuerte.

Desearía no ser un pedazo de mierda tan asqueroso.

Ella se levanta de la cama y camina hacia mí, me quita la botella de la mano y envuelve con sus brazos mi cuello para que pueda levantarla.

Sus piernas me rodean como un cinturón, y la sostengo por el trasero.

—¿Quieres venir a mi cama esta noche?

Ella entierra su cara en mi cuello y me sostiene con fuerza, con su aliento y su cuerpo calientes y deseosos de mi piel.

Dios, esto se siente bien.

Y la llevo a mi habitación, cerrando la puerta y escondiéndonos. Esto terminará.

Pero no esta noche.

Tiernan

Me levanto sobresaltada, me duelen los dedos mientras los aflojo lentamente de la sábana. Parpadeo un par de veces, al ver la hora en el reloj.

Una y veintiuno de la mañana.

El cuarto está oscuro y me acuesto boca arriba; el aire frío golpea mis pechos desnudos. Rápidamente levanto la sábana, cubriéndome mientras recuerdo todo lo que hicimos hace un par de horas.

Y en la camioneta ayer.

Me agacho, deslizando mi mano entre mis piernas, con la piel un poco sensible y los músculos de los muslos doloridos.

Sonrío.

Me alegro de que fuera él.

Lo que le dije anoche era cierto. Dicen que la primera vez nunca es buena, pero la mía sí. Me dolió, pero fue cuidadoso.

No fue egoísta, cruel o impaciente.

Miro, pero no está en la cama. Probablemente debería volver a la mía.

Una luz brilla desde el baño, me siento y deslizo la mano debajo de las sábanas, buscando mis bragas y mi camiseta. Bajando mis piernas de la cama, muevo ambas y me levanto, estirándome. Me mojo los labios secos mientras me quito la banda elástica de la

muñeca y me recojo el pelo, caminando hacia el lavabo para tomar un vaso de agua.

Pero, tan pronto como entro en el baño, veo a Jake parado frente al espejo girado hacia un lado, con el brazo levantado y mirando el tatuaje en su cadera.

Mi México.

Me mira a los ojos en el espejo y dejo caer los míos, saliendo del baño.

—¿Adónde vas? —le oigo preguntar.

Me detengo y vuelvo la mirada, pero quiero irme. Quitarme de su camino.

Me froto los ojos.

—Solo te estoy dando privacidad —murmuro, y trato de escapar de nuevo.

—¿Por qué?

Dudo, cambiando mi peso de pie.

Porque…

No me pediste que entrara. No quiero estotbar. Porque sé lo que es esto.

Y no soy ella.

Me mira a través del espejo mientras abre el agua y llena un vaso. Sin dejarme pensar, camino y presiono mi frente contra su espalda,

cierro los ojos y le rodeo la cintura con los brazos.

Se queda quieto, me deja.

No sé por qué lo hago, sentirme así con él, alguien cálido y fuerte en mis brazos hace que un extraña sensación se hinche en mi pecho, y apoyo mi mejilla contra su columna vertebral, escuchando su corazón latir.

Me siento bien al sentir esto. Ser tocada. Pedir lo que necesito incluso si él quiere que me vaya. Solo un minuto.

Finalmente suspiro y me alejo, pero agarra mis brazos alrededor de su estómago antes de que escape y me lleva de nuevo a mi lugar.

—Quédate.

Mi barbilla tiembla, mi corazón se acelera y las lágrimas llenan mis ojos.

Apoyo la cabeza contra su espalda y trato de no llorar.

No es como mis padres. No es mis padres. Me quiere cerca. Está bien.

Respiro profundamente y lo libero lentamente. *Está bien.*

Se queda en silencio, afortunadamente sin hacer ninguna pregunta sobre por qué casi estoy llorando de nuevo mientras lo abrazo. Sólo sostiene mis brazos, aferrándose a mí de alguna manera.

—¿Estás pensando en ella?

Pero permanece en silencio mientras tira el agua y deja el vaso.

—Está bien si lo haces.

—Nunca he hablado de ella —dice casi en un susurro—, con nadie, sólo contigo.

Devuelvo mi mano a su cintura y aspiro el olor de su piel.

—¿Qué hacía que te gustaba?

Inhala profundamente y toma mi mano, llevándome a la ducha.

—Sus manos en mi cabello —responde, abriendo la ducha.

Prueba el agua y luego se da vuelta, viene detrás de mí y me quita la banda del cabello para que poder atarlo más alto, en un moño en mi coronilla.

Sonrío ante el gesto. ¿Era así con ella? Probablemente más. Si es tan dulce conmigo, ¿cómo era con una mujer que amaba?

Siento sus dedos debajo del dobladillo de mi camisa y lo detengo, dándome la vuelta y sacudiendo la cabeza.

Sosteniendo su mirada, muevo la cortina y me meto en la ducha, dejando que el agua me empape. Sus ojos caen por mi cuerpo mientras el agua gotea por mi estómago y mis muslos; la camisa blanca y las bragas de seda se amoldan a mi piel.

Justo como ella cuando nadaban juntos.

Me apoyo en la pared y veo como se baja los pantalones por las piernas, con la polla dura.

Dios. Tres veces en la camioneta. Una vez en la cama. Aparentemente no ha sido demasiado para él. Ni para mí.

Cierra la cortina, la oscuridad y el vapor llenan la ducha, y nuestros ojos siguen cerrados.

Presiona contra mí, pero mantengo mis manos a mi lado.

—¿Y qué hacías? —pregunto—. ¿Después de que pasara las manos por tu cabello?

Levanta mi pierna y me muerdo el labio mientras aparta mis bragas mojadas y empuja en mi interior.

Clavo mis uñas en sus brazos, y el dolor y el ardor de ser penetrada nuevamente se mezclan con el placer de estar llena. Su boca se cierne sobre la mía, respirando entre dientes mientras mueve su polla.

—Cierra los ojos —jadeo mientras empuja—. Hazle el amor.

Cierra los ojos y rodeo con mis brazos su cuello, colgando mientras él levanta a Flora en sus brazos y la folla contra la pared. Paso mi mano por su nuca y coronilla, pasando mis dedos por su cabello, saboreando el dulce dolor en mi interior.

Gimo entre nuestros besos, con el agua en su boca cálida y dulce. También cierro los ojos y lo dejo volver al pasado. Dejo que se hunda en la fantasía, porque quiero que recuerde cómo la amaba y sepa cuán afortunada fue de tenerlo. Que no fue su culpa.

Que mis padres no fueron su culpa.

Se mueve en mí, gruñendo mientras recuesto la cabeza y dejo que su boca caiga por mi cuello mientras vuelvo a pasar los dedos por su cabello.

—Te amo —murmura—. Pero Tiernan usa sus uñas y eso me gusta más.

Mariposas vuelan en mi estómago y acerco mi frente a la suya, inmediatamente doblando los dedos y arrastrándolos ligeramente por su nuca.

—Abre los ojos, nena —me dice.

Lo hago, viéndolo mirarme directamente mientras el vapor nos rodea.

—Nunca podría fingir que no eres tú —dice—. No quiero.

Sostengo su mirada, y nuestros cuerpos se mueven más rápido mientras sus dedos se clavan en mi trasero.

—Me recuerdas mucho a ella —susurra, sin romper su ritmo—. Recuerdo cosas en las que no había pensado en mucho tiempo.

La punta de su polla golpea ese lugar y reclino la cabeza y arqueo la espalda, gimiendo.

—Lo posesivo que era con ella. —Me agarra la cara, besándome—. Me había olvidado de eso. Cómo peleábamos mucho por las cosas más tontas. Cuán desconsiderado e impaciente era.

Nosotros también peleamos por las cosas más tontas, pero no le digo eso. Si no hubiera peleado conmigo, mi vida y quien soy no habría cambiado.

Me abraza y lo abrazo, respirando con fuerza contra los labios del otro.

—Lo abrumador que era el sexo —continúa—, porque nuestras emociones eran mucho más grandes que nosotros y perdíamos el control. Y cómo éramos jóvenes y follábamos para solucionar cada problema. Ya no quiero eso.

—¿Qué quieres?

Abre la boca para hablar, pero no sale nada. Y luego baja la voz, apenas un susurro:

—Quiero que te guste esto.

Me gusta.

Pero antes de que tenga la oportunidad de responder, me pone de pie, me gira y me empuja contra la pared. Jadeo cuando me abre las piernas y me penetra otra vez, poniéndome de puntillas mientras sostiene mi muslo con una mano. Con la otra, estira y la mete en mis bragas.

—Te quiero feliz, Tiernan —me dice bajo y ronco al oído—. Quiero que mis hijos sean felices.

Me folla contra la pared, moviéndose más y más rápido mientras giro mi cabeza para encontrar sus labios.

—Y quiero que sepas que, sin importar adónde vayas —me dice entre besos—, siempre serás nuestra. Somos tu hogar.

—Lo sé —lloriqueo.

Frente a frente, nos sostenemos la mirada.

—Y te quiero en mi mesa por la mañana y en mi cama por la noche.

Me balanceo contra la pared de azulejos, con mis pechos aplastados contra su superficie, pero no me importa. Miro por encima del hombro; me encanta verlo hacerme esto.

—Resulta que ese maldito idiota hizo algo bien. —Me lleva contra sí, besándome profundamente y pellizcando mi pezón—. Te entregó a nosotros. Nuestra princesa. Nuestra. Toda nuestra.

Y eso es todo, el pequeño aguijón de dolor y sus palabras posesivas y me muevo contra él, hambrienta por venirme. Agarra mis caderas, ayudándome mientras ambos gemimos y gritamos, y mi coño se tensa.

—Los despertaremos —jadeo.

Pero ninguno de nosotros puede parar.

Mi orgasmo se eleva, y froto mi clítoris cuando va más profundo.

—Oh, Dios, no pares —le ruego—. No pares.

—Joder —gruñe—. Mierda.

Me folla más y más fuerte, y golpeo con mis manos la pared, gimiendo una vez más cuando todo mi cuerpo se derrumba con un estallido de hormigueo explota bajo mi piel.

Respiro hondo, gimiendo mientras él acaba, apretando aún mis muslos con sus manos.

—Joder —susurra, sin aliento—. Deberíamos… —Su pecho sube y baja contra mi espalda—. Probablemente deberíamos usar condones, creo. Incluso si estás tomando la píldora, esto es demasiado para arriesgarse.

Asiento, demasiado cansada para discutir. Probablemente tenga razón. Cinco veces en doce horas no será algo diario, estoy segura, pero cuanto más suceda mayor será la posibilidad.

Se levanta.

—Incluso si esto es la cosa más sexy que he visto —agrega mientras pasa su pulgar por mi muslo interno. Me sonrojo, sintiéndolo salir goteando de mí. No sé cuál es su aspecto, pero me gusta la sensación.

Me quito la ropa, la escurro y me enjuago, con los dos saliendo de la ducha y secándonos.

Entro en su habitación y tomo un par de sus calzoncillos azules, los enrollo un par de veces para que me queden bien, y una de sus camisetas. Necesito algo seco para usar entre aquí y mi habitación.

Tomo mi ropa mojada y le doy un beso en la mejilla. Se detiene a medio de ponerse una camisa.

—¿Qué estás haciendo?

—Volver a mi cama —respondo—. Mientras mis piernas todavía me sostengan.

Levanta una ceja, pero veo la sonrisa que intenta contener. Hablo en serio. Necesito dormir.

Y espacio.

Ir demasiado rápido me da un poco de miedo. Me gusta lo que encontré aquí. No quiero perderme otra vez.

—Te veo mañana por la noche —le susurro cuando lo beso de nuevo, esta vez en los labios.

—Mañana por la noche —responde.

Me doy la vuelta para irme, pero luego me detengo y pregunto:

— ¿Tengo que estar despierta para las tareas de la mañana?

Entrecierra los ojos confundidos.

—Quiero decir, ¿ya que las mías ahora son más tarde por la noche?

Sus ojos se abren y muestra sus dientes, extendiendo la mano y golpeándome el trasero.

Me río y salgo corriendo por la puerta, cerrándola.

Pero no antes de captar su sonrisa mientras sacude la cabeza.

Me gusta su sonrisa. Raramente la vemos. Respiro hondo y me dirijo a mi habitación, pero de repente me llega un olor y me detengo, mirando a mi derecha.

Allí, en el estrecho y oscuro hueco de la escalera que conduce al tercer piso, hay una luz naranja que brilla intensamente y una nube de humo.

Mi sonrisa cae.

Kaleb. Echo un vistazo a la puerta de Jake, comprobando que su habitación está muy cerca del hueco de la escalera. ¿Cuánto tiempo lleva Kaleb ahí sentado?

Se mueve, las tablas del piso crujen cuando se pone de pie, y me enderezo cuando emerge de la oscuridad, mirándome mientras da otro paso y luego deja caer la colilla al suelo, pisándola con el pie descalzo.

Mi estómago se contrae, y levanto la mirada para encontrarme con la suya nuevamente.

—¿Qué?

Pero, por supuesto, permanece en silencio.

Camina hacia mí y me muevo, retrocediendo hasta mi habitación, pero levanta la mano y bloquea mi escape. Golpeo la pared y dejo caer mi ropa mojada cuando se acerca, empujándome.

Mierda. ¿Qué está pensando? ¿Vamos a ir y terminar lo que comenzó hace semanas? ¿Va a ser más fácil ahora?

Su cuerpo cálido y su pecho desnudo se ciernen y aparto la cara, casi temblando por su caliente aliento en mi mejilla.

Agachándose, toma mis bragas rojas, que siguen húmedas de la ducha, y se levanta, frotando el material entre sus dedos mientras las mira.

Un momento de culpa me golpea, pero no sé por qué.

Agarro la ropa interior, pero me la quita y mi estómago se endurece como una pared de ladrillos. Lo abofeteo.

Se sacude un poco pero no titubea.

Voy a agarrar las bragas otra vez, pero la tela se rasga cuando aleja el brazo. Cierra el puño con mi ropa interior en él, su mirada enojada arde mientras golpea con el puño la pared junto a mi cabeza. Respiro hondo, encogiéndome de reflejo.

¿Qué hice? Como si realmente le importara.

Todo lo que sentí hace un momento con Jake se ha ido. Me enderezo, lista para alejar a su hijo, pero antes de que tenga oportunidad Kaleb me agarra.

Tomándome de los brazos, me hace retroceder hasta mi habitación y me empuja hacia la cama, sujetándome.

—Suéltame —gruño, luchando contra sus brazos, pero se apresura a sujetarme.

Se levanta un poco, y apenas tengo un momento para darme cuenta antes de darme la vuelta y cerrar los ojos con fuerza, con su saliva aterrizando en mi cabello.

Las lágrimas saltan inmediatamente a mis ojos y mi pecho se hincha con un grito.

Toma algo de mi mesita de noche y, cuando lo arrastra por mi frente, me doy cuenta de que es mi rotulador.

Rápidamente se baja, arroja el rotulador y me quedo ahí, demasiado aturdida para moverme durante un momento.

No tengo que mirarme al espejo para saber lo que escribió.

Sale de la habitación, con sus pasos pesados en las escaleras hacia el ático, y cuando escucho que su puerta se cierra de golpe me siento al fin.

Hay lágrimas en mis ojos, pero no lloro.

Me quedo mirando a la nada, enojada y sintiéndome sucia de repente. Pero, después de un momento, la vergüenza se convierte en más rabia, y casi sonrío.

Esta enojado.

Estoy casi divertida.

Ha tenido al menos tres mujeres en su habitación desde que estuve aquí, sin contar a Cici en el granero ese día. Pero yo soy la zorra a la que escupe. ¿Seguiría siendo una si hubiera dejado que él y Noah me compartieran esa noche la semana pasada?

Su maldita saliva pesa en mi cabello, y es todo lo que siento. La ira que se acumula en mis pulmones con cada respiración es casi suficiente para ahogar el dolor.

Nuestra, dijo Jake. *Toda nuestra*.

Pero, en el silencio de mi habitación, con el ruido sordo de la música de Kaleb vibrando en lo alto, sacudo la cabeza.

—Tuya —murmuro—. No de él.

—No se usan computadoras en la mesa —dice Jake en el desayuno.

Toma mi computadora, y agarro mi cuaderno y mi lápiz justo a tiempo para que no caiga al suelo.

—Tengo que entregar esta tarea —argumento—. He estado tratando de enviarla durante una hora, pero el internet no para de caerse.

—Lo entenderán. —La cierra y la coloca en el mostrador—. Inténtalo de nuevo más tarde.

Frunzo el ceño, pero arrojo mi cuaderno y bolígrafo sobre el mostrador con la computadora, cediendo. Estaba en racha. Nunca

he tenido problemas para estar motivada con la tarea hasta ahora. No pensarías que un pequeño lugar remoto escondido en el pequeño y aislado Chapel Peak, Colorado, proporcionaría tantas distracciones, pero constantemente quiero estar haciendo un millón de otras cosas.

Acariciar animales.

Hacer golosinas para los animales. Jugar con los animales.

Miro a Jake mientras sirve avena en mi cuenco. *Esconderme en un lugar tranquilo como un animal en concreto.*

Debe sentirme observándolo, porque levanta la mirada de golpe y se encuentra con la mía mientras vierte cucharadas colmadas en los cuencos de los chicos. Veo una leve muestra de una sonrisa, porque sabe exactamente lo que estoy pensando, pero rápidamente la oculta nuevamente mientras deja caer el cucharón en la olla.

Muestro mi sonrisa y tomo la cuchara.

Ambos chicos entran, con Noah temblando mientras se quita el abrigo y se sienta a la mesa mientras Kaleb se dirige al fregadero y se lava las manos. Miro por la ventana.

Hoy el sol no está brillando afuera, y no puedo oler el granero en sus ropas, el heno y los animales, que generalmente es penetrante. Hace mucho frío.

—¿Cuántos centímetros esperamos esta noche? —pregunto, sabiendo sin mirar el clima que va a nevar.

Noah suelta una risita como si acabara de contar una broma, y Jake se detiene, ladeando la cabeza y lanzándole una mirada.

Y luego se me ocurre. *Centímetros*. Pongo los ojos en blanco y espolvoreo un poco de azúcar moreno sobre mi avena. *Idiota*.

Él mira a su padre, levantando las manos en defensa.

—Habría hecho esa broma sin importar qué.

Kaleb saca la silla enfrente y comienza a comer, y lo miro un momento, casi esperando que se encuentre con mi mirada. Todavía me duele la frente por todo el trabajo que me llevó quitarme ese rotulador.

Pero no mira. De nuevo, ni siquiera estoy aquí.

Dejo caer la mirada y me meto una cucharada en la boca. Debo decirle a Jake lo que sucedió anoche después de que saliera de su habitación, pero eso no lastimaría a Kaleb. No le importa lo que piensen, y Jake no puede controlarlo. Lo más molesto que puedo hacerle a Kaleb es seguir haciendo exactamente lo que he estado haciendo.

Me meto otro bocado en la boca y vuelvo a mirar mi copia de *Beloved*, pasando página.

—¿Has visto la nieve alguna vez? —escucho a Noah preguntar—. Oh, no importa. Disculpa. Eres una chica de los Alpes suizos.

—Franceses, gracias —le digo sin levantar la vista de mi libro.

Tomo un bocado, recordando la última vez que esquié. Otra actividad que podía hacer sola, así que me encantaba. El invierno y la nieve no son un asco sabes cómo divertirte.

Lo miro de nuevo.

—Sí, la he visto —le digo a Noah, bromas aparte—. Sin embargo, no he jugado mucho en ella. O conducido o vivido en ella. Pero he visto *El Resplandor*, y sé lo que les sucede a las personas encerradas en un lugar remoto durante un largo invierno en Colorado. Puede ser mortal.

Se ríe y yo miro mi comida, pero atrapo la mirada de Kaleb y me detengo un momento. Me mira, con su cuerpo quieto y sus ardientes ojos verdes fijos en mí.

Me aclaro la garganta.

—Todo trabajo sin jugar hace que Jack se aburra. —Noah me toca en las costillas, bromeando.

Me retuerzo en mi asiento.

—Para.

—Todo jugar y no trabajar significa que tengo un nuevo juguete —canta, y desliza su silla hacia la mía, haciéndome cosquillas con más insistencia.

—¡Noah, detente! —protesto, pero me río de todos modos mientras me retuerzo en sus brazos.

Nunca me habían hecho cosquillas antes de venir aquí, y no me gusta. Pero no puedo parar de reír.

Sacudo la cabeza y lo pateo debajo de la mesa, con el sonido metálico de los cubiertos. Me muero por golpearlo, pero estoy demasiado ocupada tratando de alejarme de sus dedos mientras rompo en risas.

—Manos fuera —escucho a Jake reprender—. Ahora.

Pero Noah no escucha.

Pone su mano debajo de mi cuello y voy a morderla, pero la retira. Lo golpeo en respuesta, haciéndole cosquillas yo también, y empujamos nuestras sillas hacia atrás, con las patas rozando el azulejo cuando empiezo a luchar.

Cuando era pequeña, los amigos de mis padres tenían una hija que me invitó a su fiesta de pijamas de cumpleaños, por quiénes eran mis padres y no porque fuéramos amigas. Pero recuerdo haber visto al padre peleando con su niño en el piso esa noche. Se rieron y jugaron, dieron vueltas y dejó que el niño le hiciera cosquillas. Fue algo muy raro de ver. Familias que jugaban juntas.

Voy a agarrar su vaso, lista para amenazarlo con arrojárselo encima, pero antes de que pueda tomarlo Kaleb empuja su tazón, golpeando la olla en el centro de la mesa.

Se estrella contra mi taza de leche, haciendo que mi bebida caiga, golpee la mesa y se derrame sobre ella. No puedo apartarme antes de que corra y caiga justo en mi regazo.

Empujo mi silla hacia atrás, con mis muslos desnudos y mis shorts de dormir ya empapados mientras lanzo mi mirada hacia Kaleb.

—Mierda —murmura Noah, y lo veo levantarse con la esperanza de agarrar un trapo mientras Jake mira a Kaleb.

Aprieto la mandíbula.

Hablé demasiado pronto. Supongo que no todos en esta familia juegan juntos, y ciertamente alguien no está de humor. Levanto la mirada y me encuentro con los ojos de Kaleb.

Me mira desde el otro lado de la mesa, con la cocina ahora en silencio y, si había alguna duda sobre si eso fue deliberado o no, ahora no la hay. La leche fría me baja por los muslos y gotea hasta el piso y Jake la mira, respirando con dificultad.

Noah arroja una toalla en mi regazo y toma otra, limpiando rápidamente el desastre. Kaleb y yo seguimos atrapados en una mirada.

Está sobre mí en un minuto. No me soporta al siguiente. Me lleva a su regazo para que no me moje la ropa con el refresco y luego se da vuelta y me empapa.

Metiendo mis dedos debajo de mi suéter, sostengo la mirada de Kaleb mientras me bajo los pantalones cortos y me los quito. Mi camiseta cuelga cubriéndome el trasero y ladeo la cabeza, mirando su mirada vacilar mientras la deja caer sobre mis piernas un momento. Me quedo aquí. No me va a hacer correr. O llorar. Puede que no le guste tener a alguien nuevo en la casa, o a una chica en la casa, pero yo tampoco pedí esto.

Me siento ahí, mostrándole que ya no me hará correr y esconderme, y cuando se relaja de nuevo en su silla y la tensión en los músculos debajo de su camisa se alivia, creo que finalmente lo hice.

Pero luego observo mientras mete su cuchara en su tazón de avena y la levanta, mirándome en lugar de llevársela a la boca.

—Kaleb, no. —Jake se mueve hacia él.

Pero sacude la punta del utensilio y el pegote de avena al final se lanza sobre la mesa. Aparto la cara hacia un lado, cerrando los ojos justo a tiempo para que caiga sobre mi mandíbula y la cálida sustancia salpique mi cara.

—¡Maldita sea! —ladra Jake, y se levanta, yendo a por Kaleb. Pero lo interrumpo, tragándome el dolor en el pecho.

—Estoy bien.

—¿Qué demonios te pasa? —le grita Jake, agarrando su camisa.

—Estoy bien —digo más fuerte, dejando que el pegote se adhiera a mi piel y sin hacer ningún movimiento para limpiarlo.

Pero Noah lo regaña.

—Kaleb…

Jake pone a Kaleb de pie.

—¡Para! —le digo—. Estoy bien.

Jake me mira por encima del hombro.

—No me parece bien.

—Es cómo se comunican los bebés —explico.

Entrecierra los ojos y miro a Kaleb, levantando mi barbilla un centímetro.

—¿Verdad? —me burlo—. Tiran cosas porque no pueden usar sus palabras. —Tomo el pegote de mi cara y lo meto en mi tazón—. ¿Querías más? ¿Es eso lo que intentas decirme, Kaleb?

Junto los dedos de cada mano y los balanceo de derecha a izquierda.

—Así —le instruyo—. Más.

Como los bebés que aprenden el lenguaje de señas para comunicarse antes de que puedan hablar. Excepto que Kaleb puede hablar. Y escribe. Solía pensar que simplemente no quería comunicarse, pero no. No tiene problemas para comunicarse.

—¿Puedes hacer eso? —le pregunto, haciendo que mi voz sea ligera y azucarada como si estuviera hablando con un niño—. Máááááss.

Gruñe, empuja a su padre y agarra la mesa, volteándola. Me quedo sin aliento, viendo la mesa caer al suelo de costado, con todo encima derramándose sobre el azulejo. Los platos se rompen, la avena en la olla salpica el refrigerador y el jugo de Noah golpea los vaqueros de Jake antes de romperse en el piso.

No puedo decir qué está sucediendo en las caras de Jake o Noah, pero no me muevo mientras trato de ocultar cómo mi corazón golpea en mi pecho.

Miro a Kaleb y casi sonrío, a pesar del miedo. Se está volviendo loco. Es malo.

¿Acabo de ganar, y ahora parará?

¿O lo empeoré, y ahora tengo que esperar a que vuelva a atacar?

Antes de que nadie se mueva, se ha ido. Girando, sale de la cocina y escucho que la puerta se abre y cierra de golpe cuando sale de la casa.

Sin embargo y desafortunadamente, no puede ir muy lejos. Jake comienza a seguirlo, pero lo llamo.

—Para.

Esto es entre Kaleb y yo.

Jake se gira, mirándome por un minuto.

—¿Qué diablos está pasando? Nunca ha actuado así.

Siento una punzada de orgullo al escuchar eso.

Pero solo me encojo de hombros y me levanto, con mi sudadera larga cubriendo mi ropa interior mientras tomo las servilletas de papel para limpiarme.

—Estábamos jugando.

El pobre Noah se queda limpiando la cocina porque Jake salió a buscar a su hijo solo para descubrir que Kaleb había sacado la moto de nieve para cazar. Bueno. Espero que se vaya todo el día.

Demonios, la caza puede llevar varios días. Y, dado que ayer atrapamos un venado, no necesitamos la carne, lo que significa que quiere irse tanto como yo quiero que se vaya.

No lo entiendo. Quería hacerlo, pero es como un animal. Come. Se aparea. Pelea. Eso es todo.

No puede estar celoso. No parecía enojado cuando Noah estaba sobre mí la otra noche.

Noah. Dejo caer mi mirada. Y Jake.

Mis mejillas se calientan, y la culpa que he estado alejando se acerca de nuevo.

Nunca entenderé por qué sucedió con Jake. O por qué podría haber sucedido con Noah. Algo sobre esta casa, estas personas, da crédito cada día a lo que siempre supe que necesitaba. No sexo. No un hombre.

Solo un lugar. Algún lugar o alguien que sea como estar en mi hogar.

Y, ayer, Jake Van der Berg lo necesitaba tanto como yo. Supongo que me siento culpable porque otros no lo van a entender. Van a tener opiniones, pero lo mejor es que probablemente nunca sabrán. Mirai no está aquí. Los extraños con teléfonos no están aquí. TMZ no está aquí.

Somos libres.

Me paso el resto de la mañana poniéndome al día con el trabajo de la escuela y finalmente lo envío por internet cuando puedo captar

señal, luego me pongo el abrigo, las botas, los guantes y el gorro y salgo. Cae un poco de nieve, pequeños copos húmedos golpean mi cara cuando cierro la puerta, y me detengo, levantando mi rostro hacia el cielo nublado.

Me encanta esto. El aire se filtra por mis poros y acaricia mi piel, haciendo que unos cabellos sueltos que se asoman de mi gorrito floten con la brisa. Durante un momento todo está en silencio, excepto por el sonido de los copos de nieve golpeando los doce centímetros de una hermosa capa intacta en la terraza.

La nieve no es como la lluvia. La lluvia es pasión. Es un grito. Es mi cabello pegado a mi cara mientras lo abrazo. Es espontánea y ruidosa.

La nieve es como un secreto. Son susurros y luz de fuego y buscar su calidez entre las sábanas a las dos de la mañana cuando el resto de la casa está en silencio.

Abrazarlo fuerte y amarlo lentamente.

Abro los ojos, exhalo una bocanada de vapor en el aire y veo cómo se disipa.

El destornillador inalámbrico gira en el taller y doy un paso, con la nieve acumulada bajo mis pies mientras bajo las escaleras. Noah y Jake trabajan detrás de puertas cerradas y paso por el taller, deseando que me dejen ir a caminar sola.

Pero lo entiendo. El camino es lo suficientemente peligroso, y soy una novata en la nieve.

Entrando en el establo, camino hacia Shawnee, una yegua hermosa con un el pelaje rojizo en el dorso, patas, ojos y melena negros. Incluso las puntas de sus orejas son negras. Parece un zorro, y puedo decir que está planeando su próximo escape.

—Hola. —Sonrío y busco en mi bolsillo, sacando el tubo de plástico lleno de su dulce favorito. Rasgándolo con los dientes, saco el jugo de fruta congelado del envoltorio y lo rompo, dándole de comer con la mano. Su hocico se clava en mi palma, agarrando el helado, y me acerco mientras su cabeza cuelga sobre la puerta de su puesto. Rompo otra pieza y luego otra, dándole de comer el resto. Mientras mastica y mastica, me quito el guante y le acaricio el hocico con la mano y luego con la frente.

—¿Estás abrigada? —le pregunto, frotándola por toda la cabeza y acariciándola. Es sorprendente lo cálida que está, en realidad. Jake cubre a los caballos por la noche, pero no quiere malcriar a Shawnee. Ella recibe más que suficiente heno, y él me asegura que está acostumbrada a las frías temperaturas invernales siempre y cuando no se moje su abrigo de invierno. Y, hasta ahora, todo bien. Supongo que todo es relativo. Un día de dos grados es mejor que un día de menos cuatro grados, pero un día de menos cuatro también es muchísimo más manejable que uno de menos diez.

Le doy una media sonrisa.

—La realidad es voluble, ¿no? —pregunto—. Podemos acostumbrarnos a casi cualquier cosa.

Todos nos acostumbramos. Aprendemos, resolvemos, entramos en razón, no es que algo realmente se vuelva más fácil o difícil. Simplemente mejoramos. No estoy segura de que estos hombres sean diferentes por mi culpa, pero yo seré diferente por ellos. Me gusta.

Y no.

Saco otro jugo y Shawnee inmediatamente pisa con sus cascos y mueve la cabeza. Sonrío, abriendo el tubito. Ahora hay mucho que me encanta de mis días.

Termino de alimentar y cuidar a todos, asegurándome de que los tres caballos tengan suficiente heno y agua, y luego me pongo el guante y voy al granero desde el establo. Noah dejó aquí los cubos que necesito.

Reviso cada rincón, detrás de los fardos de heno y todos los ganchos en las paredes, pero no veo nada. Deteniéndome, sacudo distraídamente la cabeza. ¿Cómo se pierden las cosas tan fácilmente?

Pero, cuando empiezo a salir, un ruido sordo golpea mis oídos y salto.

Pensé que estaban en el taller.

Oigo tres sonidos más, y miro alrededor de los puestos, sin ver nada ni a nadie. ¿Qué…?

Olvidando los cubos, giro a la izquierda y me dirijo hacia la fila de puestos; el sonido se hace más fuerte cuanto más me acerco a la

puerta. Hay otro golpe sordo y parpadeo, lentamente extendiéndola y apoyando la palma de mi mano contra la puerta. No se traba y, aunque veo movimiento detrás de las grietas y sé quién es, empujo la puerta de todos modos, con las bisagras gimiendo cuando la habitación aparece.

Hay una gran estufa encendida en la esquina de la oscura habitación, y el fuego emana de sus agujeros con Kaleb de pie frente a una mesa, de espaldas a mí. Levanta su hacha, bajándolo con fuerza. La sangre salpica, y él quita la pierna y luego toma su cuchillo de caza. Se me sube un nudo a la garganta y no puedo respirar.

Oh, Dios.

Retrocedo, pero no escapo a tiempo. Los sonidos cuando rasga la piel del animal que ha cazado, el borde serrado que talla la piel, los músculos y las costillas golpea mis oídos mientras la sangre se derrama inmediatamente a sus pies.

Me trago la bilis.

Se da vuelta, viéndome, y sus ojos verdes me mantienen congelada mientras levanta los dedos. El sudor le cubre el pecho y los brazos, con el pelo pegado a las sienes; veo cómo una pequeña sonrisa le dobla los labios y se mete un dedo en la boca, lamiéndose la sangre.

Agarra el cuchillo con la otra mano, baja la barbilla y me mira como si nada más existiera en el mundo, y no hay forma de que me escuchen más allá de las máquinas que están ejecutando en el taller si gritara.

Sí, no.

Agarro la puerta y la cierro mientras salgo corriendo de la habitación. Oigo su ligera risa mientras desaparezco rápidamente de su vista. Estúpido.

Pero luego me detengo, al darme cuenta. Se rio. En voz alta.

No fue mucho, pero escuché su profunda voz. Gruñe o refunfuña algunas veces, pero me dejó escucharlo reírse. Estrecho los ojos, perdida en mis pensamientos. Me pregunto si se dio cuenta siquiera.

Me dejó escucharlo.

Me encojo de hombros, sacudiéndome, y doy un paso hacia la salida. Pero entonces algo me llama la atención y miro a mi derecha, fijándome en una escalera. No estoy mucho en el granero, especialmente porque aquí es donde le gusta a Kaleb estar.

Echo un vistazo a la puerta, detrás de la cual todavía trabaja, y me acerco a la escalera, coloco mi bota en el peldaño inferior y agarro la que está a nivel de mi cabeza.

Subo, entro por una puerta en el piso y me encuentro de pie en una habitación pequeña, llena de objetos cubiertos con sábanas.

¿Muebles?

Extiendo la mano, agarro una de las piezas de tela y tiro.

Tiernan

—¿Qué quieres hacer con él? —me pregunta Jake.

Él y Noah sostienen cada uno un lado mientras llevan la cómoda de tres cajones a la tienda, sonrío al ver las tallas de plumas y filigranas en la madera.

—Cualquier cosa que me dejes, supongo —me encojo de hombros, sin saberlo todavía—. Es un mueble grande, y hay muchos más allá arriba.

Hay más baules, un par de cómodas, algunas mesas auxiliares y una mesita de noche, un par de puertas y un escritorio. Ninguno de los muebles está en buen estado, pero en cuanto lo vi todo mi corazón dio un salto. Todo en nuestra casa era nuevo.

Me acerco, pasando la mano por la parte superior de madera granulada del cofre. No hay historia en lo nuevo. No hay misterio. Me gusta lo viejo.

Jake se queda atrás, mirando la pieza conmigo. Casi parece algo salido de *La Bella y la Bestia*. La versión de Disney. Las curvas de la madera, el cofre que se ensancha hacia arriba, y muchos detalles alrededor de los bordes y los pies. Esta fue probablemente una pieza impresionante en su día.

—Mi ex y yo recolectamos un montón de cosas de las ventas de garaje para cuando termináramos de construir este lugar —dice Jake—, pero luego pasó todo, así que…

Abro los cajones, comprobando la funcionalidad.

—Así que sí, es todo tuyo —añade—. Otra cosa para mantenerte ocupada este invierno.

Giro la cabeza, echándole una mirada.

Otra cosa. Él sonríe.

Noah me da un codazo en el brazo.

—Déjame mostrarte las pinturas.

Lo sigo.

Horas más tarde, Noah y yo trabajamos en la tienda con nuestros platos vacíos en el suelo de cemento después de comer el chili que Jake preparó. El viento aúlla fuera de la puerta del establo, pero la estufa de leña cruje de fondo y ni siquiera necesito abrigo aquí.

Aunque llevo dos pares de calcetines dentro de mis zuecos con mis vaqueros y la camisa de franela de Noah.

Me subo las mangas, meto el trapo en el aguarrás y lo levanto, lo paso por la parte superior del cofre y limpio los restos del acabado.

—¿Está bien? —pregunta Noah.

Levanto la mirada, viéndolo buscar en una lata de café, con los tornillos y tuercas dentro tintineando.

—Sí.

—¿Cuál es el repentino interés en restaurar muebles? —Me río en voz baja, metiendo el trapo otra vez.

—Tal vez sea una excusa para estar donde están ustedes —me burlo—, todos nosotros trabajando juntos.

Sus dientes blancos aparecen mientras su sonrisa se extiende.

—O tal vez no quiero quedarme sola dentro con la ira de tu hermano —murmuro.

Tuve que lavarme el pelo después del desayuno. Kaleb ayuda con las motos a veces, pero me di cuenta muy temprano de que Jake no le exigía lo mismo que a Noah. Probablemente porque no puede obligarlo y no quiere arriesgarse a presionarlo demasiado.

A veces Kaleb ayuda aquí en la tienda. Y a veces cuida de los animales, corta leña, repara varios equipos de la propiedad, caza, juega con los perros o se encierra en su habitación. No se limita a

las cosas que quería hacer, sino que normalmente se concentra cosas en las que puede hacer solo. Sé eso.

Continúo, y mis dos coletas bajas se balancean en mi pecho mientras lijo la madera hasta llegar a su color natural.

Tal vez sea una excusa para estar donde están ustedes.

Puede que no bromeara sobre eso. Los folletos de la universidad y los catálogos de asignaturas están en la mesa de la cocina ahora mismo, porque en cuanto me senté antes con mi *laptopt* para intentar entrar en línea para rellenar las solicitudes, de repente necesité aire. Cada universidad me lleva lejos de aquí.

—No es personal, ¿sabes? —dice Noah. Lo miro confundida.

—Kaleb —aclara.

Bajo la mirada, enfocándome de nuevo en mi trabajo. Encuentro eso difícil de creer. ¿Le escupe en el pelo a la mayoría de la gente? Noah no lo sabe todo.

Tirando el trapo en la lata, voy al lavabo y me lavo las manos. Noah se agacha para deslizrse de nuevo bajo la motocicleta.

—¿No quieres saber lo que le pasó? —pregunta.

—Si quieres decírmelo.

En realidad estoy interesada, pero mi orgullo no me permite mostrarlo.

Me froto las manos, sacudiendo el exceso de agua antes de cerrar el grifo.

—Es como nuestro padre. —Noah gira una llave inglesa, mirando su trabajo—. No confían en las mujeres. Hasta que llegaste.

¿Confiar en mí cómo? Y, ¿fue una mujer quien los marcó a todos? Qué original.

Noah suelta su herramienta, y veo el negro en sus dedos.

—Pásame esa llave inglesa con la cinta amarilla, ¿quieres?

Me dirijo a su mesa de trabajo y agarro la larga herramienta plateada con mango negro y cinta amarilla. Caminando hacia él, me dejo caer y me meto bajo la moto con él.

—¿Y tú? —pregunto, dándole la llave inglesa—. ¿Confías en mí?

Utiliza la herramienta, apretando o aflojando algo sin hacer contacto visual. Aunque todavía no estoy segura de lo que significa.

¿Confiar en mí para cubrirles las espaldas? ¿Que no les haga daño? ¿Ser fiel? ¿Nunca abandonarlos?

Se calla unos momentos más, y los segundos comienzan a eternizarse mientras el miedo dentro de mí se agita.

—Te escuché anoche —dice casi con un susurro. Me escuchó…

Aprieta los labios mientras ajusta el tornillo.

—Tu padre no te quería, así que dejas que el mío te folle.

Lo miro fijamente mientras trabaja y, aunque su ira me sacude, porque este es Noah y Noah siempre ha sido mi amigo, sus palabras no duelen, necesariamente. Necesita decir algo.

—Tal vez has pasado tanto tiempo sin sentirlo que estás confundida de que el sexo significa amor —continúa.

Me da la llave inglesa y yo la tomo.

—Tal vez harás cualquier cosa para asegurarte de que nunca olvide que existes —susurra suavemente—. Incluso si eso significa abrir tus bonitas piernas.

La mandíbula de su suave y bronceada cara se flexiona, y aun así no me mira a los ojos pero, aunque sus agudas palabras intenten cortar, no estoy enfadada.

Frunce el ceño, y puedo ver las ruedas girar en su cabeza.

—O tal vez… —dice—, tal vez seas como yo, y harás cualquier cosa para sentirte bien. —Finalmente gira sus ojos para mirarme—. Incluso si eso significa no recordar sus apellidos.

Sostengo su mirada, con los dos acostados boca arriba y Jake y Kaleb en algún lugar de la casa.

Las manchas verdes de sus ojos azules se oscurecen, y estoy tranquila hasta que veo que su mirada se endurece sobre mí.

—Quería estar ahí contigo —susurra.

El espacio oscuro debajo de la motocicleta nos esconde de la puerta pero no salgo corriendo, porque no le tengo miedo a Noah.

Y al mismo tiempo sí le tengo miedo. Me gusta que hable conmigo. Pero a veces también le tengo miedo.

—Ellos tampoco hablan conmigo —murmura—. Iba a hacerte el amor, ¿sabes?

Mi mirada vacila. Lo dice como si nunca lo hubiera hecho antes.

—Iba a hacerte el amor —repite. Y finalmente lo entiendo.

No joder. No follar.

Iba a hacer que importara.

Su pecho sube y baja y, aunque sé que tengo una cama caliente dentro llena con un hombre que me abraza fuertemente y que nunca dejará de cuidarme…Quiero ver a Noah.

Quiero escucharlo.

—Habla conmigo —dice.

—¿Qué quieres que diga?

Duda, con su gorra de béisbol al revés mientras veo que sus labios empiezan a moverse suavemente.

—¿Te gustó verme en el sofá la otra noche? —pregunta en voz baja.

Busco en sus ojos y el miedo me retiene, pero el deseo me mantiene plantada.

—¿Hasta dónde habríamos llegado si él no hubiera entrado? —presiona.

Aspiro y exhalo, sosteniendo su mirada, y de repente estamos de vuelta en el sofá. El espacio es pequeño y el aire espeso, algo está sucediendo, y no sabemos qué o si deberíamos, pero sabemos que no queremos parar todavía.

Él baja la mano, pero no miro para ver lo que está haciendo. En cambio, oigo el tintineo de la hebilla de su cinturón y su cremallera abrirse. Sus ojos examinan los míos, probablemente preguntándose si voy a huir o esperando que lo haga.

Pero no me muevo. Ni cuando mete la mano en sus vaqueros ni cuando lo veo acariciarse por el rabillo del ojo.

—¿Hasta dónde? —insiste.

¿Hasta dónde iba a dejarlos ir a él y a Kaleb esa noche? ¿Habría dejado que se turnaran? ¿O nos habríamos ido a la cama y les habría dejado tenerme al mismo tiempo? Nunca lo sabremos, pero sí sé una cosa.

—No iba a parar —le digo. Me pongo de costado, metiendo las manos bajo mi mejilla mientras lo miro—. Solo quería dejarme ir y disfrutar el momento. Incluso si me usabas para sentirte bien, porque yo también quería sentirme bien.

Asiente lentamente.

—Es una mierda, ¿verdad? —Una hermosa sonrisa aparece en sus labios—. ¿Anhelar tanto ese maldito escape porque alguien más te dejó sin nada?

Me acerco, poniendo mi mano en su pecho mientras mi nariz roza su mejilla.

—Eso no es cierto, nadie te ha robado nada —susurro—. Puedo sentir tu corazón, aquí está.

Late contra mi mano y cierro los ojos, sintiendo su cuerpo caliente moverse y pensando en cómo sería. Cómo habría sido esa noche en que nos interrumpieron.

No era sólo un escape, Noah. No lo era. Había una conexión.

Una conexión que siento con él, probablemente más fuerte que con alguien más. Nadie lo amaba lo suficiente. El respeto de Jake ha sido muy difícil de ganar, y Kaleb no habla con él. Como yo, Noah no tiene un lugar al que pertenecer. Entiende todo lo que siento, ve lo que veo y sabe con qué ando porque, aunque no está solo, sí se siente solo. No tiene a nadie con quien hablar aquí y, al igual que la casa de mis padres no era un hogar, esta casa no lo es para él. No se siente bien aquí.

Hasta ahora.

Acelera su ritmo y abro los ojos, mirando su mano, moviéndose dentro de sus vaqueros. Mi clítoris palpita a pesar de no quererlo, y me duele el calor entre las piernas.

—Noah… —exhalo, suplicándole—. Ve más despacio. Me gusta mirarte. Me gusta ir despacio.

Vuelve su cara hacia mí, con nuestros labios rozándose.

—Tiernan…

Me lamo los labios.

—Bájate más los pantalones.

Dobla las rodillas y se baja sus vaqueros y bóxer.

Saca su polla, gruesa y dura, y lo veo frotar su pulgar sobre la mojada punta y seguir acariciándola. Sé que me mira mientras lo observo, pero no me importa.

Alguien, tal vez yo, lo monta a horcajadas, y lo veo en mi cabeza. Le hace el amor a ella desde abajo, moviendo sus caderas en su interior.

Lentamente le desabrocho la camisa con una mano. Abro la camisa, y su piel desnuda desde el cuello hasta la ingle me espera. Mis dedos tiemblan con deseo. Quiero tocarlo.

Pero no lo hago.

—Más despacio —le digo. No quiero que se venga todavía.

—Ábrete la camisa.

Me encuentro con sus ojos.

—No lo verá —murmura Noah—. Ábrete la camisa para mí. Vacilo, y el pulso en mi cuello palpita. Quiero hacerlo.

Yo…

—No se enterará —dice Noah, echando una mirada detrás de mí hacia la puerta de la cocina.

¿Qué pasaría si lo hiciera? Esa puerta podría abrirse en cualquier momento.

—Ábrete —gruñe Noah en voz baja—. La jodida camisa, princesa.

Levanto la mano, sosteniendo su mirada mientras se masturba y desabrocho su camisa que llevo puesta. Debajo llevo una camiseta ajustada sin mangas, y él ni siquiera pregunta. Muestra sus dientes, levantándomela sobre mis pechos. Respira agitadamente mientras mira mi cuerpo, y me tumbo de nuevo boca arriba, dejándolo que me examine.

Mis pezones se endurecen, afilándose como puntas en el aire frío.

—Noah…

Se lame la palma de la mano, arrastrando su lengua sobre ella y bajando para masturbarse con más fuerza; sus ojos nunca dejan mi cuerpo.

Cierra la mano sobre su dura polla, con la punta goteando. Se acerca para tocarme y sacudo la cabeza.

No.

Se detiene, y sus ojos enfadados se dirigen hacia mí.

—Nadie me dice que no —susurra. Sonrío un poco.

—Quiero mi boca en todo tu cuerpo —dice, mirando mis pechos—. Déjame probarlos.

Sacudo la cabeza otra vez, pero me hormiguea la piel con la idea. Su boca hambrienta chupándome… *Dios.*

Me hace sentir poderosa. Con Noah, no me avergüenzo de exigir o rechazar. Él depende de mí, y no al revés.

—Más rápido. —Empujo mis tetas para él—. Hazlo más rápido.

Respira a través de sus dientes, sacudiéndose más y más rápido, y veo su boca abrirse y cerrarse mientras anhela mis pechos.

Meto la mano en mis vaqueros y mis bragas. Él gime, observando cómo me toco.

—Bájalos.

Sacudo la cabeza, frotando mi húmedo clítoris. Gruñe de nuevo.

—Bájate las bragas y muéstrame lo mojada que estás.

—Noah, no.

No puedo. Perderé el control. Esto es lo que me encanta con Noah, y lo que quiero seguir teniendo. Puedo amarlo pero mantenerme al mismo nivel.

Él jadea.

—Quiero tus bragas enrolladas en el suelo de mi dormitorio pero te follaré aquí mismo si tengo que hacerlo, Tiernan.

Miro el sofá de la esquina de la tienda, con un momento de rendición casi sobrepasándome.

—Déjame entrar en tu cama esta noche —pide—. No se enterará.

Abro la boca para decir algo, para negarme, pero no puedo forzar las palabras a salir. No quiero negárselo. Quiero que sea feliz.

—No se enterará —susurra de nuevo—. Nunca lo sabrá, Tiernan.

Suelta la mochila. Suéltala.

Todo se me viene encima de una vez, y casi digo que sí.

Suelta la mochila.

Como aquel día en el mar, con todo lo que llevaba que me arrastraba y me ahogaba. *Suéltala*.

Casi lo hago.

En cambio me zambullo, sosteniendo su cara y besándole la sien mientras se masturba.

—Lo siento.

Y me alejo de la moto y me pongo en pie, corriendo hacia la puerta de la cocina mientras me bajo la camiseta y arreglo la camisa de franela.

—Tiernan —gime detrás de mí, sonando decepcionado, pero no me detengo.

Entrando en la casa, doy un portazo y subo las escaleras, dirigiéndome a mi dormitorio.

¿Qué diablos me pasa? Noah es el único con el que no tengo miedo.

¿Por qué complicaría eso?

Lo deseaba. Quería subirme encima de él y amarlo y abrazarlo y asegurarme de que no estuviera solo.

Abro la puerta y me quito la camisa de franela, los zapatos y los calcetines a patadas, porque estoy sudando.

Estos malditos hombres. Aprieto los ojos, cerrándolos; todavía me duele entre los muslos. Me pica la ropa, y el corazón me late con fuerza.

—Tiernan.

Pestañeo al oír mi nombre. Giro la cabeza mirando hacia mi puerta, al otro lado del pasillo, y veo a Jake de pie en su habitación con una toalla. Usa otra para secarse la nuca mientras el vapor sale del baño y entra en su habitación.

—¿Estás bien? —pregunta.

Miro su pecho desnudo y sus musculosas pantorrillas, con la toalla metida justo encima de su ingle, y el pulso de mi clítoris palpita más fuerte.

Sacudo la cabeza.

Lentamente me desabrocho los vaqueros y me los bajo por las piernas, con sus ojos sobre mí mientras me quito la camiseta.

Veo que su respiración se vuelve pesada mientras sus ojos caen por mi cuerpo, y no dudo ni un momento. Me bajo las bragas, desnudando mi coño, él está listo. Dejando caer la toalla, cruza el pasillo y entra en mi habitación, cerrando la puerta de un portazo antes de agarrarme. Tengo un momento para inhalar antes de que me levante con sus brazos, con mis piernas rodeando su cuerpo, y su mano me golpee el culo.

Gimoteo pero sonrío mientras me sujeta contra la pared y toma mis pechos en sus puños mientras me penetra con fuerza y rapidez, con sus gruñidos calientes en mi cuello.

Gimo, caliente y me siento viva bajo mi piel. Me han encantado de Jake las mismas cosas que me ha encantado no ver en Noah, pero… puede que me haya equivocado.

Jake tampoco tiene el control.

Tiernan

Arranco la hoja y la arrugo con mi puño, arrojándola sobre la mesa. Odio dibujar. He estado con esto dos horas y cada diseño es diez veces peor que lo que sea que esté en mi cabeza. No puedo dibujar.

Tomo un lápiz recién afilado y comienzo de nuevo, recordando las líneas y curvas del baúl del taller mientras "Blue Blood" de *LAUREL* suena en mi teléfono sobre la mesa. Utilizando trazos ligeros, relleno las plumas y el decorado, sin preocuparme realmente por la estructura del diseño, solo por los colores. Todos los esquemas que utilizo parecen infantiles, pero quiero tener una idea de qué hacer antes de usar pintura.

Pongo mi cabeza sobre mi brazo, tomo el lápiz dorado y lleno los puntos más altos de las plumas mientras la nieve cae por la ventana. Me gusta esta hora. El sol justo antes de que salga y la casa en silencio, excepto por mi suave música, con todo tranquilo. Mi taza de café está cerca, el vapor se eleva en el aire y estoy despierta antes que los demás, pero descansada. No como las noches en las que caigo sobre la almohada a las diez porque estoy exhausta.

Mis dedos trabajan, pero una sombra cae sobre el papel cuando alguien se detiene detrás de mí. Me detengo

Pero sólo un momento.

Tomo un respiro y continúo, pasando por alto el borde del baúl mientras Kaleb camina hacia la cafetera y se sirve una taza. Sí, que era él porque Jake y Noah me habrían dicho buenos días.

Se para en el mostrador y, aunque estoy tentada a levantar la mirada para ver si me está mirando, no lo hago. Cambio los lápices y mi mano se cierne sobre las opciones antes de finalmente tomar los violetas y azules claros. Manteniendo mi cabeza sobre mi brazo, sombreo la punta izquierda del baúl, trabajando en diagonal antes de cambiar al azul para continuar con el diseño.

Se acerca y se pone detrás otra vez.

¿Qué, Kaleb?

Tenso mi frente y mi cuerpo y me preparo para cualquier mierda que haga ahora, pero después de un momento decido ignorarlo.

Sigo coloreando algo en azul.

Desafortunadamente, sucede lo mismo, y hago una pausa. Quiero que los colores se mezclen, pero el cambio de lavanda al azul es demasiado brusco. Garabateo con más fuerza, cambiando de dirección, tratando de hacer que los colores se fundan entre sí, pero él está de pie detrás y no puedo concentrarme. Levanto la cabeza, luchando para que funcione mientras cambio de sombreado en líneas a sombreado en círculos.

Sin embargo… la transición sigue siendo demasiado brusca. Levanto la mano para arrancar la hoja y tirarla.

Pero su mano cae sobre la mía, deteniéndome. Estoy a punto de empujarlo pero suavemente saca el lápiz de mi mano, deja su café y coloca su otra mano sobre la mesa, inclinándose. Observo mientras sostiene el lápiz entre sus dedos, pintando todo hacia abajo, y sombrea con un movimiento circular a lo largo de mi línea y luego usa su pulgar para frotar los colores, difuminándolo exactamente como yo quería.

Continúa, con el viento aullando afuera mientras nieve cae más allá de las ventanas, y mis hombros se relajan un poco mientras levanta el violeta nuevamente, trayendo corrientes y gotas al azul, casi como…

Como acuarela. Quiero sonreír. Es exactamente lo que estaba viendo en mi cabeza.

Tomo el lápiz verde y comienzo con la sección final, sombreando círculos como él. Él continúa, mezclando su azul con mi verde mar, y nuestras manos se rozan mientras frotamos los colores con nuestros dedos.

¿Dibuja mucho? Muevo la cabeza, queriendo mirarlo, pero me detengo a tiempo.

Termino las patas y agrego algunas manijas elegantes a los cajones, vacilando un momento cuando lo veo desarrugar algunos de mis dibujos anteriores. Pone uno sobre la mesa, lo alisa y me lo da.

Trago. Es el diseño verde azulado y negro.

—Me gusta ese —murmuro.

Pero también parece… No sé… ¿Cómo Beetlejuice? Pensé que era infantil.

Miro el boceto y tomo mi lápiz y regla, agregando más rayas a los cajones.

—Solía dibujar mucho cuando era pequeña —le digo—. Mi casa, con árboles y un arcoíris. Los puse en el refrigerador para que mis padres lo vieran. Exhibirlo era realmente bonito, lindo y bien en alto, para que lo vieran cuando llegaran a casa.

Su mano permanece plantada en la mesa a mi lado, y tomo el lápiz negro, sombreando a rayas.

—Estaba emocionada por lo de ensueño que era la imagen —continúo—. Había mucho color, quería saltar y meterme en él como si fuera uno de los dibujos en Mary Poppins. —Me río un poco—. Algo mágico y precioso.

Dejo el lápiz y tomo uno verde azulado mientras se me forma un nudo en la garganta.

Sólo me sale un susurro.

—Horas después, lo encontré en la basura. —Flexiono la mandíbula mientras las agujas me pinchan la garganta—. No iba con la decoración.

Lágrimas se anudan en mi garganta. Me había olvidado de eso. Pero ahora, años después, duele más que nunca. ¿Por qué no lo guardaron al menos por un día? ¿Era tan difícil decir algo bonito?

Quiero liberarme, olvidarlo, pero me atrapa justo a tiempo. De repente, lo siento. Sus labios en mi cabello.

Cierro los ojos y dejo de respirar mientras la silenciosa casa nos rodea.

Me abraza. Apenas tocándome, me abraza.

Un escalofrío se extiende por mis brazos mientras su boca roza mi cabello. Inhala, como si estuviera inhalando mi aroma, y detengo mi trabajo mientras se acerca y acuna mi cara.

Su nariz baja por mi sien, su aliento caliente pesa en mi mejilla. Como si estuviera luchando.

Levantando su otra mano, me abraza mientras mi cuerpo entero se calienta con su toque.

Sin besos. Sin tocar en ningún otro lado.

Solo calidez. No tiene el control y yo tampoco y, aunque mis nervios se disparan debajo de mi piel y mi sangre se acelera, mis dedos no se encogen y mis músculos ya no se tensan. Me siento a salvo.

Y cuando me rodea con sus brazos, abrazándome fuerte, lucho por contener las lágrimas de nuevo.

Kaleb.

Sólo me abraza o se abraza a sí mismo. De cualquier manera, no quiero que se acabe nunca.

Pero sé lo que quiere, así que nunca puede comenzar siquiera. No puede hacer esto, y no puedo dejar que suceda.

Alejo mi rostro de su agarre y casi me enferma, porque no quiero perder su toque, pero…

—Supongo que una puta lo suficientemente buena —murmuro —. Cuando estás muy desesperado.

Alejándome, levanto mi lápiz, sintiéndolo ahí de pie, congelado mientras rápidamente me seco los ojos y sigo trabajando.

Espero a que explote. Que me escupa o me manosee como siempre lo hace, porque tiene berrinches cuando no consigue lo que quiere, pero…

Simplemente se va, se levanta de la mesa, se da la vuelta y se va. No lo veo durante el resto del día.

Doblo mis secos dedos dentro de mis calcetines y calientes botas, el frío de la nieve comienza a legarme mientras reclino la cara y dejo que se pegue a mi nariz y pestañas.

Giro, simulando bailar un poco de ballet, y puedo ver a Jake mirándome desde el granero, probablemente sacudiendo la cabeza mientras arroja pelotas de tenis para que los perros las vayan a buscar.

¿Qué? En el sur de California no pude experimentar mucha lluvia.

Me alegra el día, eso es todo.

Me detengo el mundo gira, y finalmente lo miro a los ojos y lo veo tratando de no sonreír, pero fracasa miserablemente.

No me importa si parezco estúpida. Era miserable hace tres meses, y ahora no. Troto hacia él, con la nieve crujiendo bajo mis pies mientras Noah y Kaleb cargan su moto de nieve y desaparecen de nuevo dentro del taller.

Me preocupo por Kaleb.

—¿Va a ir contigo? —le pregunto a Jake.

—No.

—¿No suele hacerlo?

Estaba contando con que Kaleb fuera con Jake en su incursión de cuatro días a su otra cabaña. Es donde estaba Kaleb cuando llegué la primera vez, y desde entonces supe que a ambos les gusta pasar tiempo ahí cuando no tienen una fecha límite de entrega de un pedido. Lo usan para viajes de caza prolongados o cuando quieren estar más cerca de una pesca mejor.

Definitivamente no es un lugar que nos pueda acomodar a todos, y no hay electricidad, internet o instalaciones sanitarias, así que no me interesa, pero me dijeron que es hermoso, especialmente en verano.

Puede que no esté aquí para verlo.

Jake se encoge de hombros ante mi pregunta, y deduzco que tampoco sabe por qué Kaleb no irá. Puedo lidiar sola con Noah.

Especialmente desde que se echó atrás la noche en el taller bajo la motocicleta, hace un par de semanas.

Y Kaleb apenas si me ha mirado una vez en ese tiempo.

Miro con nostalgia la barba que Jake se está dejando crecer, como un abrigo de invierno o algo así. Supongo que puedo adelantar algunas tareas escolares mientras esté fuera.

—Esta fue una buena idea —dice.

Sigo su mirada mientras se dirige al interior del granero. Nos detenemos en el gallinero y los neumáticos la enorme camioneta que Noah me ayudó a cortar a la mitad. Están apilados, una parte encima de la otra, con el interior lleno de heno y pollos.

Sonrío.

—Reciclar materiales, se supone que hace un buen trabajo bloqueando el viento —le informo.

Otro de mis proyectos. Los animales parecen contentos en sus hogares de invierno.

—¿Vas a estar bien esta noche? —pregunta. Casi me río.

Pero luego recuerdo la última vez que estuve solo con los dos chicos al mismo tiempo sin él.

—Probablemente no —bromeo—. Deberías llevarme contigo.

Su mirada se calienta y veo cómo sus ojos caen por mi cuerpo un momento.

No quiero decirlo así exactamente, pero no sería una tarea difícil hacerle compañía.

—Pasaría todo mi tiempo tratando de mantenerte caliente —murmura.

Sí, probablemente.

Las visiones inundan mi cerebro de nosotros, una cama y un fuego.

¿Quién necesita comida?

Sonrío para mí.

—¿Qué? —pregunta. Contengo la sonrisa.

—Nada.

Me mira con recelo y yo sonrío de nuevo.

Pone los ojos en blanco y tira de los hilos de mi gorrito; la parte superior cubre mis ojos mientras se aleja.

—Me gusta este gorrito —me dice.

Lo empujo, fingiendo un ceño fruncido mientras los dos salimos del granero.

Pasando la página en mi Kindle, escucho que suena el timbre de la secadora y voy a por la canasta. Dudo, terminando rápidamente el resto del párrafo antes de fijar la página en el dispositivo.

Abriendo la secadora, saco mi ropa. *Sistemas económicos comparativos en varios tipos de gobierno*… Esta clase podría haber sido mejor en persona. No es que sea particularmente difícil de seguir, pero tengo preguntas y hablar con los hombres de Van der Berg sobre problemas mundiales sería como ver a Yoda hacerse una manicura.

Jake no vota, porque mientras se mantengan fuera de mi territorio, no hay problemas. Como si las leyes fiscales, la contaminación o la guerra nuclear respetaran su línea de propiedad. Noah no vota, porque eso parece complicado, y estoy segura de que a Kaleb no le importa.

Sería bueno hablar con Mirai. Hace mucho que no la llamo.

Me acerco, sacando el resto de mi ropa, y recojo la canasta, cerrando la puerta de la secadora antes de subir las escaleras. Una vez en mi habitación, tiro la ropa sobre mi cama.

Tomo mis vaqueros y toda la ropa que necesito colgar, poniéndolos en una pila separada, y busco toda mi ropa interior.

Reviso la ropa, saco mi par de encaje azul y el sujetador negro, pero mientras busco entre las prendas no veo nada más.

Arrugo la frente.

Esta carga son seis días de ropa. ¿Adónde se fueron cinco bragas?

Busco de nuevo, encontrando mis dos aburridos sujetadores deportivos, pero sigue sin haber ropa interior. Pueden estar atascadas en vaqueros o en algunas camisas pero, a medida que continúo examinando la pila, no las veo.

¿Qué demonios?

Me detengo y pienso. *Jake rasgó un par hace una semana en la camioneta, pero eso debería ser todo lo que me falta*. Busco en mis cajones, debajo de mi cama, en ella y en el baño antes de regresar a la habitación de la colada y examinar el piso. Reviso el interior de la lavadora y el cajón, pensando que podría haber dejado algo accidentalmente.

Pero nada.

El único otro lugar sería…

Regreso al piso de arriba, entro en la habitación de Jake, escuchándolo en la ducha mientras se prepara para salir en su viaje de pesca, y me arrodillo, mirando debajo de la cama, el escritorio y dentro de las sábanas.

No me las quité en ningún otro lugar que no fuera aquí o mi habitación.

Donde…

Y entonces me doy cuenta. Me estremezco.

—Ay Dios.

Camino a la habitación de Noah y la encuentro vacía, ya que él y Kaleb siguen trabajando en el taller, y empiezo a buscar en su cama, en su funda de almohada, debajo de ella…

Qué asqueroso. Por favor dime que no haría eso. ¿Y con cinco pares?

¿Qué tiene, catorce años, por el amor de Dios?

Pero después de minutos de búsqueda, sigo sin encontrar nada.

Golpeo su almohada contra la cama, perdiendo la paciencia. No les salieron patitas.

Luego levanto la mirada, recordando el único lugar en el que me queda mirar.

Kaleb.

Mi pulso comienza a acelerarse. *No haría eso.*

¿O sí? La idea de Kaleb envolviendo mis pequeñas bragas rojas alrededor de su…

Y luego tocándose… yo…

De repente tengo calor entre mis muslos, pero sacudo la cabeza. Sigue siendo una violación. Y, dado que su habitación es el único lugar que queda por revisar… estoy llamando venganza.

Saliendo de la habitación de Noah, cierro la puerta y me dirijo hacia la estrecha y oscura escalera mientras la ducha todavía corre en el baño. Dudo solo un momento antes de subir los escalones, con el corazón latiendo con fuerza ante la idea de ir a un lugar que nunca había visto.

Y ante la idea de que me atrape. Tendría que ser rápida. Tiene un genio del demonio.

Giro el pomo de la puerta, casi esperando que esté cerrado desde el exterior, pero cede y entro, inmediatamente viendo la luz del sol entrando por la ventana del fondo. Gracias a Dios. No quiero tener que encender un foco y que lo vea desde afuera.

Entrando, cierro la puerta suavemente detrás de mí y miro alrededor de la habitación, olvidando de repente por qué estoy aquí.

Exhalo, con una sonrisa jugando en mis labios. Hay una cama grande entre dos ventanas que deben ser las del lado oeste de la casa, el mismo lado bajo el que está mi balcón. Hay estanterías empotradas en las paredes, llenas de libros que llenan y apilan en cada espacio disponible. Verticalmente, horizontalmente, uno encima del otro… Nada tiene una capa de polvo, y sé que algunos tienen que ser muy viejos. ¿Ha leído todo esto? Si nunca lo he visto leer.

Una alfombra de estilo persa cubre el piso, la madera oscura visible está rayada y sin pulir, y hay una pequeña chimenea a unos metros de la pared desde la puerta por la que acabo de pasar. Me acerco y veo los restos carbonizados de troncos que ha quemado. Inhalo, oliendo la corteza quemada y algo más. Casi como pachulí. O bergamota.

Hay una mesa en una esquina con pedazos de cuero y las herramientas que usa para trabajar en ello, y encuentro más libros en el piso al lado de su cama. Las paredes están desnudas, pero no son de la madera más clara utilizada en el resto de la casa. Parece que esta habitación está en el piso de arriba de un pub inglés antiguo. Me sorprende no ver cuadros en las paredes.

Me acerco a la mesa, tomo algunos huesos de animales y busco más información. Esta habitación dice mucho.

Y, aun así, muy poco.

Le gusta trabajar el cuero. Le gusta leer. No veo un televisor, una computadora o cualquier dispositivo electrónico, aunque sé que tiene un altavoz aquí o algo así, porque a veces escucho su música.

Es acogedor. Oscuro, cálido y cómodo, con una silla grande y acolchada en la esquina de la habitación con otra pila de libros al lado.

Caminando hacia su mesita de noche, abro el cajón y encuentro una copia antigua de *Los tres mosqueteros*, un bolígrafo y algunos condones. Levanto el libro y lo huelo.

Un hormigueo se extiende por mi columna vertebral. Huele a la habitación.

Apuesto a que estar aquí es agradable cuando se enciende el fuego.

Tranquilo, pacífico… cálido. Miro hacia la cama, y se me seca la boca.

Alzo la sábana y la manta, pasando las manos sobre su cama y buscando mis bragas. Supongo que aquí es donde estaría cuando se masturbara con ellas.

Sin encontrar nada, me apoyo sobre mis manos y rodillas, gateando alrededor de la cama para revisar el piso.

Pero cuando llego al pie de la cama, veo algo y me detengo. Hay tres surcos clavados en la madera y extiendo la mano, inmediatamente acomodando mi dedo índice, dedo medio y dedo anular en los rasguños.

Algo raspó el piso. O alguien

Me lamo mis resecos labios; la distancia parece hacerse más grande. Debería haberme dado cuenta hace meses.

Poniéndome de pie, busco en sus cajones, su otra mesita de noche y cualquier otro pequeño rincón y grieta que pueda encontrar, pero nada. Esto es jodidamente ridículo. Jake no es del tipo que roba bragas, y Noah no lo haría, ¡porque querría verme usarlas! Sé que es Kaleb.

Agarro su almohada y reviso en su interior, buscando el último lugar que conozco, y luego tomo la otra, metiendo también mi mano.

Siento algo y me detengo, frotándolo entre mis dedos. Algo sedoso…

Lo saco y miro la cinta roja en mi mano.

La cinta roja para el cabello. *Mi* cinta roja.

El calor recorre mi piel mientras se acumula en mi vientre.

En mi boca aparece una sonrisa maliciosa. Bueno, no son mis bragas, pero es mío. Arrojando su almohada, recojo mi cabello en un moño.

No es mucho, pero pieza por pieza Kaleb va apareciendo.

Puede que me odie. Pero él piensa en mí.

—Qué silencio.

Noah se sienta a mi derecha, en el asiento de su padre, y levanto la vista, apenas encontrándome con su mirada antes de volver a mirar mi libro de texto. Tomo otro bocado de mi galleta, sin responder.

Jake se fue hace horas. Desearía que se hubiera ido antes, porque ha comenzado a nevar nuevamente y ahora está oscuro. Odio la idea de que este solo ahí afuera. ¿Por qué no fue Kaleb con él? ¿O todos nosotros? Podría haber aguantado. No necesitamos tanto pescado.

Doy vuelta a la página, masticando mi comida mientras una teja en el techo golpea por el viento y la máquina de hielo crea nuevos cubos en el refrigerador. El lazo me hace cosquillas en la sien, y lucho por no sonreír cuando siento sus ojos de Kaleb clavados en mí desde el otro lado de la mesa.

—No habría creído que mi padre es la alegría del hogar, aquí estamos cenando como unos aburridos —agrega Noah, tratando de hacernos hablar.

Pero ahora estoy disfrutando demasiado la atención de Kaleb como para entablar conversación.

Noah se acerca y toca el listón en mi cabello.

—Qué lindo.

Le doy una sonrisa, pero luego miro a Kaleb y veo que su mandíbula se flexiona.

—¿Quieres ver una película? —pregunta Noah.

—¿Una película?

—Hay una secuela donde los mismos policías la detienen por fumar marihuana y la llevan de regreso a la estación —me dice, moviendo las cejas—. Toda la noche. Con muchos prisioneros.

Me rio.

—Suena sexy. —Cierro mi libro y dejo caer el resto de mi galleta en mi plato, sacudiéndome las manos—. Pero tengo alrededor de quince preguntas críticas que terminar.

Me levanto, recogiendo mi plato y mi vaso.

—Pero me aseguraré de evitar la sala —digo, dejando mi plato en el mostrador y dándome la vuelta para tomar mi libro y el marcador.

Pero, mientras me muevo alrededor de la mesa para ir a mi habitación, Noah coloca su silla frente a mí, bloqueándome el paso.

Me detengo, enderezándome.

Sus ojos se deslizan por mi cuerpo, el suéter y los pantalones cortos de dormir que le gustan, pero en realidad ha estado sin una mujer por más tiempo de lo que quiere y todo le gusta en este punto.

Su mirada se desvía hacia arriba y se encuentra con la mía de nuevo.

—Ven aquí —dice.

—Hazte a un lado.

Sus labios se tensan, y el habitual humor de Noah desaparece.

—Dije que vengas aquí.

Echo un vistazo a Kaleb, que mira entre su hermano y yo, tenso pero aún no listo para defenderme.

—No te va a ayudar —me dice Noah como si leyera mis pensamientos.

Y luego se estira, agarra mi suéter y me atrae; mi libro cae al suelo mientras me hace rodearlo con las rodillas. Me monto a horcajadas sobre su regazo, gruñendo mientras pasa un brazo alrededor de mi cintura y cierra un puño en mi nuca.

Planto mis manos en su pecho, tratando de alejarme, pero me sujeta el cabello.

—Noah, para. Estás borracho.

Las cuatro botellas de cerveza vacías en la mesa suenan mientras lucho, pateando la pata de la mesa.

—No, estoy aburrido. —Se acerca a mi boca—. Quiero hacerte el amor, Tiernan. Quiero follarme a la putita de mi padre.

Levanto mi mano y le doy una bofetada tan fuerte como puedo en la mejilla. Su cara gira hacia un lado y respira hondo. Pero se ríe, casi gimiendo de placer.

—Tú también lo quieres —continúa, mirándome mientras presiona su ingle contra la mía—. Móntame así. Justo aquí en esta silla. Dile que te obligué a hacerlo. —Su aliento caliente en mi boca hace que mi piel se estremezca—. Dile que te hice hacer lo que se supone que debes hacer por todos los hombres de la casa. Justo aquí, en la mesa de la cocina, cada mañana después de servir nuestro puto desayuno.

Aprieto su camiseta, con el bulto de su pene dentro de sus vaqueros frotándome a través de mis pantalones, respiro con dificultad, todavía luchando contra su agarre.

Libera mi cabello y planta su frente contra la mía, susurrándome:

—Te deseo. —Su respiración se vuelve profunda, como si sintiera dolor—. Te deseo.

El anhelo en su voz me llega y, aunque tengo los muslos calientes y hay un ansia por algo más que no puedo o no quiero explicar, lo empujo.

—Hasta que la carretera se despeje —le digo.

Tan pronto como ambos tengan acceso a las chicas del pueblo, no seré tan necesaria.

Le doy una palmada en el pecho y lo empujo, poniéndome en pie de nuevo. Me alejo, dejando mi libro en el piso.

Noah se levanta, avanzando hacia mí, y Kaleb también se levanta.

—Necesitabas que él te diera cariño —dice Noah, refiriéndose a su padre—. Abusó su autoridad contigo. Conmigo puedes jugar. Conmigo puedes tomar las decisiones tú.

Lo miro con ojos entrecerrados, confundida. ¿Eso piensa que está pasando entre yo y su padre? ¿Una pequeña huérfana perdida que necesita amor?

Realmente cree que Jake se aprovechó de mí.

—Cuando tenía dieciséis años, un chico de diecinueve años me llevó a casa de una fiesta y quería hacerme lo mismo que tu padre me hace —le digo a Noah—. No lo dejé, porque no sentía nada por él.

Ambos permanecen en silencio mientras continúo.

—Cuando el hijo del senador De Haven me arrinconó en el baile del gobernador con un par de sus amigos de fraternidad… —continúo—. Prometiendo tratarme bien, tampoco quería eso, y obtuvo un labio ensangrentado para demostrarlo. Cuando Terrance Holcomb entró en ese lago con su hermoso cuerpo y tantas palabras arrogantes que salieron de su boca como de la tuya, no escapé por unos momentos de gratificación instantánea.

Puede que fuera virgen cuando vine aquí, pero no era estúpida.

—Y cuando me llevaron a cenar por mi cumpleaños y estaba bailando y algunos de los muchachos locales me estaban mirando, no podía importarme menos porque lo único que me importaba eran Jake y tú y… — Miro a Kaleb—. Y cómo me miraban. De cómo no quería ni necesitaba nada de nadie más, porque tengo todo lo que quiero en esta casa.

No soy una imbécil que se aferra a cualquiera que muestre su atención o absorba el afecto de cualquiera que venga. Jake no me marcó. Elegí.

—Sé cómo detener las cosas que no quiero —le digo a Noah —. Sé cómo decir que no.

—¿Y?

—Y no — respondo.

Agarro mi libro del piso y paso a su lado, saliendo de la cocina.

Noah

Si me dejara acercarme a ella…

Sé que me desea. Pude verlo en el sofá esa noche de su cumpleaños, y lo vi en la tienda cuando trabajamos debajo la motocicleta. Tenía razón cuando le dije que le haría el amor.

No saldría corriendo de la habitación o me moriría de ganas para que acabara. Me encantaría hacerla sentir bien.

Me quedo mirando el techo, con el brazo debajo de la cabeza mientras pienso en cómo esta noche se fue a la mierda. La cagué. Me emborraché y la cagué.

Kaleb está dormido, y Tiernan lleva horas en la cama. Me trago el nudo en la garganta y cierro los ojos mientras mi polla se hincha. Me agacho y la agarro a través de mis vaqueros, gimiendo de dolor.

Ella debería estar aquí. Tranquilamente y dulcemente montándome, aprovechando el hecho de que esta noche él no está aquí y Kaleb no nos delatará. Cierro los ojos, masajeando y sintiendo endurecerme a cada segundo.

O yo debería estar ahí. Besándola y agitando su cuerpo. Haciendo imposible que diga que no, porque primero me la voy a comer a besos, hasta que me ruegue por más.

Y antes de que se lo piense dos veces estaré dentro de ella, siguiéndole el ritmo como sólo un hombre joven puede.

Me aprieto la polla, gruñendo ante la necesidad. Dios mío. Tengo que ir a correrme. No me voy a dormir.

Levantándome de la cama, me pongo de pie y me abrocho los vaqueros, dejando la camisa en el suelo mientras me dirijo a la puerta.

Pero mientras lo hago, oigo un grito apagado y me detengo, agudizando el oído.

¿Qué fue eso?

Un grito suena desde la habitación de Tiernan, y miro hacia la pared entre nosotros, confundido. Mi padre no está aquí. Ella no está ahí dentro con él. ¿Por qué…?

Hay otro gruñido seguido de lo que suena como un sollozo. ¿Qué demonios?

Abro la puerta y miro a la izquierda, hacia la puerta de su dormitorio, viendo que está cerrada. Camino hacia ella, pero justo entonces Kaleb viene bajando las escaleras de su habitación, también con vaqueros oscuros y sin camisa. Tiene los ojos medio cerrados, y el cabello despeinado como si se acabara de despertar.

No se detiene ni hace contacto visual conmigo, simplemente abre su puerta como si fuera una rutina. Entra y lo sigo, escuchando a Tiernan gritar mientras camina en silencio alrededor de su cama. Me estremezco al verla agarrarse la camiseta con los ojos cerrados y su cara medio enterrada en su almohada mientras vuelve a gritar. Dejo de respirar un momento. Parece que le duele. ¿Qué…?

El cabello le cubre el rostro, su piel está húmeda por el sudor, y todo su cuerpo está tan tenso como una goma elástica.

La miro fijamente, por fin entendiendo. No está despierta.

—¿Qué le pasa? —pregunto, esperando junto a la puerta.

Kaleb agita la mano, ahuyentándome mientras se acuesta a su lado y la lleva contra su cuerpo. Observo cómo ella va inmediatamente, enterrando su cabeza en su cuello mientras los gritos disminuyen y su respiración comienza a calmarse. Él bosteza, arropándose como si esto fuera de lo más normal.

—¿Hace esto a menudo?

Las pesadillas no deberían sonar así, ¿verdad? Sin embargo, cuando Kaleb se acomoda, ella se queda completamente tranquila,

acurrucada contra él mientras su sueño continúa, pacífica y tranquilamente.

Kaleb se acuesta de costado, abrazándola y colocando la cabeza de ella bajo su barbilla mientras ambos se vuelven a dormir.

Me quedo ahí, mirándolos. ¿Sabe ella que grita así por la noche?

¿Sabe que él entra? Nunca la he oído hacer eso.

Por supuesto, no duerme sola siempre. Tal vez Kaleb nada más tenga que entrar cuando esté sola.

Él solía tener pesadillas cuando éramos pequeños, pero se despertaba.

Un olor me golpea la nariz y parpadeo, oyendo los ladridos de los perros mientras inhalo. Giro la cabeza hacia el pasillo, arrugando la cara, y el fuerte olor casi hace que se me humedezcan los ojos.

—¿Hueles eso? —le susurro a Kaleb.

Huele a fuego, pero no dejamos nada ardiendo. Saliendo de la habitación, bajo las escaleras y miro la chimenea, asegurándome de que esté apagada antes de dirigirme a la puerta principal. Pero, mientras camino, veo un brillo que entra por la ventana de la cocina. Entrecierro los ojos, deteniéndome de golpe. ¿Qué…?

Corriendo por la cocina, casi me tropiezo con los perros que se abalanzan sobre mí antes de inclinarme sobre el fregadero y mirar por la ventana. Se me revuelve el estómago.

—Oh, mierda —jadeo.

—¡Kaleb! —grito, tambaleándome y corriendo hacia la puerta principal—. ¡Fuego en el granero!

Los animales. El granero está justo al lado del establo. ¡Mierda!

Me pongo la sudadera que cuelga en la parte de atrás del armario y las botas, sacando los guantes del bolsillo del abrigo.

—¡Kaleb! —grito de nuevo—. ¡Deprisa!

Sus pisadas son fuertes desde arriba y le oigo bajar por las escaleras, pero no espero. Abriendo la puerta principal de golpe, salgo corriendo, casi cayéndome de culo mientras agarro la barandilla y corro por los escalones de la terraza. La nieve cruje bajo mis botas y algo cae dentro, porque cayeron otros veinte centímetros y no tuve oportunidad de atármelas.

Pero no me importa. Me paro y miro el granero, apenas puedo moverme durante un momento. ¿Qué demonios? Las llamas envuelven la cresta del techo, y será un milagro si la manguera no está congelada, podemos perderlo todo. ¿Cómo demonios ha comenzado esto?

Kaleb me agarra del cuello y tomo una respiración, encontrándome con su mirada. Frunce el ceño y mueve la barbilla hacia el granero, sacándome de mi meditación. Asiento.

Corre hacia la tienda, abriendo las puertas de la bodega, y yo corro hacia el granero. Entro corriendo, el humo es espeso y sofocante mientras intento recuperar el aliento. Cubriéndome la nariz y la boca con el brazo, saco los neumáticos de Tiernan, con los pollos dentro graznando y agitando sus alas. Tosiendo, entro de nuevo y agarro una cuerda, deslizando un lazo alrededor de la maldita cabeza de la vaca y arrastrándola hacia el exterior. Intento tomar aire, pero no puedo dejar de toser. Todo me pica y me quema mientras lucho por encontrar la salida a través del humo.

Un quejido resuena desde arriba, y levanto la mirada justo a tiempo para ver un trozo del piso del desván que se desprende, cuelga y cae. Corro, y la tabla golpea al animal mientras lo saco al aire frío de la noche.

Kaleb saca la manguera de incendios de la tienda, y yo trabajo para mover todo lo más lejos posible del granero.

—¿Qué ha pasado? —llora Tiernan.

Levanto la mirada, viéndola de pie en la nieve con sus botas, pero nada que cubra su camiseta y sus pantalones cortos de dormir.

Me giro hacia Kaleb, viéndolo mover con la palanca, pero no sale nada.

No sale agua.

—¡Maldición! —fruño, agarrándome el cabello.

—¡Ve a ver si está congelado! —grita Tiernan.

Miro para ver que está gritándole a Kaleb y señalando la torre de agua.

Sacudo la cabeza. Ayer tuvimos un día cálido. Puede que no esté congelada, pero no hay forma de que eso ayude. ¿Qué vamos a hacer?

¿Llenar cubos y lanzarlos a las llamas desde aquí abajo?

Kaleb va de todas formas, dejando caer la manguera, y yo estoy a punto de seguirlo pero Tiernan pasa corriendo junto a mí, y mi corazón se aloja en mi maldita garganta.

—¡Los caballos! —grita.

Los escombros del desván caen en el granero, y con toda la madera y el heno es solo cuestión de tiempo que las llamas alcancen el establo. Ella salta al interior, desapareciendo.

—¡Tiernan, no! —grito.

Corro detrás de ella, pero antes de que pueda entrar saca a Rebel, luchando para que se mueva mientras su cabello vuelva sobre cara y el viento nos azota.

Malditos caballos tontos. Pueden ser muy listos, pero se quedarían sentados mientras el edificio cae a su alrededor.

La ayudo, con los dos tirando del arnés y luego… oigo una palmada, y el caballo sale corriendo del establo y entra en la noche.

Un motor se enciende y miro a la vuelta de la esquina, viendo a Kaleb sentado en la excavadora y tratando de moverse a través de la nieve, hacia la torre de agua.

Me congelo. Va a… Oh, mierda.

—¡Kaleb! —grito, pero luego me quedo callado, sabiendo que tiene razón. Es la única manera. Pero primero tenemos que sacar a los caballos de aquí.

Tiernan entra de nuevo y la sigo, yendo por Ruffian mientras ella se apresura hacia Shawnee. El calor nos envuelve mientras el crepitar del fuego nos rodea, y escucho un gemido en el granero cuando las vigas probablemente empiezan a ceder. Dios mío.

—Tiernan, ¡vamos! —grito—. ¡Vete de aquí!

Le doy una palmada a Ruffian, haciéndolo salir corriendo por la puerta, pero un fuerte grito atraviesa el aire y me giro de golpe, viendo a Tiernan atrapada en la puerta del establo mientras Shawnee pasa a su lado. Veo oleadas de humo mientras la sangre corre por la madera y ella grita, golpeando al caballo otra vez. Shawnee sale corriendo y yo me aparto de su camino mientras pasa corriendo a mi lado y luego corro hacia Tiernan. La sangre cae por su brazo izquierdo y la sostengo, envolviéndola con mi brazo.

Tosemos, saliendo del establo, y Tiernan cae al suelo mientras algo cruje y se inclina detrás de mí. Me doy la vuelta justo a tiempo para ver a Kaleb chocar la excavadora contra la torre de agua de madera, dándole cada vez más potencia hasta que el tanque se vuelca y el agua se mueve, y luego se derrama, cayendo en cascada sobre el granero y el establo y apagando las llamas.

Mis hombros caen, con el viento picándome los labios y los oídos mientras veo morir el resplandor, con el humo en el aire y el fuego extinguiéndose lentamente.

Exhalando, me doy la vuelta y me pongo de rodillas.

Tiernan.

Tomando su brazo con una mano y su cara con la otra, le levanto la barbilla.

—Mírame —le digo.

Ella parpadea, abriendo y cerrando los ojos, con ráfagas de viento levantándose de todo el alboroto y revoloteando a través de sus pestañas. Su sangre gotea sobre mis dedos y lentamente giro su brazo, viendo el corte en la piel de la parte superior.

La sangre cae de la herida y aprieto, tratando de detener el flujo, pero ella sisea y le lloran los ojos.

—¿Cómo sabías que había que dar una palmada a los caballos? —

pregunto, tratando de alejar su mente del dolor.

—No lo sabía —se ahoga—. Es lo que hacen en las películas. Me río para mí mismo.

Está temblando. Tenemos que llevarla al interior.

—¿Cómo empezó el fuego? —pregunta, mirando sobre mi hombro. Sacudo la cabeza.

—Podría haber sido eléctrico. Pudo haber sido la caldera. ¿Quién sabe?

—Nos culpará.

—Definitivamente nos culpará —refunfuño, poniendo su brazo bueno alrededor de mi cuello y levantándola de nuevo.

—Aunque lo hiciste bien.

La miro a los ojos. *Sin dudarlo. Fue directamente por los caballos.*

Me asustó mucho, sí, pero fue valiente.

—No vuelvas a hacer eso —le ordeno.

Empiezo a ayudarla a ir hacia la casa, pero Kaleb aparece de repente, la toma en sus brazos y la aleja de mí, sacudiendo la barbilla hasta el granero.

No tengo tiempo de discutir antes de que se dé la vuelta y la lleve de vuelta a la casa, con los dolidos ojos de ella fijándose solo en él a medida que avanzan.

Aprieto la mandíbula, viendo como desaparecen en la casa.

Y luego me doy la vuelta para limpiar el maldito desastre en el granero como me han ordenado.

Tiernan

Tomo aire entre mis dientes apretados. La herida es muy profunda.

Dejando escapar un sollozo, aparto el rostro de la sangre mientras Kaleb inspecciona mi brazo.

¿Qué hago? Estamos muy lejos de cualquier hospital, los caminos están cerrados por la nieve y es peligroso salir así, me duele. ¿Y si se infecta?

Me tiemblan las rodillas. Quiero a Jake aquí.

Después de que Kaleb me metiera en la casa, me sentó en la mesa de la cocina, me envolvió el brazo y encendió el fuego antes de salir corriendo para ayudar a Noah. El fuego parecía casi extinguido, pero tenían que buscar refugio para los animales, y la tienda es lo único que queda intacto y no está inundada de humo, miro por la ventana de la cocina mientras cargan heno en el garaje y traen a los animales. Dejaron la puerta del establo abierta para que entrara el aire fresco, pero eso no detendría el nocivo desastre al que Jake va a volver en un par de días.

Dios, se va a enojar. La mitad de su granero ha quedado en ruinas y la tienda pronto olerá a mierda de caballo.

Pero, oye, al menos los animales disfrutarán de un ambiente con temperatura controlada durante un tiempo.

Los pobres perros se pasean por la mesa de la cocina, mirándome con preocupación.

Kaleb me aprieta el brazo, y un dolor se extiende en lo profundo mientras arde.

—Kaleb… —ruego.

No sé si realmente duele tanto o si solo estoy asustada. No puedo ir al médico si necesito uno.

Girándome, me encuentro con su mirada y sus cejas fruncidas mientras agarra una toalla limpia y me pone la mano sobre ella para hacer presión mientras va a los armarios sobre el refrigerador.

—Joder. —Escucho a Noah gruñir, y la puerta principal se cierra de golpe—. Nunca hemos tenido un incendio aquí arriba. ¡Ni una sola vez!

Abre el armario junto al fregadero y saca la botella de Cuervo que guardan allí.

—Excepto aquella vez que le disparé una flecha en llamas a la jarra de gasolina cuando tenía doce años, pero no sabía que eso iba a pasar — murmura—. Lo único que se dañó entonces fue mi ego.

Quiero reírme, pero no tengo la energía. Tengo la mano mojada por la sangre empapando la toalla mientras mis piernas cuelgan sobre el borde de la mesa. Escucho el tequila detrás de mí mientras Noah toma un par de tragos y echo un vistazo, viendo a Kaleb poner una lata roja sobre la mesa.

Mi pulso se acelera.

Pero, en lugar de volver a la mesa, camina detrás de mí y oigo que abre el agua. Miro por encima del hombro, y veo que se lava las manos.

Se me revuelve el estómago y me muerdo el labio.

—Toma. —Noah me da un codazo, con la botella de vidrio fría golpeándome el hombro—. Bebe esto.

Sacudo la cabeza. No puedo soportar nada en este momento. Kaleb viene y abre la caja, sacando varias herramientas.

—¿Estaban despiertos? —pregunto, mirándolos—. Quiero decir, gracias a Dios que controlaron el fuego a tiempo.

La mirada de Noah se dirige a Kaleb, pero ninguno responde. Kaleb me toma del brazo, tirando suavemente de la toalla pegajosa, y gimoteo, derramando una lágrima.

Cambiando de opinión, agarro la botella de la mano de Noah y la levanto, tomando dos enormes tragos.

El ardor me quema la garganta y toso, alguien me quita la botella de la mano otra vez, y me dan arcadas, lista para vomitar. Es asqueroso.

Pero agarro la botella de nuevo y tomo otro trago a la fuerza.

Kaleb se inclina sobre la caja, sacando una aguja e hilo, y lo observo, con el tequila abriéndose camino hasta mi estómago mientras usa una especie de pinza para enhebrar la aguja y luego pasa un encendedor por debajo, desinfectándola.

¿Qué mierda?

Y entonces me doy cuenta. Oh, no.

Sacudo la cabeza.

—Kaleb, no.

Eleva sus ojos hacia mí, con su mirada verde oscuro sin pestañear.

Pero su estómago, la parte superior de su cuerpo, desnudo porque no se vistió completamente cuando salió corriendo, se tensa con su pesada respiración. Casi como si estuviera… nervioso.

Me toma del brazo, apretando la mandíbula, y presiona sus dedos contra mi brazo, apretando la piel para unirla de nuevo.

—No, Kaleb, para —grito.

No puedo hacer esto. Alejo la cara, conteniendo la respiración.

—Tienes que hacerlo —dice Noah, dándome la botella de nuevo —. Si no podrías contraer una infección, y entonces desearás estar muerta.

Tomo otro trago de tequila.

Los ojos de Kaleb se encuentran con los míos una vez más y luego sus dedos, rojos y manchados con mi sangre, cierran la piel de nuevo mientras clava la aguja.

Mi estómago se revuelve y tiemblo, con un sudor frío golpeándome mientras tira del hilo. Me muerdo el labio inferior hasta que pruebo sangre.

—Noah —sollozo.

Duele. Quiero a Jake. No saben lo que están haciendo. ¿Ahora no hay algo como súper pegamento? Ya sabes, ¿Qué te pegue la

piel?

Kaleb tira del hilo con fuerza, un ardiente escozor golpea mi brazo y aprieto los dientes, con las lágrimas acumulándose y amenazando con caer.

Mierda.

Noah me da la botella de nuevo, pero la aparto. Siento el estómago caliente y la ligereza en mi cabeza, pero estoy a punto de vomitar.

Respiro profundamente, inhalando y exhalando y tratando de calmar mi maldito estómago, pero Kaleb clava la aguja en mi carne otra vez y puedo sentir la sangre derramándose por mi brazo mientras el dolor fresco se dispara por mi cuerpo.

—Por favor —lloro—. Por favor, para.

Lo empujo, tratando de apartar su mano de mi brazo. No puedo hacer esto. Tenemos que esperar. Jake sabrá qué hacer. No puedo hacer esto. No veré a un médico hasta dentro de cinco meses. ¿Y si el dolor nunca desaparece? ¿Y si no se cura?

Aparto su mano.

—Suéltame —gruño—. ¡Duele!

Se pone de pie y, antes de que me dé cuenta de lo que está pasando, su mano me golpea en el rostro y mi cuello se tuerce tan fuerte que casi se rompe un tendón.

Mis ojos se abren de par en par, mi boca también, y dejo de llorar, tratando de respirar mientras me quedo sentada, me zumban los oídos y mi cuerpo se congela.

¿Qué carajos? Me golpeó.

¡Me golpeó!

Planta sus puños a los lados de mis muslos y se inclina hacia mi rostro, y me toma un momento el orientarme de nuevo porque la habitación está girando.

—¡Qué mierda! —gruño, y me doy la vuelta.

Levanto la mano y le doy una bofetada; su cabeza apenas se mueve con el ataque.

—¡Me golpeaste! —grito, y la ira endurece en mis entrañas.

Lo empujo del pecho con ambas manos, golpeándolo de nuevo.

—Pero ya no sientes dolor, ¿verdad? —me dice Noah al mi oído detrás de mí.

Fulmino con la mirada a Kaleb pero proceso las palabras de Noah, centrándome en la sensación de mi brazo.

El dolor está ahí, pero es leve… la rabia en mi cabeza es demasiado fuerte en este momento.

Ya no me siento mareada.

Mi respiración se vuelve superficial y miro fijamente a Kaleb, que todavía está inclinado hacia mí.

Pero no espera a que se me pase el shock. Se sienta de nuevo en la silla y mueve su barbilla hacia Noah, como si le estuviera haciendo una señal, y me pellizca de nuevo, perforando la piel con la aguja.

Noah se sube a la mesa detrás de mí, rodeándome la cintura con un brazo y metiendo una mano en mi nuca.

Tira de mi cabello y hago una mueca de dolor, pero exhalo mientras quita el foco del dolor en mi brazo.

Kaleb tira del hilo con fuerza y cierro los ojos, con el sudor desbordándose por todo el cuerpo con la arremetida. *Jesús, mierda*.

Kaleb tira del hilo, el agarre de Noah se intensifica, y dejo que mi cabeza caiga contra él, girando los labios hacia su cuello para llorar.

Una y otra vez, dos veces más, y mi estómago se revuelve. Jadeo.

—Kaleb —ruego.

Me lanza una mirada y yo lo miro, asintiendo.

Hazlo. Pero…

Sus cejas se fruncen y respira con fuerza pero se levanta, dudando un momento antes de volver a abofetearme. Grito, cerrando los ojos con fuerza y haciendo que las lágrimas caigan por mi rostro.

Exhalo una larga y lenta respiración mientras el mundo gira.

Unas manos de repente acunan mi rostro, acariciando con suavidad ahora, como si fueran plumas, y luego hay una boca sobre la mía, besando suavemente mis labios. Muerde y tranquiliza, con sus dientes agarrando mi labio inferior y haciendo que mi sangre llegue caliente hasta los dedos de mis pies.

El calor llena mi cuerpo y es como si estuviera flotando. Su lengua toca la mía, ardiente y… Oh, Dios. Soy ingrávida. Sabe bien.

Subo las manos por su estómago y pecho, y empiezo a rodearlo con las piernas, pero me detengo.

—Ter… —tartamudeo en un susurro—. Ter… termina. Termina, por favor.

Los labios me dejan, giro la cabeza cuando la aguja se clava y dejo salir un grito, pero estoy perdida en Noah. Su boca está sobre la mía ahora, y grito mientras me abraza y tiemblo.

Mierda.

—Tiernan —susurra—. Tranquila…

El olor del fuego de su ropa me rodea, y lo siguiente que sé es que está enterrando su rostro en mi cuello, sin besar, mientras me aprieta la garganta.

—Más fuerte —jadeo.

Me clava los dientes en el cuello, apretando y justo cuando siento el dolor de la aguja de Kaleb, agarro la nuca de Noah y me vuelvo hacia él, inhalando y exhalando con fuerza contra sus labios.

—Tiernan —susurra Noah, y pruebo la sal, pero no estoy segura de si son sus lágrimas o las mías—. Te amo. Eres nuestra, joder. Te amamos.

Me besa la mejilla y la frente mientras Kaleb trabaja, e intento calmar mi respiración mientras el hormigueo de su boca en mi piel se intensifica.

Una botella roza mis labios y tomo otro trago mientras Kaleb muerde el hilo, limpia la sangre de mi brazo, y me lo envuelve con una venda.

El alcohol comienza a calentar mis entrañas, y el dolor en mi brazo es menos agudo de lo que era.

Sin embargo, me arde la mejilla.

Abro bien los ojos, respirando profundamente.

—Podrías haberme avisado —le digo a Kaleb, con la voz llena de lágrimas mientras lo miro fijamente—. Podrías haberme golpeado en cualquier otro lugar.

¿Por qué en la cara?

Cierra el kit y se levanta, llevando la gasa ensangrentada a la basura. Dejo la botella y salto de la mesa.

—Cici Diggins salió de la cueva contigo en la cascada con la nariz ensangrentada ese día.

—¿Qué? —Noah también salta de la mesa.

Pero Kaleb no me responde. Miro su espalda mientras se lava las manos en el fregadero. Sus músculos se tensan, y su respiración es lenta y metódica. Demasiado tranquila.

¿No quiere defenderse? Podría estar diciendo la verdad. Lo he visto ser violento. Arrojando cosas, escupiendo, no aceptando un no como respuesta…

Me abofeteó sin dudarlo esta noche.

Pero los perros lo aman al que más los hiere, ¿no? Lo siguen, duermen con él y lo hacen sonreír cuando cree que no lo vemos.

Siempre está listo para ponerse frente a mí y evitar que me haga daño.

Trata de conectar, como cuando estaba dibujando.

No importa el comentario sarcástico que haga Noah o lo que su padre le exija en su tono duro, no dice nada ni empieza una pelea. Solo hace lo que tiene que hacer para que la gente lo deje en paz.

Aparto la mirada, sacudiendo la cabeza. Sin embargo, esto es lo que las mujeres hacen, ¿no? Le buscan el sentido a los detalles más pequeños para que signifiquen más de lo que significan en realidad.

Las comisuras de mi boca se mueven mientras me pican los ojos.

—Kaleb —susurro, suplicando. Pero es Noah quien habla.

—Cici Diggins diría cualquier cosa para llamar la atención.

—Estaba sangrando —aclaro—. No sabía que la vería.

—No golpea a mujeres, Tiernan. —Noah pasa a mi lado, sacando el ibuprofeno del armario—. A menos que estén histéricas e impidan que les salven la vida —contesta, lanzando un par de pastillas en mi mano y encontrándose con mi mirada—. Le dijiste que lo hiciera.

Me meto las pastillas en la boca y las trago secas, sintiendo que me arañan la garganta.

Sí, le dije que lo hiciera. La segunda vez.

Le dije que me golpeara, en parte porque eso amortiguaba el dolor y en parte porque…

Bajo la mirada. *En parte porque me gustó*. Me gustó la rabia y el deseo de devolverle el golpe porque, aunque dolió, estaba aquí. Estaba centrada en eso, y no quería que se detuviera nunca. No quería que ese sentimiento se detuviera.

El dolor siempre nos recuerda que estamos vivos. Y el miedo junto con él de que queremos seguir así.

Kaleb es así. Sin nada más, me recuerda que soy más de lo que creo que soy.

Pero cuando sostuvo mi rostro después de la bofetada y me besó tan tiernamente, mi corazón se hundió inmediatamente en mi vientre y me olvidé de todo.

Olvidé por qué debería mantenerme lo más lejos posible de él.

Me paso la mano por mi cabello, mordiéndome el labio mientras el alcohol mitiga el dolor del brazo.

—Quiero a Jake —digo en un susurro.

¿Y si esto se infecta igualmente? Él sabría qué hacer. Ellos no pueden lidiar con esto. Volátil, irresponsable…

—No es quien tenía tu lengua en su boca hace unos minutos —escupe Noah, mirándome por encima del hombro mientras llena una jarra—. Lo disfrutaste.

Me muevo incómoda, apartando la mirada.

Pero él se gira, limpiándose las manos con una toalla.

—Sabes, se me acaba de ocurrir. —Sus ojos se arrugan mientras me estudia—. Soy el único hombre en esta casa que no te ha pegado —afirma—. Y soy el único al que no deseas. ¿Qué carajos te pasa?

Entrecierro los ojos al oír sus palabras. Eso no es… ¿Qué? Yo no…

—¿Quizás si yo también te pongo sobre mis rodillas te mojarás? —pregunta.

Y entonces mi rostro cae. Nos vio. Vio a su padre calentándome el culo esa noche.

Mi corazón late con fuerza y lo veo sacudir la cabeza, la primera señal de desdén que he visto salir de Noah, y está dirigida a

mí.

Ahora está enfadado.

Mi mente se remonta a hace unos momentos, a los labios de Kaleb tan suaves y la boca de Noah tan cálida.

Hace unos momentos me amaba. *Te amo*. *Eres nuestra, joder. Te amamos.*

Creo que incluso estaba llorando, porque odiaba que me doliera tanto y no poder quitarme el dolor.

Mi brazo todavía late, pero me siento mejor que antes. Me cuidaron. No fue Jake. Ellos se encargaron de esto.

Noah cree que no lo veo.

Se da la vuelta para llenar otra jarra mientras Kaleb limpia la mesa, y me quedo mirándolos a ambos, apenas notando cuando se apagan las luces.

La cocina se vuelve negra, las luces exteriores de la ventana mueren bajo la tormenta también, y los chicos dejan de hacer lo que están haciendo mientras la nieve cae en la noche oscura y la casa se queda en silencio.

Noah tira una toalla de mano.

—Mierda.

Kaleb sale de la cocina, dirigiéndose al cuarto de servicio, y veo a Noah quitarse la camisa y arrojarla mientras abre el grifo.

—Todo lo que nos queda es el agua caliente en el tanque —se queja—. Mierda.

Cierro los puños, porque siento loas brazos vacíos de repente. Doy un paso, caminando lentamente hasta estar detrás de Noah. Y envuelvo con mis brazos su cintura.

—Noah siempre está caliente —digo en voz baja—. Es con él con quien me encanta hablar.

Se queda quieto, y apoyo mi frente contra su espalda mientras mis brazos lo envuelven y mis manos tocan su cálido torso.

Te veo.

—Él es el que me sonríe y siempre me hace sentir como si pudiera respirar.

El viento sopla a través del ático, crujiendo a través de la tranquila y oscura casa, y él apenas respira.

—Mis brazos encajan alrededor de él perfectamente, y me encanta verlo cocinar. Solo quiero quedarme en la cocina y observarlo todo el tiempo. —Sonrío, respirando su aroma—. Huele tan bien que me provoca morderlo y no quería que dejara la ducha ese día antes de que fuéramos a pescar. Quería que me tocara.

Su pecho se agita, bajo la mirada para ver sus puños cerrarse sobre el mostrador de madera.

Trago saliva.

—Incluso fantaseé con ello —susurro—. Con nosotros en la ducha, escondiéndonos allí cada mañana y guardando nuestro secreto.

Se da la vuelta de repente, con la ira tensando su rostro. Me agarra bajo los brazos y me pone de puntillas.

Jadeo cuando nos pone nariz con nariz.

—Estaba mojada por ti en el sofá, la noche de mi cumpleaños —susurro entre nosotros—. Muy mojada.

Sí, te deseo.

Algo golpea el suelo detrás de mí y Noah me fulmina con la mirada, pareciendo que está a punto de perder la cabeza. Se parece a Kaleb cuando me mira así.

Levantándome, me deja caer en una bañera de hojalata, y mis dedos se enroscan en la superficie oxidada.

—No hables más —dice.

Sin embargo, suena como una amenaza. Me pongo tensa.

—Tengo que…

—Tranquila. —Me libera, presionando con su dedo mi boca. Todo el aire sale de mí.

Sus ojos me atraviesan y no sé lo que va a hacer, pero sé lo que quiere.

Este Noah me asusta un poco.

Mis muslos se aprietan. Tengo que ir al baño. Pero no voy a ir. No quiero romper el hechizo.

Kaleb se pone a mi lado y todo lo que puedo ver son sus piernas, porque estoy demasiado asustada para mirarle la cara.

Cambio mi peso de pie en la bañera.

La bañera de latón, pienso. Las jarras de agua caliente.

Esto es un baño.

Noah levanta el dobladillo de mi camisa, haciendo una pausa para darme tiempo a detenerlo, pero me quedo mirando al suelo mientras finalmente la levanta sobre mi cabeza.

Escucho su respiración mientras el aire fresco golpea mis pechos y mi camisa cae al suelo. Los ojos de Kaleb me queman la piel desde donde está en la oscuridad, y apenas puedo respirar.

Sí.

La sensación plateada entre las piernas se hace más pesada, y froto mis muslos. Lentamente Noah me alisa el cabello, dividiéndolo a mi espalda, y me quedo ahí mientras lo trenza.

—No quiero que se te moje la cabeza —dice, tenso.

Mis pezones se endurecen mientras él trenza un lado y luego el otro, Kaleb comienza a rodearme como un tiburón. Todavía llevo la cinta que saqué de su habitación.

Noah envuelve una de las gomas baratas del cajón alrededor de la última coleta y juega, moviendo mis trenzas.

—Se ve linda así —le dice a Kaleb—. ¿No lo crees?

Las coletas me hacen cosquillas en la piel y levanto la mirada a tiempo para ver a Noah mojar su pulgar y luego frotar círculos obre mi pezón izquierdo, jugando con la dura y pequeña punta.

Gimoteo, cruzando las piernas contra el calor.

—Me voy a mojar en los pantalones.

—Entonces tienen que irse —responde con calma.

Cierro los ojos un momento. No estoy segura de sí tengo que ir al baño o si estoy nerviosa.

Se apoya en una rodilla y me mira mientras me baja los pantalones. Salgo de ellos, sintiendo a Kaleb como una amenaza mientras se detiene y me mira.

Noah se levanta de nuevo, agarra mis bragas de seda azul claro y las baja por mis piernas, dejando mi cuerpo desnudo para ellos.

Miro a Kaleb. Me mira fijamente, con cada músculo de sus brazos tenso con sus manos en puños mientras sus ojos recorren mi cuerpo. No parece que esté respirando.

Noah vierte agua en la bañera y luego se levanta, con ambos rodeándome. Mi pulso se acelera, y parece que se fueran a lanzar

hacia mí en cualquier momento.

El agua me salpica los tobillos, y escucho a Noah detrás de mí mientras Kaleb se detiene frente a mí, pasando un dedo por mi torso y deteniéndose justo sobre la línea de mis bragas. Me estremezco.

Un paño caliente me golpea la nuca y oigo la espuma burbujear y estallar mientras Noah aprieta el paño.

—¿Te importa esto, bebé Van der Berg?

Sacudo la cabeza, poniendo los ojos en blanco. Me pasa el paño caliente por la espalda y vuelve a subir hasta los hombros.

Qué bueno.

—¿Qué harías sin nosotros? —Noah se inclina hacia mi oído, susurrando.

Reclino la cabeza hacia él, cerrando los ojos.

—La cuidamos bien —le dice a Kaleb, extendiendo la mano para exprimir agua caliente sobre mis pechos—. No necesita a papá. ¿Cierto?

Kaleb toma mi pierna, subiéndome el pie para que descanse sobre su rodilla mientras me lava. Pasando el paño por mi muslo lo sube, cerca pero no ahí. Un gemido se me escapa.

—Eso es. —Noah me muerde la oreja—. Buena chica.

Dándome el paño, usa sus manos y me enjabona los dos pechos, masajeándolos en círculos. Un charco de calor se instala entre mis piernas, y quiero más. Quiero sus manos en todas partes.

Noah toma mi mano con el paño y la lleva hacia abajo.

—Límpiate el coño.

Me muerdo el labio inferior, pero sigo las instrucciones. Usando el paño, lo deslizo entre mis piernas y lo aprieto para sacar más jabón, lavándome.

Kaleb me levanta la otra pierna, limpiándome, pero sus ojos están en mi mano, viéndome enjabonar mi desnudo coño.

—¿Lo mojas de nuevo? —le pregunto, entregándole el paño.

Lo sumerge en el agua y me lo devuelve, con su pecho subiendo y bajando con fuerza mientras me ve lavarme y el agua gotea por mis piernas.

Sus duros ojos no parpadean, y un gemido se le escapa. Bajo la mirada, viendo su polla apretando sus vaqueros.

—¿Está limpia? —pregunta Noah.

Por un momento, creo que me está preguntando a mí hasta que Kaleb se agacha, con su lengua caliente lamiendo el largo de mi hendidura para comprobarlo.

Me estremezco. *Joder.*

Agarro la cabeza de Kaleb, manteniéndolo allí, y Noah tuerce la mía, tomando mi boca.

Kaleb lame y chupa mientras Noah me quita el aliento, haciendo imposible que respire.

Dios, no paren.

—Dinos que sí —susurra Noah contra mi boca.

Lo miro fijamente en silencio durante un momento.

Si hacemos esto puede que no podamos regresar. No quiero perderlos.

No…

La boca de Kaleb se abre camino hacia el interior, y enredo mis dedos en su cabello mientras lame y chupa mi clítoris.

Noah empuja mi barbilla.

—Abre la boca, Tiernan —responde.

Lo hago y hunde su lengua en ella, su beso me hace hormiguear hasta los dedos de los pies.

—Dinos que sí —dice otra vez.

Kaleb vuelve a entrar, agarrándome el trasero con ambas manos y empujándome hacia él. Su boca cubre mi coño.

Gimoteo.

—Sí —jadeo—. Sí.

Noah me libera y gruñe.

—Joder, sí.

Kaleb se endereza, me levanta por la parte posterior de mis muslos y lo envuelvo con mis brazos y piernas, encontrándome con su mirada. Me importa una mierda el agua goteando por todos lados.

Míos.

En unos meses, la nieve se derretirá y el mundo nos invadirá de nuevo, pero en estos momentos… son míos. *Durante este único invierno, son míos.*

Nuestras narices se tocan y Kaleb abre la boca como si fuera a decir algo, pero luego me besa la frente.

Siento un aleteo en el estómago. Me encanta cuando hace eso. Se da la vuelta, llevándonos a la cama.

Lo abrazo, viendo a Noah seguirnos a través de la oscura casa, y hundo mi nariz en el cuello de Kaleb, inhalándolo.

Quiero esto. Los deseo. Lo deseo a él.

Kaleb puede ser un gilipollas a veces, pero yo también, y quiero que me hable, pero a veces creo que ya lo hace y simplemente no lo escucho. La forma en que su brazo está alrededor de mi cintura. Lo segura que me siento con su otra mano sosteniéndome la cabeza contra la curva de su cuello.

La forma en que me huele el cabello y me saca del peligro, incluso cuando creo que apenas existo para él. Siempre sabe lo que está pasando y dónde estoy.

Las lágrimas me queman los ojos cuando pienso en los últimos meses. Dándome su carne en la cena, dándome su regazo cuando mi asiento estaba mojado, y alejándome de Cici y Terrance en la pista de baile. Siempre está pensando en mí.

Así es como me habla.

—Kaleb —le susurro al oído, dejando un rastro de besos desde su sien hasta su mandíbula y su cuello.

Exhala y me levanta aún más, agarrándome el trasero mientras llegamos al segundo piso. Lo miro, nuestros labios casi se tocan. Abre la puerta y Noah pasa a nuestro lado a la fuerza, porque Kaleb y yo estamos perdidos el uno en el otro.

La puerta en lo alto de las escaleras se abre, y puedo oír a Noah.

—Apúrense —exhala—. Me estoy muriendo.

Saco rápidamente la lengua, lamiendo el labio de Kaleb antes de hundirme en su boca. Me muevo sobre sus labios, mordisqueando y probando mientras él cierra la puerta de abajo y sube los escalones de su dormitorio. Mi corazón se hincha y casi quiero reír o llorar, porque hay demasiado dentro de mí.

Llegamos a la parte superior y esa puerta se cierra también. El fuego arde y el aire es cálido, con el olor de haciendo hace que mi piel vibre.

Mi coño se tensa, sintiendo su cama debajo de mí.

Empiezo a poner los pies en el suelo, pero de repente Noah envuelve con sus brazos mi torso y me lleva hacia sí. Los dedos de mis pies tocan el suelo de madera y miro a Kaleb mientras su hermano me susurra al oído.

—Él podría estar fuera durante días —dice, extendiendo la mano y pellizcando mi clítoris entre sus dedos—. Días, Tiernan.

Arqueo la espalda, con el pequeño dolor y la promesa de lo que podrían hacerme en ausencia de su padre enviando una onda que se expande a través de mi cuerpo.

Joder, sí.

El dolor en mi brazo se ha ido y no puedo sentir nada más que los latidos de mi corazón en este momento.

Separándome, tropiezo hacia atrás y mis pulmones se hacen más pequeños. No puedo tomar suficiente aire. Me miran, acechando lentamente hacia mí, con Kaleb frotándose la polla a través de sus vaqueros.

La parte trasera de mis rodillas golpea la cama y caigo sobre mi trasero, golpeando las sábanas.

Arrastrándome hacia atrás, me muevo sobre la cama con mis manos y rodillas, viéndolos venir por mí.

—Te cuidamos —dice Noah, sonriendo mientras se frota a través de sus vaqueros él también—. Ahora cuida de nosotros.

Me apresura, llega, me atrapa y acuna mi rostro mientras los dos caemos sobre la cama.

Aterrizo boca arriba, mi cabeza golpeando la almohada mientras Noah yace a mi lado.

—Noah… —Dejo salir un pequeño grito.

—Tranquila.

—Tengo miedo —susurro.

Kaleb rodea la cama, viendo cómo Noah me acaricia el cabello. Enreda sus dedos en mi trenza.

—Vamos a follarte, nena.

Su mano se mete entre mis piernas y Kaleb me agarra el tobillo, separando mis muslos.

Noah hunde dos dedos dentro de mí, y jadeo mientras se deslizan fácilmente por lo mojada que estoy.

Los labios de Noah encuentran los míos, y me besa mientras mueve sus dedos lentamente.

—Abre más, nena —ruega.

Abro más los muslos mientras su lengua se mueve en mi boca y luego se mueve hacia mis pechos, chupando y mordiéndome el pezón.

Miro a Kaleb mientras me muevo contra la mano de su hermano, buscando sus dedos y queriendo moverlos a mi ritmo.

—Maldita sea —dice entre dientes Noah—. Está apretada.

Me llena, pero lo quiero más profundo. Estoy deseando más, su cuerpo, sus músculos, lo quiero todo follándome.

—No pares —gimoteo. Dios, se siente bien.

Pero quiero más. Necesito más.

Tomo su rostro, acercando su boca a la mía, y sigue penetrándome con el dedo mientras su boca se mueve sobre la mía, haciendo que me revolotee el estómago.

Algo lo golpea, rompiendo el beso, y antes de que pueda abrir los ojos los labios de Kaleb están sobre los míos, besándome fuerte. Noah se hunde en mi cuello, besándose detrás de la oreja, y agarro el cinturón de Kaleb, tratando de desabrocharlo.

Pero él me detiene, y abro los ojos para verlo levantarse de la cama y desabrocharlo él mismo.

Noah lo sigue, levantándose y bajándose los pantalones, con el cinturón golpeando el suelo. Se detiene un momento, mirándome, y mi coño quiere sus dedos otra vez. O su *algo*.

Bajo la mirada, viendo su polla sobresaliendo como una viga, y me levanto de golpe, con el lazo todavía en mi cabello colgando sobre mi sien.

Abro la boca, queriendo probarlo.

Pero él me empuja para que me tumbe de nuevo, poniéndose encima de mí, y cubriéndonos con la sábana.

—Yo primero —gruñe sobre mi boca. Se estira y oigo que el cajón se abre cuando saca algo.

Su polla roza mi coño y me muevo hacia ella, lista para tenerlo dentro de mí de una vez.

—Tiernan, detente. —Muestra los dientes, frustrado, y abre el condón antes de bajarlo y deslizarlo.

Beso su mandíbula un millón de veces, envolviéndolo con mis brazos y luego tomando su labio inferior entre mis dientes.

Ubica su polla en mi entrada, se levanta para mirarme y agarra mi cadera, penetrándome.

Me estiro, apretada alrededor de su polla, y cierro los ojos cuando me da en el punto más profundo. Gimoteo.

—Joder —gime, con el rostro retorcido por el dolor. Respira con fuerza y rápido mientras sale y vuelve a entrar—. Está tan condenadamente apretada.

Sujeto sus caderas, arrastrando mis uñas sobre su piel mientras abro más los muslos.

Noah siempre es cálido. Él es el que me sonríe y siempre me hace sentir como si pudiera respirar.

—Te sientes tan bien —digo en voz baja—. No pares, Noah.

Sonríe y baja, apretándome un pecho mientras comienza a mover sus caderas, más rápido y fuerte.

—Sigue hablando y me vendré demasiado pronto —me dice, con diversión en la voz.

Busco sus labios y los tomo con los míos, besándolo lenta y profundamente mientras follamos en la cama de su hermano. Saliendo, vuelve a penetrarme, y le aprieto las caderas, guiándolo y moviendo mis caderas hacia él para recibir cada movimiento.

Gimoteo mientras nos besamos, con el mundo a mi alrededor girando. Su mano se mueve sobre mi cuerpo, tocándome por todas partes, y su boca roza mi frente.

—Qué buena chica, Tiernan —susurra mientras sus labios bajan para chupar mis pezones a continuación. Sostengo su cabeza hacia mí, y sus palabras me hacen querer sonreír. Sabe que no soy una buena chica.

Soy una mala. Pero soy *su* chica mala.

Gimo, arqueando la espalda contra su boca y lo bien que siento su polla.

Vuelve a subir, moviéndose con más fuerza, y mi coño se aprieta a su alrededor mientras mi orgasmo llega a su punto más alto.

—Somos muy afortunados, joder —jadea, besándome la nariz y los labios—. Un pequeño y dulce coño.

Gimo, los dos nos movemos en sincronía a medida que nuestro ritmo se acelera y me empiezo a venir.

Pero entonces levanto la mirada, viendo a Kaleb.

Mi cuerpo se queda quieto pero Noah sigue moviéndose, apenas se da cuenta.

Kaleb está de pie en el rincón oscuro, con sus vaqueros desabrochados pero aún puestos mientras me mira. Me aferro a Noah mientras mi cuerpo se mueve sobre el colchón con sus embestidas, y los ojos de Kaleb sobre mí me excitan aún más. Mi coño se contrae, no parpadeo, y mi cuerpo se tensa, con cada músculo apretándose mientras me vengo.

Grito, mirando a Kaleb mientras me estremezco y tiemblo, luchando por respirar. El orgasmo me sacude, sus ojos no vacilan mientras su hermano me folla, y mi coño se calienta mientras me mojo más. Quiero saber lo que está pensando. Quiero que sepa lo que esto significa para mí, y amarlos es el único momento en el que me siento valiente.

Nos doy la vuelta a Noah y a mí, poniéndolo boca arriba mientras me pongo a horcajadas con él.

Ahora es el turno de Kaleb.

Noah toma aire entre dientes, intentando agarrarme, pero no me quedo ahí. Dándome la vuelta, le enseño mi trasero y miro por encima del hombro a Kaleb, para que pueda mirar.

Estiro la mano, meto a Noah de nuevo en mi interior, y vuelvo a bajar sobre él.

Lentamente, giro las caderas, mirándolo todavía de pie en la esquina mientras monto a su hermano. La polla de Noah sale y entra en mí, y me da una palmada en el trasero con ambas manos, gruñendo.

—Mierda, Tiernan —gime.

Dobla las rodillas para que pueda apoyarme en ellas mientras me muevo, pero sostengo la mirada de Kaleb.

Quiero verte feliz.

Me quito las trenzas, dejando solo el lazo, y su mirada recorre mi espalda hasta mi trasero mientras se mueve, subiendo y bajando sobre otro hombre.

Doblo el dedo.

Y juro que lo veo sonreír.

Se acerca, y señalo el espacio en la cama delante de mí. Entendiendo lo que quiero decir, camina hasta el final del colchón y deja caer sus vaqueros, subiendo a la cama y arrodillándose al final.

Bajo la mirada, mi corazón se detiene un momento y mi boca se seca mientras lo tomo. No pude verlo muy bien ese día en el granero.

Follando a Noah, me inclino y tomo a Kaleb en mi boca, su largo y grueso pene duro como una roca. Envuelvo la base con la mano porque no puedo tomarlo todo, y lo chupo lenta y suavemente, lamiendo y provocándolo con mi lengua.

Enreda sus dedos en mi cabello y me muevo sobre Noah, con nuestros gemidos llenando la habitación mientras el invierno hace estragos afuera. Usando mi brazo bueno para sostenerme, lo acaricio suavemente mientras beso sus abdominales, deleitándome con su suave y firme piel y su sabor.

Bajando rápidamente, lo tomo con mi boca cada vez más profundo, sintiendo cómo me toca la parte posterior de la garganta. Se sacude y un gemido sale de su garganta.

Me muevo, arriba y abajo, contoneando mi trasero para Noah mientras chupo a Kaleb, de vez en cuando paro para chupar su punta, saboreando su semen.

Noah clava los dedos en mis caderas, penetrándome hasta el fondo, y sé que está a punto de venirse. Pero Kaleb me agarra y me aleja de su polla, besando mi boca ferozmente. Se baja de la cama, llevándome con él, y me empuja de vuelta a la cama, de cara a Noah esta vez.

Entrecierro los ojos, sin entender. ¿Qué?

Me empuja por detrás, forzándome a volver a la cama, y me subo sobre su hermano, esta vez montándolo de frente. Caigo

sobre Noah y Kaleb me empuja hacia el cuerpo de su hermano. Dejo de respirar por un momento. ¿Qué es lo que…?

Luego lo siento.

A él, detrás de mí. Entre nuestras piernas, sus dedos presionan en mi… otro lugar.

Me tenso.

Tengo la mente abierta, pero no creo que esto sea… una buena idea.

Kaleb me levanta y gira mi rostro hacia él, guiando mis caderas. Me muevo sobre Noah, sosteniendo la mirada de Kaleb mientras roza mi trasero, moviendo la punta de su dedo dentro de mí.

Trago, apretando, pero él mueve mi mano hacia mi coño, diciéndome que me prepare.

Froto mi clítoris en círculos suaves y lentos, y ahí es donde nos quedamos un minuto. Noah me manosea las tetas mientras me toco y el dedo de Kaleb descansa dentro de mí. Lentamente, me relajo.

Y, después de un par de minutos, empiezo a moverme en su contra, mi orgasmo construyéndose de nuevo.

Su dedo se siente bien. Se siente mal, pero de la mejor manera… Suavemente me empuja hacia adelante, y me hundo en la boca de Noah, moviéndome sobre su polla.

La polla de Kaleb me presiona, penetrándome, y dejo salir un largo suspiro, moviéndome hacia ella mientras él se mueve en el interior.

Fuego líquido corre a través de mí, y respiro entrecortadamente entre dientes mientras él entra muy lentamente. Respiro tras respiro, se hunde más profundamente y lo tomo lentamente, ajustándome y relajándome.

—Buena chica —dice Noah—. Te lo advertí.

Dejo salir una risa débil. *Sí, lo hiciste*.

Me dijo que a Kaleb le gustaba así.

Mi cuerpo los acepta a ambos, y lentamente empezamos a movernos. Noah toma un pecho y sostiene mi cuello con la otra mano mientras Kaleb toma el otro pecho y agarra mi cadera. Bajo sobre Noah, llevando a Kaleb a

mi interior y me balanceo hacia atrás, sacando a Kaleb mientras tomo a Noah.

Cierro los ojos, arqueando la espalda y sacando el trasero para Kaleb. Kaleb me embiste, con nuestro ritmo acelerándose rápidamente, y después de un momento los chicos están haciendo todo el trabajo. Noah me folla desde abajo mientras Kaleb golpea mi trasero una y otra vez, todo está lleno y mi cuerpo en llamas.

—¿Te gusta? —pregunta Noah. Asiento, delirando con placer.

—Sí.

Kaleb me folla por el culo pero me levanta para besarlo, sus labios son suaves y dulces.

Me mira, y ninguno de los chicos se rinde cuando toman lo que quieren.

Pero, para mí, el tiempo se detiene.

Su mirada sostiene la mía mientras me acaricia el rostro, y siento que quiere decir mucho, pero no lo hará. Pero lo siento.

Me siento segura.

—Kaleb —digo sobre sus labios—. ¿Me harás esto otra vez mañana?

Asiente y entierra su boca en mi cuello. Sonrío.

Masajean mis pechos, y lucho para mantener mis gemidos bajo control.

Dios, ¿qué va a decir o a hacer Jake cuando se entere?

—Nuestro pequeño secreto —dice Noah mientras se levanta para chuparme el pezón—. Nuestro dulce secretito.

Beso a Kaleb mientras Noah me besa a mí, y sostengo su cabeza contra mi cuerpo, encantada con su lengua en mi carne.

Piel sobre piel llena la habitación mientras mi trasero choca con Kaleb y Noah se tensa debajo de mí, gimiendo.

Llevo mis uñas por mis muslos mientras Noah me embiste y se viene, y Kaleb sostiene mi rostro hacia él, mirándome fijamente mientras follamos.

Me tenso a su alrededor, sintiendo que mi orgasmo vuelve, y me froto el clítoris para ayudar.

Mi cuerpo se calienta y mis nervios se disparan dentro de mí mientras la sensación de sentirme tan llena me lleva al límite. Grito,

viniéndome mientras Kaleb me agarra el cabello y arremete con más fuerza, enterrándose hasta la base.

—¡Oh, Dios! —grito.

Mis pechos rebotan mientras él monta mi trasero, y no puedo aguantar más. Caigo hacia adelante, lo único que me mantiene en pie es él sosteniendo mi cabello.

Gruñe, deja salir respiraciones cortas y se mueve con fuerza, jadeando mientras se derrama en mi interior.

—Dios —jadeo, temblando.

El sudor me escurre por la espalda y Kaleb me libera, dejándome caer sobre Noah. Nuestros cuerpos mojados se pegan, pero no me importa. Noah me rodea con sus brazos mientras Kaleb trata de calmarse detrás de mí, con su mano presionando la parte baja de mi espalda.

Cierro los ojos, saciada y embriagada. No tengo ni idea de lo que traerá el mañana, pero no tengo cabeza ahora para preocuparme. Estoy exactamente donde quiero estar y, al menos por esta noche, me quedo.

Los Ángeles y mi vida allí hace tiempo que están a un millón de kilómetros de distancia. Este es mi hogar.

Un poco más tarde, el fuego crepita mientras Noah duerme profundamente y Kaleb me sostiene contra su cuerpo. Dormito a ratos, escuchando el viento soplar, pero por dentro estoy caliente y segura.

Algo me tira del cabello muy suavemente, y registro vagamente la suave seda que se arrastra sobre mi frente. Pestañeo para ver a Kaleb meter mi lazo rojo en su mano y llevarlo bajo su cabeza, metiéndolo de nuevo en su funda de almohada.

Sonrío, conteniendo una carcajada, y me vuelvo a dormir.

Tiernan

Me despierto, la luz de la mañana cae sobre mi rostro, me sobresalto, cerrando mis ojos con fuerza mientras me doy la vuelta.

Pero cuando ruedo sobre mi brazo izquierdo, el dolor se dispara hasta la punta de mis dedos y todo regresa a la vez. Gimo, sentándome en la cama.

La sábana cae hasta mi cintura cuando miro alrededor de la habitación, la habitación de Kaleb, y veo que estoy sola.

Miro mi brazo vendado y veo que la sangre ha empapado la gasa. Dios, ¿en qué estaba pensando anoche?

Un dolor me recorre la cabeza y me estremezco, frotándome la nuca.

Después del incendio y la lesión, decidí perder la cabeza y…

Veo imágenes de los tres y sacudo la cabeza. No puedo enfrentarme a ello. Aún no. No es que no me encantara todo lo que sucedió aquí anoche, pero no debería haber sucedido.

Dios. Salgo de la cama tambaleando, con las piernas débiles mientras agarro la primera prenda que encuentro en el suelo. Necesito ibuprofeno y una ducha. Todo mi cuerpo está en llamas.

La hora en el reloj de la mesita de noche muestra que son las dos y dieciséis de la mañana pero sé que es más tarde que eso. Deben haber conseguido que la electricidad volviera a funcionar. Gracias a Dios.

Me pongo una camiseta negra, con el olor de Kaleb flotando a mi alrededor y la piel se me eriza recordando lo bueno que fue.

Y durante un momento estoy casi perdida otra vez. Me duele un poco el corazón, todavía siento sus ojos. Su boca. Sus brazos.

Algo comienza a sonar desde afuera y parpadeo, oyendo la excavadora. Hace ese sonido cuando va marcha atrás. Deben estar lidiando con el daño.

Salgo de la habitación, bajo las escaleras y miro por la puerta abierta de Noah mientras me dirijo al baño. Su cuarto está vacío. No es propio de él estar despierto y hacer tareas domésticas a esta hora del día, al menos voluntariamente. Le debe temer mucho a su padre.

¿Cómo empezó el incendio? Ahora que tengo la cabeza despejada, no tiene sentido. Han vivido aquí toda su vida. Jake les enseñó cómo ser diligentes para apagar la maquinaria y no dejar el fuego encendido sin supervisión.

Entro al baño y, apartando la cortina de la ducha, abro el agua. Debe ser algo que no sabíamos que era un problema. Como dijo Noah algo eléctrico, tal vez.

Apoyada en el lavabo, levanto un poco mi brazo, gimiendo porque me duele. Los músculos están tensos y bajo la mirada, comenzando a desenvolver la gasa.

Pero escucho pasos entrar al baño y levanto la mirada, viendo a Kaleb. Duchado, afeitado, vestido con vaqueros limpios y una camiseta azul marino, y se me calientan las mejillas, pensando en cómo me encantó todo lo que me hizo anoche.

Y aquí estoy yo, sucia, con el cabello colgando sobre mi rostro y una noche de sangre y sudor sobre mí. No solo mi sudor, por si fuera poco.

Lleva la lata roja y se acerca, la deja en el suelo y me aparta el cabello, inspeccionando mi rostro. Mi piel se calienta con su toque y, cuando gira mi cabeza, acariciándome la mejilla, me lleva un minuto darme cuenta de lo que está haciendo.

Las bofetadas. Se está asegurando de que no esté magullada.

Miro su boca, deseando haber escuchado su voz anoche. Pensé que lo había hecho un par de veces.

Levanto la mano, tocándole la mejilla yo también, comenzando a creer que imaginé todo lo que sentí emanando de él anoche, pero… se da la vuelta, retrocediendo un poco.

Mi mano permanece allí, suspendida mientras él deja caer la suya y comienza a hurgar en la lata.

Las lágrimas brotan de mis ojos. El viejo Kaleb ha vuelto.

—Kaleb —murmuro.

No hace contacto visual, y sus ojos se entrecierran mientras retira el resto de los vendajes viejos y comienza a limpiar los puntos.

—No sé lo que dijiste anoche —le digo—. Pero lo sentí.

Me sienta en el borde de la bañera y se pone en cuclillas, envolviendo un nuevo vendaje alrededor de mi brazo.

Lo miro fijamente, y la vergüenza comienza a aparecer cuando él no me mira.

No me sentí mal anoche. No sentí vergüenza entonces.

Ahora probablemente se esté preguntando con qué horario funciona la puta. ¿Quién me toma los jueves? ¿Los martes? ¿Nos vemos en mi cama o voy yo a la tuya?

Trato de tragar a través de mi boca seca, llorando.

—Lo sentí —le susurro de nuevo.

Lo sentí y fue perfecto. Sentí que quería que me abrazara para siempre. Fue un momento perfecto cuando todo se alineó durante un instante, me sentí llena y fuerte. Esos momentos son un tesoro.

Sus labios se contraen y sus manos se desaceleran, pero luego vuelve a concentrarse, asegurando el vendaje alrededor de mi brazo.

Me acerco.

Lentamente levanto mi brazo derecho, casi como si estuviera extendiendo la mano para que un perro la olfatee.

Lo siento quedarse quieto mientras el dorso de mi mano roza su rostro y aguanto la respiración.

Solo quiero saber que fue real. Fui suya en esos momentos. Finalmente cierra los ojos, exhala y se apoya contra mi mano, cediendo.

Un nudo se aloja en mi garganta, pero contengo las lágrimas mientras acaricio su sien.

—Ya no quiero pelear contigo —le digo—. Me iré, ¿de acuerdo? No tienes que temerme.

Sus ojos se abren, con sus cejas fruncidas por el dolor, pero no me mira.

—Me iré. Voy a arruinar a tu familia. No voy a lastimarte —susurro—. Prometo que me iré.

Solo déjanos tener esto.

Sus ojos abiertos, sus cejas grabadas por el dolor, pero no me mira.

—Me iré. No te arruinaré esta casa. No voy a lastimarte —susurro—. Prometo que me iré.

Solo déjanos disfrutar este tiempo.

Sacude la cabeza y no sé lo que está tratando de decir ahora pero, justo cuando creo que va a ponerse de pie e irse, su cabeza cae, hundiéndose en mi regazo.

Me quedo quieta, mirándolo. Su cabello oscuro no luce realmente negro ahora que tengo ahora lo suficientemente cerca como para verlo bien. El tatuaje se extiende desde debajo de la oreja y baja verticalmente por el cuello, pero incluso así de cerca la letra cursiva es demasiado fina para leerla.

No importa. Kaleb tiene cosas que decir. Simplemente no necesita que lo escuchen.

Sentada allí, agarro el borde de la bañera, y siento algo en mi pecho como si se estuviera partiendo mientras lucha por respirar con la cabeza inclinada.

Se desdibuja frente a mí mientras mis ojos se llenan de lágrimas. No va a ser fácil dejarlos… a todos.

Trago. Un sentimiento, no un lugar.

Amarlos ha despertado algo dentro de mí, y no quiero volver a ser quien era. Me gustaría que este cambio hubiera sido diferente, pero algunos de nosotros no aprendemos con el calor. Necesitamos el fuego.

Extendiendo la mano, deslizo mis manos por su espalda y me agacho, envolviéndolo con mis brazos alrededor.

Aprieto los ojos, saboreando esto.

Pero en ese momento escucho fuertes pisadas corriendo por las escaleras y una sombra cae sobre el baño.

—¿Qué diablos pasó? —grita alguien. Abro los ojos. *Jake*.

Sollozo, secándome los ojos mientras me siento, pero evito su mirada mientras se acerca a la puerta. Kaleb se levanta y se aleja de mí.

¿Qué demonios está haciendo Jake de vuelta ya? ¿Qué le digo?

Pero no parece darse cuenta de que Kaleb y yo nos estábamos abrazando.

Se apresura a mi lado.

—Dios… —Toma mi brazo, levantándolo suavemente para inspeccionar el vendaje y luego se agacha para tomar el manchado del piso.

—Está bien —le aseguro.

Le dispara a Kaleb una mirada de todos modos.

—¡Los dejo solos por una noche!

Kaleb me devuelve la mirada y mi estómago se hunde de inmediato.

Dios, se parecen cuando están enojados.

Pero luego Kaleb esboza una sonrisa, y no estoy segura de por qué, pero molesta más a Jake, y él sacude la cabeza, ordenándole a su hijo que se vaya.

Kaleb se va, sin dedicarme otra mirada.

—Está bien —le digo de nuevo una vez que Kaleb se va—. Los animales están bien. Yo estoy bien.

Jake cierra la puerta y se acerca, arrodillándose en el lugar de Kaleb y desenvolviendo el vendaje para echar un vistazo. Sus mejillas y nariz están quemadas por el viento, y su barba es un poco más oscura que su cabello.

—Un incendio comenzó en mitad de la noche —le digo—. Gracias a Dios que nos despertamos. Pudimos extinguirlo, pero me lastimé cuando intenté sacar a Shawnee del granero. No fue culpa de los chicos.

Lanza el vendaje e inspecciona los puntos.

—Joder —dice mordazmente—. Maldita sea.

—Ellos no hicieron esto —le digo—. Me ayudaron.

Sacude la cabeza y continúa mirando la herida. Levantándose, toma una toallita del estante y la moja mientras saca la vaselina del botiquín.

Lo miro, y la preocupación se hace un nudo en mi estómago.

—Has vuelto temprano.

Si hubiera aparecido hace diez minutos, me habría encontrado en la cama de Kaleb.

Si hubiera regresado anoche…

No es algo que planeaba ocultarle, pero no quiero que piense que nos deleitamos en su ausencia o que esto fue planeado.

—Tuve que regresar —me dice, dejando los artículos y tirando un par de ibuprofenos en su palma y entregándomelos—. La nieve era demasiado profunda y el viento demasiado fuerte. No iba a pasar otra noche allí afuera.

Baja, se apoya sobre una rodilla y limpia alrededor de los puntos, agregando un poco de vaselina mientras me trago las píldoras.

Lo miro, con sus labios a unos centímetros de distancia mientras me cubre la herida.

—Algo más sucedió anoche —susurro.

Disminuye la velocidad un momento, pero luego continúa, sin mirarme.

—Después del incendio… —continúo—. Con los muchachos.

No parpadeo y él tampoco mientras evita mi mirada. Se me revuelve el estómago.

—Yo…

—¿Ambos? —pregunta, bajanod la mirada para recoger una gasa que dejó caer al suelo.

—Yo… esto…

Pero las palabras no salen de mi boca y él no me obliga. Sus labios se tensan mientras envuelve mi brazo.

—¿Fueron buenos contigo?

Me lloran los ojos y asiento. No está gritando. No estoy segura de si me duele que no esté celoso o agradecida de que no esté

disgustado conmigo.

Pero está celoso. Su expresión dura y palabras cortantes me dicen eso. Abro la boca para explicarme. Lo amo, pero…

No lo sé.

Dejo caer la cabeza. No tengo ni idea de cómo explicar nada de esto.

O lo que siento con ellos.

Es solo que nunca me parece mal. Eso es todo lo que sé. Ante me parecía mal todo. Sin embargo, aquí no. No con ellos

—Yo…

—¿Terminaste esas solicitudes para la universidad? —me pregunta, interrumpiéndome.

Parpadeo, callándome.

¿Eh?

Solicitudes para la universidad…

¿Eso es todo? ¿No va a hacer esto más difícil?

Busco mis palabras, tomando la salida fácil que me está dando.

—Qué, ¿estás tratando de deshacerte de mí? —bromeo.

—Bueno, no sirves como cocinera con un brazo.

Me río entre dientes, y el alivio se apodera de mí mientras sacudo la cabeza.

Y luego me agacho, envolviendo su cuello con los brazos y abrazándolo. Se congela un momento pero luego se relaja, abrazándome mientras nos pone de pie.

Gracias.

—¿Estás bien? —Levanta la cabeza y me mira—. ¿O necesitas ayuda con la ducha?

Hace un gesto hacia la ducha, ahora caliente y llenando el baño de vapor.

—Estoy bien.

Supongo que puedo lavarme el cabello con una mano.

Me rasco la cabeza, abrumada. No tengo idea de qué pasará con los tres cuando salga de este baño.

Pero nada tiene que suceder a menos que yo quiera. Siempre hay eso. Todo puede terminar ahora.

Me quito la camisa y él me toma de la mano, sosteniéndome mientras me ayuda a ducharme. Voy a cerrar la cortina, pero me encuentro con sus ojos y puedo ver la mirada allí mientras él me la devuelve. Está pensando en entrar conmigo.

Pero, mientras veo la tentación jugar en sus ojos, finalmente veo cómo solo suspira, sacude la cabeza y pone los ojos en blanco, poniendo la cortina entre nosotros.

En un momento, la puerta del baño se abre y se cierra de nuevo, y sonrío. Gracias a Dios que lo hizo fácil.

Pero una cosa es segura. Demasiado de algo bueno es peligroso.

Voy a dormir sola esta noche.

—Mueve los caballos al potrero y comienza a limpiar los escombros.

—Ya lo hice —escucho a Noah decirle a su padre mientras bajo las escaleras—. Estoy limpiando los puestos ahora. Henderson envió un correo acerca de su pedido, así que revisa las nuevas especificaciones y yo me ocuparé del granero.

Entro en la cocina y veo que Noah saca un pequeño plato del microondas mientras rodeo la isla hacia el fregadero en busca de agua.

Pone el plato sobre el mostrador, y sus ojos caen sobre mi brazo.

—¿Está bien?

Lleno y vaso y asiento, lanzándole una media sonrisa.

—Está bien.

Un poco mejor después de mi ducha y el ibuprofeno. El calor curó la mayoría de los dolores de mi cuerpo.

Me mira fijamente, con una leve sonrisa jugando en sus labios, y los aleteos llenan mi estómago, haciéndome perder el aliento. Anoche hizo exactamente lo que dijo que iba a hacer. Me hizo el amor. Me besó mucho.

Me besó mucho anoche. Mis mejillas se calientan, recordando.

Empuja el plato hacia mí, sonriendo como si supiera exactamente lo que estoy pensando.

—La magdalena está caliente.

Levanto una ceja y agarro la magdalena del plato, tomo mi vaso y me alejo.

Escucho su resoplido detrás de mí.

Poniendo mi plato en la isla, le doy un mordisco cuando Noah se va. El dulce sabor me hace la boca agua. Anoche comí, pero me muero de hambre como si no hubiera comido en días.

Levanto la mirada y veo las cejas de Jake fruncidas mientras mira fijamente la puerta que Noah acaba de dejar pasar.

—¿Qué pasa?

Jake parpadea, sacudiendo la cabeza.

—Está ayudando —responde—. De buena gana.

Camina hacia la cafetera y se sirve una taza mientras yo bajo la cabeza para que no pueda ver mi sonrisa.

—Y el café ya está hecho —agrega, mirando la jarra con una mirada perpleja.

Tomo otro bocado. Las personas felices son más agradables. Lo sé bien. Noah está siendo responsable hoy porque está feliz.

—¿No tienes frío? —escucho a Jake preguntar.

Levanto la mirada y veo que me mira el brazo desnudo, porque llevo una camiseta sin mangas con solo un brazo dentro del suéter. El otro lado está doblado sobre mi hombro.

—La manga me lastima. —Me meto el cabello detrás de la oreja y tomo otro bocado.

Se acerca.

—Deberías permanecer en cama. No deberías estar levantada y caminando. Podemos manejar todo.

—No quiero quedarme en la cama.

He pensado en ello. Aunque no sea por otra razón que dormir un poco, pero…

No quiero estar en mi habitación. No quiero estar donde no ellos no. Ralentizo mi mandíbula. Va a doler irse cuando la nieve se derrita, ¿no? Los extraño cuando no estoy cerca de ellos. ¿Cómo será estar en un estado diferente cuando ni siquiera quiero estar en otra habitación?

—¿Dibujaste esto?

¿Eh? Vuelvo a la realidad y me giro, siguiendo su mirada. Ambas puertas del refrigerador están llenas de mis bocetos para los rediseños que estoy haciendo en los muebles. Enderezo la columna y camino hacia el refrigerador, confundida. Pensé que había arrojado esto a la basura.

Las arrugas cubren una de las piezas de papel, porque las tiré al cesto y la sacaron. Los otros bocetos los puse debajo del sofá cuando terminé de trabajar el otro día, en la sala, para quitarlos de en medio.

Ahora están colgados.

Me toma un momento darme cuenta de quién los puso allí. Giro la cabeza y veo a Kaleb ponerse una silla de montar sobre su hombro y llevar a Shawnee de vuelta al establo. Sonrío para mí.

—Son buenos —dice Jake—. No puedo esperar a ver el producto terminado.

No estoy segura de cuánto voy a hacer con un brazo, pero estoy emocionada de volver a la tienda. Jake toma su taza y comienza a salir de la cocina, pero luego se da vuelta y me mira, repentinamente serio.

—No quiero que te aventures fuera de la propiedad —me dice—. Y no salgas de noche, ¿de acuerdo?

—¿Por qué? —Me ha entrenado para tratar con animales salvajes. Pero me dice:

—El incendio comenzó en el desván. No hay nada allí que pudiera haber causado.

Lo miro fijamente. Entonces... ¿no fue eléctrico o algo que hicieron los chicos? ¿Qué…?

Y luego me doy cuenta. ¿Le prendieron fuego a propósito?

—Pensé que habías dicho que nadie podía subir aquí —le digo

—No. —Sacude su cabeza—. Dije que las carreteras estaban cortadas.

Sale de la habitación y lo veo boquiabierta. No habla en serio. ¿Alguien más podría haber estado aquí anoche?

Ajusto el atomizador, girando el dial a una posición más baja, y me alejo, rociando con una ligera capa de pintura dorada las partes más pronunciadas de la cómoda azul, violeta y verde. Sigo el perímetro de la parte superior, así como las patas y las cuatro esquinas.

Apagando la pistola, la dejo y me quito la máscara y las gafas. El azul y el violeta se funden entre sí, y me encanta cómo el azul va hacia el verde. El dorado le da brillo y, una vez que las manijas vuelvan a estar colocadas, creo que será increíble.

Sonrío. Me gusta.

Quitándome el cabestrillo en el que Jake me hizo meter el brazo, miro el vendaje y no veo que salga sangre. Realmente no lo necesito, especialmente porque tenía el brazo izquierdo lesionado y hoy me ha ido bien usando la mano derecha, pero Jake tenía razón. Mantenerlo inmóvil ayuda con el dolor.

Tomo dos aspirinas con un trago de agua y paso a Noah y a Jake mientras regreso a la casa.

Lavándome las manos miro por la ventana, veo las ramas y las hojas cargadas de nieve y un viento ligero que levanta el polvo de los acantilados de roca alrededor del granero y el establo. Desde este punto, el granero parece bien. No puedo ver el otro lado y toda la esquina que se quemó. Gracias a Dios que la mayor parte todavía es utilizable. Los muchachos pasaron la mañana limpiando los escombros y reparando lo que pudieron con los suministros que teníamos a mano antes de echar heno fresco.

La luz roja de mi teléfono se ilumina mientras me seco las manos, y lo enciendo para ver una llamada perdida de Mirai. Dejo escapar un suspiro.

Si hablo con ella, ¿con qué empiezo? ¿Con que me lastimé al caer sobre los escombros en un incendio en un establo o cómo estuvimos en una persecución policial o cómo tendré suerte de salir de aquí el próximo verano sin estar embarazada?

No. No estoy lista para dejar entrar al mundo. Ignoro la llamada.

Pero veo la fecha en mi teléfono y miro de nuevo. Es casi diciembre.

Navidad.

De repente, miro al exterior y veo los árboles que nos rodean. Se parecen a los árboles de Navidad. Me inclino sobre el fregadero para verlos.

Dudo que Jake decorara mucho cuando los chicos eran pequeños, pero estoy segura de que ponían un árbol. No es un Grinch.

Y estoy segura de que consiguió un árbol justo de su propio patio.

Alejándome del mostrador, salto al armario, agarrando mi abrigo, gorro y guantes. Me pongo todo rápidamente y luego me quito las zapatillas y meto los pies en las botas. Envolviéndome con la bufanda, corro a través de la cocina hacia la tienda, agarro un par de seguetas del estante de herramientas y salgo antes de que Jake o Noah puedan sacar sus cabezas de las motocicletas para hacerme preguntas.

El frío me hace picar las mejillas y nariz, pero las nubes están girando, prometiendo más nieve, y algo no puede evitar la sonrisa de mi rostro. Paso a través de la nieve, cubriéndome hasta las rodillas, mientras subo la pequeña pendiente entre el establo y la tienda hacia el árbol más perfecto que tenemos por aquí. Me fijé hace meses, pero con la nieve es aún más hermoso. Son tres metros de alto y está lleno en la parte inferior a medida que crece más angosto en la parte superior, tiene la forma perfecta.

Pero no lo voy a cortar. Y no le pediré a Jake que lo haga. No, sería una pena.

Sin embargo, necesito un poco de eso. Tiene mucho.

Caminando, doblo los dedos de los pies en las botas contra la nieve fría que se deslizó y golpeo las ramas, sacudiendo la nieve.

Me inclino y cierro los ojos.

El aroma del pino y la nieve huelen a Narnia y a Navidad. Casi puedo oler el papel de regalo.

Extiendo la mano con la segueta y tomo una de las ramas. Aprieto el mango, haciendo palanca contra la pequeña rama de izquierda a derecha, pero está congelada.

La nieve cae de una rama y aterriza en un trozo de piel descubierta de mi muñeca, y casi puedo saborear el sabor en el aire.

Tiro de la ramita y la giro, pero de repente alguien me rodea y la corta con un movimiento rápido.

Muevo la cabeza y veo a Kaleb mirándome. La duda que generalmente vive en sus ojos se ha ido, reemplazada por calma. Me da la ramita y la tomo.

—Quería hacer algo para la casa —digo en voz baja.

Pero no responde, por supuesto. A Kaleb no le importa lo que esté haciendo o por qué. Extendiendo la mano, corta otra ramita, y las agujas del pino esparcen la nieve sobre mis botas mientras extiende la rama hacia mí.

Asiento, tomándola. Abro la boca para decir gracias, pero me detengo. En cambio, me encuentro con su mirada y se lo digo con una pequeña sonrisa. Sin esperar a que se vaya, señalo otra, y él me rodea con ambos brazos, cortando la ramita y colocándola en mis brazos. Levanto la mano, señalando una rama más alta, y él se estira sobre mí, trabajando de nuevo para cortarla.

Nos movemos alrededor del árbol, escogiendo ramitas bonitas y largas con agujas densas, y no estoy segura de cuánto durará nuestra pequeña tregua, pero estoy segura de que durará más cuanto menos hable.

La siguiente rama se rompe, la nieve cae sobre mí y sobre mis pestañas y nariz. Un trozo cae justo en mi mejilla y hago una mueca, sacudiendo la cabeza y sacudiéndome el rostro. Sonrío, pero no me río. No hago ningún sonido. Cuando levanto la vista, Kaleb me está mirando con una inclinación divertida en los labios.

Tomo la rama y lo salpico, y su cabeza se aleja para evitar la nieve pero capto su sonrisa.

La mía cae, con una quemazón golpeando el fondo de mis ojos mientras lo miro fijamente. Esta es la primera vez que veo eso. Algo parecido a la felicidad en su rostro.

Se encuentra con mi mirada y rápidamente parpadeo para alejar las lágrimas, sin saber qué demonios me pasa. Esto es especial, nunca antes lo había visto sonreír.

Pasamos a la siguiente rama, le indico con un movimiento de cabeza que corte esa y algunas más cercanas. Las pone en mis

brazos cuando el viento se levanta y los truenos resuenan en lo alto. Un escalofrío me recorre la espalda.

Me toca de nuevo, con sus brazos rodeándome mientras pone la última rama en mis brazos y me quedo allí, esperando otra rama, pero…

No viene.

Cierro los ojos, sintiendo una ligera nevada golpear mis mejillas. Quiero darme la vuelta.

Y no quiero.

Kaleb me da miedo. Hacerle el amor, sentí como… Como si hubiera estado soñando.

Como si estuviera suspendida. No me gustó. Me encantó.

Estaba perdida pero en paz. A la deriva. Con Noah y Jake puedo ver el futuro. Sé lo que sucederá, pero con Kaleb no hay nada. No puedo ver los próximos cinco minutos, porque los sentimientos evolucionan. Cambian.

Me temo que perderé mi punto de apoyo. No quiero volver a ser quien era. Asustada, temerosa, insegura… No quiero que nadie vuelva a tener tanto poder sobre mis emociones.

Él se queda parado detrás de mí, su calor hace que el cabello de mi nuca se erice, y miro sus brazos a mi lado, sintiendo su cabeza caer contra mi coronilla.

Un nudo apieta mi garganta.

Pero de todos modos me recuesto en él, con un fuego corriendo por mi sangre.

Así es como me habla.

Su aliento caliente golpea la parte de atrás de mi cabello mientras lentamente me quita el gorro, con mi cabello cayendo sobre mi rostro mientras me tenso.

Luego baja el brazo con fuerza y me quita las ramas de las manos. Algo en mi pecho se derrumba.

Las ramitas caen al suelo y aprieto los puños, y mi sangre se acelera.

Un tornado golpea mi estómago y no me puedo mover. *Mierda*.

Sus manos caen por los brazos de mi chaquetón negro, sus dedos se aprietan a mi alrededor, tengo un momento antes de que

ponga su mano en mi espalda y me empuje hacia adelante.

Jadeo, tropezando sobre la nieve. El miedo hace que mi estómago se hunda un poco, pero también se calienta, haciendo girar el mundo. Me enderezo, a punto de darme la vuelta, pero él me empuja de nuevo, no hacia la tienda y la casa, sino… hacia el granero.

Echo un vistazo a la puerta cerrada de la tienda. Noah y Jake probablemente todavía estén trabajando en silencio dentro de la puerta cerrada.

Me empuja de nuevo. Y de nuevo hasta que empiezo a caminar.

Sale vapor de mi boca, mi cabello cae sobre mis ojos, y miro hacia atrás para ver su mirada fija en mí, siguiendo cada uno de mis pasos.

No seas amable. No me dejes olvidar lo que soy para ti.

Me empuja de nuevo y esta vez me doy la vuelta, lista para devolverle el empujón, pero carga contra mí, empujándome contra el granero.

Así es él. Una suave brisa un minuto, un ciclón al siguiente.

Hace exactamente lo que quiere.

Apenas respiro mientras se cierne sobre mi boca. Desenroscando mis dedos, me quita los guantes y trabaja con los botones de mi chaquetón negro. Agarrando las solapas, me lleva hacia sí, acercándome a sus labios.

Pero giro la cabeza. Sin besos. No esta vez.

Apretando los dedos, me lleva de nuevo contra él, bajando la boca, pero solo se acerca a uno centímetros. Me detengo, sacudiendo la cabeza.

No.

El calor de su mirada me quema la piel.

Me agarra por la mandíbula, y aprieto los dientes mientras me fuerza a levantar la cara y sus labios chocan con los míos. Su boca arde por su ira pero me fuerzo, manteniendo mis labios cerrados mientras lo empujo.

—¡Ah! —gruño.

Se tambalea hacia atrás y corro para escapar, pero me agarra de nuevo, con una mano en mi chaqueta y la otra en mi cabello, sosteniéndome contra sí mientras me mete la lengua en la boca. El calor húmedo envía una onda de shock a través de mí, y mis rodillas se doblan. Quiero envolverlo con los brazos.

Quiero disfrutar esto.

Pero giro mi rostro y sus labios se hunden en mi cuello.

—Kaleb, no —digo ahogadamente.

Sin besos.

Separa su boca de la mía, abre la puerta y me empuja al interior, siguiéndome y cerrando la puerta detrás de nosotros. Me quito la chaqueta, la lana me roza todo mientras salgo de su agarre. Respiro hondo por el dolor en mi brazo, pero se me olvida casi de inmediato.

Camino hacia atrás, frente a él pero incapaz de mirarlo. Si lo miro, lo perderé. Lo deseo demasiado.

—No me beses —murmuro más para mí que para él—. Por favor.

Me asustas.

Camina hacia mí, y lanzo una mirada preocupada a la puerta detrás de él, pero se sacude cuando el viento golpea y aúlla afuera y me siento encerrada. Estamos aquí solos.

Avanza lentamente hacia mí y retrocedo, golpeando una viga de madera y haciendo una mueca mientras la rodeo. Miro fijamente el suelo a sus pies, veo su camisa de franela negra y azul caer al suelo, seguida de su camiseta negra.

Pero no levanto la vista cuando cierra la distancia entre nosotros. Rodeándome la cintura, me levanta suavemente y me lleva a la pared, asentándome.

Sacudo la cabeza. No me gusta así. No me gusta suave.

Plantando su brazo en la pared sobre mi cabeza, se inclina y me toca el rostro.

Mi piel hormiguea donde me rozan las yemas de sus dedos, y tengo que apretar los puños para no temblar. Suavemente, sacudo la cabeza otra vez.

—No vayas suave —le susurro.

Cerrando su mano alrededor de mi nuca me empuja hacia él, y casi sonrío aliviada. Hasta que sus labios tocan mi frente. Presiona su boca contra mi piel, el calor se extiende por mis sienes y sobre mis mejillas mientras su pulgar me acaricia la mandíbula. Mi boca se abre, rogando tener el sabor de él.

Kaleb. Las lágrimas llenan mis ojos. *Por favor*.

El calor de su cuerpo me rodea y cualquier otra persona se congelaría aquí, pero ni siquiera puedo decirlo. Sus labios caen sobre mi sien mientras respira contra mi piel, y mi vientre se calienta, queriendo envolver mis brazos alrededor de él.

Su nariz se desliza por mi mejilla y luego toma mi barbilla, levantándola para forzarme a levantar la mirada. Pero la mantengo baja, respirando con dificultad.

Tómame y ya. Ambos nos vendremos y luego podré salir de aquí. ¿Qué está haciendo?

Toma mi mano y la planta sobre su pecho desnudo, pero aprieto la mandíbula e inmediatamente voy por su cinturón en su lugar. Le desabrocho los vaqueros y deslizo mi mano en su interior, agarrando su polla y frotando para endurecerlo. Sin embargo, me agarra la muñeca inmediatamente y me aleja de él.

Vuelve a colocar mi mano sobre su pecho.

El calor pasa a través de mis dedos, haciendo que el resto de mi cuerpo estalle en escalofríos, hambriento por el mismo calor.

Levanta mi mentón nuevamente, empujándome más fuerte cuando no levanto los ojos, y cuando se agacha, tomando mis labios, planto ambas manos en su pecho, tratando de mantenerlo alejado.

—¡No! —Giro mi rostro y su mano golpea contra la pared al lado de mi cabeza con ira.

Me estremezco. Toma mi mano nuevamente, esta vez colocándola en su rostro, rogándome que lo toque, que lo mire, que lo vea mientras sus labios se mueven por mis pómulos y ruegan acercarse a mi boca. Su aliento caliente busca desesperadamente el mío.

—Kaleb, no.

Finalmente se aleja de mí, el aire frío de repente entra entre nosotros y escucho su respiración agitada, porque lo he vuelto a enojar.

Finalmente levanto la mirada.

Su resplandor me atraviesa, y cada músculo en él está tenso. No lo entiende.

Miro a su padre. Miro a su hermano. Los toco.

Y anoche no me contuve en su cama, pero hoy sé que no puedo ir allí de nuevo, y él no lo entiende porque es como un maldito niño. Todos tienen que aceptar que no tiene que explicarse. Ahora sabe lo que se siente.

Agarrándome del cuello me arrastra hacia él, me abre la camisa y hace que los botones vuelen mientras la arranca de mi cuerpo. Levanto los brazos para cubrirme, y mi estómago se aprieta cuando lo veo apretar la camisa de Noah con sus manos y rasgarla por la mitad; la tela suena mientras se asegura de que nunca pueda volver a usarla.

Agarrándome por la nuca, me empuja hacia el capó del auto debajo de una cubierta gris y ni siquiera tengo tiempo para levantarme antes de que me baje los vaqueros, quitándome las botas y los calcetines.

Gruño, levantándome, pero la camisa arruinada de Noah me golpea el rostro y dudo solo un momento antes de golpearlo en la mejilla. Sonríe, con desafío y furia en sus ojos mientras me empuja hacia abajo, me lleva hacia él en el borde del capó y coloca una mano entre mis piernas, apretando sus dedos y mostrándome lo que es suyo. Jadeo, pero mueve la mano hacia mi boca, cerrándomela mientras tira de mi sujetador con su otra mano y cubre mi pezón con su boca.

Y por un segundo regresamos y terminamos lo que comenzamos la primera noche que nos conocimos. En un automóvil él toma lo que quiere, y yo no protesto lo suficientemente rápido, porque no quiero que se detenga. Agarro la camisa de Noah, tratando de cubrirme, pero él me la quita del otro pecho, con la ira escrita en todo su rostro ahora mientras acaricia mi coño, frotándolo y clavando sus dedos en mis bragas. Luego, levantando mis brazos

sobre mi cabeza, devora la carne de mis pezones y mi corazón late con fuerza mientras se me ponen los ojos en blanco. Mierda.

No te detengas. Justo así. No beses mis labios ni me mires ni me abraces. *Justo así*.

Se levanta, agarra la parte de atrás de mis rodillas y me pone en posición, empujando mis piernas para abrirlas mientras saca su polla.

Aprieto la camisa de su hermano contra mi cuerpo, cubriendo mis senos, antes de que agarre mis caderas y me penetre.

Aprieto los puños alrededor de la camisa y cierro los ojos cuando comienza a moverse entre mis piernas, mi espalda apretada contra el auto mientras empuja fuerte y rápido hasta que finalmente está completamente dentro.

Un gemido se me escapa. *Oh, Dios*. Parpadeo para verlo inclinado sobre mí con la mirada baja mientras una mano agarra mi muslo. Se retira, mirándome mientras entra de nuevo, con sus empujes cada vez más rápidos. Toma una ritmo, con tensión en la cara mientras me mira, y agarra la camisa de Noah, tratando de quitármela.

Pero la sostengo con fuerza. *Fóllame y ya.*

Me mira fijamente, algo que sabe que su hermano quiere, algo que pertenece a su hermano y padre, aunque sea un poco, y sabe que allá afuera no soy suya para.

¿Pero aquí? Puede robar un pedazo. Esto es lo que él puede tener. El estúpido pedazo de basura que odia, pero que puede castigar con un polvo duro cuando quiere recordarle para qué sirve. Esto es lo que somos.

Su polla me llena profundamente y mi estómago se tensa, porque se siente bien y no quiero que sea así.

Jadeando, cierro los ojos, negándome a gemir, pero siento que me arranca la camisa. Abro los ojos, gruñendo mientras me levanto. Imbécil…

Pero no me da tiempo para luchar contra él. Me rodea con sus brazos y cubre mi boca con la suya, sosteniéndome con fuerza.

Dejo de respirar.

Sus embestidas cesan de repente, y su olor me rodea mientras sus dedos se deslizan por mi nunca y sostienen mi cabeza hacia él, con el mundo girando detrás de mis párpados por el calor que nos rodea.

Kaleb.

Respirando con dificultad sobre mis labios, me mordisquea, arrastrando mi labio a través de sus dientes lentamente y de repente abro la boca como en piloto automático, dejándole que consiga lo que quiere. La idea de detenerlo duele más.

Levantándome, me lleva contra la puerta, levanta la cubierta y abre el auto, con el pesado metal crujiendo. Bajando la cabeza, me acuesta en el asiento delantero del viejo vehículo y el cuero agrietado me roza la espalda. Y él cae encima, volviendo a meterse en mí.

—No te detengas —le ruego en voz baja—. Por favor.

El sudor se filtra por los poros sobre mi labio superior mientras pasa la punta de su lengua por su boca. Me muero por besarlo.

En cambio, agarro sus caderas y lo insto a ir más rápido.

—¿Por favor? —le susurro al oído—. No vayas suave. No me dificultes la partida.

Suave con Jake está bien. Suave con Noah está bien. Me gusta.

Pero con Kaleb… Duele. Más lágrimas llenan mis ojos.

Se hunde en mi boca lenta y profundamente, y un tornado desgarra mi cuerpo, arremolinándose hasta mis piernas. Lloro contra su beso.

—¡Tiernan! —escucho que alguien llama—. ¿Kaleb? ¿Hay alguien aquí?

Abro los ojos y respiro hondo. *Noah*.

Kaleb pone su mano sobre mi boca y comienza a moverse mientras chupa y tira de mi pezón para que se endurezca.

—¿Hola? —grita Noah de nuevo, y su tono se agrava porque no puede encontrarnos. Sin embargo, la lona está sobre el automóvil y, aunque la puerta está abierta hasta la mitad, la cubierta del automóvil sigue sobre las ventanas, por lo que nadie puede ver.

Kaleb me llena, su gemido vibra a través de mi pecho mientras lame y chupa, y el sonido de su voz hace que los escalofríos se

extiendan por mi columna vertebral. Aspiro aire entre sus dedos, moviéndome contra él y tratando de salir de su agarre, pero su otra mano aprieta mi pecho y se lo lleva a la boca para que pueda devorarme.

Arqueo mi espalda contra ella, gimiendo bajo de su mano.

Jodeeeeeeeeeer.

Sus lentos empujones me provocan mientras besa y muerde, haciendo que mi interior empiece a girar como un ciclón, y aprieto las manos, queriendo tomarlo, envolverlos con mis brazos alrededor de él y mostrarle la misma atención.

Quiero tocarlo. *Dios, quiero tocarlo*.

Mi orgasmo comienza a llenarme y abro la boca para gritar, para llamar la atención de Noah, para que termine esto o se una a nosotros o algo así. Cualquier cosa para detener a su hermano y lo que está sucediendo, pero…

Aguanto la respiración, a punto de venirme, y… No grito.

Abro los ojos, quito la mano de Kaleb de mi boca y lo abrazo, besándolo tan profundamente que se queda quieto, con su cuerpo sacudiéndose por la sorpresa.

Kaleb.

Kaleb Van der Berg.

Mantengo los ojos abiertos y me muevo sobre sus labios, observando las arrugas de su frente profundizarse mientras lamo su lengua y gimo contra su boca. Las lágrimas cuelgan de la esquina de mis ojos, pero aprieto los muslos a su alrededor y me tenso contra sus empujes.

No me quiero venir todavía.

Hundiéndome en su boca, paso mis dedos por su cabello y sobre su cabeza, sintiéndolo derretirse en mis brazos. Deslizo mis manos por su pecho, rodeando su cuello y por su espalda antes de rodear su cintura, abrazándolo.

La puerta del granero finalmente se cierra, probablemente Noah ya se haya ido, pero ya no me importa. Esto no es real. Realmente no está sucediendo. Kaleb volverá a ser como siempre cuando salgamos de aquí y yo iré a llenar mis solicitudes para la

universidad, pero aquí ya no puedo luchar contra él. Quiero sentir esto. Quiero sentir lo que sentí anoche en su cama.

La lesión en mi brazo está a un millón de kilómetros de distancia.

Lo beso en todas partes. A lo largo de su mandíbula, la barba hace que me pique la piel, bajando por su cuello, detrás de su oreja, y volviendo a sus labios. Cuando todavía no se apresura a moverse dentro de mí y cierra los ojos, sostengo su cabeza y paso los labios por sus párpados y su frente, presionando suavemente, casi mareada por saborearlo. Su frente cae suavemente sobre la mía y lenta y silenciosamente follamos, abrazados. Bajo la mirada entre nosotros, mirándolo entrar mientras su boca se mueve a una pulgada de la mía, y sé que me está mirando. Quiero decirle cosas. Ruego por más. Pero, aún más, quiero escucharlo decirme cosas.

Lo miro a los ojos. Relajando su cuerpo sobre el mío, toma mi rostro y nos sostiene frente a frente mientras abro más las piernas. Nuestra piel se pega con sudor y le clavo las uñas en el culo, sintiendo sus vaqueros justo debajo.

En mi vientre algo se acumula, cierro los ojos con fuerza, lista para llorar mientras bombea más fuerte y rápido, pero me empuja el rostro con la mano, exigiendo que mis ojos permanezcan en él.

Sostengo su mirada verde, el orgasmo atraviesa mi cuerpo y el placer se desliza entre mis piernas cuando me empiezo a venir, aun así, no parpadeo mientras sostengo su mirada.

El aliento pasa entre nuestros labios, aprieto el estómago y luego… exploto, con una ola de hormigueo que se extiende por mis piernas y sube por mi pecho mientras él observa cada momento.

Abro la boca, sintiendo que me inunda y sin hacer ningún ruido mientras me aprieto alrededor de su polla y el calor me llena profundamente.

Finalmente, un pequeño gemido se me escapa.

Caigo contra el asiento, mis ojos finalmente se cierran cuando él cubre mi boca con la suya y empuja unas cuantas veces más antes de venirse él mismo. Su aliento caliente es como una droga, debilitándome mientras su polla palpita y se corre. El pulso en mi cuello late a kilómetro por minuto, y no puedo abrir los ojos. Todo lo que puedo hacer es abrazarlo con fuerza mientras su cabeza

descansa sobre mi hombro y su aliento golpea mi cuello mientras jadea.

Quiero eso de nuevo. Quiero eso un millón de veces más, para toda la

vida.

Pero tengo una sospecha disimulada. Me resultará difícil encontrarlo con alguien más.

Giro la cabeza y frente se encuentra inmediatamente con sus labios mientras su posesiva mano aprieta mi muslo.

Kaleb Van der Berg, eres de lo peor.

Tiernan

—¿Tiernan? —escucho a Noah llamar desde fuera.

Miro detrás de mí, viendo a Kaleb ponerse su camiseta y abrocharse la cremallera de sus vaqueros, pero su cinturón está desabrochado

alrededor de su tenso y cincelado estómago. Me muerdo el labio, y se me seca la boca por él otra vez.

Pongo los ojos en blanco. *Jesus*.

Abrochándome la camisa de franela de Kaleb, miro la camiseta rota de Noah encima del coche y me pongo el gorro antes de abrir la puerta.

—¡Tiernan!

—Estoy aquí —digo, saliendo a la nieve y poniéndome el abrigo mientras Noah se gira hacia mi voz.

—¿Qué demonios? —Frunce el ceño y camina hacia mí, con las mejillas tan rojas como su sudadera mientras el viento sopla y las puntas de su cabello que se asoman por su gorro—. Te he estado buscando por todas partes. Acabo de estar allí. ¿Dónde te escondiste?

Abro la boca, pero la puerta detrás de mí cruje y los ojos de Noah van sobre mi hombro. Kaleb sale, la nieve le cae en el cabello mientras se ata el cinturón y mira fijamente a su hermano.

Gimo internamente.

—Oh —murmura Noah.

Exhalando un respiro, me giro, mirándolo.

Sus ojos vacilantes se mueven rápidamente entre Kaleb y yo, pero por suerte se traga todo lo que quiere decir. Levantando mi teléfono, me lo lanza.

—El teléfono. No deja de sonar.

Desbloqueo la pantalla, viendo varias llamadas perdidas de Mirai. Mierda. Esto no puede ser bueno.

La llamo y me pongo el teléfono en la oreja mientras vuelvo a la casa.

—Tiernan —responde después del tercer timbre.

—Hola, ¿qué pasa?

Subo las escaleras y me dirijo a la puerta, con los nervios alerta, oyendo la alarma en su voz.

—No quería llamarte —dice—, pero no quiero que te enteres por nadie más.

Abro la puerta y me quito la nieve de las botas antes de entrar en la casa. ¿Enterarme de qué?

—El *Daily Post* publicó un artículo, afirmando por varias fuentes, que tu padre…

El miedo me llena, y casi cuelgo el teléfono. No me había dado cuenta de lo agradable que ha sido no dejar acercarse al mundo, y realmente no creo que quiera saberlo.

Pero no habría llamado a menos que fuera importante.

—¿Qué? —pregunto, quitándome el abrigo.

—Que tu padre era abusivo con tu madre —me dice—. Que la obligó a morir con él.

—¿Qué? —suelto.

¿Cómo llegaron a esa conclusión? ¿Y cómo es que tienen fuentes?

Porque no recuerdo que nadie más estuviera en la casa esa noche para presenciar nada.

Aprieto el teléfono en mi mano, pero inmediatamente me tranquilizo.

¿Por qué especularía alguien algo así? ¿Con qué propósito?

—¿Tiernan? —pregunta Mirai. Yo trago en seco.

—¿Sí?

Entro en la cocina, con el aroma del guiso de ciervo que Jake tiene a fuego lento llenando el aire mientras Kaleb y Noah entran en la casa detrás de mí. Jake se da vuelta desde el fregadero y se encuentra con mis ojos. Yo aparto la mirada.

—Sabemos que no es cierto —continúa Mirai—, pero no podemos hacer mucho al respecto, y…

Sacudo la cabeza, colgando el teléfono. Agarro mi computadora portátil en la mesa, la abro y busco en internet.

¿Para qué me molesto? No me importa lo que digan de mis padres. Tal vez revelaría que no eran perfectos, aunque el tema de discusión actual sea mentira.

Los chicos rodean la mesa, sin duda esperando a saber qué pasa, pero mientras la página se carga y escribo los nombres de mis padres, los titulares me asaltan de golpe.

Mi corazón late contra mi pecho.

—¿Qué dice? —pregunta Noah, mirando por encima de mi hombro.

Sacudo la cabeza, la ira me sube por la garganta, y no sé cómo hacer que se detenga.

—Las fuentes afirman que mi padre era abusivo —le digo, recorriendo un artículo—, dominante, y que mi madre le temía. Se la llevó con él porque no confiaba en su fidelidad una vez que se hubiera ido.

Esto es una mierda. Mi padre vivía para verla florecer.

Hago clic para salir del artículo, escaneando otros titulares, menciones de Twitter y enlaces a vídeos de YouTube. ¿En serio? ¿Vídeos de conspiraciones así de rápido?

Una mano agarra mi pantalla y hace girar la computadora, alejándola de mí.

—No lo mires. —Jake cierra de golpe la tapa—. Sabías toda la mierda que estaban vomitando, por eso te has mantenido alejada de internet.

Clavo mis uñas en la mesa.

—Bueno, ¿es eso posible? —escucho a Noah interrumpir. Su padre le echa una mirada.

—Quiero decir… No es que importe, ¿verdad? —se apresura a añadir Noah—. Eran unos imbéciles.

Respiro profundamente, tratando de no escucharlo. Pero tiene razón. ¿Importa? ¿Por qué me molesta?

—Este no es tu problema —me dice Jake con voz severa.

Levanto los ojos, encontrándome con su mirada tranquila. Paciente, pero… listo si lo necesito.

Me enderezo y levanto mi teléfono, pasando por mis contactos. Marco.

—Bartlett, Snyder y Abraham, ¿cómo puedo dirigir su llamada?

—Soy Tiernan de Haas —digo—. Necesito hablar con el señor Eesuola. Hay una breve pausa, y luego:

—Sí, señorita De Haas. Por favor, espere.

Kaleb se recuesta en una viga de madera entre la cocina y la sala de estar, con la mirada baja mientras su padre y su hermano me miran fijamente desde la mesa.

—Tiernan —responde el señor Eesuola—. ¿Cómo estás?

Me giro, apartando la mirada para tener privacidad.

—¿Has visto el artículo del Daily? —pregunto en voz baja.

—Sí, justo esta mañana. —Su voz es solemne—. Ya he enviado un Cese y Desiste.

Sacudo la cabeza.

—No.

Está callado un momento.

—¿Quieres que impriman una retractación en su lugar?

Suspiro y empiezo a caminar por la cocina.

—El daño está hecho —le digo—. Los lectores lo creerán sin importar lo que pase ahora. Pero no quiero que vuelva a suceder.

—¿Quieres convertirlos en ejemplo?

—Sí.

Ambos nos callamos, y espero que sepa lo que estoy pidiendo sin decirlo. Estoy segura de que debe parecer ruin, y puede que cambie de opinión, pero por lo que saben yo amaba y adoraba a mis padres. Es una mierda publicar una historia que no puedes probar cuando sabes que su hija huérfana está mirando.

—Hablaremos pronto —dice, entendiéndome.

—Adiós.

Cuelgo y camino hacia el lavabo, sacando un vaso de agua. Jake viene a mi lado.

—Podrías hacer una declaración. Me río en voz baja, cerrando el grifo.

—¿Su hija defendiéndolos? Eso es creíble —murmuro—. Si esto va a los tribunales, se verán obligados a dar cuenta de sus fuentes.

—Y puedes apostar a que no tienen ninguna.

—Sé que no tienen ninguna. —Me llevo el vaso a los labios—. Mirai y yo vivíamos en esa casa. Nadie controlaba a mi madre. A su lado era exactamente donde ella quería estar.

Tomo un trago y me giro, saliendo de la cocina y hacia las escaleras.

Necesito una ducha.

—¿Por qué te importa? —escucho a Noah decir detrás de mí—. Fueron horribles contigo.

Me paro en el tercer escalón, tratando de forzarme a seguir caminando, porque no sé cómo responder a eso. Me toma un momento darme la vuelta y encontrarme con su mirada.

La verdad es que no lo sé. Mi corazón no se ha ablandado hacia ellos, pero algo ha cambiado desde que estoy aquí. Se ha trazado una línea que antes no existía. Hay un límite para lo que voy a tolerar.

Me encojo de hombros, buscando las palabras, pero no sé de qué otra manera explicarlo.

—Son mis padres —le digo.

Sus ojos se estrechan mientras todos me miran. Pero eso es todo lo que digo.

Me doy la vuelta y sigo subiendo las escaleras, casi queriendo sonreír un poco. Mi madre y mi padre pueden o no merecer mi lealtad, pero defenderlos me hace sentir bien.

Retuerzo el alambre, atando las ramitas a la percha que robé del armario de Jake. Sólo tengo las de plástico, así que era imposible

hacer un círculo.

Usando los alicates, corto el exceso de alambre y aliso las hojas alrededor de la corona, sonriendo por la forma en que se abren en abanico, pero de una manera un poco caótica y salvaje. De pequeña, mi casa era decorada profesionalmente para las fiestas, con mucho blanco, y estoy emocionada por la sensación de una Navidad más natural. Y el olor.

Reviso las otras fijaciones de la corona y me arrastro a cuatro patas por el suelo de la sala, con los perros tirados frente al fuego mientras inspecciono la guirnalda que hice para la chimenea con las ramas que Kaleb y yo cortamos hace unos días. Mis dedos, con las puntas doradas de la pintura que usé en la estantería esta noche, rozan el follaje para ver si hay que añadir más alambre.

Pero algo me distrae, y levanto la mirada para ver a Jake mirándome mientras se sienta en el sofá. Sus ojos sostienen los míos un momento y luego parpadea y aparta la mirada, volviendo a ver la película. Muevo mi mirada hacia Kaleb, que está sentado y, mientras sus ojos están en la película, es consciente de todo lo que hay en la habitación excepto la televisión. Su mandíbula está flexionada, y mis mejillas se calientan.

Noah comprueba las puertas para asegurarse de que estén cerradas y se abre paso.

Me levanto del suelo.

—¿Me ayudas?

Él toma un extremo de la guirnalda y yo el otro, y el dolor en mi brazo se hace más fuerte porque el efecto del ibuprofeno está desapareciendo. Levantamos la decoración y la ponemos sobre la chimenea, cubriendo todo el largo, tres metros. Noah se retira, dejándome ahuecar y ajustarla, y me agacho, levantando la corona del suelo. Sujetándola por el gancho, se la entrego a Noah y hago un gesto hacia la puerta.

Él la cuelga y yo me quedo atrás, admirando todo mi trabajo. Ojalá tuviera un poco de cinta roja que añadir. La Navidad es en unas pocas semanas y, por primera vez en la historia, me apetece.

Pero, cuando miro a Jake, sus cejas se levantan como si esperara que algo más ocurriera por mi duro trabajo toda la noche.

Como si las ramas empezaran a brillar o algo así.

Me retiro un poco, masticando la comisura de mi boca.

—Si no te gusta…

Es solo un poco de espíritu navideño. No es como si hubiera cosido volantes en sus cortinas.

Pero se levanta de su asiento y me acerca, besándome la frente.

—Es hermoso, Tiernan. Me encanta.

Sus palabras dibujan una sonrisa en mi rostro.

—Bien. —Asiento una vez—. No quieres que me aburra.

Se ríe, pero Noah me agarra y me lleva a su regazo en el sofá.

—Si necesitas cosas que hacer…

Intenta hacerme cosquillas, pero salgo corriendo de su regazo. Jake golpea a Noah en la cabeza mientras se dirige a la cocina.

—¿Qué? —dice de golpe—. Eso no es lo que quería decir.

Sí, claro. Está intentando no reírse, pero su sonrisa es diabólica. No puedo evitar querer sonreír yo también. Aparto la mirada para que no me pueda ver.

Cuando lo hago, Kaleb sigue sentado en la silla, con dos profundas arrugas entre sus cejas mientras mira la televisión, pero no le está prestando atención.

Un escalofrío me recorre las piernas, desnudas con mis pantalones cortos de seda para dormir, y me bajo mi suéter a juego, cubriendo el estómago expuesto contra el frío.

—Ven conmigo —dice Noah. Me doy la vuelta y él se levanta del sofá, tomando mi mano—. Vamos.

Jake desaparece en la tienda, cerrando la puerta detrás de sí mientras Noah y yo entramos en la oscura cocina. Me apoya en el fregadero y saca una silla, sentándose mientras mete la mano debajo del suéter.

—Dame tu brazo —me dice.

Extiendo el brazo y él saca el botiquín que dejamos en la encimera, y comienza a desenvolver el vendaje mientras sostengo el suéter sobre mi pecho desnudo.

Lo veo limpiar mi herida, y sus ojos preocupados se dirigen hacia mí cuando siseo. La hinchazón ha bajado, pero cualquier presión todavía arde como un atizador caliente en mi piel.

Su toque es suave y caemos en silencio, conmigo masticándome nerviosamente el interior de mi labio. Él solo está tranquilo cuando tiene cosas que decir.

—Me alegra que defiendas a tus padres —dice en voz baja—. Incluso si no se lo merecen.

Lo observo; su tono inusualmente sincero es aún más conmovedor porque casi nunca sucede.

—Sé que haría lo mismo por mi padre —explica—. Pero él se lo merecería.

Me alegro de que se dé cuenta de eso. Tira el paño y se ríe amargamente.

—Soy una mierda. Ha estado solo estos años. Haciendo todo solo. Luchando solo por esta familia. —Sacude la cabeza, más para sí—. Realmente nunca nos hemos cuidado entre nosotros. Hasta ahora.

Recuerdo la sorpresa de Jake la otra mañana al ver a Noah ayudando sin discutir. Siempre se han cuidado. Comida, refugio, trabajo… supongo que se refiere a otra cosa. Como yo, que soy feliz y no pienso en mi pasado. Cuando te cuidan, te preocupas por los demás.

La respiración de Noah se vuelve superficial, y aun así no me mira.

—¿Qué pasará cuando te vayas? —pregunta.

Pero es más como si estuviera pensando en voz alta. ¿Seguirán cuidando del otro como una familia?

Y entonces se me ocurre… ¿qué me pasará a mí cuando me vaya? Esto se ha convertido en mi hogar.

Ellos se han convertido en mi hogar.

Me pone una venda limpia alrededor del brazo y se levanta, cerniéndose sobre mí.

Pero sigue sin mirarme, y los ojos empiezan a picarme. No me iré hasta dentro de meses. No quiero pensar en esto ahora.

Giro su barbilla hacia mí e inmediatamente se acerca, dejando caer su frente sobre la mía.

—¿Y si nunca te dejo ir? —murmura, y su aliento me hace cosquillas en los labios.

Mi barbilla tiembla.

—¿Y si…? —Sus brazos rodean mi cintura, y me abraza con fuerza—. ¿Qué pasaría si muchas cosas cambiaran antes del verano?

Escucho.

—¿Y si…?

Me agarra el labio inferior entre sus dientes, haciéndome aspirar un aliento antes de soltarlo.

—¿Y si te follamos hasta que estés embarazada? —susurra.

—¿Para mantenerme aquí? —lo desafío.

¿Dejarme embarazada a propósito? Pero sacude la cabeza.

—Para mantenerte conmigo.

Entrecierro los ojos. Abro la boca para hablar, pero no sé qué decir. Es Noah con quien debería estar. Si tuviera que estar con uno. Es joven, amable, atento… Habla conmigo. Puedo crecer con él.

Es bueno.

Entonces, ¿por qué no se lo digo?

Tomo su cara con mis manos, no estoy segura de lo que quiero decir, pero antes de tener la oportunidad de hablar una forma oscura aparece detrás de él.

Miro por encima de su hombro y veo a Kaleb. Dejo caer mis manos de su hermano.

Noah se gira, y ambos vemos la mirada en llamas de Kaleb mientras mira entre nosotros. Se acerca y casi me estremezco, preparándome para que me agarre o golpee a Noah, pero simplemente me agarra la mano y me sostiene la mirada mientras me lleva con calma hacia él.

Voy, y el calor sube instantáneamente por mi brazo desde donde sus dedos se entrelazan con los míos.

Acaricia un mechón mío entre sus dedos mientras me mira a los ojos.

Abro la boca para hablar, pero no sé lo que quiero decir. Es joven, no es tierno y no es atento. No habla conmigo y no puedo crecer con él.

Kaleb no es bueno.

Pero es a él a quien quiero. Todo para mí. Ahora mismo.

En la ducha, a oscuras y solo nosotros, con sus brazos alrededor de mí.

Chica estúpida.

Sus ojos oscuros se dirigen a su hermano y sacude la barbilla, ordenándole a Noah que se vaya.

Oigo a Noah moverse.

—¿Estás bien con esto? —me pregunta. Sin apartar la vista de Kaleb, asiento.

Lo siento, Noah. Algunas lecciones solo se pueden aprender de la manera más difícil.

Noah suspira y entra en la tienda para unirse a su padre mientras Kaleb entrelaza mis dedos con los suyos, llevándome por las escaleras. Estoy dolorida, cansada y me siento culpable, como si estuviera confundida por muchas cosas ahora mismo, pero no lo estoy. Todo lo que importa son los próximos cinco minutos. La próxima hora. No importa cuánto tiempo esté con él.

En lugar de llevarme a su habitación, abre la puerta de mi habitación y me hace entrar, haciéndome pasar por delante de él. Tropiezo cuando me suelta la mano, deteniéndome.

¿Qué demonios?

Me doy la vuelta y lo miro parado ahí. Mira hacia mi cama, con sus ojos repentinamente duros, y sacude la barbilla, ordenándome.

¿Qué?

Me toma un minuto averiguar lo que quiere.

—¿Dormir? —pregunto.

¿Quiere que me vaya a la cama?

—Apenas son las nueve —discuto.

Me señala con el dedo y luego a la cama, ordenándome de nuevo, esta vez con el ceño fruncido.

Luego se da la vuelta y sale de la habitación, cerrando la puerta tras él. ¿Qué mierda?

Y entonces lo escucho. Metal contra metal. Un cerrojo. Mis ojos se abren de par en par.

Corro hacia la puerta, girando la manija.

—¿Kaleb?

La puerta no se abre, y la golpeo con una palma y sacudo la manija con la otra mano.

—¿Qué es esto? —grito—. ¿Es en serio?

Sabía que era demasiado bueno para ser verdad. Su calma abajo era una mierda. Estaba enojado.

Tiro de la puerta, golpeándola con la mano de mi brazo sano.

—¡Esto no es gracioso!

¿Cerró la puerta con llave? No había ningún cerrojo esta mañana.

¿Cuándo lo puso? ¿Está bromeando? Oh, Dios mío.

—¡Jake! —grito—. ¡Noah!

Pero no pueden oírme porque están en la tienda.

Escucho sus pisadas por las escaleras, pero en lugar de lágrimas la ira me hace hervir la sangre. Voy a matarlo. Celoso e inmaduro hijo de puta de mierda. ¡Voy a matarlo!

Pateo y golpeo la puerta.

—¿Y si tengo que ir al baño? —grito.

¡Estoy jodida!

capítulo 26

Él da vueltas alrededor de la cama, sin apartar los ojos de su forma oscura debajo de las sábanas. Ella misma se agotó. Gritó durante una jodida hora aquí cuando él cerró la puerta con llave, y ahora se ha desmayado.

Rayos de luz de luna brillan en su piso, el silencio en la casa hace que la nieve caiga contra las puertas de vidrio en armonía. *Tap, tap… tap. Tap, tap… tap*.

Él se sube a la cama, cerniéndose sobre ella sobre sus manos y rodillas mientras ella duerme.

Afortunadamente, su padre y su hermano nunca supieron lo que pasó. Estaban en la tienda, lejos de su pequeña rabieta, pero incluso si no lo estaban, él estaba listo si decidían ir a rescatarla.

Él está harto de que ella se prostituya. Follando con él hoy en el granero, dejando que su padre la toque y la bese esta noche, y luego a punto de dárselo a su hermano cuando le da la espalda.

Está harto de verla sonreír cuando trabaja en sus estupideces en la tienda.

Enfermo de su alegría por la nieve o lo feliz que la hace alimentar a los caballos.

Cansado de ver cómo su cabello cae sobre su mejilla mientras lee en la mesa o cómo tuerce los labios hacia un lado cuando se concentra en una tarea.

Cansado de sus gritos por la noche y de lo patética que suena durante sus pesadillas.

Él la mira fijamente, ladeando la cabeza cuando su respiración se vuelve superficial y ella aprieta su camisa en su cuello. Su rostro se tensa y se sacude. La pesadilla está comenzando.

Inclinándose, roza su nariz con la suya, cerrando los ojos y sintiendo su jadeo y cómo su cuerpo se tensa y flexiona mientras sueña. Frunce el ceño y su barbilla tiembla, y una parte de él quiere hacer lo que siempre hace. Tomarla en sus brazos, calmarla y que vuelva a dormir bien.

Pero esto no es lo que ella es cuando está despierta. Ella es mala, y él ya no se olvida de eso.

Hundiendo su boca en la de ella, la besa, su gemido desaparece por su garganta mientras su cuerpo se tensa y luego se relaja. Casi se ríe. Él podría ser cualquiera en este momento. Él dejará caer sus bragas y se deslizará dentro de ella, y ella ni siquiera abrirá los ojos para decir quién es, porque en realidad no importa.

Él deja un rastro de besos a lo largo de su mejilla, sus ojos aún cerrados, aún no despierta. Él mueve sus labios sobre su piel, moviendo su boca, pero incapaz de pronunciar las palabras*. Coño bonito*.

Él muele en ella una vez. Eso es ella. Coño.

Al bajarse de ella, observa su rostro mientras le quita suavemente los pantalones cortos. Los deja caer al suelo y vuelve a flotar sobre ella, observando su rostro mientras desliza su mano dentro de sus jodidas bragas.

Sus dedos se arrastran entre sus piernas, incitándola a abrirse para él, pero tiene que detenerse un momento para cerrar su mano en un puño, porque ella es muy suave y tersa. Le encanta tocarla. Empujando su camino, encuentra su clítoris, y como una maldita puta, sus rodillas se desmoronan. Él sonríe, persuadiendo a su pequeña protuberancia en círculos. ¿Su papá le hace esto a ella? ¿Quizás su hermano? Ella gime por ellos, ¿no?

Él levanta su dedo, lamiéndolo, y luego lo vuelve a poner sobre ella, escuchando sus dulces respiraciones y gemidos mientras la hace vibrar. Él la mira a la cara. Pronto sabrá que es él.

Ella deja escapar un hermoso gemido mientras arquea su cuello hacia atrás y comienza a moverse hacia él, deseándolo. Su papá y

Noah están dormidos, y él la tiene toda para él.

—Kaleb… —murmura, agachándose para agarrar su mano, pero sin moverla de ella—. Eres un imbécil.

Él sonríe. Él lo es, y a ella le gusta actuar como si le importara. Poner una pelea un minuto y rogar por una polla al siguiente. Ella no lo detendrá, porque mientras alguien la esté follando, no tiene que recordar toda la nada que es.

—Lento. —Ella jadea—. Por favor…

Pero él no se detiene. Él le quita la mano de la suya y la obliga a subir por su pecho, haciendo que ella se levante la camisa para él.

Ella se levanta la parte superior, dejando al descubierto sus bonitas tetas, y él las observa moverse de un lado a otro mientras ella se mueve en el frotamiento. Él se inclina hacia atrás, sentándose sobre sus talones mientras mantiene una mano sobre su clítoris y mueve los dedos de su otra mano más abajo.

Él se burla de su culo, frotando el apretado agujero y observando cómo se queda sin aliento.

—¿Kaleb? —ella dice nerviosa.

Pero él no se detiene. Frotándola y sin detenerse, presiona la punta de su dedo justo dentro de ella y lo mantiene allí mientras folla con su clítoris más rápido. Su culito se aprieta alrededor de su dedo, cálido y haciendo que su polla se hinche dolorosamente, pero eso lo enoja más.

Desliza un dedo justo dentro de su coño, humedeciendo sus dedos y sigue masturbándola mientras su dedo en su culo permanece inmóvil. Eventualmente, ella se adapta y se relaja, excitándose de nuevo y cómoda mientras se mueve hacia sus manos. A ella le gustan ambos agujeros llenos.

Porque por supuesto que lo hace.

Después de unos momentos, él puede deslizar su dedo más adentro, y ahora tienen un ritmo, la habitación se llena de gemidos y jadeos mientras ella sube hacia su orgasmo.

Casi titubea. Mirándola, casi quiere que ella tenga esto, porque es muy hermosa y le encanta verla sonreír.

Le encanta verla emocionada por la nieve y feliz dando de comer a los caballos. y lo cariñosa que es con los animales y lo bien que se

sintieron sus brazos cuando lo abrazó en el carro hoy en el granero.

Pero él saca sus manos de sus pequeñas bragas rojas, dejando que su cuerpo tiemble y sus gemidos queden sin respuesta.

—No, por favor —susurra ella—. Casi estaba allí.

El sudor gotea por su frente, y se siente jodidamente enfermo, pero se baja de la cama, dejándola colgada.

Hasta aquí todo bien.

Ahora para la segunda ronda.

—Kaleb… —le suplica.

Él la ignora, deja caer sus jeans al suelo y la tira de la cama. Ella se queda allí, tambaleándose por la fatiga, y él se agacha para deslizarle las bragas por las piernas. Ella se las quita, sus manos sobre sus hombros.

—¿Me quieres? —ella pregunta en voz baja.

La pregunta le da pausa.

—¿Ni un poco?

Y si no estuviera mirando el cuerpo de una mujer, podría pensar que un niño le estaba hablando con lo inocente y dulce que suena.

Ella traga en seco.

—Pensé que a una parte de mí le gustaría que no hablaras. —Ella levanta los brazos mientras él se pone de pie y se quita la camiseta por la cabeza. —Puedo decir cosas y no tener que escuchar tu respuesta. Yo también odio hablar.

Él no la mira mientras saca el condón de su bolsillo y lo abre, deslizándolo.

Ella se para allí.

—Todo lo que puedes hacerme es irte —murmura, pero luego suspira—. Odio cuando te alejas.

Él la empuja hacia atrás sobre la cama y se sube encima de ella, evitando sus ojos.

—Odio la forma en que me miras a veces —susurra, y él puede escuchar las lágrimas—. Como si yo no fuera nada.

Él le levanta la rodilla y se mete dentro de ella. Sintiéndola abrirse y tomarlo mientras él se desliza dentro y fuera hasta que está enterrado hasta la empuñadura. Él se acomoda encima de ella,

forzando a que el placer y la calidez se desplacen por su cuerpo y sacudiendo sus palabras de su cabeza.

—Y luego otras veces… —Ella lo besa, envolviendo sus brazos alrededor de su cuerpo y deslizando la punta de su lengua dentro de su boca. Se endurece aún más, aspirando aire entre los dientes.

—Yo tampoco sé hablar a veces —le dice ella—. Así es como hablamos. Esta es la única vez que siento que me quieres.

La parte posterior de sus ojos arde, y él la besa profundamente, saboreando las lágrimas en sus mejillas. La besa por todas partes. A él le gusta ella. Ha querido tocarla desde el primer momento, y ha estado ahí, observando, mientras ella empezaba a reír poco a poco y se convertía en parte de todos ellos.

Él empuja, la parte superior de su cuerpo moldeada a ella mientras encierra su cabeza entre sus brazos y la besa.

—Kaleb…— ella jadea, apretando su coño—. Kaleb. Dios.

Él puede sentirla a punto de correrse. Ella siempre se corre tan bien. Él mueve sus caderas cada vez más rápido, queriendo amarla. Queriendo dejarla tenerlo, porque está hecha para él. Ninguno de los dos sabe cómo dejar que la gente los ame, pero no tienen que hablar entre ellos. Así es como lo dicen.

Él no saborea a nadie como quiere saborearla a ella. Su olor, los ruidillos que hace, sus manos… cómo sabe. La sensación de sus brazos alrededor de él se siente como si él pensara que nada podría hacerlo.

Él quiere amarla.

Él quiere complacerla.

Quiere confiar en ella y verla abrazando a su bebé algún día.

Sus embestidas son lentas mientras se pregunta cómo la aman ellos también. Todas las palabras que susurra en sus camas.

Ella no es difícil de complacer.

Y mientras las imágenes de su padre y su hermano con ella esta noche pasan por su mente, recuerda…

Las mujeres que ama lo olvidan.

Él se detiene y ella gime, su cuerpo tiembla cuando el segundo orgasmo intenta atravesarla, pero pierde fuerza y se aleja, dejándola flotar de regreso al suelo.

—No —exhala—. Por favor… Kaleb, ¿qué estás haciendo?

Tiernan

Se levanta, me agarra y me da la vuelta. Algo rodea mi muñeca, y sé lo que es antes de siquiera mirar.

La correa que me regaló en mi cumpleaños está sobre mi mesita de noche y la toma, la aprieta alrededor de mi muñeca y luego la enrolla en la cabecera de hierro forjado.

Oh, mierda. Tira de él, llevándome hacia arriba, y no tengo más remedio que agarrar las barras con ambas manos para apoyarme mientras él me asegura.

Me separa las rodillas.

—Kaleb… —empiezo a protestar.

Siento mi humedad en el interior de mi muslo, y todos los músculos dentro de mí arden. Tiemblo. ¿Qué está haciendo?

Él clava sus dedos en mis caderas y me lleva hacia él, penetrándome rápidamente con su polla. Cierro los ojos con fuerza, pican por la crudeza con la que me está tratando mientras casi me perfora. Esto no se siente bien.

—Kaleb…

Pero no sé lo que quiero decir, me está dando vueltas la cabeza.

Me folla duro, golpeando con fuerza sus caderas detrás de mí mientras me aferro de la cabecera y mi cabello rebota sobre mi espalda.

Me pasa una mano por el cabello, agarrando la parte posterior de mi cuero cabelludo y, durante un momento, no puedo respirar. Todo lo que escucho es el sonido de piel golpeando piel cuando él aprieta las manos y hace que mi cuerpo duela.

—Kaleb, para.

Me baja más la espalda, haciendo que mi trasero sobresalga mientras suelta mi cabello y estira el brazo para pellizcarme los pechos y clavarme los dientes en el cuello.

Lágrimas brotan de mis ojos, aguanto mientras bombea más fuerte y rápido.

Pero es demasiado. Duele.

Está usándome. Follándome como si no fuera nada.

—Kaleb, para.

No me escucha, y su mano aterriza en mi trasero con un fuerte golpe y su aliento entra y sale de sus pulmones. Lanzo un grito, y el cinturón se clava en mi piel.

—¡Alto! —grito.

Desabrocho la correa, alejo mi muñeca y luego me doy la vuelta, golpeándolo no sé cuántas veces. Me echo a llorar al ver la ira en su rostro y salgo de la cama. Desnuda, salgo corriendo de la habitación. Me atrapa y me lleva de nuevo contra él, pero lo abofeteo y entro en la habitación de Noah, cerrando la puerta. Golpea la madera y escucho a Noah moverse en la cama.

—¿Qué mierda?

Me alejo de la puerta, esperando a que Kaleb entre, pero…

No entran. Intento recuperar el aliento, pero mis rodillas comienzan a

ceder.

—¿Tiernan? —preguta Noah.

Me arrastro a su cama, empujándolo y abrazándolo por detrás. Lo envuelvo con mis brazos como una banda de acero.

—Vuelve a dormir —murmuro, tratando de calmar mis lágrimas.

—¿Qué hizo?

—Nada. —Entierro mi cabeza en su espalda, en la piel cálida que huele a mi gel de baño que siempre me roba—. Déjame aferrarme a ti.

—¿Te hizo daño? —pregunta, tratando de darse la vuelta, pero no lo dejo—. Dime la verdad.

No puedo hablar. Solo sacudo la cabeza. *Yo soy la única que me lastima*. Creía que era real. Lo que sea que haya pasado entre nosotros durante el tiempo que duró.

Me odia. Eso no es amor.

Kaleb no regresa a la puerta de Noah, y creo que escucho sus pasos en las escaleras en algún momento, pero después de unos minutos mi respiración se calma y mis lágrimas disminuyen. Noah solo yace allí, dejándome abrazarlo.

Aprieto mis brazos alrededor de él otra vez.

No entiendo lo que está pasando. Me desea un minuto y me aleja al siguiente. Es tierno y horrible. Vulnerable y odioso.

Me comparte con Noah y luego se vuelve posesivo. ¿Qué es lo que quiere?

—Estaba con nuestra madre —me dice Noah, rompiendo el silencio. Abro los ojos, sintiendo su voz vibrar contra su cuerpo.

—Era un día lluvioso de primavera, y un chico con el que había estado saliendo estaba con ellos —continúa Noah—. Habían ido a la tienda, o eso le dijo a mi papá. En cambio, fueron a una casa blanca por un camino de tierra en alguna parte y dejó a Kaleb en el auto. Lo encerró y le dijo que volvería en un momento. —Hace una pausa y luego continúa—: Entró y la breve parada se convirtió en una fiesta. Se drogó, perdió la noción del tiempo y durmió en la casa.

Esta es la segunda vez que Noah menciona a su madre. Él debía haber sido un niño pequeño en ese momento.

—Estaba solo en el auto sin nadie a kilómetros de distancia que pudiera escucharlo gritar o llorar cuando los minutos se convirtieron en horas. Y las horas en días. —Cierro los ojos, sin querer escuchar el resto—. No había comida en el auto y la única agua que tenía provenía de la gotera en el techo cuando llovía.

Intento no verlo, pero una imagen de un niñito solo, con frío y hambriento pasa por mi mente. Kaleb era un niño. Estaba indefenso.

—En algún momento la garganta se le puso en carne viva de tanto gritar —explica Noah—, pero cuando mi padre finalmente lo

encontró, no estaba llorando ni gritando. Estaba sentado en una silla, rodeado de su propia inmundicia mirando y apenas prestando atención cuándo finalmente le abrieron la puerta.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto—. ¿Cuánto tiempo estuvo ahí?

Le toma un momento responder.

—Cuatro días.

Mi cara se contrae y caen lágrimas silenciosas.

—Algo se jodió en su cabeza —me dice Noah—. ¿Qué pasa por tu mente cuando te sucede algo así? ¿Cuando un día se convierte en dos y dos en tres? Tienes cuatro años. No puedes salir. No puedes averiguar qué hacer para ayudarte. Te estás muriendo de hambre. Tienes frío. Estás solo. No puedes ponerte en pie. No sabes cuándo vendrá la ayuda…

Le doy vueltas a todo en mi cabeza un momento, tratando de imaginar cuánto tiempo le parecerían las horas a un niño de cuatro años. Los minutos con miedo parecen horas, y las horas de miedo parecen una eternidad.

—Debe haber sentido que fue enterrado vivo —agrega Noah—. Los médicos dijeron que se dio por vencido. Simplemente levantó un muro y, con el paso de los años, no hablar se convirtió en el único control que tenía cuando no tuvo ninguno durante esos cuatro días en ese auto. Su voz era lo único que nadie podía exigirle. Era su forma de castigarlos a todos. Una forma de hacer que el mundo comparta su dolor.

Las lágrimas me cierran la garganta. Sí, sé cómo es eso. Negarme a cualquier cosa que me haga feliz, negármelo durante mucho tiempo porque no podía dejarlo ir. Porque no me podía importar.

Kaleb ha estado castigando al mundo toda su vida, casi como yo. Desafortunadamente, el mundo sigue adelante y nos castigamos a nosotros mismos.

—No llores por él —susurra Noah finalmente—. Especialmente no delante de él.

Después de un tiempo, Noah vuelve a dormirse y no estoy segura de cuánto tiempo permanezco allí, pensando en lo que me dijo.

Kaleb casi muere. Lentamente. Penosamente. Sería una pesadilla para cualquiera a cualquier edad. ¿Cuánto recuerda?

Ojalá no mucho.

Sin embargo, eso lo cambió. Se encerró en sí mismo y no pudo volver a confiar en nadie. Por eso no habla. No por despecho, no necesariamente. No quiere darle a nadie un pedazo de sí mismo otra vez. La gente te hiere.

Puede que ya ni siquiera sepa hablar. Para empezar, no es como si los niños de cuatro años recitaran discursos. Realmente no puedes perder una habilidad que nunca tuviste.

Y está lastimando a toda la familia. Su madre debe estar en prisión por otras cosas para mantenerla allí tanto tiempo, por lo que está muerta para ellos. Jake tuvo que criar a dos niños solo, a kilómetros de la ayuda que Kaleb necesitaba, y Noah nunca conoció a su hermano. Nunca ha sabido lo que Kaleb podría haber sido. Todos han estado solos, y en algún momento en el tiempo que he estado aquí todos hemos aprendido a preocuparnos por los demás, pero yo también creé un problema completamente diferente. Kaleb no podía aprender a vivir con otra mujer en la casa y, cuando lo intentó, las líneas estaban jodidas. ¿Cómo encajo en su vida? ¿Era su prima? ¿Su amiga? ¿Su hermana?

¿Suya?

Alejo mis brazos de Noah y bajo mis piernas de la cama, sentándome, y proceso el peso de mi rol en todo esto. Él actúa mal. Me trató mal esta noche. Y también estoy confundida. También estoy cometiendo errores.

Pero no quiero lastimarlo. Todo lo que sé con certeza es que puedo estar ahí, a su lado. Tal vez con el tiempo confiará en mí como una amiga.

Con suerte como en alguien que al menos se preocupa por él.

Me levanto, miro el reloj y veo que son más de las cuatro de la mañana. Tomo una camisa limpia de la canasta de ropa de Noah que él nunca guarda y me la pongo. Saliendo de la habitación, cierro la puerta y me dirijo a la ducha.

Sin embargo, tan pronto como abro la puerta el vapor me golpea. La ducha está abierta y veo a Kaleb sentado en el borde de

la bañera. Me detengo, y mi corazón late de nuevo.

Sus codos descansan sobre sus rodillas cubiertas por sus vaqueros, baja el cabeza en silencio. No levanta la vista.

Casi me doy la vuelta y me voy. Necesito espacio. Él necesita espacio.

En este momento ambos lo necesitamos.

Pero no lo hago. Entro y cierro la puerta.

Lentamente camino hacia él y me paro frente a él, esperando. Tal vez a que haga un movimiento o que se levante y salga por la puerta, pero no me iré en meses. No puede alejarse de mí.

Cuando no hace un movimiento para escapar, extiendo la mano y rozo ligeramente su oscuro y suave cabello.

El inmediatamente me agarra y acerca su cabeza a mí. Suelto un suspiro.

Me acerco, arrodillándome y rodeando con mis brazos su cintura, y recuesto mi cabeza sobre su pecho, abrazándolo. Desearía saber lo que quiere. Desearía haber confiado en él y desearía que él confiara en mí.

Amigos es una mejor manera de comenzar. ¿Podemos volver a empezar?

Sus brazos cuelgan sin fuerzas a un lado y, aunque me deja abrazarlo, no me devuelve el abrazo. Lo dejo ir, dejándolo tener su espacio.

Lo miro, pero no me mira a los ojos. Agarra mi camisa, mirándola. Es la camiseta de Noah.

—Está bien —le digo suavemente—. No hice nada con Noah. —Paso mis manos por sus brazos—. No voy a…

Toma mi mano derecha con su mano derecha, y me doy cuenta de que está sosteniendo algo. Me detengo, lo saco y tomo el trozo de madera de su puño.

—¿Qué es esto? —Pero ni siquiera me toma un segundo darme cuenta exactamente de lo qué es.

La tapa azul verdosa de mi baúl, la que pinté con detalles dorados. Lo giro en mi mano, y mi corazón late con tanta fuerza que un sudor frío estalla en mi frente.

—¿Qué pasó? —Dirijo mis ojos a los suyos, respirando con dificultad—. ¿Qué hiciste?

Las lágrimas brotan de mis ojos y dejo caer la tapa, corriendo hacia la puerta. No. Corro desde el baño, bajo las escaleras, y el dolor y la ira se me agolpan en el estómago cuando entro en la tienda. El aire helado me golpea cuando veo la puerta abierta, salto por las escaleras, entro a la tienda y doy vueltas, buscando frenéticamente mi baúl. Mi primera pieza. La que me ayudó a diseñar.

Y de repente no está allí, y veo el barril afuera en el camino cubierto de nieve, escupiendo fuego, con los restos de la madera del color que la pinté sobresaliendo de la parte superior.

Mis manos se disparan hacia mi cabeza y todo se vuelve borroso frente a mí mientras sollozos silenciosos me atraviesan.

No.

Me paro en la puerta abierta, viendo chispas volar hacia la noche negra y lo que queda mi pieza se destruye rápidamente. El cabello me cubre la cara y me tapo los ojos con las manos, incapaz de soportar verlo.

Pero en mi cabeza todo lo que veo son mis estúpidos dibujos infantiles en la basura.

Estúpida, estúpida… Lloro sobre mis manos.

Las escaleras crujen detrás de mí y aprieto los dientes, queriendo matarlo. Quiero lastimarlo. ¿Por qué hizo eso?

Girándome, me dirijo a la pared con los pies descalzos y agarro un tubo. Cuando me doy la vuelta, él está al alcance. Levanto el tubo como un bate de béisbol, mirándolo y lista para matarlo. He terminado. No puedo aguantar más.

Lo muevo, pero en lugar de golpearle la cabeza golpeo el maldito acero contra la estantería que terminé hoy. El costado se astilla, cediendo, y me dejo ir. Perdida en mi furia, golpeo el maldito mueble. La golpeo con el tubo con todo la fuerza que pude, en la parte superior, y me muevo al escritorio que comencé hace unos días también.

—¡No puedes lastimarme! —grito—. ¡No hay nada que puedas quitarme! No me importa nada. ¡No soy nada! —chillo, destruyendo

todo lo que hice y golpeándolo tan fuerte como quiero, porque esto es todo. Ahora sabe que no hay nada que pueda hacerme. No hay nada que nadie pueda hacerme. Ya nadie tiene ese poder. Nadie importa.

Lloro, cubriéndolo con otro gruñido. *Nadie*.

—Soy más fuerte que tú. No hay nada que puedas hacerme.

—¿Qué demonios? —escucho a alguien gritar—. ¿Qué demonios está pasando?

Alguien me agarra y me quita el tubo de las manos, y me doy la vuelta para ver a Jake. Su camisa está abierta y sus pies descalzos, y Noah se queda en la puerta, mirando todo con horror.

Jake mira entre su hijo y yo, respirando con dificultad. Aprieto los puños, y un hermoso entumecimiento me llena.

Kaleb me mantiene la mirada por un momento y el pulso en su cuello palpita, pero luego se da vuelta y toma la ropa de la secadora, terminando de vestirse. Ni siquiera tiene las botas atadas antes de ponerse el abrigo y agarrar su mochila, dirigiéndose a la puerta.

—Espera, ¿qué demonios está pasando? —Jake agarra a su hijo. Kaleb se suelta de su agarre y continúa caminando.

—¡No vas a ir a ningún lado con este clima! —le grita a Kaleb.

Kaleb se detiene, se da vuelta y me mira. Sus ojos vacilan un momento, parece que lo siente o algo así, y por un momento creo que va a volver.

Simplemente sostiene mi mirada, pone su mano sobre su pecho y lo toca dos veces.

No sé lo que significa, y no me importa.

Sin perder otro momento, se da vuelta y se va, desapareciendo en la noche fría.

Tiernan

Le doy un mordisco a mi tostada, sosteniéndola entre mis dedos mientras tengo el libro abierto en la mesa. Sus ojos me queman las mejillas, pero evito sus miradas mientras copio notas del texto en mi cuaderno.

Doy otro mordisco.

—¿Estás bien? —pregunta Jake.

Doy la vuelta al cuaderno, continuando la frase que estoy escribiendo.

—Estoy bien.

El viento aúlla en el exterior, la nieve se levanta y golpea las ventanas. Los animales han sido atendidos, pero hoy no haremos mucho más afuera. Las temperaturas están bajo cero.

No es que haya ayudado mucho últimamente, y no me importa lo que Jake tenga que decir al respecto. Lo reto a que busque pelea.

—Estás bien —repite Noah—. Has dicho eso todos los días durante la última semana. Y, aun así, apenas nos hablas.

La culpa me pica, y olvido lo que estoy escribiendo. Lleva un momento recordar la palabra que estaba anotando y continuar.

Noah no merece mi silencio. Jake tampoco, en realidad. Pero es que todo duele. No sé qué es lo que me pasa exactamente o por qué, pero estoy enojada y no puedo fingir que no lo estoy. Jake siguió a Kaleb esa noche y yo fui directamente a la ducha que

seguía abierta, sentándome allí durante media hora antes de que mis escalofríos y mis lágrimas desaparecieran.

Sin embargo, cuando volvió, volvió solo, no he llorado desde entonces. No hemos visto a Kaleb.

—Siento que le hiciera eso a al baúl —me dice Jake, sosteniendo su taza de café.

Pero me encojo de hombros.

—No importa. No es como si me lo fuera a llevar en abril, de todos modos.

—¿Abril? —Noah sale de repente, y lo oigo moverse en su silla—. La universidad no empieza hasta agosto.

—Pronto terminaré mi trabajo de la escuela —les digo, sin levantar la mirada—. Tan pronto como los caminos estén despejados, me iré a casa.

Tengo dieciocho años, soy financieramente independiente y no pertenezco a este lugar. ¿Por qué me quedaría?

Siento a Jake acercarse, tenso.

—Esta *es tu* casa.

Me arden los ojos y flexiono la mandíbula para evitar que mis emociones traicionen que me gusta oír eso.

—Te amamos —añade. Pero me río.

—¿Qué pensabas? —pregunto, todavía escribiendo—. Saltaría de cama en cama todas las noches durante el resto de mi vida, como si no estuviéramos todos completamente locos… No me iba a quedar.

¿Qué esperaba que pasara? ¿Qué me casara con uno de ellos? ¿Vivir en el fin del mundo para tener sus bebés?

O tal vez volveríamos a ser una familia. ¿Tío, primos, sobrina?

¿Traería a mi marido aquí algún día para conocerlos y el pobre nunca sabría que he follado a todos en esta casa?

¿Cómo pensaba Jake que iba a terminar esto?

—Nos habríamos alejado —dice—. Kaleb está enamorado de ti.

—Kaleb… —Exhalo una risa—. Es un animal. Me sorprendería que recordara el color de mis ojos ahora mismo. Como cualquier chica, solo importo tanto como su siguiente juguetito. Para eso soy buena para él. Para follar.

Termino de escribir mi frase.

—No tenía razón. —Jake me observa mientras Noah se sienta tranquilamente frente a mí—. Y se comunica perdiendo los estribos. Estaba equivocado, sí, pero estaba herido. La única mujer a la que ha amado se olvidó de él. Casi lo mata. —Hace una pausa—. Está enamorado de ti, Tiernan. Estaba celoso.

Las lágrimas brotan, un llanto que no dejo salir. Quiero sacudir la cabeza. Quiero gritar y decirles que no importa. No puede tratar a la gente así, y es su elección cómo se comunica. Nadie le impide decir lo que tiene que decir.

Así que está celoso. Así que su padre y su hermano le estorban. No tuvo ningún problema en compartirme la noche del incendio. ¿Se supone que debo leerle la mente cada vez que cambie de opinión de repente? No es un humano. Es una bestia. Su amor es una mierda.

Me enderezo, cierro de golpe mi libro y recojo mis cosas mientras me levanto de la mesa. Camino alrededor de la cocina, rápidamente sacando los pensamientos de mi cabeza cuando me voy.

—Tiernan —me llama Jake.

Me detengo, dudando un momento antes de girar la cabeza. Jake está sentado en su silla, mirándome.

—Cuando Kaleb dejó de hablar, traté de usar el lenguaje de señas con él —me dice—. Todavía recuerdo algo de eso.

Y luego pone la palma de su mano en el pecho y da dos golpecitos, imitando el gesto que Kaleb hizo antes de irse la semana pasada.

—Esto —dice—, significa mía.

Vapor sale de mi boca, flotando en el aire. El pico está adelante, la vista es muy parecida a la primera vez que estuve en este balcón en agosto. Pero también es muy diferente.

El frío a pasado por mi gorro de punto blanco, y me abrazo con la manta de cuadros marrones que Mirai me envió en otoño y una taza de cacao en mis manos.

Mis dientes castañetean. El frío del viento está muy por debajo de cero.

Y, por un momento, bajo la guardia y me pregunto. ¿Dónde está él? Observo el paisaje, los árboles cubiertos de nieve se extienden hasta el pico nevado, hermoso y desolado. Frío y solitario.

Sólo hay dos direcciones por las que habría ido. Más hacia el bosque, a la cabaña de pesca. O al pueblo.

Kaleb odia el pueblo.

El frígido aire me pica los labios. Otros doce grados bajo cero y congelarte puede ocurrir en tan solo quince minutos. Mis dedos absorben el calor de la taza, pero incluso ahora la sangre se enfría, lo que dificulta estirarlos.

Intento quedarme más tiempo, sentir lo que puede estar sintiendo él ahí fuera, pero hace demasiado frío. Me encanta la nieve, pero cuando llega a esta temperatura ya no es divertida. Me doy la vuelta y la nieve de mi balcón cruje bajo mis zapatillas de suela dura.

Abro la puerta de cristal, me quito los zapatos a patadas y entro en mi habitación, cerrando la puerta detrás de mí. El fuego crepita a mi derecha.

Me acerco a mi cama y levanto mi almohada, oliendo la funda. Huele a suavizante. Lavé las sábanas después de que Kaleb se fuera, pero su olor seguía aquí de alguna manera. Ahora se ha ido.

Tirando la almohada, dejo caer la manta en la cama y me quito el gorro, ahí de pie durante unos tres segundos antes de dejar que mis pies me lleven. Saliendo de mi habitación, merodeo por el pasillo, arrastrando los pies un momento antes de desaparecer por las escaleras de Kaleb. Son solo las tres de la tarde y, a pesar de la tensa conversación en la mesa del desayuno esta mañana, Jake y Noah están trabajando felizmente en la tienda, acercándose en ausencia de Kaleb. ¿Cómo es que no están más preocupados? Yo estoy enojada con él, pero es invierno. Podría morir ahí fuera. ¿Y no alcanzó a llegar a la cabaña?

Girando el pomo, abro la puerta de su habitación, oscura excepto por la luz que viene de la ventana, y entro.

Cierro los ojos, inhalando su olor. El mundo gira detrás de mis párpados, y me siento mareada. ¿Por qué no puede el olor de Noah hacerme esto? Estaría feliz de tenerme en sus brazos esta noche. Se le da bien no ser obvio, pero sé que quiere abrazarme. Quiere que lo mire.

Entrando en la habitación, me acerco a la cama y tomo una de las almohadas de Kaleb, con las sábanas arrugadas y la manta medio colgada en el suelo. Presiono la almohada contra mi nariz, y el frío helado de su funda me hace temblar antes de que pueda inhalarlo.

La atraigo, sin oler nada al principio, pero luego está ahí. Sigue ahí. Los árboles y los cardos, la madera y el cuero. Y algo más. El calor se arremolina en mi vientre y me siento en la cama, débil.

Hace frío aquí. Está oscuro y polvoriento. La chimenea está negra por los años de ceniza y, aunque no se llevó nada que yo notara, parece abandonada.

Caminando hacia la pared del fondo, me paro en la ventana y miro fijamente el bosque, el paisaje nevado hermoso y tranquilo.

Sigo enojada.

Y si él entrara por la puerta ahora mismo y quisiera hacer las paces, probablemente me daría la vuelta y me tragaría las sobras que quisiera ofrecer. Él ganaría.

Está ganando ahora mismo. Ha pasado una semana, y estoy de vuelta donde estaba cuando llegué aquí. Infeliz, porque…

Porque sólo valgo algo si alguien quiere amarme. Igual que con ellos.

Las lágrimas que han estado ardiendo en la parte posterior de mis ojos durante la última semana se secan, y respiro larga y profundamente, liberando todo y el peso sobre mis hombros junto con ello.

Soy más que esto. Quiero vivir.

Dándome la vuelta, salgo de la habitación y cierro la puerta, echando un último vistazo a su espacio antes de irme.

Luego, bajo las escaleras y entro en la tienda, subiendo la música que los chicos están escuchando mientras empiezo con el armario.

Noah me sonríe, me pongo las gafas y todos nos ponemos a trabajar.

Tiernan

Girando la manija, acelero el motor, la rueda trasera patina y forma una media luna en la nieve. Me siento, dejo mis botas en los pedales y acelero, corriendo por el camino de entrada salado mientras las nubes oscuras cuelgan sobre mí.

Me encanta este clima. Estamos a menos cuatro y, aunque diciembre y enero fueron pesados, no tardé mucho en acostumbrarme. Apenas llevo un abrigo estos días.

Ni siquiera estoy segura de qué día es, sólo que es febrero. Creo…

Me detengo en la puerta de la tienda y me quito el casco, colgándolo del manillar mientras me bajo de la moto.

—¡Me encanta! —le digo a Jake.

—¿Quieres una?

Sonrío, viendo cómo se limpia la grasa de las manos.

—Tal vez algo que pueda usar en la calle sin problemas.

Él sacude la cabeza y yo me apoyo en la lavadora, quitándome las botas a patadas. La manga de mi hermoso jersey de las Islas de Arán se está deshilachando y un cordón de lana cuelga de mi mano, pero solo me hace sentir bien, porque sé que he vivido con mi ropa, la he usado durante horas y días haciendo cosas que me gustan.

Hay cinco muebles en los que he trabajado alrededor de la tienda. Dos mesas, un cabecero, otro baúl y un armario. Habría

terminado más en los últimos dos meses, pero con el trabajo de la escuela me fue imposible, además hice mis solicitudes para la universidad y probé montones de nuevas recetas, usando nuestra comida perecedera mientras siguiera en buen estado.

Sin embargo, aún pasarán al menos ocho semanas antes de que pueda probar una manzana fresca y crujiente. No puedo esperar a volver al pueblo.

Otros días sueño con que la nieve nunca se derrita.

Tengo mugre bajo las uñas y nunca necesito maquillaje porque estoy afuera todos los días, ganándome mis mejillas rosadas como si fueran medallas.

Jake tira el trapo y me mira.

—No te causaría problemas —me dice—. Si la guardas aquí.

Me encuentro con su mirada, pero luego me agacho para sacar la ropa de la secadora.

—Para cuando visites, quiero decir.

Asiento, pero no lo vuelvo a mirar. Sé lo que quiere. Le encantaría que me quedara, pero se conformará con que le asegure de que esta casa será mi base cuando esté de vacaciones.

Asume que me he calmado y que me quedaré todo el verano.

Pero no puedo. Puede que sea la razón por la que Kaleb no ha vuelto a casa. Tal vez lo haga una vez que me haya ido.

Sin responder, pongo la ropa limpia encima de la secadora, meto la húmeda y subo las escaleras de la casa.

Soplando contra mis manos, me las froto mientras el calor de la chimenea calienta el área. La culpa me pincha mientras renuevo la comida y el agua de los perros. No quiero ignorar las palabras de Jake, pero tengo dos meses todavía. Al menos.

No tengo que temer dejarlos todavía.

Por supuesto que parece que fue ayer cuando dije lo mismo en diciembre.

Pasando por la sala de estar, subo las escaleras, pero la puerta principal se abre detrás de mí y miro por encima del hombro, viendo a Noah entrar. Se quita las botas, el gorro y los guantes de trabajo.

Levanta la mirada, y mis ojos se encuentran con los suyos. Sonríe como un demonio y mi corazón se salta un latido. *No*.

Jadeo y subo las escaleras, escuchando sus pisadas detrás de mí, cargando contra mí. Grito, agarrándole el brazo cuando pasa por delante de mí, con los dos tropezando y riendo mientras corremos hacia la ducha.

—¡Yo primero! —grito.

Los dos nos dirigimos al baño, cerrando la puerta de golpe. Yo caigo al suelo y él me sigue, agarrándome las piernas para impedir que me levante. Lo pateo, gritando y riendo, agarro el lavabo para levantarme.

Me lanzo a la ducha pero él se levanta, me agarra y presiona su cuerpo contra el mío.

Mi estómago tiembla, sintiendo su calor y su aliento rodeándome. Y, en un momento, todo se calma. La risa desaparece.

Se cierne sobre mí, su pecho sube y baja contra el mío, y puedo oler el fuego en su ropa por lo que quemó afuera.

Su polla me frota a través de mi ropa, y me muevo.

—Puedes ir primero —digo—. Parece que tienes que ocuparte de algo. Trato de hacerme a un lado, pero me detiene.

—*Tú* necesitas ocuparte de algo.

Me mira fijamente, y puedo sentir el calor que emana de él. Todo lo que se interpone en su camino soy yo.

—¿Lo amas? —pregunta—. Porque, si no lo amas, ven a la ducha conmigo, porque mi cuerpo está gritando.

Me quedo quieta.

Tal vez debería. Se sentiría bien.

Kaleb se mantiene alejado por una razón, después de todo. O está tratando de sobrevivir a mi partida, no tener que verme, o tal vez sabe que no puede esperar volver y encontrarme intacta ante su larga ausencia, especialmente en una casa con hombres con los que ya he estado.

Todo el mundo quiere que esto suceda.

Sin embargo, mientras se inclina, planto mis manos en su pecho.

—No.

Sacudo la cabeza, manteniéndolo alejado.

—¿Lo amas? —pregunta.

—No lo sé. —Frunzo el ceño.

Pero no te amo a ti. No así.

Noah necesita a su hermano mucho más de lo que me necesita a mí.

No quiero estar en medio.

—No te gastes todo el agua caliente —digo, y salgo del baño.

Bajando las escaleras, voy a la cocina a revisar el guiso en la olla, pero un leve grito llega a mis oídos y levanto la mirada, viendo a Jake al teléfono.

—¡Si no la pones al teléfono te juro que la sacaré de allí por aire!

—Joder —gruñe Jake, quitándose el auricular de la oreja y mirándome fijamente—. Tiernan…

Me lanza el teléfono, sosteniendo el café en su otra mano.

—No quiero que esa mujer llame aquí —me dice—. Contesta tu teléfono.

¿Eh?

Me llevo el teléfono a la oreja.

—¿Esa mujer? —repite Mirai con desdén—. ¿Qué significa eso? Si es una bestia.

—Hola.

—Hola —interviene, de repente dándose cuenta de que estoy al teléfono—. Felices fiestas, Tiernan.

Me estremezco.

—Sí, lo sé. Lo siento.

Hemos estado comunicándonos por correo electrónico y mensajes de texto durante las últimas diez semanas y, aunque ella ha llamado, no he respondido. No tenía ganas de hablar. Con los mensajes de texto podemos hablar rápidamente sin tratar de inventar nada de lo que hablar.

—Tiernan…

—Lo siento mucho —le digo de nuevo—. Estaba…

—Viviendo tu vida —termina por mí—. Lo entiendo. Pero no te vas a deshacer de mí tan fácil, señorita.

—Lo sé. —Me apoyo en la encimera mientras Jake se queda por aquí, mirando en la nevera y tratando de parecer que no está

escuchando—. ¿Recibiste mi regalo?

Ella suelta una carcajada.

—Sí. Muy generoso. ¿Estás diciendo que necesito vacaciones?

—O una aventura —bromeo—. Una aventura furiosa, ardiente y loca con un hombre. O varios.

Jake gira la cabeza y me mira por encima del hombro. Le compré a Mirai un viaje a Fiji. A ella y alguien más.

—¿Que sabes? —Mirai se ríe de nuevo.

—¿Es guapa? —me susurra Jake.

Lo miro, con la molestia en su rostro desaparecida repentinamente.

Pongo los ojos en blanco.

—Entonces, ¿eres feliz? —me pregunta ella.

Noah enciende la música arriba mientras Jake levanta la tapa de lo que estoy cocinando, metiéndole una cuchara para probarlo. Esta noche me van a hacer ver a *Starship Troopers* por primera vez. Estoy a gusto, bien alimentada y muy querida.

No hay nada que necesite ni que me haga falta. Pero aun así, bajo la vista.

—Casi —murmuro.

Hablamos un poco, y ella me informa que el señor Eusola la contactó sobre la mierda de chismes; consiguieron que el periódico imprimiera una retractación y que despidiera al periodista. Con suerte, establecerá un ejemplo de que no estoy interesada en tolerar rumores sobre mis padres durante el resto de mi vida.

Después de colgar reviso la cena, agregando las papas que pelé esta mañana.

Lavándome las manos, miro por la ventana, viendo cómo la nieve alrededor del camino de entrada ha comenzado a derretirse. Todavía esperamos más tormentas, pero los últimos días han sido un buen alivio de las temperaturas amargas.

Me inclino, mirando lo que puedo ver del cielo. Las nubes parecen pesadas. Va a caer más nieve.

Siento a Jake detrás de mí y miro hacia atrás, y también lo veo mirando por la ventana.

Él baja la mirada, y hay algo íntimo en cómo sus ojos caen a mi boca. Da un paso atrás.

—Lo siento.

—Está bien.

No hemos estado juntos desde antes del incendio. He estado durmiendo sola desde que Kaleb se fue.

Me seco las manos mientras él toma un sorbo de café.

—Se acerca otra tormenta —dice.

Asiento, mirando más allá de los árboles. Está empezando a oscurecer.

—¿Alguna vez se ha ido tanto tiempo?

Odio haber preguntado, pero he querido preguntar todos los días. Han pasado más de dos meses. ¿Alguna vez se ha perdido la Navidad? ¿Alguna vez se queda tanto tiempo?

—No —finalmente responde Jake.

—¿No estás preocupado?

Hace una pausa, su voz tranquila mientras explica:

—No te llevaré al bosque en invierno. Y no podemos dejarte aquí sola. Si no está de regreso para cuando te vayas, entonces entraré.

Para cuando me vaya…

Por primera vez, me doy cuenta. Puede que no vuelva a ver a Kaleb.

—Tiernan, quiero que te lleves a Noah contigo cuando salgas de aquí —dice Jake.

Mi turno.

—¿Qué pasa contigo?

¿Está cediendo? Noah está desesperado por irse. ¿Por fin lo ha aceptado?

Y Kaleb se ha ido. Si me llevo a Noah, entonces Jake estará solo. Me mira, con una media sonrisa resignada en los labios.

—Estaré bien.

Parpadeo para aliviar la quemazón de mis ojos. No quiero que Jake esté solo aquí. Si Kaleb ha sobrevivido allí tanto tiempo, es posible que nunca regrese. Imaginar a Jake solo esta vez el próximo invierno… me duele.

Me pongo de puntillas y lo envuelvo con mis brazos, sintiendo que sus manos también me rodean.

Sosteniendo su cabeza, entierro mi nariz en su mejilla, con un sollozo alojado en mi garganta. Abro la boca y casi voy por la suya. Quiero besarlo. Quiero cuidarlo y darle amor, porque va a morir aquí y nunca compartirá su vida con nadie.

Puedo hacer que se sienta bien.

Su boca se cierne sobre la mía, y sé que lo quiere. Sus dedos se clavan en mi cintura.

Pero el cabello en la parte posterior de su cuero cabelludo es demasiado corto. Me rasca la mano, no como el suave cabello negro de Kaleb.

Lentamente dejo caer mis brazos, y él me atrae hacia sí, abrazándome en su lugar.

Lo envuelvo con mis brazos y cierro los ojos. No puedo dejarlo solo. O bien Noah se queda o Jake viene también, o tal vez…

No lo sé.

Vuelvo arriba sola. ¿Qué va a pasar cuando abras las carreteras en aproximadamente ocho semanas? No es mucho tiempo. ¿Es así como termina?

De pie en la parte baja de las escaleras de Kaleb, miro hacia su puerta. No la he abierto desde diciembre. Nadie lo ha hecho, pero nada ha cambiado, estoy segura. Sigue fría, pero probablemente un poco más polvorienta.

Subo las escaleras.

La tenue luz de la ventana se proyecta sobre la habitación en el crepúsculo, y cierro la puerta detrás de mí, frotándome los brazos contra el frío. Me acerco a la chimenea y tomo un par de troncos, dejándolos dentro con algo de leña. Deslizo una cerilla sobre la repisa de la chimenea, enciendo el fuego y observo cómo crecen las llamas, el calor y la luz se dirigen inmediatamente hacia mí.

El suave resplandor parpadea por el suelo y tomo la cerilla, encendiendo unas pocas velas que ha puesto en la repisa de la chimenea y una junto a su cama.

Kaleb tiene velas.

Enciendo su viejo adaptador para el iPod, y una canción de *Amber Run* comienza a sonar mientras camino hacia la cama y extiendo la manta y la sábana, ahuecándolas. Caigo encima, acostada y mirando al techo mientras estiro la mano y acaricio mi mejilla.

Como lo hizo él cuando me llevó a su cama. Me duele el corazón.

Cierro los ojos y lágrimas caen por las esquinas. Mío. Es mío.

Debería haberse quedado a pelear por mí.

Me acuesto un momento, mirando y dejando que mi mente divague. La habitación se oscurece cuando se pone el sol, pero se calienta con el fuego y no sé a dónde va el tiempo, pero finalmente escucho un golpe en la puerta.

—¿Tiernan?

Parpadeo, queriendo que me dejen sola. Pero me siento.

—¿Sí?

—La hora de la cena —dice Noah.

Debe haberme buscado en todas partes antes de finalmente darse cuenta de dónde estaba.

—Voy a bajar más tarde —le digo—. Estoy cansada.

Ni siquiera miro el reloj, pero tienen que ser alrededor de las seis. No me apetece ver una película esta noche.

Hay silencio al otro lado de la puerta, pero después de unos momentos las escaleras crujen con los pasos de Noah.

Me doy la vuelta y entierro la cara en la almohada.

Pero siento algo duro y muevo la mano, agarrando el objeto dentro de la funda. ¿Qué es? Levanto la cabeza y busco adentro, sacándola.

Sostengo un libro de tapa dura gastada y marrón y lo miro a la tenue luz de las velas, girándolo para leer la parte lateral del lomo.

Don Quijote, Vol. II

Sonrío y me siento, sacudiendo la cabeza. Qué gran sorpresa. Lee. Por supuesto que sus estantes a mi derecha están llenos de libros,

pero pensé que podrían haber sido guardados aquí y que él no le había dado importancia.

Sentándome con las piernas cruzadas, coloco el libro en mi regazo y lo hojeo, con el olor del papel viejo, teñido de amarillo, flotando sobre mí.

Lo abro por el medio, oyendo el crujido de la cubierta. Casi me río. Me lo imaginaba.

Aunque envejecido, no está marcado. No está leyendo esto. Entonces, ¿por qué está en su cama?

Dejo que el abanico de páginas se cierre, pero veo algo a medida que el libro se cierra. Lo atrapo, abro nuevamente la tapa y la acerco para leer la escritura negra.

Es curioso cómo las mujeres vienen a mí tan fácilmente ahora, dice*.*

Solían decir que era estúpido en la escuela.

Estúpido. Estúpido. Estúpido

Estrecho los ojos, distinguiendo los garabatos dentro de la portada.

Soy estúpido.

Pero les gusta follarme.

Un nudo se aloja en mi garganta y mi respiración se vuelve superficial.

¿Kaleb?

Apresuradamente vuelvo a hojear las páginas, revisando el interior de la contraportada, pero no veo más nada escrito, me quedo sentada, emocionada y conmocionada. ¿Son estas las palabras de Kaleb?

Dirijo la cabeza hacia la estantería, a la montaña de textos esparcidos, apilados en los estantes y rebosando. Saltando de la cama, me apresuro hacia ahí, agarrando un libro. Cualquier libro.

Los dibujos de una cabaña se alinean en la primera página al comienzo del libro y voy al final, mi corazón por detenerse cuando veo más letras escritas a mano.

Profundo. Siempre quiero estar allí, odio este lugar. Quiero estar allí. En el valle, donde el río corre y el viento me alecciona. Rodeado por los crujidos. Huele a profundo. Sabe a profundo. Quiero que el mundo sea más pequeño.

Odio este lugar.

Apenas noto las lágrimas que se me derraman cuando saco libros de los estantes, buscando frenéticamente más.

No lee los libros. Está escribiendo en ellos.

Después de examinar algunos que no tienen nada, encuentro otro con garabatos y marcas talladas en el papel tan profundamente que es como si cortara la página con su bolígrafo.

Mierda, escribe.

MIERDA.

Y más garabatos, violentos y oscuros como si la página tuviera una hemorragia de tinta. ¿Cuándo escribió esto? ¿Qué ha pasado?

Abro otro libro.

La vi sonreír hoy. Me gusta tener a una chica cerca.

Lo leo cinco veces más, buscando más en las páginas, pero no hay nada más. No hay fechas. ¿Está hablando de mí o…?

Ahora sólo me gritas, escribe en otro*. Sé que es mi culpa. Sé que no puedo hablar. Sí puedo. Pero es que no puedo. Yo… no estoy aquí. Esto es todo lo que tengo y todo lo que soy. No puedo. No estoy aquí.*

Me fijo en el marcador que había colocado allí. Le doy la vuelta y veo una foto de Jake con los muchachos. Noah no puede tener más de cinco años, sentado en una moto de cross, con su padre detrás de él.

Kaleb tiene alrededor de seis, y su cabello es mucho más largo mientras, de pie a un lado, mirando fijamente. Siempre está en otro lugar.

Excavo más libros del estante y encuentro uno con tachones en la mayor parte de la escritura, pero aún puedo leerlo.

El señor Robson nos preguntó qué queríamos ser hoy. Tenía muchas respuestas

¿Robson era profesor?

Quiero estar fuera, continúa. *Quiero estar en un árbol. Quiero estar mojado. Quiero estar en el bosque mientras la lluvia golpea las hojas. Me gusta ese sonido.*

Quiero sentir calor. Quiero sostener algo. Quiero hablar con mi papá.

Quiero estar cansado, para poder dormir más y quiero caminar.

Quiero estar enamorado. Quiero estar a salvo. Quiero haber terminado.

Quiero que las cosas en mi cabeza se vayan.

Pero luego todo eso está tachado, dejando una línea simple.

Quiero ser todo lo que ella ve.

Miro fijamente la letra. ¿Ella? Sacudo la cabeza, más para mí misma.

¿No escribió las fechas en ninguno? Nada está archivado en un orden perceptible. Algunas cosas están impresas en mayúsculas, otras en cursiva. Algunas de las cursivas son de un niño, otras provienen de un hombre. Hay años de reflexiones sobre estas hojas, y las escondió aquí porque sabía que nadie abriría estos libros viejos.

Escribe todo lo que no pudo decir.

Me conociste hace mucho tiempo. Sabes que no me conoces ahora. Tratando de enseñarme a escribir, como si no pudiera hablar. Me quedo callado porque quiero que me dejes solo. Escribir no ayudará.

Tomo otro libro, separando los que ya leí en una pila.

Vi a algunos lobos derribar a una cierva hoy. Debería haberle disparado al cervatillo. No sobrevivirá al invierno sin ella. Está ahí afuera, muerto de hambre. Debería estar jodido…

Lo encontraré mañana y le dispararé.

Noah no dice nada, ¿verdad? Cuando siempre necesito bajar las ventanas en el auto, incluso en invierno, porque es muy difícil respirar. Me gusta Noah. Me deja ser. Deja que todos sean y no necesita entenderlo todo. No hace preguntas. Simplemente deja que sea.

Me seco los ojos y me mojo los secos labios, agarrando otro libro. Noah sabe por qué necesita las ventanas del auto bajas.

Vi su sonrisa de nuevo hoy. Giró la cara hacia el cielo y cerró los ojos. De alguna manera lo entiendo. Como yo no necesito hablar todo el tiempo, ella no necesita abrir los ojos para ver. Le gusta estar aquí. Lo sé por su sonrisa cuando no sabe que alguien la ve. Las agujas me pinchan la garganta y mi visión se vuelve borrosa de nuevo. *Siempre exhala cuando hace eso, como si hubiera estado conteniendo la respiración.*

Esa soy yo. Sé que está hablando de mí.

Encontré dulces en la basura y col en mi pizza. Es tan rara.

Me río a través de mis lágrimas.

Dios, ella se siente bien. Parece que tuvieras pudín en el puño. Suave.

Muy suave. Sin embargo, fue muy bueno. Esos segundos en el auto n los que me dejó enterrar mi cara en su cuerpo. Su piel es como el agua. Quiero su olor en mi cama. Y en mi cabello. Y siempre cerca de mí.

Lo veo aquí, solo todas esas noches. Garabateando en los libros. Todas esas noches desperdiciadas. Tal vez escribió esto antes de verme salir de la habitación de su padre. Ambos podríamos haber hecho las cosas de manera muy diferente.

Puta. ¿Por qué no puedo irme? Es tiempo de entrar. He estado aquí demasiado tiempo. Esa puta de mierda. Esa estúpida zorra.

Entrar. Más en las montañas, quiere decir. Es adonde corre cuando todo duele.

Tiernan… dice en otro libro. Pero eso es todo. Sólo mi nombre. Voy al final y respiro, viendo más.

Tienen el sueño tan profundo que no te escuchan de noche. Sólo yo. Cuando te toqué la cara, te callaste. Cuando intenté irme, la pesadilla comenzó de nuevo. Entonces me quedé. Vengo todas las noches. Metes los pies fríos entre mis piernas y te abrazo, descansando mi mano sobre tu espalda y sintiendo tu cuerpo tranquilizarse mientras te acurrucas contra mí.

¿Te hago sentir segura? Me gusta cuidarte.

Miro el texto. ¿Cómo no sabía eso? ¿Cuánto tiempo estuvo consolándome mientras dormía?

¿Incluso cuando peleamos?

Sé que me tienes miedo, y sé que es mi culpa. Cici intentó abofetearme en la cueva ese día porque no la quería, y cayó sobre mi hombro haciendo sangrar su maldita nariz, lo que terminó siendo la menor de tus preocupaciones. Les hice cosas horribles. Odio no haber hecho nada para que me ames. Nunca me amarás.

Aprieto los dientes, luchando por ver más allá de las lágrimas.

Me haces temblar. Hoy mis manos temblaron en el árbol contigo y no entiendo qué es o por qué está sucediendo. Simplemente lo siento. Nunca quiero que te alejes de mí.

El árbol. En diciembre, cuando cortamos ramas para los adornos de navidad. Escribió esto después de que hiciéramos el amor en el granero.

Me asustas. Te asusto. No dejes que te lastime más. ¿Por qué no puedo dejar de querer lastimarte? Sólo follar, ¿de acuerdo? Sigo follándolas para no desearte tanto. Soy un desastre, porque quiero que te sientas bien y no sé qué hacer cuando las cosas van bien. Todo es un desastre y haré un desastre de todo, pero…

Te voy a extrañar. Te extrañaré.

Exhalo el poco aire que sostengo. Me está matando.

Todo este tiempo lo rechacé, tratando de sobrevivir y actuar como si pudiera ganar, pero tiene razón. Es un desastre, nosotros somos un desastre, pero siempre supe que, si él entraba por la puerta y me dijera algo o se comunicara de alguna manera, me derretiría. Todo lo que siempre quise fue saber qué pensaba.

Me alejo, mirando los estantes y las docenas de libros que todavía me esperan. Ni una sola vez, hasta ahora, ha mencionado a su madre.

No le importa.

Las páginas están llenas de lo que ama.

No voy a dejar a Jake aquí solo. No me iré sin que Kaleb y yo lo solucionemos. No me llevaré a Noah sin que se despidan.

Lo quiero en casa.

No sé cuánto tiempo paso mirando más libros y releyendo partes que me encantaron, pero la casa está oscura y silenciosa cuando finalmente salgo de su habitación y bajo las escaleras. Me perdí la película, pero está bien. Me alegro de que Jake esté dormido.

Me meto en la habitación de Noah, escucho el débil sonido de su música, y camino hacia su cama, empujándolo para despertarlo.

—¿Qué? —gruño, y se da vuelta, frotándose el sueño de los ojos. Me inclino sobre él.

—Vamos a buscar a Kaleb.

Tiernan

—Estamos a ocho grados bajo cero —le digo a Noah exhalando hacia el interior de mi chaqueta para mantenerme caliente. Miro hacia el cielo nublado—. Esas nubes están a menos de dos mil metros. Tenemos que movernos.

La nieve se arremolina por el viento que nos rodea, pero es el comienzo. Hay una tormenta en camino.

Me acomodo las gafas de protección y aprieto la capucha de mi abrigo, siguiéndolo a él a través de la nieve con mis botas y pantalones impermeables mientras se dirige al norte.

Después de que lo sacara de la cama anoche, cargamos las motos de nieve, empacando nuestras herramientas, y nos dirigimos al exterior, mientras que el clima todavía era bueno. Una vez que el sol salió el frío era soportable, pero ahora las nubes están rodeándolo y calculo que la maldita tormenta no va a dar marcha atrás.

Lo dije.

Sé que Jack no va a aprobar esto. Le dejé una nota sobre la mesa, para que supiera que nos dirigíamos más hacia el bosque. Por supuesto, no hay garantía de que Kaleb esté allí, pero es la opción más probable. No me importa si Jake nos sigue. Sólo me abstuve de despertarlo porque sabía que nos iba a detener.

Noah hace una parada delante de mí, y los copos se hacen más grandes mientras nos azotan las caras.

Mira el mapa, moviendo sus gafas y limpiándose los ojos.

—Pensé que conocías el camino —le digo, deteniéndome a su lado.

—Dame un minuto. —Gira el mapa y busca el terreno. —He estado aquí cinco veces en mi vida, todo antes de los doce. A Kaleb y papá les gusta subir aquí, a mí no.

—Excelente. —Sacudo la cabeza.

Tomando el documento laminado de sus manos, escaneo el boceto de Jake. Hizo el mapa de la zona hace unos años, marcando sus puntos de referencia. Estanques, arroyos, cuevas. Cosas que eran reconocibles para él.

Aunque para mí esto está escrito en chino. Las montañas y los árboles en el mapa lucen todos iguales mientras escaneo todo a mi alrededor.

Se lo devuelvo a Noah, dejando salir un fuerte suspiro. ¿No tenemos GPS en este momento? ¿Algo que funcione por satélite? Doblo mis dedos dentro de mis botas, mis piernas temblando un poco. Doy un paso, hundiendo mi rodilla en la nieve mientras doy un giro de trescientos sesenta grados para observar a mi alrededor.

Las ramas de los árboles brillan cargadas de nieve, manojos de conos de pinos cuelgan de las ramas y detecto un estrecho barranco a la izquierda. Saco la botella de agua de mi mochila, juntos cargamos con lo que podíamos cuando finalmente tuvimos que abandonar la moto de nieve debido a la condición del terreno. Hemos estado caminando desde las ocho de la mañana con nuestras escopetas amarradas a las mochilas.

Miro las nubes nuevamente, incapaz siquiera de localizar el sol. Sin embargo, deben ser alrededor de las dos de la tarde.

—Kaleb dijo que estaba en el valle —le digo a Noah—. Donde el río corre y el viento lo alecciona.

—¿Lo dijo Kaleb?

Lo miro murmurando:

—Encontré un diario. Algo así.

Me mira por un momento, pero luego aleja su mirada hacia el horizonte del solitario bosque blanco.

—Valle con un río… —murmura para sí.

Estudiando el mapa de nuevo, él mastica sus agrietados labios, viéndose confundido.

—No tengo ni idea —espeta—. No lo veo aquí. ¿No dijo nada más?

—¿Rodeado por crujidos? —le digo, sin saber si he leído que correctamente en el libro—. No es un arroyo. Crujidos. Como el sonido.

Noah se endereza, mirando fijamente mientras las ruedas giran en su cabeza. Me muevo parándome frente a él, dándole la espalda al viento.

Mierda, hace frío.

—¿Qué? —le pregunto. Lo veo parpadear.

—Eso fue como humo —dice—. Como humo de chimenea. La cañada era pequeña, rodeada por paredes de roca y árboles. Cuando el viento soplaba, podría correr a través del cañón. Al salir sonaba como el humo de una chimenea.

Él levanta su barbilla y sus hombros se relajan mientras exhala. Un trueno resuena sobre nosotros y doy un vistazo al cielo abrazándome a mí misma.

—Y la nieve desde el pico podría derretirse y venirse abajo como una cascada que no podríamos ver a través de las paredes de la cañada, pero la corriente esta divida en dos direcciones. —Finalmente se acuerda. —Uno termina donde pescamos. El otro… —Se encuentra con mis ojos—. Sé dónde está.

Cierro los ojos. *Gracias a Dios*.

Sin otra palabra, él corre hacia la izquierda, cerca del barranco, y tiro de su capucha, quitándosela para que vea mejor. Él toma mi mano mientras caemos y nos deslizamos por la colina.

El cielo ruge de nuevo, y el viento barre por el estrecho valle, con copos picándome la cara mientras me golpean. Pongo mi calentador a lo largo de mi boca y la nariz, viendo un rayo a través del cielo.

Miro alrededor, preocupada.

—Mierda —exclama Noah, yendo más rápido—. Vamos.

Nos movemos tan rápido como podemos a través de la nieve, pero me queman los músculos y tengo los dedos congelados a pesar de mis guantes. Aprieto las manos.

El viento corre, atrapado entre dos montañas, y todo lo que puedo escuchar es el pulso en mis oídos.

—¿Cuánto más? —grito.

—¡No tengo ni idea! —me dice Noah, apuntando a la línea de nieve entre los árboles—. ¡Tenemos que seguir!

Un disparo de un rayo cruje repentinamente, golpeando un abeto en la parte inclinada por encima de nosotros haciéndome gritar.

Noah cae, sobresaltado, y me inclino para agarrarlo.

—¡Noah!

Aprieto los dientes, utilizando todos los músculos que tengo para levantarlo de la nieve.

Él se pone su capucha y se agarra a mí, abrazándome para mantenerme caliente.

—Esto solo se va a poner peor —dice—. ¡Necesitamos poner una tienda de campaña y esperar a que esto pase!

—¡No podemos colocar una tienda de campaña con barras de metal en una montaña con una tormenta eléctrica! —le digo, alejándome—. ¡Vamos!

Lidero el camino, corriendo a través del valle y trepando sobre rocas cubiertas de nieve hacia Kaleb. Soplando y apretando los puños para mantener la sangre fluyendo, sabiendo que cada paso nos acerca más a la cabaña.

Me preocupa que no esté bien. Ha sido mucho tiempo.

También estoy preocupada, querría matarlo por desaparecer como lo hizo. ¿Cómo se atreve a llegar hasta aquí como si nada importara? No me importa si nos peleamos. De hecho, lo espero. Tanto como que este allí y este respirando.

Piedrecitas golpean mi capucha, el golpe contra la tela es esporádico pero fuerte. Levanto la cara, con balas de hielo apuntando a mis mejillas.

Bajo la cabeza, en cuclillas ante la embestida. ¡Aguanieve!

—Debes estar de joda —gruñe Noah.

Toma mi mano y corremos, viendo una cueva delante. Corriendo hacia la entrada entramos rápidamente, lejos del viento, la nieve y el hielo; y tiro de mi capucha y bajo mi calentador, limpiándome la cara con mi enguantada mano.

—¿Estás bien? —me pregunta Noah.

—Sí.

Me quema la cara y tengo miedo de mirarlo. Puedo simplemente escuchar a Jake ahora. *¿Por qué tuviste que hacer algo tan estúpido?*

Y tendría razón. Esto fue estúpido. Aunque probablemente lo haría de nuevo.

Noah se estremece, quitándose su abrigo y soplando sobre sus manos.

—¿Pensé que habías crecido aquí? —le tomo del pelo.

—Cállate. Sonreí. *Novato*.

Voy a soltar mi mochila, pero luego levanto la mirada, sintiendo que la nieve sigue cayendo en mi cara. La luz entra sobre nosotros, y miro a mi derecha, viendo más luz adelante.

Esto no es una cueva.

Es un túnel.

Camino hacia la salida, agarro las correas de mi mochila y paso por la abertura, nuevamente poniéndome la capucha. La nieve cae, con viento pasando a mi alrededor y siento los golpecitos del aguanieve golpeando mi chaqueta, pero todo está más tranquilo que en el otro lado de la pared.

Mucho más tranquilo.

Los árboles se ciernen sobre nosotros, grupos de abetos y píceos vestidos de nieve, y escucho el agua. Unas paredes rocosas rodean el valle, el cual es aproximadamente de la mitad del tamaño de un campo de fútbol, y la única entrada que veo es por la que venimos, por la que apenas cabemos. El área está protegida, pero el viento todavía corre, abierto al cielo y trayendo el frío y la nieve, aunque no tan fuerte.

Levanto la mirada, veo la cabaña en la colina.

—¡Oh, gracias, Dios! —Noah se queja detrás de mí. Mi corazón salta y cierro los ojos, sonriendo.

—¡Kaleb! —grita Noah.

Él corre y yo corro detrás de él, hasta la pequeña colina y hacia la cabaña. Dejo caer mi mochila y subo al pequeño porche.

Noah deja caer lo suyo también, con nuestras escopetas atadas a los paquetes, y ambos empezamos a dar patadas a la nieve apelmazada con nuestras botas.

—Al menos, no voy a morir ahora —se queja—, porque si hubiera hecho que murieras me habrían matado.

Me río, dejando mi mochila y tirando para abrir la puerta.

—¡Kaleb! —llamo al entrar.

Pero incluso antes de que pueda mejorar mis modales, mi sonrisa cae. No está aquí.

Un calor líquido bombea a través de mi cuerpo, y no creo que respire. Jake tenía razón cuando dijo que este lugar no era para mí. Es una habitación con una estufa, una chimenea, y dos camas. Hay tres ventanas, no hay otras puertas… y no hay baño. Es un lugar para cocinar y dormir cuando pescan, nada más.

El aire húmedo entra y miro a mi alrededor, agarrándome a algo que me dé esperanza de que esto no fue por nada.

—No está aquí —dice Noah, pasando por mi lado.

—¿Pero estuvo aquí? —pregunto—. Podría estar cazando.

Camina hacia la estufa, recogiendo una olla. Desde aquí, puedo ver los restos de algo adentro.

—Está congelado. —Sacude su cabeza—. Creo que estuvo aquí, los platos no están polvorientos, así que los lavaron recientemente, estuvo hace un par de días por lo menos.

Caminando hacia la cama arrugada, levanto la sabana hacia mi nariz.

El frío y la cabaña son los únicos aromas que encuentro.

—¿Adónde más iría? —Dejo caer la sábana—. ¿Podría ir de regreso a casa y habernos cruzado?

—No dejaría estas armas. —Noah toma una escopeta y yo veo las otros en la esquina.

Las armas de fuego.

Te quedaste sin protección.

Las palabras de Noah vuelven a mi mente y camino hacia él, viendo las escopetas en la esquina, hay uno que usa mucho. Si está fuera, podría habérselo llevado. ¿Por qué no lo haría?

Regreso, con un sollozo atorado en la garganta. ¿Dónde mierda está?

Los platos, la olla sucia, las armas… estuvo aquí. ¿Adónde se fue y cuándo?

Respiro con fuerza, incapaz de controlarme cuando mis miedos se convierten en lágrimas llenándome los ojos.

Noah se acerca, tomando mis hombros.

—Vamos a tomarlo con calma. No sabemos nada.

Sin embargo, me giro lejos de él, tirando de uno de los fusiles de la esquina y la reviso comprobando que si esté cargada. Un trueno suena de nuevo, y la nieve azota las ventanas.

—Vámonos —le digo.

—No vamos a caer en esto de nuevo.

—¡Noah! —giro rápidamente para enfrentarlo—. No estaría allí afuera voluntariamente en estas condiciones. Podría estar herido o…

—¡Si vas hacia a allí, estás muerta! —gruñe—. Y entonces yo estoy muerto, porque tendría que seguirte. ¡Y sé casi menos que tu sobre cómo sobrevivir aquí! Ni loco. Vamos a esperar a que finalice la tormenta.

Tiene razón. Sé que la tiene, ¿pero habla en serio? No puedo sentarme aquí toda la noche. ¿Como puede él?

Miro a la puerta.

¿Y si un lobo o un oso lo ataca? ¿Y si tiene frío y se está muriendo?

Una lágrima cae mientras mis pies se preparan para correr. *¿Y si el murió allí afuera hace meses y sus huesos están en descomposición en la nieve?*

Debato echar a correr.

—Ni siquiera lo pienses —dice Noah mientras se quita su abrigo e inicia el fuego en la estufa—. Te amarro a la pata de la cama, Tiernan. Lo juro por Dios.

Cierro mis ojos antes de plantarme en la ventana por el resto de la noche, esperando a Kaleb.

Bostezo, siento los párpados pesados y me pesan los brazos como diez toneladas. Pongo mi mano sobre el espacio sobre mi cintura y noto el brazo de Noah mientras me envuelve en una de las camas. Parpadeo, alejando el sueño, acurrucándome contra su cuerpo y todavía vestida con mis pantalones vaqueros, suéter y calcetines de lana.

—Hola —dice con voz somnolienta. Giro la cabeza.

—¿Se acabó? ¿La tormenta?

—Sí. —Aprieta su agarre sobre mí—. Escucha.

Preparo mis oídos, escuchando las constantes gotas golpeando las ventanas y el techo de estaño, haciendo sonar contra el carillón colgando de la parte delantera porche. Es un sonido diferente al de la nieve.

Oh, Dios mío.

—¿Está lloviendo?

—¿Sí? —bromea.

Pero el viento se ha ido, tanto como las piedras de granizo que golpearon la cabaña anoche.

Lluvia. No nieve, lo que significa que no hace tanto frío.

—¿Aunque llover hace que la nieve sea resbaladiza? —pregunto. Noah se levanta y deja escapar un fuerte bostezo.

—En realidad, es probable que signifique que no tendremos mucha nieve.

Deja la cama y se pone su camisa y yo me siento, metiendo mi cabello detrás de mis orejas. ¿Cómo puede llevar solo sus vaqueros? El fuego ayudó, pero la noche estuvo helada.

Se coloca su chaqueta y me lanza una barrita de granola de las que trajimos.

—Quédate en la cama, come e hidrátate —dice—. Voy a ir a buscar algo para desayunar y luego nos iremos.

Me pongo rígida.

—No nos vamos a ir a casa.

Abre la puerta, luciendo muy cansado.

—Quiero decir que partiremos a buscarlo, nena.

Me relajo, aliviada.

—Oye —lo llamo.

Se da vuelta y me mira.

—Ten cuidado.

Sus ojos se suavizan y me regala una sonrisa.

A continuación, cierra la puerta y se va. El río corre detrás de la casa, por lo que probablemente no va a ir muy lejos, y tomo la oportunidad, mientras que él ha ido, para aliviarme, derrito un poco de nieve para lavarme y comer e hidratarme como me dijo.

Poniéndome un par de calcetines extra, me cambio de suéter y me recojo el cabello en una cola de caballo. De hecho, dormí bien porque Noah me mantuvo caliente, pero creo que insistió en compartir una cama porque tenía miedo que me fuera a media noche a buscar a Kaleb.

Estoy contenta de no haberlo intentado. Venir hasta aquí con Noah fue lo suficientemente estúpido. Irme sola sería un suicidio.

Después de lavar los platos que utilizamos y pasar mis botas por el fuego para estar segura de que están secas, agarro mi maleta para revisar lo que tengo.

Pero veo que algo se mueve a fuera de la ventana y para. Levanto la mirada, entrecerrando los ojos.

Dejo caer la mochila, camino cerca a la puerta y con cuidado tuerzo el mango, abriéndola con suavidad.

Calmando mi respiración, me asomo hacia la lluvia, abriendo más y más la puerta, encogiéndome cuando las bisagras chirrean, pero no quiero asustar lo que hay afuera.

Doy un paso hacia en el porche, con el agua derramándose sobre el techo de la casa mientras el ciervo se queda como una estatua frente a mí.

Mi pecho se hincha. *Vaya.*

Sus cuernos se extienden sobre su cabeza como una V amenazadora, separándose en pequeñas ramas mientras sus grandes y marrones ojos me miran como si estuviera a la espera de algo.

La lluvia cae a nuestro alrededor, con sus pezuñas enterradas en la nieve, y titubeo, sintiendo mi arma detrás de mí en la casa. Jake podría decirme que le disparara. Estamos aquí sin mucha comida y quién sabe si vamos a tener nieve esta noche o mañana. No debería resistirme a la carne cuando puedo obtenerla.

Tendría razón.

Aunque extiendo los brazos, medio grito y susurro.

—¡Vete!

Él corre fuera, pasándome, y lo sigo con mis ojos para estar segura de que se fue antes de que Noah lo vea.

Y luego diviso algo y me congelo, centrando mis ojos en Kaleb mientras apunta su rifle al cola blanca.

Mi boca se abre. *Kaleb*.

Débilmente escucho el trote de los ciervos al desaparecer mientras la escopeta de Kaleb se detiene en mí. No persigue más al animal mientras observa a través de la mira. Levanta la cabeza, con el vapor que sale de su boca ondeando en el viento.

Parpadeo para estar segura del hecho de que lo estoy viendo y no es una alucinación. Lleva una sudadera gris oscura. Un gorro de esquiar negro, y su mandíbula está cubierta de una barba incipiente. Me mira fijamente, y sus brazos caen a los lados, con su pecho subiendo y bajando con respiraciones profundas.

Distraídamente, bajo los escalones mojados con mis calcetines mientras él camina lentamente hacia mí.

—Hola —lo saludo.

Se queda allí de pie y estoy no segura de que hacer. Lo encontramos.

Está bien.

Eso creo.

Examino su cuerpo, para estar segura de que no ha perdido peso ni que esté lesionado.

¿Dónde estuvo toda la noche?

Ni siquiera me importa. Sus hermosos ojos. Sus pómulos. Su boca y cuello bronceado, que sé que estará caliente. Claro, solo él tendría un bronceado en invierno.

Trago.

—Noah está río abajo buscando el desayuno —digo en voz baja—. Estábamos preocupados por ti.

Se mueve poco a poco hacia adelante y dejo caer mi mirada hacia sus tobillos, y veo que sus pantalones están empapados de las rodillas hacia abajo.

—Te perdiste la Navidad —le digo.

Las lágrimas se alojan en mi garganta. Estoy desesperada porque me hable. Que me quiera como lo hizo la noche del fuego con Noah, y por la tarde en el establo.

En general, solo quiero verlo. Me muerdo el labio.

—¿Puedes venir a casa? —susurro.

Ven a casa.

Empecemos de nuevo y seamos amigos. Yo seré amable, tú serás agradable, no tenemos que hablar. Reiremos y trabajaremos e iremos a pasear y me puedes enseñar cómo utilizar el arco y la flecha y…

Se lanza contra mí, envolviéndome con sus brazos y un gemido se me escapa antes de que su boca esté sobre la mía.

El mundo gira y la euforia me inunda. Me besa profundamente, su lengua entra en mi boca y hace que mi cuerpo se estremezca desde la cabeza hasta los pies; abrazo su cuello y le devuelvo el beso, demasiado fuerte porque estoy muerta de hambre.

—Te amo, Kaleb —lloro suavemente—. Te amo.

Deja caer su escopeta y me lleva al interior de la casa, pateando la puerta para cerrarla detrás de nosotros. Nos mordemos y besamos, volviendo por más, y le quito el suéter y él se quita las botas de una patada. Me libero de mi suéter y abandono mis calcetines mientras desabrocha mis vaqueros, nuestros labios nunca dejan los del otro.

No vamos a ser amigos. Vamos a pelear y reír, algún día tendremos bebés y nos volveremos locos, porque estoy enamorada de ti.

Se aleja y levanta mis brazos, revisando la pequeña parte de mi piel en relieve apenas perceptible.

—Está bien —le aseguro— Me cosiste bien.

Estaba lesionada la última vez que me vio. Ahora solo queda una delgada cicatriz.

Él respira con fuerza, pero sus hombros se relajan de alivio. Tomando mi cabeza con sus manos, me besa fuerte, sin lengua, simplemente feroz, fuerte y posesivo. Me ha echado de menos.

Nos quedamos en la cama, su cabello largo cuelga sobre sus ojos mientras conseguimos deshacernos de nuestra ropa y se acomoda entre mis piernas, ya caliente y duro. Sostengo su cabeza contra el hueco de mi cuello, corriendo mis manos todo sobre su cuerpo.

Me penetra, y lo envuelvo con mis brazos fuertemente, asustada de que nuevamente se aleje tanto de mí. Frente a frente, baja la mirada.

—No ha habido nadie desde ti —susurro.

Tal vez no necesite oírlo, pero quiero que lo sepa.

Besa mi boca, mi nariz y mis mejillas, empujando sus caderas entre mis piernas, y no puedo dejarlo ir.

No quiero que se vaya nunca. Ni en abril cuando la nieve pare. Ni en agosto cuando comienzan las clases. Nunca.

Me mira, y yo levanto la mirada hacia él, sonriendo y vagamente oyendo golpes en la puerta.

—¡Oye! —grita Noah—. ¡Ábreme!

Abrazo a Kaleb mientras continua, y cierro los ojos mientras me llena con profundidad. La cama se mece contra la pared y gimo cuando Kaleb agarra mi cabello con el puño.

—Bueno, supongo que encontraste a Kaleb —ruge Noah—. ¡Vamos, que hace frío aquí afuera!

Pero estoy viniéndome y no puedo parar. Agarro a Kaleb y lo beso más fuerte, apenas registrando el sonido de lo que Noah lanza contra la puerta.

Tiernan

Acaricio su rostro, trazando la cresta de su nariz hasta el hoyuelo sobre su labio y luego sobre su boca. Tiene los ojos cerrados, pero sé que no está durmiendo mientras me abraza en la cama.

Noah duerme al otro lado de la habitación, y no estoy segura de qué hora es, pero sé que es temprano por la mañana. La lluvia todavía golpea el techo y las ventanas.

Te amo.

No me lo ha dicho, puede que nunca lo haga.

Oh, la ironía. Hace seis meses hui de una vida de gente que no me hablaba y terminé enamorándome de un hombre que tal vez nunca me diga ni media palabra. Lo miro fijamente, pasando los dedos por su cabello negro e imaginando al niño que perdió toda esperanza, ese día en ese auto cuando tenía cuatro años.

Dejo caer mi mirada sobre el delgado tatuaje que tiene en la nuca, entre su oreja y su columna vertebral.

Credence. Estoy lo suficientemente cerca para leerlo ahora. Significa credo. Creer en la verdad de algo.

No estoy segura de entenderlo. Tal vez sí.

Si no me dice que me ama, ¿cómo sé que lo hace? ¿Y si soy lo que quiere hasta que la nieve se derrita y pueda tener a Cici o a cualquiera de las chicas del pueblo?

¿Qué pasa si no entiendo realmente lo que está pasando aquí, y soy más suya de lo que él es mío?

La verdad es que… no importa. Voy a amarlo tanto tiempo como pueda, porque eso es lo que me hace feliz.

—¿Puedo quedarme contigo aquí? —pregunto.

Abre los ojos, mirándome. Luego niega con la cabeza y frunce las cejas como si fuera la peor idea del mundo.

Mi orgullo está herido hasta que decido creer que no quiere que viva en esta casucha sin cañerías.

—¿No te has sentido solo? —presiono.

Pasa los dedos por mi brazo y, después de un momento, finalmente asiente.

Pongo mi cabeza contra su pecho, escuchando a Noah roncar.

—Recuerdo la sensación de los brazos de Mirai a mi alrededor cuando estaba enferma —le digo a Kaleb—. Era pequeña, pero recuerdo lo bien que me sentí al ser abrazada.

Aprieto mis brazos alrededor de él.

—Y abrazar a alguien. Es probablemente el momento más tranquilo que recuerdo.

Hasta que entré en la cañada.

No lo registré en ese momento, porque estaba centrada en donde estaba y viendo la cabaña, pero es hermoso. Escondido, sereno, puro… sus anotaciones en el diario tienen sentido ahora que lo veo. Le vendrían bien unas cuantas comodidades más modernas y quizá unas cuantas personas más con las que hablar, pero veo por qué le encanta.

No tiene que enfrentarse a nada aquí. Y lo entiendo. A veces todos necesitamos escondernos.

—Cuando el mundo parece pequeño nada puede hacerte daño. — Acaricio su estómago, sintiendo sus abdominales flexionarse bajo mi mano—. Quieres quedarte ahí porque estás protegido. Durante un tiempo, de todos modos.

Me quedo mirándolo, pensando en él y en mí y en cómo me escondí dentro de mí todos esos años porque no quería que me rechazaran o me hicieran daño.

—Pero entonces te das cuenta de que eres el único que encaja en ese pequeño mundo y estar solo es peor que sentirse inseguro.

Evitar lo malo significa que te arriesgas a evitar lo bueno también, y prefiero que me hieran a no sentir nunca esto. Inhalo su piel.

—Y, hablando de seguro… —Respiro profundamente e inclino la cabeza para mirarlo, cambiando de tema—. ¿Dónde diablos estuviste anoche? ¿Encerrado en una cueva? Casi nos electrocutamos.

Sonríe y me da la vuelta, arrastrando besos por mi estómago.

—Oh, no. —Lo detengo, obligándolo a mirarme—. Ahora que vuelvo a poder pensar, estoy enfadada contigo. Estábamos preocupados. Realmente preocupados. Di que lo sientes.

Me da un beso en la barriga, sosteniendo mi mirada.

—Otra vez.

Se levanta y me besa de nuevo, con una sonrisa en su mirada oscura.

—Todavía estoy enojada.

Agarra mi pezón entre los dientes y tira de él lentamente haciéndome jadear.

—Estás tratando de callarme —refunfuño, pero en realidad el calor se está acumulando en mi vientre—. Porque te gusta que adivine todo lo que pasa por tu cabeza…

Se agacha y comienza a mordisquear y a provocarme entre mis piernas.

—Está bien, sí. —Me atraganto—. Ahora sé lo que pasa por tu cabeza. Siento su risa contra mi clítoris antes de que vuelva a chuparlo.

Me ha quitado las sábanas, nada me cubre, y miro a Noah, dormido boca abajo.

—Noah está justo ahí —articulo hacia Kaleb. Se detiene y me mira con una ceja levantada.

—Cállate —digo—. Anoche no estábamos pensando.

Sé que ya hemos tenido sexo una vez con su hermano dormido a pocos metros, pero empujo a Kaleb y me cubro con la sábana. Puede esperar hasta que estemos solos.

Resopla y se arrastra de nuevo, se acuesta y me arropa bajo su brazo.

Me acomodo en su abrazo, disfrutando de su calor.

Agarra algo del mostrador junto a la cama y lo empuja hacia mí. Levanto el libro de tapa blanda.

—¿Qué es esto? —pregunto, leyendo el título—. *¿The Sirens of Titan*?

Lo miro, y abre el libro hasta donde está la esquina doblada.

Me lo devuelve, señalando.

—¿Quieres que lo lea? —pregunto. Asiente.

Medio sonrío. Supongo que sí lee.

Y, si no dejo que haga cosas a mi cuerpo, entonces me hace entretenerlo, supongo.

Me quedo bajo su brazo, pero me doy la vuelta y me aclaro la garganta.

—Capítulo diez…

Girando la rueda a la derecha, pongo mi pie en el suelo, dejando que la moto patine hasta detenerse antes de volver a acelerar hacia la casa. Me río detrás de mi casco, sintiendo a Kaleb justo detrás de mí mientras los perros lo persiguen, con la cola moviéndose.

Llevamos un par de semanas en casa, Noah y yo no tuvimos problemas para arrastrar a Kaleb de vuelta. Creo que sabía que no me sentiría cómoda en la otra cabaña, y no me iba a dejar ir a ningún sitio donde él no estuviera.

Jake limpió y saló la entrada esta mañana y, cuando se dio la vuelta, tomamos las motocicletas.

Corro hacia la casa, con mi estómago haciendo volteretas por el viento y la velocidad, y freno, parándome. Mirando detrás de mí, veo cómo Kaleb frena hasta detenerse, con la vena de ese maldito y precioso cuello sobresaliendo mientras sus brazos se flexionan.

Quiero volver a la ducha. Con él y sus manos y todas las cosas que sus ojos y sonrisas me susurran cuando estamos solos.

No he dormido en mi propia cama ni una sola noche desde que volvimos.

—¡Ustedes dos! —escucho a Jake gritar.

Niego con la cabeza, enderezándome mientras él sale de la tienda.

Mierda.

—¡Fuera! —grita—. ¡Ahora!

Estaciono la moto y me bajo, tratando de ocultar mi sonrisa. Se acerca a nosotros, mirando las motos de McDougall.

—Genial. Ahora están sucias —gruñe—. Tengo que volver a limpiarlas… no, ¿saben qué? Las van a limpiar ustedes. —Señala a Kaleb y luego a mí también—. ¡Los *dos* las van a limpiar!

—Íbamos a hacerlo —digo, quitándome el casco—. ¿Quieres panqueques?

Levanta una ceja y se da la vuelta, ignorando mi repentino cambio de tema.

Echo una mirada a Kaleb. Él solo sacude la cabeza.

El estado de ánimo de Jake ha sido una espiral últimamente, y me preocupa que sea mi culpa. ¿Se siente culpable? ¿Está preocupado por mí?

¿Está celoso?

No he tenido la oportunidad de hablar con él. Kaleb y yo siempre estamos juntos.

O Kaleb se asegura de que siempre estemos juntos.

No es como si yo fuera a elegir que fuera diferente. Solo espero que confíe en que sé de quién estoy enamorada, y que no tenga que preocuparse por su padre y su hermano a mi alrededor.

Corro detrás de Jake.

—¿Estás bien?

—Estoy bien.

—No creo que lo estés.

Se dirige al banco de herramientas y toma lo que necesita antes de pasar a otro trabajo en curso.

No me mira.

—Soy feliz —le digo, porque sé que eso es lo que realmente le importa.

—Lo sé.

Entonces, ¿qué pasa? Me paro ahí, sintiendo a Kaleb pasar junto a mí hacia el lavabo. Se lava las manos, pero sé que nos está mirando.

—No te quedes embarazada —dice finalmente entre dientes—. Solo tienes dieciocho años.

—Lo sé —le aseguro—. No lo haré.

—Y vas a ir a la universidad.

—Lo haré.

Creo.

Él mira la moto en la que está trabajando, enfurecido.

—Y dile a esa mujer —dice entre dientes, cerrando los ojos como si la mera mención de ella lo fuera a poner al límite—, que, si no deja de llamar cada dos días para pelearse y arruinar mi paz mental con todas sus preguntas y sus amenazas, ¡quemaré todos los teléfonos y computadoras de esta casa para que no pueda volver a contactar contigo! ¡Y luego pondré una valla eléctrica a tiempo para que la nieve se derrita y no pueda entrar en la propiedad!

Tomo mis labios entre los dientes, conteniendo la respiración, porque mi risa está a punto de estallar.

Así que eso es lo que pasa. Mirai llama para hablar conmigo, pero llama más a menudo de lo necesario. Y, si no contesto, llama a su teléfono.

La mejor parte es que… por frustrado que parezca, siempre contesta. Siempre se pelean. Nadie lo irrita tanto. Ni siquiera nosotros.

Me ahogo por la diversión y asiento.

—Se lo diré.

Lanza una llave inglesa en el banco de trabajo y toma otra. Kaleb y yo nos dirigimos a la casa.

—¡Cambien esa bombilla! —nos grita Jake antes de que cerremos la puerta.

Suelto una risa y Kaleb sonríe, dejando un beso en mi frente.

Camina hacia el armario y saca una bombilla, guiñándome el ojo mientras se dirige a la escalera.

El aroma de los rollos de canela que puse en el horno hace media hora llena el aire y apago el temporizador cuando solo quedan unos segundos, sacando la bandeja de hornear.

Apagando el horno, coloco los rollos en una rejilla para que se enfríen y miro a Kaleb mientras salta la barandilla y luego sube a una viga para empezar a escalar hasta el candelabro. Una bombilla ha estado apagada durante días. Mi corazón se salta un latido, viéndolo subir más y más.

—Oh, eso huele bien —dice Noah, entrando en la cocina.

Le lanzo una mirada, pero no puedo alejar la atención de Kaleb.

—Ten cuidado ahí arriba —le digo.

Finalmente aparto la mirada y tomo un cuchillo de rebanar, cortando los rollos. Noah se queda en la isla, mirándome fijamente.

—Bueno, la nieve se está calmando un poco —dice.

Añado un poco de leche al glaseado que hice esta mañana y lo revuelvo, calentándolo al fuego.

—Sí. —Aunque es sólo finales de febrero, así que el invierno está lejos de haber terminado.

No puedo evitar desear que todavía fuera noviembre y que el invierno acabara de comenzar.

—¿Está todo tu trabajo hecho? —pregunta.

Apago el fuego y llevo el glaseado al plato, dejándolo goetar sobre los rollos.

—No aplican mis exámenes, pero tengo que escribir un ensayo y enviarlo con un diario fotográfico antes del treinta de abril.

Lo veo asentir con el rabillo del ojo.

—Me voy a Los Ángeles esta primavera —dice—. Tengo una reunión con un patrocinador, y quiero ver la escena de allí. ¿Puedo quedarme contigo?

¿Quedarse conmigo?

Y entonces recuerdo, como si lo hubiera olvidado, que tengo una casa allí. Les dije que me iba en abril, ¿no?

—Sí —respondo, apenas audiblemente—. Por supuesto que puedes quedarte en la casa. Todo el tiempo que quieras.

Puede que yo no esté allí.

Aunque también podría usar el lugar.

Está tranquilo, y no tengo el valor de mirarlo. Sé que está preocupado.

Tal vez un poco enojado. Se merece algo mejor.

Ha tomado el camino más fácil con todo. Se ha echado atrás y me ha dejado ser feliz.

Pero eso no significa que haya dejado de preocuparse. Parte de mí también echa de menos hablar con él. Espera otra cosa de mí, y no será feliz conmigo si decido quedarme. Pero las cosas han cambiado.

A medida que se acerca, baja la voz, ya que Kaleb trabaja muy por encima de nosotros.

—Pelearía con cualquiera que hiriera daño a mi hermano —dice —. Lo amo, Tiernan, pero esta vida no es para ti. Te irás conmigo.

Me tiembla la barbilla, porque me preocupa que tenga razón.

—Te amo —susurra—. Como tu primo, como tu amigo, lo que sea, pero te sacaré de aquí porque, cuando la novedad de esto desaparezca, extrañarás al mundo. Él te hará miserable.

Lanzo mi mirada hacia él, el glaseado cae sobre un rollo, y quiero que se detenga. ¿Cómo puede decir eso? Es su hermano.

Sus ojos azules se entrecierran sobre mí.

—Necesita a alguien con muerte cerebral a quien no le importe morir en este pueblo, donde nada cambia excepto las estaciones — me dice—. Puede que no te importe, pero sé que hay todo un mundo que debes descubrir. Es demasiado volátil, demasiado terco, y nunca dejará esta montaña, Tiernan. Jamás.

Aparto la mirada, parpadeando contra el escozor en la parte posterior de mis ojos. Maldito seas, Noah.

—Quieres más. —Me quita la olla de la mano y la baja—. Sé que lo haces.

Tal vez. Tal vez quiera ver y experimentar cosas y tener una carrera y tratar de hacer el mundo mejor y dejar mi marca.

O tal vez nada de eso valdría la pena sin alguien con quien compartirlo. Miro a Noah, siempre sabiendo que, en muchos sentidos, es lo mejor para mí.

Él es mi cabeza. La parte de mí que me dice lo que ya sé. Lo que necesito oír.

Sin embargo, mi corazón… siente todo lo que no puedo vivir sin él. Inclino la cabeza hacia atrás, mirando a Kaleb mientras nos mira,

habiendo terminado la bombilla.

—Él es tu número uno —oigo decir a Noah—. No debe ser con el que pases tu vida, tú misma lo dijiste, ¿recuerdas?

Tiernan

Dos meses después

Miro las manchas rojas sobre el papel y suspiro de puro alivio.

Gracias a Dios. Me río sola y rápidamente termino, los tres días de angustia han terminado.

Sabía que debería haberme puesto un implante de esos bajo el brazo. He estado tomando mis anticonceptivos, pero no son tan efectivos como otros métodos, y ser una madre adolescente no es lo que quiero ser. La prensa y Chapel Peak tendrían su momento de gloria si saliera de esta montaña embarazada.

Tampoco estoy segura de cómo se lo tomaría Kaleb.

Es finales de abril y la propiedad sigue cubierta de nieve, pero los días son más cálidos y hay parches de hierba aquí y allá. Jake está trabajando en las carreteras ahora.

Los últimos dos meses desde que trajimos a Kaleb a casa han sido como un sueño. Después de que Noah me regañara ese día de febrero, lo alejé todo de mi mente y decidí disfrutar del tiempo que nos quedaba aquí. El aislamiento, la paz y las largas noches. Nunca he dormido mejor o he sido tan feliz; mis pesadillas o los terrores nocturnos, se detuvieron hace mucho tiempo. Kaleb y yo leemos, vemos películas y jugamos cartas, y le enseñé a Noah a bailar el vals en la sala el día de San Patricio. He escalado árboles,

aprendido a hacer una correa de cuero, y me enseñé a actualizar la página web de Van der Berg Extreme.

Incluso me he vuelto buena con las motos de cross.

Volveremos al mundo pronto, pero nunca he querido que el tiempo pase tan lentamente. Habrá que tomar decisiones, y no he querido que llegue este día.

Salgo del baño y subo a nuestra habitación en el tercer piso, abrazándome mientras los escalofríos se extienden por mis piernas, desnudas con mis pijamas cortas.

Mirai viene esta noche, y he estado trabajando para que la casa esté lo más limpia y arreglada posible, para que no tenga motivos para pelearse con Jake. Si es que es capaz de arreglárselas para llegar aquí. Si él no puede limpiar las carreteras, se esconderá en un motel en la ciudad y tendrá que esperar.

Al menos no estoy embarazada. Y, si lo estuviera, al menos no lo mostraría todavía. Kaleb y yo estamos juntos todos los días, a veces más de una vez, y he tenido suerte de que mi anticonceptivo no haya fallado. El hecho de que mi período se retrasara tres días me dio un buen susto.

Me paro frente al largo espejo que subimos de mi habitación y me giro, pasando la mano sobre mi estómago. La camiseta blanca ajustada es plana y lisa sobre mi estómago, pero durante unos días de miedo pensé que parte de Kaleb podría estar ahí. Parte de Kaleb y mía.

Me levanto la camiseta, imagino mi vientre creciendo con su hijo y trato de ignorar la forma en que mi cuerpo se calienta al pensarlo, porque no debería querer eso. Es un cliché. El bebé hace tres, y felices para siempre.

Aunque me encantaría tener a su hijo. Algún día. Me encantaría ser suya para siempre y verlo como un padre.

Cierro los ojos, negando con la cabeza, porque sé la verdad. Sólo quiero su hijo porque no estoy segura de tenerlo. Si me quedara embarazada no tendría que tomar ninguna decisión, porque mi destino estaría sellado y me quedaría. No habría necesidad de estresarse.

Golpes y estruendos se oyen de repente en las escaleras, y Noah y Kaleb entran corriendo por la puerta, cayendo al suelo y riéndose. Me congelo, con la camisa aún levantada y las manos aún sobre mi estómago.

Sus risas se apagan y levantan la cabeza, mirándome y examinándome.

Rápidamente me bajo la camisa.

Kaleb se pone de pie, me mira fijamente y no parpadea, y Noah se levanta, quedándose en el limbo un momento antes de decidir irse al fin.

Los ojos de Kaleb caen sobre mi estómago.

—No lo estoy —le digo—. Solo estaba… jugando.

Entrecierra sus ojos hacia mí, y todavía veo la incertidumbre allí.

—Mi período se retrasó —explico—. Lo tuve esta mañana. Estaba… pensando en… cómo sería… Yo… —Me paso una mano por el cabello—. Soy una estúpida.

Me río nerviosamente, atrapada. Estaba fantaseando, y ahora probablemente esté preocupado de que la haya jodido con la píldora.

Pero se acerca a mí y pone una mano sobre mi estómago, mirando sus dedos mientras se deslizan por mi vientre. Un aleteo me golpea, casi me siento mareada.

Nos miramos a los ojos y, antes de que me dé cuenta, me toma la mano y me lleva por las escaleras.

—Kaleb —protesto—. ¿Qué está haciendo?

Me lleva al baño y abre el botiquín, sacando mis anticonceptivos.

Girando, me mira a los ojos, con muchas emociones cruzando su rostro. Abre la boca y yo contengo la respiración, porque parece que va a hablar.

Su aliento abanica en mis labios y me sostiene, besándome la frente, la nariz y la boca.

Y luego sostiene mi mirada y deja caer las píldoras en la basura.

—Kaleb, no. —Me agacho y las saco de nuevo.

Trata de arrancármelas de la mano, pero las sostengo. Descanso mi frente contra su boca, cerrando los ojos y casi sonriendo. Quiere

que tengamos un bebé. No se enfadaría ni se sentiría atrapado en absoluto.

Me ama.

Eso es todo lo que quería saber.

—No quiero dejarte nunca, pero… —Levanto la mirada hacia él—. Somos demasiado jóvenes. Somos demasiado… hay demasiada mierda por la que hemos pasado. No estamos listos todavía.

Lentamente tira de la píldora más y más, y lucho por quedármelas.

—Te amo —susurro—. Tenemos toda nuestra vida por delante.

Me besa, su boca se mueve más fuerte y profundamente mientras toma mi rostro con una mano e intenta quitarme las píldoras con la otra. Su lengua se arremolina como un ciclón que siento hasta en los dedos de los pies, y gimoteo, mis músculos se debilitan. Pierdo las píldoras y al segundo siguiente las oigo caer en la basura otra vez.

Me rodea con sus brazos y no me doy cuenta de que me está cargando hasta que me pone en la cama de arriba.

Siempre se sale con la suya. *Maldito sea*.

Hago una nota mental para ir a sacar las píldoras de nuevo antes de que Jake queme la basura.

Kaleb y yo nos miramos mientras toma un bocado de pollo y me da la otra mitad. Sentada en su regazo en la mesa, trato de ocultar mi sonrisa pero no puedo, porque sonríe como si tuviéramos un secreto.

Y lo tenemos. No estamos intentando que me quede embarazada, ¿verdad? Aún no he sacado las píldoras, pero dejarlo es lo último que quiero hacer. Me gusta la idea de construir una familia con él. Tiene casi veintidós años. Parece estar listo para todo.

Dejo escapar un respiro, comiendo un huevo revuelto y cargando el cubierto de nuevo, dándole de comer. El desayuno es una mezcla

de comida que sobró de otros días, porque esta mañana volvimos a la cama y no tuve tiempo para nada más.

Supongo que técnicamente no estamos haciendo un bebé todavía. Acabo de empezar mi período, y no puedo quedarme embarazada en los próximos días, en todo caso. Todavía puedo volver a tomar mi píldora.

—Bueno, eso es todo —dice Jake, entrando en la cocina y quitándose los guantes, lanzando estos y las llaves sobre el mostrador—. Los caminos están abiertos.

Una motocicleta acelera en el exterior, y supongo que ese es Noah, sin perder el tiempo para ir a ver a sus amigos.

Bajo la mirada y mi estómago se hunde un poco. Preferiría tener más invierno. Miro a Kaleb y lo veo mirarme, y ahora mismo estoy medio tentada de arrastrarlo al garaje, empacar las motos de nieve y correr a la cabaña de pesca. La nieve allí arriba durará otro mes. Otro mes feliz de tranquilidad.

—¿Dónde se va a quedar a dormir esa mujer esta noche? —pregunta Jake. Se gira para mirarnos con el café en la mano.

Oh, es cierto. No podemos escapar a la cabaña. Ahora que los caminos están despejados, Mirai puede quedarse en la casa esta noche.

—Mi habitación. —Me bajo de Kaleb y limpio nuestro plato vacío—. Gracias por recibirla en casa.

Baja la mirada hacia mí, con los ojos entrecerrados en irritación.

—Preferiría tener unos pocos meses más de invierno.

Y con eso se va, desapareciendo en la tienda.

Sí.

Yo también.

Sacando una gran porción de pescado, lo pongo en una bolsa de papel blanco y cierro el contenedor.

Tengo anillos de durazno, osos de canela, gominolas gourmet, y Spencer está empaquetando algunos racimos de almendras cubiertas de chocolate para mí.

Miro por la ventana y veo a Kaleb al otro lado de la calle, cargando madera en la plataforma de la camioneta. Va a tratar de hacer de carpintero para hacernos una cabecera y yo voy a pintarla.

Ojalá no hubiera insistido en venir al pueblo conmigo. Después de lo que pasó en el bar el día de mi cumpleaños, es solo cuestión de tiempo para que la policía o los chicos de las motos huelan su presencia.

Algunas risas suenan cerca de mí, y miro el frasco de Hot Tamales para ver a un par de jóvenes de la colección de dulces retro mirándome y susurrando. Rodean el pasillo, sus ojos bajan por mi ropa, y luego ríen para sí antes de irse de nuevo.

Me miro, desconcertada. No estoy vestida de forma extraña.

Aunque llevo puestas las viejas botas de montar de Noah y mis vaqueros están un poco sucios por las tareas de esta mañana.

Después de que Jake limpiara las carreteras decidimos vestirnos, hacer nuestras tareas individuales y venir al pueblo. Es mejor arrancar la tirita rápidamente y acostumbrarse a estar en el mundo de nuevo. Nos reunimos con Noah para comer hamburguesas con queso, nos abastecimos de gasolina en caso de que llegara otra tormenta y llegamos al supermercado, cargando todos los productos frescos que necesitamos.

Kaleb fue a la ferretería, y yo me desvié para comprar dulces.

Miro fijamente mi ropa. No estoy tan fuera de lugar. Tal vez menos cuidada de lo que estaba en septiembre, pero…

Me miro las uñas, veo la suciedad debajo, y los pequeños cortes en las manos por todo el trabajo que he hecho durante el invierno.

Está bien, ya no me hago la manicura. Me veo en el espejo en la parte de atrás de un estante, viendo los hilos sueltos en mi suéter azul oscuro de punto que también tiene una mancha negra por estar demasiado cerca del fuego. Mi cabello necesita desesperadamente un corte, y estoy bronceada por estar fuera, con mis pecas resaltadas como nunca antes.

No he usado maquillaje ni me he alisado el cabello en meses. Mirai no me reconocerá.

Me río y me dirijo a la caja registradora.

—Mi madre me dijo que trajera a casa una chica como tú algún día —me dice alguien.

Miro por encima, poniendo mi bolso en el mostrador mientras un joven se acerca a mí. Spencer pesa mi bolsa, y estudio al desconocido. Me parece vagamente familiar. ¿Uno de los amigos de Noah?

—Eres su prima, cierto —pregunta, apoyándose en la vitrina de caramelos—. ¿De Noah y Kaleb Van der Berg?

Asiento, viendo a Spencer dándome los dulces otra vez.

—Lo pondré en tu cuenta —dice. Sonrío. *Mi cuenta*. Qué bien.

Volviendo mi atención al tipo, le doy la mano.

—Tiernan, hola. —La sacude.

—Kenneth. —Me mira fijamente al rostro—. ¿Quieres ir a por pizza?

Oh. Uh… abro la boca para negarme, pero entonces alguien está ahí, alejando mi mano de la de Kenneth. Levanto la vista para ver a Kaleb mirándolo, con el rubio enderezándose y respirando como si supiera que debe retroceder.

Kaleb entrelaza sus dedos con los míos y me aleja del apuesto joven, hacia la puerta y al otro lado de la calle.

—Estaba coqueteando —me burlo.

Kaleb arquea ceja y retuerce los labios.

—Lo sé, ¿verdad? Es una broma. Es un trabajo duro, proteger a una belleza como yo.

Resopla, y sonrío cuando nos detenemos en la camioneta.

—Te traje unos gusanitos agridulces. —Le ofrezco la bolsa, pero no le interesa lo más mínimo. Tomando mi rostro con sus manos, me roba un beso y me deleito con la piel de su rostro. Me encanta besarlo. Especialmente cuando está bien afeitado.

—Vamos. Vamos a llegar tarde —digo, alcanzando la manija de la puerta.

Se mueve para abrirme la puerta, pero se detiene, sus ojos se elevan y miran por encima de mi hombro, el color se le escapa del rostro.

Sigo su mirada.

Cici Diggins pasa junto a nosotros, y sus pasos se ralentizan y sus ojos se fijan en Kaleb.

Pero mi mirada cae sobre su barriga. Su barriga de embarazada.

El aire sale de mis pulmones. *No*.

Regreso rápidamente mi mirada hacia Kaleb, viendo su mandíbula flexionarse y su pecho subir y bajar con respiraciones poco profundas. ¿De cuánto tiempo está? Hemos estado fuera de la ciudad durante seis meses.

A menos que esté embarazada de gemelos, está de antes que, lo cual significaría…

¿Es de Kaleb?

No puedo tragar. No puedo respirar.

Miro por encima del hombro otra vez para ver que se acerca a nosotros.

—Déjame adivinar —dice—. ¿Estás repasando las matemáticas en tu cabeza ahora mismo?

Sonríe con suficiencia, mirando entre nosotros.

—Estaremos en contacto —le susurra a Kaleb.

Se aleja y yo parpadeo, tratando de mantener las lágrimas alejadas.

Por favor. Agarro mi estómago porque me duele. *Esto no*.

—¿Kaleb? —murmuro.

Estaba embarazada antes de que comenzara el invierno. Estaba embarazada mucho antes de la nieve.

Pero no dice nada, simplemente abre la puerta de la camioneta y me hace entrar rápidamente.

Da un portazo, rodea la parte delantera del vehículo y sube al lado del conductor, acelerando hacia la casa. La madera de la cama golpea contra el portón trasero, y los comestibles se derraman sobre el asiento trasero.

Sostengo el agarre sobre la puerta, mirándolo fijamente.

—¿Sabías que estaba embarazada? —pregunto.

Sus nudillos se vuelven blancos al agarrar el volante, y no me mira.

—Lleva embarazada un tiempo. ¿Es tuyo?

Aun así, nada. ¿Lo sabía? Parecía sorprendido. Pero tal vez por eso estaba molesta en la cueva ese día. Estaba embarazada y él no la quería.

La ira cuaja dentro de mí, y respiro con fuerza.

—¿Lo sabías? —exijo—. ¿Lo sabías en el otoño?

Acelera, llevándonos a través de las vías del tren, hacia la carretera que lleva a casa.

Si es suyo, Cici estará en nuestras vidas para siempre. Tendrá su primer hijo, no yo. Yo nunca lo tendré.

¿No dice nada? ¿Asentir ni mover la cabeza? ¿Por qué no hace nada?

¡Sé que puede!

—Déjame salir —me atraganto, las lágrimas amenazan—. Detén la camioneta.

Sigue conduciendo.

—¡Te he dicho que pares! —grito.

Finalmente me mira, negando con la cabeza.

—¿No? —digo—. No, ¿qué? Habla. ¡Sé que sabes cómo! ¿Es el bebé tuyo? Solo comunícate. ¡Haz algo! Pero mantiene la boca cerrada, y ya he tenido suficiente.

Moviéndome, piso el freno, detengo la camioneta, y hace girar el volante cuando se detiene. Salto y lo veo seguir.

Me para en la parte delantera del auto, acercándose mí. Pero retrocedo.

—No —le digo. Nada de besos. Nada de abrazos—. Habla. Ahora mismo. ¿Es tuyo? ¿Lo sabías?

Respira rápido y superficialmente, mirándome fijamente, sin palabras. Si no lo supiera podría negar con la cabeza y no lo odiaría. Podríamos seguir desde allí.

Si lo sabía, tal vez se callaría porque sabía que estaría en la montaña todo el invierno y tal vez no anticipó que nos enamoraríamos. Tal vez pensó que podía huir de esto como huye de todo.

Habla conmigo.

Su hermosa mirada verde cae en despacio entre nosotros, y no hay nada que quiera decirme.

El zumbido de un motor se hace más fuerte, y sé que es Noah de camino a casa.

Se acerca a nosotros, plantando sus zapatos en el suelo.

—¿Qué está pasando?

Le doy a Kaleb cuatro segundos más, esperando que haga o diga algo.

Cuando no lo hace, me subo a la motocicleta detrás de Noah y lo rodeo con mis brazos.

—Vamos. —Entierro mi cabeza en su espalda—. Apresúrate.

Salimos a toda velocidad y, por primera vez, Kaleb no me atrae hacia él.

Tiernan

Subo corriendo las escaleras de la entrada, pasando rápidamente junto a mi tío y toda la conmoción en la tienda cuando escucho las llantas de la camioneta triturar la grava detrás de mí. Agarro mi ritmo.

Noah ha cumplido su promesa de ponerme en el sitio web, organizó una sesión de fotos con las motos. No tendré buenas fotos hoy, pero al menos me mantiene alejada de Kaleb.

Limpio las lágrimas de mi rostro.

—¿Qué pasa? —escucho a Jake preguntar.

—No lo sé —le dice Noah mientras me apresuro a llegar a la puerta principal—. Huyó de Kaleb.

—¡Tiernan! —grita mi tío.

—Vamos a hacer esto —grito, abriendo la puerta de par en par.

¿Dónde está el fotógrafo?

Hay un todoterreno y un jeep aparcados en la entrada, y sé que están instalando iluminación y demás en el garaje, pero debería tomarme un momento para componerme.

Necesito entrar en mi habitación, *mi habitación*, y cerrar la maldita puerta por unos minutos.

¿Por qué tuvo tanta prisa por tirar mis anticonceptivos? Ni siquiera lo pensó. No dudó. Fue como si se le encendiera una

bombilla y por fin se le ocurriera la solución a un problema al que se había estado enfrentado.

Camino a través de la sala, pero una mano me envuelve el brazo y me tira. Me alejo del pecho de Kaleb, mirándolo con ojos llorosos.

—Kaleb, para —ordena su padre, entrando en la casa. Noah lo sigue.

—¿Qué pasó con ustedes dos? —Pero solo miro fijamente a Kaleb.

—Por esto me querías embarazada —le digo—. Querías atraparme antes de que me enterara de ella.

—¿Embarazada? —repite Jake. Lanza su mirada hacia Kaleb—. ¿Qué has hecho?

El rostro de Kaleb está sonrojado, el sudor brilla en su cuello, y sus ojos parecen doloridos. Está destrozado.

Y tranquilo. Siempre tranquilo porque, si no tiene que abordar ningún problema, entonces no existe.

Apenas tengo fuerzas para respirar.

—Incluso ahora, no me hablas —digo en voz baja. Jake se acerca.

—¿Estás embarazada?

—No. —Niego con mi cabeza, y mi tristeza se convierte en ira cuando miro a Kaleb y escupo—: Gracias a Dios.

Kaleb se acerca, quedándose cerca de mí con algo que no sé como definir en su rostro. ¿Enojo?

Noah lo hace retroceder.

—Kaleb, aléjate de ella.

Jake presiona una mano contra su pecho.

Pero Kaleb se la quita, gruñendo, y retrocedo, y las lágrimas brotan de nuevo cuando se abalanza y me levanta, me sujeta el rostro y fuerza su boca sobre la mía. Me ahogo con un sollozo, el ataque de su olor me recuerda lo felices que fuimos esta mañana.

Antes de que volviéramos al mundo.

Lo aparto, gritando mientras Noah y Jake me lo quitan de encima. Respiro con fuerza, cayendo y retrocediendo, más lejos de él.

—Cici Diggins está embarazada —les digo a Jake y a Noah—. Muy embarazada.

Kaleb no mira a nadie más que a mí, pero veo a Jake y a Noah mirándome, aturdidos.

—Podría ser de cualquiera —argumenta Noah.

—¿Tuyo?

—No —responde como si estuviera loca—. Dios, no. No me acosté con ella.

—¿Dijo que era de Kaleb? —Jake se endereza, liberando a su hijo.

—No tuvo que hacerlo —le digo, pero fijo mis ojos en Kaleb.

Si es suyo podría aprender a vivir con él, aunque eso signifique vivir con ella en nuestras vidas.

Pero si él lo supo todo el tiempo…

—Di algo —le digo—. Dime algo. Cualquier cosa, por favor.

—O escribe algo, entonces —le ruego—. Dime cualquier cosa. Dime que me amas.

Pero se queda ahí parado.

Y dejo de llorar, con el corazón roto pero decidida a no desmoronarme. Tal vez ya no esté ahí, porque respiro profundamente, sabiendo que no voy a ser la mujer que tenga a sus hijos. No puedo vivir en otra casa donde alguien a quien amo no me habla.

—Estamos listos —oigo decir a una mujer desde la cocina.

Solo toma un momento, pero parpadeo para alejar las lágrimas y la sigo a la tienda, desesperada por escapar.

—Vamos a prepararte —dice con un chillido. Asiento, sacando a Kaleb y Cici de mi mente.

Me cambian para que me pongan un par de shorts vaqueros y una camiseta negra que muestra mi vientre. Me siento para que me peinen y me maquillen, ya que Noah lo ha tenido todo en cuenta al traer a la gente aquí, supongo. Me siento como si estuviera en uno de los sets de cine de mis padres.

—No demasiado —le dice el fotógrafo de cabello azul al maquillador—. Quiero natural. Quiero que parezca como alguien con quien el tipo promedio pueda meterse en la cama.

Alguien se aclara la garganta detrás de nosotros.

—Bromeo —responde rápidamente la señora, y supongo que Jake está de pie detrás de mí.

Luego, al artista otra vez, le dice:

—Pero me entiendes, ¿verdad? Bonita, no es porno.

El hombre de cabello rubio corto y tatuajes en los dedos asiente, mezclando el corrector bajo mis ojos, probablemente para deshacerse de las manchas de mi llanto.

El estilista me ahueca las ondas, me rocía el cabello y abro la boca, estirando el rostro, porque hace tanto tiempo que no me maquillo que es como un pastel en el rostro.

Noah levanta un taburete y se deja caer, moviendo sus cejas hacia mí mientras el estilista se mueve hacia su cabeza.

—Mantén a Kaleb lejos de mí —le digo en voz baja, pero es más bien una súplica.

—Claro —suspira—. Hoy me apetecía sangrar.

Le doy una sonrisa triste. Terminamos de prepararnos y me muevo, como si estuviera en piloto automático. Mirai viene esta noche, y si me reconocerá o no es irrelevante. Sabrá que aquí pasaron cosas, y no la culparé por no entender. Creo que ya ni yo misma lo hago.

Estoy herida, pero al menos me voy más fuerte que cuando llegué.

—¿Noah? —llama el fotógrafo llamado Juno.

Me subo a la moto de cross y veo la camiseta negra de Kaleb a mi izquierda en la tienda, pero no me atrevo a mirar. Noah se sube a la moto detrás de mí, con vaqueros y pecho desnudos, porque se supone que debemos ser sexis como si esta imagen tuviera basada en la realidad. Los corredores de motocross probablemente se reirán y desarmarán nuestra falta de vestimenta y equipo adecuado, pero el sexo vende, me dicen.

Así que aquí vamos.

Se coloca detrás de mí, poniendo sus manos en mis caderas. Kaleb se desplaza a mi izquierda y creo que Jake se acerca, deteniéndolo.

Me inclino hacia Noah, y el aire golpea mi estómago desnudo mientras arqueo un poco la espalda.

—No demasiado cerca —le dice alguien a Juno—. Es su prima. Noah resopla, con su pecho temblando contra mi espalda.

Aprieto los dientes.

—No es gracioso.

—Es divertidísimo.

Pongo los ojos en blanco. Supongo que yo también debería reírme o terminaré llorando. Los primos de esta casa son mucho más cercanos de lo que se imaginan. Mis caderas son lo menos que ha tocado Noah.

Antes de que pueda detenerme, mi mirada se dirige a Kaleb. Está apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión más dolorosa que no había visto nunca. Nos mira fijamente, como si fuera algo que ya ha perdido, y no tiene la menor idea de cómo recuperar lo que más quiere en el mundo.

Todo lo que tiene que hacer es hablar. Encontrar una forma de comunicarse.

Dejo caer la mirada mientras giro la cabeza para una foto sincera, porque no puedo mirar a la cámara en caso de que haya arruinado mi rímel.

—Me encanta eso, Tiernan —murmura Juno—. Estás increíble, cariño.

Descanso mis manos en los muslos, levantando un poco la barbilla. Supongo que el objetivo de esto es mostrar los rostros jóvenes de Van der Berg Extreme, y Noah sabía que esto no era cosa de Kaleb. Sin embargo, me alegro de que sea Noah el que está detrás de mí. Él es con quien estoy a salvo.

—Míralo —me dice Juno.

Mi garganta se tensa, y estoy abrumada. Respiro profundamente, tratando de volver a centrarme.

—Mírame, Tiernan —susurra Noah.

Lentamente, levanto la mirada, encontrándome con la suya sobre mi hombro.

El fotógrafo toma algunas fotos.

—No te dejaremos ir —me murmura, para que nadie más pueda oírlo—. Somos familia.

No puedo evitar sonreír. Para bien o para mal, no me escaparé de ellos, ¿verdad? *Somos familia*.

No huirán de mí, y no importa lo que pase con Kaleb y conmigo, también quiero a Jake y a Noah. Demuestran todos los días que tengo derecho a sentirme mal lo que me pasó y a mi necesidad de estar en esto. Me validaron cuando no tenía nada.

Jake se aferraba a su pasado y se castigaba a sí mismo, como yo. Noah no tenía a nadie con quien hablar, como yo. Kaleb lucha por conectar, por su dolor de ser olvidado por alguien que debería haberlo amado lo suficiente como para no olvidarlo nunca.

Como yo.

Dan crédito al hecho de que estaba perdida, y me parecía bien que me hicieran daño. Nos encontramos, y no importa lo que alguien diga sobre lo que pasó aquí arriba este invierno, soy la única que necesita entenderlo.

—Apóyate en él, Tiernan —instruye Juno.

Hago lo que dice y me recuesto contra Noah, mirándolo, con una sonrisa que no puedo evitar sentir extendiéndose por mis labios. Me guiña el ojo.

—Eso es bueno. —Dispara el obturador unas cuantas veces más —. Ahora, Noah, mira a un lado y hacia abajo.

Duda, pero finalmente aparta la mirada, pareciéndose a Kaleb mientras se queda mirando como el héroe torturado.

—Oh, eso es genial. ¡Los dos están muy bien!

Bajo de la motocicleta y me subo detrás de él, abriendo las rodillas y poniendo mis manos en su cintura.

—Se ve bien —dice Juno, moviéndose a nuestro alrededor para tomar más fotos.

Escucho a alguien reírse y levanto la mirada para ver que han llegado más personas, corredores y sus novias, que vagamente recuerdo en la tienda el otoño pasado.

Una chica se para junto a Kaleb y lo mira fijamente, pareciendo nerviosa pero enamorada.

Trago. Al menos él no le presta atención.

—Ahora, Noah, bájate de la motocicleta —dice Juno—. Tiernan, quiero que te inclines hacia adelante y agarres. Noah, haz lo mismo desde el otro lado, a horcajadas sobre la rueda delantera, y desafíense mutuamente. Como si fueran hermanos.

Noah ríe de nuevo pero sigue las órdenes. Me subo al asiento, con los dos pies en el suelo mientras Noah planta las dos piernas a cada lado de la rueda delantera y se inclina hacia mí, sujetando la motocicleta.

—Tiernan, ¿puedes arquear la espalda? —pregunta.

Lo hago, haciendo sobresalir mi trasero un poco más mientras los músculos de mis muslos se flexionan.

—Más, cariño.

Suspiro, tratando de inclinarme más hacia adelante y sacar mi trasero.

Pero Noah me urge más.

—Más —susurra—. Como si tuvieras un hombre detrás de ti. Arqueo una ceja. Solo él haría alguna broma sexual ahora mismo.

Dirijo mi mirada a Kaleb, viendo sus ojos arrugados en las esquinas mientras nos mira. La chica se ha alejado un paso, pero sigue babeando.

Supongo que no le faltarán mujeres que lo hagan olvidarme una vez que me haya ido.

—¿Estás listo para ir a Los Ángeles? —le pregunto a Noah mientras Juno nos toma una foto.

—Llevo tiempo listo. ¿Tú? —desafía—. ¿Estás lista para salir de este basurero?

Quiero echarle un vistazo, pero no quiero perder la oportunidad.

—No quiero que se enfade contigo —le digo a Noah, refiriéndome a Kaleb.

Si me voy con Noah, Kaleb asumirá algo que no es cierto.

—Si quiere seguirnos y traerte de vuelta, entonces tal vez eso es lo que tiene que hacer —responde Noah—. Si no, te tomaré yo mismo. Todos ganamos.

Esponjo mi cabello y ajusto mi postura.

—No me quieres. Quieres correr.

—Aunque me gustaría que mi familia estuviera conmigo. Sí.

Puedo hacer eso.

—No te dejaré ir —le digo.

Sonríe. Pero entonces se detiene, recordando dónde estamos. Echa una mirada hacia Kaleb y luego hacia mí.

—Está a cinco segundos de reventarme la cara.

No me importa si Kaleb está enfadado.

—¿Es eso lo mejor de la sesión? —dice alguien en algún lugar cerca de las puertas—. Me encantan las mujeres en esa posición. Todo lo que tiene que hacer es sostenerlo así.

Alguien ríe, pero no sé quién. Los ignoro.

—Actúa un poco más sexy que el otoño pasado —dice el mismo tipo—. Me pregunto qué ha cambiado.

—No lo sé, pero estoy deseando estar encerrado aquí con ella toda la temporada —añade el otro hombre.

Hay movimiento, un jadeo, y luego se desata el infierno cuando una mesa cae y alguien grita.

—¡Kaleb! —grita Jake.

Me levanto, viendo como Kaleb lanza a uno de los corredores al suelo de la tienda y Jake se apresura a agarrar a su hijo. Juno y los estilistas retroceden y se quitan de en medio, y las chicas que vinieron con los chicos salen a trompicones por la entrada.

Me bajo de la motocicleta y veo a Noah corriendo y contiene a Kaleb detrás mientras su padre recoge al chico del suelo.

—¡Hijo de puta! —le gruñe el tipo a Kaleb.

Pero Jake los empuja a él y a su amigo fuera de la tienda.

—Se van de aquí —les dice—. ¡Esto es propiedad privada, hijos de puta!

Esos deben haber sido los idiotas haciendo comentarios.

Kaleb va tras él de nuevo, pero Jake se apresura a atraparlo.

—¡Alto! —grita—. Detente ahora mismo.

Señala a su hijo, pero Kaleb está furioso. Los corredores toman a sus chicas, se suben a sus motocicletas y se van a toda velocidad, con todos en la tienda mirando, sacudidos.

Finalmente, Jake los aleja con la mano.

—Muy bien, ya basta —les dice entre dientes—. Tenemos lo que necesitamos.

Juno asiente y apaga su cámara, y todos se apresuran a cerrar la tienda y recoger su equipo.

Kaleb camina hacia mí.

Pero Jake lo agarra de nuevo.

—No —dice—. Sube a la camioneta. Ahora.

Mira a Kaleb, empujándolo para sacarlo de la tienda. Kaleb tropieza de nuevo, mirándome fijamente.

—¡Ahora! —le espeta Jake de nuevo.

Puedo ver la vena del cuello de Kaleb sobresaliendo desde aquí, y vacila, pero… se va, dirigiéndose a la entrada.

—Tú también —ordena Jake a Noah.

Noah recoge su camiseta y sigue a su hermano hasta la camioneta.

Jake se acerca a mí. Se detiene cerca, manteniendo la voz baja tanto como sea capaz, ya que todavía hay gente alrededor.

—Voy a ir a tratar con el sheriff, y los llevaré al maldito bar para resolver algunas cosas.

—El bar —digo entre dientes—. ¿Y tengo que quedarme aquí?

—Sí. —Me fulmina con la mirada—. No salgas de casa o te arrepentirás.

—¿Qué he hecho yo? —respondo—. ¡No quiero estar atrapada aquí toda la noche mientras ustedes están fuera bebiendo!

—¡Te quedarás aquí porque Kaleb no te dejará en paz si no lo alejo de ti! —vocifera, sin importarle quién nos escuche ahora—. No te has separado de él en más de dos meses, y todos necesitan unas horas de espacio. Estoy haciendo esto por ti. Date una ducha. Cálmate.

Niego con la cabeza. ¿Cree que una ducha va a resolver esto? Tengo todo el derecho a estar molesta. No me voy a calmar.

Hace una pausa, relajando sus hombros y controlándose.

—Necesito hablar con él, Tiernan —dice, suavizando su tono—. Necesito asegurarme de que no hay una orden de arresto contra él, y necesitamos hablar con la chica Diggins. Tienes que quedarte aquí. Volveremos más tarde.

Y veo cómo se va, sacando las llaves de su bolsillo.

Me quedo allí, incluso después de que el fotógrafo y los estilistas se han ido y esté sola en la casa, sabiendo que Kaleb y yo solo tenemos un problema y lo único que lo resolverá no estaba en la agenda de Jake esta noche.

Es algo de lo que su padre no puede encargarse por él. Tiene que venir de Kaleb.

Te veo pronto.

Miro el mensaje de Mirai, que llegó hace cuatro horas mientras subía a un avión en el aeropuerto de Los Ángeles.

No puede venir aquí. Kaleb no sabe de restricciones. No le importarán las apariencias, la asustará y ella tratará de sacarme de aquí.

De pie junto a mi cama, miro mi maleta medio llena que empecé a empacar cuando llegó el mensaje. Al principio puse algo de ropa para quedarme con ella en el hotel del pueblo, para mantenerla alejada de aquí.

Luego empecé a empacar más de lo que necesitaba, y no estaba segura de por qué. Tal vez Jake tuviera razón al llevárselos esta noche, para que todos pudiéramos tener espacio. Tal vez espacio es exactamente lo que todo el mundo necesite ahora mismo. Podría irme a casa un tiempo. Para eso existen los mensajes, el correo electrónico, FaceTime… estaré en contacto. Podría decir que llevaré a Noah a instalarse en mi casa mientras se reúne con los patrocinadores y aprovechar la oportunidad de tomar un poco de aire yo misma. Algo de perspectiva.

Pero dejo de hacer las maletas cuando me di cuenta de que no volvería.

No a menos que Kaleb venga a por mí.

¿Estoy preparada para trazar esa línea?

¿Esta noche?

Metiendo mi teléfono en el bolsillo trasero, me dirijo a la habitación de Kaleb para llevarme todo lo que necesite. El resplandor de un relámpago entra por la ventana cuando entro en

su habitación y enciendo la lámpara, con el olor de la madera, el fuego y los libros haciéndose sentir en casa ahora, porque he pasado incontables horas en esta habitación en los últimos meses.

Recogiendo el libro de tapa dura de su mesilla de noche, lo abro hasta donde hay un lápiz clavado y miro el dibujo en el que le vi trabajando una noche. Yo en la ducha, con el agua derramándose sobre mi mitad superior mientras enjuago mi cabello.

Le dije que había leído algunas de sus anotaciones en el diario y, aunque no estaba molesto, no lo he visto escribir más desde entonces. Ahora sólo dibuja cuando se zambulle en las páginas de un libro.

Le aseguré que no leería más, a menos que él quisiera, pero no se siente seguro. En cierto modo, se abrió más conmigo. En otros, se retiró.

Recojo el lápiz y empiezo a escribir en la página opuesta.

Noah dijo algo hace un par de meses. Dijo que eras mi primero y que, si seguía el consejo de mi madre, se supone que no debía terminar contigo.

La lluvia empieza a caer sobre el techo y los relámpagos vuelven a iluminar la noche, seguidos por un trueno.

Pero en ese momento, en mi cabeza, no fuiste el primero. Eras con quien debía estar, porque finalmente me gustaba yo, y me gustaba cómo me presionabas, porque me hacía retroceder. Me hiciste aprender a exigir.

Y, por eso, siempre estaré agradecida.

No puedo tomar más que respiraciones cortas y poco profundas, porque un bulto se aloja en mi garganta.

Ahora estás en el bar con ellos y yo estoy sola en tu habitación, sabiendo que debo seguir empacando mi maleta, pero sin querer hacerlo, porque los buenos contigo son muy buenos. No quiero que esto termine.

Pero lo malo…

Lo malo es como si tuviera nueve años otra vez y aún esperara que me amaran.

No puedo seguir agradeciendo las sobras. Necesito más de él.

No cambiarás y el resultado final es… que no me quedaré. No eres mis padres. No me ignoras. Pero me estás castigando. Ejerces el único poder que tienes, y no sé por qué pensé que podría tener más de ti, porque si no hablaste con Noah y Jake durante diecisiete años, ¿por qué hablarías por mí?

Tal vez sea por el control. Una forma de dominarnos. No lo sé, pero duele.

Pero creo que me amas. Así como yo te amo. Fui tuya la primera noche cuando me tomaste en tus brazos en la tienda y ni siquiera sabías mi nombre. Fue un camino difícil el que recorrimos para llegar aquí, y supe que eras el único incluso entonces.

Levanto la mirada al techo, escuchando la tormenta. Kaleb era la lluvia. Pasión, un grito y mi cabello pegado a mi rostro mientras lo rodeaba con mis brazos. Espontáneo y fuerte en toda mi piel.

Aunque también era un susurro. Nieve, luz de fuego y buscar su calor entre las sábanas a las dos de la mañana cuando el resto de la casa está en el país de los sueños.

¿Recuerdas los tres de los que hablé. Lujuria, aprendizaje y amor? Hay otro. Una de la que mi madre no me habló, y no estoy segura de dónde encaja, pero sé que es necesario.

Necesito un tiempo a solas para escucharme. Es hora de escuchar.

Mi cabeza y mi corazón están diciendo las mismas cosas. Necesito más de él. Pego el lápiz en el libro y lo cierro, dejándolo en su cama antes de apagar la lámpara.

Cerrando la puerta, bajo las escaleras y le envío un mensaje a mi tío de camino.

Voy a recoger a Mirai al aeropuerto.

No necesita saber que he decidido quedarnos en el pueblo. Es una sabia elección, de todas formas. Podría nevar otra vez, y no creo que ella y Jake necesiten estar atrapados en el mismo lugar.

Echo algunos artículos de aseo en la maleta y la cierro, llevándola abajo. La dejo junto a la puerta, me pongo mis botas de lluvia y mi abrigo y oigo a los perros ladrando en el granero.

Me acerco a la ventana y miro al exterior. No es como si no estuvieran acostumbrados a los truenos. ¿A qué le están ladrando?

La puerta del establo se abre y se cierra con el viento, la luz se mantiene encendida y se ilumina mientras llueve a cántaros. Charcos bailan mientras caen las gotas y me abrocho el impermeable, saliendo por la puerta de la tienda.

Abro la puerta para salir.

Corriendo al establo, grito cuando el agua golpea mis vaqueros y entro, tirando mi capucha.

Danny aúlla mientras Johnny corre hacia mí, y le doy una caricia rápida, escuchando a Shawnee golpeando en su establo. Relincha, saltando, con sus pezuñas golpeando la puerta de madera.

¿Qué demonios?

Corro, agarro su melena y tiro de ella hacia mí. Acaricio su nariz.

—Oye, oye, solo es lluvia —río entre dientes, dándole un buen masaje—. Ya debes estar acostumbrada a las tormentas.

—No es la tormenta lo que la asusta —dice alguien.

Tiernan

Me giro, y el corazón me late con fuerza en el pecho cuando una figura encapuchada sale del siguiente puesto. El humo se eleva en el aire mientras deja caer un cigarrillo al suelo y lo

frota contra el cemento.

La luz del techo se balancea de un lado a otro por la brisa, dejándolo en la sombra cada pocos momentos.

—¿Quién?

Pero me detengo cuando se quita la capucha de su chaqueta, y veo a Terrance Holcomb girarse para mirarme. La lluvia ha oscurecido su sudadera y brilla en su rostro mientras me mira de arriba abajo.

No.

No oí a la motocicletas acercarse. No hay vehículos afuera. Llegó sin ser detectado.

Se coló aquí.

Rápidamente, miro a mi alrededor buscando a alguien más y doy un paso atrás, hacia la salida.

—No te invitamos a entrar a la propiedad —le digo—. Nadie quiere verte aquí.

—Aquí no hay nadie excepto tú —dice, inquietantemente tranquilo—. Estás sola.

Manteniendo mis ojos fijos en él, me acerco y saco un rastrillo de la pared que puedo ver colgando por el rabillo del ojo mientras lentamente estiro la mano detrás de mí para sacar mi teléfono del bolsillo trasero. Sus ojos están fijos en mi arma.

Él se ríe, dando un paso hacia mí mientras retrocedo.

—Al menos no es una escopeta —bromea, y recuerdo a Kaleb y Noah, armados y corriendo hacia el estanque para alejarme de este tipo hace tantos meses—. Es lindo cómo tratan de protegerte.

—No tienen que hacerlo. —Aprieto el largo mango—. Vete.

—¿Y si vine para hablar contigo?

—¿Entrando en nuestro establo en una noche oscura y lluviosa?

Sí. Esta no es una visita social. O vio a los Van der Berg en la ciudad sin mí y aprovechó su oportunidad, o estaba aquí esperando a que se fueran.

Retrocedo otro paso, con su bota arrastrándose de talón a punta y acercándose.

—Kaleb va a ser procesado por el daño que hizo a esas motocicletas en noviembre pasado —dice.

Presiono el botón de encendido en mi teléfono e intento deslizar mi patrón de seguridad detrás de mi espalda, escuchando el pequeño clic sobre la lluvia que me dice que está desbloqueado.

—Y eres tú quien ha venido y no el sheriff —señalo.

Lo intento algunas veces más, me tiemblan los dedo pero finalmente escucho el clic.

—Diré que fue un accidente —me dice—. Me pondré de su lado y lo respaldaré.

—¿Qué te hace pensar que me importa? —Toco la pantalla donde sé que se encuentra el icono de mi teléfono.

Terrance sonríe.

—Todos los vieron hoy en el pueblo —responde—. Realmente fue obvio. Las mujeres aman a los imbéciles, especialmente a los callados. Era cuestión de tiempo hasta que te consiguiera.

Siento el pecho demasiado pesado para respirar. Él trata de cerrar la distancia entre nosotros y retrocedo; la lluvia se vuelve más pesada fuera de la puerta detrás de mí.

—Si me patrocinas no presionaré —propone Terrance—. Haré que el sheriff y mi equipo retrocedan, y tú y él podrán vivir felices para siempre.

—Tienes un patrocinador.

—Tenía un patrocinador —responde—. Retiró su apoyo cuando Kaleb destruyó las motos.

Levanto la cabeza, examinándolo. Kaleb causó algún daño, ¿y él perdió a su patrocinador? ¿De verdad?

Se encoge de hombros, sabiendo que no le estoy creyendo.

—Y también se enteraron de otras cosas —admite.

Asiento. Sí. Detalles *insignificantes* como su casa club. O cualquiera de un millón de cosas sombrías que estoy segura de que está haciendo, porque es un sinvergüenza. Un negocio de buena reputación no quiere alguien así como su imagen.

Kaleb puede ser multado definitivamente tendrá que pagar daños y perjuicios, pero no lo arrestarán.

—¿Entonces que dices? —pregunta. Sostengo su mirada.

No quiere escuchar un no. Vino aquí cuando sabía que estaría sola porque está preparado para obligarme.

¿Se irá si miento y accedo?

Un timbre atraviesa el aire, mi teléfono vibra en mi mano y mi corazón se detiene.

Se dirige hacia mí y yo le tiro el rastrillo antes de girar y correr hacia la casa. Salto los charcos, la lluvia me golpea la cabeza, la tormenta ahora es más fuerte, y no miro atrás mientras grito y corro a través de las puertas del porche, hacia la tienda oscura, y subo los escalones hacia la casa.

Abro la puerta, entro y respondo el teléfono, viendo el nombre de Jake en la pantalla.

Lo acerco a mi oído, pero veo una figura oscura en la cocina y me detengo, dejando caer mi mano.

Mis pulmones están vacíos.

—¿Hola? —Escucho a mi tío al otro lado del teléfono.

Pero miro a mi alrededor, con mi atención solo en los otros dos hombres en la cocina a quienes no conozco. No puedo verlos bien en la penumbra.

—¿Hola? —llama Jake de nuevo.

—¡Vete! —grito, más para alertar a Jake que para ordenarles a los extraños.

Se me revuelve el estómago y doy vueltas alrededor de la isla, empujando ollas y sartenes hacia ellos ara mantenerlos alejados. ¿Por qué traería refuerzos? ¿Qué está planeando?

No quiero que sepan que alguien me está hablando por teléfono o me lo quitarán. Lo guardo en mi bolsillo, dejándolo conectado.

Terrance ataca de la misma manera que yo, respirando con dificultad y sus ojos azules me miran, casi divertidos. Los miro fijamente a los tres.

—Piénsalo —presiona—. Controlarás el dinero, lo que significa que me controlarás a mí y a mi carrera. También soy bueno para otras cosas… cuando quieras.

Sacudo la cabeza ¿Piensa que es a ahí a dónde va esto? Voy a apoyarlo sus esfuerzos, porque soy una huérfanita rica y patética que necesita un poco de amor.

—No soy romántico. —Me mira con determinación en su rostro—. No seré fiel. Pero estaré a tu entera disposición. Puedes molestarme todo lo que quieras. ¿No quieres ser la que esté encima ahora?

¿Un juguete es lo que propone? Alguien a quien usar sin problemas románticos. Sin que mi corazón esté en juego.

A cambio, todo lo que tengo que hacer es pagarle.

—Estás pensando en ello, ¿no? —dice.

Pero me enderezo, nunca más asqueada. Sé lo que es ser perfecto. No quiero nada menos.

—Estoy pensando que me recuerdas a mi padre. —Agarro un cuchillo—. La gente como tú lastima el alma.

—Tiernan de Haas…

—Soy una Van der Berg —gruño, corrigiéndolo y lanzando el cuchillo.

Él se agacha para quitarse de enfrente, protegiéndose, y yo saco dos más y los tiro también mientras los otros tropiezan en la sala.

No pierdo el tiempo. Regreso corriendo a la tienda, manteniendo las luces apagadas y las puertas abiertas.

—¡Tráela! —oigo gritar a Holcomb.

Mi corazón salta hasta mi garganta y voy a correr, pero lo pienso mejor. Si puedo sacarlos de la casa…

Poniéndome detrás del armario de la tienda, que había pintado hace meses, me congelo, apretando los brazos con fuerza contra mí para que no me vean.

Las pisadas golpean las escaleras y escucho un ruido en el piso de cemento de la tienda.

—¡No pudo ir lejos! —grita Holcomb—. ¡Tráela aquí!

Veo a uno de los muchachos salir corriendo y me pongo más tensa, temerosa de que me vea.

Pero luego se va, y las luces de la tienda se encienden mientras los otros dos se mueven.

¿Qué cree que va a lograr? Supongo que, si obtiene lo que quiere, entonces gana. Si no, no puedo probar que hizo más que asustarme. No me ha puesto una mano encima todavía.

Pongo la palma sobre mi boca para silenciar mi respiración.

—Toma las motos —grita Holcomb—. Nos las deben.

—¿Qué hay de ella?

—Voy a follar a esa perra tan pronto como envíe a su loco novio a la cárcel —responde—. Esa puta estúpida va a estar en mi pared.

Su pared. El tablero sobre el que me advirtió Jake. Dios…

—¿Estás seguro de que no hay una orden judicial contra nosotros? —pregunta uno de los dos hombres que trajo—. Vi a Jake en el pueblo más temprano, yendo a la estación con Kaleb y Noah.

—No pueden probar que el fuego lo provocamos nosotros. —Las herramientas se mueven, los gabinetes se abren y algo se cierra de golpe—. Y, si no puedo encontrar las malditas llaves otra vez, esta vez quemaré el establo con los caballos adentro.

Mis manos se enfrían cuando me doy cuenta. *Fuego*. *Llaves*.

Jake tenía razón. Alguien comenzó ese fuego en el granero. No pudieron salir con las motos que pretendían robar esa noche, por lo que comenzaron un incendio.

—Esto se está yendo de las manos —le dice el otro tipo—. Casi morimos al intentando subir y bajar el invierno pasado. ¿Y si ese

fuego se hubiera extendido? Podrían haber muerto. —Su tono se vuelve más duro—. ¡No habrá ayuda aquí si la necesitan!

—Lo sé —se ríe Terrance entre dientes—. Esa es la belleza de todo esto.

Miro a la vuelta de la esquina y lo veo buscando en las mesas de trabajo y el escritorio. El otro chico se aleja de mí, pero veo que tiene un corte oscuro y anillos en sus dedos.

Terrance se da vuelta para mirarlo y me hundo detrás del armario, descubriendo mi arco en las mesas detrás de mí. El trueno estalla afuera y lo agarro, levantándolo en silencio.

—Entonces ¿qué preferirías hacer? —le pregunta Holcomb—. ¿Unirte al ejército como tu padre quiere que hagas, o quieres competir? ¡Voy a conseguir las motos y un nuevo patrocinador, y no me iré sin ellas!

Meto algunas flechas en la parte trasera de mis vaqueros y cargo otra en el arco.

—Me va a escribir un cheque y luego, tal vez, me iré —dice—. Después de ponerla al revés, pero no es necesario que te quedes para esa parte.

¿*Kaleb, dónde estás*?

La cuerda del arco cruje y me estremezco, esperando a ver si escuchan el sonido.

—O también puedes quedarte por esa parte, pero yo voy primero —agrega.

Exhalo en silencio, tomo la flecha entre mis dedos y me preparo.

—¡Las encontré! —estalla él y escucho el tintineo de las llaves—. Mira si eso funciona.

Las motos cobran vida y me doy cuenta de que encontraron las llaves de los pedidos terminados que Jake está a punto de enviar. No sé dónde está el tercer tipo, y una gota de sudor se desliza por mi espalda.

Sal. Toma las motos y vete. Por favor. Váyanse y ya.

—No saldremos de esto tan fácilmente —dice el otro hombre.

—Lo haremos —responde Terrance—. Se perdieron en el incendio.

—¿Qué incendio?

Escucho risas y me detengo, dejándome procesar su plan.

Holcomb me va a amenazar cuando me encuentre. Sé que Kaleb no se meterá en problemas serios por algún daño a su propiedad, por lo que su intento de chantaje es un fracaso.

Entonces, el Plan B es que si no cumplo, le escribo un cheque y le doy todo lo que quiera de mí, se va a llevar todo. Va a provocar otro incendio.

Y tiene dos testigos con él que asegurarán que estuvo en otro lugar que no sea aquí esta noche. Se irán con las motos, y el departamento de bomberos nunca llegará a tiempo.

Me trago la bilis.

Jake, Kaleb y Noah construyeron este lugar. Esta es la casa de Kaleb.

El único lugar donde se siente bien, además de la cabaña.

Casi me detengo y busco nuevamente en mi bolsillo mi teléfono. Podría llamar a la policía.

Pero si intentara alertarlos, Terrance Holcomb se daría cuenta. Y para cuando rastrearan la llamada ya habría terminado.

Apunto desde detrás del armario, tiro de la cuerda del arco, agarro mi flecha y disparo rápido y seguro, rozando el hombro del otro tipo.

Vuela hacia atrás, cayendo al suelo cuando la flecha apuñala la pared detrás de él y Terrance se aleja, saliendo del área aturdido.

Los rodeo, me dirijo hacia los escalones de la casa nuevamente y cargo otra flecha, apuntando a Holcomb y disparando rápidamente.

Sólo quiero que corran. ¡Que se vayan!

Él se aparta del camino, chocando contra el suelo y destrozando mi mesa final en el proceso.

Se ponen de pie, con el otro tipo mirándome con los ojos muy abiertos como si de repente se diera cuenta de que cometió un error.

Pero no corren. Holcomb carga contra mí y grito.

¡Mierda!

Corro hacia la casa y cierro la puerta, corro por la sala y subo las escaleras. Me encierro en mi habitación, llamaré a la policía y, si

tengo que hacerlo, escaparé por el balcón. Quería evitar que quemara el lugar, pero no a riesgo de que me lastime.

Está jodidamente loco.

Me tropiezo por las escaleras y mi espinilla golpea contra un escalón. Grito, pero luego un par de golpes suenan en la puerta de abajo y escucho astillas de madera al abrirse, golpeando el refrigerador.

Dejo de respirar.

Me pongo de pie, hundo mis talones y corro hacia el segundo piso, escuchando pisadas en las escaleras detrás de mí. Salto mi puerta y sigo avanzando, subiendo las escaleras de Kaleb y cerrando la puerta detrás de mí. Me alejo de la puerta, sacando otra flecha, pero me tropiezo con mi zapato y caigo al suelo, sobre mis manos.

Corriendo más lejos, apunto con la flecha, escucho sus pasos subir las escaleras y tiro de la cuerda del arco cuando él abre la puerta.

Disparo.

Su hombro se mueve hacia atrás y me pongo de pie, sacando la última flecha de mis vaqueros.

Pero antes de que pueda calzarlo veo cómo tropieza, se tambalea y cae de rodillas, la flecha atravesó su hombro derecho.

Exhalo mientras mis pulmones y mi estómago gritan.

Más sonidos golpean las escaleras y apunto como la última flecha, viendo a su amigo llenar la puerta.

Sus ojos preocupados y oscuros caen de mí a Holcomb, tirado en el suelo.

Apunto la flecha hacia él y se endereza, extendiendo sus manos un gesto de rendición.

—¿Suena ya el ejército como una idea mejor? —gruño. Él asiente y yo sacudo la barbilla, diciéndole que se vaya.

Lanza una mirada más a su amigo y luego se va, sus pasos desaparecen por las escaleras.

Terrance gruñe, su rostro se tuerce de dolor mientras intenta levantarse y veo su sudadera empapada de sangre.

Extiendo mi pie y lo pateo en el suelo. Aterriza en el extremo de la flecha que sobresale de su espalda y aúlla mientras lo

apunto con la última.

Necesito llamar a la policía, pero todavía no voy a alejar mi arma.

—Joder —llora, apretando los dientes.

Se pone a cuatro patas y luego se pone en pie. Me apresuro a retroceder, a punto de dispararle de nuevo, pero él sale tambaleándose de la habitación y se inclina contra la pared, bajando la escalera. No me importa si se escapa mientras se vaya.

Lo sigo, observando cómo golpea el suelo otra vez, gateando hacia la escalera. Sus manos se rinden debajo de él y cae, deslizándose por las escaleras y gritando a la flecha en su hombro.

—Tiernan! —grita Noah desde la sala—. Tiernan, ¿dónde estás?

—¡Aquí! —le grito.

Holcomb cae por el resto de las escaleras, y sostengo el arco y la flecha, viendo a Kaleb correr hacia mí, tomando mi rostro entre sus manos.

Noah me quita el arma y escucho que la puerta principal se abre de nuevo.

—Dios —dice Jake, observando la escena.

—Quédate abajo —le ordena Noah a Holcomb, colocando su bota en su espalda y empujándolo al suelo—. O te mostraré cómo manejamos una lesión como esta aquí, sin una ambulancia.

Kaleb me mira a los ojos, respira a kilómetro por minuto antes de tirar de mí y presionar sus labios con fuerza contra mi frente.

—¿Estás bien? —pregunta Jake corriendo hacia nosotros. Asiento, mi corazón todavía late con fuerza.

—Estoy bien.

Eso creo. No sé, todo duele, pero no sé exactamente qué. Me alejo, viendo la mirada de Jake entre Holcomb y yo.

—Tiernan, lo siento —dice—. ¿Estás bien? ¿De verdad?

—Estoy bien.

—No pensé. —Se lleva la mano a la cabeza—. No deberíamos haberte dejado sola.

—¿Escuchaste la llamada? —pregunto.

—Sí. —Sonríe débilmente—. Nos pasamos del límite de velocidad todo el camino.

Sabía que vendrían.

—¿Estás segura de que estás bien? ¿Él no… intentó nada?

—Lo intentó mucho. —No sé si quiero reírme de lo miserablemente que fracasó o llorar por lo aliviada que estoy—. Pero estoy perfectamente bien.

Holcomb gime en el suelo, y Jake lo mira con el ceño fruncido, sacando su teléfono mientras se aleja.

—Llamare a Benson.

El sheriff. Y, dado que lo visitaron una vez esta noche, y Kaleb sigue aquí, entonces supongo que nadie presentará cargos.

—Oye, ¿no pudiste fallar, al menos? —Noah intenta bromear. Finjo una risa.

—Fue a corta distancia.

Él sonríe. Luego presiona más fuerza con el pie, apretando la bota contra la espalda de Holcomb.

—Hijo de puta —se burla—. A acabas de alegrarme el día.

Sí. Kaleb puede estar a salvo, pero Holcomb simplemente tomó su lugar con el sheriff.

Miro a Kaleb.

Pero ya no me está mirando.

Está de pie a unos metros de distancia, mirando mi maleta junto a la puerta. Sus ojos se vuelven hacia mí, repentinamente duros.

Trago a través de la opresión en mi garganta.

—¿Había otros? —pregunta Jake mientras regresa a la habitación. Me toma un momento apartar mis ojos de Kaleb.

Finalmente asiento.

—Los había. Salieron corriendo. No los reconocí. Pero puedo describir a uno de ellos.

Kaleb camina al exterior con su padre para revisar la propiedad, y yo me siento en las escaleras con Noah, descansando mi cabeza sobre mis manos durante minutos y minutos para tratar de calmarme.

Después de un rato llega el sheriff, después la ambulancia y cargan a Holcomb en la camilla mientras Benson toma mi declaración. Les cuento lo del incendio del invierno pasado y la confesión de Holcomb cuando no sabía que lo estaba escuchando, y nos cuenta que pasaron su auto en el camino en el camino hasta

aquí. Suponen que estacionó en un lugar tranquilo para poder entrar a la propiedad sin ser detectado.

Kaleb y Jake regresan, Kaleb me mira todo el tiempo desde el otro lado de la habitación como si estuviera asustado y lo siento, pero su distancia es más aterradora. ¿Por qué no viene a mí?

De repente está muy lejos. De vez en cuando, sus ojos van a mi maleta.

Los policías y la ambulancia finalmente se van, y Noah sale para asegurar el establo y revisar a los animales mientras Jake se queda en el porche, terminando con Benson.

Entro en la cocina y veo a Kaleb sentado en la oscuridad en la mesa. Sus codos descansan sobre sus rodillas mientras se inclina hacia adelante, inclina la cabeza y junta las manos.

Alza la mirada y me mira.

La realidad vuelve a estrellarse sobre mí.

No sé lo que esperaba, supongo. Obviamente no le pedí a Holcomb que apareciera aquí, pero tal vez cuando Kaleb corrió, tomó mi rostro en sus manos y vio lo que podría haber sucedido se diera cuenta de que quería una vida conmigo.

Que quería vivir en lugar de esconderse dentro de sí mismo.

En cambio, vio mi maleta y se cerró, porque piensa que soy como su madre, y que lo estoy abandonando. Está siendo traicionado, pero no se da cuenta de que no es abandono cuando eres adulto. Se llama irse, y tiene el poder de detenerme.

Esta noche podría haber ido mucho peor. ¿No se da cuenta de eso?

—El bebé no es suyo —susurra Noah detrás de mí—. Papá pudo presionar al médico para obtener información. Cici quedó embarazada el pasado agosto. Kaleb estuvo en la cabaña todo el mes. No apareció hasta principios de septiembre.

Esa primera noche que nos conocimos.

—¿Holcomb? —supongo.

—Eso es lo que estamos pensando nosotros también.

Holcomb es el padre. Él y Cici estaban juntos en el bar en mi cumpleaños. Nos estaba jodiendo hoy.

Sin embargo, miro a Kaleb y una sensación horrible me invade en lugar de alivio. No va a pelear por mí. No me escribirá. No hablará.

Nunca me hablará.

Nunca se comunicará con sus hijos, si tiene alguno. Ama a todos en esta casa, pero ni siquiera nos lo dice.

Algo me aplasta el pecho y las lágrimas se acumulan mientras lo observo.

—¡Tiernan! —grita una mujer en el exterior—. ¡Oh, Dios mío!

Parpadeo.

—¿Está Tiernan aquí? — Oigo la voz de Mirai mientras sube los escalones del porche.

Jake dice algo que no puedo escuchar y luego grita:

—¡Fuera de mi camino!

¿Mirai?

Las lágrimas corren por mi rostro y me doy la vuelta, viéndola correr hacia la casa, mirarme y dejar caer su bolso, corriendo hacia mí.

Ella me rodea con sus brazos, y me detengo un momento y luego… la aprieto contra mí, abrazándola con tanta fuerza que probablemente no pueda respirar.

Reprimo los sollozos, pero no puedo ocultar las lágrimas. No me di cuenta de que la había extrañado hasta ahora. La aprieto con tanta fuerza que todo me llega a la vez.

—¿Qué demonios pasó? —pregunta. La libero, secándome los ojos.

—Está bien. Estoy bien.

—No estás bien —grita, y puedo ver a Jake caminando de regreso a la casa detrás de ella—. ¡Estás sangrando!

Gira la cara para inspeccionar mi mejilla y la toco, apartando la mano para ver un poco de sangre. Debo haberme raspado en algún lugar durante toda la carrera.

La abrazo de nuevo, con su cabello largo y oscuro suave como solo el champú de diseñador puede hacer y que huele a spa. Los recuerdos me bañan.

Me alejo para observarla. Tiene el mismo aspecto que antes. Había olvidado lo bien cuidada que estuvo una vez. Sus uñas, su maquillaje, su cabello…

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —pregunto—. Pensé que te iba a recoger al aeropuerto.

—El vuelo se retrasó y al llegar alquilé un auto —explica, aún inspeccionando mi cuerpo para asegurarse de que estoy bien—. Tenía la extraña sensación de que ibas a tratar de alejarme de aquí o algo así.

Muy astuta.

Miro a mi alrededor y veo a Noah y Jake mirando, Kaleb todavía en silencio en la cocina.

—Volvamos afuera —le digo.

—Tiernan… —dice Jake cuando paso, pero lo ignoro.

Agarro mi chaqueta y el bolso de mano de Mirai, y se lo entrego mientras la llevo de regreso a su auto, que sigue estacionado con las luces encendidas. Debió salir corriendo cuando vio el coche de policía de Benson. Incluso podría haber pasado la ambulancia en su camino hasta aquí también.

—¿Es él? —Se gira cuando la llevo bajando las escaleras—. ¿Tu tío?

—Vámonos. —Me pongo la chaqueta.

Debería presentarla. Todos deberíamos sentarnos y hablar.

Pero no puedo hacer esto. Necesito aclararme la mente antes de decidir qué necesita y qué no debe saber, y han pasado tantas cosas en las últimas doce horas que ni siquiera lo he procesado. Necesito llevarla a algún lugar, lidiar con Kaleb y luego tratar con ella.

—Necesito que vayas al hotel del pueblo —le digo, deteniéndome en el auto—. Iré contigo en un momento. Nos vemos ahí.

—¿Qué? —exclama—. ¡No!

—¿Por favor? —suplico, mirándola a los ojos marrones con esas cálidas manchas color ámbar—. Necesito hacer algo aquí. Por favor. No te preocupes.

—Tiernan —comienza ella.

Pero alguien se acerca y miro, viendo a Kaleb abrir la puerta trasera del auto, colocar mi maleta dentro y cerrarla nuevamente.

Me congelo.

Observo mientras se mueve hacia la puerta delantera del lado del pasajero y la abre para mí, mirándome a los ojos.

Y de repente Mirai no está aquí. Jake y Noah no miran desde el porche, y no puedo sentir la lluvia que se ha vuelto más ligera ahora, golpeando mi cabeza.

Me está ayudando a irme. Me dice que me vaya.

Lo miro con los ojos ardiendo, pero estoy demasiado sorprendida para llorar. Está trazando una línea. La línea que yo tenía miedo de trazar antes cuando empaqué. No me quería ir.

Solo pensé que nos daría algo de espacio.

O tal vez esperaba que me encontrara y viniera a por mí.

Pero me está diciendo que me vaya. Preferiría que me fuera antes que tener que decirme algo.

Sostengo sus hermosos ojos verdes, viendo la emoción detrás de la que intenta esconderse, pero mientras trato de buscar qué decir para resolver esto, para salvarnos, no quedan palabras.

Tal vez las palabras nunca fueran realmente el problema. Las acciones dicen más que mil palabras, ¿no es eso lo que dicen?

Y las suyas son fuertes y claras.

Me subo al auto en piloto automático, cerrando rápidamente la puerta, con mi interior anudado y retorcido porque la idea de partir no es real. Esto no puede estar pasando.

Esto no está sucediendo.

—Kaleb —escucho a Noah ladrar.

Mirai da la vuelta al auto, salta al lado del conductor y pone el auto en reversa.

—¡Tiernan! —grita Jake, y lo veo bajando los escalones por el rabillo del ojo.

—¡No! —grita Noah.

Jake golpea con su mano el capó del auto, mirándonos a través del parabrisas.

—¡Detente!

—Déjame ir —le digo, volviendo la cabeza para que Kaleb no pueda ver las lágrimas—. Por favor… por favor, déjame.

Mirai asegura las puertas y presiona el acelerador, y yo entierro la cara en mis manos hasta que nos vamos por la carretera oscura, lejos de la casa y del hombre que nunca volveré a ver.

Tiernan

Muevo la cuchara en el plato de sopa, escuchando el silencio. Dios, esta casa es como una tumba. Siempre lo supe, pero maldita sea, es peor de lo que recordaba.

En este momento los chicos estarían viendo la televisión, con Noah riéndose a carcajadas mientras Jake le gritaba desde la cocina que vaya a lavar los platos sucios.

Habría música.

Estarían bromeando y jugando. Vida.

Estaría Kaleb.

Me tiembla la barbilla. Han pasado veintidós horas desde que lo vi.

Todo parece extraño ahora. Miro alrededor de la cocina blanca de mis padres, encimeras de mármol prístino y electrodomésticos de acero inoxidable. Esta no es mi casa.

Mirai empuja una carpeta de cuero a través de la isla. La observo.

—Te dejaron todo, por supuesto —dice ella—. Esto es para sus registros.

El testamento de mis padres me devuelve la mirada, y aparto la mía, hacia mi sopa.

No me importa. Mi corazón fue arrancado y se ha quedado en Chapel Peak.

Parpadeo para alejar las lágrimas. Necesito dejar de tratar de entender cómo pudo dejarme ir. No es nada a lo que no esté acostumbrada.

Al menos mis padres me dejaron el dinero. Al menos fui una mención en el testamento. Prueba de que se preocupaban lo suficiente como para asegurarse de que estaría bien.

Siempre estuve segura en una vida de comodidad con ellos, por lo menos. Soy tan rica que nunca tendré que levantar un dedo o salir de esta casa si no quiero.

Hace seis meses podría haber estado agradecida por eso.

—No te quedes aquí —ruega—. Quédate conmigo o alquila un apartamento. Necesitas personas a tu alrededor.

Me siento, alejando el tazón de mí.

—Ya me conoces —le digo—. Puedo tener la personalidad de un ladrillo, pero… no necesito a nadie.

Estoy bromeando. Necesito a la gente que hace dulces y… a la gente de Netflix.

—No es una debilidad necesitar a nadie —dice Mirai, mirándome —. Excepto a esos tontos. Si supiera lo que iban a hacer, no te habría dejado subir a ese avión. Dos veces.

—Es suficiente. —Sacudo la cabeza hacia ella, cansada de repente—. Eso no es lo que pasó, y no soy un niña. No he sido una en mucho tiempo.

Ella aparta la mirada, con los labios apretados, pero se queda callada.

Anoche le conté todo mientras volvíamos en su auto al aeropuerto. Estaba furiosa y casi nos saca de la carretera, y casi nos da la vuelta para volver a la casa y poder lidiar con mi tío. Tuve que rogarle que lo reconsiderara. Lloré todo el vuelo a Los Ángeles.

No quise soltarlo todo, pero necesitaba perspectiva. Supongo que necesitaba a mi amiga.

—Son mi familia —digo, con voz amable—. Nos forzaron a juntarnos y sucedió una mierda.

Yo estuve ahí. No ella.

Mi único error fue enamorarme de uno de ellos.

Parece que quiere decir más, pero finalmente asiente, dejándolo ir por ahora.

—Carter está caminando por los jardines —dice, volviendo a ponerse los tacones—. Volveré más tarde con algo de ropa.

—Estoy bien —le aseguro.

La seguridad está aquí. No necesito una pijamada. Pero ella me mira.

—Deja que me preocupe por ti, ¿de acuerdo?

Algo en su voz me apaga, como si hubiera terminado de ser amable y de pedirme las cosas.

Algo así como Jake. Le sonrío.

Me abraza y cierro los ojos, apretando mis brazos a su alrededor.

Ella se despide y se va, y apoyo los codos en el mostrador, mirando el testamento.

Pero la caja plateada a mi izquierda por el rabillo del ojo es todo lo que realmente puedo ver.

Miro la urna que parece un gran joyero de plata con grabados ornamentados. Mirai la ha estado guardando hasta que me la trajo esta noche. Una urna para los dos.

Mis padres querían ser enterrados en el árbol con el columpio en el patio, claramente nunca cuestionaron si me quedaría aquí o vendería esta casa.

Entierro la cara en mis manos, dejando escapar un gemido. Hay dolor, como si algo estuviera enterrado en mi estómago, y sé que tengo los ojos hinchados, incluso si no me he mirado en un espejo desde ayer por la mañana cuando me imaginé embarazada del bebé de Kaleb.

Dios, ayer por la mañana. ¿Cómo puede haber cambiado tanto en un día?

Levantándome del taburete, meto las manos en el bolsillo de mi sudadera y deambulo por la casa, observando cuánto ha cambiado. Todo sigue en su lugar, nada realmente diferente. Excepto por la forma en que lo estoy viendo.

La chimenea era para espectáculos, se encendía para fiestas o fotos en Navidad, y funciona con gas. No necesita leña, ni crujidos de troncos ni olor a corteza quemada.

Cada pocos años, las habitaciones se redecoraban, los muebles que apenas se habían utilizado se reemplazaban por un nuevo estilo. En ningún momento usé el sofá para ver la televisión o hacer palomitas de maíz para una noche de cine.

Los chicos destrozarían este lugar en poco tiempo. Sacudo la cabeza, imaginando una cabeza de ciervo sobre la repisa de la chimenea.

Subo las escaleras y me detengo en la parte superior del rellano, lista para girar a la izquierda hacia mi habitación, pero me detengo, mirando a la derecha. La puerta de la habitación de mis padres está cerrada, y me acerco, agarrando la manija.

El latón frío se filtra hasta mis huesos, y todavía puedo escuchar su voz detrás de la puerta. El vaso que está bebiendo al golpear contra las tapas de mármol de las mesas en el interior y las pastillas en la botella de mi padre se agitan mientras intenta prepararse para sus días estresantes.

Debería haber hablado.

Gritar, chillar, llorar…

Debería haber preguntado.

Suelto la manija, dejo la puerta cerrada, camino hacia mi habitación y abro la puerta. Pero tan pronto como entro, algo llena mis pulmones y no sé qué es, pero una pequeña risa se escapa cuando las lágrimas fluyen al mismo tiempo.

Los siniestros carteles y fotografías de mí misma en poses pensativas mirando al viento.

Dios.

Mis padres siempre guardaban fotografías recientes de mí como referencia durante las entrevistas, pero el decorador pensó que poner algunas en mi habitación no era nada extraño.

Y gris. Gris por todos lados.

Cubrecama gris. Paredes grises. Alfombra gris Es como una casa fantasma. Casi tengo miedo de mirarme al espejo.

Me quedo allí, sin ganas de avanzar más. Esta nunca fue mi habitación.

Girándome, bajo las escaleras y regreso a la cocina, sin saber qué demonios estoy haciendo, pero sé que es algo. Tomo un té sin

calorías y un encendedor del cajón y guardo la urna de mis padres debajo de mi brazo mientras camino a través de la casa hacia el garaje. Excavando en algunos cajones, finalmente encuentro una pala y la agarro.

Hazlo. No pude levantarme en su funeral y mostrarles, a mí misma o a cualquier otra persona, que mi alma no estaba paralizada, pero puedo hacer esto por ellos.

Corriendo al exterior, rodeo la casa y me dirijo al árbol, con el columpio que Mirai cortó y dejó tirado en el suelo ahora desaparecido.

Me arrodillo, enciendo la vela y la pongo en la hierba, dándome suficiente luz.

Empiezo a cavar. Apuñalando la hierba, preparo un parche y sigo levantando el suelo, haciendo que el agujero sea más ancho y profundo. Se me revuelve el estómago, con la caja ahí como una maldita bomba a punto de estallar. No puedo creer que sean cenizas.

Cenizas. Eran mucho antes. Grandes. Muy importantes. Y, ahora… caben en una caja de zapatos.

Una puta caja de zapatos.

Se escapa un sollozo, pero me trago el resto y tiro la pala. Dios.

Lentamente abro la caja y, muy suavemente, saco la bolsa de plástico transparente.

Pesan una tonelada, aunque realmente no sea mucho.

Cuidadosamente esparzo las cenizas en el agujero, vuelvo a meter la bolsa vacía en la caja y muevo la tierra por encima, cubriendo el agujero.

Me ahogo con las lágrimas y me froto las manos, cayendo al suelo y sentándome de espaldas al árbol.

Es así de fácil, ¿no? Es fácil enterrarlos, tirar las cosas, pero eso no significa que todavía no se sientan. Que lo que hicieron también desaparece, porque no lo hace.

Desearía que me hubieran conocido.

Desearía que no tuvieran que morir para darme la oportunidad de conocerme.

A veces las nubes no son suficientes, supongo. Necesitamos toda la maldita tormenta.

Me quedo fuera mucho tiempo, mirando la rama gruesa de arriba desde donde mi padre ató la cuerda para el columpio. El desgaste en la corteza muestra años de todas las noches que jugaron. Todavía es surrealista para mí que nunca viniera aquí para sentarme en el columpio.

Pero, bueno, no había nadie que me empujara.

Soplo la vela y llevo todo al interior, guardándolo y cerrando la casa. Apago las luces, asegurándome de que la puerta trasera esté cerrada pero sin cerrar el frente, porque Mirai regresará.

Subiendo las escaleras, bostezo, insoportablemente cansada. Son más de las siete aquí, así que son las ocho en Chapel Peak. ¿Qué está haciendo ahora? Todavía no se habría ido a la cama. No, a menos que yo fuera, y luego él iría adonde yo fuera.

Me duele el corazón. No creo que esperara que llamara, pero no estaba segura de esperar que aceptara que estuviéramos separados. Pero aquí estamos, un día después, y nada.

Me detengo en lo alto de las escaleras, a punto de dirigirme a la cama, pero en su lugar doy un paso a la derecha y camino hacia la puerta de mis padres, abriéndola esta vez.

El olor a vainilla y bergamota me asalta, y casi aguanto la respiración por reflejo. Me gustan los aromas, pero no juntos. Siempre me recordará a ella.

Entrando en la habitación, miro a mi alrededor y me fijo en que todo está tan prístino como si siguieran vivos. La cama está hecha, no hay señal de que sus cuerpos permanecieron allí durante horas hace tantos meses, y la parte superior de cristal de la mesa de maquillaje de mi madre brilla bajo la luz de la luna que entra a través de las cortinas blancas. Los cristales que cuelgan de su lámpara destellan y enciendo una luz, dando una vuelta completa en la gran habitación.

Sin embargo, aunque trato de buscar una conexión con ellos, no llega. No hay recuerdos aquí. No hay noches de venir dormida. Ni de jugar con el maquillaje de mi madre ni ayudar a mi papá con su corbata.

Entro en el vestidor y enciendo la luz, mirando la larga línea de hermosos vestidos que quise probar durante años y nunca pude.

—Hola —escucho a Mirai decir detrás de mí. Está de vuelta.

Giro la cabeza lentamente, mirando el armario de ropa y las exhibiciones de joyas y relojes. Pienso en todo el arte de la casa y los autos en el garaje que ya no tienen nada que ver conmigo. Una casa llena de cosas que nunca fueron parte de mí, y ya no deseo que lo sean.

—¿Puedes llamar a Christie en la mañana? —le pregunto a Mirai, cerrando la puerta del armario y girando para mirarla—. Hagamos una subasta. Donaremos las ganancias a sus organizaciones benéficas favoritas.

—¿Estás…?

—Sí —la interrumpo, saliendo por la puerta—. Estoy segura.

—Gracias. —Sonrío, tomando el burrito de desayuno y mi recibo. Saliendo de la pequeña tienda, levanto la capucha de mi sudadera, protegiendo mis AirPods de la lluvia ligera mientras "The Hand that Feeds" resuena en mis oídos. Cruzo la pasarela vacía, evito el muelle y me dirijo a la playa, la arena se cae dentro de mis Vans mientras mis talones se hunden.

Las oscuras nubes caen bajas mientras las olas ruedan, el sol de la mañana se esconde y la playa está vacía, a excepción de un par de corredores. Dos surfistas reman, sus trajes negros brillantes. Me dejo caer y me quito mi mochila, saco mi botella de agua y me siento con las piernas cruzadas mientras desenrollo el papel de mi burrito.

Muerdo y miro el océano, la sal y el mar en el aire me hacen sonreír un poco.

Seis semanas.

Seis semanas en California, y los días se están volviendo más fáciles de sobrellevar. La subasta se llevará a cabo pronto, he redecorado mi habitación y renovado algunos de los muebles de la casa, y he elegido una escuela de diseño en Seattle para asistir a la

universidad. Tengo unos meses para viajar o hacer casi cualquier cosa que quiera hacer antes de que comience la escuela.

He llamado a Jake. Él me ha llamado.

Pero no habla mucho por teléfono, insiste en que necesito volver a casa y hablará conmigo ahí cuando llegue.

No voy a ir a casa. Necesito hacer esto.

Termino mi burrito y meto la basura en mi mochila, llevándome la botella de agua a la boca. Puede que no sea más feliz de lo que era cuando me fui, pero al menos me respeto. No hay otra opción.

Me recuesto, cayendo sobre la arena lista para sentir las pequeñas gotas en mi cara.

Pero levanto la mirada hay alguien sobre mí, mirándome.

—Hola —dice.

¿Noah?

Me quito mis AirPods y me enderezo, quitándome la capucha de la cabeza.

—Así que esto es Surf City, ¿eh? —dice, dejando caer sus botas al suelo y dejándose caer en la arena a mi lado.

Lo miro boquiabierta, incapaz de parpadear.

—¿De dónde vienes?

Sonríe con esa sonrisa suya y no puedo controlarme. Las lágrimas sacuden mi pecho y me inclino, envolviéndole con los brazos el cuello.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —pregunto.

—Bueno, no estabas en casa —me dice, abrazándome—. Y estaba lloviendo, así que me arriesgué.

Suelto una carcajada al recordar que le había contado que me encantaba venir a Huntington Beach cuando llovía. Inteligente.

—En realidad… —Me deja ir, y me siento para ver su nuevo corte de pelo y la cara morena—. Mi padre colocó una aplicación de rastreo en tu teléfono cuando no te encargaste del incidente de Holcomb en el lago en agosto pasado.

¿Ah, sí? Pongo los ojos en blanco. Holcomb.

No había pensado en él en mucho tiempo. Se declaró culpable, me dijo Jake, y obtuvo quince meses por incendio provocado junto con algunos otros cargos.

—Entonces, ¿cuándo llegaste? Lo piensa un momento.

—¿Hace seis semanas?

—¿Seis semanas? —dejo escapar—. ¿Has estado en Los Ángeles seis semanas? ¿Por qué no viniste a la casa?

Él ha estado aquí tanto tiempo como yo. No he podido comunicarme con él aparte de los mensajes de texto. ¿Tenía la intención de que fuera una sorpresa? Porque, si es así, le llevó el tiempo suficiente.

Seis semanas…

Su tono se suaviza y parece pensativo.

—Yo también necesitaba estar solo.

Lo miro fijamente, pero no tengo nada que decir. Lo entiendo. Hemos pasado por mucho.

El viento sopla a través de mi cabello, y me lo quito de la frente mientras la lluvia lo moja lentamente.

—Me da mucho gusto verte —le digo.

—Esperaba que fuera así.

¿Tiene un lugar donde quedarse, entonces? No ha estado en hoteles todo este tiempo, ¿verdad?

De cualquier manera, espero que esto signifique que lo veré más ahora. Al menos hasta que me vaya a la escuela.

—Tengo un patrocinador —dice.

—Eso es genial. —Sonrío ampliamente—. Entonces ahora tienes un equipo.

—Estoy construyendo uno, sí. —Asiente—. Soy su afortunado primer recluta.

—¿Primer?

—Jared Trent de JT Racing —me dice—. Es un tipo interesante. Como una especie de cruce entre mi padre y Kaleb.

La mención de Kaleb me hace pausar. Como si hubiera estado fingiendo que nada de eso era real, y aquí viene Noah para patearme en el estómago. Todo duele de repente.

Pero fuerzo una risa.

—Ay —le digo.

—Lo sé. —Sus labios se tuercen, algo tristes—. No habla mucho y, cuando lo hace, deseo que no lo hubiera hecho.

Sí. Kaleb y Jake son así.

—Pero… le gusta lo que puedo hacer —continúa Noah—. Eso es lo que necesito apoyándome.

Me alegra que haya encontrado lo que buscaba. Sin embargo, odio que piense que nunca tuvo eso.

—Tienes a muchos apoyándote. —Lo miro fijamente—. Espera y verás.

Envuelvo su brazo con los míos y recuesto mi cabeza contra su hombro, ambos observando las olas. Estaré en cada carrera que pueda, y voy a presumir de él ante todos mis amigos.

Tan pronto como haga algunos.

—Puedes preguntarme por él, ¿sabes? —dice en voz baja.

Bajo la mirada, sin decir nada. Estoy desesperada por escuchar algo sobre Kaleb.

Y no. Obviamente está vivo, así que está comiendo, durmiendo y respirando bien sin mí, aunque algunos días siento que yo estoy muriendo lentamente.

—Papá dice que se fue a la cabaña después de que tú te fueras, no ha vuelto desde entonces.

Sacudo la cabeza.

—No hablemos de él. —Levanto la mirada y me encuentro con los ojos de Noah—. ¿Qué pasa contigo? ¿Estás feliz?

Me mira y me pregunto por qué no pudo ser él. Es muy fácil de amar.

—¿Me resientes? —susurro cuando no contesta.

Entrecierra sus ojos, y una sonrisa amable le curva los labios.

—Tenías razón, Tiernan —dice—. Estaba enamorado pero de algo más. Las carreras.

—Ahora tengo mi futuro —me dice—. Soy realmente feliz.

Bajo la cabeza otra vez, dejando escapar un suspiro que no me había dado cuenta de que había llevaba conteniendo meses.

Apoyando su cabeza sobre la mía, besa mi cabello y miramos el mar.

—Te amará hasta la muerte, ¿sabes?

Las agujas pinchan mi garganta mientras una lágrima se derrama por mi mejilla.

—Él sigue en ese carro, Noah.

Tiernan

Su patrocinador tiene su base a las afueras de Chicago, así que Noah podría estar viajando mucho, pero también tienen una sucursal de su negocio aquí, por lo que esta será su base cuando esté en la ciudad.

Pasamos el resto del día caminando y hablando, y después del almuerzo lo llevé a uno de los sastres favoritos de mi padre para que lo preparara para cualquier ocasión elegante que pudiera surgir en el futuro con su nueva aventura. Para cuando terminamos, ya era tarde. Cenamos, él volvió a su hotel a dormir y a empacar sus cosas para irse mañana, y yo volví a casa.

He cambiado la cama en la habitación de mis padres, así que lo pondré allí. Es amplia y muy cómoda así él tendrá algo de privacidad.

—¡Deberían dispararte! —oigo a Mirai gritar cuando entro en la casa.

Me detengo, haciendo una pausa antes de cerrar suavemente la puerta mientras escucho. ¿Qué pasa?

—Quienquiera que haya diseñado esta habitación debería ser fusilado —espeta Jake—. Estas cortinas parecen la misma mierda que cubre los ataúdes.

¿Jake? Mi corazón se eleva un poco más. Él también está aquí.

—¡Ash! —gruñe ella.

Algo se estrella, rompiéndose contra el suelo, y atravieso de puntillas el vestíbulo y me escondo detrás de la pared hasta la sala de estar.

—¡Ups! —dice Jake—. Ahí va un plato. Probablemente trescientos dólares y nunca se ha usado, porque esta casa no ha visto un carbohidrato desde el dos mil dos.

Resoplo pero me cubro la boca, para que no sepan que estoy aquí.

—Vete —dice ella.

—No.

—¡Llamaré a la policía!

—Los paparazzi estarán aquí antes que ellos.

Sacudo la cabeza, mirando a la vuelta de la esquina para verle meter la mano en una bolsa de mis papas fritas mientras Mirai se acerca, con las manos en las caderas y resoplando.

Ella extiende los dedos como si quisiera estrangularlo.

—Nunca he querido golpear a alguien tanto desde…

—¿Desde anoche cuando soñaste conmigo?

Me recuesto y me apoyo contra la pared. La ira de Mirai por lo que pasó en la montaña entre los Van der Berg y yo sigue siendo fuerte, pero el hombre no le teme.

—¿Dónde está? —pregunta.

—No lo sé.

—¿Mirai? —entona.

—Jódete.

Me asomo por la esquina de nuevo, viendo sus espaldas hacia mí, con él parado detrás de ella y provocándola.

—No es lo que crees —explica—. Somos su hogar. Mataríamos por protegerla.

Mis mejillas se calientan al oír eso, pero Mirai todavía no lo entiende.

—Vete a la mierda—dice.

Paso por el arco y subo las escaleras antes de que me vean, sin tener la energía para estar en medio de eso esta noche. Mañana saludaré a Jake.

—Voy a llamar a seguridad —le oigo advertirle.

—No me iré —se burla—. Estaré aquí toda la noche si es necesario. Esperando contigo…

—No, no lo harás.

—Cerca de ti…—continúa.

—Cállate.

—Mirándote…

—Puaj.

—Solo tú y yo… —se burla. Hay una pausa y luego:

—¡Ay! —brama Jake—. ¡Eso duele! Me sangra la nariz. ¡Dios, mujer!

—¡En la alfombra no! —grita ella.

Voy rápidamente a mi habitación, agarro la manija y cierro la puerta en silencio.

No estoy segura de si Noah vino a mí porque sabía que su padre iba a venir o si Jake vino a ver cómo estaba Noah y decidió hacer una parada aquí, pero de cualquier manera estoy feliz de que ambos hayan decidido venir. Sólo espero que Jake se haya encargado de que alguien se quede en la propiedad en y cuide de los animales en su ausencia si Kaleb sigue fuera.

Pero los dejaré a él y a Mirai solos por ahora. Necesitan pasar algún tiempo juntos y resolver sus problemas. Tanto si ella aprueba o no lo que pasó, él no se va a ir a ninguna parte. Si ella quiere seguir estando aquí conmigo, tendrá que lidiar con él.

Me estrello contra mi cama, enterrando mi cara en la almohada. Fue un buen día, pero largo. El siempre presente aleteo que dejó mi corazón cuando dejé la montaña hace seis semanas ha vuelto, en cierta medida. Están aquí, y me siento más como si estuviera en casa. Al menos un poco.

El folleto que mandaron de la escuela se asoma en mi mesita de noche, pero me siento bien y mirar eso me hace sentir menos bien. Quería ir a la universidad esta mañana.

Pero, ahora que están aquí…

Malditos sean. Siempre me confunden. Levanto la mano, tiro de la cadena de mi lámpara y cierro los ojos cuando la habitación se oscurece.

Me despierto asustada, algo me agita. Parpadeo y me pongo boca arriba, esperando a centrarme en la habitación.

¿Qué fue eso? Fue como granizo. No hay granizo en Los Ángeles.

Enciendo la lámpara y me siento, frotándome los ojos. Miro a la ventana, a la negra noche clara y tranquila que hay más allá.

Me levanto de la cama, me acerco y corro la cortina.

Cubro mi bostezo con la mano, mirando el tono azul de la hierba y la sombra del árbol que cae sobre el césped oscuro.

Pero entonces la sombra se mueve, trato de enfocar mis ojos.

Una cuerda cuelga de la misma rama que usaron mis padres, y hay un pequeño neumático asegurado al final. Mi pulso se acelera. ¿Lo estoy viendo bien? Mirai cortó el neumático el agosto pasado, y la cuerda ya no estaba cuando llegué a casa. Yo…

Salgo volando por la puerta de mi habitación y la abro, corriendo por el pasillo. La risa viene de la cocina y el olor del chili de Jake me envuelve, haciendo que mi estómago gruña, pero lo ignoro, paso por el pasillo y salgo por la puerta trasera.

¿Cuándo fue la última vez que me asomé por esa ventana? ¿Ayer, tal vez?

¿Lo hizo colgar Mirai? ¿Uno para mí?

Supongo que sería muy considerado.

O tal vez lo colgó para mis padres, ya que sabe que enterré las cenizas allí. Una especie de recuerdo final.

Doy la vuelta hacia la parte de atrás de la casa y lo veo adelante, balanceándose en la suave brisa.

No es el mismo neumático. Este es un poco más pequeño, con una raya blanca alrededor. Algo dentro del cual tal vez podría caber un niño.

Alguien sale de detrás del árbol y me detengo, encontrándome con su mirada.

Kaleb me mira.

Todo dentro de mis pulmones se vacía, y no siento que esto sea real, pero se mueve, poniendo su mano en la cuerda sobre el neumático, sosteniéndolo para mí.

¿Él hizo esto?

¿Cuándo…? ¿Cómo…?

Me acerco a él, mis pies me llevan sin pensarlo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Mi voz es apenas audible, porque tengo la boca repentinamente seca, y no puedo creer que Kaleb esté en algún lugar lejos de Chapel Peak. ¿Voló hasta aquí?

O tal vez condujo pero, de cualquier manera…

Es surrealista. No puedo imaginármelo en otro lugar que no sea allí, pero aquí está.

—¿Cómo llegaste aquí? —le pregunto.

No me responde, por supuesto, simplemente extiende la mano para que la tome.

Miro la vena del dorso de su mano, recordando las noches en las que recorrí cada centímetro de su cuerpo, esa noche en particular.

Tomo su mano y, en vez de guiarme hacia el neumático, me agarra por debajo los brazos, levantándome. Muevo mis piernas hacia la cuerda, agarrándola mientras me pone encima.

Me siento tan alta y feliz que casi me siento mareada. Dios, lo amo. Está aquí. Puedo tocarlo.

¿Qué significa esto?

La rama cruje bajo mi peso y mi estómago se derrumba, sentada aquí arriba. Siempre imaginé cómo sería. Quiero sonreír, pero no lo hago.

Llevándome hacia atrás, me deja ir, balanceándome con la brisa, y no puedo aguantar más. Sonrío, a pesar de todo, cerrando los ojos y sintiendo mi cuerpo volar por el aire. Vuelvo y él me empuja de nuevo, esta vez con más fuerza. Me agarro a la cuerda, sujetándola con fuerza contra mi cuerpo, y me deleito con la ligereza de mi cabeza y el giro de mi estómago.

Él agarra el neumático y lo gira, haciéndonos dar vueltas en la noche mientras vuela a la deriva hacia la casa y luego de vuelta a él. Me río a carcajadas, finalmente estirando los brazos y echando la cabeza hacia atrás mientras el aire se desliza por mi cabello.

Es hermoso y maravilloso, me siento libre. No es de extrañar que le gustara estar aquí.

Es casi suficiente para hacerme olvidar lo herida que estaba. No quiero que se vaya.

Pero no estoy segura de que debiera haber venido.

El neumático gira, disminuyendo la velocidad cuando Kaleb deja de empujarme y me deja descansar. Mi estómago se asienta de nuevo, y el mundo deja de girar. Miro fijamente al suelo mientras él detiene el neumático, de pie detrás de mí.

—¿Cómo supiste del neumático? —pregunto, pero por supuesto que no espero una respuesta.

Me da un trozo de papel, doblado muchas veces, y lo agarro, abriéndolo.

Tan pronto como la imagen aparece a la vista, la reconozco al instante. Es la impresión de un artículo, uno de muchos, sobre mis padres. Mi padre empuja a mi madre en el columpio en este mismo lugar, con las sonrisas más brillantes que he visto en sus rostros.

A lo lejos, arriba y apenas visible, estoy yo. Con no más de siete u ocho años, mirándolos desde mi ventana con la barbilla apoyada en las manos.

Doblo el papel y se lo devuelvo.

—No puedo creer que estés aquí —le digo con poco más de un susurro—. ¿Cómo es que saliste de Colorado?

—Ya era hora —dice.

Tomo aire, y sus palabras me golpean como un camión.

¿Qué?

Me bajo del neumático y me giro para mirarlo sin creer lo que acabo de oír. Profundo pero suave. Claro y fuerte. Habló.

Kaleb habló.

Rodeando el neumático, se acerca a mí.

—Mi hogar está donde estás tú —dice en voz baja.

Sacudo la cabeza, y no estoy segura de si no creo que esté escuchando esto finalmente o si no puedo creer que no pueda recordar por qué demonios estaba enojada. Es como si todo se limpiara y esas palabras fueran todo lo que necesitaba oír.

Metiendo la mano en su bolsillo trasero, saca un libro gris que me resulta familiar.

—Encontré el libro. —Me lo entrega.

Lo tomo, ya que es "The Sirens of Titan", el que estuvimos leyendo en la cabaña. Queríamos terminar cuando volviéramos a casa, pero nos dimos cuenta de que nos lo dejamos accidentalmente.

—Después de que te fueras, fui a la cabaña mucho tiempo y empecé a leerlo desde el principio.

Escucho, me encanta el sonido de su hermosa voz. Aterciopelada y relajante, pero sus palabras siguen siendo densas. Son todas nuevas para él.

—En voz alta —añade.

Practicó el habla las últimas seis semanas, leyendo en voz alta. Me limpio el rabillo del ojo.

Se acerca, acariciando mi rostro y secando una lágrima antes de que caiga.

—¿Te escuchas mejor ahora? —pregunta—. ¿Sola?

Sonrío un poco. Encontró mi nota. Sus ojos son siempre formidables, pero su tono… traiciona su inseguridad. Le preocupa que ya no lo quiera.

—Creo que ahora estoy lista para escucharnos a los dos —le digo—. ¿Tú?

Asiente.

—Yo también necesitaba aprenderlo—explica—. Necesitaba escucharme a mí mismo. Lo siento… me llevó mucho tiempo.

Sonrío, y él se agacha y me besa. Rodeo con mis brazos su cintura, y el calor recorre mi cuerpo instantáneamente.

Kaleb…

Me besa despacio y luego rápido, metiendo la lengua y luego mordisqueando y tirando de mi labio inferior.

—Yo voy adonde tú vas —susurra entre besos.

—¿Serás feliz?

Me encantaría volver a instalarme en Chapel Peak o mejor aún, en esa cabaña. Aunque con algunas renovaciones y ampliaciones. Pero tengo cosas que hacer primero. ¿Va a venir a ver el mundo conmigo?

Se detiene y me mira a los ojos.

—No seré feliz sin ti —dice—. Eso lo sé.

Y eso es todo lo que yo necesito saber. Mientras estemos juntos, estamos en casa. No importa dónde.

—Te amo —le digo.

Toca con su nariz la mía.

—Yo también te amo.

Me tiembla el pecho y trato de no sollozar como una idiota. Sin embargo, me siento muy bien al escuchar eso. Al fin.

Nos besamos y nos abrazamos, y ya estoy haciendo planes en mi cabeza de cómo pasaremos los meses hasta que empiece la escuela.

—Sigue hablando —ruego. Me encanta su voz.

Se ríe, bajo y embriagador.

—¿Qué debería decir?

—Cualquier cosa—Sonrío—. Léeme, creo.

Me agarra por detrás los muslos y me levanta, envolviéndome las piernas alrededor de su cuerpo.

—Muéstrame tus libros —murmura contra mi boca.

—Están en mi dormitorio.

Me toma los labios entre los dientes, con una promesa en su tono oscuro.

—Esperaba que lo estuvieran.

Sonrío y lo abrazo mientras me lleva a casa.

Kaleb

Cinco años después

Paso mi pulgar por sus labios mientras se mueve sobre mí, frotándose y tomándome en su interior.

Dios, a esta chica le encantan las tiendas de campaña.

Joder.

Su espalda se arquea y su cabello cae por su columna vertebral mientras me monta, y me inclino sobre una mano, sosteniendo su cadera con la otra.

—*Joder, nena* —gimo

—Kaleb —jadea Tiernan.

Me clava las uñas en los hombros y se viene, besándome, su sabor y su calor hacen que me dé vueltas la maldita cabeza. Es la segunda vez en seis horas, se subió sobre mí y me despertó al amanecer hace apenas diez minutos.

Qué fácilmente me despierto por ella. Mi hermosa chica.

Las rocas se mueven y crujen en la playa, y sé que hay alguien más en el campamento. Agarro con el puño su cabello, sosteniéndola fuerte para callarla.

Ella va más despacio, calmando su respiración para que no nos avergoncemos delante de los demás, pero sigue moviendo las

caderas. Suavemente. En silencio. Chupándome los labios, ella me vuelve loco.

—Qué bien te sientes —me dice con la boca contra mis labios—. Te amo, cariño.

Mi corazón se hincha. Le pellizco un pezón, lo aprieto, lo quiero en mi boca.

Pero mi polla palpita, se calienta, y contengo la respiración mientras ella acelera su ritmo; qué bien me folla su sexy cuerpo.

Nos venimos, nuestro aliento jadeante y luchando por mantenernos callados mientras su coño apretado se contrae a mi alrededor con su húmedo calor. Me derramo en su interior, dejando caer mi cabeza hacia atrás mientras pulso y sacudo, tan profundo como puedo.

Jadeo para respirar. *Mierda*.

Ella cae sobre de mí, y nos estrellamos contra los sacos de dormir, con gotas de rocío matutino salpicando el techo de nuestra tienda roja.

A lo largo de los años, en todas las tiendas, cabañas, hoteles y camionetas en las que hemos dormido en nuestras caminatas y viajes, siempre está más caliente en las tiendas. No sé por qué.

La beso, retirándole el cabello de la coronilla mientras la sostengo contra mí.

—No quiero dejarte ir nunca —exhalo—. Ni siquiera para lo básico.

Se ríe.

—Tienes que hacerlo —dice—. Es tu turno.

Gruño mi disgusto por el recordatorio. Odio hacerle comer esa mierda asquerosa.

Ella se baja de mí, y miro con anhelo su trasero por unos preciosos momentos más antes de ponerme mis vaqueros y tomar la pequeña bolsa que me da.

Me levanto y salgo de la tienda, estirando los brazos sobre la cabeza y tomando una bocanada de aire caliente de julio. El estanque y la cascada están delante de mí, y mi padre está en la playa rocosa, con la caña de pescar. Sonrío. Cazar y pescar era lo

único que nos gustaba hacer juntos. Deberíamos haberlo hecho más seguido.

Me lavo en el recipiente con agua y me enjuago la cara antes de secarme y llevar la bolsa que Tiernan me dio a la tienda verde de al lado. Desabrochando la cremallera, me inclino y entro, viendo a Noah todavía dormido boca arriba con mi hijo en el brazo.

Me quedo allí, apreciando la vista un momento. Griffin tiene dieciocho meses y, aunque a Tiernan le costó mucho terminar su carrera siendo madre primeriza, lo logró. Con algo de ayuda de mi parte. Nos quedamos en Seattle durante un año después de que ella se graduara, criándolo y viajando por carretera, pero ahora estamos finalmente en casa, en Chapel Peak.

Noah abre los ojos, bostezando.

—Hola.

Me arrodillo, frotando el cabello de Griff mientras sigue dormido.

—Gracias por cuidarlo—susurro—. Necesitábamos una noche a solas.

Intento quitarle el niño de encima. Necesita que le cambien el pañal, sin duda.

Pero Noah aprieta su brazo alrededor de él.

—No. —Me frunce el ceño—. El pequeño cabrón y yo nos hemos hecho amigos.

Resoplo, alejando a mi hijo de él de todas formas.

—Ve y haz uno.

Tengo a mi hijo en mis brazos mientras se mueve y bosteza. Tiene cabello rubio arena y ojos verdes, y sus pies desnudos son la mitad de grandes que mi mano. Es increíble.

Le beso las mejillas unas cuantas veces, tratando de despertarlo. Sacando la taza que Tiernan me dio, se la pongo en los labios, sus ojos finalmente se abren y se toma la leche.

—¿Qué carajo es eso? —pregunta Noah, mirando la bolsa. Saco el recipiente de plástico, lo abro y agarro la cuchara.

—Una porquería de aguacate y tofu —le digo, tomando una porción.

Tiernan está decidida a que sea tanto niño de California como de Colorado. Que siga soñando, porque este chico será todo mío en

cuanto pruebe las costillas asadas por primera vez.

—No puede comer tofu en Chapel Peak —me dice Noah—. Lo van a hacer trizas en la escuela.

—Cállate.

Doy de comer a Griff, con sus labios carnosos y pequeños, y me río para mis adentros. Come casi cualquier cosa. Supongo que cuanto más tiempo no sepa lo mal que sabe esto comparado con todo lo demás, mejor.

—¿Feliz de estar en casa? —pregunta Noah. Asiento, alimentando al niño más y más.

—Sí.

—¿Te vas a mantener alejado de los problemas?

—No —respondo.

Noah se ríe mientras yace a nuestro lado.

Papá está mucho en California ahora, Van der Berg Extreme se fusionó con JT Racing hace unos cuatro años. Como los dueños de JTR prefirieron quedarse en su base de operaciones en Shelburne Falls, Illinois, terminó siendo perfecto. Papá dirige la sucursal de California y Noah corre nuestras motos con sus motores.

Tiernan y yo nos mudamos a la casa de aquí, pero sólo hasta que la construcción en la nuestra, un poco más abajo en la montaña, esté terminada. Lo cual llevará más de un año, estoy seguro.

Lo único que Tiernan exigió de la nueva propiedad, aparte de la casa, fue un lugar para hacer aterrizar un helicóptero. No hay manera de que me dejara coser a nuestro hijo si se lastima. Quiere poder llevarlo a un hospital.

Continuaré con las personalizaciones, ella diseñará casas, decoración y muebles según lo permita el clima, y viviremos el invierno y la calidez y nuestra familia con algunas aventuras de vez en cuando.

Sigo alimentando a Griffin, pero siento los ojos de Noah sobre mí, como si tuviera más que decir.

—¿Qué quieres que haga con sus cenizas? —pregunta finalmente.

Sus cenizas…

No lo miro, limpiando el contenedor con la cuchara y dándole el resto al niño. Me encojo de hombros.

—Quédatelas, si quieres.

Por eso ha vuelto. Por eso regresó mi padre. Por eso decidimos ir a acampar y estar juntos y recordar lo que tenemos que agradecer como familia.

Anna Leigh está muerta. Mi madre. Nuestra madre.

Mi garganta se aprieta mientras Griff me mira, sus grandes ojos esmeralda fijos en los míos.

Me obligo a sonreírle.

—Es surrealista —dice Noah en voz baja—. Creo que era realmente alguien muy diferente en el fondo. Si no fuera por las drogas.

¿Por qué pensaría eso? No se drogó en la cárcel. Estuvo allí quince años, con algunos intervalos en el exterior, y la única vez que nos contactó fue por dinero. Robo, hurto, tráfico… negligencia con su hijo. Era una mala persona.

Y lo recuerdo. Todavía tengo que viajar con las ventanillas abiertas en el auto.

—Tal vez quisiera ser diferente —continúa—. Alguien que se riera con sus hijos. Que jugara con nosotros y quisiera a un hombre que la abrazara con amor.

Una imagen de ella mientras me apoyaba en sus pies para que pudiera volar pasa por mi cabeza. Ella sonreía. Yo me reía.

—Eso es lo que todo el mundo quiere, ¿no? —pregunta Noah—. ¿No estar solo?

No tiene ningún recuerdo de ella. Sólo es un año menor que yo, pero demasiado joven para recordarlo. El cáncer apareció en marzo y se la llevó rápidamente. Murió en prisión hace un par de semanas.

Tal vez tenga razón. Si nunca hubiera tenido esa primera experiencia, tal vez habría sido diferente.

—Quiero recordarla como debería haber sido. —Su voz cae hasta ser un susurro—. Estoy cansado de odiarla. Ahora que ya ha acabado, tal vez lo único que quería es no estar sola. Saber que a veces pensamos en ella.

Las lágrimas me llenan los ojos y no quiero hacer esto, pero no puedo detenerlo. Toso para cubrir la emoción que me ahoga, porque maldito Noah. Maldito sea.

Está muerta y yo estoy envuelto en calor cada noche en una familia que amo. ¿Por qué debería odiarla?

—Ah, a la mierda. —Me seco los ojos y recojo la comida y la taza de entrenamiento—. Déjame la mitad de las cenizas. Las esparciré en la montaña.

No lo miro mientras agarro a mi hijo, y salgo de la tienda antes de avergonzarme más.

Sujetando a Griff cerca de mí, respiro profundamente, dejándolo ir lentamente. Maldito Noah.

Mi padre está de pie en la orilla del agua, y me dirijo hacia él, dándole la vuelta al niño para que pueda ver la cascada. La primera vez que trajimos a su madre se sentó en una toalla de playa justo aquí.

Papá mira hacia dónde estamos, sonriéndole a Griff.

—No sé a quién se parece más.

Miro a mi hijo. Su cabello es más oscuro que el de Tiernan, pero mucho más claro que el mío. Pero tiene mis ojos.

—Mientras sea amado, no me importa —le digo.

—Lo es. —Enrolla la línea de nuevo en el carrete—. Si quieres tener unos cuantos más, no me opondré —dice—. Es bueno tener a un niño corriendo por aquí de nuevo. Puedo ser mejor con él que con ustedes dos.

Miro la escena, pensando en mi infancia. Ni una sola vez resentí a mi padre de pequeño. Nunca se me pasó por la cabeza que no se esforzara por dar lo mejor de sí mismo.

Hasta que la tuvo. Entonces lo resentí durante un tiempo.

Pero cierro los ojos, demasiado feliz para preocuparme. Estábamos perdidos y rotos, cada uno a su manera, y ella nos necesitaba tanto como nosotros a ella. Moriríamos por ella.

—No robamos bancos ni nos emborrachamos —respondo finalmente—. Noah y yo salimos bien.

Y luego me vuelvo hacia él.

—Si quieres tener unos cuantos más, no me importaría tener una hermana.

Se ríe, y echo una mirada a la tienda azul, sabiendo a quién ha metido dentro, aunque sigue intentando ocultar lo que todos sabemos que ha estado pasando durante años. Tiene treinta y siete años y no tiene hijos. Tal vez quiera uno.

Suspira, tambaleándose en su línea y cambiando de tema.

—¿Tienes el control de la orden de Robinson?

—Sí. No te preocupes. —Muevo rápidamente mi mirada a la izquierda de nuevo, viendo a Mirai salir de su tienda, vernos, y rápidamente meterse en la suya, como si todos fuéramos estúpidos.

Pero es divertido.

—Lleva tu camisa —le digo—. Mejor ve a buscarla.

Me sonríe.

—Lo haré.

Tiernan sale de nuestra tienda mientras se aleja, y yo la miro por encima del hombro, sonriendo.

Va vestida con mi bikini favorito y me está agitando un pañal.

Me acerco, dejo que tome al niño y lo cambie mientras me meto en la tienda para ponerme mi bañador y agarrar su chaleco salvavidas.

Lo vestimos y lo llevamos al estanque.

—Ohhhhhh. —Ella le sonríe emocionada a Griffin mientras él le salpica con brazos y piernas en el agua—. Está frío, ¿verdad?

Salimos, lo abrazamos y jugamos, y la cascada le llama la atención mientras se relaja.

—¿Puedes decir cascada? —le pregunta.

Sus ojos se iluminan, mirándola y hablando en lenguaje de bebé.

Vamos detrás de la cascada, con el agua empapando nuestras cabezas y riendo mientras él toma aire, un poco conmocionado.

Tiernan mira a su alrededor, y los dos vemos las nuevas pinturas en las paredes.

—Me asustaste mucho la última vez que estuvimos aquí —dice.

Sostengo a Griffin por la chaqueta, dejando que sus brazos y piernas vadeen libremente.

—Te asustas fácilmente —bromeo.

—No es cierto. Eras intenso.

—¿Sí? —pregunto, fingiendo sentirme insultado.

Ella bien sabe que soy intenso donde cuenta.

Nos adentramos más, haciendo girar al bebé en el agua.

—Debí haberte traído aquí entonces —le digo—. O haberme quedado contigo aquí ese día.

—¿Qué te hace pensar que no habría corrido?

—Porque te hice temblar las rodillas.

Resopla.

—No es cierto.

—¿No eras tú la que gimió encima del auto la primera noche?

—¡Te dije que te detuvieras!

—Lo siento —digo dulcemente—. No pude escucharte por el sonido de todos tus jadeos.

—Cállate.

Sostengo al niño con una mano y la atraigo con la otra.

—¿Quieres probar suerte otra vez? Sus cejas se levantan por mi desafío.

—Puedo dejar a Griffin con Noah un rato esta noche otra vez. —La miro a los ojos, con su cuerpo presionando el mío, exasperándome de nuevo—. ¿Y tal vez nos encontraremos aquí a las diez? Puedes mostrarme lo bien que se te da odiar todo lo que hago.

Se muerde el labio inferior, mirándome la boca, y todavía la veo ese día, alejándose de mí y nerviosa, pero Dios, todo lo que quería era quedarme aquí mismo con ella. Pero ella se ríe y se aleja de mi alcance, agarrando a nuestro hijo y regresando a la cascada para salir del túnel.

—Estará muy oscuro aquí a las diez —advierte.

Muy oscuro.

Me acerco a ella, mirándola como lo hice ese día, hace mucho tiempo.

—Te encontraré.

—Si puedes… —se burla.

Y luego desaparece con Griff por las cataratas, mientras yo sonrío por todas las noches que tenemos por delante.

¡Gracias por leer *Credence* y gracias por sus reseñas! Se aprecian mucho.

¡Sin embargo, aún queda un misterio!
¿Qué pasó con la ropa interior de Tiernan?

¿Las recuperó? ¿Quién las tomó y por qué?
Piénsalo y podrás saber si tu suposición es correcta con una escena adicional especial, disponible en mi sitio web.

¡Suscríbete con tu correo electrónico para recibir una alerta cuando tenga novedades!
https://pendouglas.com/subscribe/

Primero y siempre, a los lectores: cuando comencé a publicar en 2013, siento que me apegué a una fórmula. Quería complacer a la gente, les gustó lo que hice la última vez, así que opté por lo que funcionó. Y a algunos lectores les gustó. Después de todo, es bueno saber en qué puedes confiar con un escritor cuando estás de humor para más de lo que te gustó de él la última vez.

Sin embargo, rápidamente me di cuenta de que yo no era feliz. No estaba creciendo y estaba aburrida. Entonces, profundicé y dejé volar mi imaginación, construyendo *Corrupt* (Devil's Night #1) como construí *Bully*, un parfait de todo lo que amaba y adueñándome de mi personalidad en el proceso. *Corrupt* terminó molestando a tantos lectores. Pero… también es el libro favorito de muchos lectores.

Eso, me di cuenta, valía algo.

Creo que mi mayor temor como escritor es llegar a una posición en la que produzca libros olvidables como una cadena de montaje cada seis semanas. Sé que con algunos de ustedes puedo ser impredecible y eso no es necesariamente una virtud. Así que gracias. A aquellos de ustedes que leen mis historias y regresan para leer más. Espero que siempre sepas que todo lo que escribo para ti es el resultado de mucho tiempo, amor y sueños. Fue especial para mí, y tenía las mejores intenciones. Siempre.

Con amor, Pen

Ahora vamos con el resto…

A mi familia: mi esposo y mi hija soportaron mi agenda loca, mis envoltorios de dulces y mi distracción cada vez que pienso en una conversación, un giro en la trama o una escena que se me vino a la cabeza en la mesa. Ambos realmente soportan mucho, así que gracias por su paciencia.

A Jane Dystel, mi agente en Dystel, Goderich & Bourret LLC: no hay absolutamente ninguna forma de que pueda renunciar a ti, así que estás atrapada conmigo.

A los PenDragons: ustedes son mi lugar feliz en Facebook. Gracias por ser el sistema de apoyo que necesito y siempre ser positivo. Especialmente a los administradores que trabajan duro: Adrienne Ambrose, Tabitha Russell, Tiffany Rhyne, Kristi Grimes y Lee Tenaglia.

A Vibeke Courtney, mi editora independiente que revisa cada movimiento que hago con un peine de dientes finos. Gracias por enseñarme a escribir y dejarlo bien.

A todos los maravillosos lectores, especialmente en Instagram, que hacen arte para los libros y nos mantienen emocionados, motivados e inspirados… ¡gracias por todo! Me encanta su visión.

A todos los bloggers y bookstagrammers, hay demasiados para nombrarlos, pero sé quiénes son. Veo las publicaciones y las etiquetas, y todo el trabajo duro que hacen. Pasas tu tiempo libre leyendo, reseñando y promocionando, y lo haces gratis. Eres la sangre vital del mundo de los libros, y quién sabe qué haríamos sin ti. Gracias por sus incansables esfuerzos. Lo haces por pasión, lo que lo hace aún más increíble.

A T. Gephart, quien se toma el tiempo de revisarme y ver si necesito un envío de Australianos Tim Tams —reales—. (¡Siempre!)

Y a B.B. Reid, KD Kimberly Carrillo y Charleigh Rose por leer, ser positivos y ser mi trampolín.

A todos los autores y aspirantes a autores: gracias por las historias que han compartido, muchas de las cuales me han hecho un lector feliz en busca de un escape maravilloso y un mejor escritor, tratando de estar a la altura de sus estándares. Escribe y crea, y nunca pares. Su voz es importante, y mientras provenga de su corazón, es correcta y buena.

Penelope Douglas es una de las autoras más vendidas del *New York Times*, *USA Today* y *Wall Street Journal*.

Sus libros han sido traducidos a catorce idiomas e incluyen The Fall Away Series, The Devil's Night Series y los independientes Misconduct, Punk 57 y Birthday Girl.

Suscríbete a su blog: https://pendouglas.com/subscribe/

Síguela para ser alertada de su próximo lanzamiento:
http://amzn.to/1hNTuZV
¡O envía un mensaje de texto a DOUGLAS al 474747 para recibir una alerta cuando se publique un nuevo libro!
Exclusivo para Estados Unidos

¡Síguela en las redes sociales!
BookBub: https://www.bookbub.com/profile/penelope-douglas
Facebook: https://www.facebook.com/PenelopeDouglasAuthor
Twitter: https://www.twitter.com/PenDouglas
Goodreads: http://bit.ly/1xvDwau
Instagram: https://www.instagram.com/penelope.douglas/

Sitio web: https://pendouglas.com/

Correo electrónico: penelopedouglasauthor@hotmail.com

Y todas sus historias tienen tableros de Pinterest si desea disfrutar de algunas imágenes: https://www.pinterest.com/penelopedouglas/